

Adolf Hitler, discursos

1933-1938

Adolf Hitler



Adolf Hitler, discursos

1933-1938

Adolf Hitler

Índice

Llamamiento del gobierno del <i>Reich</i> al pueblo alemán (01/02/1933).....	1
En el Palacio de los Deportes de Berlín ante 60.000 SS y SA (03/02/1933).....	4
En el Palacio de los Deportes de Berlín (10/02/1933).....	8
Discurso del presidente del <i>Reich</i> Paul von Hindenburg con motivo de la inauguración del nuevo parlamento en la Iglesia de la Guarnición de Potsdam (21/03/1933).....	12
Discurso del canciller Adolf Hitler en la Iglesia de la Guarnición de Potsdam con motivo de la inauguración del nuevo parlamento (21/03/1933).....	13
Ante el parlamento (23/03/1933).....	16
Debate parlamentario subsiguiente a las palabras de Adolf Hitler (23/03/1933).....	26
Contestación de Adolf Hitler al diputado Otto Wells (23/03/1933).....	28
En la Cámara Alta, ante la Agricultura alemana (05/04/1933).....	33
Ante 2 millones de trabajadores en el Día del Trabajo Nacional (1/05/1933).....	36
Congreso del Frente Alemán del Trabajo en Berlín (10/05/1933).....	40
Ante el parlamento (17/05/1933).....	52
En la cancillería del <i>Reich</i> (06/07/1933).....	62
Sobre la paz de 1918 (14/10/1933).....	64
En el Palacio de los Deportes de Berlín (24/10/1933).....	71
En la <i>Bürgerbräukeller</i> en Múnich (09/11/1933).....	81
En la sala de motores de la empresa Siemens (10/11/1933).....	84
Ante el parlamento (30/01/1934).....	89
Colocación de la primera piedra en el monumento a Richard Wagner en Leipzig (06/03/1934).....	109
Inauguración de la cruzada del trabajo (21/03/1934).....	110
Ante el parlamento (13/07/1934).....	117
Discurso con motivo de la unión del Sarre al <i>Reich</i> (01/03/1935).....	127
Ante el parlamento (21/05/1935).....	132
Discurso de Adolf Hitler en la sesión sobre la cultura en el Congreso del Partido del <i>Reich</i> , en Núremberg (10 al 16/09/1935).....	160
En la <i>Bürgerbräukeller</i> en Múnich (08/11/1935).....	171
En el museo de Berlín (30/01/1936).....	175
Ante el parlamento (07/03/1936).....	178
Proyecto de paz del gobierno alemán (31/03/1936).....	197
El peligro bolchevique (14/09/1936).....	204
Ante el parlamento (30/01/1937).....	212
Discurso por el XVII aniversario del alzamiento nacional (24/02/1937).....	234
Discurso a los <i>kreisleiter</i> del partido en la Fortaleza de Vogelsang (29/04/1937).....	247
Discurso a los trabajadores de la construcción en Berchtesgaden sobre la política económica nacionalsocialista (20/05/1937).....	276
Discurso de Adolf Hitler en la inauguración de la Primera Gran Exposición del Arte Alemán (19/07/1937).....	299
Discurso con motivo de la visita de Benito Mussolini a Alemania, en el Campo de Mayo (28/09/1937).....	313
Hacia la consolidación de Europa (20/02/1938).....	315
Ante el parlamento (18/03/1938).....	351
Discurso de Adolf Hitler en la inauguración de la Segunda Exposición Alemana de Arquitectura y Artes Aplicadas (1938).....	359

Discurso a los <i>antiguos combatientes</i> en la <i>Bürgerbräukeller</i> en Múnich, con motivo del aniversario del <i>Putsch</i> de Múnich (08/11/1938).....	364
A los representantes de la prensa alemana, en Múnich (10/11/1938).....	376
Discurso del 31 de diciembre de 1938 (31/12/1938).....	386
Notas editoriales.....	389

Llamamiento del gobierno del Reich al pueblo alemán

Discurso pronunciado el 1 de febrero de 1933

Más de catorce años han transcurrido desde el infortunado día en que el pueblo alemán, deslumbrado por promesas que le llegaban del interior y del exterior, lo perdió todo al dejar caer en el olvido los más excelsos bienes de nuestro pasado: la unidad, el honor y la libertad. Desde aquel día en que la traición se impuso, el Todopoderoso ha mantenido apartada de nuestro pueblo su bendición. La discordia y el odio hicieron su entrada. Millones y millones de alemanes pertenecientes a todas las clases sociales, hombres y mujeres, lo mejor de nuestro pueblo, ven con desolación profunda cómo la unidad de la nación se debilita y se disuelve en el tumulto de las opiniones políticas egoístas, de los intereses económicos y de los conflictos doctrinarios.

Como tantas otras veces en el curso de nuestra historia, Alemania ofrece desde el día de la revolución un cuadro de discordia desolador. La igualdad y la fraternidad prometidas no llegaron nunca, pero en cambio perdimos la libertad. A la pérdida de unidad espiritual, de la voluntad colectiva de nuestro pueblo, siguió la pérdida de su posición política en el mundo.

Calurosamente convencidos de que el pueblo alemán acudió en 1914 a la gran contienda sin la menor noción de haberla provocado, antes bien movido por la única preocupación de defender la nación atacada, la libertad y la existencia de sus habitantes, vemos en el terrible destino que nos persigue desde noviembre de 1918 la consecuencia exclusiva de nuestra decadencia interna. Pero el resto del mundo se encuentra asimismo conmovido desde entonces por crisis no menos graves. El equilibrio histórico de fuerzas, que en el pasado contribuyó no poco a revelar la necesidad de una interna solidaridad entre las naciones, con todas las felices consecuencias económicas que de ella resultan, ha sido roto.

La idea ilusoria de vencedores y vencidos destruye la confianza de nación a nación y, con ello, la economía del mundo. Nuestro pueblo se halla sumido en la más espantosa miseria. A los millones de desempleados y hambrientos del proletariado industrial, sigue la ruina de toda la clase media y de los pequeños industriales y comerciantes. Si esta decadencia llega a apoderarse también por completo de la clase campesina, la magnitud de la catástrofe será incalculable. No se tratará entonces únicamente de la ruina de un Estado, sino de la pérdida de un conjunto de los más altos bienes de la cultura y la civilización, acumulados en el curso de dos milenios.

Amenazadores surgen en torno a nosotros los signos que anuncian la consumación de esta decadencia. En un esfuerzo supremo de voluntad y de violencia trata el comunismo, con sus métodos inadecuados, de envenenar y disolver definitivamente el espíritu del pueblo, desarraigado y perturbado ya en lo más íntimo de su ser, para llevarlo de este modo a tiempos que, comparados con las promesas de los actuales predicadores comunistas, habrían de resultar mucho peores todavía que no lo fue la época que acabamos de atravesar en relación con las promesas de los mismos apóstoles en 1918.

Empezando por la familia y hasta llegar a los eternos fundamentos de nuestra moral y de nuestra fe, pasando por los conceptos de honor y fidelidad, pueblo y patria, cultura y riqueza, nada hay que sea respetado por esta idea exclusivamente negativa y destructora. Catorce años de marxismo han llevado a Alemania a la ruina. Un año de bolchevismo significaría su destrucción. Los centros de cultura más ricos y más ilustres del mundo quedarían convertidos en un caos. Los males mismos de los últimos quince

años no podrían ser comparados con la desolación de una Europa en cuyo corazón hubiese sido levantada la barbarie roja de la destrucción. Los millares de heridos, los incontables muertos que esta guerra interior han costado hasta hoy a Alemania, pueden ser considerados como el relámpago que presagia la tormenta cercana.

En estas horas de preocupación dominante por la existencia y el porvenir de la nación alemana, nosotros, los hombres de los partidos y las ligas nacionales, hemos recibido el llamamiento del anciano jefe de nuestros ejércitos en la Guerra Mundial, para que, una vez más, en el hogar de la patria, ahora, como antes en el frente, nos aprestáramos a luchar bajo sus órdenes por la salvación del *Reich*. Al sellar para este fin con nuestras manos una alianza común, respondiendo a la generosa iniciativa del presidente del *Reich*, hacemos como jefes de la nación, ante Dios, ante nuestras conciencias y ante nuestro pueblo, la promesa de cumplir con decisión y perseverancia la misión que en el gobierno nacional nos ha sido confiada.

La herencia que recogemos es terrible. La tarea que hemos de acometer en busca de una solución es la más difícil que, de memoria humana, ha sido impuesta a hombres de Estado alemanes. La confianza que a todos nos inspira es, no obstante, ilimitada: porque tenemos fe en nuestro pueblo y en los valores imperecederos que atesora. Campesinos, obreros y burgueses, han de aportar conjuntamente las piedras necesarias para la edificación del nuevo *Reich*.

El gobierno nacional considerará, por tanto, como su primera y principal misión, el restablecimiento de la unidad en el espíritu y en la voluntad de nuestro pueblo. Vigilará y defenderá los cimientos en que se funda la fuerza de nuestra nación. El cristianismo, como base de nuestra moral, y la familia, como célula germinal del pueblo y del Estado, gozarán de su protección más decidida. Por encima de todas las clases y estamentos se propone devolver a nuestro pueblo la conciencia de su unidad nacional y política y de los deberes que de ella se derivan. Quiere hacer del respeto a nuestro gran pasado y del orgullo por nuestras viejas tradiciones la base para la educación de la juventud alemana. Con ello declara una guerra sin cuartel al nihilismo espiritual, cultural y político. Alemania no debe ni quiere hundirse en el comunismo anarquista.

En lugar de los instintos turbulentos se propone el gobierno elevar de nuevo la disciplina nacional a la categoría de elemento rector de nuestra vida. Al hacerlo así prestará el gobierno su máxima atención a todas aquellas instituciones que son los verdaderos baluartes de la fuerza y de la energía nacionales.

El gobierno nacional resolverá el gran problema de la reorganización económica de nuestro pueblo por medio de dos grandes planes cuadrianales:

Protección eficaz a la clase campesina como medio para mantener la base de la subsistencia material y, con ello, de la vida misma de la nación.

Protección eficaz a los obreros alemanes por medio de una campaña enérgica y general contra el desempleo forzoso.

En catorce años los partidos de la revolución de noviembre han arruinado a la clase campesina alemana.

En catorce años han creado un ejército de millones de obreros en desempleo forzoso.

El gobierno nacional llevará a cabo con férrea decisión e infatigable constancia el plan siguiente:

Dentro de cuatro años el campesino alemán debe haber sido arrancado de la miseria.

Dentro de cuatro años el desempleo forzoso debe haber sido definitivamente vencido.

Con ello han de producirse, al propio tiempo, las condiciones previas para el florecimiento de las demás actividades económicas.

A la par que esta tarea gigantesca de saneamiento de nuestra economía, el gobierno nacional acometerá el saneamiento del *Reich*, de los Estados autónomos y de los municipios, en su administración y su sistema tributario.

Únicamente así llegará a ser una realidad de carne y hueso el mantenimiento del *Reich* sobre la base del principio federativo.

La colonización interior y el servicio obligatorio de prestaciones de trabajo al Estado figuran entre los pilares básicos de este programa.

Pero la preocupación por el pan cotidiano irá también acompañada del cumplimiento de los deberes sociales en los casos de enfermedad y de vejez.

En la economía de la administración, el fomento del trabajo, la protección a nuestra clase campesina, así como en el aprovechamiento de las iniciativas individuales reside al propio tiempo la mejor garantía para evitar cualquier experimento que pueda poner en peligro nuestra moneda.

En política exterior, entenderá el gobierno nacional que su principal misión consiste en la defensa de los derechos vitales de nuestro pueblo, unida a la reconquista de su libertad. Dispuesto a acabar con la situación caótica que Alemania atraviesa, contribuirá con ello a incorporar en la comunidad de las naciones, un Estado de igual valor que los demás, pero al mismo tiempo también con iguales derechos. El gobierno se siente a este respecto animado por la grandeza del deber que le incumbe de contribuir en nombre de este pueblo libre e igual a los demás, al mantenimiento y consolidación de una paz que el mundo necesita hoy más que nunca.

Con decisión y fieles a nuestro juramento queremos acudir directamente al pueblo alemán, vista la incapacidad del actual parlamento para hacerlo, al objeto de que nos preste su apoyo en la tarea que nos proponemos realizar.

Al llamarnos, el presidente del *Reich*, el Mariscal von Hindenburg, nos ha dado la orden de ofrecer a la nación, con nuestra unanimidad, la posibilidad de rehacerse.

Apelamos, por consiguiente, al pueblo alemán para que venga a refrendar, con su propia firma, este acto de consolidación.

El gobierno del levantamiento nacional quiere trabajar y trabajará.

Los catorce años de ruina nacional no son obra suya. Quiere, al contrario, volver a llevar la nación alemana por caminos ascensionales.

Está decidido a reparar en cuatro años los daños que durante catorce han sido causados.

Pero lo que el gobierno no puede hacer es someter esta labor de regeneración a la aprobación de aquellos que provocaron la catástrofe.

Los partidos marxistas y sus colaboradores han dispuesto de catorce años para poner a prueba sus capacidades.

El resultado es un campo de ruinas.

Pedimos ahora al pueblo alemán que nos conceda un plazo de cuatro años antes de juzgar y de juzgarnos.

Fieles a la orden del Mariscal estamos dispuestos a comenzar la labor.

Quiera Dios conceder su gracia a nuestra obra, orientar rectamente nuestra voluntad, bendecir nuestras intenciones y colmarnos con la confianza de nuestro pueblo. ¡No combatimos en nuestro interés propio, sino por Alemania!

En el Palacio de los Deportes de Berlín ante 60.000 SS y SA

Discurso pronunciado el 3 de febrero de 1933

¡Mis SA y SS!

Despúntase ya la gran época que hemos ansiado. Alemania está despierta después de una lucha de catorce años, cuya grandeza y sacrificio el mundo exterior no puede imaginar. Todo lo que hemos ambicionado, nuestras predicciones y profecías, son ya realidad; la hora en que el pueblo alemán vuelve en sí, nuevamente torna a ser dueño de su propio destino, y se levanta, no por donación del mundo, por gracia de nuestros enemigos, sino por su propia fuerza, por su propia voluntad, por su propia acción.

Hay algo maravilloso en este movimiento y su desarrollo característico, nacido de lo profundo de la aflicción de la guerra, y de la mayor desgracia de la decadencia alemana, antes una idea, hoy una realidad.

Es maravilloso volver a recordar el camino que recorrió la idea de este movimiento hasta llegar a la realización actual. Es también a veces necesario recordar este camino a fin de tomar de él experiencias para el camino venidero.

Hay muchos hoy entre nosotros que atestiguan que lo sucedido en Alemania fue también el deseo y la esperanza de otros.

¡Mis SA y SS!

Ciertamente en la imaginación, lo que nosotros queríamos también existió antes. No hay idea de la cual pueda decirse con justicia que haya nacido en un instante. Todo lo que se piensa, lo ha pensado alguien con anterioridad, todo lo que aparece en la imaginación humana, fue también por otros imaginado. Pero lo importante es que tal imaginación, pensamiento o idea, encuentre el camino de salir del débil terreno de lo irreal para llegar a realizarse, que tal idea encuentre los cuerpos y de su organización se logre crear lentamente la fuerza que permita convertir en realidad lo imaginado.

Después de la catástrofe de 1918 al volver a nuestros hogares, fuimos presa de un sufrimiento interior que habían sentido ya nuestras generaciones pasadas, pero que en nuestra época nos era extraño.

Pero si hoy muchos dicen que lo que deseamos no es nuestra voluntad, que otros también querían e ideaban lo mismo, a pesar de todo esto, esta voluntad es nuestra, pues por nuestro intermedio, por el vuestro, mis camaradas, pudo encontrar el camino de la realización.

Lo que otros pensaban y querían fue su problema y lo sigue siendo: siempre quedó solo en el espíritu y en la imaginación. Lo que nosotros queríamos, mis camaradas, es hoy realidad y esta realidad es por lo tanto nuestra, aunque otros hayan aspirado a lo mismo y quizá hayan tenido semejante mentalidad. No hay idea alguna que posea por sí sola la seguridad de su realización; para realizarla es preciso separarla del terreno de la imaginación, de la perspectiva y del pensamiento, y conducirla al campo de la pelea y de la lucha. Debe entonces crearse su representación del pueblo mismo, y debe como representante vivo iniciar la batalla con total amplitud para la conquista de los hombres.

Esto se inició hace catorce años; lo mismo fue imaginado posiblemente por otros antes que nosotros, pero nosotros lo hemos convertido en realidad; de la ruptura de la lucha de clases, profesiones y castas, del fin de la decadencia del pueblo y de la fuerza del Estado, hemos construido como idea una nueva aspiración como demostración de nuestro programa e iniciamos el darle forma de dogma por el cual se manifiestan millones de individuos.

Y así nació de una idea antes limitada una organización de perfil agudo, y de la agudeza de su perfil debió reconocerse que no se trataba de hacer percibir pensamientos en la vida popular, prometerles obediencia, sino que este reconocimiento debía llegar también a obtener la fuerza de la realización, pues solo ella puede crear el derecho en esta Tierra.

Después del desastre de 1918, cuando iniciamos la búsqueda de nuestro derecho por todas partes, algo fue claro para nosotros, los nacionalsocialistas: el derecho no está fuera de nosotros, sino en nosotros mismos; sólo podremos encontrarlo en nuestra propia fuerza.

En todos los tiempos sólo la fuerza pudo levantar una exigencia de voluntad. Nunca la debilidad recibió del mundo el derecho de existencia. Por eso hemos reconocido claramente: es necesario que la organización que representa a nuestra nueva comunidad popular sea por sí misma factor de poderío, que pueda un día realizar lo que auspiciamos, sin esperar auxilio extraño.

Desde un principio fue nuestra intención imprimir al movimiento este convencimiento: nadie nos va a regalar algo, nos va a apoyar ni a conceder lo que no seamos capaces de darnos nosotros mismos por nuestra fuerza. Por ello nacieron un día las SA y SS.

El enemigo quería acabar con el movimiento por medio del terror, tenía el poder en su mano, podía vencer a cualquiera que se atreviera a exhibir alguna idea contraria a sus intereses.

Cientos de miles de nuestros políticos plebeyos consideraban al Estado y sus organizaciones como factores destinados a ser amparo y protección de sus voluntades políticas. En aquel entonces me aparté de tal mentalidad y contemplé al pueblo desde el punto de vista del Estado y me dije: *“Aquí, del pueblo mismo, hay que crear el arma y la defensa con que alcanzar nuestro objetivo.”*

Si queremos conquistar nuestro círculo, la fuerza necesaria sólo la obtendremos del círculo mismo; debemos crear la fuerza y tener el valor de presentarnos nosotros mismos en su defensa, sin esperar que el terreno que vamos a conquistar nos proteja o nos dé amparo. Ni vamos tampoco a pensar que un día como Estado o fuerza sostenedora del Estado, seremos más fuertes que antes como fuerza de lucha por el *Reich*.

Así nació entonces de un puñado de hombres esta pequeña corporación SA, camaradas fieles que se pusieron a mi disposición, convencidos que debía nacer un nuevo *Reich*, y que no podía nacer sino de un nuevo pueblo, de modo que debía ir a las masas inagotables para conformar la nueva organización de nuestra vida.

Dos razones existieron para la fundación de las SA y SS.

Primero: Nosotros, los nacionalsocialistas, quisimos protegernos por nosotros mismos; no queríamos ir a mendigar auxilio extraño; teníamos el convencimiento de que la propia protección de una idea y del movimiento que la transporta sólo puede estar en el valor, en la fidelidad convencida de los partidarios y no en la policía, en los soldados, ni en las leyes, tribunales o Justicia, ni en objetividad o apreciación de derecho. La protección está en el propio valor, en la propia fuerza y en la constancia y resistencia.

Segundo: ¿Cómo queremos alcanzar la meta grandiosa de la nueva Alemania si no creamos un nuevo pueblo alemán? ¿Cómo ha de nacer este nuevo pueblo si no podemos vencer por nosotros mismos todo lo que vemos de corrupción que rodea a nuestro pueblo? No se forma un Estado desde fuera; lo que tiene verdadero valor secular y

milenario sólo puede crecer del interior.

Vemos ante nosotros al pueblo repleto de innumerables prejuicios, desquiciado, aún en desunión, los unos debilitados por orgullo de castas, los otros lacerados por el odio de clases; donde miremos sólo encontramos prejuicios, envidia y odio, celos, desacuerdos y falta de raciocinio; y de todo esto debe nacer hoy un pueblo.

¿Cómo podemos empezar? Yo no puedo esperar que repentinamente, como golpe de varita mágica, la Providencia nos otorgue lo que nosotros mismos no alcanzamos. Así he comenzado a enseñar en una pequeña organización, lo que ha de constituir esencia popular del Estado venidero, hombres que se desprendan de su medio, que dejen atrás todas las pequeñeces de la vida que son de importancia aparente, hombres que vuelvan en sí hacia una nueva tarea, que dispongan del valor, que puedan ya atestiguar por su apariencia, que nada desean tener con todas las imaginaciones de eterno ardor y disolvencia que envenenan la vida popular.

Por otra parte, en el convencimiento que es necesario ejercitar en pequeño lo que se hará más tarde, este joven movimiento debe decidirse valeroso por sus caudillos luchadores; esperemos que un día la totalidad del pueblo alemán se decida por la disciplina de la cual sabemos que es única capaz de formar un pueblo fuerte e indestructible. La fe en la conducción, en la autoridad, que hemos mil veces experimentado por la Historia, es sólo capaz de levantar a un pueblo sobre las masas absurdas y dementes hacia un nuevo ideal. Hemos intentado educar al movimiento dentro del espíritu que debía tener Alemania, antes que nada, en los SA, y después, al segundo grupo, los SS, que representan el espíritu de nuestro frente.

Nuestro triunfo lo debemos a nuestra constancia y de ello debemos también tomar lección para el porvenir. El año 1932 parecía habernos acumulado una lucha excesiva; queríamos dudar de la Justicia, de la Providencia, pero no nos dejamos oprimir. Y vino entonces la época en que debíamos decir: ¡no! Y una segunda vez cuando la puerta parecía abierta, de nuevo debimos decir no, de nuevo tuvimos que negarnos, de aquella manera no podía salir adelante.

Hasta que por tercera vez llegó la hora en que se nos dio lo que podíamos y debíamos exigir, la época en que el movimiento nacionalsocialista penetró en el grandioso período histórico de los acontecimientos trascendentales. Por ello, os doy las gracias a vosotros, que habéis permanecido fieles y valientes a mis espaldas.

Las exigencias que dirijo hoy a mis camaradas son las de siempre. Hay dos grandes tareas a realizar. Después de haber conquistado el poder, debemos conquistar al pueblo alemán. Las masas de nuestros millones de conciudadanos trabajadores deben conquistarse para la nueva comunidad a fin de que, de los 6 millones de hombres se llegue a 8 o 10 millones.

La nueva generación debe aceptar grandes sacrificios a fin de enmendar los daños causados por las generaciones anteriores.

El ejército pardo no caerá en el olvido ni con el transcurso de los siglos.

Si permanecéis en el futuro fieles y obedientes a mis espaldas, ninguna fuerza del mundo será capaz de aniquilar a este movimiento. Seguiremos nuestro camino de victoria y el valor, la obediencia y disciplina mostrados por nuestros camaradas muertos será para nosotros una consigna. Marcharemos en la Historia como las tropas de asalto del resurgimiento alemán. ¡Marchamos hacia un gran destino!

El pueblo alemán en alas de la revolución nacional, solicita nuevamente su derecho al Todopoderoso Creador; sabemos que este movimiento es portador del más gran legado que existe, y demostraremos también que poseemos la dignidad para esta gigantesca

empresa. Los que lucharon catorce años con honor no podrán jamás ser deshonrados; este es el voto que ofrendamos en conmemoración de los caídos por nosotros y por Alemania.

¡*Heil* a los SA y SS, artífices del triunfo del movimiento nacionalsocialista!

En el Palacio de los Deportes de Berlín

Discurso pronunciado el 10 de febrero de 1933

Compatriotas, hombres y mujeres alemanes:

El 30 de enero de este año ha sido formado el nuevo gobierno de concentración nacional. Con ello ha entrado el movimiento nacionalsocialista y yo en el poder. Con ello se han logrado los objetivos por los que luchamos el pasado año.

La República de Weimar fue la que empezó el crimen de la inflación, y después de esta ira de robos, con ayuda de su ministro Hilferdings empezó el desbarajuste espantoso. Porcentajes de incrementos imposibles, los cuales ningún Estado hubiera aceptado, son el pan de cada día de la república en su sistema social. Y con ello empieza la destrucción de la producción. La destrucción mediante esas teorías marxistas de mercado y la anormalidad en nuestra política de impuestos, la cual hará el resto. Entonces vemos como todo se derrumba paso a paso. Como poco a poco se apagan miles de existencias desesperadas. Como año tras año aumentan las suspensiones de pago. Como se celebran cientos de miles de subastas obligatorias. Los puestos de trabajo se van a pique, no se puede seguir existiendo. Ello llega a las ciudades. El ejército de desempleados empieza a crecer: un millón, dos, tres, cuatro millones, seis millones, hoy, ciertamente, deben de ser ya siete u ocho millones. Han destruido todo lo que podían destruir con su trabajo durante catorce años, en los cuales no han sido interrumpidos por nadie. Hoy puede apreciarse todo este sufrimiento con una sola comparación. Un país, Turingia. Los ingresos totales de sus comunidades son de 26.000.000 de marcos. De esta cantidad tienen que sacar para su organización, conservación de monumentos, todo lo que han de gastar las escuelas para utensilios de enseñanza. Deben sacar también para sus necesidades en obras benéficas. 26.000.000 de ingresos totales, y solamente para estas obras benéficas hacen falta 45.000.000. Así está hoy la situación en Alemania bajo el régimen de los partidos, los cuales han arruinado durante catorce años a nuestro pueblo.

Sólo podemos preguntarnos: ¿durante cuánto tiempo todavía? Por esto, porque estoy convencido de que ahora, si no se quiere llegar tarde, hay que empezar por la salvación, por esto me he declarado de acuerdo, el 30 de enero, en utilizar al movimiento que creció de siete hombres a doce millones, para salvar a nuestra patria y a nuestro pueblo alemán.

Nuestros contrarios preguntan ahora por nuestro programa. Mis compatriotas, yo podría hacerles a ellos la misma pregunta. ¿Dónde ha estado vuestro programa? ¿Queríais hacer lo que habéis hecho con Alemania? ¿Era este vuestro programa? ¿O no queríais esto? ¿Quién os impidió hacer lo contrario? De repente no quieren acordarse de que han tenido el poder durante catorce años. Pero nosotros se lo recordaremos, nosotros seremos al mismo tiempo los fiscales. Y nos preocuparemos de que su conciencia no se derrumbe, que sus recuerdos no se nublen. Si ellos dicen: *“Díganos su programa detallado”*, entonces solo les puedo dar como respuesta: *“En todos los tiempos, hubiera sido suficiente un programa, con pocos pero concretos puntos para un régimen. Después de vuestra destrucción, hemos de reestructurar por completo al pueblo alemán, igualmente como fue destruido hasta su base. ¡Este es nuestro programa!”*

Y aquí se levantan ante nosotros una serie de grandes compromisos, el mejor y, por

tanto, primer punto de nuestro programa: no queremos mentir y no queremos engañar. Desde el principio rehuí presentarme ante el pueblo y hacerle promesas baratas. Nadie puede levantarse para testificar contra mí sobre que alguna vez haya dicho que el resurgir de Alemania es cosa de pocos días. Siempre y siempre predije: el levantamiento de la nación alemana es volver a recuperar la fuerza y salud interior del pueblo alemán.

Así como yo he trabajado durante catorce años, sin interrupción y sin perder la esperanza en la construcción de este movimiento, y así como a mí me ha sido posible hacer de siete personas, doce millones, así quiero y queremos construir y trabajar por el levantamiento de nuestro pueblo alemán. Así como este movimiento hoy ha sido encargado de tomar el mando del *Reich* alemán, así volveremos a llevar algún día a este *Reich* alemán hacia la vida y hacia la grandeza. Estamos decididos a no dejarnos interrumpir por nada.

Así llegamos al segundo punto de nuestro programa. No les quiero prometer que este levantamiento de nuestro pueblo llegue por sí mismo. Queremos trabajar pero el pueblo ha de ayudar. No se ha de pensar nunca que, de pronto, libertad, felicidad y suerte, sean un regalo del cielo. Todo tiene sus raíces en la propia voluntad, en el propio trabajo.

Y, en tercer lugar, queremos dejar guiar todo nuestro trabajo por el conocimiento. No creemos nunca en la ayuda ajena, nunca la ayuda se encuentra en el exterior de nuestra nación. Solamente en sí mismo está el futuro de nuestro pueblo. Solamente nosotros mismos levantaremos a este pueblo alemán con propio trabajo, con propia eficacia, con propia constancia, entonces volveremos a subir. Igual que los padres de Alemania, no por ayuda ajena, sino por sí mismos, la hicieron grande.

En el cuarto punto de nuestro programa, no queremos hacer esta reestructuración basándonos en teorías que inventó algún raro cerebro, sino bajo leyes eternas que siempre tienen validez. No en teorías de clase, no en puntos de vista de clase. Estas leyes las resumimos bajo el quinto punto de nuestro programa: las bases de nuestra vida están en los valores que nadie nos puede robar, a excepción de nosotros mismos. Ellos son nuestra carne y nuestra sangre, nuestra voluntad y nuestra tierra. Pueblo y tierra, estas dos son las raíces de las que sacaremos nuestra fuerza, y sobre las cuales construiremos nuestros proyectos.

Y así llegamos al sexto punto, meta de nuestra lucha. El mantenimiento de nuestro pueblo y de su tierra, el mantenimiento de este pueblo en el futuro con el conocimiento que solamente él puede darnos un verdadero sentido por la vida. No vivimos para las ideas, no para las teorías, no para los programas de partidos fantásticos. No. Vivimos y luchamos por el pueblo alemán, para el mantenimiento de su existencia, para realizar su propia lucha en la vida. Y estamos convencidos de que solamente de esta forma podemos ayudar a aquello que otros tanto quieren poner en primer lugar: la paz mundial.

Ésta siempre tiene las mismas bases. Pueblos fuertes, los cuales la desean y protegen. Una cultura mundial se construye sobre la cultura de las naciones y de los pueblos. Un mercado mundial solamente es posible por medio de un mercado de naciones individuales sanas. Partiendo de nuestro pueblo, levantaremos una piedra en la reestructuración del mundo.

El siguiente punto dice: porque vemos en el mantenimiento del pueblo y de su lucha por la vida nuestra mayor meta, hemos de hacer desaparecer las causas de nuestra destrucción y para ello, reconciliar a las clases alemanas. Una meta que no se consigue en seis semanas ni en cuatro meses, habiendo trabajado otros setenta años en su

destrucción. Pero es una meta que no debemos perder nunca de vista, mientras trabajemos por reconstruir esta comunidad, debemos hacer desaparecer, poco a poco las causas de esta destrucción.

Los partidos de la lucha de clases han de convencerse de que, mientras Dios me dé vida, haré todo lo posible para destruirlos con todas mis fuerzas y con toda mi voluntad. Nunca, nunca, abandonaré este deber: hacer desaparecer al marxismo y sus sicarios de Alemania. Y jamás estaré dispuesto en esto a llegar a un compromiso.

Alguien debe ser el vencedor: o el marxismo o el pueblo alemán. ¡Y Alemania ganará!

Mientras reconciliamos a las clases queremos volver a llevar, directa o indirectamente, a este pueblo alemán, unido hacia las fuentes eternas de su fuerza. Queremos educarles desde la infancia, para hacerles creer en Dios y para hacerles creer en su pueblo. Queremos reestructurar el campesinado como base de nuestro pueblo.

Luchar por el futuro alemán es luchar por la mina alemana y por el campesino alemán. Él nos alimenta, él ha sido el sufrimiento eterno durante miles de años y él debe ser mantenido.

Sigo hacia el segundo pilar de nuestro pueblo: hacia el trabajador alemán. El que en el futuro ya no será un extraño. No lo debe ser para el *Reich* alemán, y al cual le abriremos las puertas para que pueda entrar en la comunidad del pueblo alemán como base de la nación.

Queremos asegurar al espíritu alemán la posibilidad de su desarrollo, queremos que reaparezca la personalidad con todo su valor, la fuerza de creación. Con esto queremos acabar con una democracia podrida, y en su puesto queremos colocar el conocimiento eterno. Todo lo que es grande solo puede nacer de la fuerza de la personalidad individual. Lucharemos contra la aparición de un nuevo sistema parlamentario-democrático. Y así pasamos, enseguida, al punto doce: la reaparición de la limpieza en nuestro pueblo. Junto a esta limpieza en todos los campos de nuestra vida; la limpieza de nuestra organización, la limpieza de nuestra vida social, la limpieza de nuestra cultura, también queremos la restauración del honor alemán y del respeto ante él. Queremos crear en los corazones el conocimiento hacia la libertad; pero también queremos hacer feliz a nuestro pueblo con la verdadera cultura alemana, con una arquitectura alemana, con una música alemana, que nos devolverá nuestra alma, y queremos despertar con ello el respeto hacia las grandes tradiciones de nuestro pueblo. Despertar el respeto ante las producciones de nuestro pasado, la gran admiración hacia los hombres de la Historia. Queremos devolver a nuestra juventud este *Reich* maravilloso del pasado. Con respeto se han de arrodillar ante aquellos que vivieron antes que nosotros, trabajaron y crearon aquello sobre lo que hoy podemos vivir.

Y queremos educar a esta juventud en el respeto hacia aquellos que un día dieron el mayor sacrificio por la vida de nuestro pueblo y su futuro. Lo peor que se ha hecho en estos catorce años ha sido que dos millones de muertos fueron engañados en su sacrificio. Y estos dos millones han de levantarse ante los ojos de nuestra juventud, como eternos guardianes, para vengarlos.

Queremos educar a nuestra juventud en el respeto hacia nuestra vieja Armada. Se la debe volver a recordar, a amar. Debe volver a ser la fuerza de nuestra nación, el sentido del esfuerzo que ha realizado nuestro pueblo durante su historia.

Este programa será el programa de la reestructuración nacional en todos los campos de la vida, rechazando cada uno que atentara contra la nación.

Hermano y amigo para todos es el que quiere ayudar a luchar para el levantamiento de su pueblo, de nuestra nación. Con ello quisiera daros la última consigna, mis compatriotas.

El 30 de enero tomamos el poder. Muchos peligros acechan a nuestro pueblo. ¡Los queremos evitar y los evitaremos! A pesar de muchas sonrisas, podremos hacer desaparecer a este contrario. Y así también acabaremos con las causas de su régimen. Para poder tranquilizar a Dios y a nuestra conciencia, nos hemos vuelto a entregar al pueblo. Él nos ha de ayudar. Si este pueblo nos abandona ahora, entonces no nos mantendremos. Iremos por el camino para que el pueblo alemán no se pudra.

Pero queremos que la reestructuración del pueblo alemán no se identifique solamente con algunos nombres y personas, sino que esté enlazada con el nombre del propio pueblo alemán. Que no sea solo el régimen quien trabaje, sino que detrás se encuentre una masa de millones que, ayudados de su fuerza, quieran reforzarse a sí mismos y ayudarnos a nosotros en esta gran obra.

Sé, que si hoy se abrieran muchas tumbas, los espíritus del pasado, aquellos que lucharon y murieron por Alemania, saldrían y detrás nuestro estaría su sitio. Todos estos grandes hombres de nuestra historia, sé que hoy están detrás de nosotros y ponen sus miradas en nuestra obra y en nuestro trabajo.

Durante catorce años los partidos de la destrucción y de la revolución de noviembre, han deshecho y destruido a nuestro pueblo. Tengo derecho, entonces, a presentarme ante la nación y decirle: *“Pueblo alemán, danos cuatro años y, entonces, juzga por ti mismo. Pueblo alemán, danos cuatro años y, juro, que así como he ocupado este puesto así lo dejaré. No lo hice por un sueldo o por dinero, ¡lo hice por ti mismo! Ha sido la decisión más difícil de mi vida. La he tomado porque estoy convencido de ello. He tomado esta decisión porque estoy seguro que no se puede esperar más. He tomado esta decisión, porque estoy convencido de que, al fin, nuestro pueblo volverá a recobrar el sentido común y que, aunque millones todavía nos odien, llegará la hora en que marcharán detrás de nosotros, porque comprenderán que verdaderamente representamos lo mejor y que no tuvimos jamás otra meta ante los ojos que servir a aquello, que es para nosotros lo más grande del mundo.”*

No puedo apartarme de la fe en mi pueblo; no puedo alejarme del convencimiento de que esta nación volverá de nuevo a superarse, no puedo desprenderme del cariño hacia este pueblo mío. Y abrigo firmemente la convicción de que llegará el momento en que estos millones que actualmente nos odian, estarán detrás de nosotros para saludar en nuestra unión, al nuevo *Reich* creado en común, conquistado con fatigas y logrado con amarguras; el nuevo *Reich* alemán de la grandeza, el honor, la fuerza y la justicia. ¡Amén!

***Discurso del presidente del Reich Paul von Hindenburg con motivo
de la inauguración del nuevo parlamento en la
Iglesia de la Guarnición de Potsdam***

Discurso pronunciado el 21 de marzo de 1933

Por mi decreto del 1 de febrero de este año dispuse la disolución del parlamento, al objeto de que el pueblo alemán pudiera pronunciarse directamente sobre el nuevo gobierno de concentración nacional. En las elecciones para el parlamento del 5 de marzo nuestro pueblo dio una clara mayoría a ese gobierno llamado al poder por mi confianza y con ello le procuró la base constitucional para su labor.

Difíciles y diversas son las tareas que les aguardan a Ud., señor canciller, y a Uds., señores ministros del *Reich*, en política interior y en política exterior, en la economía nacional y en el plano internacional. Habrán de resolverse graves cuestiones y deberán ser tomadas decisiones importantes. Me consta que tanto el canciller como el gobierno acometerán la solución de estos problemas con firme voluntad y espero de Uds., los miembros del nuevo parlamento, que, reconociendo la realidad de la situación y sus necesidades, se coloquen detrás del gobierno y pongan cuanto esté de su parte para facilitarle su labor.

El lugar donde nos encontramos hoy reunidos nos invita a volver nuestras miradas hacia la vieja Prusia que, inspirándose en el temor de Dios, se hizo grande gracias al trabajo y al cumplimiento del deber, a su valor nunca desmentido y a su patriotismo acrisolado, y realizó sobre esta base la unidad de los pueblos germánicos. Ojalá que el viento del viejo espíritu de este lugar de gloria anime también a la generación presente y nos haga libres del egoísmo y de la discordia partidista para unirnos y llevarnos hacia el recobramiento de una conciencia nacional y hacia la renovación espiritual en beneficio de una Alemania unida, libre, digna y grande.

Con la expresión de este deseo saludo al parlamento en el comienzo de la nueva legislatura y cedo la palabra al señor canciller.

Discurso del canciller Adolf Hitler en la Iglesia de la Guarnición de Potsdam con motivo de la inauguración del nuevo parlamento

Discurso pronunciado el 21 de marzo de 1933

¡Señor presidente del *Reich*! ¡Señoras y señores, diputados del parlamento!

Desde hace años vive nuestro pueblo bajo el peso de hondas preocupaciones.

Después de un período de orgullosa ascensión, de florecimiento y de prosperidad en todos los aspectos de nuestra vida, han vuelto a penetrar en nuestro país, como tantas otras veces en el pasado, la miseria y la pobreza.

A pesar de su industria y amor al trabajo, de su decisión, de su inteligencia y buena voluntad, buscan en vano millones de alemanes el pan de cada día. La vida económica languidece, la hacienda está desorganizada, millones de hombres carecen de trabajo.

El mundo sólo conoce el aspecto externo de nuestras ciudades, pero no ve las miserias y calamidades.

Dos mil años hace que nuestro pueblo vive acompañado de ese incierto destino. A las pocas épocas de prosperidad siguen una y otra vez las de decadencia. Las causas fueron siempre las mismas. Dominado por la descomposición interna, dividido espiritualmente, disperso en la voluntad y, por lo tanto, impotente para la acción, el pueblo alemán se encuentra desprovisto de energías para afirmar su propia existencia. Sueña con la justicia en un mundo ideal y pierde el contacto con la realidad.

Pero cuanto mayor es la decadencia del pueblo y del Estado, y más débil, por consiguiente, la defensa y protección de la vida nacional, con tanta mayor fuerza se ha procurado siempre hacer de la pobreza una virtud. La teoría del valor peculiar de cada uno de los grandes linajes o familias germánicas era como un obstáculo para llegar al reconocimiento de la necesidad de formar una voluntad común. Finalmente no les quedaba a los alemanes más camino abierto que el de la exploración de su propio espíritu. Pueblo de músicos, de poetas y pensadores, soñaba en un mundo que para los demás pueblos era la realidad misma y únicamente ante los embates sin piedad de la miseria y de la desgracia, llegaba a surgir de la emoción artística la nostalgia de un nuevo impulso, de una nueva afirmación nacional y, con ello, de una vida nueva.

Cuando a las ansias intelectuales de la nación alemana hizo seguir Bismarck la unidad política, pareció que había de haber terminado para siempre el largo período de discordias y guerras civiles entre alemanes. Fiel a la proclama del emperador, nuestro pueblo contribuyó a fomentar los bienes de la paz, de la cultura y de la civilización humana. El sentimiento de su fuerza estuvo siempre unido a la responsabilidad profundamente sentida por la vida común de las naciones europeas.

Esta época de unidad política y militar de los pueblos alemanes coincide con los comienzos de un proceso ideológico de disolución de la conciencia nacional, cuyas funestas consecuencias se hacen sentir todavía.

Y esta decadencia interna de la nación se convirtió una vez más, como tantas otras, en aliada del mundo exterior. La revolución de noviembre de 1918 terminó un combate al cual la nación alemana acudió llevada por el sacratísimo convencimiento de que con ello no hacía más que defender su libertad y su derecho a la vida.

La culpabilidad de Alemania en la guerra es una calumnia, porque ni el emperador ni el gobierno, ni el pueblo habían querido la guerra. Únicamente la caída de la nación, el desmoronamiento general, pudieron obligar a una generación débil a aceptar contra su leal deber y su sagrado convencimiento la imputación de nuestra culpabilidad.

Este derrumbamiento fue seguido de la decadencia en todos los órdenes. Moral y materialmente, intelectual y económicamente, nuestro pueblo descendió cada día más bajo.

Y lo peor de todo fue la destrucción de la fe en la propia fuerza, la degradación de nuestras tradiciones y, con ello, la ruina de toda base firme para la confianza.

Crisis interminables han trastornado desde entonces la vida de nuestro pueblo.

Pero la felicidad y la riqueza del resto del mundo no han aumentado tampoco por el hecho de que haya quedado política y económicamente roto un eslabón esencial en la comunidad de los Estados.

De la extravagante teoría que pretende perpetuar la noción de vencedores y vencidos surgió la locura de las reparaciones y, a consecuencia de ella, la catástrofe de la economía mundial.

Mientras de este modo el pueblo y la nación alemana se hundían en la división y en la discordia internas y la vida económica marchaba hacia la ruina, empezaba por otra parte la nueva concentración de los alemanes que, animados por la fe y la confianza en sí mismos, trataban de formar una nueva comunidad.

A esa joven Alemania confiasteis, vos, señor Mariscal, el día 30 de enero de 1933 con generosa decisión, el gobierno del *Reich*.

Convencidos de que el pueblo debe dar también su asentimiento al nuevo orden de la vida alemana, los hombres que formamos este gobierno nacional acordamos dirigir un último llamamiento a la nación.

El día 5 de marzo tomó el pueblo su decisión y, en su mayoría, expresó su adhesión a nuestra causa. En un levantamiento único y en el curso de pocas semanas ha restablecido el honor nacional y gracias a vuestra comprensión, señor presidente del *Reich*, ha consumado la unión entre los símbolos de la antigua grandeza y de la energía juvenil.

Al presentarse el gobierno nacional, en esta hora solemne por primera vez ante el nuevo parlamento, anuncia al propio tiempo su voluntad inquebrantable de acometer y llevar a cabo la gran obra de reorganizar el pueblo y el Estado alemanes.

Consciente de actuar como intérprete de la voluntad nacional, espera el gobierno de los partidos que integran la representación popular, que al cabo de quince años de sufrimientos y miserias sean capaces de superar los estrechos doctrinarismos y dogmas partidistas y se sometan a la férrea ley que la crisis y sus amenazadoras consecuencias a todos nos imponen.

La obra que el destino exige de nosotros ha de elevarse soberanamente sobre la pequeñez y la estrechez de los recursos de la política cotidiana.

Queremos restablecer en la nación alemana la unidad de pensamiento y de voluntad.

Queremos conservar los eternos fundamentos de nuestra vida, a saber: nuestra personalidad como pueblo y las energías y valores a ella inherentes.

Queremos ajustar la organización y el gobierno del Estado a los principios que en todo tiempo fueron condición previa para la grandeza de los pueblos y de las naciones.

Queremos aliar la confianza en las sanas y rectas normas naturales de la conducta con la firmeza en la evolución política tanto interior como exterior.

En lugar de las continuas vacilaciones queremos establecer un gobierno firme que devuelva a nuestro pueblo una inquebrantable autoridad.

Nos proponemos tomar en cuenta todas las experiencias que en la vida individual y colectiva, no menos que en la vida económica, hayan demostrado, en el curso de los

milenarios, su carácter beneficioso para la humanidad.

Queremos restablecer la primacía de la política, llamada a organizar y dirigir la lucha por la vida de la nación.

Pero queremos también atraernos todas las fuerzas verdaderas, vivas del pueblo, porque en ellas vemos el sostén del porvenir de Alemania y a la vez que nos esforzaremos en unir a todos los hombres de buena voluntad, procuraremos reducir a la impotencia a cuantos pretendan causar perjuicio al pueblo alemán.

Sobre la base de los pueblos germánicos, de sus estamentos y profesiones, de lo que hasta hoy se han llamado clases, queremos fundar una nueva comunidad, con derecho a establecer entre los diversos intereses vitales el justo equilibrio exigido por el porvenir común de todos ellos. Campesinos, burgueses y obreros han de volver a formar un pueblo alemán.

Ese pueblo ha de convertirse en eterno y fiel guardián de nuestras creencias y de nuestra cultura, de nuestro honor y nuestra libertad.

Frente al mundo, y recordando la magnitud de los sacrificios de la guerra, queremos ser sinceros amigos de la paz que cure por fin las heridas de todos.

El gobierno nacional está decidido a llenar la misión aceptada ante el pueblo alemán. Se presenta, por lo tanto, al parlamento, animado del ferviente deseo de encontrar en él un apoyo en el cumplimiento de esta tarea. Procurad, señoras y señores, como representantes elegidos del pueblo, ajustar vuestros actos al espíritu de los tiempos y colaborar a la gran obra de la regeneración nacional.

Entre nosotros se encuentra hoy una anciana testa. Nos levantamos para inclinarnos ante vos, señor Mariscal.

Tres veces luchasteis en el campo del honor por la existencia y el porvenir de nuestro pueblo.

Como teniente en los ejércitos del rey y por la unidad alemana, en las legiones del viejo emperador alemán por la gloriosa realización del *Reich*, y en la mayor de las guerras de todos los tiempos como Mariscal de campo por la conservación del *Reich* y la libertad de nuestro pueblo.

Fuisteis testigo del nacimiento del *Reich*, de la obra del gran canceller, de la maravillosa ascensión de nuestro pueblo y fuisteis después nuestro conductor en la época extraordinaria cuyas luchas hubimos de vivir nosotros mismos por decreto del destino.

Hoy, señor Mariscal, permite la Providencia que seáis protector del nuevo alzamiento de nuestro pueblo. Vuestra vida maravillosa es para todos nosotros símbolo de la fuerza vital indestructible de la nación alemana. Así os está agradecida la juventud alemana y agradecidos os están también aquellos que estiman vuestro asentimiento a la obra del levantamiento de Alemania como una bendición. Que esta energía logre también comunicarse a la nueva representación de nuestro pueblo, cuya apertura tiene ahora lugar.

Quiera también la Providencia concedernos el valor y la constancia que en este recinto sagrado para todo alemán sentimos en torno a nosotros, hombres que luchamos por la libertad y la grandeza de nuestro pueblo, reunidos al pie de la tumba del más grande de sus reyes.

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 23 de marzo de 1933

Hombres y mujeres del parlamento alemán:

De acuerdo con el gobierno del *Reich*, el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores y el partido nacionalista han tenido la iniciativa de someter a vuestra deliberación una ley para combatir la crisis en el pueblo y en el *Reich*. Los motivos para esta medida extraordinaria son los siguientes:

En noviembre de 1918 las organizaciones marxistas se apoderaron mediante una revolución del poder ejecutivo. Los monarcas fueron destronados; las autoridades del *Reich* y de los países depuestas, y de este modo la constitución quebrantada. El logro de la revolución en sentido material libró a los autores de la garra de la Justicia. La legitimación moral la buscaban en la afirmación de que Alemania, es decir, su gobierno, era responsable de la guerra.

Esta afirmación era falsa a todas luces. Pero las consecuencias de estas falsas imputaciones que se movían dentro de los intereses de nuestros antiguos enemigos fueron la opresión violentísima de todo el pueblo alemán y el quebrantamiento de las seguridades que se nos dieron en los catorce puntos que Wilson llevó a Alemania, es decir, al pueblo trabajador alemán, a una época de infortunio sin límites.

Cuántas promesas hicieron los hombres de noviembre de 1918, que se revelaron, si no como extravíos conscientes, como ilusiones no por eso menos condenables. Las *conquistas de la revolución* no fueron, en general, agradables más que para una mínima parte de nuestro pueblo, mientras que para la inmensa mayoría, al menos en cuanto ésta tenía que ganarse el pan cotidiano con su honrado trabajo, fueron de una tristeza infinita. Es comprensible que el instinto de conservación de los partidos y de los hombres culpables de ese proceso encuentre miles de paliativos y disculpas. La mera comparación de lo conseguido por término medio en los últimos catorce años con las promesas anteriormente proclamadas es aniquiladora para los regidores responsables de ese crimen sin ejemplo en la historia alemana.

En el transcurso de los últimos catorce años ha sufrido nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida una decadencia que apenas cabe imaginar mayor. Teniendo en cuenta los valores de nuestro pueblo alemán, así como el acervo ya existente, político y económico, no puede decirse qué es lo que en ese tiempo podría haber sido peor.

El pueblo alemán, a pesar de su lentitud para la impresión y la toma de posición política, se ha apartado cada vez más de las ideologías de los partidos y de las sociedades responsables a sus ojos de ese estado de cosas.

Al fin y al cabo, el número de alemanes que sentían íntimamente la constitución de Weimar, no obstante la sugestiva significación y el desconsiderado ejercicio del poder, no era más que un fragmento de la nación entera.

El signo característico de estos catorce años fue también que - prescindiendo de naturales oscilaciones - la línea evolutiva se dirige constantemente hacia abajo. El deprimente conocimiento de esto fue una de las causas de la desesperación general. Él hizo ver la necesidad de apartarse radicalmente de las ideas, de las organizaciones y, poco a poco, la causa profunda de nuestra decadencia.

Por eso el movimiento nacionalsocialista, a pesar de la más horrible represión, pudo ir ganando cada vez más el espíritu y la voluntad de los alemanes para la lucha

defensiva. En pocas semanas, y en unión de las demás sociedades nacionales, apartó las fuerzas que dominaban desde noviembre de 1918 colocando mediante una revolución el poder público en manos del gobierno nacional. El 5 de marzo dio el pueblo alemán su asentimiento a este acto.

El programa de la reconstrucción del pueblo y del *Reich* se desprende de la magnitud de la crisis de nuestra vida política, moral y económica. Penetrado del convencimiento de que este desmoronamiento tiene sus causas en males internos de nuestro organismo nacional, la finalidad del gobierno de la revolución nacional es alejar de nuestra vida popular aquellos achaques que pudieran impedir en lo futuro aquella verdadera resurrección. La decadencia de la nación en incontables y opuestas ideologías, sistemáticamente provocada por el error marxista, supone la destrucción de la base de toda posible comunidad de vida.

La disolución ataca todos los fundamentos del orden social. La completa contraposición de unos a otros en cuanto a los conceptos de Estado, sociedad, religión, moral, familia, economía, abre diferencias que conducen a la guerra de todos contra todos.

Partiendo del liberalismo del siglo pasado, este proceso encuentra naturalmente su término en el caos comunista.

La movilización de los instintos primitivos lleva a una conexión entre las concepciones de una idea política y los actos de verdaderos criminales. Empezando por los saqueos, los incendios, los siniestros ferroviarios, los atentados, etc., todo encuentra en la idea comunista su sanción moral.

Sólo los métodos de terrorismo individual de la masa han costado en pocos años al movimiento nacionalsocialista más de trescientos cincuenta muertos y decenas de miles de heridos.

El incendio del parlamento, abortado intento de una vasta acción, no es más que un signo de lo que Europa tendría que esperar del triunfo de esa diabólica doctrina. Si hoy determinada prensa, especialmente fuera de Alemania, pretende identificar con esta infamia el levantamiento nacional en Alemania, conforme a la falsedad política que el comunismo elevó a principio, esto no puede hacer más que robustecerme en mi resolución de no omitir nada, para que, con la mayor rapidez, se expíe este crimen con la ejecución pública del incendiario culpable y de sus cómplices.

Ni el pueblo alemán ni el resto del mundo se han dado suficiente cuenta de las proporciones que tenía la acción premeditada por esa organización. Sólo la fulminante intervención del gobierno impidió una evolución que de haber tenido una salida catastrófica hubiera conmovido a toda Europa. Muchos de los que hoy fraternizan, dentro y fuera de Alemania, con los intereses del comunismo, por odio al resurgimiento nacional, hubieran sido ellos mismos víctimas de semejante evolución.

La suprema misión del gobierno nacional será extirpar por completo y eliminar de nuestro país este fenómeno, no sólo en interés de Alemania, sino en interés del resto de Europa.

El gobierno nacional no perderá de vista que no se trata aquí del problema negativo de esas organizaciones, sino de la labor positiva de ganar al obrero alemán para el Estado nacional. Sólo el restablecimiento de una verdadera comunidad del pueblo que se alce sobre los intereses y las diferencias de Estados y de clases puede a la larga privar de base de sustentación a esos extravíos del espíritu humano. La formación de ese frente ideológico del cuerpo nacional alemán es tanto más importante cuanto que sólo él hace posible el mantenimiento de relaciones amistosas con las potencias extranjeras, sin

consideración a las tendencias o a los principios ideológicos imperantes en ellas, ya que la extirpación del comunismo en Alemania no es una cuestión privada alemana. El resto del mundo puede tener también en ello un gran interés, pues la explosión de un caos comunista en el espesamente poblado *Reich* alemán acarrearía consecuencias políticas y económicas, especialmente en el resto de la Europa occidental, cuyas proporciones son inimaginables. El interno desmoronamiento de nuestra comunidad popular condujo necesariamente a un debilitamiento cada vez más grave de la autoridad del alto mando del Estado. La depresión del prestigio del gobierno, resultante necesaria de ese Estado interno de incertidumbre, llevó a diferentes partidos en algunas regiones ideas incompatibles con la unidad. Con toda consideración a las tradiciones de las regiones no puede uno desechar el acerbo conocimiento de que el grado de fraccionamiento de la vida pública en el pasado no sólo no fue provechoso para nuestro pueblo frente al mundo y frente a la vida, sino que fue verdaderamente pernicioso.

No es misión de un gobierno superior entregar posteriormente las formaciones orgánicas al principio teórico de un unitarismo desenfrenado. Pero es su deber poner fuera de toda duda esa unidad de espíritu y de voluntad del mando de la nación y, de este modo, la idea del *Reich* en sí.

La prosperidad de nuestros municipios y regiones, necesita, como la existencia de cada individuo alemán, la protección del Estado. Por consiguiente, el gobierno del *Reich* no se propone eliminar las regiones con una ley de poderes discrecionales. Pero adoptará aquellas medidas que, de ahora y para siempre, garanticen igualdad de intención política en el *Reich* y en las regiones. Cuanto mayor sea el acuerdo de espíritus y de voluntades, tanto menor interés tendrá en lo sucesivo el *Reich* en forzar la vida particular de cada región cultural y económicamente. Completamente imposible es esa mutua denigración que se presentó en los últimos tiempos entre gobiernos del *Reich* y de los países valiéndose del moderno instrumento de la propaganda popular. No soportaré, en ningún caso, y el gobierno del *Reich* adoptará todas las medidas para que, en lo sucesivo, no haya ministros de gobiernos alemanes que a la faz del mundo, en asambleas públicas e incluso utilizando la radiotelefonía, se acusen o se denigren mutuamente.

Conduce también a un total desprecio de las corporaciones legislativas a los ojos del pueblo el que, aún en tiempos normales, en el espacio de cuatro años, ya en el *Reich*, ya en las diferentes regiones, haya sido llamado el pueblo a las urnas veinte veces. El gobierno del *Reich* encontrará un modo de conseguir que la expresión de la voluntad de la nación hecha una vez para el *Reich* y para las regiones produzca consecuencias uniformes. Una amplia reforma del *Reich* no será más que el resultado de una evolución vital. Su finalidad debe ser la construcción de una constitución que funda la voluntad del pueblo con la autoridad de un mando verdadero. La legitimación de una reforma constitucional semejante procederá del pueblo mismo.

El gobierno de la revolución nacional considera como su deber fundamental, respondiendo al sentido del voto de confianza que el pueblo le dio, alejar del influjo en la conformación de la vida nacional aquellos elementos que premeditadamente la niegan. La igualdad teórica ante la ley no puede llevar a tolerar en nombre de ella a los que por principio menoscaban las leyes e incluso a entregarles la libertad de la nación en nombre de doctrinas democráticas. El gobierno, empero, reconocerá la igualdad ante la ley de todos aquellos que se alisten contra ese peligro detrás de los intereses nacionales en el frente de nuestro pueblo y no fallen en el apoyo al gobierno.

Desde luego nuestra inmediata tarea será la de llamar a responsabilidad a los

directores espirituales de esas tendencias aniquiladoras y la de salvar, en cambio, a las víctimas seducidas.

En los millones de obreros alemanes que reverencian esas ideas de insensatez y de suicidio vemos especialmente el resultado, y no otra cosa, de una imperdonable debilidad de los gobiernos anteriores que no impidieron la difusión de ideas cuya realización práctica sometieron a castigo ellos mismos. El gobierno no se dejará extraviar por nadie en la resolución de resolver este problema. Ahora es cuestión del parlamento tomar por su parte una posición franca. Esto no modifica en nada la suerte del comunismo y de las organizaciones que fraternizan con él. El gobierno nacional no inspira para ello sus medidas bajo otro ángulo que el de precaver de una miseria sin nombre al pueblo alemán y, ante todo, a sus millones de hombres trabajadores.

Por eso el gobierno nacional, ante este estado de cosas, considera por ahora la cuestión de una restauración monárquica como fuera de discusión. El intento de resolver este problema por sí mismo en alguna región sería considerado como un ataque a la unidad del *Reich* y se procedería en consecuencia.

Al mismo tiempo que esta desinfección política de nuestra vida pública, procurará el gobierno del *Reich* un enérgico saneamiento moral del pueblo.

Todo el aparato educativo, teatro, film, literatura, prensa, radiodifusión, servirá de medio para este fin y será considerado como conviene. Todos tienen que servir para el mantenimiento de los valores eternos que viven en la esencia de nuestro pueblo. El arte será siempre expresión y espejo de la aspiración y de la realidad de una época. La contemplación burguesa lleva rápido camino de desaparecer en el mundo. El heroísmo se alza apasionadamente como venidera personificación y venidero guía de destinos políticos. Es misión del arte la de ser expresión de ese determinante espíritu de la época. La sangre y la raza volverán a ser fuentes de la intuición artística. Misión del gobierno es la de procurar que, precisamente en un tiempo de restringido poder político, encuentren imperiosa expresión cultural los íntimos valores vitales y la voluntad de vida de la nación. Esta resolución obliga a la reconocida admiración de nuestro gran pasado. En todos los terrenos de nuestra vida histórica y cultural hay que echar puentes que vayan del pasado al futuro. La veneración de los grandes hombres hay que grabarla otra vez en la juventud alemana como santo legado. Al decidir el gobierno proceder a la desinfección política y moral de nuestra vida pública, crea y fija las premisas para una profunda y verdadera vuelta a la vida religiosa.

Las ventajas de índole político-personal que pudieron resultar de compromisos con organizaciones ateístas no compensan ni con mucho las consecuencias que se hacen patentes en la destrucción de valores morales de todos.

El gobierno nacional ve en las dos confesiones cristianas los factores más importantes para el mantenimiento de nuestro pueblo. El gobierno nacional respetará los acuerdos concertados entre ellas y las regiones.

Sus derechos no serán conculcados. Pero el gobierno nacional espera que, a la inversa, la labor que el gobierno se ha asignado en la renovación nacional y moral de nuestro pueblo encuentre el mismo acatamiento. Ante las demás confesiones se presentará con imparcial justicia. No puede, empero, tolerar que la pertenencia a una determinada confesión o a una raza determinada pueda constituir una liberación de obligaciones legales de la generalidad o incluso una carta abierta para cometer o tolerar delitos impunemente. La preocupación del gobierno es la sincera colaboración entre la Iglesia y el Estado; la lucha contra una ideología materialista en pro de una verdadera comunidad popular sirve a los intereses de la nación alemana lo mismo que el bien de nuestra fe

cristiana.

Nuestro derecho debe servir en primer término al mantenimiento de esa comunidad popular. A la inamovilidad de los jueces por una parte ha de corresponder elasticidad de fallo en beneficio de la sociedad. No el individuo sino el pueblo debe ser centro de la preocupación legal. La traición al país y al pueblo debe ser en el futuro extirpada con toda desconsideración. El terreno sobre el que se asienta la Justicia no puede ser otro que el terreno sobre el que se asienta la nación. Por eso no debe aquella perder nunca de vista la gravedad de la resolución de quienes son responsables de la conformación de la vida de la nación bajo el duro dictado de la realidad.

Grandes son también los cometidos del gobierno nacional en el terreno de la vida económica.

Aquí determinará una ley toda la acción; el pueblo no vive para la economía y la economía no existe para el capital, sino que el capital sirve a la economía y la economía al pueblo.

Por principio el gobierno no defenderá los intereses del pueblo alemán por el rodeo de una burocracia económica oficialmente organizada, sino mediante el vivo fomento de la iniciativa privada y mediante el reconocimiento de la propiedad.

Entre la intención productiva, por una parte, y el trabajo productivo, por otra, hay que establecer una justa compensación. La administración debe respetar con el ahorro los frutos de la capacidad, de la aplicación y del trabajo. El problema de nuestras finanzas públicas no es, en último extremo, más que el problema de una administración económica. La preconcebida reforma fiscal debe conducir a una simplificación en el reparto y de este modo a una disminución de gastos y de cargas. Por principio hay que levantar el molino de los impuestos en la corriente y no en el manantial. Estas medidas determinarán una disminución de las cargas mediante la simplificación de la administración. Esta reforma fiscal que ha de realizarse en el *Reich* y en las regiones no es una cuestión del momento, sino de un tiempo que señalarán las exigencias. El gobierno, por principio, evitará experimentos con la moneda.

Pero ante todo, nos encontramos frente a dos tareas económicas de primer rango. La salvación del campesino alemán debe llevarse a cabo a cualquier precio.

El aniquilamiento de esta clase en nuestro pueblo tendría las más graves consecuencias imaginables. El restablecimiento de la rentabilidad de la explotación agrícola es posible que sea dura para el consumidor, pero el golpe que se asestaría a todo el pueblo alemán si el campesino se hundiera no puede ni remotamente compararse con esa dureza. Sólo en conexión con la rentabilidad de nuestra agricultura - la cual hay que conseguir por todos los medios - puede resolverse la cuestión de la protección contra el embargo o la liberación de deudas. Si no se consigue esto, el aniquilamiento de nuestro campesino conduciría no sólo al derrumbamiento de la economía alemana en absoluto, sino ante todo al derrumbamiento del pueblo alemán. Su saneamiento es además la primera condición para el esplendor de nuestra industria, del comercio interior alemán y de la exportación. Sin el contrapeso del campesino alemán hubiese invadido ya a Alemania la locura comunista, destruyendo así definitivamente la economía alemana. Lo que la economía general, incluso nuestra industria de exportación, debe al sano instinto del campesino alemán no puede pagarse con sacrificios de carácter económico cualesquiera que sean. Por eso en lo sucesivo nuestra gran preocupación será la colonización del suelo alemán.

Por lo demás, el gobierno nacional se da perfecta cuenta de que la definitiva conjuración de la crisis, tanto de la economía campesina como urbana, depende de la

inserción del ejército de los desempleados en el proceso de la producción.

Aquí radica la segunda e ingente tarea económica, la cual no puede ser resuelta más que en medio de una paz general imponiendo sanos y naturales principios económicos y cuantas medidas sean necesarias, aunque, por el momento, no puedan aspirar a la popularidad. La procuración de trabajo y el trabajo obligatorio son medidas aisladas en el cuadro del ataque general.

La posición del gobierno nacional respecto a la clase media es análoga a la que tiene respecto al campesino.

Su salvación no puede lograrse más que dentro de la política económica general. El gobierno nacional está decidido a resolver esta cuestión a fondo. Reconoce como su misión histórica la de proteger y alentar a los millones de obreros alemanes en la lucha por sus derechos a la existencia. Como canciller y nacionalsocialista me siento unido a ellos como a antiguos compañeros de mi juventud. La elevación de la capacidad de consumo de esas masas será uno de los medios esenciales de la reanimación económica.

Aún conservando nuestra legislación social, habrá que dar un primer paso para su reforma. Por principio la utilización de toda fuerza de trabajo debe hacerse en servicio de la generalidad. El dejar ociosas millones de horas de trabajo humano es una locura y un crimen que conduce a la depauperación de todos. Cualesquiera que sean los valores que se creen empleando nuestras fuerzas de trabajo excedentes, pueden representar bienes vitales indispensables para millones de hombres que hoy degeneran en la necesidad y en la miseria. La capacidad organizadora de nuestro pueblo tiene que resolver esta cuestión y la resolverá.

Ya sabemos que la situación geográfica de Alemania, pobre en materias primas, no permite una completa autocracia para nuestro *Reich*. Hay que repetir insistentemente que nada dista tanto del gobierno como una hostilidad hacia la exportación. Ya sabemos que necesitamos la conexión con el mundo y que el mercado de productos alemanes en el mundo alimenta a muchos millones de compatriotas.

Sabemos también cuales son las condiciones para un sano intercambio de actividades entre los pueblos de la Tierra, pues Alemania estuvo obligada durante años a actividades que no tenían reciprocidad. De ahí resulta que la misión de mantener a Alemania como miembro activo del intercambio comercial es no tanto de índole político-comercial como político-financiera. En tanto que no se nos conceda una ordenación de nuestras deudas exteriores, objetiva y proporcionada a nuestras fuerzas, nos veremos desgraciadamente forzados a mantener nuestro régimen obligatorio de divisas. El gobierno del *Reich* está también obligado en nombre de éste a mantener las barreras erigidas en las fronteras contra la huida de capitales. Puesto que el gobierno del *Reich* se deja guiar por estos principios es de esperar seguramente que la creciente comprensión del extranjero facilite la inclusión de nuestro *Reich* en la pacífica competencia de las naciones. Para fomentar el tráfico logrando un equilibrio razonable de todos sus intereses se dará a principios del mes próximo el primer paso con una reforma del impuesto sobre automóviles. La conservación de los ferrocarriles alemanes y su vuelta a manos del *Reich* - tan rápida como sea posible - es una tarea que nos obliga, no sólo económicamente, sino también moralmente. El gobierno nacional atenderá celosamente al desarrollo de la comunicación aérea como medio de comunicación pacífica entre los pueblos.

Para toda esta actividad necesita el gobierno el apoyo, no sólo de las fuerzas de todo el pueblo en general, a las cuales está decidido a apelar en grandes proporciones, sino también a la abnegada fidelidad y el trabajo del funcionario profesional. Sólo en

urgencia extrema de las finanzas públicas se efectuarán intromisiones y aún entonces la suprema ley de nuestra acción será una estricta justicia.

La defensa de las fronteras del *Reich* y, por consiguiente, la vida de nuestro pueblo y la existencia de nuestra economía, radica hoy en nuestra *Reichswehr* ⁽¹⁾ que, conforme a las cláusulas impuestas en el Tratado de Versalles, hay que considerar como al único ejército verdaderamente desarmado del mundo. A pesar de la pequeñez a que se le sometió y del armamento insuficiente en absoluto, el pueblo alemán puede mirar con orgullosa satisfacción a su *Reichswehr*. En circunstancias gravísimas surgió este pequeño instrumento de nuestra defensa nacional. Su espíritu es el portador de nuestras mejores tradiciones militares. Con rigurosa escrupulosidad cumplió así el pueblo alemán las obligaciones que le impuso el tratado de paz, y en cuanto a los barcos de reemplazo que se nos concedieron para nuestra flota sólo una parte - bien puedo decir desgraciadamente - ha sido construida.

Alemania espera desde hace años inútilmente que los demás cumplan las promesas de desarme que nos hicieron. Es sincero deseo del gobierno nacional poder prescindir de un aumento del ejército alemán y de nuestras armas en cuanto que el resto del mundo se manifieste inclinado, por fin, a cumplir su obligación de desarmarse radicalmente. Porque Alemania no quiere más que los mismos derechos de vida y la misma libertad.

El gobierno nacional quiere educar al pueblo alemán en este espíritu de voluntad para la libertad. El honor de la nación, el honor de nuestro ejército, el ideal de la libertad deben volver a ser sagrados para el pueblo alemán.

El pueblo alemán quiere vivir en paz con el mundo. Por eso precisamente el gobierno del *Reich* propugnará por todos los medios que se ponga término definitivamente a la separación de los pueblos de la Tierra en dos categorías. Mantener abierta esta herida lleva al uno a la desconfianza, al otro al odio y, de esta manera, a una inseguridad general. El gobierno nacional está dispuesto a tender una mano para una sincera inteligencia a todo pueblo decidido a cerrar de una vez y para siempre el triste pasado. La crisis del mundo no puede desaparecer más que creando los fundamentos de relaciones políticas estables y renaciendo la mutua confianza entre los pueblos.

Para conjurar la catástrofe económica es necesario:

- 1) Un gobierno autoritario a todo trance en el interior para restablecer la confianza en la estabilidad de las cosas.
- 2) Un afianzamiento de la paz a largo término hecho por las grandes naciones para restablecer la confianza de los pueblos entre sí.
- 3) El definitivo triunfo de los principios de la razón en la organización y dirección de la economía, así como una general liberación de reparaciones e imposibles servicios de deudas e intereses.

Desgraciadamente nos encontramos ante el hecho de que la Conferencia de Ginebra, a pesar de largas deliberaciones, no ha llegado hasta ahora a ningún resultado práctico. La decisión sobre las medidas a adoptar para un verdadero desarme ha sido siempre diferida por la inclusión de cuestiones técnicas y de problemas que no tienen nada que ver con el desarme. Este procedimiento es estéril.

El estado de injusticia que supone el desarme unilateral y la consiguiente inseguridad

nacional de Alemania no puede subsistir a la larga.

Reconocemos como indicio de responsabilidad y de buena voluntad que el gobierno británico haya intentado con su proyecto de desarme llevar finalmente la conferencia a rápidas resoluciones. El gobierno del *Reich* apoyará todos los esfuerzos que tiendan a lograr un efectivo desarme general y satisfagan la reclamación que hace tiempo viene haciendo con justicia Alemania sobre el desarme.

Desde hace catorce años estamos desarmados y desde hace catorce meses esperamos el resultado de la conferencia del desarme. Aún más vasto es el plan del jefe del gobierno italiano que, magnánima y sagazmente, intenta asegurar a toda la política europea una evolución tranquila y consecuente. Concedemos a este plan la más seria significación y estamos dispuestos a colaborar sobre su base con toda seriedad para reunir a las cuatro grandes potencias: Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, en una labor conjunta, pacífica, que animosa y resueltamente ataque los problemas de cuya solución depende la suerte de Europa.

Por esto nos mueve a especial gratitud la comprensiva cordialidad con que en Italia se ha saludado el levantamiento nacional. Deseamos y esperamos que la igualdad de ideales espirituales sea el fundamento para un constante afincamiento de las relaciones amistosas entre ambos pueblos.

Asimismo, el gobierno del *Reich*, que ve en el cristianismo el inquebrantable fundamento de la moral y de las buenas costumbres del pueblo, concede grandísimo valor a las amistosas relaciones con la Santa Sede y trata de darles expresión. Respecto a nuestro pueblo hermano, Austria, notamos el sentimiento de participación en sus preocupaciones y en sus necesidades. El gobierno del *Reich* siente en sus actos la conciencia de unión en el destino de todos los pueblos de origen alemán. La posición frente a cada una de las demás potencias extranjeras resulta de lo anteriormente dicho. Pero incluso allí donde las mutuas relaciones están sujetas a dificultades nos afanaremos por allanarlas. Desde luego jamás podrá ser la base de una inteligencia la distinción entre vencedor y vencido.

Estamos, convencidos de que es posible ese allanamiento de dificultades en nuestras relaciones con Francia si los gobiernos estudian por ambas partes los problemas que les atañen con verdadera amplitud de miras. El gobierno del *Reich* está dispuesto a sostener con la Unión Soviética relaciones amistosas provechosas para ambas partes. Precisamente el gobierno de la revolución nacional se considera en situación de hacer con la Rusia soviética una política positiva. La lucha contra el comunismo en Alemania es una cuestión privada en la cual no toleraremos jamás intromisiones de afuera. Las relaciones internacionales con las demás potencias con las cuales nos unen intereses comunes permanecerán intactas. Nuestra relación con los demás países merecerá también en lo sucesivo nuestra más seria atención, especialmente nuestra relación con los grandes Estados transmarinos, con los cuales está Alemania unida hace tiempo por vínculos amistosos y por intereses económicos.

Lugar especial en nuestro corazón ocupa la suerte de los alemanes que viven más allá de las fronteras del *Reich*, que están unidos a nosotros por idioma, cultura y costumbres y que luchan penosamente por la conservación de sus bienes. El gobierno nacional está decidido a defender por todos los medios a su alcance los derechos garantizados internacionalmente a las minorías alemanas.

Saludamos el plan de la conferencia económica mundial y estamos conformes con su próxima celebración. El gobierno del *Reich* está dispuesto a colaborar en dicha conferencia para llegar, por fin, a resultados positivos.

La cuestión más importante es el problema de nuestras deudas exteriores a corto y largo plazo.

La modificación total de las circunstancias en los mercados del mundo requiere una adaptación a ellas. Sólo de una colaboración confiada puede surgir el remedio eficaz para la general preocupación. Diez años de paz sincera serán más provechosos para el bienestar de las naciones que treinta años de atascamiento en los conceptos de vencedores y vencidos.

Para colocarse en situación de cumplir las tareas contenidas en este marco, el gobierno, por medio de los dos partidos, nacionalsocialista y nacionalista, ha presentado al parlamento la ley de poderes discrecionales.

Una parte de las medidas proyectadas requiere la mayoría de las modificaciones constitucionales. La realización de esas tareas y su solución es necesaria. Contradiría el espíritu del levantamiento nacional y no bastaría para el fin propuesto que el gobierno suplicase y ganase de caso en caso el consentimiento del parlamento para sus medidas. El gobierno no está guiado aquí del propósito de disolver el parlamento como tal. Al contrario, se reserva para el futuro dar cuenta al parlamento de sus medidas o de buscar su aprobación.

Pero la autoridad y el cumplimiento de la misión padecerían si en el pueblo pudiera surgir la duda sobre la estabilidad del nuevo régimen. El gobierno del *Reich* considera como imposible en las actuales circunstancias de profunda excitación de la nación otra sesión del parlamento. Apenas si la revolución de tan grandes proporciones transcurrió tan disciplinada y tan incruenta como este levantamiento del pueblo alemán en estas semanas. Mi voluntad y mi firme propósito son procurar también en lo futuro esa tranquila evolución.

Por eso es tanto más necesario que se le conceda al gobierno nacional aquella soberana posición, única adecuada en un tiempo como éste, para impedir toda otra evolución. El gobierno no hará de esa ley facultativa más uso que el necesario para llevar a cabo las medidas vitalmente necesarias. No está amenazada ni la existencia del parlamento ni la del consejo estatal. La función y los derechos del presidente del *Reich* quedan intactos. La suprema misión del gobierno será siempre la de conseguir la interna conformidad para sus fines. La existencia de las regiones no está anulada. Los derechos de las Iglesias no sufrirán menoscabo ni variará su posición respecto al Estado. El número de casos en los que haya necesidad interna para recurrir a tal ley es escaso en sí. Tanto más, sin embargo, insiste el gobierno en la aprobación de la ley. El gobierno brinda a los partidos del parlamento la posibilidad de una evolución pacífica y de una inteligencia en el futuro resultante de ella. Pero el gobierno está también dispuesto y decidido a aceptar la notificación de la negativa y con ello el reto de oposición.

Ahora, señores, elegid vosotros mismos entre la paz y la guerra.

Debate parlamentario subsiguiente a las palabras de Adolf Hitler

Discurso pronunciado el 23 de marzo de 1933

(El presidente del parlamento, Hermann Göring, le concede la palabra al representante socialdemócrata y diputado Otto Wells)

Señoras y señores:

La petición que sobre política exterior ha expuesto el señor canciller del *Reich* la subrayamos desde un principio (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas) Aún puedo permitirme en este asunto el que, como primer alemán ante un foro internacional, he hablado en contra de la mentira de la culpabilidad de Alemania en el estallido de la Guerra Mundial, el 3 de febrero de 1919 en la Conferencia de Berna (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas)

Nunca habríamos sobrevivido de no representar a las exigencias de la nación alemana ante otros pueblos del mundo (“*¡Bravo!*”, entre los socialdemócratas)

El señor canciller dijo una frase ayer en Potsdam, que nosotros queremos también subrayar: “*De la absurda teoría de los eternos vencedores y vencidos, surgió la absurdidad de las reparaciones y así llegó la catástrofe del mercado mundial.*”

Esta frase es válida para la política exterior, pero no es menos válida para la política interior (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas) También aquí es absurda la teoría de vencedores y vencidos. Y esta frase, señor canciller, nos recuerda a otra que fue pronunciada en una reunión nacional el 23 de junio de 1919. Entonces se dijo: “*Estamos desarmados. Pero estar desarmados, no significa estar deshonrados*” (exclamaciones entre los socialdemócratas) El contrario nos quiere deshonrar, de esto no hay duda. Y en esta tragedia no se desmoronará nuestro honor, sino que aguantaremos hasta el último aliento (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas. “*¿Quién ha dicho esto?*”, era el grito de los nacionalsocialistas) Esto está escrito en una aclaración que un régimen de socialdemócratas dio en nombre del pueblo alemán ante todo el mundo, cuatro horas antes de que callaran las armas, para evitar el avance de los enemigos.

Esta frase del señor canciller del *Reich*, es un añadido valioso, pues de una paz forzada no sale ninguna bendición (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas) En el interior todavía menos (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas) Una verdadera comunidad popular no puede basarse en esto. Pide igualdad de derechos.

El régimen se puede proteger ante la crudeza, puede con dureza evitar actos brutales. Esto pasaría si para todos fuese justo y sin partidismos, y si se deja de tratar a los contrarios perdedores como proscritos (“*¡Muy bien!*”, entre los social-demócratas)

Libertad y vida, se nos pueden quitar, pero el honor, no (exclamaciones entre los socialdemócratas) Después de la persecución que ha sufrido el partido socialdemócrata en los últimos tiempos, nadie puede pedirle ni exigirle que vote a favor de la ley aquí presentada.

Las elecciones del 5 de marzo le han dado la mayoría a los partidos del régimen, y con ello le han dado la posibilidad, según la palabra y el sentido de la constitución, de gobernar. Pero donde existe esta posibilidad, debe también existir el deber (“*¡Muy correcto!*”, entre los socialdemócratas) La crítica es sana e imprescindible. Nunca, desde que existe el *Reich* alemán, ha sido anulado el control de

los asuntos públicos, por los representantes del pueblo, como ha pasado ahora (“¡Muy correcto!”, entre los socialdemócratas) Y esta nueva ley, todavía lo anulará más.

Un poder tomado así por un gobierno es muy grave, ya que también quita la libertad de expresión a los periodistas.

Señoras y señores: la situación de la Alemania de hoy está expresada en colores horribles. Y, como siempre, no faltan multitud de exageraciones. En lo que a nuestro partido respecta, declaro aquí: “*No hemos pedido intervención a París, ni hemos sacado millones hacia Praga, no hemos llevado noticias exageradas hacia el extranjero*” (“¡Muy correcto!”, entre los socialdemócratas) *Enfrentarse a estas exageraciones sería más fácil, si en el interior del país existiera un periodismo que supiera distinguir lo verdadero de lo falso* (exclamaciones entre los socialdemócratas) *Mucho mejor sería, si con buena voluntad, pudiésemos afirmar que la seguridad fuese recuperada nuevamente* (exclamaciones entre los socialdemócratas) *Esto, señores, depende de ustedes.*”

Los señores del partido nacionalsocialista, denominan a su movimiento como una revolución nacional, no una revolución nacionalsocialista. La relación de su revolución hacia el socialismo, se limita ahora al experimento de destruir al movimiento socialdemócrata (aplausos)

Contestación de Adolf Hitler al diputado Otto Wells

Discurso pronunciado el 23 de marzo de 1933

(Adolf Hitler, señalando con el dedo índice a los escaños socialdemócratas, les presenta su descargo)

Tarde venís, pero venís (exclamaciones entre los nacionalsocialistas) Las teorías que acaba de expresar usted, señor parlamentario, han llegado un poco tarde para la Historia Universal (risas entre los nacionalsocialistas) De haber llevado a la práctica estas propuestas, hace algunos años, se hubieran ahorrado las quejas de hoy.

Ellos dicen que la socialdemocracia subraya nuestro programa de política exterior, que niega la culpabilidad de Alemania en la guerra y que se levanta contra las reparaciones. Ahora quiero hacer una pregunta: ¿dónde estaba esta lucha cuando tenían el poder en Alemania? (“¡Muy correcto!”, entre los nacionalsocialistas) Ellos tenían entonces, la posibilidad de realizar las leyes de mercado interior. También podían hacerlo en otros campos. Igualmente hubiera sido posible darle, a la revolución alemana que partió de ellos, la misma dirección que la revolución en Francia y su levantamiento en 1870.

Estaba en sus manos construir un levantamiento correctamente nacional, y entonces, en caso de volver las banderas de la república derrotadas, hubieran ustedes podido decir: “*Hemos hecho lo posible para evitar la catástrofe, apelando a las fuerzas del pueblo alemán.*” (exclamaciones entre los nacionalsocialistas y los nacional-alemanes)

Entonces evitaron una lucha de la que ahora quieren ser protagonistas. Ustedes dicen que carecer de armas no es carecer de honor. ¡No! ¡No necesita serlo! Aunque estemos indefensos, no estaremos sin honor. Nuestro movimiento ha sido oprimido durante muchos años por su partido y, por lo tanto, indefenso, pero nunca deshonrado (ovaciones entre los nacionalsocialistas)

Tengo el convencimiento de que inyectaremos el espíritu del honor en el pueblo alemán y le convenceremos de que aunque esté sin defensa no está deshonrado (exclamaciones entre los nacionalsocialistas y nacional-alemanes) Esto dependía de ellos, ya que durante catorce años tuvieron el poder (gritos entre los socialdemócratas de “¡Oh, no!”) Ellos debían procurar que el pueblo alemán fuese un honor en el mundo. Dependía de ellos que el pueblo alemán, ya que estaba oprimido en el mundo, aguantara con honor esta opresión.

Ellos tuvieron la posibilidad de hacer frente a todos los intentos de deshonra de nuestro pueblo. La traición a nuestra patria podía haber sido evitada por ellos tal y como lo será por nosotros (ovaciones entre los nacionalsocialistas y nacional-alemanes)

No tienen ningún derecho a atribuirse este honor, porque, cuando cualquier clase de revolución era una traición a la patria, ellos hicieron uso de ella. Y debían haber evitado que al pueblo alemán se le impusiese una constitución según los designios del extranjero (exclamaciones) Porque no es honroso dejarse imponer por el enemigo la política interior (aplausos entre los partidos del gobierno) Y es más, hubieran tenido que aceptar la bandera tricolor alemana y no aquella que el enemigo lanzaba en forma de folletos (aplausos)

Porque es, precisamente, en un tiempo así, ante apuros y opresiones del contrario, cuando se ha de apelar al orgullo del pueblo y retornarlo hacia sus símbolos. Ellos tuvieron la oportunidad de dejar ver en la formación interior, el honor nacional ante el

mundo, aunque nos hubiesen obligado a abandonar lo más sagrado para nosotros. Ustedes no comprendieron esto.

Y ahora piden ustedes igualdad de derechos. Por esa igualdad de derechos, señores parlamentarios, hemos combatido durante catorce años. Por estos derechos iguales de la Alemania nacional hemos luchado contra ustedes. ¡Durante catorce años ustedes no los han conocido, pero ahora hablan ustedes de igualdad de derechos! (aplausos)

Dicen ustedes: “*No se ha de declarar como proscrito al vencido.*” Bueno, señor parlamentario, proscritos fuimos nosotros durante el tiempo que ustedes gobernaron (ovaciones entre los nacionalsocialistas y frases en contra de los socialdemócratas; el presidente del parlamento, Göring, grita: “*¡Severing!*”)

Ustedes hablan de persecuciones. Creo que hay muy pocos entre nosotros que no hayan pagado con la cárcel las persecuciones de vuestra parte. Hay pocos entre nosotros que no tengan el rastro de múltiples opresiones por vuestra parte. Y fuera de nosotros, los aquí presentes, conozco una legión de centenares de miles que estaba expuesta a un sistema de persecuciones que la denigraba con villanía. Parecen ustedes haber olvidado por completo que por muchos años se llegó a arrancarnos la camisa porque no les gustaba su color pardo (gritos de ovación entre los nacionalsocialistas)

Quédense, por favor, en el campo de la realidad. Hemos crecido gracias a sus persecuciones. Y ahora usted dice que la crítica es constructiva. Por supuesto que el que ama a Alemania tiene derecho a criticarnos, pero quien adora a la Internacional, ese no nos puede criticar (aplausos)

También aquí llegan demasiado tarde, señor parlamentario, pues lo sano de la crítica lo tendrían que haber visto en su día, cuando nosotros estábamos en la oposición. Entonces no se les ocurrió esa frase, sino que entonces fue prohibido nuestro periodismo, prohibido y otra vez prohibido, prohibidas nuestras reuniones y nuestros discursos, durante años, y ahora dicen, la crítica es constructiva (risas entre los nacionalsocialistas y gritos entre los socialdemócratas; el presidente del parlamento, Göring toca la campana y dice: “*¡No griten y escuchen!*”)

Lamentan ustedes que el mundo no se cerciore de realidades que pasan en Alemania, como que todos los días se entreguen a los cementerios israelitas de Berlín cadáveres despedazados. Lamentan ustedes esta campaña de calumnias y ambicionan dar honor a la verdad. Señores parlamentarios, a vuestro partido, con sus vínculos internacionales, debería ser muy fácil propagar la verdad en sus diarios que aparecen en el extranjero (aplausos) Lean ustedes los periódicos de estos días de vuestros hermanos socialdemócratas de Austria, a quienes nadie impide hacer el reparto de la verdad (gritos de los socialdemócratas)

Tengo curiosidad de ver hasta qué punto llega el poder y la eficiencia de vuestros vínculos en el exterior... (risas entre los nacionalsocialistas e interrupciones de los socialdemócratas) ...quieren dejarme hablar, por favor, yo no les he interrumpido.

He leído su periódico del Sarre, señor parlamentario, y en esa hoja no se hace más que traicionar a la patria, señor parlamentario Wells (gritos de los nacionalsocialistas) Siempre intenta enfrentar a Alemania con el extranjero (gritos de los nacionalsocialistas), y poner a nuestro pueblo en una difícil situación con esas mentiras.

Ustedes hablan de seguridad deficiente del derecho. Yo también he visto la revolución de 1918 y debo decirle que si no tuviésemos sentido del derecho, nosotros no estaríamos sentados aquí, ni lo estaría usted (“*¡Bravo!*”, entre los nacionalsocialistas) Ustedes han atacado a los que no les han hecho nada (aplausos) Nosotros nos contentaremos con

atacar a los que por espacio de catorce años nos han perseguido y vejado (“¡Muy correcto!”, entre los nacionalsocialistas)

Ustedes dicen que la revolución nacionalsocialista no tiene nada que ver con el socialismo, sino que únicamente consiste en perseguir a los únicos pilares del socialismo en Alemania, el partido socialdemócrata alemán (risas entre los nacionalsocialistas) Ustedes son débiles, señoras y señores, no están hechos para los días de hoy, y ahora hablan de persecución, pero... ¿qué les pasa? No están acaso, aquí sentados y nosotros escuchando sus discursos (“¡Muy bien!”, entre los nacionalsocialistas) ¿Quién les ha perseguido hasta ahora? Ustedes dicen ser el único soporte del socialismo. Ustedes han sido el soporte de aquel socialismo misterioso, que el pueblo alemán nunca vio ni disfrutó en realidad (“¡Muy bien!”, entre los nacionalsocialistas)

Ustedes hablan de lo que tienen previsto, pero en sus frutos ya los conocemos (ovación entre los nacionalsocialistas)

Si la Alemania que levantaron durante catorce años es el espejo de su socialismo, señores míos, dadnos cuatro años de tiempo para poder enseñar a lo que aspiramos nosotros (ovación entre los nacionalsocialistas)

Ustedes dicen que queremos derrumbar el parlamento para continuar la revolución. Señores míos, para esto no nos hubiera hecho falta convocar estas elecciones ni reunir este parlamento. El valor para arreglarnos con ustedes de otro modo, igualmente lo hubiésemos tenido (ovación entre los nacionalsocialistas)

Además dicen que la socialdemocracia no puede ser relegada porque ha protegido a la clase obrera y no a condes y barones. En todo, señor parlamentario, llega usted tarde. ¿Por qué no instruyeron en ese sentido a sus amigos Grzesinski, Braun y Severing, quienes durante años me acusaron de ser sólo un aprendiz de pintor de brocha gorda? (gritos entre los nacionalsocialistas, gritos en contra de los socialdemócratas, y nuevamente los gritos de los nacionalsocialistas: “¡Naturalmente que lo han dicho!”)

Durante años lo han proclamado en sus pancartas... (de nuevo los gritos de los socialdemócratas y los gritos de los nacionalsocialistas; el presidente del parlamento, Göring, toca su campana y dice: “¡Ahora habla el canciller!”) ...y finalmente me han amenazado con expulsarme de Alemania como a un perro (protestas entre los nacionalsocialistas)

Al trabajador alemán le abriremos el camino, los nacionalsocialistas, de lo que pide y exige. Nosotros, los nacionalsocialistas, le protegeremos. Señores míos (hacia los socialdemócratas): ustedes ya no son necesarios (larga ovación entre los nacionalsocialistas)

Ustedes dicen que no debe decidir el poder, sino el sentido del derecho. Este sentido del derecho lo hemos intentado despertar en nuestro pueblo durante catorce años y ha sido labor nuestra, pero yo creo que después de todas las experiencias políticas que he tenido (“¡Muy correcto!”, entre los nacionalsocialistas) el derecho sólo no es suficiente, también se ha de poseer el poder (ovación entre los nacionalsocialistas) Y no nos confundan con el mundo burgués.

Señores míos, creen que su estrella volverá a brillar. No, la estrella de Alemania brillará y la suya caerá (ovación repetida entre los nacionalsocialistas)

Ustedes dicen que el tiempo de la legislación socialista no ha sido interrumpido. Esto era en aquel tiempo en el cual el trabajador alemán no veía nada en ustedes, algo que ahora sí ve. Pero ¿por qué han olvidado estos pensamientos hacia nosotros? (“¡Muy bien!”, entre los nacionalsocialistas)

Lo que en la vida se pudre y envejece, nunca más vuelve a levantarse (aplausos) Ha sonado su hora. Y solo porque nosotros vemos los apuros de Alemania y la necesidad de una vida nacional, apelamos en esta hora al parlamento alemán para que nos conceda lo que, de todas formas, hubiésemos podido tomar (ovación entre los nacionalsocialistas)

Por el derecho lo hacemos y no porque estimemos demasiado el poder, sino porque así podremos encontrarnos con aquellos que aún hoy están separados de nosotros, pero que creen en Alemania (“¡Bravo!”, entre los nacionalsocialistas) Por mi parte no quiero caer en el error de solo excitar a los enemigos en lugar de aniquilarlos o reconciliarlos (“¡Bravo!”, entre los nacionalsocialistas) Quiero darles la mano a aquellos que también sienten a nuestro pueblo, aunque por diferentes caminos y de otra manera (exclamaciones) Y no quiero anunciar una guerra eterna (exclamaciones) no por debilidad, sino por amor a mi pueblo, para ahorrarle a este pueblo alemán lo que le destruyó en otras épocas (“¡Bravo!”, entre los nacionalsocialistas y nacional-alemanes)

Pero no me interpreten mal. La mano se la doy a quien se compromete con Alemania. No reconozco el mandamiento de una Internacional (exclamaciones)

Yo creo que ustedes (hacia los socialdemócratas), no han de votar a favor de esta ley, porque desde el fondo de su mentalidad les es incomprensible el sentido que nos lleva a hacerla (ovación entre los nacionalsocialistas) Y creo aún que no lo hacen ustedes convencidos de que somos lo que vuestra prensa proponga en el extranjero (“¡Muy bien!”, entre los nacionalsocialistas)

Solamente les puedo decir una cosa: no quiero que voten a favor, ¡Alemania ha de ser libre, pero no gracias a ustedes! (larga ovación y gritos de “¡Heil!”)

Nota

Obsérvese que mientras habla el diputado Otto Wells no es nunca interrumpido por los nacionalsocialistas, mientras que Adolf Hitler tiene incluso que pedirles que callen recordándoles que ellos no habían sido interrumpidos. La intervención de Hitler fue tan brillante que en esta réplica acabó de convencer a los otros sectores de la oposición todavía indecisos. Después de que Hitler tomó la palabra, el prelado Ludwig Kaas, en nombre del partido del centro, dio su apoyo a la ley de plenos poderes. Seguidamente fue Ritter von Leeb, quien en nombre del partido popular bávaro, apoyó la ley. La votación final fue de 441 votos a favor y 94 en contra, es decir, una victoria aplastante que culminaba el proceso democrático que había llevado al nacionalsocialismo al poder.

En las elecciones de noviembre de 1932 los nacionalsocialistas contaban con un 33,1 % de los votos y 196 escaños, seguidos por los socialdemócratas con un 20,4 % y 121 escaños y los comunistas con un 16,8 % y 100 escaños. Aún siendo el partido más fuerte, sólo recurriendo a una serie de coaliciones, podía lograr la decisiva mitad más uno. Por ello se convocaron nuevas elecciones el 5 de marzo de 1933, que finalmente arrojaron el siguiente resultado: un 43,9 % y 288 escaños para los nacionalsocialistas, seguidos por los socialdemócratas con un 18,3 % y 119 escaños, siguiéndoles los comunistas con un 12,3 % y 81 escaños. Véase que tanto en noviembre de 1932 como en marzo de 1933, la unión de comunistas y socialistas, siempre resultaba inferior a la unión de nacionalsocialistas y nacional-alemanes, que en diversas ocasiones habían actuado conjuntamente.

Los nacional-alemanes sacaron un 8 % de los votos y 52 escaños, así pues, la coalición nacionalsocialista tenía el 51,9 %. Sin embargo, la ley de plenos poderes exigía las dos terceras partes parlamentarias, lo cual logró Hitler con su brillante discurso y la réplica al socialista Wells aquí transcrita y que puede considerarse una obra maestra de la oratoria.

En la Cámara Alta, ante la Agricultura alemana

Discurso pronunciado el 5 de abril de 1933

¡Señor presidente! ¡Señores!

Si podemos celebrar hoy otra sesión bajo la bandera negro-blanco-roja y bajo el símbolo del renacimiento nacional en Alemania es quizá porque el campesino alemán ha tomado grandísima parte en este nuevo curso histórico de nuestro destino. Se habla tanto de los motivos que determinan individualmente las acciones de los gobiernos y se olvida que todas las medidas adoptadas en ciertos tiempos tienen una misma raíz. Las acciones de años que están detrás de nosotros han partido también de una raíz y, exactamente ocurrirá con las de aquel tiempo que yace ante nosotros, que también de una raíz tendrán que partir.

Al hablar aquí en nombre del gobierno nacional, quiero hablar de la tendencia de que éste necesita. Nos llamamos hoy un gobierno del levantamiento alemán, de la revolución nacional. Queremos decir con ello que este gobierno se siente y considera conscientemente como una representación de los intereses del pueblo alemán. Debe ser asimismo una representación de los campesinos alemanes, pues no puedo defender los intereses de un pueblo si al fin no reconozco la fuerza más importante en una clase social que significa efectivamente el porvenir de la nación.

Si paso la vista por sobre todos los fenómenos aislados de la economía, por sobre todas las transformaciones políticas, al fin queda siempre la cuestión esencial de la conservación de la nacionalidad en sí. Esta cuestión sólo podrá ser resuelta favorablemente cuando haya quedado resuelto el problema de la conservación de los campesinos. Que un pueblo podía existir sin ciudadanos, nos lo enseña la Historia, que no es capaz de vivir sin campesinos, lo hubiera demostrado en un tiempo la Historia si hubiese persistido el antiguo sistema. Todas las oscilaciones son al fin tolerables, todos los reveses de la suerte pueden ser conllevados siempre que exista una clase campesina fuerte. En tanto que un pueblo pueda contar con una clase campesina fuerte, sacará de ella, una vez y todas, nuevos bríos y nuevas fuerzas. Creédmelo, señores, la revolución que yace tras nosotros no hubiera sido posible si parte del pueblo del campo no hubiese militado en nuestras filas. Hubiera sido imposible conquistar sólo en las ciudades todas aquellas posiciones de salida que también en nuestras acciones nos han dado el peso de la legalidad. Al campesino alemán debe, pues, el pueblo alemán la renovación, el levantamiento y con ello la revolución que ha de conducir al saneamiento general de las condiciones alemanas.

Todo gobierno que no depare en la importancia de este fundamento portante, no podrá ser más que un gobierno del momento. Podrá dominar y gobernar por espacio de algunos años, pero nunca llegará a obtener éxitos duraderos ni mucho menos eternos, puesto que estos exigen que se comprenda una vez y otra la necesidad de la conservación del propio espacio de vida y, por consiguiente, de la propia clase campesina. Este reconocimiento fundamental exige la necesidad de obrar en numerosos sectores y la esencia de innumerables resoluciones individuales; servirá de idea fundamental y se sobrepondrá constantemente a todas nuestras acciones y a nuestras resoluciones.

Pensando de manera tan fundamental no se perderá jamás el suelo bajo los pies, darán siempre y primeramente con lo justo, aún cuando los hombres, que todos lo somos, no hayan elegido y hallado temporalmente, una vez que otra, lo justo y verdadero. Creo por

tal razón que este gobierno, viendo su misión en la conservación de la nacionalidad alemana, la cual, a su vez, está atendida principalmente a la conservación del campesino alemán, no tomará nunca resoluciones falsas. Puede que aquí y allá yerre en sus medios, pero no lo hará nunca en lo esencial y fundamental.

Es cuestión de valor no ver solamente las cosas tal cual ellas son. Habrá que romper con muchas tradiciones antiguas, habrá en algunos casos que verse precisado a oponerse a la opinión pública. Podrá hacerse esto tanto mejor y tanto más pronto, mientras más cerrado esté un bloque de la nación detrás del gobierno. Una cosa es imposible: que un regimiento sea capaz al fin de pelear hacia todas direcciones. Si es que un gobierno lucha por la conservación de la nacionalidad alemana y, consiguientemente, por la del campesino alemán, es precisamente esta nacionalidad la que ha de secundar las acciones y los hechos del gobierno. Esto le da entonces aquella estabilidad interior que necesita para adoptar resoluciones que por el momento son difíciles de defender, pero que forzosamente hay que adoptar y cuyo éxito no podrán ver en el acto nuestros hermanos obcecados en un principio, pero de quienes se sabe que acabarán por contribuir a la salvación de toda la nación.

Si los campesinos alemanes han encontrado hoy una gran fusión, el hecho de poner grandes masas del pueblo detrás del gobierno facilitará grandemente la actuación de éste en lo futuro. Creo que en este gobierno no hay nadie que no esté animado del sincero deseo de llegar a esta estrecha colaboración. En la solución de este problema vemos al mismo tiempo la salvación del pueblo alemán en lo futuro, no sólo para 1933 ó 1934, sino para los tiempos más remotos.

Estamos dispuestos a adoptar aquellas medidas, y a ponerlas en práctica en los próximos años, de las cuales sabemos que las generaciones venideras las reconocerán como justas y las fijarán definitivamente.

Ya era tiempo de encontrar la fuerza para adoptar resoluciones a las cuales debemos, en el más profundo y último sentido, la salvación de la nación alemana.

Estamos dispuestos a echar sobre nuestros hombros tan difícil lucha. Por la ley de autorización se ha conseguido que la acción de salvación del pueblo alemán se libere y desprenda por primera vez de las intenciones y consideraciones de partido de la que ha sido hasta ahora la representación del pueblo. Podremos hacer ahora con ella lo que creamos necesario para el porvenir de la nación pensándolo despacio y con sangre fría. Se han creado las presuposiciones puramente legales para su consecución. Eso sí que es necesario que el pueblo tome parte activa en nuestra labor. Que no crea que la nación no tiene ya necesidad de tomar parte en la formación de nuestro destino por la sencilla razón de que el parlamento no es ya capaz de intervenir, inhibiéndolas, en las resoluciones. Todo lo contrario, lo que queremos es que el pueblo alemán vuelva en sí precisamente ahora y se ponga detrás del gobierno cooperando vivamente. Se ha de llegar al punto de que cuando volvamos a apelar nuevamente a la nación, pasados unos cuatro años, no nos dirijamos a hombres que han dormido, sino que encontremos a un pueblo que en estos años ha despertado finalmente de su hipnosis parlamentaria y posea los reconocimientos necesarios para comprender las eternas presuposiciones de la vida.

Sé que la labor que nos espera contiene problemas de enorme gravedad. No sólo porque al cabo de quince años de no apreciar las presuposiciones más naturales de la vida debemos empezar con los principios más sencillos de la razón, sino porque durante este tiempo ha tenido lugar un inaudito enlazamiento de intereses y no se puede dar un solo paso sin tropezar con corrupciones que hay que exterminar a toda costa, ya sean de carácter espiritual o material. Sea como se quiera, este problema tiene que ser resuelto,

y se resolverá. Si el pueblo alemán conoce detrás de sí milenios de un destino lleno de vicisitudes, no ha de ser la voluntad de la Providencia el que antes de nosotros se haya luchado y sacrificado para que las futuras generaciones echen a perder su vida ellas mismas y no puedan entrar en los milenios del porvenir. Las grandes luchas del pasado hubieran sido inútiles si dejásemos de luchar por el futuro.

Los sacrificios que nosotros mismos hemos hecho por la conservación del *Reich*, han sido pesados. La generación que peleó en la Guerra Mundial ha sufrido lo indecible. No es justo poner sólo esto en la cuenta, pues debemos pensar en lo que han hecho, sufrido y batallado las generaciones que nos precedieron. Debemos contar la suma total de los sacrificios hechos antes de nosotros, no para que una generación capitule ante el destino y se extingan las de los tiempos futuros, sino en la esperanza de que cada generación cumpla, por su parte, con su deber en esta eterna sucesión de generaciones.

Ante nosotros se levanta hoy este deber, exhortándonos a su cumplimiento. Por espacio de quince años se han cometido los más graves pecados, sin excepción alguna, unos conscientemente activos, otros pasivamente por toleración. A nosotros nos toca proceder juntos y de acuerdo para borrar las huellas de este tiempo.

El problema podrá ser muy grande, pero si ha de ser resuelto, habrá que resolverlo. Rige también aquí la eterna máxima: donde reina una voluntad inquebrantable, podrá quebrantarse igualmente una época de penuria.

Ante 2 millones de trabajadores en el Día del Trabajo Nacional

Discurso pronunciado el 1 de mayo de 1933

¡Ciudadanos y ciudadanas!

“*Ha llegado mayo.*” Así reza una canción alemana. Por espacio de muchos siglos el primer día del mes de mayo no ha sido solamente el símbolo de la entrada de la primavera, sino también el día de la alegría y de las fiestas y diversiones. Vino una época que se posesionó de este día y que convirtió el día de la vida germinativa y del placer lleno de esperanzas en un día de las contiendas y de la lucha interior. Una teoría que se había apoderado de nuestro pueblo intentó convertir el día de la naturaleza despertante, de la entrada visible de la primavera, en un día del odio, de lucha fraternal, de la discordia y los sufrimientos. Pasaron décadas sobre tierras alemanas y cada vez más parecía que este día debía documentar la separación y el desgarramiento de nuestro pueblo. Pero al fin llegó el día en que todos se dieron cuenta de lo que pasaba a su alrededor, después de haber sufrido nuestro pueblo lo indecible, un día de recogimiento y de volver a comprenderse los alemanes.

Y ahora, podemos cantar la antigua canción popular: ¡el mayo ha llegado, el despertar de nuestro pueblo es un hecho! El símbolo de la lucha de clases, de las continuas querellas y discordias, vuelve a ser el símbolo de la gran unión y el levantamiento de la nación. Por esta razón hemos elegido el día de la naturaleza despertante, para todos los tiempos venideros, como día de la recuperación de nuestra propia fuerza y vigor y al mismo tiempo como día de aquella labor creadora que no conoce límites estrechos y que no está ligada a organizaciones obreras ni a fábricas ni oficinas, de una labor que queremos reconocer y fomentar en todas partes donde sea realizada en buen sentido para el ser y la vida de nuestro pueblo.

Espantosa es la miseria que el pueblo alemán tiene tras sí. Y no porque haya faltado la diligencia. ¡No! Millones de nuestro pueblo siguen trabajando como antes, millones de campesinos marchan tras el arado como antes, millones de obreros trabajan en el tornillo de banco, ante el retumbante yunque. ¡Millones de nuestro pueblo trabajan, y otros millones anhelan trabajar, más no pueden! Decenas de millares ponen fin voluntariamente a una existencia que para ellos no parece contener más que dolores y miseria. Lo truecan por el otro mundo donde esperan encontrar más y mejores cosas que en la Tierra. Tremenda es la desgracia que ha venido a buscarnos, dejando en todas partes el abatimiento y hasta la desesperación. Y nosotros nos preguntamos: ¿por qué?

Es una crisis política. El pueblo alemán está en vías de decaimiento, todas sus fuerzas vitales las necesita para la lucha interior. La confianza en la fuerza de la propia voluntad, la propia fuerza, ha desaparecido. Millones dirigen la mirada hacia el resto del mundo con la esperanza de recibir de allá la dicha y la salvación. El pueblo decae y en este decaimiento desaparece su fuerza vital, la fuerza para la afirmación de la vida. Los resultados de esta lucha de clases los vemos alrededor de nosotros y debajo de nosotros, y queremos aprender de ellos, pues una cosa hemos reconocido como primera presuposición para el restablecimiento de nuestro pueblo: ¡el pueblo alemán ha de volver a conocerse mutuamente!

Los millones de hombres divididos en profesiones, separados en clases artificiales, que, atacados de presunciones profesionales y locura de clases, no pueden comprenderse unos a otros, tienen que encontrar el camino de unos a otros. Una tarea extraordinaria, poderosa, ¡lo sabemos! Cuando la locura ha sido defendida y predicada

como idea política por espacio de setenta años, cuando la destrucción de la solidaridad popular ha sido casi una ley política setenta años seguidos, es difícil, sumamente difícil, querer cambiar el sentido de los hombres de un golpe. Sin embargo, no debemos desanimarnos ni desesperar. Lo que construyeron las manos del hombre, pueden derribarlo las manos del hombre, lo que inventó en un tiempo la insensatez humana, puede vencerlo y rehacerlo de nuevo una prudente sensatez.

Sabemos que este proceso de encontrarse unos a otros y comprenderse mutuamente no es cuestión de semanas o meses, ni siquiera de unos pocos años. Tenemos, empero, la inquebrantable voluntad de cumplir esta misión ante el pueblo alemán, estamos resueltos a conducir a los alemanes unos a otros, hasta empleando la fuerza si necesario fuese.

He aquí el sentido del 1 de mayo, que a partir de hoy ha de ser celebrado en Alemania a través de los siglos, que en el día de hoy se encuentren unos a otros cuantos actúan en el gran engranaje de nuestra labor creadora nacional, y que una vez al año se estrechen las manos convencidos de que nada puede hacerse en tanto no contribuyan todos a la realización de esta labor. Y así hemos elegido como lema de este día la máxima siguiente: *¡honrad el trabajo y respetad al obrero!*

Para millones es hoy difícil volverse a encontrar por sobre el odio y los errores procreados artificialmente en tiempos pasados. Hay un credo que nos permite recorrer fácilmente este camino. Que trabaje quien quiera y donde quiera, más no puede ni debe olvidar que su compañero, el que cumple su deber lo mismo que él, es indispensable, que la nación no existe por el trabajo de un gobierno, de una clase determinada o por obra de su inteligencia, sino que sólo vive por el trabajo común de todos. Si millones creen poder sacar de la naturaleza del trabajo una deducción acerca de la dignidad de su portador, se encuentran en un amargo error. Hay decenas de millares entre nosotros que quieren hacer depender el respeto al individuo de la clase de trabajo que éste hace. ¡No! Lo decisivo no ha de ser lo que él crea o hace, sino cómo lo hace. Que entre nosotros hay millones que trabajan año por año, sin la esperanza de adquirir jamás riquezas, digo más, sin ganar lo suficiente para llevar una vida sin apuros, no ha de ser motivo para los demás para no creerse dignos de ellos, pues sólo su idealismo y abnegación son los que permiten y facilitan el ser y la vida de la colectividad. ¡Desgraciados de nosotros si llegase a desaparecer este idealismo en nuestro pueblo y el valor de los hombres se quisiese medir únicamente por los bienes terrenales que le ha deparado la suerte! El valor de nuestro pueblo no sería ya entonces tan grande ni su existencia tan larga.

No es útil el explicar al obrero su importancia, el demostrar al campesino la necesidad de su existencia, el ir al intelectual, al trabajador mental, para hacerles ver la importancia de su cometido y de su labor. Lo necesario es enseñar a cada clase social la importancia de la otra. Y así es preciso que vayamos a las ciudades a proclamar y anunciar la necesidad y la esencia del campesino alemán, que salgamos al campo y vayamos en busca de nuestra intelectualidad para hacerle ver la importancia de los obreros y trabajadores alemanes. Vamos a ver al obrero y al campesino para enseñarles que sin la inteligencia alemana no hay vida alemana; que todos ellos juntos deben formar una gran comunidad: inteligencia, frente y puño, obreros, campesinos y ciudadanos.

Este 1 de mayo ha de transmitir al mismo tiempo al pueblo alemán el reconocimiento de que la aplicación y el trabajo solos no crean la vida si no se desposan con la fuerza y la voluntad de un pueblo. Aplicación y trabajo, fuerza y voluntad, actuando

conjuntamente, sólo cuando detrás del trabajo se levante el puño fuerte de la nación para proteger y amparar, puede venir la verdadera bendición.

Hay más, este día ha de hacerle comprender al pueblo alemán: “*¡Pueblo alemán! Serás fuerte cuando seas uno, cuando hayas arrancado de tu corazón tus discordias y el espíritu de lucha de clases. Podrás poner detrás de tu trabajo una fuerza inaudita cuando enlaces tu trabajo con la voluntad de vivir de todo tu nacionalismo.*”

Tenemos la firmísima resolución de que todo alemán, sea quien sea, rico o pobre, hijo de sabios o de obreros de fábrica, vaya una vez en su vida al trabajo manual para conocerlo, para que algún día pueda mandar aquí con más facilidad por haber aprendido ya antes a obedecer. No pensamos en eliminar el marxismo únicamente por fuera, exteriormente; estamos resueltos a privarlo de las presuposiciones. Queremos ahorrar los trastornos mentales a las generaciones que vienen detrás de nosotros.

Los trabajadores de la cabeza y de la mano no deben estar nunca unos contra otros. Por esta razón exterminamos la soberbia y la presunción que se apoderan tan fácilmente del individuo y le hacen ver con desprecio a los camaradas que *sólo* trabajan en el tornillo de banco, junto a la máquina o detrás del arado. Pero no basta que cada alemán conozca esta clase de trabajo, precisa también que el obrero manual sepa, a su vez, que también hay necesidad del trabajo mental. También a él hay que hacerle ver que nadie tiene derecho a menospreciar a los demás y creerse superior a ellos, sino que todo el mundo debe estar preparado para la gran comunidad.

En este año realizaremos por primera vez esta gran idea ética que enlazamos con el Servicio de Trabajo obligatorio. Y sabemos que algún día, cuando hayan transcurrido cuarenta años, habrá experimentado la palabra trabajo manual para millones de seres humanos la misma transformación que sufrió en un tiempo el concepto de lansquenete, en cuyo lugar hubo de ponerse el de soldado alemán.

Otra de las grandes misiones que pensamos llevar a la práctica en este año es la liberación de la iniciativa creadora de los fatales influjos de los acuerdos de mayoría. No sólo en el parlamento, no, también en la economía. Sabemos que nuestra economía no podrá prosperar en tanto no se encuentre una síntesis entre la libertad del espíritu creador y el deber con respecto del pueblo todo. Nuestra misión consistirá asimismo, por tanto, en conceder a los tratados la importancia que les corresponde. El hombre no vive para los tratados y contratos, sino que estos existen para facilitar la vida del hombre. Finalmente haremos este año todos los esfuerzos posibles para recorrer la primera etapa del camino de una administración económica orgánica, partiendo del reconocimiento fundamental de que no hay encumbramiento que no empiece en la raíz de la vida nacional y económica, en el campesino. De aquí parte el camino que conduce al obrero y finalmente a la inteligencia.

Empezaremos, pues, con el labrador, procurando en primer término que su economía emprenda el camino del restablecimiento. Sabemos que esta es la primera condición para el saneamiento general de toda la administración económica. Por espacio de catorce años consecutivos se ha hecho precisamente lo contrario. Las consecuencias las estamos viendo ahora. No se socorrió al ciudadano, ni al obrero, ni a las clases medias, todos ellos estuvieron al borde del aniquilamiento.

De aquí nace otra nueva tarea: la eliminación de la falta de trabajo procurando ocupación a los que no la tienen. La procuración de trabajo la dividimos en dos grupos. Primeramente la procuración de trabajo privado. Aquí emprendemos este año una gran obra, la referente a la restauración de los edificios y casas alemanas para que centenares de millares tengan trabajo. En este momento y en este sitio vamos a apelar

por primera vez al pueblo alemán diciéndole: “¡Alemanes! No creáis que el problema de la procuración de trabajo se va a resolver en las estrellas. Vosotros tenéis también que ayudar y contribuir a su solución. Tenéis por confianza y prudencia que hacer lo que pueda dar trabajo. Cada uno tiene el deber personal de no vacilar en la creación de lo que necesita, de no esperar para mandar hacer lo que alguna vez tiene que mandar hacer. Cada empresario, cada propietario de casa, cada hombre de negocios, cada particular, tiene la obligación de acordarse del trabajo alemán. Si el mundo propala hoy falsas afirmaciones contra nosotros, si se proscribiera el trabajo alemán, debemos esperar que el alemán se haga cargo él mismo de su trabajo.” Este es un llamamiento que, dirigido a millones de individuos, es el primero que puede dar trabajo a millones de personas. Nos esforzamos igualmente por crear este mismo año posibilidades para grandes obras públicas. Planteamos un programa que no queremos legar a la posteridad, el programa de la construcción de nuevas carreteras, una obra gigantesca que requiere millares de millones. Quitaremos del camino las resistencias que se opongan a esta empresa y daremos principio a la tarea en grande. Iniciaremos con ello una serie de obras públicas que nos ayuden a reducir cada vez más el número de desempleados.

¡Queremos trabajar y trabajaremos! Todo depende al fin del pueblo alemán mismo, de vosotros, de la confianza que tengáis en nosotros, depende de la fuerza con que os confeséis partidarios del Estado nacional. Únicamente cuando todos seáis uno en la voluntad de salvar a Alemania, podrá encontrar el ciudadano alemán la salvación de su patria.

Sabemos que aún tenemos que vencer poderosas dificultades. Sabemos también que todo trabajo humano tiene que ser al fin inútil si no resplandece sobre él la bendición de la Providencia. Más nosotros no somos de aquellos que lo dejan todo cómodamente para la otra vida. Nada nos regalan. Así como el camino de los trece años pasados ha sido hasta hoy un camino de eternas luchas, un camino que casi nos ha hecho desesperar a menudo, así el camino hacia un futuro mejor será bien difícil. ¡El mundo nos persigue, se vuelve contra nosotros, no quiere reconocer nuestro derecho a la vida, no quiere que sea verdad nuestro derecho de protección de la patria!

¡Camaradas alemanes! Si el mundo está así contra nosotros, con tanta mayor razón debemos formar una unidad, con tanta mayor razón debemos asegurarle: “¡Podéis hacer lo que queráis! ¡Pero nunca nos doblegaréis, jamás nos obligaréis a reconocer un yugo! ¡El llamamiento a igualdad de derechos no lo apartareis de nuestro pueblo! El pueblo alemán ha vuelto en sí. ¡No tolerará en su seno a quienes no estén por Alemania! ¡Queremos merecer honradamente el nuevo encumbramiento de la nación por medio de nuestra aplicación, de nuestra perseverancia, de nuestra inmovible voluntad!” No imploramos al Omnipotente: “Señor, hacednos libres.” Queremos ser activos, trabajar, tratarnos como hermanos, luchar juntos, para que algún día llegue la hora en que podamos presentarnos ante el Señor y podamos decirle: “Señor, ya ves, nos hemos cambiado. El pueblo alemán no es ya el pueblo sin honra, de la desvergüenza, de la anarquía, de la pusilanimidad y de la incredulidad. No, Señor, el pueblo alemán es ya otra vez fuerte en su voluntad, fuerte en su perseverancia, fuerte para sobrellevar todo sacrificio. Señor, ¡no nos apartamos de vos! Bendice nuestra lucha por nuestra libertad y con ello por nuestro pueblo y nuestra patria.”

Congreso del Frente Alemán del Trabajo en Berlín

Discurso pronunciado el 10 de mayo de 1933

En la vida de los pueblos no puede haber grandes revoluciones si es que - casi me atrevo a decir - no hay absoluta necesidad de ellas.

No puede hacerse una revolución realmente seria si el pueblo no aspira a ella en su interior, si determinadas circunstancias no obligan a emprenderla. Nada más fácil que cambiar exteriormente la forma de gobierno. Transformar interiormente a un pueblo será posible únicamente cuando se haya efectuado más o menos un determinado proceso de desarrollo, cuando un pueblo sienta - si bien tal vez no tan claramente, por lo menos en subconsciencia - que el camino emprendido no es el justo y quisiera dejarlo, más no puede porque la pesadez y la inercia de la masa le impiden hallar el nuevo camino, hasta que sobreviene un impulso de cualquier parte o hasta que un movimiento que se ha percatado ya de la nueva ruta obliga al pueblo a seguir este nuevo camino. Tal vez quiera hacerlo en el primer momento, o haga como que no quiere, pero a fin de cuentas emprenderá el camino cuando sienta en su interior, consciente o inconscientemente, que la ruta seguida hasta aquí no es la verdadera, la que le conviene. Entre todas las crisis por que atravesamos, y que dan una idea completa, no hay que negar que la más sensible para el pueblo es la crisis económica.

La crisis política, la moral, no la sienten algunos sino muy raras veces. El hombre medio no ve en su tiempo lo que afecta a la totalidad, sino que en la mayoría de los casos sólo ve lo que se refiere a su propia persona. De aquí que el presente no comprenda casi nunca la decadencia política o la moral mientras ésta no se haga extensiva de cualquier manera a la vida económica. Si esto llegara a tener lugar, ya no se tratará de cualquier problema abstracto, de un problema que pueda observarse o estudiarse en otra parte, sino que llegará el día en que el individuo se sienta afectado por la misma cuestión y se irá convenciendo de la imposibilidad de persistir en la misma situación a medida que vaya notando en su propia persona las consecuencias de la crisis. Se hablará entonces de una crisis económica, de una penuria económica, y, partiendo de esta misma crisis, se tendrá la posibilidad de hacerla comprender, de hacer sentir la penuria que de otro modo suele permanecer oculta por mucho tiempo en cada ser humano.

Es natural que la crisis económica no sea reconocida en el acto en sus diversas causas, que no se vea aquí cuanto acabe por condicionar esta crisis. Es de comprender asimismo que cada uno quiera echarle la culpa al otro, y que se quiera hacer responsables a la generalidad, a las corporaciones, etc., de lo que uno mismo es también responsable. Es una gran dicha el que se vaya logrando entonces, poco a poco, aclarar tal crisis de suerte que vayan siendo cada vez más los que reconocen las verdaderas causas, lo cual es necesario para hallar los caminos que conducen a la curación.

No basta decir que la crisis económica alemana es una consecuencia de una crisis mundial, de la miseria económica que impera por doquier, pues de la misma manera podrá encontrar cualquier otro pueblo la misma disculpa y las mismas razones para fundar su penuria. Claro está que esta miseria no podrá entonces tener sus raíces en cualquier parte de la Tierra, sino dentro de los pueblos, como siempre. Sólo hay una cosa probable, la de que esta raíz sea quizá la misma en muchos pueblos, pero sin la esperanza de poder contrarrestar la miseria por el solo hecho de comprobar que existe una miseria determinada en el correr de los tiempos. Desde luego que es necesario

poner al descubierto estas raíces en el interior de un pueblo y curar la miseria ahí donde verdaderamente se la puede curar.

Desgraciadamente el alemán tiene siempre la propensión a dirigir la mirada en tales épocas en lontananza en vez de concentrarla en su propio ser. La larga educación de nuestro pueblo para inculcarle conceptos internacionales hace que en estos tiempos de crisis se dedique a la solución de este problema siguiendo puntos de vista internacionales, digo más, da lugar a que muchos de nosotros crean que no es posible hacer frente a esta desgracia sin proceder a la aplicación de métodos internacionales. Nada más erróneo que esto. Natural es que los achaques internacionales que aquejan a todos los pueblos sean curados por ellos mismos. Todo ello no varía el hecho de que cada pueblo debe emprender la lucha por sí y, ante todo, de que un pueblo no debe ser librado de esta penuria mediante medidas internacionales caso de no adoptar por sí solo las medidas necesarias.

Las propias medidas pueden estar naturalmente en el marco de las de carácter internacional, si bien este propio modo de proceder no debe hacerse depender del de los demás.

La crisis de la economía alemana no es de las que se expresan en nuestros coeficientes económicos, sino que es en primer lugar una crisis que encuentra igualmente su expresión con las otras en el curso interior, en la naturaleza de nuestra organización, etc., de la vida económica de Alemania. En este caso podemos hablar de una crisis que ha llegado a afectar a nuestro pueblo más que a los otros.

Es la crisis que vemos en relación entre el capital, la economía y el pueblo.

Bien crasamente vemos esta crisis en la relación entre nuestro obrero o empleado y nuestro patrón. La crisis ha llegado aquí a un nivel que no ha alcanzado en ningún otro país de la Tierra. Si no se resuelve ahora, todas las demás tentativas que se hagan para contrarrestar los peligros de la miseria económica serán inútiles a la larga.

Si examinamos la esencia del movimiento obrero alemán tal como se ha venido desarrollando en los últimos cincuenta años, daremos con tres causas que implican este desarrollo peculiar, raro.

La primera causa yace en el cambio que ha sufrido la forma de servicio de nuestra economía en sí.

Esta causa la vemos aparecer en todo el mundo del mismo modo como se presenta en Alemania. A principios del siglo pasado, y más aún en nuestros días, ha tenido lugar una transformación de nuestra antigua forma económica de pequeña burguesía - si se me permite la expresión - en sentido de la industrialización, perdiéndose así, definitivamente la relación patriarcal entre patronos y obreros. Este proceso se acelera desde el momento en que las acciones pasan a ocupar el puesto de la propiedad personal. Vemos el comienzo del enajenamiento entre el que crea con la cabeza y el que lo hace con la mano, pues ésta es en resumidas cuentas la única diferencia que decide real y efectivamente.

No es la palabra propiedad la que debe ser aquí considerada como característica, pues sabemos que una gran cantidad de hombres de los que fundaron nuestra producción no vino primitivamente de la propiedad, sino del trabajo, que la fuerza del puño llegó a intensificarse en ellos hasta convertirse en genialidad de la mente, que fueron inventores u organizadores por la gracia de Dios, a quienes nosotros debemos en parte nuestra vida, siendo así que sin las capacidades de estos hombres no nos hubiera sido posible alimentar ni mantener a 65 millones de habitantes en la limitada superficie donde moramos.

De otra manera hubiéramos seguido siendo un país de exportación bruta de trabajo. País de exportación, incluso naturalmente del espíritu oculto bajo este concepto: abonos culturales para el resto del mundo. El no haber sido así lo debemos a la gran cantidad de hombres de nuestro pueblo que supieron levantarse de la sima y que, merced a sus muchas capacidades, a su gran ingenio, pudieron proporcionar y asegurar el pan a millones de individuos. No se trata pues, de que desde un principio podamos decir contratistas y patronos, sino que la salida consiste en que el espíritu, como ocurre siempre en la vida del hombre, se levanta, imperante, sobre la fuerza ordinaria. Este espíritu no ha sido entre nosotros algo así como una prerrogativa del nacimiento, sino que lo encontramos en todas las clases y en todas las condiciones de la vida. Bien puede decirse que todas las clases sociales de Alemania han contribuido a ello.

El desmoronamiento que hemos podido ver paulatinamente ha dado lugar a que de un lado se revelaran los intereses especiales de obreros y empleados, dando con ello principio a la desgracia de nuestro desarrollo económico. Al emprender este camino, forzosamente tenía que venir la separación. Impera aquí una ley: una vez pisado un camino determinado, un camino extraviado, va uno separándose cada vez más del camino de la razón. Lo hemos visto prácticamente por espacio de setenta años. El camino hubo de separarse tanto de la razón natural, que los pensadores, que eran a la vez guías por este camino, hubieran confesado, de haber sido interrogados, que el camino era, en verdad, una locura. Lo han confesado individualmente. Únicamente en el imperio de la organización no han podido encontrar de nuevo el camino de la razón.

Todo lo contrario: el camino los separa forzosamente, favorecido - según se ha dicho - por la despersonalización de la propiedad.

De esta manera el camino queda - si se me permite la frase - consolidado científicamente en la apariencia. Poco a poco se va produciendo una ideología que cree poder mantener a la larga el concepto de la propiedad, bien que los usufructuarios prácticos de este concepto no están formados sino por un porcentaje mínimo de la nación. Surgió al revés la opinión de que el concepto de la propiedad debía ser rechazado por ser tan reducido el porcentaje de usufructuarios prácticos. Provino de aquí la discusión sin fin y la guerra por el concepto de propiedad privada y por la *propiedad* en sí. Esta lucha dio lugar en lo sucesivo a que se separaran más y más los dos exponentes de la vida económica.

Lo que se desarrolló ahora, es en parte poco o nada natural. Desde el momento en que los dos interesados creen que su misión no tiene nada en común, no cabe duda que frente al contratista sólo puede existir el obrero organizado, claro es entonces que a la fuerza que representa el contratista sólo puede oponerse la reunida del obrero o el empleado.

Una vez emprendido el camino, lógicamente habrá que poner la organización de los obreros y empleados ante la de los contratistas. Claro está que ambas organizaciones no se ocuparán una en otra, tolerándose, sino que más bien velarán por sus intereses, al parecer separados, por los medios de combate de que disponen, es decir: el desempleo forzoso y la huelga. En esta lucha, algunas veces vencerán los unos, otras los otros. Toda la nación será en ambos casos la que ha de pagar el precio de la lucha, la que ha de sobrellevar el perjuicio.

El resultado final será que las dos organizaciones en vías de construcción se harán más embarazosas o engorrosas en vista del carácter de los alemanes de propender a la burocratización y producirá un aparato cada vez más grande. El aparato acabará finalmente por no servirles a los interesados, sino que estos serán los que tengan que

servir al aparato, y la lucha proseguirá para poder fundamentar la existencia del aparato, aún cuando a veces venga la razón bruscamente y diga: *“Todo es una locura; la ganancia, medida por las víctimas, es ridícula; los sacrificios hechos por el aparato, contados en conjunto, son mucho más grandes que la ganancia posible.”* Los aparatos tendrán entonces que demostrar cuán necesarios son atizando la lucha de los interesados unos contra otros, pudiendo suceder que los aparatos, dándose cuenta de lo que pasa, acaben por entenderse y reconciliarse.

En otros términos, el aparato A dirá: *“Cuánto me alegro de que esté aquí el aparato B, pues hallo siempre los medios para entenderme con el aparato B. Si no existiera este aparato y en su lugar lucharan fanáticos honrados, la cosa sería mil veces peor. Conocemos a las gentes del aparato B y sabemos perfectamente como hemos de tratarlas. Siempre hay un camino viable. Al César lo que es del César, al pueblo lo que es del pueblo, y a la organización obrera lo que es de la organización obrera. Ya se encontrará entonces un recurso para coexistir pacíficamente.”* Todo llegará a ser a veces un mal espectáculo; se ladrarán recíprocamente, se pelearán unos con otros, pero al final de cuentas no se harán nada, no se matarán, tampoco podrán hacerlo, puesto que de lo contrario no podrán existir ni las organizaciones obreras ni las sociedades y asociaciones de patronos. Todo, en resumen, vive a costa de la generalidad.

Esta lucha, emprendida mediante un derroche de medios, fuerzas de trabajo, etc., es una de las causas de la catástrofe provocada lentamente, pero con seguridad.

La segunda causa es el encumbramiento del marxismo.

El marxismo como concepto universal de la descomposición vio con mirada perspicaz en el movimiento de las organizaciones obreras la posibilidad de emprender la agresión y la lucha contra el Estado y la sociedad humana con un arma absolutamente aniquiladora. No para ayudar al obrero. ¿Qué es el obrero, de cualquier país que sea, para estos apóstoles internacionales? ¡Nada, absolutamente nada!

¡No lo ven! ¡Cómo que no se trata de obreros, sino de literatos extraños al pueblo, de la chusma extraña al pueblo!

Se han dado perfecta cuenta de que con el movimiento de las organizaciones obreras y los excesos provocados del otro lado es como puede obtenerse un buen instrumento para emprender la lucha al mismo tiempo que para alimentarse, pues en todos estos últimos decenios se ha alimentado la socialdemocracia política de esta lucha y de los medios para organizarla.

Hubo que inculcar a la organización obrera la idea: *“Tú eres un instrumento de la lucha de clases, y esta encuentra, a fin de cuentas, su guía únicamente en el marxismo.”* ¡Ya nada más natural que rendirle tributo al guía! ¡Y el tributo se ha recogido con creces! Los señores no se han contentado con un diezmo, sino con tipos de interés mucho más grandes.

Esta lucha de clases conduce a la proclamación de la organización obrera como puro instrumento para la representación de los intereses económicos de los obreros y consiguientemente para fines de la huelga general. La huelga general surge aquí por primera vez como factor político de gran fuerza y muestra lo que el marxismo había esperado efectivamente de esta arma: no un medio para salvar al obrero, todo lo contrario, un instrumento de combate para el aniquilamiento del Estado enemigo del marxismo. Hasta dónde ha podido llegar semejante locura, de ello tenemos los alemanes un ejemplo terrible e instructivo: la guerra.

Numerosos líderes de la socialdemocracia, completamente transformados interiormente por el nuevo espíritu de los nuevos tiempos, arguyen ahora con la

memoria un tanto debilitada: *“Es que la socialdemocracia luchó también en los campos de batalla.”*

¡No, el marxismo no ha peleado nunca, el que ha peleado ha sido el obrero alemán!

En 1914, el obrero alemán, en un reconocimiento interior brusco - casi me atrevo a decir clarividente - se retiró del marxismo para incorporarse de nuevo a su pueblo, sin que pudieran evitarlo los líderes del marxismo que habían visto venir esta fatalidad. Algunos de ellos, muy pocos, regresaron en esta hora con el corazón al seno de su pueblo. Sabemos que un gran hombre que ha intervenido decisivamente en la historia de los pueblos, Benito Mussolini, supo encontrar en estos momentos el camino de su pueblo. También en Alemania ha habido algunos que hicieron lo mismo. La gran masa de los líderes políticos no ha sacado para sí las consecuencias, ateniéndose al poderoso levantamiento del obrero alemán, no fue inmediatamente, voluntariamente, al frente: esta transformación interior espiritual parece que se les ahorró en aquellos tiempos, no obstante afirmar hoy lo contrario: perecieron obreros. Los líderes se han conservado cuidadosamente en un 99 %.

No figuran con el porcentaje de muertos y heridos que vemos en todo el pueblo. Creyeron que su actuación política era mucho más importante. En aquella época, 1914-15, vieron su misión en una discreta reserva, y más tarde en el mando de un determinado número de extranjeros, vieron su misión en una reserva paulatina frente al problema nacional. Finalmente llegó el cumplimiento en la revolución.

Sólo podemos decir a esto: si el movimiento de las organizaciones obreras hubiera estado entonces en nuestras manos, si hubiera estado en mis manos, pongo por ejemplo, si se hubiera desarrollado con la misma finalidad errónea como ocurrió entonces, nosotros los nacionalsocialistas hubiésemos puesto esta gigantesca organización al servicio de la patria. Hubiésemos declarado: *“Conocernos naturalmente los sacrificios, estamos dispuestos a hacerlos nosotros mismos, no queremos evitarlos, lo que queremos es luchar con los demás, ponemos nuestra suerte y nuestra vida en manos de la poderosa Providencia, como han de hacerlo los otros.”* Lo hubiésemos hecho sin más no más.

Has de saber, obrero alemán: no se trata ahora de decidir sobre Alemania como Estado, del Imperio como forma de gobierno, no se decide sobre la monarquía, no sobre el capitalismo, ni el militarismo, sino sobre el ser o no ser de nuestro pueblo, y nosotros los obreros alemanes hacemos el 70 % de este pueblo. ¡Sobre nosotros se decide!

He aquí lo que debía saber y se podía saber en aquel entonces. Debíamos saberlo. Hubiésemos sacado todas las consecuencias para nuestra propia vida y naturalmente que también hubiésemos sacado las consecuencias para el movimiento de las organizaciones obreras. Hubiésemos dicho: *“Obrero alemán, lo que queremos es defender tus derechos.”* Seguramente que entonces hubiésemos tenido que hacerle frente al Estado, es decir, hubiésemos protestado contra los excesos y la desvergonzada conducta de las sociedades de guerra.

Hubiésemos protestado contra esta chusma de chanchulleros y hubiésemos intervenido para hacer entrar en razón a esta canalla, hasta empleando sogas en caso de necesidad.

Hubiésemos derribado a cuantos se hubiesen negado a servir a la patria. Hubiésemos dicho: *“Al hacer frente ahora es porque no anhelamos otra cosa que la victoria de nuestro pueblo, no la victoria de una forma de gobierno, sino la victoria para la conservación de nuestra vida. Y si perdemos la guerra, no ha perdido una forma de gobierno, sino que se le ha quitado el pan a millones de hombres. Y los primeros que*

pierdan el pan no serán seguramente los capitalistas y los millonarios, sino los obreros manuales, la masa pobre y empobrecida.”

Fue un crimen el no haber procedido de esta manera. No se hizo porque hubiera sido proceder contra el sentido interno del marxismo, pues éste no quería otra cosa que el aniquilamiento de Alemania. Hubo de esperar hasta creer que el pueblo y el *Reich*, desmoralizados por la enorme superioridad numérica, no serían capaces de arrostrar los ataques de dentro. Cayeron entonces sobre ellos.

¡Y Alemania fue vapuleada, llevándose la peor parte el obrero alemán!

La suma de sufrimientos, miseria y desgracias que han pasado desde entonces por millones de pequeñas familias obreras y pequeños hogares domésticos pesa gravemente sobre la responsabilidad de los criminales de noviembre de 1918. No han de quejarse ahora de nada. No hemos ejercido ninguna venganza. Si hubiésemos querido hacerlo, hubiésemos tenido que matarlos a decenas de millares.

Hablan mucho de que también los socialdemócratas estuvieron en los campos de batalla. ¡Los obreros alemanes estuvieron en los campos de batalla! Pero si en aquel tiempo hubiesen abrigado sentimientos socialdemócratas en momento de obcecación - no ha sucedido tal cosa, y quien haya estado en el frente como soldado sabe perfectamente que nadie pensaba entonces en ningún partido -, si hubiese sido así: *“Que vileza la de estos jefes de robar a sus propias gentes, a las víctimas de esta lucha, el fruto de estos sacrificios, de hurtar con ello a sus propias gentes tanta miseria, tantos sufrimientos de muerte, penas, hambre y noches de insomnio.”* No podrán remediar jamás los males que infligieron a nuestro pueblo con semejante crimen. Y, ante todo, nunca podrán reponer los daños que causaron al obrero alemán sometiéndolo por espacio de muchos decenios a un aislamiento mental cada vez más terrible, cargándolo en noviembre de 1918, por la vil acción de grupos mezquinos e irresponsables, con una acción de la que él no podía ser responsable. Desde los días de noviembre de 1918 se viene consolidando en millones de alemanes la creencia de que el obrero alemán tiene la culpa de nuestra desgracia. Él, que tantos y tan indecibles sacrificios tuvo que hacer, que tuvo que llenar nuestros regimientos con millones de sus soldados, fue señalado bruscamente como el responsable de los hechos cometidos por los aniquiladores perjuros, embusteros y degenerados de la patria. ¡No podía haber cosa peor! Desde aquel momento dejó de existir para muchos millones de hombres en Alemania la comunidad nacional. Millones se entregaban a la desesperación y otros clavaban la mirada en lo incierto sin poder encontrar de nuevo el camino hacia el pueblo. Con la comunidad nacional quebrándose, automáticamente la economía alemana, ya que la economía no es una cosa en sí, sino más bien un fenómeno vivo, una de las funciones del cuerpo del pueblo, y su proceder y todo su curso son determinados por hombres. Si los hombres llegan a ser exterminados de esta manera, no habrá por que extrañarse de que también la economía vaya siendo destruida paulatinamente. La locura del pensar individualmente se suma a la locura del pensar de la colectividad y acaba por destruir algo cuya destrucción infligirá a la totalidad los más graves perjuicios.

La causa tercera del desarrollo fatal yace en el propio Estado.

Algo hubiera habido que tal vez hubiese podido ponerse frente a estos millones: este algo hubiese sido el Estado si éste no hubiera degenerado en juguete de los grupos interesados. No es pura casualidad el que el desarrollo total se efectúe paralelamente a la democratización de nuestra vida pública. Esta democratización dio lugar a que el Estado cayera primeramente en manos de determinadas clases sociales identificadas con la propiedad en sí, con los patronos como tales. La gran masa del pueblo tenía más y

más la sensación de que el Estado no era una institución objetiva, puesta por encima de los hechos, que no encarnaba ninguna autoridad objetiva, sino que más bien era el flujo del querer económico y de los intereses económicos de grupos determinados dentro de la nación, y que la dirección del Estado justificaba tal aseveración. La victoria de la burguesía política ya no era otra cosa que la victoria de una clase social producida por leyes económicas, de una clase que carecía, a su vez, de todas las condiciones necesarias para una dirección política efectiva, que hacía que la dirección política dependiera de los fenómenos y sucesos eternamente variables de la vida económica y de los efectos de ésta en el terreno de la sugestión de las masas, de la preparación de la opinión pública, etc. En otros términos: el pueblo tenía, con razón, la sensación de que en todos los ramos de la vida tiene lugar una selección natural, partiendo siempre de la capacidad para este ramo determinado de la vida, menos para uno, el de la dirección política. En el ramo de la dirección política echóse mano repentinamente de un resultado de selección que debe su existencia a un proceso enteramente diferente.

Mientras que entre los soldados es muy natural que sea jefe únicamente quien ha recibido una instrucción debida, no era lógico que sólo pudiera ser guía político quien tuviese la instrucción necesaria y demostrase la capacidad para serlo, sino que más bien se fue extendiendo la opinión de que bastaba pertenecer a una determinada clase de la sociedad, nacida de leyes económicas, para sentir la aptitud indispensable para regir un pueblo. Hemos conocido las consecuencias de este error. La clase que se arrogaba esta dirección ha sufrido un tremendo fracaso en las horas críticas y ha resultado ser completamente inútil en los momentos más graves que ha tenido la nación.

Todo batallón alemán ha realizado otro trabajo. No se olvide que este nuestro pueblo tenía entonces millones de hombres frente al enemigo, y nadie ignora cuán grandes son la energía y la fuerza de voluntad que debe tener el individuo para llevar a la tropa - pongamos por ejemplo - de la reserva al frente de batalla, siempre con la muerte ante los ojos, avanzando siempre en la zona de fuego sin vacilar ni titubear. Y en casa presenciábamos el triste espectáculo de ver que la dirección política retrocede ante un puñado de cobardes desertores, de unos miserables que carecen de valor para ponerse ante el enemigo, y que la patria capitula ante estos cobardes. No se nos venga ahora con que no había otro camino. ¡Sólo para estos dirigentes no había más camino que éste!

Para cualquier otra dirección hubiera estado bien marcada la ruta y no hubiera habido después necesidad de decir que la capitulación había obedecido a órdenes dadas desde arriba. En ciertos momentos del desarrollo, de la evolución histórica, no hay ni puede haber órdenes que obliguen al hombre o al gobernante a capitular ante el infortunio o a dejar el campo ante semejante inferioridad.

Creo que si alguien hubiese tenido derecho a capitular, hubiera sido en millares y millares de casos el soldado alemán, quien, merced a una diplomacia alemana no muy prudente ni hábil, tuvo la desgracia de afrontar por espacio de cuatro años y medio, los ataques de un ejército casi siempre mayor en número y que a pesar de todo - por hallarse en la creencia de que luchaba y peleaba por su pueblo - no pudo sacar otras consecuencias que las que puede sacar un soldado decente, a saber: vencer o morir.

No, no ha sido ninguna casualidad: una evolución errada resulta ser definitivamente el 9 de noviembre, una evolución errada, una construcción errada, acaba de revelarse estos días como una construcción errónea, y sólo resta saber, lo cual es cuestión de tiempo, si esta construcción acabaría definitivamente con Alemania o si Alemania tendría otra vez la fuerza y la energía necesarias para vencer esta construcción. Creo que

nos encontramos en el período en que esta construcción ha sido vencida definitivamente.

Pero al propio tiempo nos encontramos en el período en que debemos abordar la cuestión relativa a la reconstrucción de nuestra economía alemana, no sólo para reflexionar radicalmente acerca de la misma, sino también para resolverla radicalmente viéndola no por fuera y por arriba, sino investigando las causas internas de la decadencia y resueltos a eliminarlas. Creemos que debemos empezar aquí primeramente por donde ha de estar hoy el principio, a saber: por el propio Estado.

Hay que levantar una nueva autoridad, y esta autoridad ha de ser independiente de las corrientes momentáneas del espíritu de la época, independiente ante todo de las corrientes que revela el egoísmo reducido y limitado económicamente. Ha de erigirse una conducción estatal que represente una autoridad real y efectiva, una autoridad que no dependa de ninguna clase social. Hay que establecer una dirección estatal en la que todo ciudadano tenga la fe y la confianza de que no quiere otra cosa que la dicha del pueblo alemán, el bien de este pueblo, una dirección de la que pueda decirse con razón que es independiente hacia todos lados.

Se ha hablado tanto de la época absolutista de los pasados tiempos, del absolutismo de Federico el Grande y de la época democrática de nuestros tiempos parlamentarios. Los tiempos pasados eran los más objetivos vistos con los ojos del pueblo, pudiendo velar por los intereses de la nación de una manera más objetiva, al paso que los tiempos posteriores fueron degenerando más y más en la pura representación de intereses de cada clase social. Nada puede demostrarlo mejor que la divisa *“el dominio de la burguesía ha de ser sustituido por el del proletariado”*, es decir, se trata únicamente de un cambio de la dictadura de clases, mientras que nosotros queremos la dictadura del pueblo, o sea, la dictadura de la totalidad, de la comunidad.

No vemos que lo decisivo en una posición social sea una clase social; esto pasa en el sino y en el tiempo de los milenios. Esto viene y desaparece. Lo que queda es la sustancia en sí, una sustancia de carne y de sangre: nuestro pueblo. Es lo que es y lo que permanece, y sólo ante él debe uno sentirse responsable. Sólo entonces se creará la primera condición para la curación de nuestras profundas heridas económicas. Sólo entonces se reavivará para millones de seres humanos la convicción de que el Estado no es la representación de los intereses de un grupo o una clase social y de que el gobierno no es el agente de un grupo o de una clase social, sino el agente del pueblo en sí. Si de uno u otro lado hay hombres que no pueden o creen no poder someterse o rendirse a ello, la nueva autoridad tendrá que salirse con las suyas ya sea contra un lado o contra el otro. Tendrá que hacer ver a todos que no deriva su autoridad de la buena voluntad de cualquier clase social, sino de una ley: ¡la necesidad de la conservación de la nacionalidad en sí!

Es necesario, además, eliminar cuantos sucesos abusen conscientemente de la debilidad humana para poder emprender con su auxilio una empresa mortal. Al declarar yo hace catorce, quince años, y repetir desde entonces ante la nación alemana que mi misión ante la historia alemana la veo en la destrucción del marxismo, no he dicho una frase hueca, sino un sagrado juramento que pienso cumplir mientras circule una gota de sangre por mis venas.

Esta confesión, la confesión de un solo hombre, la he hecho confesión de una poderosa organización. Una cosa sé ahora: si la suerte me llevase de este mundo, esta lucha sería continuada y no acabaría nunca, este movimiento lo garantiza. Esta lucha no es ninguna lid que pudiera terminarse con un mal arreglo amigable. ¡En el marxismo

vemos al enemigo de nuestro pueblo, al enemigo que aniquilaremos, que exterminaremos hasta la última raíz, consecuentemente, inexorablemente!

Sabemos asimismo que en la vida económica suelen chocar a menudo los intereses de unos contra otros, o parecen estar en pugna unos con otros, que el obrero se siente perjudicado, que lo es a menudo, y que también el patrono se ve acosado, que a menudo también lo está, que lo que para unos parece ser una ganancia, lo tienen otros por desgracia propia, lo que para unos es un éxito, significa a veces para otro la ruina segura. Lo sabemos y lo vemos, y sabemos también que los hombres sufren y han sufrido siempre sus consecuencias. Pero precisamente por esto resulta ser muy peligroso el que una organización no persiga otro objetivo que aprovecharse conscientemente de estos terribles fenómenos de la vida para destruir al pueblo entero. Por ser así, conviene destruir una organización y exterminar una teoría que abusa de estas debilidades naturales, de debilidades que radican en la insuficiencia de los hombres, pues sabemos perfectamente que la meta de toda esta evolución, digo mal, de esta lucha entre el puño y la frente, entre la masa, es decir, el número y la calidad es: destrucción de la calidad de la frente. Esto no es seguramente una bendición para el número, ni un encumbramiento del obrero, sino que viene a significar: miseria, penuria, la ruina definitiva.

Vemos la crisis económica y no somos tan pueriles para creer que todas estas dificultades puedan quedar eliminadas de la noche a la mañana, con sólo anhelar algo mejor. Ponemos también la insuficiencia humana en juego, la cual hará siempre una mala jugada a los hombres y desnaturaliza con frecuencia las mejores ideas, la mejor voluntad. Más nosotros tenemos la firme voluntad y el inquebrantable propósito de no dejar que llegue a tal punto, sino de luchar y seguir luchando - toda la vida es una lucha continua - contra tales eventos, de poner la razón en su lugar y hacer que el interés común pase a primer término. Si se malogra por el momento, ¡lo que hoy no se logra, deberá lograrse mañana! Y si alguien replicare: “¿Cree usted que cesarán algún día los sufrimientos?”, le contestare: “Sí, señor, cuando llegue la época en que no haya hombres insuficientes en el mundo, pero como temo que la insuficiencia de los hombres no acabará jamás, los sufrimientos no cesarán nunca. No es posible arreglar las cosas para toda la eternidad desde una sola generación.”

Cada pueblo tiene la obligación de cuidar de sí mismo. Cada época tiene la misión de arreglar sus cuentas por sí sola. No crean ustedes que vamos a quitárselo todo al porvenir. No y no, tampoco queremos educar a nuestra juventud para que se convierta en sucio parásito de la vida o para disfrutar cobardemente lo que otros han creado. No, lo que desees poseer tendrás que ganarlo de nuevo, tendrás que lanzarte una vez y otra a la lucha. Para esto queremos educar a los hombres. No queremos infundirles desde un principio la falsa teoría de que esta lucha es algo innatural o indigno del hombre; todo lo contrario, queremos inculcarles la idea de que esta lucha es la eterna condición para la selección, que sin la eterna lucha no habría hombres en la Tierra. ¡No, lo que hacemos ahora, lo hacemos para nosotros!

Dominando hoy la crisis estamos laborando para el porvenir, puesto que mostramos a nuestros descendientes cómo han de hacerlo cuando les llegue su tiempo, así como nosotros debemos aprender del pasado lo que tenemos que hacer hoy. Si la generación anterior a nosotros hubiese pensado de igual manera, según nos quieren hacer creer, de seguro que nosotros no estaríamos aquí. No puedo decir que para lo futuro sea bueno lo que he creído falso para lo pasado. Lo que la vida me da a mí y a nosotros, ha de ser justo para la vida de nuestros descendientes, de modo que estamos obligados a obrar

con arreglo a esto.

Debemos pues, proseguir la lucha hasta la última consecuencia contra los hechos que han corroído al pueblo alemán en los últimos diecisiete años, que nos han causado tan terribles perjuicios y que, de no haber sido vencidos, hubieran aniquilado a Alemania. Bismark dijo una vez que el liberalismo era el entrenador de la socialdemocracia. No es preciso que diga aquí que la socialdemocracia es el entrenador del comunismo.

El comunismo es el entrenador de la muerte, de la muerte del pueblo, de la ruina.

Hemos emprendido la lucha contra él y la continuaremos hasta el fin. Como ya tantas veces en la historia de Alemania, así ahora se verá que el pueblo alemán va adquiriendo, a medida que aumenta la miseria, mayor fuerza y nuevos bríos para hallar el camino hacia arriba y hacia adelante. ¡También esta vez lo encontrará, digo más, estoy convencido de que lo ha encontrado ya!

Paso ahora a la tercera medida: la liberación de las asociaciones consideradas primeramente como dadas, del influjo que creen ver en ellas y poseer en estas asociaciones una última posición de retirada. ¡Qué no se entreguen a falsas conjeturas! Lo que ellos construyeron lo tenemos nosotros por falso. Vemos que el genio alemán despertó aquí lentamente en millones de individuos, contra la propia voluntad de estos arquitectos, un sentimiento que hubo de exteriorizarse en la institución de organizaciones poderosas. Ellos mismos hubieran destruido las organizaciones. Se lo recibimos, más no para conservarlo todo para lo por venir, sino para salvarle al obrero alemán los céntimos ahorrados que ha invertido en la obra y para que actúe con los mismos derechos en la formación del nuevo estado de cosas, para darle la posibilidad de intervenir como factor investido de iguales derechos que los demás. ¡Se ha de crear un nuevo Estado con él, nunca contra él!

No ha de tener la sensación de ser considerado como paria, como proscrito o estigmatizado. ¡Bien al contrario! Desde un principio, en la gestación y formación del nuevo Estado, queremos inculcarle el sentimiento de ser alemán que goza y disfruta de los mismos derechos y prerrogativas que el resto de sus connacionales. El mismo derecho no es en mis ojos otra cosa que el complacerse en tener los mismos derechos y obligaciones.

No se hable siempre, únicamente de derecho, hablese también del deber.

El obrero alemán debe disipar en los millones del otro lado la creencia de que ni el pueblo alemán ni su revolución le importan un ardite. Seguramente que habrá elementos que no quieran tal cosa. También los hay del otro lado de nuestro pueblo. Sobre todos ellos pasará la suerte a la orden del día.

Se encontrarán en Alemania hombres que con toda sinceridad y de todo corazón no quieran otra cosa que la grandeza de su pueblo. Ya se entenderán unos con otros, y de fijo se entenderán, y si alguna vez llegase a retornar la duda y a hacerles una mala jugada la dura realidad, gustosamente actuaremos nosotros de corredores, de agentes de cambio y bolsa.

La misión del gobierno consistirá entonces en volver a juntar las manos que están ahora a punto de soltarse, haciendo como agente honrado y probo, y repitiendo al pueblo alemán una y otra vez: *“No debéis reñir, no debéis juzgar por las apariencias, no debéis abandonaros por la sencilla razón de que la evolución haya seguido tal vez en el curso de los siglos caminos que nosotros no podemos tener por felices, sino que todos vosotros debéis tener siempre presente que vuestro deber es la conservación de vuestra nacionalidad.”* ¡Ya se encontrará entonces un camino, se precisará hallar un

camino! No puede decirse que se ha hecho imposible el camino hacia la vida de la nación porque la hora opone quizás dificultades. Pasará la hora, mas la vida ha de ser y será.

Con ello adquiere un gran sentido moral el movimiento obrero alemán en su totalidad. Al proceder a la construcción de un nuevo Estado, de un Estado que sea el resultado de muy grandes concesiones de ambos lados, queremos enfrentar dos contrayentes que abrigan sentimientos nacionales en su corazón, dos contrayentes que sólo ven a su pueblo ante sí, dos contrayentes dispuestos a toda hora a posponerlo todo para alcanzar este provecho común, pues sólo siendo esto posible desde un principio creo barruntar el éxito de tamaña acción.

Aquí decide también el espíritu del cual ha nacido el hecho. No ha de haber vencedores y vencidos fuera de un solo vencedor: nuestro pueblo alemán.

Vencedor de las clases sociales y vencedor sobre los intereses de cada uno de estos grupos de nuestro pueblo. Con ello contribuiremos y llegaremos al refinamiento del concepto de trabajo, trabajo éste que, como es natural, no puede hacerse de la noche a la mañana. Así como este concepto ha sufrido sendas modificaciones a través de los siglos, así en este caso tendremos necesidad de muchos siglos para poder transmitir al pueblo alemán todos estos conceptos en su forma prístina. El objetivo perseguido impertérritamente por el movimiento que representamos yo y mis compañeros de armas será elevar la palabra *obrero* a un gran título de honor de la nación alemana. No en balde hemos incluido esta palabra en la denominación de nuestro movimiento, y no porque esta palabra nos haya apartado alguna vez un gran provecho. ¡Al contrario! Lo que nos trajo fue odio y hostilidad de una parte, e incompreensión de otra. Hemos elegido esta palabra porque con la victoria de nuestro movimiento queríamos elevar victoriosos el vocablo.

La hemos elegido para que en este vocablo se encuentre al final, además del concepto pueblo, la segunda base: la unión de los alemanes, pues nadie que abrigue una voluntad noble podrá hacer profesión de otra cosa que de esta palabra.

Soy de por sí enemigo de aceptar títulos honoríficos, y no creo que algún día haya quien me eche en cara lo contrario. Lo que no sea absolutamente necesario que haga, no lo hago. Nunca quisiera mandarme hacer tarjetas de visita con títulos que le conceden a uno gloriosamente en este mundo que habitamos. No quisiera en mi lápida sepulcral otro nombre que el mío seco y escueto. Probable es que por los caminos que me ha trazado el sino, esté yo más que nadie capacitado para comprender la esencia, el ser y la vida toda de las diversas clases del pueblo alemán, no porque haya podido observar esta vida desde arriba, sino por haberla vivido en persona, por haberme hallado en medio de ella, por haberme arrojado la suerte caprichosa, o tal vez providencial, dentro de esta gran masa del pueblo y de los hombres. Por haber trabajado yo luengos años como simple trabajador para ganarme el sustento cotidiano, y por haber estado por segunda vez en esta gran masa como soldado raso, y porque la vida pudo confundirme con otras clases de nuestro pueblo, al punto de poder decir que las conozco mucho mejor que tantísimas personas que nacieron en ellas. Así es que la suerte parece haberme predestinado a mí más que a ninguno a ser el - permítaseme emplear esta palabra para mí - el corredor o agente honrado, el agente honrado en todos los sentidos.

Aquí no estoy interesado personalmente; ni dependo del Estado ni de ningún cargo público, como tampoco dependo de la economía ni de la industria, ni de ninguna organización obrera. Soy un hombre independiente y no me he propuesto otro objetivo que serle útil al pueblo alemán en la medida de mis fuerzas, a ser útil aquí precisamente

a millones de hombres que tal vez por su buena fe, su ignorancia y la maldad de sus antiguos líderes son los que más han sufrido.

Siempre he creído y dicho que no puede haber cosa mejor que ser abogado de todos aquellos que no pueden defenderse bien ellos mismos.

Conozco la gran masa del pueblo y sólo quisiera decirles una cosa a nuestros intelectuales: todo Estado que queráis levantar exclusivamente sobre las bases del intelecto es de construcción endeble.

Conozco este intelecto: siempre cavilando, siempre investigando, pero también eternamente inseguro, eternamente vacilante, móvil, nunca firme. Quien quiera construir únicamente sobre este intelecto un imperio, se convencerá bien pronto de que no construye nada sólido ni estable. No es pura casualidad el que las religiones sean más estables que las formas de Estado. En los más de los casos suelen hundir más profundamente sus raíces en el seno de la tierra; serían inimaginables sin esta gran masa del pueblo. Sé que las clases intelectuales suelen ser atacadas muy fácilmente de la arrogancia de querer medir este pueblo por el rasero de sus conocimientos y de su llamada inteligencia; y, sin embargo, hay aquí cosas que a menudo no ve la inteligencia de los inteligentes porque no puede verlas. Esta gran masa es seguramente tarda en el pensar y obrar, a veces retrógrada y poco amovible, no muy ingeniosa ni tampoco genial, pero tiene algo: tiene fidelidad, tiene perseverancia, tiene estabilidad.

Puedo decir: la victoria de esta revolución no hubiera sido nunca un hecho si mis compañeros, la gran masa de nuestros pequeños conciudadanos, no nos hubieran asistido haciendo alarde de una fidelidad sin igual y de una perseverancia inmutable.

Nada mejor puedo imaginarme para nuestra Alemania que lograr que estos hombres, que están fuera de nuestras filas de combate, entren en el nuevo Estado y se conviertan en uno de sus más fuertes y poderosos cimientos.

Dijo una vez un poeta: *“Alemania estará en el apogeo de su grandeza el día en que sus hijos más pobres sean sus ciudadanos más fieles.”* He conocido a estos pobres hijos por espacio de cuatro años y medio como soldados de la Gran Guerra; los he conocido, he conocido a aquellos que quizá nada tenían que ganar para sí y que sólo obedeciendo a la voz de la sangre, por el hecho de sentirse alemanes, llegaron a ser héroes.

Ningún pueblo tiene más derecho que el nuestro a levantar monumentos a su soldado desconocido. Esta impávida guardia, que se mantuvo firme en tantas y tantas batallas sangrientas, que nunca vaciló ni retrocedió, que ha dado tantos ejemplos de inaudito valor, de fidelidad, disciplina y obediencia sin límites, tenemos que conquistarla para el Estado, debemos ganarla para el *Reich* que viene, para nuestro III *Reich*. Esto es, sin duda alguna, lo más precioso que podemos darle.

Precisamente porque conozco este pueblo mejor que cualquiera que conoce a la vez el resto del pueblo, estoy dispuesto en este caso, no sólo a hacerme cargo del papel de agente honrado, sino que me siento feliz de que la suerte me haya deparado este papel.

¡No sentiré nunca mayor orgullo en mi vida que el poder decir cuando cierre los ojos para siempre que he ganado, luchando, al obrero alemán, para el *Reich* de los alemanes!

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 17 de mayo de 1933

Señores diputados:

En nombre del gobierno del *Reich* he solicitado del señor presidente del parlamento la convocatoria del mismo al objeto de poder pronunciarme ante esa asamblea sobre los problemas que hoy preocupan, no sólo a nuestro pueblo, sino al mundo entero.

Estos problemas, que los señores diputados conocen, son de tan gran importancia que de su feliz solución depende la pacificación política y la salvación económica del mundo.

Al expresar a este respecto, en nombre del gobierno alemán, el deseo de que el tratamiento de esos problemas quede sustraído a todo género de apasionamiento, surge este deseo en primer término de un convencimiento que a todos domina, a saber, que el origen profundo de la crisis actual reside precisamente en las pasiones que, desatadas después de la guerra, han oscurecido la clara visión y el juicio de los pueblos.

Porque es en los defectos del tratado de paz donde hay que buscar la causa de los problemas de nuestros días, en ese tratado que no supo en su día encontrar para el porvenir una solución elevada, clara y razonable de los problemas entonces planteados. El tratado no resolvió en forma permanente, capaz de resistir a una crítica razonable, ninguno de los problemas, o de las reclamaciones formuladas por los pueblos en el terreno nacional, económico o jurídico. Es comprensible, por lo tanto, que la idea de revisión, además de afirmarse constantemente al margen del tratado y en vista de los efectos de su aplicación, apareciera ya como necesaria a los autores del mismo y quedara jurídicamente prevista en el texto del documento.

Al referirme ahora brevemente a los problemas que dicho tratado hubiese debido resolver, me inspiro en la consideración de que el fracaso sufrido en este punto forzosamente tenía que dar lugar a situaciones perjudiciales para la vida política y económica de los pueblos como las posteriormente surgidas.

Los problemas políticos son los siguientes: durante muchos siglos respondieron los Estados europeos y sus fronteras a concepciones de carácter exclusivamente político. La marcha victoriosa de la idea nacional y del principio de las nacionalidades en el curso del pasado siglo y la indiferencia hacia esas nuevas ideas y nuevos ideales por parte de Estados que respondían a otros principios, fueron la semilla de numerosos conflictos. Ninguna misión más elevada hubiese podido corresponder, llegado el término de la Guerra Mundial, a una verdadera conferencia de paz que la de establecer un nuevo ajustamiento y un nuevo orden de los Estados europeos basados hasta el límite máximo de lo posible en el reconocimiento de este hecho y de este principio. Cuanto más se hubiesen ajustado dentro de este orden nuevo, las fronteras de los Estados a las de los pueblos, tanto mejor se hubiese contribuido con ello a eliminar un gran número de posibilidades de conflicto para el porvenir. Más aún, esta reorganización territorial de Europa sobre la base de las verdaderas fronteras de los pueblos, hubiese podido ser la solución histórica, dictada por la visión del porvenir, y susceptible de representar para vencedores y vencidos una a modo de compensación por los sangrientos sacrificios de la guerra, ya que con ella se hubiesen echado los cimientos de una verdadera paz mundial.

Pero en lugar de ello, en parte por desconocimiento y en parte cediendo al dictado de

la pasión y del odio, se adoptaron soluciones que por su falta de lógica y de equidad llevaban en sí mismas la perpetuación del germen de nuevos conflictos.

Los problemas económicos que la conferencia de la paz tenía que resolver eran como sigue:

La alarmante situación económica de Europa se ve caracterizada por el exceso de población en el oeste europeo y la escasez en esta región de ciertas primeras materias, que precisamente son indispensables en las regiones que, por razón de su alta cultura, gozan de un nivel de vida elevado. Si los autores del tratado de paz se hubiesen propuesto la verdadera pacificación de Europa por un periodo humanamente previsible, en lugar de dejarse absorber por conceptos estériles y peligrosos como los de arrepentimiento, castigo, reparación, etc., hubiesen reconocido la verdad profunda de que la falta de posibilidades de existencia ha constituido y constituirá siempre una fuente de conflictos entre los pueblos.

En lugar de predicar la idea de aniquilamiento hubiesen debido elevarse hasta un nuevo orden de relaciones políticas y económicas internacionales justo en toda la medida de lo posible para las necesidades de existencia de cada uno de los pueblos.

No es prudente privar de los medios de vida a un pueblo, sin parar mientras que su población no deja por ello de estar obligada a vivir en el mismo territorio. Que la ruina económica de un pueblo de 65 millones de almas pueda redundar en beneficio de otros pueblos es una idea absurda. No tardarían los pueblos que de tal modo procedieran en darse cuenta de que, por una ley natural de causa y efecto, habían de ser llevados a la misma catástrofe que ellos pretendían desencadenar. La idea de las reparaciones y su aplicación práctica quedará un día inscrita en la Historia Universal como el ejemplo típico de los estragos que la pasión puede provocar en contra de la común prosperidad de los pueblos.

En realidad la política de reparaciones sólo podía ser ejecutada por medio de la exportación alemana. Pero en tanto que Alemania fuese considerada como una empresa internacional exportadora, la exportación de los países acreedores había de resultar perjudicada. Los beneficios económicos de los pagos por reparaciones habían de estar, por lo tanto, fuera de toda proporción con los perjuicios que las mismas reparaciones tenían que determinar en la economía particular de cada país.

La tentativa de querer desviar este proceso y limitar las exportaciones alemanas por medio de créditos de compensación que permitieran hacer frente a los pagos, era igualmente falta de previsión y falsa en último término. La conversión de las obligaciones políticas en obligaciones de carácter particular implicaba la creación de un servicio de intereses imposible de cumplir sin llegar a los mismos resultados que se trataba de evitar. Lo peor, fue, sin embargo, la perturbación de la vida económica interior de los pueblos, y su eventual estancamiento, como consecuencia de esa obligación de exportar a toda costa. La lucha en los mercados mundiales a fuerza de abaratar cada vez más los precios condujo a un exceso de racionalización de la economía.

Los millones y millones de obreros alemanes sin trabajo son el último resultado de este proceso.

Si, al contrario, se pretendía que Alemania hiciese frente a las reparaciones únicamente con prestaciones en especie, el perjuicio que por este procedimiento había de acarrear a la producción interior de los países así favorecidos no iba tampoco a ser menor. En efecto, no es posible imaginar siquiera prestaciones de tal importancia sin poner en grave peligro la propia producción de los países a los cuales iban destinadas.

Es culpa del Tratado de Versalles haber inaugurado una era en la que la sana economía parece amenazada de muerte por las fantasías financieras.

Alemania ha cumplido obligaciones que le fueron impuestas, a pesar de la injusticia que ellas encerraban y de sus consecuencias fácilmente previsibles, con una fidelidad casi suicida.

La crisis económica mundial es la prueba incontrovertible de la exactitud de esta aseveración.

La necesidad de restablecer el sentido internacional del derecho con carácter general, fue un problema asimismo desconocido por el Tratado de Versalles, ya que precisamente para poder motivar el conjunto de sus estipulaciones fue preciso presentar a Alemania como culpable.

Este procedimiento inaceptable reduce a la máxima simplicidad las causas de los conflictos humanos para el porvenir: la culpa será siempre de los vencidos, porque el vencedor tendrá siempre la posibilidad de hacerlo constar así en el preámbulo del tratado de paz.

Este acto ha tenido consecuencias terribles porque fue tomado como base para transformar en estado jurídico permanente la relación de fuerzas existente al final de la guerra. Los conceptos de vencedores y vencidos pasaron a ser el fundamento de un nuevo derecho y de un nuevo orden social internacional.

La descalificación de un gran pueblo en nación de segundo grado y de segunda clase fue proclamada en el momento mismo en que había de surgir a la vida una Sociedad de Naciones.

Este tratamiento impuesto a Alemania no podía conducir a la pacificación del mundo. Se estimó entonces que era necesario desarmar a los vencidos y privarles de medios de defensa. Este procedimiento - sin precedentes en la historia de las naciones europeas - es además ineficaz para suprimir los peligros y posibilidades de conflicto. Al contrario, dio lugar a una serie de amenazas, exigencias y sanciones que provocando, a su vez, una inseguridad e intranquilidad incesantes, amenazaban con ser causa de la ruina económica mundial. Cuando en la vida de los pueblos cesa la reflexión sobre los riesgos que ciertas acciones pueden llevar consigo, nada tiene de extraño que la sinrazón triunfe fácilmente sobre la razón. La Sociedad de Naciones no ha conseguido, hasta ahora por lo menos, prestar, en tales ocasiones, ninguna ayuda real a los que, precisamente por débiles y desarmados, más podían necesitarla. Los tratados destinados a establecer la paz en la vida de los pueblos carecen de verdadero contenido si no se basan en un reconocimiento leal y sincero de la igualdad de derechos entre todas las partes.

En esto reside precisamente la causa principal de la agitación que desde hace años domina en el mundo.

Por otra parte, la solución razonable y definitiva de los problemas hoy planteados interesa a todos por igual. Ninguna nueva guerra europea podría dar lugar a que las actuales circunstancias, poco satisfactorias, fuesen sustituidas por otras mejores.

¡Al contrario! Ni política, ni económicamente, podría la aplicación de la fuerza crear en Europa una situación menos mala que la actual. Aún en el caso de que un éxito decisivo permitiera establecer un nuevo orden europeo basado en la violencia, el resultado final no podría ser otro que una mayor perturbación del equilibrio y el germen para que, de un modo o de otro, surgieran más tarde nuevas rivalidades y complicaciones. Nuevas guerras, nueva inseguridad y una nueva crisis económica serían la consecuencia. La explosión de esta locura sin fin habría de llevar consigo la ruina del

presente orden político y social. Europa se hundiría en el caos comunista y quedaría abierta una crisis de incalculables dimensiones y de duración imposible de prever.

El gobierno nacional de Alemania siente el profundo deseo de colaborar sincera y activamente a la obra de impedir que tal catástrofe pueda producirse.

En éste, además, el verdadero sentido de la revolución que ha tenido lugar en Alemania y cuyos tres puntos de vista principales en modo alguno contradicen con los intereses del resto del mundo:

Primero: Impedir la revolución comunista amenazante, creando un Estado nacional, inspirado en la idea de la reconciliación de clases y manteniendo el principio de la propiedad privada como base de nuestra cultura.

Segundo: Resolver el más delicado de los problemas sociales, el del desempleo forzoso, reintegrando a la producción el ejército lamentable de millones de obreros desempleados.

Tercero: Restablecer la estabilidad y la autoridad en la dirección del Estado al objeto de que este gran pueblo, contando con un gobierno apoyado en la confianza y en la voluntad de la nación, pueda de nuevo volver a concertar tratados con el resto del mundo.

Al hablar en este momento como alemán nacionalsocialista consciente de sí mismo, quiero declarar en nombre del gobierno y de todo el movimiento nacionalista que precisamente la joven Alemania y nosotros sus representantes, estamos animados de la mejor voluntad para comprender idénticos sentimientos y aspiraciones. La joven generación alemana que hasta ahora sólo ha conocido en la vida las miserias, privaciones y penalidades de su propio pueblo, ha sufrido demasiado bajo la locura imperante para poder abrigar la intención de causar a los demás pueblos análogos sufrimientos.

Ligados a nuestro propio pueblo por un amor y una fidelidad sin límites, respetamos al mismo tiempo, y como fruto de nuestra convicción, los derechos nacionales de los demás pueblos y, desde lo más profundo de nuestro corazón, deseamos vivir en paz y amistad con ellos.

Nos es extraña, por lo tanto, toda idea de *germanización*. El supuesto corrientemente admitido en el pasado siglo de que era posible convertir polacos o franceses en alemanes lo rechazamos en absoluto.

Pero con idéntica energía estamos dispuestos a oponernos a toda tentativa en sentido contrario. Admitimos las naciones europeas que nos rodean como un hecho natural. Franceses, polacos, etc., son nuestros vecinos y sabemos que no hay hecho histórico imaginable capaz de modificar esta realidad.

Ojalá que en el Tratado de Versalles hubiesen sido tenidas en cuenta esas realidades en cuanto a Alemania se refiere. El objetivo de una paz duradera no puede consistir en abrir nuevas heridas o en mantener abiertas las existentes, sino en cerrarlas y curarlas. De haber sido estos problemas tratados en su día con la debida reflexión, no hubiese sido difícil encontrar en la frontera oriental alemana una solución igualmente equitativa para las exigencias comprensibles de Polonia y para los derechos naturales de Alemania. En el Tratado de Versalles no se ha encontrado esta solución. A pesar de ello ningún gobierno alemán tratará de romper por su sola iniciativa un convenio que no es posible suprimir si no se le reemplaza con otro mejor.

Pero al admitir el carácter jurídico del tratado, debe entenderse que este reconocimiento tiene un sentido general. No solamente los vencedores, sino también los vencidos pueden exigir los derechos que del tratado se derivan. El derecho a reclamar la

revisión de un tratado está reconocido en el tratado mismo. Como motivo y medida para esta reclamación desea el gobierno alemán aducir únicamente los resultados de las experiencias hasta la fecha acumuladas, así como las consideraciones que se imponen a todo razonamiento crítico y lógico. En lo político y en lo económico las experiencias recogidas en el curso de catorce años son igualmente claras. La miseria de los pueblos, en lugar de disminuir, ha aumentado. La raíz profunda de esta miseria reside en la división del mundo entre vencedores y vencidos como base escogida para todos los tratados y para el nuevo orden de cosas. La consecuencia más lamentable de este punto de vista la encontramos en la indefensión impuesta a ciertas naciones frente a los armamentos crecientes de otras. Alemania reclama desde hace años el desarme general y ello por los siguientes motivos:

Primero: La demanda de igualdad de derechos formulada por Alemania es conforme a la moral, al derecho y a la razón. Su legitimidad está reconocida en el mismo tratado de paz y su cumplimiento va indisolublemente unido a la obligación de desarmar impuesta a Alemania como prólogo del desarme mundial.

Segundo: La descalificación de un gran pueblo no puede, de otra parte, ser históricamente mantenida por tiempo indefinido. Un día u otro tiene que terminar. ¿O hay quien cree que puede hacerse víctima a una gran nación de tal injusticia perpetuamente? ¿Qué representan las ventajas de un momento frente a la marcha continua de los siglos? El pueblo alemán subsistirá, lo mismo que el francés o el polaco. Tal es la enseñanza de la Historia.

¿Qué valor tiene el éxito de una opresión pasajera, mantenida sobre un pueblo de 65 millones de habitantes, frente a la fuerza de este hecho inmovible? Ningún Estado está en mejores condiciones para comprender los nuevos Estados nacionales europeos que la Alemania de la revolución nacional, surgida al impulso de una idéntica voluntad. Nada quiere Alemania para sí que no esté dispuesta también a dárselo a los demás.

Si Alemania reclama hoy una positiva igualdad de derechos, encaminada a lograr el desarme de los demás pueblos, es en el cumplimiento de los tratados por su parte donde encuentra el derecho moral para formular dicha reclamación. Porque Alemania se ha desarmado y ello bajo la inspección del más riguroso control internacional: 6.000.000 de carabinas y fusiles fueron entregados o destruidos, 130.000 ametralladoras, cantidades formidables de cañones para ametralladoras, 91.000 cañones, 38.750.000 granadas y enormes existencias de armas y municiones de toda clase hubo que destruir o entregar al pueblo alemán.

El territorio de Renania fue desmilitarizado, las fortificaciones alemanas arrasadas, nuestros buques fueron entregados al enemigo, nuestros aviones destruidos, nuestro sistema de servicio militar cambiado y con ello imposibilitada la formación de reservas. Incluso las armas defensivas más indispensable nos fueron denegadas.

Cuando hoy, frente a estos hechos impresionantes e indiscutibles, se pretende con excusas y subterfugios verdaderamente lamentables que Alemania ha eludido de algún modo el cumplimiento del tratado o llegado incluso a rearmarse, me siento obligado a rechazar desde este lugar semejante pretensión como desleal y contraria a la verdad.

No menos inexacta es la pretensión de que Alemania ha dejado de cumplir las obligaciones impuestas por el tratado en materia de efectivos. No es cierto que las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialista estén en relaciones con el ejército, de modo que vengan a constituir fuerzas o reservas militares instruidas.

La irresponsable ligereza con que tales afirmaciones son formuladas, podrá quedar

puesta de manifiesto con un sólo ejemplo. El año pasado tuvo lugar en Brünn un proceso contra miembros del partido nacionalsocialista de Checoslovaquia. Peritos jurados del ejército checoslovaco declararon entonces que los acusados mantenían relaciones con el partido nacionalsocialista de Alemania, se encontraban respecto a él en una situación de dependencia y, aún cuando simples miembros de una sociedad deportiva, debían ser equiparados a los miembros de las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas alemanas, fuerzas que constituían una reserva del ejército alemán organizada e instruida por éste.

En aquel tiempo, no obstante, ni las secciones de asalto ni las escuadras de defensa, lo mismo que el partido nacionalsocialista propiamente dicho, mantenían relación alguna con el ejército; eran al contrario perseguidas como una organización enemiga del Estado, más tarde prohibidas y finalmente disueltas. Más aún, los miembros del partido nacionalsocialista, de las secciones de asalto y escuadras de defensa, no sólo eran excluidos de toda función oficial en el Estado, sino que ni siquiera podían trabajar como simples obreros en los servicios auxiliares del ejército. Pero los nacionalsocialistas de Checoslovaquia fueron condenados, en virtud de esas falsas indicaciones, a severas penas.

En realidad, las secciones de asalto y escuadras de defensa del partido nacionalsocialista han surgido sin ayuda de nadie, sin apoyo financiero del Estado y muy especialmente del ejército, sin instrucción militar ni armamento militar de ningún género, respondiendo a necesidades y consideraciones únicamente inspiradas en el interés del partido. Su finalidad era y sigue siendo la eliminación del peligro comunista. Su instrucción nada tiene que ver con la instrucción militar, orientada como está hacia la propaganda, el fomento de la cultura popular, la influencia psicológica sobre las masas y la lucha contra el terror comunista. Son, al propio tiempo, instituciones destinadas a crear un verdadero espíritu de solidaridad social que permita superar las antiguas rivalidades de clase y a remediar la crisis económica.

Los Cascos de Acero son una organización inspirada en los sentimientos de tradición y de camaradería que prevalecían en el frente de batalla y consagrada a la defensa contra la revolución comunista que desde noviembre de 1918 nos amenaza. La importancia de este peligro no pueden comprenderla, es cierto, aquellos países que no han tenido, como Alemania, un partido comunista organizado de varios millones y no han sufrido bajo su influencia terrorista. La verdadera finalidad que estas organizaciones persiguen nos lo dicen el carácter real de la lucha que han sostenido y el número de sus víctimas. En pocos años han tenido que lamentar las secciones de asalto y escuadras de defensa nacionalsocialistas por sí solas, a consecuencia de actos de terror y criminales agresiones comunistas, más de 350 muertos y unos 40.000 heridos. Si ahora en Ginebra se trata de equiparar estas organizaciones constituidas únicamente para fines de política interior a las fuerzas militares, no hay motivo para no hacer lo mismo con los bomberos, las sociedades gimnásticas, los serenos, los clubs náuticos y otras sociedades deportivas.

Pero si, al revés de lo que ocurre con estos hombres completamente desprovistos de instrucción militar, las reservas militares propiamente dichas de los demás ejércitos dejan de ser tenidas en cuenta, si se ignoran las reservas armadas e instruidas de los demás países y se cuentan, en cambio, cuando se trata de Alemania, los miembros desarmados de organizaciones políticas, entonces nos encontramos ante procedimientos que merecen, por mi parte, la más enérgica protesta.

Si el mundo se propone destruir la confianza en el derecho y la justicia, esos medios

no pueden ser más adecuados.

En nombre del gobierno alemán tengo que declarar lo que sigue: Alemania se ha desarmado. Ha cumplido todas las obligaciones que le fueron impuestas por el Tratado de Versalles hasta más allá de las fronteras de la equidad y la sana razón. Su ejército comprende 100.000 hombres. Los efectivos y el carácter de la policía responden a un convenio internacional.

La policía auxiliar establecida en los días de la revolución tiene carácter exclusivamente político. Su misión consistió en sustituir durante los primeros días del nuevo régimen aquella parte de la antigua policía que podía ser considerada como insegura. Su disolución, después del triunfo completo de la revolución, ha comenzado ya y quedará completamente terminada antes de fin de año.

Alemania tiene con ello moralmente derecho a exigir que las demás potencias empiecen también, por su parte, a cumplir las obligaciones que del Tratado de Versalles se derivan. El principio de la igualdad de derechos reconocido a Alemania el pasado mes de diciembre no ha sido hasta ahora puesto en práctica. A la tesis de nuevo defendida por Francia según la cual la igualdad de derechos debe corresponder a su seguridad, tengo que oponer estas dos preguntas:

1) Alemania ha contraído hasta ahora todas las obligaciones referentes a la seguridad que resultan de la firma del Tratado de Versalles, del Pacto Kellog, de los tratados de arbitraje, de la declaración de renuncia a la fuerza, etc. ¿Cuáles son las garantías concretas que Alemania puede ofrecer además, fuera de sus obligaciones internacionales?

2) Frente a esto, ¿con qué garantías cuenta Alemania? Según los datos facilitados a la Sociedad de Naciones Francia tiene 3.046 aviones en servicio, Bélgica 350, Polonia 700 y Checoslovaquia 670. A estas cifras hay que añadir un número incalculable de aviones de reserva, millares de tanques, millares de cañones de grueso calibre y todos los medios técnicos necesarios para la guerra de gases asfixiantes. ¿No tendría mucho más derecho, Alemania, desarmada y sin defensa, a reclamar seguridad que los Estados armados y unidos entre sí por coaliciones?

A pesar de ello Alemania está dispuesta en todo momento a contraer nuevos compromisos internacionales de seguridad siempre que otras naciones estén dispuestas a hacer lo mismo en beneficio de Alemania. Alemania estaría, además, francamente, conforme en prescindir de toda su organización militar y en destruir las pocas armas que le fueron dejadas, siempre que las naciones vecinas quisieran también hacer lo propio. Pero si los otros Estados no se avienen a ejecutar el desarme que el Tratado de Versalles les impone, Alemania está entonces obligada a mantener por lo menos su demanda de igualdad de derechos.

El gobierno alemán ve en el plan inglés una base posible para resolver esta cuestión. Pero cree, a este respecto, que debe exigir que no se le imponga la destrucción de su actual sistema militar y concederle por lo menos una igualdad de derechos cualitativa. Alemania debe pedir además que la transformación del actual ejército alemán, cuya forma actual nosotros no queríamos, pero que nos fue impuesta por el extranjero, se realice paso a paso y al compás de los progresos del desarme en los otros Estados.

Alemania está dispuesta, en principio, a aceptar para el establecimiento de su

seguridad nacional un período de transición de cinco años en la espera de que transcurrido dicho período tenga lugar la equiparación real de Alemania a los demás Estados. Alemania está asimismo dispuesta sin reservas a renunciar a las armas ofensivas siempre que dentro de un determinado periodo las naciones armadas, por su parte, destruyan también las armas de esta clase y el empleo de las mismas quede prohibido por un convenio internacional. Alemania no tiene más que un deseo: mantener su independencia y poder defender sus fronteras.

Según las declaraciones del ministro de Guerra francés, en 1932 las tropas coloniales francesas pueden ser inmediatamente empleadas en el territorio de Francia. Con ello quedan estas tropas sumadas a las fuerzas militares metropolitanas.

Es justo, por consiguiente, que sean tenidas en cuenta como parte integrante del ejército francés. Pero mientras, por una parte, esto no se hace, se quieren tener en cuenta, cuando de los efectivos militares alemanes se trata, asociaciones y organizaciones de carácter popular cuyas finalidades son exclusivamente educativas y deportivas y cuya instrucción militar es sencillamente nula. En los demás países, no obstante, tales organizaciones no han de ser tenidas en cuenta en relación con las fuerzas del ejército. Este proceder es, desde luego, inaceptable. Alemania estaría dispuesta en todo momento, caso de establecerse un control internacional de los armamentos de carácter general, y siempre que los demás Estados se hallaran dispuestos a hacer lo mismo, a someter a dicho control las organizaciones citadas, para demostrar así al mundo de un modo irrecusable que no tienen carácter militar. El gobierno alemán no se opondrá a ninguna prohibición de armamentos, por radical que sea, siempre que sea aplicada también a todos los demás países.

Todas estas demandas no postulan la intención de rearme. Son exclusivamente una petición de desarme para los demás Estados. Saludo de nuevo con complacencia en nombre del gobierno alemán el previsor e importante proyecto del jefe del gobierno italiano para establecer entre las cuatro grandes potencias europeas: Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, por medio de un plan especial, una relación más estrecha de colaboración y confianza. El gobierno alemán hace suya con íntima convicción la concepción de Mussolini y entiende que el aplicarla facilitaría un entendimiento permanente. El gobierno alemán dará toda clase de facilidades en este sentido, siempre que las demás naciones se hallen dispuestas también a vencer las dificultades que puedan presentarse.

La propuesta del presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, llegada a mi conocimiento esta última noche, obliga, por tanto, al gobierno alemán a la más profunda gratitud. El gobierno alemán acepta el método propuesto para resolver la crisis internacional, pues entiende que sin una solución previa de la cuestión del desarme, toda idea de reconstrucción económica sería a la larga quimérica. Estamos dispuestos a colaborar sin pensar en el propio provecho en la obra de ordenar la situación política y financiera del mundo y tenemos el convencimiento, como ya he dicho al principio, de que la única tarea a la que hoy vale la pena consagrarse es la de asegurar la paz del mundo.

Me siento en el deber de declarar que la causa de los actuales armamentos de Francia y Polonia de ningún modo puede residir en el temor que inspire a dichas naciones una posible invasión alemana. Este temor sólo podría tener su fundamento en la existencia de armas ofensivas. Pero son precisamente estas armas ofensivas las que Alemania no posee, ni artillería pesada, ni tanques, ni aviones de bombardeo, ni gases asfixiantes.

La única nación que, con fundamento, podría sentir el temor de una invasión es

Alemania, a la cual, además de serle prohibidas las armas ofensivas, le fueron limitadas las defensivas, impidiéndosele incluso la construcción de fortificaciones para defender sus fronteras.

Alemania está en todo momento dispuesta a renunciar a las armas ofensivas siempre que el resto del mundo haga lo propio. Alemania está dispuesta a participar en todo pacto solemne de no agresión porque no piensa atacar a nadie y sí, solamente, en su seguridad.

Alemania aceptaría con satisfacción la generosa propuesta del presidente norteamericano, encaminada a garantizar la paz de Europa con el poder de los Estados Unidos, y ve en ella un elemento tranquilizador para cuantos desean sinceramente la paz. No tenemos mayor deseo que el de contribuir a curar definitivamente las heridas de la guerra y del Tratado de Versalles. Para lograrlo, Alemania no quiere seguir otro camino que el prescrito en los mismos tratados. El gobierno alemán desea discutir por medios pacíficos y legales con las demás naciones todos los graves problemas planteados. Sabemos que toda acción militar en Europa, aún en el caso de un éxito completo, acarrearía sacrificios completamente fuera de proporción con los beneficios.

El gobierno y el pueblo alemán no aceptarán, sin embargo, bajo ningún pretexto la obligación de dar su firma para nada que represente perpetuar la descalificación de Alemania. Toda tentativa de influir sobre el gobierno o sobre el pueblo por medio de amenazas no tendrá la menor eficacia. Es posible imaginar que Alemania contra todo principio del derecho y de la moral sea de nuevo violentada, pero es inimaginable e imposible que un acto de esta naturaleza obtenga la sanción legal de nuestra firma.

Cuando en artículos de periódico y en discursos que son de lamentar aparece contra Alemania la amenaza de sanciones, hemos de creer que este monstruoso procedimiento es el castigo que quiere imponérsenos por el hecho de exigir que se cumpla la parte de los tratados referente al desarme. Este proceder sólo podría conducir a la definitiva inutilización moral y material de los tratados mismos. Pero Alemania no renunciaría tampoco en este caso a sus pacíficas demandas. Las consecuencias políticas y económicas, el caos en que Europa se encontraría precipitada por un proceder semejante, constituiría una inmensa responsabilidad para aquellos que tales medios emplearon contra un pueblo que no hace daño a nadie.

Toda tentativa semejante y, asimismo, toda tentativa para violentar la voluntad de Alemania imponiéndole por la simple fuerza de la mayoría una decisión contraria al sentido evidente de los tratados, sólo podría ser dictada por la intención de alejarnos de las conferencias internacionales. El pueblo alemán posee hoy suficiente carácter para, en este caso, no querer imponer su colaboración a las demás naciones y, por muy doloroso que esto fuera, aceptar la única consecuencia posible.

Resultaría asimismo muy difícil para nosotros poder continuar formando parte de la Sociedad de Naciones como pueblo constantemente repudiado y difamado.

El gobierno y el pueblo alemán se dan cuenta de la importancia de la presente crisis. Años hace que desde Alemania han salido voces de aviso sobre las consecuencias políticas y económicas a que habían de llevar los métodos aplicados. Si se sigue por los caminos y con los procedimientos hasta ahora empleados, el final no es dudoso. Después de los éxitos aparentes logrados por tal o cual país, serán mayores todavía las catástrofes políticas y económicas para todos. Evitarlas es nuestro deber supremo.

Para lograrlo nada se ha hecho hasta ahora decisivo. Se nos dice que el régimen que nos ha precedido había gozado en el mundo de ciertas simpatías. Los efectos de estas

simpatías en y para Alemania ya hemos visto cuales eran. Millones de existencias, profesiones enteras en la ruina y un imponente ejército de obreros en desempleo forzoso, un desolador desengaño cuya profundidad y extensión quisiera hoy dar a comprender al mundo por medio de una sola cifra:

Desde el día de la firma de ese tratado, obra de paz que había de ser la piedra angular de una nueva era de bienestar para todos los pueblos, 224.900 seres humanos se han suicidado en Alemania casi exclusivamente por motivos económicos. Hombres y mujeres, ancianos y niños, testigos incorruptibles, acusadores contra el espíritu y el cumplimiento de un tratado cuya aplicación fue esperada, no solo por el resto del mundo, sino también por millones de alemanes, como una promesa de bendición y ventura.

Ojalá que las otras naciones puedan también comprender la voluntad inquebrantable de Alemania para poner fin a un período de humanos errores y encontrar el camino que conduzca finalmente a la reconciliación de todos sobre la base de la igualdad de derechos.

En la cancillería del Reich

Discurso pronunciado el 6 de julio de 1933

Los partidos políticos han quedado ya definitivamente eliminados. He aquí un acontecimiento histórico de cuya importancia y alcance no se dan muchos perfecta cuenta. Debemos eliminar ahora los últimos restos de la democracia, en particular los métodos de votación y los acuerdos de las mayorías, tal como se ven hoy con frecuencia en las comunidades, en las organizaciones económicas y en los comités de trabajo, y que en todas partes hacen valer la responsabilidad de la personalidad individual.

A la conquista del poder exterior ha de seguir la educación interior del individuo. Hay que tener cuidado de no adoptar de hoy a mañana resoluciones puramente formales y esperar, de ellas, una solución definitiva. Los hombres son capaces de doblar fácilmente la forma exterior y darle su propio sello espiritual.

Sólo podrá transmutarse cuando haya personas adecuadas para ello. Son más las revoluciones ganadas en el primer asalto que las ganadas, captadas y detenidas.

La revolución no es ningún estado permanente, no debe convertirse en estado duradero. Hay que conducir la corriente libre de la revolución al lecho seguro de la evolución. Lo más importante de tal caso es la educación del hombre. El Estado actual debe ser mejorado, y los hombres que lo encarnan deben ser educados en el concepto del Estado nacionalsocialista. No hay que destituir a un economista cuando sea un buen economista, más no nacionalsocialista, sobre todo si el nacionalsocialista que se va a poner en su lugar no sabe nada de economía.

Lo decisivo en la economía son los conocimientos, el saber. La misión del nacionalsocialista es garantizar el desenvolvimiento de nuestro pueblo. Pero no hay que andar buscando si aún hay algo que revolucionar, nuestra misión es más bien asegurar posición tras posición, a fin de sostenerla y ocuparla paulatinamente de una manera ejemplar. Tenemos que ceñir a esto nuestros actos por muchos años y contar en intervalos muy largos. Con disposiciones unificadoras teóricas no le proporcionaremos pan a ningún obrero. La Historia no emitirá su juicio sobre nosotros según que hayamos destituido y encarcelado al mayor número posible de economistas, sino según lo que hayamos logrado para proporcionar trabajo.

Tenemos hoy el poderío absoluto para imponer nuestra voluntad. Pero conviene que las personas destituidas sean sustituidas por otras mejores. Al economista hay que juzgarlo en primer término según sus facultades y capacidades económicas, y claro está que debemos mantener en orden el aparato económico. Con comisiones, organizaciones, construcciones y teorías económicas no eliminaremos nunca la falta de trabajo. Lo que importa ahora no son programas o ideas, sino el pan diario para 5 millones de hombres. La economía es un organismo vivo que no se puede transformar de un golpe. La economía se desarrolla conforme a leyes primitivas que arraigan en la naturaleza humana. Los porta-bacilos intelectuales que procuran penetrar ahora en la economía, ponen en peligro al Estado y al pueblo. No hay que rechazar la experiencia práctica por estar contra una idea determinada. Si nos presentamos con reformas ante el pueblo, tenemos que demostrar que entendemos las cosas y las podemos dominar.

¡Nuestra misión es: trabajo, trabajo y más trabajo!

De la consecución de trabajo obtendremos la más fuerte autoridad. Nuestro programa no se ha hecho para hacer hermosos gestos, sino para conservar la vida al pueblo alemán. Las ideas del programa no nos obligan a proceder como locos y revolverlo

todo, sino realizar prudente y precavidamente nuestro ideario. La seguridad política será a la larga tanto más grande cuanto más logremos cimentarla económicamente. Los gobernadores regionales están obligados a cuidar y serán responsables de que no haya organizaciones ni partidos, de cualquier naturaleza que sean, que se arroguen facultades gubernamentales, que destituyan a personas y ocupen cargos cuya competencia incumbe exclusivamente al gobierno del *Reich*, o sea al ministro de Economía en todo lo que a esta se refiera. El partido es ahora el Estado. Todo el poder yace en manos del ejecutivo. Hay que impedir que el centro de gravedad de la vida alemana vuelva a emplazarse en sectores aislados o tal vez en organizaciones. Ya no hay más autoridad de una región o territorio parcial del *Reich*, sino únicamente del concepto de pueblo alemán.

Sobre la paz de 1918

Discurso pronunciado el 14 de octubre de 1933

Cuando el pueblo alemán, confiando en las seguridades dadas por los catorce puntos del presidente Wilson, rindió sus armas en noviembre de 1918, marcaba el final de una guerra de la cual eran responsables los hombres de Estado pero no sus pueblos.

La nación alemana luchó tan heroicamente porque peleaba con la sagrada convicción de que se le había atacado sin razón, y que por lo tanto la verdad estaba de su lado. De la magnitud de los sacrificios que el pueblo alemán - que tuvo que apoyarse únicamente en sus propios recursos - realizó durante aquellos años, otras naciones raramente pueden tener idea. Si en los días que siguieron al armisticio, el mundo hubiera tendido su mano al oponente vencido con un espíritu de justicia, el género humano se habría ahorrado sufrimientos sin límite e incontables frustraciones.

Fue el pueblo alemán el que sufrió el más profundo desencanto. Nunca una nación vencida se esforzó tan seriamente en ayudar a reparar las heridas de sus antiguos enemigos, como lo hizo la nación alemana en los largos años durante los cuales se cumplieron las condiciones que se le habían impuesto. Si todos estos sacrificios no llevaron a una real y duradera paz entre las naciones, el motivo se encuentra en la naturaleza del tratado, el cual, en su intento de perpetuar la discriminación entre vencedores y vencidos, no podía sino perpetuar el odio y la enemistad. Las naciones podrían esperar de la guerra más grande de todos los tiempos, que se aprendiese la lección y que, especialmente en lo que respecta a las naciones europeas, ninguna ganancia podía compararse con la inmensidad del sacrificio, y como en ese tratado, la nación alemana fue castigada con la destrucción de sus armamentos para hacer así posible el desarme mundial, incontables millones creyeron que esta demanda era el signo de un creciente desarrollo.

El pueblo alemán destruyó sus armas, creyendo que sus antiguos enemigos cumplirían su parte de las obligaciones del tratado. El pueblo alemán cumplió la parte de su contrato con fanática sinceridad. El material aéreo, naval y terrestre fue destruido en número incontable. En lugar de un ejército que llegó a tener 1 millón de hombres, se estableció un pequeño ejército profesional, cuyas armas, totalmente inadecuadas, estaban establecidas de acuerdo con las demandas de los poderes victoriosos. Los destinos políticos de la nación estuvieron durante ese tiempo en las manos de aquellos hombres cuya perspectiva estaba dirigida hacia el mundo de los Estados victoriosos.

La nación alemana tenía el derecho a esperar que, sólo por esta razón, el resto del mundo cumpliría su palabra de la misma manera que el pueblo alemán, con el sudor de su frente, con profundas aflicciones y bajo terribles privaciones, fue cumpliendo sus partes del acuerdo.

Ninguna guerra puede congelar la corriente de los tiempos, ninguna paz puede ser la perpetuación de la guerra. Debe venir el tiempo en el que los vencedores y los vencidos encuentren de nuevo la forma de un común entendimiento y de una mutua confianza.

Durante una década y media la nación alemana había esperado con la esperanza de que el final de la guerra nos llevaría al final del odio y la enemistad. El objeto del Tratado de Versalles, sin embargo, no parecía dar al género humano una paz duradera, sino que perpetuaba para siempre el odio.

Los resultados eran inevitables. Cuando el derecho se somete a la fuerza, un estado permanente de inseguridad será la consecuencia y dicho estado estorba e interfiere en

todas las funciones normales de la vida de la nación. Cuando se concluyó el tratado, se olvidaron de que el mundo no puede ser reconstruido con el esclavizado trabajo de la nación vencida, sino sólo con la confiada cooperación de todos, y a este fin, la primera necesidad era la destrucción de la psicosis de guerra. Está claro que la cuestión problemática de la culpabilidad de la guerra no puede ser establecida históricamente por los vencedores, obligando a los vencidos a firmar una confesión de su culpa. Seguramente, esta culpabilidad, puede verse mejor en el mismo contenido del tratado.

La nación alemana estaba profundamente convencida de que no era suya la responsabilidad del estallido de la guerra.

Los otros actores de esta tragedia probablemente tenían la misma convicción. Por lo tanto, es mucho más necesario entonces que todos nos esforzásemos para que no se desarrollara un sentimiento de enemistad a través de este general convencimiento de inocencia, y de que el recuerdo de esta catástrofe no sirviera de cultivo artificial de tal sentimiento. La perpetuación artificial de los términos *vencedor* y *vencido*, no debe permitirnos crear una permanente desigualdad que llenó a unos de un sentimiento de disculpa y a los otros de una eterna amargura.

Es muy probable que después de una enfermedad, que haya sido creada artificialmente durante tanto tiempo, ciertos síntomas poco agradables hayan hecho su aparición en el cuerpo humano.

La pérdida de una actividad comercial fue sucedida de una no menos peligrosa fiebre en el mundo de la política.

¿Cuál era el sentido de la Guerra Mundial si produjo no sólo a los vencidos, sino a los vencedores, únicamente una serie de catástrofes económicas? La prosperidad de las naciones no se había incrementado y su fortuna política, así como la satisfacción popular, no había recibido ningún profundo cambio en cuanto a una mejora. Los ejércitos de desempleados crecieron en la nueva sociedad, y así como las estructuras económicas de las naciones se habían derrumbado hasta sus mismos cimientos, empezaron también a aparecer alarmantes grietas en las estructuras sociales.

Fue Alemania la que más tuvo que sufrir los resultados de este tratado, y la inseguridad general que se había producido, afectó a Alemania más que a otras naciones.

El número de desempleados creció hasta llegar a un tercio del número normal de empleo en el país. Esto significaba que en Alemania, con una población de 65 millones, contando las familias de los desempleados, 26 millones de personas no solo no tenían medios de subsistencia, sino que el futuro no les tenía reservado absolutamente nada.

Era solo cuestión de tiempo el momento en que este ejército económicamente de parias, se convertiría en un ejército de fanáticos política y socialmente extraños al mundo.

Una de las más antiguas naciones del mundo civilizado, permaneció, con 6 millones de comunistas, al borde de la catástrofe, que únicamente los estúpidos no veían. Una vez el fuego rojo se hubiera extendido sobre Alemania, los países occidentales de Europa habrían aprendido pronto que no era un asunto de indiferencia el que en el Rin y en el Mar del Norte, una creciente y revolucionaria fuerza asiática cayera sobre ellos, o que el país estuviera poblado por unos pacíficos campesinos alemanes y trabajadores que tan solo deseaban ganarse el pan diario en amistad con sus vecinos del mundo occidental.

Al salvar a Alemania de esta amenazante catástrofe, el movimiento nacionalsocialista,

salvó no sólo al país, sino que hizo un servicio histórico a toda Europa.

Y la revolución nacionalsocialista tenía un solo ánimo: la restauración del orden en el país, el proveer de trabajo y paz a las masas hambrientas y la proclamación del honor, lealtad y decencia como las bases principales de la moral nacional, y esto no podía hacer daño a otras naciones sino que era un bienestar para todos. Si el nacionalsocialismo no hubiera representado los más altos ideales, nunca hubiera tenido éxito y no hubiese podido salvar al país de la catástrofe. Hemos permanecido fieles a estos ideales, no sólo durante la lucha por el poder, sino desde que hemos conseguido este poder.

Nosotros fuimos los que luchamos contra toda la degeneración y deshonor que se había desarrollado en nuestra nación desde el fatídico Tratado de Versalles. Fue nuestro movimiento el que se ocupó de restaurar los modelos de honor, verdad y decencia, sin respetar a los individualistas.

Hemos conducido durante ocho meses una valiente campaña contra este comunismo que amenaza nuestra nación entera, nuestra cultura, nuestro arte y nuestra moral pública. Hemos acabado con los que niegan a Dios. Hemos de agradecer humildemente al Todopoderoso, el que no haya permitida que nuestra lucha contra el desempleo y el desastre y la salvación del campesino alemán, haya sido en vano.

Dentro de la estructura del programa para el cual habíamos pensado emplear cuatro años, hemos logrado, en ocho cortos meses, reintegrar en el proceso de producción a 2,25 millones de los 6 millones de desempleados.

El mejor testigo de estos tremendos logros es la propia nación alemana. Y ello prueba al mundo lo sólidamente que permanece al lado del régimen que no tiene otro propósito que, a través de su pacífico empeño y su tenaz moral, el cooperar en la reconstrucción del mundo que todavía hoy es infeliz.

Sin embargo, el mundo al que no dañamos en absoluto y al que sólo le pedimos que nos deje trabajar en paz, nos ha sumergido durante meses en un mar de mentiras y calumnias. Mientras en Alemania estaba en proceso la revolución, que, al revés de las revoluciones francesas y alemanas, no incurrió en masacres y asesinatos, ni destruyó edificios ni obras de arte como en los tiempos de la comuna de París o las revoluciones rojas de Baviera y Hungría, sino al contrario, no rompió un solo vidrio de una tienda, no saqueó ni un solo almacén ni dañó una sola casa. Agitadores sin escrúpulos han extendido una corriente de historias atroces que sólo pueden ser comparadas con aquellas que se manufacturaron en los comienzos de la guerra.

Miles de americanos, ingleses y franceses han visitado Alemania estos meses, y han sido capaces de testificar como testigos de que no hay ningún país en el mundo en donde la ley y el orden sean mejor mantenidos que en la Alemania del presente. De que en ningún país del mundo la persona y la propiedad están más respetadas que en Alemania, de que, por otra parte, no hay quizá ningún país en el mundo donde se oponga una lucha más rigurosa contra aquellos elementos criminales que creen tener libertad para desarrollar sus más bajos instintos en detrimento de sus conciudadanos. Estos elementos y sus comunistas sostenedores, están haciendo lo máximo para poner a las gentes honestas y decentes unas contra otras.

El país alemán no tiene razón para envidiar al resto del mundo la adquisición de estos elementos. Estamos convencidos de que unos pocos años serán suficientes para abrir los ojos a los miembros decentes de las otras naciones y que conozcan el valor real de estos *valiosos* elementos, los cuales en el papel efectivo de refugiados políticos, han desaparecido de la escena de sus más o menos escrupulosas actividades económicas.

Pero... ¿qué hubiera dicho el mundo de nosotros si hubiésemos tratado de establecer

un *juicio jurídico* en favor de un individuo que hubiera intentado quemar el parlamento británico, un juicio cuyo único propósito sería el poner a la Justicia británica y sus administradores por debajo del nivel de tal canalla? Como alemán y nacionalsocialista no estaría interesado en defender, en Alemania, a un extranjero que en Inglaterra hubiera tratado de minar el Estado y sus leyes o quizá destrozarse el prototipo de la constitución británica.

Y aunque este individuo fuera alemán - de cuya desgracia espero que Dios nos libre - no deberíamos protegerlo, sino solo lamentar profundamente el que tal infortunio cayera sobre nosotros, y desear una sola cosa, principalmente, que la Justicia británica librara al mundo de tal peste.

Pero, por otra parte, tenemos suficiente para indignarnos del espectáculo de que oscuros elementos tengan el único propósito de intentar deshonorar a la Suprema Corte de Justicia Alemana, y lamentamos profundamente el que tales métodos sean usados para indisponernos con otras naciones, de las cuales sabemos que son, en realidad, muy superiores a tales elementos, naciones con las que deseamos tener una sinceras relaciones de amistad y respeto.

Estos individuos inferiores y perniciosos han tenido éxito en producir en el mundo una psicosis. He aquí un ejemplo claro: a aquellos elementos que hacen tanto ruido sobre la opresión y la tiranía del desafortunado pueblo alemán por los dirigentes nacionalsocialistas, protestan por otro lado, con una absoluta desvergüenza, diciendo que las propuestas alemanas de paz, no tienen valor porque han sido hechas por unos cuantos ministros nacionalsocialistas o por el canciller del *Reich* mientras que el pueblo alemán clama por la guerra.

Así se presenta a la nación alemana al mundo, unas veces como digna de lástima, miserable y oprimida, y otras veces, cuando les conviene a tales elementos, como brutal y agresiva.

Me congratulo del sentido de justicia que apuntó el primer ministro francés Daladier en la última charla, al expresarse con frases de conciliación y comprensión, por las cuales se ha ganado la gratitud de incontables millones de alemanes.

La Alemania nacionalsocialista no tiene otro deseo que el dirigir la competición de las naciones europeas, una vez más hacia aquellos canales en los cuales ha dado a la humanidad entera, un ejemplo de honorable rivalidad y al mismo tiempo unos tremendos principios de civilización, cultura y arte que hoy enriquecen y embellecen el mundo.

También nos congratulamos de corazón de las seguridades que el gobierno francés, bajo su presente líder nos ha dado, diciendo que no desea ofender o humillar a la nación alemana. Solo lamentamos el hecho demasiado trágico de que estas dos naciones, frecuentemente en su historia, hayan vertido la sangre de su mejor juventud en el campo de batalla.

Hablo en nombre de la nación alemana entera cuando digo que todos nosotros deseamos sinceramente apartar una enemistad cuyos sacrificios están fuera de toda proporción de cualquier posible ganancia.

El pueblo alemán está convencido de que su honor ha permanecido puro y constante después de mil batallas, y en forma igual ve en el soldado francés únicamente a su antiguo, pero glorioso enemigo. Nosotros, y la nación alemana entera, deberíamos estar felices al pensar que podemos ahorrar a nuestros hijos y a los hijos de estos, lo que nosotros como hombres honorables hemos tenido que contemplar en los largos y amargos años que nosotros mismos tuvimos que sufrir. La historia de los últimos ciento

cincuenta años, con todos sus variados cambios y suertes, nos debería haber enseñado al menos una lección: la de que los cambios importantes y permanentes no pueden ser adquiridos con el sacrificio de la sangre. Yo, como nacionalsocialista, y todos mis seguidores, rechazamos absolutamente, sin embargo - por medio de nuestros principios nacionales - el conquistar con el coste de la sangre de aquellos que amamos y nos son queridos, hombres y mujeres de una nación extranjera, los cuales, en cualquier caso, nunca nos querrán. Sería un día de incalculable bendición para la humanidad entera si las dos naciones, de una vez por todas, abandonaran la idea de la fuerza en sus relaciones mutuas.

La nación alemana está preparada para hacerlo.

Mientras valientemente sostenemos los derechos que los tratados nos dan, también declaro igualmente, con el mismo valor, que en el futuro no habrá para Alemania conflictos territoriales entre los dos países.

Después del retorno del Sarre al *Reich* sería absurdo pensar en una guerra entre los dos Estados. Para tal guerra, desde nuestro punto de vista, no habrá jamás ninguna excusa moral o razonable.

Porque nadie puede pedir que millones de jóvenes vidas sean destruidas en orden a corregir las actuales fronteras. Tal corrección sería de una magnitud problemática e incluso de más problemático valor.

Pero cuando el primer ministro francés Daladier pregunta por qué la juventud alemana desfila en formaciones regulares, entonces yo contesto que no lo hacen en forma de demostración contra Francia, sino para demostrar y dar prueba de la determinación política que fue necesaria para derrotar al comunismo y para mantener quieto al comunismo. Solo hay en Alemania una fuerza armada, y ésta es su ejército. Por otro lado, la organización nacionalsocialista solo conoce un enemigo y este es el comunismo. Pero el mundo debe aceptar el hecho de que, con la finalidad de proteger a nuestra nación de este peligro, el país alemán escoja estas formas para su organización interna, las cuales nos garantizan el éxito.

Si el resto del mundo se atrinchera a sí mismo en fortalezas indestructibles, construye enormes escuadras aéreas, construye gigantescos carros de combate e inmensas armas de tiro, no pueden hablar de amenazas cuando la Alemania nacionalsocialista marcha en filas completamente desarmadas, dando así a la comunidad nacional una visible expresión de protección efectiva.

Pero cuando el primer ministro francés pregunta por qué Alemania demanda armas que, después de todo, serán abolidas más tarde, está en un error.

La nación alemana y el gobierno alemán no han pedido armas, sino igualdad de derechos. Si el mundo decide que todas las armas, hasta la más pequeña, han de ser abolidas, estamos preparados a efectuarlo de una vez. Si el mundo decide que ciertas armas han de ser destruidas, estamos preparados a renunciar a ellas desde el principio, pero si el mundo autoriza ciertas armas para todas las naciones, entonces, en principio, no estamos preparados para permitirnos a nosotros mismos ser excluidos de esto como una nación inferior.

Si nosotros, por lo tanto, mantenemos honorablemente nuestra convicción, debemos tener la confianza de las otras naciones, mucho más que si estuviésemos dispuestos, a pesar de nuestra convicción, para aceptar términos humillantes y deshonorosos. Con nuestra firma representamos a la nación entera. Deshonrados y frágiles negociadores son simplemente repudiados por su propia nación.

Si estamos preparados para concertar tratados con ingleses, franceses o polacos,

deseamos concertarlos con hombres que piensen, ellos mismos, como ingleses, franceses o polacos, y que actúen en nombre de su nación. Porque no deseamos concluir pactos con agentes subordinados, sino con naciones.

Y si no tomamos acciones contra negociadores sin escrúpulos, no son estos agitadores, sino, lamentablemente las naciones, las que tendrán que expiar con su sangre por los pecados de estos envenenadores de la atmósfera internacional.

Antaño los gobiernos alemanes confiaron en la Liga de Naciones con la esperanza de que ésta podría ser un foro para un justo discernimiento de los intereses nacionales, y, al fin y al cabo, para una honesta reconciliación entre antiguos oponentes.

Pero el requisito fundamental para ello era el reconocimiento de la restauración final de igualdad de derechos para la nación alemana.

La nación alemana tomó parte en la Conferencia de Desarme con la misma condición.

El ser descalificados al grado de miembro sin igualdad de derechos en tal institución o conferencia, significó una incalificable humillación para una nación de 65 millones de habitantes con sentido del honor y para un gobierno con un igualmente fuerte sentido del honor.

La nación alemana ha cumplido de sobra sus obligaciones con respecto al desarme. Ahora ha llegado el turno de los Estados fuertemente armados el cumplir obligaciones similares en un grado no menor. El gobierno alemán no toma parte en esta conferencia con el propósito de regatear unas pocas armas para la nación alemana, sino para cooperar como un factor con iguales derechos en el apaciguamiento general del mundo. Alemania no tiene menos derecho a la seguridad que otras naciones. Si el primer ministro inglés, Baldwin, lo representa de una forma tan obvia, según la que, para Inglaterra el desarme sólo puede ser comprendido como el desarme de los Estados más altamente armados, simultáneamente con un incremento del propio armamento inglés a un mismo nivel, entonces no sería correcto reprochar a Alemania, el que como miembro de la conferencia con iguales derechos, mantenga el mismo punto de vista en su propio caso. Alemania pide que esto no constituya ninguna amenaza para los otros Estados. Ya que los trabajos defensivos de otras naciones están concebidos para resistir las más poderosas armas defensivas, Alemania no pide ninguna arma ofensiva sino únicamente aquellas armas defensivas que no están prohibidas ni aún para el futuro.

Y en este caso, también Alemania está preparada desde el principio para contentarse cuantitativamente con un mínimo, que está fuera de toda proporción en relación con los gigantescos almacenes de armas defensivas y ofensivas de sus antiguos enemigos.

La descalificación internacional de nuestra nación, entendida según el hecho de que los derechos elementales están garantizados para cada nación y denegadas sólo a nosotros, lo sentimos como la perpetuación de una discriminación que es para nosotros intolerable.

Ya establecí en mi discurso de paz en mayo que bajo tales condiciones, lamentándolo, no estaríamos por más tiempo en situación de permanecer en la Liga de Naciones o tomar parte en conferencias internacionales.

Los líderes de la nueva Alemania no tienen nada en común con los traidores burocráticos de noviembre de 1918.

Todos nosotros, justamente como cualquier inglés decente y cualquier decente francés, cumplimos nuestras obligaciones con nuestra patria con riesgo de nuestras vidas. No somos responsables de la guerra, ni somos responsables de lo ocurrido durante ella. Solo nos sentimos nosotros mismos responsables de lo que cada hombre de

honor ha de hacer cuando su nación lo necesita, que es simplemente lo que nosotros hicimos.

Nos unimos a nuestra nación con el mismo infinito amor que nos lleva de todo corazón a desear con las otras naciones, una comprensión que nos esforzamos en lograr. Sin embargo, como representantes de una honorable nación y también como hombres de honor, es imposible para nosotros ser miembros de una institución en unos términos que sólo pueden ser aceptados por un hombre que carezca en absoluto de sentido del honor.

En lo que a nosotros respecta, carece de interés el que en el pasado fuese posible formar parte de acuerdos internacionales en términos tan humillantes. No vale la pena examinar la cuestión. Los representantes de Alemania podían ser los más destacados, pero sin duda no estaban apoyados por los mejores de nuestro pueblo.

Creemos que el mundo ha de tener interés en negociar con hombres de honor y no con elementos de dudoso carácter, y concluir acuerdos, pero en ese caso se han de tener en cuenta los honorables sentimientos de tales regímenes, estando empero contentos, como lo estaríamos nosotros, de estar asociados con hombres de honor.

Esto es fundamental, pues únicamente en esta atmósfera se lograrán las medidas que nos guíen a un real apaciguamiento de las naciones, pues el único espíritu posible en tales conferencias ha de ser el de una honesta comprensión, de otra forma los mejores deseos están condenados al fiasco desde un principio.

Desde que supimos que los representantes oficiales de un buen número de grandes poderes no estaban dispuestos a considerar la verdadera igualdad de derechos para la Alemania actual, fue también imposible para nuestra Alemania continuar en compañía de otras naciones en tal situación indigna.

Los tratados hechos por la fuerza, si se ponen en práctica, traen como consecuencia lógica la ruptura de la ley internacional.

El gobierno alemán está profundamente convencido de que su llamada a todo el país alemán probará al mundo entero que el amor a la paz que tenemos, así como los puntos de vista en cuanto al concepto del honor, representan los anhelos de paz y el código de honor de una nación entera.

De cara a probar este aserto, he decidido pedir al presidente del *Reich* la disolución del parlamento alemán y por medio de una elección general, combinada con un plebiscito, dar la posibilidad a la nación alemana de hacer una declaración histórica no sólo en el sentido de probar los principios del gobierno sino también en una incondicional asociación con él.

Tal vez el mundo se convenza, con esta declaración, que en la lucha por la igualdad de derechos y el honor, la nación alemana declara que mantiene los mismos idénticos puntos de vista que su gobierno, y que ambos están inspirados de corazón del único deseo de cooperar a poner fin a una era de errores trágicos y de lamentables querellas y luchas entre aquellos que, como habitantes de un continente de la más grande importancia cultural, tienen una común misión que cumplir en el futuro para la humanidad entera.

Tal vez esta demostración de nuestra nación en favor de la paz y el honor tenga éxito en base a suministrar a las relaciones internas de los Estados europeos los requisitos necesarios, no sólo para poner fin a las luchas y disputas mantenidas durante siglos, sino también para construir de nuevo una mejor comunidad de naciones, y especialmente el reconocimiento de una alta labor común fundamentada en unos derechos comunes de igualdad.

En el Palacio de los Deportes de Berlín

Discurso pronunciado el 24 de octubre de 1933

Mis compatriotas:

Cuando en esta vida se han de tomar decisiones difíciles, es siempre bueno mirar hacia atrás, hacia el pasado, para comprobar si la decisión a tomar es correcta y si está avalada por los hechos del pasado, así como prever lo que en el futuro pueda suceder.

Por todo ello primero quiero repasar el pasado, no para abrir viejas heridas, sino simplemente para comprobar hechos. Hemos de actuar así y no podemos hacerlo de otra manera, sino queremos entregar al mundo nuestra existencia como gran pueblo y con ello nuestra seguridad.

De la Historia hemos aprendido que, a la larga, el derecho a la vida solo es concedido a aquellos pueblos que están dispuestos a defender su existencia y su honor ante todo el mundo.

Cuando la revolución del año 1918 forzó a la rendición, la dimos en el nombre de muchos alemanes, a un presidente de Estado comprensivo, el presidente Wilson. Así terminó una lucha que el pueblo alemán, no nos cansaremos de repetirlo, no quiso nunca. Si el pueblo alemán y con él su gobierno hubiesen querido la guerra, entonces ésta se hubiera manifestado en circunstancias totalmente diferentes.

No queremos ahora discutir sobre quién tuvo en realidad la culpa. Fue una desgracia de la que fueron los hombres culpables. Sin embargo, algo tenemos claro: nuestro pueblo no quiso la guerra, se produjo sobre nosotros como se produciría sobre otros pueblos. El pueblo alemán únicamente defendía su vida y su existencia con valor. Y si entonces estuvimos convencidos de que teníamos que defender nuestra libertad, el Tratado de Versalles no vino sino a confirmarlo al mostrarnos lo que nos esperaba con la derrota.

¿Qué es lo que hizo entonces el pueblo alemán? Nada diferente de lo que hicieron también otros pueblos: cumplir con su deber. El hecho de que al final tuviésemos que rendirnos, fue para nosotros una gran desgracia, pero no un deshonor.

Nos defendimos con valor hasta el último momento. Únicamente cuando vimos que toda defensa era inútil por culpa de la revolución de nuestra patria, decidimos rendirnos en base a las promesas que nos fueron hechas. Sabíamos de sobra que el poder de ordenar la paz lo detentaría el vencedor, pero es claro que el vencedor no puede interpretar dicho poder como un aval moral que le permite declarar al pueblo vencido como de segunda clase para toda la vida, especialmente cuando la rendición se basó en las promesas hechas al pueblo alemán.

Nosotros nos rendimos en un momento en el cual existía el peligro de que toda Europa fuese entregada al bolchevismo y es éste un hecho que no solamente vemos hoy, sino que se veía en aquel entonces, pues frecuentemente una rendición militar puede convertirse en desgracia irremediable para todo un pueblo, perdiendo su estabilidad y sumiéndose en el caos y, un hecho de esta naturaleza, no puede ser indiferente a los demás pueblos.

Cuando un pueblo es destruido, es debido a un virus que, una vez creado, continúa con su labor destructora. Este peligro de infección no ha disminuido desde entonces, sino que más bien se ha agravado. Las consecuencias de esta enfermedad las hemos de ver claramente. Una Europa del este totalmente comunista sería irremediablemente

catastrófico, pues si en una zona donde a ochenta y dos campesinos les corresponden dieciocho habitantes de ciudad, se ha llegado a tal extremo que millones de personas no pueden comer, que no ocurriría en una zona donde a cada veinticinco campesinos les corresponden setenta y cinco personas de la ciudad. La catástrofe sería impresionante.

Cuando firmamos el tratado de paz esperábamos que el resto del mundo se diera cuenta de este problema, pero no fue así. Se pactó la paz, sin tener en cuenta la realidad ni la propia razón. ¿Cómo es posible obligar al vencido, negarle todo honor y declararle culpable para siempre? Esta paz no fue tal, sino que sirvió únicamente para eternizar el odio entre los pueblos.

Cuando leemos los cuatrocientos cuarenta artículos de que consta el tratado, en la mayoría de ellos enrojecemos de vergüenza. Esa paz no es comparable a ningún hecho similar de tiempos pasados.

En 1870, por ejemplo, nadie puede dudar de la causa de la guerra y, tampoco, de que nosotros fuimos los vencedores, pero... ¿qué es a lo que obligamos nosotros a los vencidos? Únicamente la pérdida de una región que fue en el pasado territorio alemán; unas reparaciones económicas absolutamente ridículas en relación con la riqueza de los vencidos de entonces y pagadera en tres años y en absoluto, ninguna clausula que despreciara el honor del pueblo vencido, nada en absoluto que pudiese en el futuro ser una afrenta para los vencidos. Tampoco, indudablemente, ningún entorpecimiento para su propia evolución, para sus posibilidades y ni un mínimo intento de mantener hundido su ejército para todos los tiempos. No, ninguna de estas cosas tuvo lugar. Después de tres años Francia fue libre otra vez por completo.

Sin embargo el último tratado de paz muy poco tuvo que ver con estas clausulas mencionadas basadas en la razón. ¿Qué tiene sino que ver con la razón el constatar que no se puede borrar del mundo a un pueblo de 65 millones de habitantes quitándoles por otro lado toda posibilidad de vivir? Este tratado se asentó sobre un error capital, el que la desgracia de unos sería la suerte de los otros. Se pensó que el hundimiento del mercado de los unos iba a constituir el florecimiento del mercado contrario. Hoy día este razonamiento ha cambiado, pues se ha podido comprobar que es imposible excluir a una nación de 65 millones de habitantes del mercado internacional, sin que el resto del mundo no se vea afectado. El paso de los años ha demostrado que un hecho así tarde o temprano había de afectar a todos y a todos afectó.

El lema *perjudica hasta donde puedas a tu enemigo* se ha demostrado inútil en el mercado internacional. De este lema surgió el tema de las reparaciones por un lado y el del mercado internacional por el otro. Se nos cargó con el deber de las reparaciones por un lado y por el otro se nos quitaron todos los medios para poder cumplirlas. He ahí una contradicción que será absolutamente incomprensible en el futuro a los historiadores.

¿Cuándo se ha pactado en el mundo alguna vez una paz donde simplemente se dice: *“Este pueblo se obliga a pagar lo que a continuación se exige...”*?, pero... ¿qué es lo que se exige? Nunca se llegó a este respecto a una conclusión definitiva. Las cantidades se movían entre 100 y 200 billones, cantidades que, por su misma naturaleza eran imposibles de pagar, pero que bastaron para llevar a cabo una destrucción total de la vida económica del mundo entero. Porque una cosa estaba clara, y es que esas exigencias nunca podrían ser cumplidas. Si se quería pagar se tenía que cambiar la culpabilidad política por la económica, pero ello significaría únicamente el cambiar la contribución antigua por dividendos. Lo que se traduciría en que los dividendos tendrían el mismo efecto que antes las contribuciones. El pueblo alemán tenía que echarse enseguida sobre el mercado mundial, tenía que producir con más

fuerza. Los otros pueblos, gracias a sus deudas de la guerra harían exactamente lo mismo. Así vivimos durante quince años una lucha impresionante por el mercado mundial. Pero todo ello no era hecho para hacer felices a los pueblos, para poder facilitarles la vida, no, sino para pagar reparaciones y dividendos, los cuales únicamente se podían pagar con valores internacionales.

Es entonces cuando empieza aquella lucha que llega al extremo haciendo que un pueblo tras otro se vea obligado a las nacionalizaciones, lo cual les impone nuevas cargas de capitales y saca más y más trabajadores del proceso productivo. Cuanto más avanza este proceso, más grande se hace la competencia por los mercados mundiales. Entonces se añade a ello la guerra de los valores y entonces las naciones amenazadas por un peligro fantasma, se destruirán unas contra otras.

El proceso de la ruina del mercado internacional lo hemos dejado atrás hace ya catorce años. Los resultados ahí están. Esta paz que tenía que curar al mundo de sus heridas, esta paz en verdad ha empujado al mundo a una verdadera desgracia. Ejércitos de millones de desempleados son los testigos vivientes del poco espíritu de los que inventaron el tratado. Ahora, cuanto menos, se ha instaurado una mayor justicia que se ha vengado de esos irrazonables, no únicamente de los vencidos sino también de los vencedores. No existe otro veredicto más claro y concluyente sobre este tratado de paz que el hecho de que, no sólo se vieron perjudicados los vencidos, sino que la desgracia de éstos no dio a los vencedores ningún provecho. Y todo ello es debido a que, a la larga, no es posible edificar el orden mundial sobre el odio universal. A la larga no se puede construir una unidad en Europa en la cual no tengan todos los mismos derechos. Esto es a la larga, repito, incomprensible y tarde o temprano llevará a la destrucción de una unidad de esta clase.

Nadie puede negar que después de trece años, este tratado de paz no ha llevado la paz a Europa, sino que ha llevado intranquilidad eterna, desconfianza, odio, inseguridad, desesperación. Y así como se actuó sin consideraciones de mercado, en forma igual se actuó políticamente. Veamos solo un ejemplo: entre Polonia y Alemania se construyó el corredor. En aquel momento hubiese sido posible encontrar otra solución. En Europa hay alemanes y en Europa hay polacos. Ambos se han de acostumbrar a vivir como vecinos. Ni los polacos pueden borrar del mapa a Alemania, ni nosotros borrar a Polonia. Sabemos que ambos existen y que ambos han de vivir conjuntamente. ¿Por qué se les puso entonces entre sus vidas un objeto de disputa? En aquel momento los poderosos podían hacer cualquier cosa ¿por qué tuvieron que hacer esto? Lo hicieron solamente para eternizar el odio, lo hicieron solamente para separar a dos pueblos que podrían vivir juntos en paz. Es indudable que hubiese podido encontrarse otro camino haciendo justicia a ambos países, pero no se quiso hacer. Esta paz tenía un único pensamiento: ¿cómo podemos - en forma artificial - mantener la guerra entre los países? Es claro e indudable que de esta manera no se llega a contentar al mundo ni a callar a los ejércitos, sino que este camino conduce a una guerra más grande y a una evolución cada vez mayor de los ejércitos.

Sabemos también lo que entonces se prometió. Se dijo: *“El mundo está armado únicamente porque los alemanes están armados, por lo tanto los alemanes se han de desarmar, para que el mundo entero también pueda hacerlo.”* Muy bien, nosotros nos hemos desarmado. Nadie puede negarlo en una u otra forma. Jamás un pueblo ha destruido y llevado a la chatarra, casi se podría decir que en forma suicida, todas sus armas como el pueblo alemán lo hizo. Entonces nosotros éramos un pueblo fuerte, teníamos uno de los más grandes ejércitos y nos desarmamos casi hasta llegar a cero. El

mundo podría habernos seguido en este proceso de no haberlo evitado en forma artificial. Lo podría haber hecho con más facilidad, no pudiendo alegar que Alemania era belicista. Trece años tuvieron para entenderse con el pueblo alemán, en una época en que no gobernábamos nosotros, sino nuestros adversarios, hombres del mismo espíritu, demócratas, pacifistas mundialistas. ¿Por qué no se desarmaron? ¿No pretenderán decir ahora que el mundo se sentía amenazado de la Alemania de entonces? ¿No pretenderán ahora decir que desde el gobierno de Ebert hasta nuestros días, debido a sus bases democráticas, hubieran podido ser los gobiernos alemanes una amenaza para el resto del mundo democrático?

A los gobiernos anteriores se les puede reprochar de todo, pero una cosa nadie les podrá reprochar: que hubieran tenido ganas de lucha y de guerra. No, primero se hizo un tratado irrazonable y entonces se tuvo la sensación de que para guardar este tratado eran necesarios ejércitos impresionantes. No es que todos los Estados tuvieran tanto miedo de Alemania, esto sería demasiado honor para nosotros. No, ellos no se desarmaron. Pero resultaba agradable decir: *“Todos nos desarmaríamos si no fuera porque existe Alemania.”* Ellos no se desarmaron y de esta manera entraron en la carrera de armamentos. En cambio el pueblo alemán siempre cumplió todos los pactos. La pregunta es simple: ¿qué razón tiene una exigencia cualquiera, si el firmante sabe de antemano que no la va a cumplir?, ¿qué razón tiene todo esto? Solamente una: llevar al mundo a una perpetua desconfianza, no permitir el apaciguamiento del mundo, llenarlo de odio y de esperanzas por un lado y, por el otro, desilusionarlos al mismo tiempo. A la larga sobre estos principios es imposible edificar la unión de los pueblos y, también a la larga, sobre todo en Europa, los pueblos solamente pueden vivir si vuelven a una unión de esta clase. El tiempo demostrará que es imposible a unos vivir sin los otros.

Las consecuencias de todo lo ocurrido han sido dos. Por un lado una situación desesperada para nuestro pueblo y, por otro, una desesperación moral no menor. El mundo, por desgracia, no parece haberse dado cuenta de este hecho. En la mayoría de los casos nuestra desesperación solamente ha sido juzgada en forma artificial. Se hubieran tenido que tomar la molestia de entrar en nuestros cuarteles, en nuestras regiones más obreras, en nuestras ciudades proletarias, en las regiones de más sufrimiento, en la media Alemania, en Sachsen, y entonces se harían otras ilusiones sobre las realidades de su tratado de paz. Nosotros las conocemos. La economía de todo un país se ha destruido, millones de personas han perdido sus ahorros, cientos de miles sus existencias, todo un sector de campesinos ha ido, poco a poco, a la ruina, la clase media fue proletarizada, disminuyendo enormemente su estándar de vida. Al final nos encontramos con 6 a 7 millones de desempleados. Todavía hoy es descorazonador saber que casi 4 millones no tienen trabajo pero hace apenas unos meses de 11 millones de la población laboral correspondían 6 millones de desempleados. Este es el terrorífico resultado de una conciencia política en toda Europa, un resultado que no se limita a Alemania, sino que también se ha impuesto en las demás naciones. También en los otros países pudimos contemplar como la desgracia se multiplicaba poco a poco, como el desempleo tomaba formas similares.

A Alemania se añadió la pérdida de confianza de todo el pueblo, al contemplar la destrucción de nuestra estable situación financiera. Todo el pueblo alemán fue desposeído y llevado a la casi total destrucción. Y aquí tenemos que volver a repetir: ¿cree el mundo, creen las personas que escriben sobre Alemania, que se puede aguantar eternamente un ejército de millones de desempleados sin que esto lleve a la destrucción

total? Esta gente actúa como si para nosotros hubiese sido una distracción luchar contra todo esto, pero nosotros lo que hemos hecho es reanudar la lucha para poder detener la ruina total.

El camino que eligió Europa era el camino directo hacia el bolchevismo. Lo que hubiera significado este bolchevismo para Europa no hace falta decirlo.

Es evidente que en Alemania si es que había de llegar alguna salvación, se imponía reanudar la lucha contra los acontecimientos. Nosotros la hemos reanudado. Hacemos así lo mismo que ya hizo Italia en iguales circunstancias. Hemos intentado apartar a Alemania del precipicio y esto no ha sido fácil, ha sido realmente muy difícil. El pueblo alemán eligió un nuevo sistema para vencer su desgracia. Cuando nosotros el 30 de enero formamos un gobierno, sabíamos que no empezaba con él un tiempo de reposo, sino una época de interminable trabajo. No teníamos frente a nosotros una esplendorosa herencia, sino un derrumbamiento en todos los aspectos de la vida.

Teníamos que proceder con mucho valor y teníamos que tener una confianza absoluta para poder iniciar este trabajo. Hemos formulado un programa cuyo lema reza: *trabajar para arreglar poco a poco lo que se ha destruido*.

Hemos levantado un programa gigante con una sola meta: lucha contra el marxismo, lucha contra los comunistas. Pues en ellos vemos la destrucción del pueblo alemán y sobre todo la ruina del trabajador alemán.

Si yo me puse en contra del comunismo no fue por defender a 100.000 burgueses. Importaba poco si estos desaparecían o no, lo hicimos porque vimos a todo el pueblo alemán en la ruina, a millones de sus trabajadores. Nadie podrá negar que tomamos esta lucha heroicamente.

Como segundo punto de nuestro programa nos propusimos luchar inmediatamente contra la destrucción política latente. Hemos formulado un programa y el que se oponga a su realización será nuestro enemigo y acabaremos con él. En base a ello hemos redactado el siguiente punto de nuestro programa: *la lucha contra la lucha de clases*. Tampoco en este caso se nos puede acusar diciendo: “*Os habéis puesto únicamente en contra de un solo bando*.” No, hemos destruido a todos los que únicamente defendían su clase queriendo con ello hacer carrera política. De la misma manera que nos dirigimos a los trabajadores explicándoles: “*Camarada, has de volver a tu pueblo con el que has de vivir y sin el cual te destruirás y no refugiarte en tu clase*”, igualmente nos pusimos ante nuestros intelectuales y les dijimos: “*Dejad el recuerdo de vuestra clase, dejad la soledad del partidismo. No creáis que sois mejores*.” Y así acabamos con sus partidos como acabamos con los otros. Poco a poco volvimos a despertar en el pueblo alemán la confianza, sobre todo la confianza en su propia fuerza. Son miles las personas que ven de nuevo el futuro de otra manera. Un nuevo espíritu ha entrado en nuestro pueblo. El pueblo alemán vuelve a creer en una vida nueva.

Pero además, también hemos iniciado la lucha por una nueva Justicia. Queremos volver a restituir la confianza en nuestra Justicia, y para ello nuestra base se asienta en que todos son ante la Justicia iguales y no hemos vacilado ni un segundo en entrar hasta los ministerios del *Reich* y castigar a quien actuaba mal sin tener en cuenta ni quien era ni de que ejercitaba. No menos queremos iniciar ahora la lucha para una mejor moral y tampoco en este caso actuamos teóricamente. Todo lo que hemos limpiado en Alemania en estos meses es increíble. Y este proceso de limpieza no se detendrá. Igualmente hemos iniciado la lucha contra el apartamiento de la Iglesia. Sin que por ello nos atemos a ninguna confesión determinada, hemos impulsado de nuevo la religiosidad, porque

estábamos convencidos de que el pueblo necesitaba y necesita esta creencia, por ello hemos acabado con las organizaciones que no eran de Dios, no quedándonos en meras declaraciones. Y, sobre todo, hemos expulsado a sus curas de los partidos políticos y los hemos devuelto a la Iglesia. Es nuestro deseo que nunca más vuelvan a una zona que les quita honradez y en la que necesariamente se encontrarán enfrentados a millones de personas las cuales, aunque en su fuero interno quieren ser creyentes, desean ver a los curas sirviendo a Dios y no a un partido político.

Pero sobre todo nos hemos impuesto una obligación gigante, llevar al trabajador alemán a la nación alemana. Si en un futuro se nos plantea la pregunta: *“¿Cual es la que consideraréis la más importante acción?”* entonces responderemos que haber conseguido integrar de nuevo al trabajador alemán en la nación y hacérselo ver diciéndole: *“La nación no es un simple nombre, del cual tú no tienes parte, sino que eres tú mismo el soporte de esta nación, no te puedes separar de ella pues tu vida se halla unida con la de todo tu pueblo y esto no sólo es la raíz de tu fuerza sino también la raíz de tu vida.”* Y esto nos llena de orgullo, pues hemos llevado a millones de personas que estaban llenos de recelos y que marchaban por mal camino, al buen camino de su nación a fin de que hagan de ella su soporte y se sientan orgullosos.

Había millones que no querían estar apartados. A ellos les abrimos la nación y les unimos con todos aquellos que, al igual que ellos mismos, verían en su nación lo más estimable, lo que tenía que ser defendido por todos, porque para todos era la base para su propia vida. De esta manera se iniciaba la lucha por la mutua comprensión entre las diversas clases. Poco a poco hemos ido acercando unos a otros, y a los que me digan: *“Pero todavía no se ha conseguido ni mucho menos”*, les contestaré: *“Este movimiento es joven todavía. El movimiento acabará lo que ha iniciado”*, y es entonces cuando empezó nuestra lucha por la economía actual. Empezamos a destruir leyes, a rebajar impuestos que obstaculizaban la evolución de la economía. Hemos empezado a fomentar el tráfico. Una gran red de autopistas se construye en Alemania pensada para los años del futuro. Los canales son también ampliados y las actuales carreteras son igualmente ampliadas. Intentamos reconstruir nuestras propiedades. Hemos empezado la lucha por la renovación de nuestras finanzas. Ambiciosos proyectos económicos se han realizado o están en fase de realización. Al propio tiempo hemos saneado también el cuerpo burocrático, hemos agarrado la corrupción y dondequiera que la hemos encontrado la hemos eliminado. Hemos corregido todo lo injusto, sueldos demasiado elevados han sido reducidos. En cuanto al cuerpo diplomático, ese sí que ha sido bien limpiado. Ha sido un trabajo gigante, que ha durado meses y meses. Al mismo tiempo hemos iniciado la tarea de crear un Ministerio de Trabajo para protección de los desempleados y para fomento del empleo. Una enorme organización ha sido puesta en marcha. A las mujeres y a las jóvenes las hemos convencido de que se casen, sacándolas por vía de consecuencia de las fábricas para poder poner en su sitio a hombres. Hemos edificado la enseñanza del pueblo sobre una nueva base; para la salud del pueblo hemos creado centros nunca habidos. Ha sido un programa gigante en todos los campos, pero no nos hemos limitado a enunciarlo teóricamente. Puedo asegurar que desde hace ocho meses trabajamos día y noche para la realización del programa. Si logramos reducir el desempleo otra vez a 2,5 millones de personas, no habrá sido poco. Nuestros enemigos habrán de tomar buena nota. ¿Qué es lo que no habrían podido hacer ellos? Pero partiendo de mejores bases arrojaron nuestro pueblo al desempleo.

Solamente puedo decir una cosa, y es que aunque fallemos en algún aspecto podremos siempre afirmar en nuestra historia que no hemos sido ni cobardes ni vagos, sino que

pusimos todos nuestros esfuerzos en la tarea. Sin embargo es imposible, en unos pocos meses, arreglar lo que otros destruyeron en catorce años. No, todo necesita su tiempo.

También hemos estabilizado el gobierno. Aquí no pasa como en otras naciones donde el gobierno no sabe si vivirá mañana porque los partidos no se ponen de acuerdo. Tenemos el valor de cargar a nuestro pueblo con el peso que le corresponde llevar. Estamos decididos a no capitular. Llegará el tiempo en el cual no se dirá: “*¿Es que en aquel tiempo todos se ponían de acuerdo?*” sino que se dirá: “*Gracias a Dios que habéis hecho todo esto, pues gracias a vosotros se ha podido levantar nuevamente la nación.*” Esto es lo que importa.

Miramos al futuro y podemos mirar bien lejos, porque mientras el buen Dios nos deje aquí, difícil le será a cualquier persona eliminarnos.

Y el mundo... ¿qué hace? Pues en estos ocho meses se ha limitado a intentar humillarnos ante los demás. Pero... ¿qué es lo que les hemos hecho?, ¿por qué no nos dejan en paz? Van diciendo: “*Allí pasan cosas terribles.*” No, lo terrible pasó en Alemania por culpa del Tratado de Versalles. Por culpa del Tratado de Versalles más de 200.000 personas se quitaron la vida en Alemania, y eran personas honorables, personas honorables que no podían seguir viviendo porque este tratado les quitó todas las perspectivas de vida y posibilidades. ¿Cuándo, pregunto, se ha producido una revolución sin terror como la nuestra?

En los días en los cuales se produjo la revolución, había más orden en nuestro país que en cualquier otro en tiempos normales. ¿Cuántas banderas, enseñas honorables de Alemania, no han sido arrancadas de consulados alemanes? Pero... ¿cuál será el Estado que pueda decir que alguna de sus banderas haya sido retirada de nuestros edificios?

Pero aunque hubiera existido el terror, también podríamos aguantar la comparación con el habido en otras revoluciones. Claro que también tuvimos que poner barricadas en las calles, pero esto no fue hecho porque el pueblo quisiera tirar piedras al gobierno, sino solamente porque gritaba a favor del mismo animándole. Siempre puedo mezclarme con el pueblo sin escolta policial. Todo el mundo sabe dónde voy y dónde estoy en cada momento. No tengo ningún miedo de un ataque del pueblo contra mi persona. Al contrario, de lo único que tengo realmente miedo es de que algún día algún niño pudiera ser arrollado por mi coche.

Y si menciono la revolución francesa, entonces únicamente puedo decir que nosotros no hemos construido ninguna guillotina ni organizado ninguna *Vendée* en Alemania. Incluso los elementos más horribles han sido expulsados de la nación. Pero lo que ocurre es que en el resto del mundo tampoco los quieren.

En Inglaterra se dijo que recibirían a todos los que estaban en apuros con los brazos abiertos, como era el caso de los judíos que huían. Inglaterra puede hacerlo. Inglaterra tiene grandes regiones. Inglaterra es rica. Nosotros somos pequeños y superpoblados, no tenemos posibilidades de vida. Pero sería mucho más bonito todavía si Inglaterra para acogerlos no hiciera necesario que llevase cada uno 1.000 libras y que dijera: “*Todos pueden entrar, como nosotros lo hicimos durante treinta ó cuarenta años.*” Por suerte aunque nosotros declarásemos también que nadie podía entrar en nuestro país si no era trayendo para nosotros 1.000 libras, no tendríamos pese a todo el problema de los judíos.

Con ello demostramos de nuevo que nosotros, los *bárbaros*, somos de nuevo los más humanos, según demuestran los hechos. Además somos tan espléndidos que ofrecemos a los judíos un nivel de vida mucho más alto del que tenemos nosotros mismos. Pero junto al pueblo elegido, tenemos también al pueblo reprimido, al pueblo alemán y para

él al fin y al cabo estamos aquí.

Pero esto no es ni mucho menos terror. Además, el pueblo alemán no ha sido nunca partidario de estos métodos, ni en el pasado ni en el presente. Si miramos hacia atrás veremos que, no hace tanto tiempo, la revolución de las comunas de París se hizo con mucho fuego, con muchos asesinatos y muchos fusilamientos. No quisiera tampoco poner a la revolución rusa como ejemplo. La verdad es que no deberían hablar de terror cuando se refieren a nosotros. Nuestro pueblo sigue tranquilamente su trabajo. En nuestras ciudades reina más tranquilidad que nunca en el pasado. Las personas son más felices de lo que hayan sido en los últimos años. La única desgracia que nos persigue está fuera de nosotros: es el odio de nuestros enemigos.

Sin lucha, naturalmente, no hubiésemos podido llegar al poder, pero hemos llevado esta lucha con tanta disciplina, como ninguna revolución anterior a la nuestra a excepción de la fascista. Sólo los *emigrantes* tienen otra opinión. Es más fácil ir por el mundo político con banderas y frases. Es muy bonito andar por el mundo contando mentiras mientras en Alemania te busca la Justicia. Sin embargo y en relación con la pequeña parte de emigrantes que de verdad están fuera por razones políticas, hemos de decir: *“Somos felices de que se hayan marchado.”* No decimos: *“Entregádnoslos”*, al contrario, decimos: *“¡Quedaros con ellos, cuanto más tiempo mejor!”* Hasta ahora esta gente no había podido coaccionar las opiniones de otros países, pero ahora sí lo ha logrado. Podemos pensar que existe un *libro negro*, donde todo el pueblo alemán es acusado y humillado. Al respecto sólo puedo decir una cosa: *“¿Qué dirían los gobiernos de otros países si esto se realizara en Alemania? ¿Qué dirían si en Alemania pudiera existir una propaganda que acusase a un ministro inglés de haber quemado el parlamento?”* Se declararía: *“Esto no lo permitimos.”* Pues nosotros tenemos los mismos sentimientos de honor y no queremos que esa gentuza nos calumnie. Solamente queremos pedir a los otros pueblos que no crean a estos elementos, cuya única misión es crear odio entre las naciones.

Pero además, tampoco para los otros pueblos ha de constituir precisamente un honor que un pueblo tan grande como Alemania sea calumniado en tal manera. Creo firmemente que defendiendo el honor de mi pueblo cuando defendiendo el de los otros. No es ningún honor para un pueblo dejar que se critique a otro que únicamente cumple con su trabajo y que permita que difundan calumnias unos elementos que nunca hicieron ningún trabajo honrado sino que vivían únicamente del odio creado por ellos mismos y que aprovechaban en su favor. ¿Y qué vamos a decir de que se organice un boicot contra nosotros? ¿Qué inutilidad económica es esta de organizar un boicot? Un éxito de este boicot significaría que entonces podríamos comprarles menos que ahora. El resultado: la estupidez económica. Creo que este es el razonamiento del mundo entero, por cuyo motivo dicho boicot no ha tenido éxito, y los pueblos de honor se van librando de estas ideas. Me alegra que, tanto en Inglaterra como en América, este boicot tenga cada día menos seguidores.

Pero... ¿hasta cuándo durará esta discriminación hacia nuestro pueblo? ¡O se nos dan los mismos derechos y entonces lo seremos, o no se nos dan y no lo seremos! ¡Que no nos vengan ahora con juegos de palabras, esto lo rechazamos! Nuestro honor lo apreciamos demasiado para venderlo así por las buenas. Hemos esperado quince años y no es nuestra culpa que no podamos confiar más en promesas. Hubo un tiempo en que creímos en las promesas del presidente Wilson. El mundo no podrá decir que esas promesas se hayan cumplido y cuando entramos en la Sociedad de Naciones también creímos en la igualdad de derechos. El mundo, de nuevo, no puede negar que tampoco

la tuvimos. Al menos nunca por medio de hechos. Y si ahora se declara que esta igualdad de derechos no se nos puede dar porque tenemos *espíritu guerrero*, he de manifestar que pronto dirán, si viene al caso, todo lo contrario. Por una lado dirán que “*Alemania es disciplinada*” y que “*el pueblo es oprimido por unos locos*” - esos somos nosotros -, afirmarán que “*los locos hablan de paz, pero el pueblo tiene tantas ganas de guerra que no podemos confiar en él.*” Dirán una cosa u otra según les convenga.

El mundo duda de nuestros deseos de paz, pero si hacemos declaraciones a favor de ella se dice que dichas declaraciones no merecen crédito, que se precisan pruebas. Si entonces preguntamos por las pruebas que necesitan se nos dice que Francia se siente amenazada. Bien, declaramos ante todo el pueblo que estamos dispuestos a tender nuestra mano a los franceses para reunirnos de nuevo y entonces la prensa dice que esto lo hacemos para alejarnos de Inglaterra, añadiendo que se trata de una *nueva intriga* que estamos proyectando. Pero bueno, ¿qué es lo que tenemos que hacer? Yo lo sé, ¡defender nuestro honor fuertemente y no abandonarlo nunca!

Según todo lo dicho la Conferencia de Desarme tiene por objeto una política por la cual los Estados armados seguirán armándose más mientras la desarmada Alemania ha de proseguir en un desarme, hasta comprobar el absoluto desarme al cabo de unos años. A esto sólo podemos decir: “*¡Nunca seguiremos estos sistemas!*”

Creemos en la paz, no vemos, tampoco, un peligro de guerra. Queremos vivir en paz con Inglaterra, queremos vivir en paz con Francia y también queremos vivir en paz con Polonia. Con Italia hace tiempo que mantenemos buenas relaciones. Sentimos admiración por aquel gran hombre de Estado, admiramos su misión y le damos gracias por su ayuda. Queremos vivir en paz con todo el mundo, pero también queremos que los demás tomen de una vez consecuencias de esto y que sean consecuencias claras.

No dejaremos que nos traten de cualquier manera ni volveremos a firmar nunca algo que no debamos firmar porque vaya en contra de nuestro honor, y nadie nos podrá amenazar para que lo hagamos. No podemos obrar de otra manera. Si algún pueblo tiene ese derecho, ese es el pueblo alemán. No podemos actuar de otra forma. Tenemos tras nosotros quince años de sufrimientos, hemos podido ver hacia donde ha sido llevado nuestro pueblo. Este camino no queremos, no podemos tomarlo de nuevo. Hagan lo que hagan nunca nuestro pueblo alemán obrará sin honor. Sabemos que detrás nuestro está la nación alemana. Si hay hombres dispuestos a firmar bajo su responsabilidad cosas que luego no puedan cumplir, o que se hallen contra su honor, que lo hagan entre ellos. Nosotros no podemos hacerlo pues ello significaría dañar a la nación que se alía detrás nuestro. Yo personalmente puedo declarar que preferiría morir antes que firmar algo que fuese incomprensible e imposible para nuestro pueblo alemán.

Ruego al pueblo alemán que si alguna vez cometiera un error o si el pueblo llegara a pensar que no puede aprobar mis actos, que me eliminen. Lo aceptaré tranquilamente. ¡Pero nunca haré una cosa que vaya contra mí mismo y contra el honor de mi pueblo! ¡Queremos la paz, queremos comprensión, pero también queremos nuestro honor y nuestra igualdad de derechos! ¡No queremos ser tratados por más tiempo como una nación de segunda clase!

Espero que el pueblo alemán coincida conmigo ahora. Nunca he temblado ante el pueblo, siempre he mantenido la opinión de que mis hechos puedan ser siempre apoyados por la nación. Se nos puede juzgar, se me puede juzgar a mí, se puede juzgar nuestra política, pero yo sé cómo será ese juicio. El pueblo alemán estará detrás de nosotros, porque su honor es también el nuestro. El mundo verá que el honor del pueblo alemán no es malo. Es por esto que esta vez les ruego - ciertamente por primera vez en

mi vida - que nos den sus votos. Nunca antes hemos pedido votos, ahora se lo ruego, no por mí, sino por el pueblo alemán. Lleven a todos los camaradas a las urnas para que así decidan el futuro de su pueblo y el de sus hijos. Por primera vez en catorce años ahora les pido sus votos, les pido que den este *sí* a la política de igualdad de derechos, del honor y de la verdadera paz, y al mismo tiempo den su voto para el parlamento, el cuál será la garantía de esta política. A la larga no puede salvarse un pueblo económicamente si éste vegeta política y moralmente. Solamente conocemos una meta en este mundo: *no al odio hacia otros pueblos; sino amor hacia la nación alemana.*

En la Bürgerbräukeller en Múnich

Discurso pronunciado el 9 de noviembre de 1933

Camaradas alemanes:

Cuando hoy hace diez años se intentó por segunda vez en Alemania - para desgracia del Estado -, liberarlo de su lamentable situación, no se trató de un acontecimiento casual. Si hombres maduros se hallan dispuestos a dar su vida por un ideal, están dispuestos a morir por él, es indudable que no se trata de un acto sin relevancia. Si este intento tuvo lugar fue debido a la apurada situación del pueblo alemán que con ello quiso intentar cambiarlo.

El intento fue en vano y no lo conseguimos; unas horas después nos faltaron las bases sobre las cuales se había previsto este intento. Lo que dije entonces en el proceso puedo repetirlo hoy: nunca pensamos en levantarnos contra el ejército de nuestro pueblo, con él creíamos que era factible alcanzar el objetivo. Un destino trágico lo calificaron algunos cuando se vino abajo todo. Inteligencia y sabiduría queremos llamarlo hoy nosotros. A los diez años sabemos que con corazón limpio y mucho valor personal nos aprestamos a la acción, pero también sabemos hoy - mejor que entonces - que el tiempo no había llegado ni estaba maduro. Pero, a pesar de ello, estoy convencido de que entonces actuamos así cumpliendo una fuerza superior que nos impulsaba a hacerlo y que era imposible actuar de otra forma. Nosotros, que entonces estábamos dispuestos a acabar con éste régimen de deshonor, y también los otros, los que creían entonces tener que oponerse a esto a fin de mantener un Estado, llevamos aquella noche al joven movimiento al conocimiento de toda la nación y, al día siguiente, al conocimiento de todo el mundo. Aquel día abrimos los ojos a todo el pueblo alemán y llevamos y encauzamos ese heroísmo que más adelante necesitaríamos. Pero lo más importante es que si no hubiésemos obrado así hubiéramos permanecido en la legalidad sin ser un movimiento revolucionario. Todos hubiesen dicho entonces: *“Tú hablas como los demás y, como los demás, no haces nada.”* Sin embargo gracias a ese día, gracias a esa decisión, hemos podido más tarde resistir toda la oposición que se nos ha hecho durante nueve años pudiendo decir que nosotros sí somos un movimiento revolucionario y que al llegar al poder acabaremos con el actual Estado, lo obligaremos a rendirse ante nosotros pero siempre dentro de la estricta legalidad. Puede parecer una contradicción pero el tiempo nos ha dado la razón. En 1923 era ya demasiado tarde para poder solucionar la desgracia alemana. Quizá en 1920 hubiese sido factible todavía. Además las bases espirituales e ideológicas para un cambio radical en el orden económico, no estaban suficientemente asentadas y los que creían en ellas eran todavía muy pocos.

Los días 8 y 9 de noviembre no sólo han llevado el nombre de una revolución a toda Alemania, sino de una nueva concepción del mundo. Desde aquel día vimos como el ámbito de nuestro movimiento rebasaba las estrechas fronteras de nuestra región para extenderse por toda Alemania. Lo que entonces pasó, era simplemente el despertar, el amanecer de nuestro país.

Así pues hoy podemos mirar sin tristeza ni pesadumbre aquel pasado, pese a las vidas que costó de fieles camaradas, pues aquellos combatientes que cayeron entonces fueron el ejemplo que siguieron los que habían de morir más tarde, sin ellos no habría habido otros dispuestos a caer en la lucha. Aquel sacrificio inicial fue pues la siembra de la cual germinó más tarde el nuevo Estado. Por primera vez nuestro movimiento vertió su

sangre, por primera vez mostró la frente altiva al Estado con valor y honor, no para luego arrepentirse de ello, sino sabiendo y decidiendo perfectamente lo que hacía. Fue entonces cuando edificamos la base para la victoria final y es por ello que hemos de mirar hacia atrás con fidelidad y dando gracias, sintiéndonos dichosos de que se haya realizado lo que ya en el proceso subsiguiente declararé, que fuésemos conscientes de que nuestra hora había llegado, que al fin lograríamos la unidad de Alemania y que incluso los que nos dispararon, marcharían en nuestras filas y que el ejército que no había tomado parte en este acto sangriento, nos daría la mano y así nosotros y el ejército formaríamos este nuevo Estado.

Al cabo de diez años podemos observar esto con alegría y legítimo orgullo. Lo hemos conseguido. Y por ello el año 1923 es para nosotros un agradable recuerdo en nuestra vida, un recuerdo que nos conmueve profundamente, un recuerdo que nos muestra los caminos del destino y también lo acertado del mismo y nos da el convencimiento de que para el futuro no ha sido inútil, no han sido inútiles los sacrificios y podemos así hablar de victoria. No creo que la Providencia nos tuviera previsto todo esto si al fin quisiera acabar con nosotros. Ahora de nuevo nos encontramos en una lucha difícil. El 12 de noviembre el ejército ha de decir ante todo el mundo si en el futuro permanecerá con su honor y no firmará pactos que no puede cumplir, si quiere la paz al tiempo que quiere su honor. Nuestro pueblo ha de responsabilizarse el 12 de noviembre ante todo el mundo. Quiero así quitarle al mundo la posibilidad de decir que únicamente un jefe de Estado es el que dice que no, es el que quiere la paz; quiero mostrar al mundo que todo el pueblo alemán piensa de la misma forma y que nuestra decisión es inalterable. No se trata sólo de dar el voto, sino también de dejar testimonio no sólo para el presente sino también para el futuro. Es imposible a la larga llevar adelante un Estado y lograr grandes éxitos si no se cuenta detrás con todo el pueblo. Es al propio pueblo al que le corresponde declarar ante el mundo. El jefe de Estado únicamente puede ser el representante, el que los conduce. La fuerza ha de estar anclada en el mismo pueblo, y es a esta fuerza a la que apelamos, la cual ha existido durante miles de años.

Antes fuimos un pueblo fragmentado, hoy somos una nación unida. Antes hubo gobiernos débiles, hoy somos un régimen fuerte, ayer nos pudieron declarar a todos culpables, hoy esto es imposible. Si este mundo es incapaz de responsabilizarse de sus diferencias, que piensen empero que no podrán descargar la culpa sobre Alemania. ¡Obligarnos a firmar un nuevo tratado no les será posible nunca más! A este respecto el gobierno alemán tomará una única base de apoyo: entendemos como conferencias aquellos encuentros entre naciones con igualdad de derechos y bajo decretos de estas conferencias entendemos los tomados por naciones con iguales derechos. La Sociedad de Naciones no nos volverá a ver en tanto no hayan suprimido la discriminación de que es objeto nuestro pueblo. El pueblo alemán no quiere la guerra, el pueblo alemán quiere tranquilidad, quiere trabajo y ser feliz según sus posibilidades. Al tomar esta postura estamos actuando en favor del mundo entero.

No se cuantas veces he hablado en este local, pero una cosa si está clara: ¡jamás me he contradicho! Siempre hablé claramente. Esta ha sido mi forma de actuar durante catorce años ¿y piensan que ahora que el destino me ha elegido canciller voy a cambiar de pronto? ¡No! Este día 9 de noviembre de hace diez años no hubiera sido posible si antes hubiera yo declarado: *“Si alguna vez llegamos al poder, haremos exactamente lo mismo que hicieron aquellos que hemos decidido sacar.”* Ningún hombre hubiera seguido entonces, y los que cayeron hubieran caído inútilmente. Sé positivamente que si los caídos estuvieran hoy entre nosotros dirían que su herencia ha sido llevada a

cabo. Hacia ellos nos hemos de dirigir y nunca olvidarlo. Y no podemos olvidarlo porque sabemos que si nuestro movimiento se ha hecho grande ha sido por su fidelidad a sus principios. Pueblos sin carácter no tienen sitio en este mundo. Una nación grande, de 65 millones ha de defender sus derechos sobre firmes bases. Estas bases las hemos de mantener y defender.

Creo que ya ahora podemos observar en el mundo una cosa: la ira de los que nos odian ha crecido, pero el respeto de los que quieren una verdadera paz, un verdadero entendimiento, ha aumentado igualmente.

Del recuerdo de aquellos diez años pasados hemos de sacar la esperanza de que al igual que nuestra actitud durante estos diez años ha posibilitado la reconciliación con los que eran enemigos de Alemania, llegará también la reconciliación con aquellos pueblos en los cuales todavía hoy se nos calumnia. Si nosotros creemos que tarde o temprano los pueblos defenderán los intereses comunes unidos, hemos de creer necesariamente que los pueblos con honor nunca querrán unirse a los que carecen de él. Nosotros queremos esa unión y por ello queremos nuestro honor, y esto no ha de ser un gran obstáculo pues solamente en este sentido discurre el camino de la verdadera igualdad de derechos y con ello vamos hacia una organización común en defensa de los intereses de las grandes naciones y pueblos.

Nueve años después de aquel 9 de noviembre se ha logrado por tercera vez el resurgir del *Reich*. Se ha borrado la vergüenza de los quince años pasados. Por primera vez por fin todos los alemanes pueden marchar juntos para conseguir sus objetivos. Si la nación reconoce esto, entonces en la historia de Alemania quedará este 12 de noviembre como la fecha de la reconquista del honor alemán, también para el extranjero.

A vosotros, mi viejo ejército, que me habéis sido fieles durante todos estos años, a vosotros os quiero pedir un favor. Hace un momento se dijo aquí que todo esto solamente fue posible porque el *Führer* se mantuvo fuerte. Mis camaradas de la SS, mis camaradas de la SA, correligionarios. Yo pude mantenerme fuerte porque vosotros me fuisteis fieles. Solamente por esto, por esto y nada más. ¿En que para toda la fuerza de un hombre si no se apoya en la fidelidad de sus camaradas? Vosotros fuisteis fieles. Yo he sido fuerte gracias a vosotros, por ello hoy no os tengo que rogar. Pero la nación alemana ha de tomar ejemplo de vuestra fidelidad en este 12 de noviembre.

En la sala de motores de la empresa Siemens

Discurso pronunciado el 10 de noviembre de 1933

Compatriotas, trabajadores alemanes:

Si hoy os hablo a vosotros y a millones de otros trabajadores alemanes, lo hago porque tengo más derecho que cualquier otro. He nacido entre vosotros, he estado entre vosotros en el pasado, durante cuatro años y medio he estado durante la guerra, también con vosotros, y por ello os hablo hoy, a los que pertenezco, con los que todavía me encuentro unido y por los que, al fin y al cabo, estoy ahora luchando.

Para mí mismo la lucha no sería necesaria, tampoco lucharía por una clase o por un tipo de sociedad. Mi lucha está dirigida a la masa de millones de nuestro pueblo trabajador. Me dirijo a vosotros en una hora histórica. Una vez el pueblo alemán fracasó en una situación así y las consecuencias fueron terribles. No quisiera que de nuevo el pueblo alemán cometiera el mismo error. Las consecuencias serían de nuevo terribles para muchos, muchos años.

En mi juventud fui un obrero igual que vosotros y fue luego cuando a base de trabajo y estudios llegué a ser lo que soy, sin embargo dentro de mi ser sigo siendo el de entonces.

Cuando después de la guerra entré en la vida política, lo hice con el convencimiento de que nuestro pueblo estaba mal aconsejado por su gobierno, con el convencimiento de que debido a esto nuestro pueblo alemán iba hacia un destino horrible. Pude hacerlo con tranquilidad interior y con derecho, toda vez que no me contaba entre los que, de una manera u otra, eran responsables de la guerra.

Yo era tan poco responsable de la guerra como cualquiera entre vosotros, ya que entonces era, igual que vosotros, un desconocido sobre el cual el destino pasaba con monotonía. Así pues no me contaba entre lo que entonces se volcaron contra la nación. Yo estaba convencido de que debíamos defender el destino de la patria si no se quería que, tarde o temprano, el pueblo tuviese que pasar por situaciones horribles. Esto es lo que me separó de los demás en aquella época crítica en que todos se hallaban contra Alemania.

Cuando la guerra acabó me tomé el derecho, como soldado del frente - el cual creo tenía - de defenderos a vosotros. Antes nunca había hablado en público ni me había metido en asuntos políticos. Era un simple humano que intentaba ganarse el pan de cada día, pero cuando vi al final de la guerra que el gobierno no cumplía lo que había prometido a la nación, sino que actuaba justamente al contrario, decidí actuar y en unión de otros seis modestos trabajadores creé el movimiento según mis propias ideas, convencido de que la afirmación de que únicamente por medio de la lucha de clases se puede mejorar el destino de una clase, era absolutamente falsa. Esta afirmación, en un ámbito mucho mayor, la hemos vivido con el Tratado de Versalles.

Este tratado se asentó sobre dos premisas totalmente falsas:

1) El final de una guerra, en la cual naturalmente siempre ha de haber vencedores y vencidos, se había de convertir en una norma inmutable, es decir, ya para siempre uno había de ser el vencedor, que poseía la razón, y el perdedor sería para siempre el vencido. Esta era una tesis equivocada sobre la cual nunca iba a poderse edificar una Sociedad de Naciones.

2) La segunda premisa, igualmente errónea, es la de creer que un pueblo va mejor a costa de que otro vaya peor. Es esto una gran equivocación.

Estas dos premisas, las cuales fueron la base del Tratado de Versalles, han tenido terribles consecuencias, no solamente para los alemanes sino también para otros pueblos. El mundo no ha vivido en paz como se pretendía, desde entonces el mundo se ha visto envuelto cada vez más en desgracias y más desgracias.

Igualmente fue equivocada la idea de gravar la economía de un país con grandes cargas y, al mismo tiempo, destruirla quitándole todas las posibilidades. Hemos podido ver como Alemania, para poder hacer frente a sus obligaciones, se vio obligada a lanzarse al mercado de exportación con todas las consecuencias anexas, empezando entonces la más grande lucha de mercados internacionales, de forma que la culpabilidad política fue transformada, poco a poco, en culpabilidad económica y que la deuda en divisas daba los mismos resultados que el pago de reparaciones. Vimos entonces como llegó la *nacionalización*, como millones de personas ahorran, siempre perseguidos por la misma idea: “*Hemos de exportar a toda costa para conseguir divisas.*” El mercado ha sido con ello destruido poco apoco y así se creó el ejército de desempleados. Fue entonces cuando reconocí que nunca podríamos salir de esta locura si la manteníamos en nosotros mismos, si manteníamos entre nosotros la teoría de que un pueblo ha de estar económicamente mal para que otro pueda vivir. ¿Qué diferencia existe entre la teoría de la lucha de clases y la de la lucha de pueblos? Ninguna. Es la misma. Es la misma locura pensar que a una clase le va a ir mejor cuando a otra le vaya peor.

Fue entonces cuando me convencí en mi fuero interno de que al pasar de *clase* a *pueblo* lograríamos encontrarnos a nosotros mismos. Era natural que a esto se opusieran muchos intereses, los de los que mantenían la lucha de clases. Pero no podíamos dejar morir a un pueblo para que estas organizaciones viviesen, pues un pueblo no vive de teorías, ni de programas, tampoco vive de organizaciones, sino que todo esto ha de estar al servicio de la vida del pueblo y así hoy podemos ver como también puede eliminarse la discordia entre los pueblos.

La discordia entre los pueblos es obra de un club internacional desarraigado, de esas personas que igual tienen su casa aquí que en ningún sitio o en cualquier otro. Hoy pueden vivir en Bruselas, pasado mañana en París y después en Praga, en Viena o en Londres, los cuales en cada uno de estos sitios encuentran su patria. Pueden desarrollar su trabajo en todas partes, mientras que los pueblos están enraizados en su tierra, vinculados a las posibilidades de vida de sus Estados, de sus naciones. El campesino está unido a la tierra. El trabajador está encariñado con su fábrica. Si ésta es destruida, ¿quién le ayudará? ¿Qué quiere decir *solidaridad internacional de clases*? Son teorías de una época en la cual las desgracias por doquier y los pueblos tienen que luchar denodadamente por su existencia. La fuerza de todos nosotros no está dentro de ese fantasma internacional, está en nuestra patria. Mantener esta fuerza y reforzarla siempre más ha sido siempre mi meta.

Es por ello que creé un movimiento completamente nuevo, en el cual por encima de todos los prejuicios habría que construir una nueva comunidad alemana, porque no podía entender que muera un pueblo en luchas fratricidas únicamente para que así vivan diferentes organizaciones. Contra este fenómeno he iniciado la lucha y he creado un programa cuya base es que las diferencias sociales, sus posesiones y pertenencias y su cuna tuviesen poca importancia. Todo esto son conceptos perecederos que tienen

muy poca importancia si los comparamos con la vida eterna y la existencia de un pueblo. El pueblo es en sí una fuente de vida eterna, siempre va creando nueva vida y esta fuente ha de ser preservada y mantenerse sana. ¿De qué me sirve una teoría si veo a 7 millones de personas sin trabajo? ¿Serían felices si yo difundiera teorías? Primero he de intentar dar trabajo y pan de nuevo y yo sabía al respecto que este deber solamente podría cumplirse si conseguía unir la fuerza de todo el pueblo para este fin.

He sabido siempre perfectamente que un programa de esta naturaleza, que quiere unir los conceptos de nacionalismo y socialismo, no podía cumplirse en pocos años, que era precisa una gran enseñanza y que correspondía al futuro Estado dicha enseñanza. Hemos empezado seis o siete, hoy somos el movimiento más grande de Alemania, y ello no es debido a la casualidad o a la facilidad del camino seguido, se ha debido a que las ideas sobre las que edificábamos eran correctas. Solamente esto es lo que me ha posibilitado llegar hasta aquí, porque, queridos trabajadores, habéis de pensar que cuando un hombre se plantea así una nueva existencia con el propósito de crear un movimiento, no le vienen los éxitos volando, esto es natural. Se precisa mucha constancia y fuerza para poder empezar una obra así. Ahora bien, una cosa sí puedo decirles y es que si yo tenía este convencimiento, solamente lo tenía porque conocía al pueblo y porque nunca dudé de la calidad del pueblo alemán. No han sido disquisiciones intelectuales las que me han dado el valor para empezar con esta obra de gigantes sino que el valor ha sido posible únicamente por conocer al trabajador y al campesino alemán. Siempre he sabido que sobre esto se levantaría el *Reich* alemán y que entonces también se nos unirían los trabajadores del espíritu.

¡Realmente era un programa gigante! Pero cuando el 30 de enero, después de catorce años de lucha se me ha nombrado canciller, no tenía más que un deseo: cumplir este programa. No precisaba un título. Mi nombre, que creé con mis propias fuerzas, era mi título. Solamente deseo que el futuro haga aparecer la persona capaz de continuar con serenidad y honradez mi programa.

En esta joven nación hemos trabajado duro y hemos conseguido cosas nuevas. Quizá haya algunos entre vosotros que no me podrán perdonar que haya destruido los partidos marxistas. A ellos les digo, amigos míos, también he destruido a los otros partidos. No he eliminado la representación de los trabajadores. No, lo que he eliminado es la representación del clasismo. Nunca he dicho que en el nuevo Estado el trabajador no deba tener nunca más representantes. Al contrario, estoy convencido que solamente la igualdad de derechos para todos puede crear una situación soportable para todos. Pero bajo esta idea nunca entenderé el interés de llegar a la lucha de clases. Este no puede ser el resultado de nuestros esfuerzos y trabajo en común, sino que de un esfuerzo y un trabajo común ha de resultar una vida social agradable para todos.

Yo dije: *“Cuatro años me tenéis que dar de tiempo.”* Cuando llegué al poder en Alemania tenía 6,2 millones de desempleados y ahora son 3,71 millones. Esto en sólo nueve meses es mucho, es algo de lo que se puede presumir. No nos hemos cruzado de brazos, sino que hemos trabajado día tras día, y si algunos me dicen que sí, pero que el nivel de vida no ha mejorado, entonces debo replicarles que fui a lo primero y lo primero era llevar el trabajo al pueblo, lo próximo será aumentar la fuerza del consumo. Esto es de interés común. Al ciudadano alemán le he de decir que no piense que sus intereses mejorarán cuando a otro le vaya mal. Todo lo contrario, cuando mayor fuerza de consumo tengan todos, mejor les irá a los demás. Es falso que la desgracia de unos traiga la suerte a los otros. Todo lo contrario, el lograr desarrollar la fuerza de todo un pueblo en su totalidad se convierte en un beneficio común.

Es un trabajo inmenso de enseñanza, el cual hemos ya iniciado, pero sé muy bien que no ha acabado todavía, pero si veo a gentes de izquierdas o derechas encerradas, ensimismadas, pensando: “*A nosotros no nos conseguiréis nunca*”, pienso: “*Me da igual, a vuestros hijos sí los tendremos. A estos los educaremos desde el principio hacia el ideal.*”

Hemos empezado también la lucha contra la corrupción y casi me da vergüenza contarles los resultados pues siempre temo que el pueblo alemán sea comparado a esta gentuza, pero la única manera de volver a dar trabajo y pan al pueblo alemán es volviendo al orden en base a que exista interiormente paz y sosiego.

Que nadie crea que yo esté tan loco que desee una guerra. No sé cuantos jefes de Estado han participado en una guerra como soldados. Yo sí lo he hecho, yo conozco la guerra, pero de entre todos aquellos que hoy calumnian al pueblo alemán, ninguno hay que haya oído silbar las balas. En estos nueve meses no hemos hecho otra cosa que ocuparnos de nuestro pueblo, solamente hemos estudiado nuestros problemas, solamente queríamos solucionarlos. Tengo el convencimiento de que lo mejor que podrían hacer otros jefes de Estado es ocuparse de sus propios asuntos. En estos nueve meses no he tomado ni una sola decisión que pudiese herir a ningún jefe de Estado o calumniar a su pueblo. Al contrario, en estos nueve meses permanentemente he declarado que los pueblos deben de una vez entrar en razón y no dejarse llevar por un reducido número de personas que crean todas estas calumnias. He declarado que lo único que desea el pueblo alemán es ser feliz según sus propios deseos. Que nos dejen en paz, que nosotros no nos metemos en los asuntos de los otros y no queremos que se metan en nuestros asuntos. Si hay alguien realmente que puede sentirse amenazado, estos somos nosotros. ¡Nosotros lo que queremos es paz y entendimiento, no otra cosa! Queremos dar la mano a nuestros antiguos enemigos y marcar así una nueva línea en esta triste época de la humanidad.

Se dice que no hablo en serio. ¿Qué he de hacer para que me creáis?, replico. Queridos camaradas, pienso que en una época así hay que ser inflexible y no desviarse de nuestro derecho. Estoy convencido de que todos los problemas de la vida pueden solucionarse cuando las personas implicadas en ellos así lo desean gozando todos de los mismos derechos. Así ocurre en el proceso económico. ¿Os imagináis que en el proceso económico un representante o negociante no tuviera ningún derecho y el otro los tuviera todos? Todos sabéis que hay pueblos que tienen todos los derechos y otros que no tienen ninguno. ¡Esto no puede continuar! Si alguna cosa hay que puede hacer peligrar la paz es esta injusta distribución de los derechos, tanto en la vida individual como en la mundial. Pero yo sería un mentiroso en Alemania si les prometiera una mejora económica, sin exigir al mismo tiempo más derechos e igualdad en el mundo. Una cosa no funciona sin la otra y les puedo asegurar que también aquí solamente defiende el derecho de la nación alemana. Mientras esté ocupando este puesto me comportaré de tal forma que nadie nunca pueda decirme: “*Antes decías cosas distintas de las que ahora haces.*” Si el mundo quiere imponer dictados, esto se hará sin mi firma. Y si el mundo dice: “*Sí, estamos obligados a ello porque no podemos tener confianza en vosotros*”, yo contestaré: “*¿Por qué? ¿Cuando ha roto su palabra el pueblo alemán? Siempre ha mantenido su palabra, y casi con demasiada fidelidad. Si en la Guerra Mundial no hubiésemos estado demasiado fielmente al lado de nuestros aliados, posiblemente nos hubiera ido mejor.*”

Queremos aquí protestar por esta forma de juzgar al pueblo alemán según la opinión expresada por los que han emigrado. Nosotros no actuamos así, no insultamos a ingleses

o franceses según lo que diga el primero que venga. Este tipo de gente no son precisamente elementos valiosos en una nación. Por este motivo hemos convocado este llamamiento del 12 de noviembre. Durante cientos de años el extranjero ha estado seguro de tener colaboradores en Alemania. Primero fueron duques sin carácter, que fríamente vendían a su pueblo, después fueron partidos con ideas mundialistas. Siempre tuvieron colaboradores. Ahora quiero enseñar a nuestros enemigos que ya no existen colaboradores en Alemania. Lo único que hoy se constata aquí es la solidaridad del pueblo entre sí. Durante miles de años ha fijado su destino en base a desacuerdos permanentes y los resultados han sido terribles. Pienso que es ya la hora de intentar fijar este destino apoyándonos en la unión. Y esto lo comprobaremos ahora intentando fijar nuestro destino por medio de una unión sin límite alguno.

Estoy convencido de que en Alemania muchas coaliciones no están proyectadas a favor de nuestro pueblo, por ello podéis ver en mí al hombre que está por encima de esas coaliciones. Para mí cada uno de vosotros es igual. Igual me interesan los intelectuales que la burguesía o los proletarios. Sólo me interesa el pueblo alemán, solamente a él pertenezco, solamente por él lucho. Y es este pueblo alemán el que quiero mostrar al mundo el 12 de noviembre, así, tal cual es, a fin de que se convenzan de que no se trata de las palabras de una persona individual sino que detrás está todo el pueblo. Por este motivo os quiero hacer un ruego: defended esta frase de la igualdad de derechos, igual que habéis luchado por iguales derechos en los trabajadores alemanes. De la misma manera hoy tenemos que luchar por el derecho a la vida de todo nuestro pueblo, hemos de defenderlo y no podemos excluir este deber de nuestro honor.

Esto es lo que debe hacerles comprender mi decisión cuando declaro a los grandes Estados mundiales: *“Estamos dispuestos a participar en cada conferencia, estamos dispuestos a participar en cada pacto internacional, pero únicamente con igualdad de derechos.”* Nunca me he metido, como persona privada, en una sociedad elegante que no me aceptaba y no me veía con igualdad. Yo nunca he necesitado de esto y el pueblo alemán ha de tener el mismo carácter. No estamos en una asamblea como limpiabotas con menor derecho, si esto ha de seguir así el mundo no nos verá en ninguna nueva conferencia.

Hoy el destino me ha dado más poder del que cualquier presidente alemán haya tenido en cientos de años. Me es imposible ahora tirar por la borda por lo que he luchado durante tantos años, y si os pido que el 12 de noviembre estéis a mi lado hombro con hombro para esta decisión, con este gabinete, podréis preguntar: *“¿Nos necesitas?”* Os puedo responder que yo, personalmente, no lo necesito, yo puedo prescindir de ello. Yo no lo necesito, es el pueblo alemán el que lo necesita.

Ahora os corresponde poneros delante del mundo y declarar: *“No queremos otra cosa que la paz, no queremos otra cosa que tranquilidad, no queremos otra cosa que dedicarnos a nuestros deberes. Queremos, empero, los mismos derechos y no dejaremos que venga cualquiera y nos robe nuestro honor.”* Si nosotros el 12 de noviembre, y con nosotros toda la nación, cumplimos con nuestro deber, entonces, quizá por primera vez en la historia de Alemania, estará claro para el mundo que tendrá que contar con nosotros de otra forma, que no podrá poner sus esperanzas en nuestras disensiones internas y en nuestra interior discordia, que tendrá que contentarse con aquello que existe, es decir, con el pueblo alemán.

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 30 de enero de 1934

Diputados, hombres del parlamento alemán:

Si nosotros hoy, volviendo la vista hacia atrás, llamamos al año 1933 el año de la revolución nacionalsocialista, el día llegará en que un sereno juicio de sus hechos y acontecimientos incorpore como justificada esta denominación a la historia de nuestro pueblo. No se considerará como decisiva para ello la mesurada forma en que se cumplió externamente esta revolución sino, más bien, la interna grandeza de la transformación operada en este año en el pueblo alemán en todos los terrenos y en todas las direcciones de su vida.

En doce meses escasos, fue desalojado y sustituido por otro todo un mundo de conceptos e instituciones.

Lo que en este breve espacio de tiempo se ha verificado a los ojos de todos, no era sino fantástica utopía la víspera misma del memorable 30 de enero de 1933 para la abrumadora mayoría seguramente de nuestro pueblo y, especialmente, para los sostenes, portavoces y representantes del anterior estado de cosas.

Y tan admirable acontecimiento histórico sería ciertamente inconcebible si la orden para su realización no se debiera más que a la ocurrencia de cualquier espíritu caprichoso o al juego del azar.

No. Las premisas de este acontecimiento encontraron necesariamente origen y forma en el proceso de largos años. Una necesidad tremenda clamaba auxilio de tal modo que el momento no esperaba más que la voluntad dispuesta a ejecutar el mandato histórico.

Acrescenta la fuerza de esta afirmación el hecho de que hacía decenios que casi el mundo entero estaba lleno de análogas tensiones que descargaban en incesantes fuegos y tempestades, ya trémulos, ya bramadores, buscando soluciones que respondiesen y se adaptasen a las normas de cada pueblo. También el período del externo bienestar burgués que, desde los últimos sonos de la revolucionaria marsellesa hasta el comienzo de nuestro siglo, parecía dar al mundo el sello de una aparente y satisfecha abundancia, estaba lleno de constantes signos de íntima y nerviosa incertidumbre, de una inquieta búsqueda de fundamentos más satisfactorios para la vida interior de los pueblos. Porque lo que antes, durante siglos y siglos, había conocido la humanidad como fenómenos revolucionarios no era más, si se prescinde de las contiendas de índole religiosa, que vicisitudes en la pugna de fuerzas por el poder externo, lucha por el mando dentro de los Estados o, a lo sumo, por el engrandecimiento de su poder hacia fuera. Pero desde que las luchas religiosas, a consecuencia probablemente de la extinción de una verdadera fuerza viva e impulsora en las confesiones, perdieron su poder removedor, irresistible, fascinante, empezaron a buscarse otros conocimientos, otras ideas arraigadas en el tiempo, que colmasen filosóficamente a la humanidad.

Y mientras el mundo burgués seguía soñando con la economía como única señora y regente del proceso total de la vida, y veía en ella la exclusiva raíz de toda felicidad terrena, el hombre, a quien en lo íntimo ya no le satisfacía esto, buscaba un sentido mejor para su vida, empezando así a llenar con violentísimos altercados ideológicos la época del sumo bienestar y de la suma holgura burguesa.

La inconsecuencia del ideal económico y político de la democracia burguesa llevó necesariamente al campo donde se debatían esas fuerzas la consecuente teoría

marxista. Así ocurrió que, mientras los pueblos consumían aún los frutos materiales del individualismo burgués y liberal, los apóstoles de la nueva doctrina predicaban políticamente la igualdad de todos los valores. Pero la democracia parlamentaria tenía que caer, a la larga, inevitablemente, en mortal hostilidad con el valor de la personalidad, incluso en el terreno meramente económico.

No podía ser más que cuestión de tiempo el que la doctrina de la idea igualitaria marxista, que avanzaba resueltamente, acabara por penetrar en los últimos baluartes de la política ante la economía, para aventar definitivamente la ideología política y económica de la época burguesa.

Sin la Guerra Mundial se hubiera producido también este proceso, pero sin duda alguna la guerra lo aceleró considerablemente.

Para comprender lo ocurrido este año en Alemania hay que tener en consideración dos fenómenos:

Primero: La espantosa guerra minó la resistencia de la autoridad del mando en la Alemania de entonces y a su quebrantamiento siguió el derrumbe no sólo en el interior, sino también en el exterior. El elemento activo de este proceso es el marxismo; el pasivo y corresponsable de él, la democracia burguesa.

Segundo: El Tratado de Versalles aniquila la independencia y la libertad del *Reich* en su proyección externa al deshacer y acabar con toda fuerza y toda capacidad de resistencia. El efecto es esa serie interminable de presiones políticas y económicas que contribuyeron a la caótica marcha de las cosas en Alemania.

De aquí resulta la siguiente situación:

1) En política interior: La revuelta de noviembre de 1918 barrió de un golpe la sedicente autoridad del Estado en el compromiso legitimista burgués.

La inaudita y cobarde capitulación de las autoridades responsables ante el motín de desertores marxistas e internacionalistas quebrantó en el pueblo la adhesión a la antigua forma de gobierno y a sus hombres representativos, adhesión seguramente prestada hasta entonces en un 90 %.

Repuesta la nación del ominoso acto, educada desde siempre en la obediencia en cualquier forma, empezó a considerarse obligada, cuando menos, a una pasiva tolerancia frente a los nuevos detentadores del poder.

La debilidad numérica e inherente al nuevo régimen condujo a aquella singular alianza entre los teorizantes del marxismo y los practicantes del capitalismo, híbrida, extraña y corrupta alianza que necesariamente había de imprimir sus rasgos característicos en la vida política lo mismo que en la vida económica.

A través del centro se une la democracia burguesa más o menos orlada de nacionalismo al descarado internacionalismo marxista y engendra aquellos gobiernos parlamentarios que se iban sucediendo en lapsos de tiempo cada vez más cortos y que enajenaron y dilapidaron el capital económico y político que la nación había atesorado.

Durante catorce años sufre Alemania un desmoronamiento sin igual en la Historia.

Hay una subversión en todos los conceptos. Lo que era bueno deviene malo y lo que era malo bueno. Se desprecia al héroe y se honra al cobarde. Se castiga al honrado y se premia al holgazán. Para el decente no hay más que escarnio y para el depravado alabanza. El fuerte incurre en la reprobación y, en cambio, se glorifica al débil. El mérito en sí no vale nada. En su lugar aparece el número, es decir, la inferioridad y la negación del valor. Con la misma desfachatez con que se niega el porvenir histórico se profana infamemente el pasado.

Con impudente osadía se ataca, se ridiculiza o se desprestigia la fe en la nación y en sus derechos. Al amor a lo bello lo sustituye un culto consciente de lo inferior y de lo feo. Lo que es sano deja de ser norte de la aspiración humana y en el centro de lo que se llama nueva cultura aparece lo deforme, lo enfermo, lo degradado.

Se socavan y se precipita el desplome de los pilares en que se apoyaba la existencia del pueblo. Y mientras millones de existencias de la clase media y campesina eran las víctimas de la ruina provocada a sabiendas, una burguesía bonachona y atontada ayudó como celoso peón político a preparar el postrer derrumbe.

Porque, ¿quién puede creer seriamente que una nación puede mantenerse eternamente en semejante estado de decadencia sin que una día se presenten las últimas y extremas consecuencias? No. Esto tenía que llevar al caos comunista.

Pues en la misma medida en que el mando de la nación se alejaba conscientemente de todas las aportaciones y normas de la razón, cayendo, en cambio, en la insensatez marxista, la comunidad del pueblo tenía que sufrir una constante y progresiva desintegración. Las positivas fuerzas conservadoras empezaron a ceder y a desparramarse y únicamente las fuerzas negativas, destructoras, se fusionaron en una unidad horrenda para el ataque general contra los últimos restos que aún quedaban en pie.

La atomización de la vía política y cultural, la decadencia, cada vez más rápida, de la orgánica estructura de la nación, la parálisis de su funcionamiento, quebrantó la confianza en la vocación y, por consiguiente, en la autoridad de los que se dispusieron a conducir al pueblo. Del general desmoronamiento de todos los conceptos básicos sobre las cláusulas esenciales de nuestro común pacto nacional y social, resultó una disminución de la confianza y, consiguiente y necesariamente, de la fe en la posibilidad de un porvenir mejor. En estas circunstancias, la catástrofe económica tenía que seguir fatalmente a la decadencia política y cultural.

Merecimiento singular y exclusivo del movimiento nacionalsocialista es que esta postración económica, con la horrible miseria de las masas, no diera nuevo impulso a la aceleración de la catástrofe política, sino que, antes bien, condujera a una agrupación de conscientes campeones de una ideología nueva, constructiva y, por lo tanto, realmente positiva.

Por eso, a partir del año 1930 no había más que este dilema: o, como lógica continuación del proceso iniciado, el triunfo había de corresponder al comunismo, con todas sus incalculables consecuencias, no sólo para Alemania sino para el mundo entero, o el nacionalsocialismo había de lograr vencer en el último momento al internacionalismo adversario.

Prueba de la incomprensión del mundo burgués para el espíritu de esta lucha que exigía imperiosamente una solución definitiva, es que todavía, hasta hace doce meses creía (el mundo burgués), seriamente en Alemania, poder salir al final triunfante, como neutral inactivo en esta contienda de dos ideologías que se llevaba con el más enconado ánimo de aniquilamiento.

Las exigencias que esta lucha impuso a nuestro movimiento fueron enormes. Se necesitaba tanta altivez de espíritu para soportar el escarnio y la burla, como heroísmo y valentía para defenderse de las calumnias y ataques cotidianos. En este tiempo cayeron, muertos o heridos, diez mil combatientes nacionalsocialistas. Innumerables fueron los que entraron en las prisiones, centenares de miles se vieron obligados a abandonar su trabajo o perdieron de una u otra forma sus medios de vida. Pero de estas luchas surgió la inmovible guardia de la revolución nacionalsocialista, el tropel de millones de las

organizaciones del partido, las formaciones de asalto y los escalones de protección del nacionalsocialismo.

Sólo a ellos debe el pueblo alemán el haberse librado de una locura que, de haber conseguido la victoria, no sólo hubiera dejado en el desempleo a 7 millones sino que hubiese entregado a la inanición, no tardando, a 30 millones.

2) En política exterior: Cuando en noviembre de 1918, el pueblo alemán, emocionado y sobrecogido por las promesas que le hizo el presidente Wilson, abatió las armas en el Tratado de Compiègne, vivía, lo mismo que hoy, en la íntima, inmovible persuasión de ser inocente en la explosión de aquella guerra. No influye para nada en este hecho la firma arrancada a unos hombres débiles, contra su propia conciencia, y erigida en reconocimiento de la culpabilidad alemana. Por eso, la inmensa mayoría del pueblo alemán se abandonó entonces a la creencia de que la deposición de las armas significaba, no sólo el fin de aquella guerra, sino la preservación de una calamidad semejante para todo porvenir humanamente previsible.

Si en esa ocasión no hubiera el odio aturcido la razón, la horrible experiencia pretérita habría sido para todos una lección saludable para evitar en lo futuro la repetición de algo análogo mediante una colaboración más eficaz de todos. Y sólo entonces hubieran sido, en último extremo, al menos para generaciones venideras, sacrificios de bendición los inmensos sacrificios de la guerra más espantosa de todos los tiempos.

El Tratado de Versalles destruyó fundamental y brutalmente esas esperanzas.

El intentar fijar para siempre como base de regulación jurídica en la vida internacional el cuadro de fuerzas que resultó al final de la guerra, perpetuó el odio por un lado y la enconada amargura por otro. Desechando las anteriores experiencias humanas y las objeciones de exhortadores verdaderamente sensatos, se creyó servir mejor al futuro cargándole con las maldiciones del pasado. Sólo así se explica que después de esa dura lección para la humanidad, en virtud de semejante obra de paz, no pudiera sobrevenir una paz verdadera, sino una intranquilidad mayor.

Las desatinadas cargas políticas y económicas de este tratado destruyeron fundamentalmente la confianza del pueblo alemán en todas las instancias de la Justicia de este mundo.

Esto avivó necesariamente, en muchos millones de hombres, el sentimiento de odio contra un orden de cosas que permitía la difamación y la discriminación de un gran pueblo, sencillamente porque una vez tuvo la desgracia de sucumbir tras heroica resistencia en una guerra que le impusieron.

Los impulsores de la revolución comunista vieron en seguida las inauditas probabilidades que ese tratado y sus consecuencias prácticas proporcionaban para revolucionar al pueblo. Al escribir el partido comunista en la propia bandera la lucha contra Versalles, logró movilizar hombres que en el colmo de la desesperación creían no poder encontrar más salida que en el caos. El mundo, empero, parecía no notar que, mientras se obstinaba ciegamente en el cumplimiento literal de imposibilidades incomprensibles y francamente absurdas, en Alemania se verificaba un proceso que, en forma de señal para la revolución comunista mundial, presentaría en breve tiempo a las llamadas potencias vencedoras, en lugar del útil esclavo del tratado, un pestífero agente patógeno.

Por eso el movimiento nacionalsocialista se granjeó, no sólo en el pueblo alemán sino también en Europa y en el mundo entero, el merecimiento de haber impedido con su triunfo un proceso que hubiera dado, si no, el definitivo golpe de gracia a la última

esperanza de curación de las dolencias de nuestro tiempo.

Frente al hecho de esta total catástrofe que amenazaba, surgían por sí mismos cometidos de verdadera magnitud histórica. No era uno de los obligados cambios de gobierno lo que podía salvar a la nación del abismo, sino únicamente una reforma interior de grandes proporciones, penetrante y honda. No eran problemas económicos y de política exterior lo que había que resolver. Eran problemas de raíz más profunda: problemas espirituales y problemas de raza.

El organismo nacional amenazado de descomposición tenía que recibir de un nuevo contrato social el postulado para la constitución de una nueva comunidad. Pero las tesis fundamentales de este contrato no podían encontrarse más que en aquellas leyes eternas en que se basa toda vida constructiva.

Clara y terminantemente había que colocar sobre todo lo accesorio la significación de la sustancia nacional en sí y la de su conservación. Ni qué decir tenía que dentro de esta sustancia radicaban aquellas condiciones singulares, para nosotros verdaderas, que son provechosas y útiles para su conservación o que, por el contrario, son perjudiciales.

Ahora bien, la voluntad de conservar esta sustancia tiene que encontrar esa adecuada expresión que se manifiesta como voluntad popular patente y viva y sea también de eficacia práctica.

El concepto de democracia es sometido, pues, a minucioso examen y esclarecimiento. Porque la nueva dirección del Estado es, desde luego, una expresión mejor de la voluntad popular que la de la anticuada democracia parlamentaria.

El nuevo Estado entonces, por su parte, no puede asignarse otra misión que la de cumplir adecuadamente las condiciones necesarias para la perpetuación del pueblo. Al desprenderlas de todo concepto puramente formal, republicano o democrático, el gobierno de este Estado será gobierno del pueblo en la misma medida en que la dirección del pueblo, emanada de internos postulados nacionales, es también gobierno del Estado. Por consiguiente, los problemas políticos, culturales y económicos hay que verlos desde la misma perspectiva, tratarlos y resolverlos con idéntica visión. Entonces, esa idea nacional conducirá a la superación de todos los conflictos de clase hasta ahora existentes que, frente a los eternos fundamentos de la raza, son constantemente mudables, a más de insignificantes, por transitorios, y conducirá también a una posición clara y fundamental respecto a los problemas de política exterior.

La concepción racial nacionalsocialista y las tesis étnicas que la sustentan no llevan a la desestimación o al menosprecio de otros pueblos sino, más bien, al conocimiento de la tarea a cumplir para dar a la conservación y a la perpetuación del propio pueblo el único sentido que debe tener.

Esa concepción lleva necesariamente al respeto natural de la vida y de la idiosincrasia de otros pueblos. Esa concepción libera, pues, los actos de política exterior de todo intento de someter gentes extrañas para poderlas gobernar o incluso para incorporarlas como mera masa numérica al propio pueblo, mediante la coerción idiomática. Esa nueva concepción obliga a una abnegación tan grande y tan fanática por la vida y, por consiguiente, por el honor y por la libertad del propio pueblo, como obliga al respeto del honor y de la libertad de los demás. Esa concepción puede, por eso, proporcionar una base muchísimo mejor para la aspiración de pacificar verdaderamente el mundo que la clasificación de las naciones en vencedoras y vencidas, en naciones con plenos derechos y naciones sometidas, sin ellos, clasificación concebida y adoptada con mero espíritu de fuerza.

De una interna revolución de esta índole en el pensamiento del pueblo puede surgir

también, por una parte, la decisión autoritaria y, por otra, la confianza instintivamente certera como condición previa para remediar la crisis económica.

Pues no hay duda de lo siguiente:

El pueblo alemán tiene unos millones de excelentes hombres sin trabajo, los cuales quieren trabajar.

El pueblo alemán tiene una masa de millones de hombres de gran capacidad y destreza intelectual y manual.

El pueblo alemán siente además en esa masa de millones de seres el deseo de un nivel más alto de vida y de cultura.

Y, finalmente, el pueblo alemán contiene en su suelo la posibilidad de un aumento de la producción de sus sustancias alimenticias y en el subsuelo la posibilidad de aumentar sus productos industriales.

Es, por consiguiente, un problema de conocimiento, de voluntad y de energía compaginar el deseo y aspiración a esos bienes con la posibilidad de producirlos.

Cuando la autoridad de un régimen y la confianza de todo un pueblo se unen para una acción resuelta, podrán también solucionar ese gravísimo problema, porque tienen el deber de solucionarlo.

Y nosotros estamos dispuestos a no retroceder ante la solución de esta tarea sino a atacarla.

Cuando hace un año, el 30 de enero, nuestro Mariscal, el venerado presidente del *Reich*, por una resolución verdaderamente magnánima, después de todo lo que había pasado, me confió la formación y la jefatura del gobierno alemán, el partido nacionalsocialista echó sobre sí una responsabilidad tanto mayor cuanto que su visible participación en el gobierno, y por consiguiente, su influjo no parecía corresponder en un principio a las proporciones de su responsabilidad. Sólo en dos ministros en un gabinete distanciado de mí personalmente y distanciado, ante todo, del movimiento, me presenté entonces a la nación con la promesa de acometer las tareas que la Historia y la Providencia nos imponían y resolverlas con amplitud.

En aquel momento no me sentí más que como representante y campeón de mi pueblo. Estaba convencido de que aunque en aquel instante fueran innumerables los que carecían de comprensión para el profundo sentido de nuestro movimiento, nuestra obra efectiva obtendría en corto tiempo el asentimiento intuitivo de la nación. Y desde aquella hora histórica ni un solo instante dejé de interpretar el encargo que se me había confiado como encargo de todo el pueblo alemán aún cuando, a la sazón, consciente o inconscientemente, millones de gentes no se diesen o no quisiesen darse clara cuenta de aquel hecho.

Por eso no he visto jamás en el mero poder exterior el menor sustitutivo de la confianza de la nación, sino que me he esforzado noblemente en convertir la autoridad que radica en el poder en fuerza de confianza. De aquí que pueda confesar con orgullo que, de la misma manera que el partido nacionalsocialista tenía sus raíces exclusivamente en el pueblo, nosotros, como gobierno nunca pensamos más que en el pueblo, con el pueblo y para el pueblo.

Y única y exclusivamente de esta íntima unión con el pueblo alemán nació en nosotros la fuerza para combatir y eliminar fenómenos en los que teníamos que ver no sólo una carga externa sino, a la larga, la definitiva anulación de nuestro pueblo.

Cuando yo, durante catorce largos años de lucha por el poder, declaraba incesantemente la guerra sin cuartel al partidismo burgués y marxista como condición previa para el renacimiento alemán, no era sólo la gran mayoría de mis adversarios

políticos la que reputaba aquel objetivo como engendro de una fantasía extraviada, como una insensatez.

Hombres del parlamento alemán:

Más de setenta años vivieron los partidos a expensas de la nación y, si bien accidentalmente estuvieron sometidos a transformaciones, en lo esencial parecían ser inmortales. Todavía más: su importancia crecía sin cesar. Desde el año 1918 la vida constitucional de la nación se organizó sobre ellos - fermentos de la descomposición estatal - y los proclamó cimientos de la vida pública. Durante setenta años estuvieron aumentando su significación dentro del Estado y, finalmente, haciendo entre ellos comercio del poder como exclusivo objeto de su aspiración y de sus intereses. Los partidos imponían su espíritu a la legislación alemana, espíritu que rebajó al *Reich* hasta convertirlo en el esbirro de sus intereses. Inútil que el *Reich* perdiese una guerra: los partidos apenas si eran afectados por ello. Inútil que el pueblo alemán perdiese su libertad: los partidos reclamaban entonces con más fuerza sus derechos. Y cuando, por fin, el pueblo alemán iba camino de la miseria desoladora, de la desaparición misma, los partidos, más erguidos que nunca, se convirtieron en verdaderos tiranos de la vida pública.

Pues bien, ¡hombres del parlamento alemán! En un año de revolución nacionalsocialista hemos derribado a esos partidos. No sólo está quebrantada su fuerza, no, es que están eliminados y borrados de nuestro pueblo alemán. Todos los satélites que giraban en torno a la Segunda y Tercera Internacional, los que representaban la burguesa clase media, y los intereses del catolicismo, y la misión de un socialismo evangélico, y los fines de la finanzocracia, hasta la mísera representación de nuestro descastado intelectualismo, todos han desaparecido.

En este año sobre las ruinas de ese mundo hundido, se ha alzado victoriosamente la fuerza vital de nuestro pueblo.

¿Qué significa frente a la fuerza de este sólo hecho toda la legislación de decenios?

¡Antes se habían formado nuevos gobiernos; desde hace un año, empero, estamos forjando un nuevo pueblo!

Y lo mismo que vencimos las manifestaciones de descomposición política de nuestro pueblo hemos emprendido este año la lucha contra las manifestaciones de ruina económica.

Cuando el 24 de marzo di a las organizaciones del partido la orden de que el 2 de mayo, al día siguiente a la Fiesta del Trabajo Nacional, ocupasen las casas de los sindicatos y transformasen esos burgos de la demencia internacional de clases en baluartes del trabajo nacional, no lo hice para arrebatarse al obrero alemán una institución valiosa para él, sino para allanarle a todo el pueblo el camino hacia una paz de trabajo, que había de ser en el futuro beneficiosa para todos.

Al dar pues este paso, les arrancábamos también de las manos, por otra parte, las armas para la lucha económica de clases.

En la legislación que, en general, ha quedado terminada en un año, hemos fijado ya definitivamente los rasgos esenciales de un estado de cosas donde, en lugar del derecho violento del más fuerte económicamente se impondrán los altos intereses de la comunidad de todos los hombres trabajadores.

Pues claramente vemos que la gigantesca tarea que nos marca, no sólo la crisis económica del presente sino la escrutadora mirada en el porvenir, no puede llevarse a

cabo sino colocando el interés de todos por encima del egoísmo individual e imponiendo su voluntad como ultima providencia.

Con evidente previsión de este singular proceso, nosotros, los nacionalsocialistas, creamos tenazmente en este terreno, con la institución de la célula de fábrica la base organizadora para que los ejércitos de la clase trabajadora alemana no cayeran, desorganizados y sin rumbo, en el desconcierto, sino que, con mano firme, fueran compactamente introducidos en el mundo de los nuevos hechos.

Y estamos convencidos de que esta obra gigantesca de superación de las organizaciones de clase políticas y económicas no ha terminado interiormente ni mucho menos, sino que será la tarea latente que nos ocupe en años venideros lo mismo que en los doce meses transcurridos. Sólo hay algo incommovible: lo que ha sido no volverá a ser jamás.

No menos profunda es la explicación del nuevo Estado con las dos Iglesias cristianas.

Penetrados del deseo de asegurarle al pueblo alemán los grandes valores religiosos, éticos y morales anclados en las dos confesiones cristianas, eliminamos las organizaciones políticas robusteciendo, en cambio, las instituciones religiosas. Pues un acuerdo con un Estado fuerte nacionalsocialista es de más valor para la Iglesia que la lucha confesional de asociaciones políticas a las cuales, la necesidad de coaliciones y compromisos obliga siempre a conseguir para sus adeptos ventajas personales a costa del abandono del ideal de una verdadera e íntima educación y consolidación religiosa del pueblo.

Pero todos tenemos la esperanza de que la fusión de las Iglesias y confesiones evangélicas de los países alemanes en una Iglesia nacional evangélica puede satisfacer plenamente los anhelos de quienes creían que había que temer un desmayo de la fe por el desparramamiento de la vida evangélica.

Al mostrar este año el Estado nacionalsocialista su respeto ante la fuerza de las Iglesias cristianas, espera de éstas el mismo respeto ante la fuerza del Estado nacionalsocialista.

La obra histórica de fusionar campesinos, obreros y burguesía en una comunidad nacional perdería su sentido si la aspiración de esa comunidad recibiera órdenes y encargos de formas políticas de otra procedencia, de otro carácter y de tiempos pasados. La fuerza del partido nacionalsocialista estriba en que jamás ha olvidado la raíz de su existencia ni en su misma estructura interna. No fue para servir a un país ni a una estirpe determinados para lo que un día se fundara el partido, sino para la nación alemana y para el pueblo alemán.

Por eso, desde un principio no reconoció para su conformación más que aquellos elementos que, en puridad, derivaban de las exigencias vitales del pueblo alemán. Por eso hoy no puede bajo ningún concepto reconocer los pasados intereses dinásticos y el resultado de la política de esos intereses como compromisos eternamente respetables del pueblo alemán y de su expresión orgánica en la vida del Estado.

Las estirpes alemanas son los cimientos, queridos por Dios, de nuestro pueblo.

Son una parte de su sustancia y permanecerán por lo tanto mientras haya un pueblo alemán.

En cambio, las formaciones políticas de los diferentes Estados son producto de actos del hombre en pasados tiempos, actos probablemente buenos unas veces, pero también deplorables otras. Son obra humana y, por tanto, perecedera. De la misma manera que no hay en este mundo condición que junto a lo malo no revele también algo bueno, así

aquí sería posible hallar sin trabajo, incluso en las historias de la peor política dinástica, páginas meritorias. Ahora que lo decisivo no es lo que dichas formaciones puedan aducir en provechoso aislamiento para su justificación. Lo decisivo es la cuestión de los daños inferidos al pueblo alemán y a su historia considerados en conjunto. Y decisivo es aquí también el hecho de que esas formaciones no fueron creadas antaño por un sentimiento de contribución a la grandeza alemana, sino casi exclusivamente en nombre de una política familiar, egoísta y violenta.

Si después de esta política, gracias a muchas correcciones del destino, no llegó a poder aniquilar definitivamente a Alemania como nación, no fue merecimiento de los representantes de esa política, sino de quienes, de tarde en tarde, unas veces conscientes, otras, inconscientes instrumentos de la Providencia, proclamaban y defendían los eternos derechos de los pueblos frente a esas construcciones artificiosas.

Y aunque esta política de linaje se valiese de calidades latentes en la estirpe, no realzó con ello la importancia de ésta en el mundo ni enriqueció así sus posibilidades de vida, sino que, más bien, la condenó, en general, casi siempre a una insignificancia desdolorosa.

A los principios de una política exclusivamente principesca el nacionalsocialismo opone el principio de la conservación y del estímulo del pueblo alemán, de esos millones de campesinos, obreros y burgueses predestinados en este mundo a un hado común, bendecidos en la misma dicha o condenados al mismo infortunio.

Por eso quiero protestar aquí de la afirmación hecha recientemente de que Alemania no puede volver a ser feliz más que bajo sus Casas reinantes.

¡No! Somos un pueblo y queremos vivir en un *Reich*.

Y lo que tantas veces pecó contra ello en la historia alemana, no podía considerarse llamado por la desgracia de la voluntad divina sino, desgraciadamente muchas veces, como la Historia enseña, por la eficacia del favor y el auxilio de los peores enemigos.

Por eso, con plena conciencia mantuvimos este año la autoridad del *Reich* y la autoridad del gobierno frente a aquellos que, como menguado séquito y herencia de la política del pasado, creían poder declarar también al Estado nacionalsocialista su tradicional resistencia.

Una de las horas más felices de mi vida fue aquella en la cual se puso de manifiesto que todo el pueblo alemán prestaba su asentimiento a esta política de exclusiva defensa de sus intereses.

Con todo respeto a los valores de la monarquía, con toda veneración a los verdaderamente grandes emperadores y reyes de nuestra historia alemana, la cuestión de la definitiva forma de gobierno del Estado alemán está hoy fuera de toda discusión. Pero cualquiera que sea la decisión que un día adopte la nación y sus jefes no hay que olvidar jamás esto: el que encarne la suma representación de Alemania recibe su llamamiento del pueblo alemán y está obligado exclusivamente a él.

Yo mismo me considero únicamente mandatario de la nación para llevar a cabo las reformas que un día permitan adoptar la última resolución sobre la constitución definitiva del *Reich*.

Esta gigantesca empresa de la conformación de nuestro organismo nacional y de la modelación de nuestro nuevo *Reich* será también en lo sucesivo la suprema tarea de la dirección nacionalsocialista del Estado. ¡Lo que en los doce meses pasados se ha hecho de labor preliminar en este sentido constituye verdaderamente una revolución histórica!

En el ámbito de esta revolución se efectuó la transposición y corrección de numerosas instituciones de nuestra vida pública, sin perder jamás de vista el ya indicado principio

básico: el mantenimiento y el estímulo de nuestro espíritu de pueblo. Tan necesarias fueron las intervenciones en la administración como las intervenciones en la Justicia. El saneamiento de nuestra vida pública de manifestaciones decadentes conduce a una reforma de nuestra prensa, cinematografía y teatro. Se ha intentado sobre todo impregnar la vida cultural de un sentido más noble, devolver el arte al pueblo alemán, amoldar la ciencia y la educación al nuevo espíritu.

Trasladar los principios fundamentales del movimiento nacionalsocialista al campo de la economía era tanto más difícil cuanto que aquí se presentaban de antemano tres cuestiones de solución inmediata:

- 1) Era preciso, para salvar al campo de la total ruina a que estaba expuesto, intervenir en los mercados y en los precios, dando legalmente al campesino un sostén fuerte e indestructible.
- 2) La corrupción general, más difundida cada vez, obligaba a una inmediata y radical depuración de nuestra vida económica que la librase de los fenómenos de una especulación y una piratería sin escrúpulos.
- 3) La necesidad de reintegrar al trabajo a 6,5 millones de hombres desempleados impedía por sí misma entregarse a teorías que en su tornasolada belleza hacen olvidar con demasiada facilidad su irrealidad actual y, por consiguiente, su invalidez. Pues en el momento de la llegada al poder de la revolución nacionalsocialista había en Alemania un hombre sin trabajo por cada dos ocupados. Si - lo que ya no era sólo de temer, sino de esperar -, el número de los desempleados hubiera aumentado, se hubiera producido en breve una inversión de esa proporcionalidad y, con ello, una situación desesperada. Esos 6,5 millones de desempleados no se hartan exponiéndoles, a modo marxista, hermosas teorías, sino procurándoles verdadero trabajo. Así pues, nosotros emprendimos este año el primer ataque general contra el desempleo: en la cuarta parte del tiempo que me fijé antes de las elecciones de marzo reintegré a un trabajo útil a la tercera parte de los desempleados. El ataque se hizo concéntricamente, por todas partes, facilitando así el triunfo.

Al volver hoy la vista al año transcurrido nos disponemos, pertrechados con la experiencia ganada en él, a comenzar el nuevo ataque contra esta calamidad. El juego simultáneo del impulso estatal y de la iniciativa y energía privadas fue sólo posible gracias a la renacida confianza del pueblo en el mando y en la estabilidad de un positivo orden y seguridad económicos y jurídicos.

Hay enemigos que creen aminorar la gloria de nuestra labor con la observación de que todo el pueblo ha tomado parte en ella. Naturalmente. Este es el supremo orgullo que tenemos: el haber logrado realmente agrupar al pueblo y ponerle al servicio de su renovación. Pues sólo de esta manera podíamos dar cima a tareas ante las cuales fracasaron muchos gobiernos, que tenían que fracasar por faltarles esa confianza.

Y sólo fue finalmente posible también poner en íntima relación con nuestros fundamentos ideológicos esa gigantesca labor práctica emprendida en parte someramente.

La fórmula primitiva *el pueblo no está ahí para la economía ni la economía para el capital sino que el capital tiene que servir a la economía y ésta al pueblo*, se mantuvo ya este año como suprema norma sobre todas las medidas del gobierno.

Y esta norma fue parte también, en primer término, para que se lograra que las grandes iniciativas prácticas y positivas del gobierno fueran seguidas comprensiva y animosamente. Así fue posible que mediante una reducción en los impuestos y los suplementos públicos inteligentemente aplicados se pudiese estimular la producción natural en una proporción que, doce meses antes, la mayor parte de nuestros críticos reputaba completamente inverosímil.

Algunas de las medidas iniciadas no serán comprendidas en toda su significación hasta días venideros. Así ocurre en primer lugar con el impulso dado a la motorización del tráfico alemán en relación con la construcción de autopistas. La antigua rivalidad entre ferrocarriles y automóviles ha encontrado aquí una solución que será un día de gran provecho para todo el pueblo alemán.

Ya sabíamos que para poner en marcha nuestra economía en este primer año, había que empezar por facilitar una ocupación primitiva que elevase la capacidad adquisitiva de la gran masa para ir animando poco a poco la producción en esferas más complicadas.

En todo caso se intentó poner en orden la vida financiera del *Reich*, de los países y de los municipios, completamente destruida, acudiendo a amplias medidas, por un lado y al ahorro más enérgico por otro.

Las proporciones del renacimiento económico se desprenden elocuentísimamente de la enorme disminución de nuestros desempleados y de la no menos importante elevación de los ingresos totales del pueblo, como acusan ya las estadísticas.

La necesidad de poner en marcha a todo trance la producción nacional y de disminuir el número de los desempleados obligó a renunciar a varias cosas que hubieran sido también deseables.

Natural es que, no obstante, nuestra actividad de este año haya sido atacada por innumerables enemigos. Es esta una carga que hemos sabido soportar y que sabremos soportar también en el futuro. Las imposturas de depravados exiliados que en su mayor parte abandonaron, no por razones políticas sino criminales, el clima que les parecía ya peligroso de su antiguo campo de operaciones, y que con malvada astucia y una criminal falta de conciencia intentaron movilizar contra Alemania un mundo crédulo, caerán por su base, toda vez que de los demás países vienen constantemente a Alemania decenas de miles de hombres y mujeres respetables y dignos quienes, con sus propios ojos, pueden comparar el cuadro que pintan esos *perseguidos* internacionalistas con la verdadera realidad.

El que haya todavía una parte de ideólogos comunistas que crean necesario dar vuelta a la rueda de la Historia y se sirvan para ello de una infrahumanidad, que confunde el concepto de libertad política con la expresión de criminales instintos, no nos preocupa tampoco mucho. Hemos terminado con esos elementos cuando ellos estaban en el poder y nosotros en la oposición. Mucho mejor podremos tenerlos a raya en lo sucesivo cuando ellos están en la oposición y nosotros en el poder.

También una parte de nuestra intelectualidad burguesa cree no poder avenirse a la dura realidad. Ahora que, verdaderamente, es más conveniente tener a esta desarraigada inteligencia de enemiga que de adepta, pues se aparta de todo lo sano y sólo lo patológico despierta su interés y recibe su estímulo.

A estos enemigos del nuevo gobierno quisiera añadir también el pequeño *cliché* de esos incorregibles retrógrados a cuyos ojos los pueblos no son otra cosa que factorías mostrencas que no esperan más que uno de esos enviados de Dios bajo cuya égida han de encontrar la única pacificación interna posible.

Finalmente cuento asimismo entre ellos ese pequeño grupo de ideólogos nacionales que cree que la nación no podría ser feliz más que borrando las experiencias y los resultados de una historia dos veces milenaria para comenzar de nuevo su camino en una mentida piel de oso.

Todos esos enemigos juntos no llegan siquiera en Alemania a 2,5 millones frente a más de 40 millones fieles al nuevo Estado y a su gobierno. Esos 2 millones no hay que contarlos ni mucho menos como oposición, pues no son sino un confuso conglomerado de las más diversas opiniones e ideas, completamente incapaz de seguir un fin político común, cualquiera que sea, y capaz sólo de una conjunta negación del Estado de hoy.

Más peligrosas que éstos son, en cambio, dos categorías de hombres en los cuales tenemos que ver un verdadero lastre para el *Reich* actual y futuro.

Son, en primer término esas aves migratorias de la política que aparecen allí donde se haga verano, sujetos débiles de carácter pero verdaderos fanáticos de la coyuntura, que irrumpen sobre todo movimiento triunfante y que con descompasada gritería y un comportamiento cabal tratan de antemano de impedir o de responder a la averiguación de su procedencia y actividad anterior.

Son peligrosos porque, bajo la máscara del nuevo sistema buscan la satisfacción de sus meros egoísmos, deviniendo así verdadero lastre para un movimiento por el que, durante años enteros, hicieron duros sacrificios hombres dignos que quizá no pensaron siquiera que jamás encontrarán compensación al sufrimiento y las privaciones padecidos por el pueblo.

Una importante tarea futura será, especialmente, la de limpiar al Estado y al partido de esos importunos parásitos. En cambio, muchos hombres íntegros en el fondo, que por razones comprensibles e imperiosas no pudieron sumarse al movimiento, encontrarán el camino de éste sin temor a ser confundidos con aquellos turbios elementos.

Otro pesado lastre es el ejército de quienes de antemano, y por ley de herencia, nacieron al lado negativo de la función vital del pueblo.

Aquí tendrá que apelar el Estado a medidas francamente revolucionarias.

Es un gran merecimiento del movimiento nacionalsocialista el que, este año pasado, haya procedido por vía legislativa al primer ataque contra la lenta decadencia que amenazaba al pueblo. A las objeciones que se hacen principalmente por parte de la Iglesia y a la oposición contra esta legislación tengo que replicar lo siguiente: hubiera sido más conveniente, más sincero y, sobre todo, más cristiano no haber seguido en los decenios anteriores a los que aniquilaban conscientemente lo sano de la vida en lugar de incitar contra los que no quieren más que evitar todo lo enfermo.

El dejar de hacer en este terreno no es sólo crueldad contra las inocentes víctimas individuales sino también una crueldad contra la totalidad del pueblo. Si las cosas hubiesen seguido el curso de los últimos cien años, el número de los asistidos por la beneficencia pública se aproximaría un día amenazadoramente al de los que, en último extremo, son los únicos que llevan el peso de la conservación de la comunidad.

No son las iglesias las que alimentan estos ejércitos de desgraciados sino el pueblo el que tiene que hacerlo. Si las iglesias se declarasen dispuestas a tomar bajo su cuidado y amparo estos enfermos hereditarios, de buen grado accederíamos a renunciar a su esterilización. Pero mientras el Estado esté condenado a recaudar anualmente entre sus ciudadanos ingentes sumas cada vez mayores - actualmente sobrepasa en Alemania la cantidad anual de 350 millones, en total -, para el mantenimiento de esos desgraciados enfermos de la nación, entonces está obligado a procurarse un remedio que preserve de la transmisión en el futuro de un inmerecido sufrimiento y que impida que de esa

manera haya que privar a millones de hombres sanos de lo más necesario muchas veces para la vida, con el fin de conservar artificialmente a hombres enfermos.

¡Hombres del parlamento alemán! Por grandes que sean los resultados del año de la revolución nacionalsocialista y de la dirección del Estado en sus manos, es todavía más digno de notar el hecho de que este gran cambio pudiera verificarse en nuestro pueblo: primero, con una rapidez vertiginosa, y, segundo, casi sin derramamiento de sangre.

Es destino de la abrumadora mayoría de las revoluciones el de perder bajo sus pies, en la precipitación de su avance impetuoso, la tierra firme, para acabar estrellándose en cualquier parte contra las duras realidades.

Pero nosotros hemos podido dirigir tan admirablemente, en general, esta resurrección nacional, que, apenas si se había antes, si se exceptúa la revolución fascista en Italia.

Las causas radican en el hecho de que no fue el pueblo llevado a la desesperación pero desorganizado quién alzó la bandera de la rebelión y arrimó la tea incendiaria al Estado existente, sino un movimiento brillantemente organizado el que luchaba con hombres disciplinados durante largos años. Este es el imperecedero merecimiento del partido nacionalsocialista y sus organizaciones; este es el merecimiento de la *guardia parda*.

La *guardia parda* ha preparado la resurrección alemana casi sin derramamiento de sangre, ejecutándola y llevándola a término con una medida sin ejemplo.

Este milagro no fue, empero, concebible más que por la adhesión voluntaria y absoluta de quienes al frente de organizaciones análogas aspiraban a los mismos fines, o de los que, como oficiales, representaban la fuerza armada alemana.

Es un singular proceso histórico el que entre las fuerzas de la revolución y los jefes responsables de un ejército sumamente disciplinado, pudiese llegarse a una alianza tan cordial al servicio del pueblo, como la que se formó entre el partido nacionalsocialista y yo como su jefe, por una parte, y los oficiales y soldados del ejército y de la marina alemanes, por otra.

Si los Cascos de Acero se fueron acercando en estos doce meses más y más al nacionalsocialismo, para dar finalmente a esta fraternidad la más hermosa expresión de una fusión con él, el ejército y su mando permanecieron durante el mismo tiempo fieles y adictos, sin restricción, al nuevo Estado, facilitando en último extremo el triunfo de nuestra labor ante la Historia.

Pues no era una guerra civil lo que podía salvar a Alemania sino la unánime agrupación de todos aquellos que ni aún en los peores años habían perdido la fe en el pueblo y en el *Reich* alemanes.

Para terminar con este año de revolución, tan grande en política interior, quiero señalar todavía como singular indicio de la poderosa fuerza de cohesión de nuestro ideal, el que en un gabinete al cual en enero de 1933 no pertenecían más que tres nacionalsocialistas, continúan aún todos los ministros, con excepción de uno solo, que salió por propia voluntad y a quien yo veo con gran satisfacción elegido en nuestra lista como un verdadero patriota alemán. Así pues, los hombres del gobierno constituido el 30 de enero de 1933, han cumplido entre ellos lo que pedían a todo el pueblo alemán: olvidando antiguas diferencias, laborar en común por el renacimiento de nuestro pueblo y por el honor y la libertad de nuestro Estado.

La lid por la nueva conformación interna del pueblo alemán y de su *Reich*, lid que encontró su máxima expresión en la fusión del partido y del Estado, del pueblo y del *Reich*, no ha concluido. Fieles a la proclama que hicimos al entrar hace un año en el gobierno, continuaremos en ella, con lo cual están ya fijados de antemano para el futuro los cometidos de nuestra voluntad y nuestra acción de política interior: robustecimiento

del *Reich* mediante la agrupación de todas las fuerzas en forma organizada que recupere al fin lo que el egoísmo y la incapacidad dejaron desatendido durante quinientos años. Estímulo del bienestar de nuestro pueblo en todos los aspectos de la vida y una cultura de base moral.

El parlamento alemán aprobando en esta misma sesión una nueva ley de gobierno, tendrá que dar el legal poder discrecional para continuar la revolución nacionalsocialista.

Cuando el 30 de enero me confió el presidente del *Reich* la jefatura del nuevo gobierno, no me animaba a mí - y conmigo no sólo a los miembros del gabinete sino a todo el pueblo alemán - más que el voto ardiente de que el Todopoderoso nos concediera el reconquistar para el pueblo alemán el honor y la igualdad de derechos ante el mundo. Como sinceros partidarios de una verdadera política de conciliación creíamos que ésta era la mejor manera de contribuir a una verdadera paz entre los pueblos. Esta idea la hemos erigido en principio de toda nuestra política internacional. El nuevo Estado alemán se presenta ante todos los pueblos y Estados animado fundamentalmente del único deseo de vivir con ellos en paz y amistad. Estábamos convencidos de que habría de ser posible otra vez hablar en este mundo de diferencias en la vida de las naciones, sin que hubiese que pensar en seguida en la fuerza.

Uno de los graves resultados del Tratado de Versalles, es el de haber provocado necesariamente, por la perpetuación del concepto de vencedores y vencidos, el peligro de una perpetuación de la idea de que las discrepancias de criterio y las oposiciones de intereses en la vida internacional, son cosa prohibida en absoluto a la parte débil o que debe ser replicada mediante la fuerza de las armas por los más poderosos. La idea de que por vía de sanciones que obligan a soportar los tratados, puedan seguirse infringiendo nuevas injusticias al que una vez quedó desposeído de sus derechos, no puede conducir más que a una cruel amargura para la moral de las relaciones internacionales. Pues, por experiencia, la humillante sumisión del vencido en vez de aplacar al vencedor suele excitarle a nuevos desafueros.

Durante catorce años intentó el pueblo alemán, mediante una política de cumplimiento ciertamente suicida, reconciliarse con enemigos irreconciliables y cooperar por su parte a la erección de una nueva comunidad de Estados en Europa.

Los resultados fueron tristísimos. No es una prueba de lo contrario la atenuación introducida en la política de reparaciones porque fue después de la ruina, no sólo de la economía alemana sino, en gran parte también, de la economía mundial, cuando se decidió poner fin por medio de convenios a un procedimiento que, en rigor, por la carencia de toda sustancia en Alemania, había encontrado ya, sin más ni más, su fin y liquidación.

Al decidir el nuevo gobierno alemán llevar al terreno político también esta lucha por la igualdad alemana de derechos, estaba convencido de que, ante todo, aportaba con ello una contribución al saneamiento de las relaciones económicas mundiales. Pues sin una completa desintoxicación de las relaciones políticas de los pueblos entre sí y, por consiguiente, de la atmósfera política, no se puede llegar tampoco económicamente a una colaboración leal.

Esta colaboración será necesaria cuando en los años venideros se quiera proceder seriamente a resolver los grandes problemas que plantean: por una parte, el desplazamiento y las alteraciones de los mercados y, por otra, la subsistente necesidad de exportar de determinadas naciones.

El gobierno alemán parte fundamentalmente del pensamiento de que para el

anudamiento de relaciones con los demás países es, naturalmente indiferente, la clase de constitución y la forma de gobierno que los pueblos hayan querido darse. Es una cuestión primigenia para cada pueblo regir su vida interior según su propio entender. Pero por eso también es cuestión exclusiva del pueblo alemán la de elegir por propio impulso el contenido espiritual y la forma constructiva de su organización y de su dirección política.

Durante muchos meses hemos tenido que comprobar dolorosamente que la diferencia que se manifiesta entre nuestra ideología y la de los otros pueblos, se tomó como pretexto para colmar al pueblo y al Estado alemanes con agravios numerosos e injustos oponiéndole una desconfianza que nada justifica.

Nosotros no hemos podido compartir esta manera de ver. Durante los doce meses pasados fue nuestra entera preocupación la de cuidar las relaciones del pueblo alemán con los demás Estados en un espíritu predispuesto a la conciliación y al entendimiento, aunque entre las concepciones políticas de esos países y las nuestras existieran grandes e infranqueables diferencias.

Tanto respecto a los Estados de constitución democrática como a los de tendencia antidemocrática, nuestro propósito fue siempre el mismo: el de encontrar medio y camino para el allanamiento de discrepancias y la colaboración internacional.

Sólo así es comprensible que, a pesar de la gran diferencia de las dos ideologías imperantes, el *Reich* se afanase también este año en seguir fomentando sus relaciones amistosas con Rusia. Si en su último gran discurso expresaba Stalin el temor de que en Alemania actuaran fuerzas antisoviéticas, por mi parte tengo que corregir desde aquí este concepto, en el sentido de que de la misma manera que en Rusia no se toleraría una tendencia nacionalsocialista alemana, Alemania no tolerará una tendencia, ni siquiera una propaganda comunista. Cuanto mayor sea la claridad y la precisión con que se presenten y sean respetados por ambos Estados estos hechos, tanto más natural puede ser la atención que se preste a los intereses comunes a ambos países. Por eso vemos también complacidos el deseo de estabilizar las relaciones en el este mediante un sistema de pactos, siempre que los puntos en que se inspiren no sean tanto de índole táctico-política, cuanto al servicio de la afirmación de la paz.

Por esta razón y con estos propósitos se ha esforzado también en el primer año el gobierno alemán en establecer nuevas y mejores relaciones con el Estado polaco.

Cuando el 30 de enero me encargué del gobierno, me parecieron más que insatisfactorias las relaciones entre ambos países. Corría el peligro de que las indudables diferencias existentes, producto en parte de las cláusulas territoriales del Tratado de Versalles y, en parte, de la mutua irritabilidad originada de ellas, fuese forjando poco a poco una hostilidad que, fácilmente, de prolongarse, podía adquirir el carácter de una recíproca tara política hereditaria.

Prescindiendo de los peligros inminentes que latían en él, este proceso impediría para siempre una colaboración beneficiosa para ambos pueblos. Alemanes y polacos tendrán que avenirse, unos y otros, al hecho de su existencia misma. Por eso es más conveniente que un estado de cosas que mil años de historia no ha podido hacer desaparecer y que tampoco después de nosotros se haría desaparecer, reciba una conformación que reporte el máximo provecho para las dos naciones.

Me pareció necesario además demostrar con un ejemplo concreto que, aún en el caso de diferencias indudables, no debían éstas impedir el encontrar para la vida internacional esa forma de trato recíproco que beneficia más a la paz y, por consiguiente, al bienestar de ambos pueblos, que la paralización política, y finalmente

económica, que sigue necesariamente al permanente estado de acecho de una mutua desconfianza.

Me pareció también justo intentar en tal caso tratar los problemas pertinentes a ambos países en una franca y leal conversación entre dos, antes que hacerla constantemente materia de deliberación entre terceros y cuartos. Por lo demás, cualesquiera que sean las diferencias entre ambos países en el futuro, ¡el intento de disiparlas con acciones guerreras no estaría en ninguna relación, por sus efectos catastróficos, con la ventaja posible!

De ahí la satisfacción del gobierno alemán al encontrar en el jefe del Estado polaco, el Mariscal Pilsudski, la misma amplitud de miras y al poder fijar la posición de ambos en un tratado que a la vez que beneficioso para los pueblos polaco y alemán, era una alta aportación al mantenimiento de la paz general.

El gobierno alemán está inclinado y dispuesto a cuidar también en el sentido de este tratado las relaciones político-económicas con Polonia, de tal modo, que en este terreno pueda seguir, asimismo, al estado de estéril reserva, un tiempo de provechosa colaboración.

Nos llena de especial satisfacción que en este mismo año consiguiera el gobierno nacionalsocialista de Danzig llegar a un esclarecimiento análogo en sus relaciones con el vecino Estado polaco.

Dolorosamente para el gobierno alemán, las relaciones del *Reich* con el actual gobierno austríaco no son, ni mucho menos, satisfactorias. La culpa no es nuestra. Decir que el *Reich* alemán se propone violentar al Estado austríaco, es absurdo y no puede probarse de ningún modo.

Pero es natural que una idea que abarca y mueve hasta lo más profundo de toda la nación alemana, no haga alto ante las fronteras de un país que no sólo es alemán por su población, sino que por su historia fue durante muchos siglos, como Marca Oriental alemana, parte integrante del imperio alemán y cuya capital tuvo el honor durante quinientos años de ser residencia del emperador alemán y cuyos soldados marcharon aún en la Guerra Mundial, al lado de regimientos y divisiones alemanes.

Pero, aún prescindiendo de esto, no tiene ese hecho nada de particular si se considera que casi todos los pensamientos y concepciones europeos de espíritu revolucionario, actuaron siempre, hasta ahora, fuera del recinto de sus propios países. Así, las ideas de la revolución francesa, rebasando los límites del Estado, penetraron en los pueblos de la misma manera que hoy la idea nacionalsocialista ha sido recogida por el germanismo austríaco como es lógico, dada la comunión espiritual y psíquica con todo el pueblo alemán.

Si el actual gobierno austríaco considera necesario sofocar este movimiento apelando a los más extremos medios del poder, claro que esto es cosa suya. Pero entonces tiene que cargar también personalmente con la responsabilidad de los resultados de su propia política y reconocerlos. El gobierno alemán no procedió a sacar las consecuencias de la actitud del gobierno austríaco contra el nacionalsocialismo hasta el momento en que fueron afectados por ella los ciudadanos alemanes que vivían en Austria o que residían en ella temporalmente.

No puede exigirse del gobierno alemán que envíe a sus ciudadanos como huéspedes a un país cuyo gobierno ha hecho ver inequívocamente que el nacionalsocialista en sí es un elemento indeseable.

De la misma manera que nosotros no podríamos contar en Alemania con un turismo norteamericano e inglés, si a los viajeros de estos países se les arrancase en territorio

alemán las banderas y signos de su soberanía nacionales, de la misma manera no tolerará el gobierno alemán este humillante trato de sus ciudadanos cuando van a otro país, y alemán por añadidura.

Pues los signos de soberanía y las banderas con la cruz gamada son símbolos del nuevo Estado alemán.

¡Y los alemanes que viajan hoy por el extranjero son siempre, prescindiendo de los exiliados, nacionalsocialistas!

Al quejarse el gobierno austriaco de que Alemania impida a sus ciudadanos viajar por un país cuyo gobierno es tan hostil para todo el que siga la ideología aquí imperante, debería pensar que, de no haber recurrido a estas medidas, se hubiera producido necesariamente un estado de cosas que hubiese sido realmente insoportable. Y como el actual ciudadano alemán es demasiado orgulloso y consciente de sí mismo, para dejarse arrancar sin resistencia los distintivos de su honor nacional, no queda otro remedio que evitar nuestras visitas a tal país.

Tengo que rechazar enérgicamente la afirmación del gobierno austriaco, de que por parte de Alemania se emprenda o se proyecte siquiera un ataque contra el Estado austriaco, de cualquier índole que sea. Si decenas de miles de emigrados políticos austriacos toman desde la Alemania actual viva participación en los acontecimientos de su patria, esto no deja de ser lamentable en algunas manifestaciones, pero tanto menos de impedir por parte del *Reich* cuanto que hasta ahora el resto del mundo no pudo evitar de ninguna manera la activa participación que los emigrados alemanes en el extranjero tomaban en la evolución alemana.

Si el gobierno austriaco se queja de una propaganda política contra Austria hecha desde Alemania, con más razón podría quejarse el gobierno alemán de la propaganda política hecha contra Alemania desde otros países por los exiliados políticos que en ellos viven.

El que la prensa alemana se publique en idioma alemán y por consiguiente pueda ser leída por el gobierno austriaco, es tal vez lamentable para éste, pero eso no puede evitarlo el gobierno alemán. En cambio, si en países no alemanes se publican, en tiradas de millones de ejemplares, periódicos alemanes que se envían a Alemania, el gobierno alemán tiene una razón evidente para protestar, porque no puede explicarse por qué han de editarse en Praga o en París periódicos berlineses.

Lo difícil que es evitar una actuación de los exiliados políticos en la madre patria, lo demuestra irrefutablemente el hecho de que, aún allí donde la Sociedad de Naciones administra soberanamente un país, no puede reprimirse, como es bien manifiesto, la intromisión de los círculos de exiliados, en la anterior madre patria. Hace pocos días todavía que la policía política detuvo en la frontera de la región del Sarre a dieciséis comunistas que intentaban meter de contrabando en Alemania grandes cantidades de material y de propaganda contra el Estado desde ese dominio de la Sociedad de Naciones. Luego si esto es posible en *leña tierna*, por decirlo así, difícilmente puede reprochársele a Alemania esos hechos análogos que se afirman de ella.

El gobierno alemán no se querella contra los Estados circundantes por la propaganda anti-alemana de los exiliados que se tolera en ellos y que llegó hasta representar una farsa judicial para escarnio del Tribunal Supremo alemán, y que, todavía hoy encuentra su última expresión en una desenfadada incitación al boicot. El gobierno alemán puede renunciar a la querella, porque se considera como el inmovible representante y el sostenedor de la confianza y de la voluntad de la nación. Y tiene esta seguridad íntima porque, para su propia tranquilidad y para ilustración del resto del mundo, no dejó de

apelar varias veces durante un año, al pueblo alemán para que confirmase esa confianza por vía plebiscitaria y eso sin estar de ninguna manera obligado a ello.

El valor de los ataques dirigidos contra el actual gobierno austriaco desaparecería inmediatamente si el gobierno pudiera resolverse a hacer asimismo un llamamiento al pueblo alemán en Austria, para testimoniar ante el mundo la identidad de su voluntad con la del gobierno.

No creo que, por ejemplo, el gobierno de Suiza, que también cuenta con millones de ciudadanos de nacionalidad alemana, tenga queja alguna sobre un intento de intromisión de círculos alemanes en sus cuestiones internas. La razón me parece encontrarla en que allí hay un gobierno sostenido visiblemente por la confianza del pueblo suizo y que no necesita, por consiguiente, buscar en la política exterior la causa de sus dificultades internas.

Sin querernos inmiscuir en lo más mínimo en los asuntos particulares de otros Estados, creo, sin embargo, deber decir esto: con la fuerza sólo no puede sostenerse a la larga ningún sistema. Por eso en el futuro será siempre también capital preocupación del gobierno nacionalsocialista alemán, comprobar repetidamente de nuevo hasta qué punto la voluntad de la nación está encarnada en el gobierno director. Y de aquí que en este sentido nosotros, los *bárbaros*, somos en rigor mejores demócratas.

Por lo demás yo, que reconozco con orgullo al país hermano de Austria como mi patria y la patria de mis antepasados, protesto de la idea de que el espíritu germano del pueblo austríaco necesite hostigación alguna por parte del *Reich*.

Creo conocer todavía hoy bastante a mi patria y a su población, para saber que el latido que mueve a 66 millones de alemanes en el *Reich*, mueve también su corazón y su ser en Austria.

Ojalá logre el destino encontrar la solución a este triste estado de cosas y la senda que conduzca a una franca y leal reconciliación. El *Reich* está siempre dispuesto a tender la mano para llegar a un verdadero entendimiento, a base del respeto a la libre voluntad del germanismo austríaco.

En estas consideraciones de política internacional, no puedo pasar por alto el que en este año experimentó una múltiple consolidación en las relaciones de ambos Estados, la tradicional amistad con la Italia fascista, siempre cultivada por el nacionalsocialismo, y la alta consideración que el gran caudillo de ese pueblo goza también entre nosotros. El pueblo alemán reconoce con gratitud las muchas pruebas de una justicia tan política como serena que recibió de la actual Italia durante y después de las negociaciones de Ginebra.

La visita del secretario de Estado italiano, Suvich, nos dio por primera vez la ocasión para expresar débilmente en Berlín también estos sentimientos para el pueblo italiano y su eminente estadista, tan próximo ideológicamente a nosotros.

De la misma manera que el gobierno nacionalsocialista alemán procuró este año llegar a un entendimiento con Polonia, nos esforzamos sinceramente en atenuar las diferencias entre Francia y Alemania y encontrar el camino de un definitivo entendimiento, si fuera posible mediante una general liquidación de conflictos.

La lucha por la igualdad de derechos alemanes que jamás abandonaremos como empresa por el honor y el derecho de nuestro pueblo, no podía terminarse mejor, a mi parecer, que, con la reconciliación de las dos grandes naciones que en los últimos siglos derramaron tantas veces la sangre de sus mejores hijos en los campos de batalla, sin haber modificado esencialmente con ella el estado definitivo de las cosas.

Por eso creo también que este problema no puede ser mirado exclusivamente a través

de la lente de fríos políticos y diplomáticos profesionales, sino que tiene que encontrar su solución final, únicamente por la vehemente resolución de aquellos que quizá un día estuvieron frente a frente como enemigos pero que en la estimación fundada en el heroísmo recíproco podían encontrar un puente hacia un futuro que no debe conocer la repetición de pasados dolores bajo ningún concepto, si es que Europa no ha de ser llevada, de hecho, al borde del abismo.

Francia teme por su seguridad. Nadie en Alemania la amenaza, y estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para demostrarlo.

Alemania exige igualdad de derechos.

Nadie en el mundo tiene derecho a negársela a una gran nación y nadie será capaz para impedirlo a la larga.

En cuanto a nosotros, testigos vivos de la espantosa guerra, nada se halla más distante de nuestras intenciones que la idea de relacionar estos sentimientos y aspiraciones comprensibles en ambas partes, con un deseo probable de medir nuevamente las fuerzas de ambos pueblos en el campo de batalla, lo cual habría de conducir necesariamente a un caos internacional.

Con este ánimo, con el espíritu de la necesaria y deseable colaboración de ambas naciones, he intentado también proponer una solución ya a las cuestiones que con facilidad pueden, si no, provocar de nuevo un caldeamiento de las pasiones.

Mi propuesta de que Alemania y Francia liquidasen de acuerdo y desde ahora el problema del Sarre, responde a las siguientes consideraciones:

1) Esta cuestión es la única cuestión territorial todavía pendiente entre ambos países. El gobierno alemán, después de la solución de este problema, está dispuesto y decidido a aceptar también interiormente la fórmula exterior del Tratado de Locarno, pues entonces entre Francia y Alemania no habría ya cuestión territorial alguna.

2) El gobierno alemán teme que, a pesar de que el plebiscito dará una inmensa mayoría en favor de Alemania, sobrevenga no obstante - atizado especialmente por los círculos irresponsables de exiliados - un reavivamiento de las pasiones nacionales por la propaganda para el plebiscito, lo cual, toda vez que el resultado consta de antemano, no es necesario y sería, por consiguiente de lamentar.

3) Cualquiera que sea el resultado del plebiscito, en todo caso quedará necesariamente en una de las dos naciones el sentimiento de una derrota. Y aunque luego en Alemania ardiesen fuegos de júbilo, desde el punto de vista de la conciliación de ambos países nos complacería más que pudiera llegarse de antemano a una solución satisfactoria por igual para ambas partes.

4) Tenemos el convencimiento de que si Francia y Alemania hubiesen arreglado y resuelto previamente en un común proyecto de tratado esta cuestión, toda la población del Sarre hubiese acogido en un plebiscito, con abrumadora mayoría, ese arreglo, con el resultado de que se hubiese dado cumplimiento al derecho de la población del Sarre a la emisión de su voto sin que ninguna de las dos naciones interesadas necesitara sentir como derrota o como victoria la expresión del plebiscito y sin que la propaganda tuviera posibilidad para una nueva perturbación en el recíproco acuerdo incipiente entre los pueblos alemán y francés.

Por eso lamento hoy todavía que por parte de Francia se haya creído no poder dar curso a este pensamiento. Pero, no obstante, no pierdo la esperanza de que, a pesar de todo, la voluntad de llegar a una verdadera reconciliación y de enterrar definitivamente la corriente histórica de la guerra se va robusteciendo cada vez más en ambos países y acabará por imponerse.

Si se logra esto, la paridad de derechos inquebrantablemente exigida por Alemania no se considerará ya en Francia como un ataque a la seguridad de la nación francesa, sino como el derecho natural de un gran pueblo con el cual no sólo vive en amistad política sino con el cual posee tan innumerables intereses comunes.

Con gratitud acogemos el afán del gobierno británico para prestar su ayuda a una iniciación de relaciones amistosas de esta índole. El proyecto de una nueva propuesta de desarme que me presentó ayer el embajador inglés será examinado por nosotros con la mejor voluntad, con el espíritu que en mi discurso de mayo procuré exponer como el dominante de nuestra política internacional.

Si en este año transcurrido el gobierno alemán se vio obligado a abandonar la Conferencia de Desarme y la Sociedad de Naciones, ello fue debido a que el curso que tomaba la cuestión del restablecimiento de nuestra igualdad de derechos, en conexión con una estipulación internacional de armamentos, cuestión que afectaba profundamente a Alemania, no era ya compatible con lo que en mayo tuve que presentar como exigencia mínima fundamental, invariable, no sólo de la seguridad nacional de Alemania sino del honor nacional de nuestro pueblo.

Y en este momento tengo que repetir ante el mundo entero que no habrá poder ni amenaza que pueda mover jamás al pueblo alemán a renunciar a los derechos que no pueden negarse a una nación soberana.

Y puedo asegurar además, que esta nación soberana no tiene otro deseo que el de aplicar animosamente la fuerza y el peso de sus valores políticos, morales y económicos, a la curación de las heridas que el pasado infligió a la comunidad humana y, además, a la colaboración de aquellas naciones culturales que, como justamente dijo un estadista inglés, con las obras de su ingenio y de su trabajo, hacen hermosa y verdaderamente digna de vivirse esta vida.

Tras un año de revolución nacionalsocialista, el Estado alemán y el pueblo alemán han madurado interior y exteriormente para aceptar parte de la responsabilidad en la prosperidad y felicidad de los pueblos que la Providencia adjudicó a tan gran nación y que, por lo tanto, los hombres no pueden negarle.

La disposición para este verdadero cumplimiento del deber internacional no puede encontrar más hermosa expresión simbólica que la persona del anciano Mariscal, que como oficial y como victorioso jefe luchó por la grandeza de nuestro pueblo en guerras y batallas y que hoy, como presidente del *Reich*, es venerable garantía del trabajo en pro de la paz, que a todos nos anima.

Colocación de la primera piedra en el monumento a Richard Wagner en Leipzig

Discurso pronunciado el 6 de marzo de 1934

Señora Wagner, señor alcalde, hombres y mujeres alemanes:

La grandeza de los pueblos ha sido a través de los tiempos, el resultado de la recopilación de los trabajos de sus grandes hombres.

Nosotros, los alemanes, podemos considerarnos afortunados a través de los muchos de nuestros hijos, cuyos méritos traspasaron las fronteras nacionales y contribuyeron con su legado al afianzamiento del espíritu de aquellos pilares que sustentan la cultura universal.

Uno de estos grandes hombres, que encierra en sí la más pura esencia de la grandeza nacional de nuestro pueblo, es Richard Wagner, el más grande y sublime hijo de esta ciudad, el genial poeta de las melodías de nuestra raza.

A través de las piedras de este monumento, intentamos crear un recuerdo terreno a este gran hombre que, por su propio esfuerzo, se forjó el recuerdo más hermoso. Todos sabemos que es solamente un símbolo transitorio de nuestro cariño y creemos saber con seguridad que, pese a que ninguna de estas piedras vuelva a hablar del maestro, su grandiosa música seguirá escuchándose en el infinito.

Usted, señor alcalde, me ha concedido el gran honor de colocar la primera piedra de este monumento aquí en Leipzig. Si yo accedo a su deseo, no quiero hacerlo como aquella persona que ha sido favorecida por el destino, sino en el nombre de todo el pueblo alemán que ve en mí a su portavoz y *Führer* y cuyos profundos sentimientos quiero yo expresar en estos momentos.

La actual generación alemana que durante decenios ha sido alumbrada y educada en un mundo de locura y dolor, ha encontrado de nuevo el camino hacia su gran maestro, ya no quiere tener ninguna conexión con aquellos tiempos desagradables. Se ha llegado, no tan sólo simbólicamente, sino materialmente, a un orden, según el deseo y la voluntad de uno de los más grandes hijos de nuestro pueblo. Este orden surge de la fuerza imperecedera de nuestro pueblo y de la sublime aspiración de nuestro espíritu.

Esta aspiración de nuestro espíritu se manifiesta también en el segundo año de la revolución nacional, a través de mí como canciller del *Reich* encontrando aquí, en esta ciudad, su camino, y los postro a sus pies en el día del descubrimiento de este monumento que renueva el agradecimiento de la nación a este su gran hijo.

Con la sincera alabanza de la voluntad y el deseo del gran maestro y para corresponder a todos sus trabajos llenos de viva belleza y como signo de su perduración para las futuras generaciones entusiastas del maravilloso mundo musical de este gran poeta de los sonidos, coloco esta piedra como testimonio a la imperecedera memoria de Richard Wagner en este su monumento nacional.

Inauguración de la cruzada del trabajo

Discurso pronunciado el 21 de marzo de 1934

Trabajadores alemanes:

No creo que jamás gobierno alguno se haya hecho cargo de una herencia peor que la que nosotros tomamos el 30 de enero de 1933.

Desde la revuelta de noviembre de 1918 se fue precipitando a nuestro pueblo, paso a paso, en la decadencia. Todo lo que parecía contraponerse a aquella línea que llevaba derecho a la perdición, se reveló siempre, al poco tiempo, como falacia y espejismo. La menor mejoría que se presentara en la primavera, nunca fue otra cosa que una alternativa en las vicisitudes de la coyuntura de un sistema y de una economía que iban al desastre, era ponderada por los gobiernos como éxito propio.

Es preciso rememorar la situación en que nos encontrábamos en enero del año pasado.

El campo camino de la ruina; la clase media arruinada ya en su mayor parte. La carga de los impuestos insoportable. El número de quiebras creciendo constantemente. Una legión de agentes ejecutivos ocupados en cobrar coercitivamente deudas públicas y particulares. Las finanzas del *Reich*, de los Estados Federados y de los municipios completamente desequilibradas, la capacidad adquisitiva del pueblo en continuo descenso. Y por encima de todo, irguiéndose como un peligro inminente, el azote de la necesidad, el desempleo.

Había más de 6 millones de alemanes sin ganar nada, lo cual en la práctica venía a significar que cada dos alemanes que trabajaban tenían que mantener a otro.

A esto se añadía, como mal mayor, la falta de esperanza en un cambio de cosas. Habíase perdido la confianza y la fe en un porvenir mejor. Los millones de alemanes perseguidos por el infortunio económico escrutaban el gris y horroroso porvenir, sumidos en inconsolable desesperación. Y dondequiera que se mirase, la lucha de los partidos, la eterna disensión, la eterna disputa, la corrupción, el soborno, la informalidad y la indisciplina cerniéndose sobre todo. Cuando más grave era la necesidad tanto más peligrosos resultaban los partidos políticos y sus jefes, farsantes y embaucadores que operaron infamemente en el cuerpo alemán.

Un maremágnum de concepciones e ideas, de pareceres y convicciones desgarró al pueblo alemán y determinó el desaliento de esta época.

Así pues, al recibir por fin el poder el 30 de enero del año pasado tras una lucha de catorce años llena de sacrificios contra los destructores de nuestro *Reich* y de nuestro pueblo, estábamos abocados a lo peor.

¿Qué era lo que había que hacer y cómo había que hacerlo?

Compatriotas: ¡cuántos no hubo entonces que exhortaban al pueblo para que evitase al nacionalsocialismo sosteniendo que nos faltaban capacidades y que nuestro triunfo sería el aniquilamiento completo de la economía alemana!

Pero, a despecho de críticos y censuradores, al presentarnos hoy ante la nación, al iniciar la segunda campaña anual contra la crisis económica alemana, podemos aducir una labor que no hace más que un año era considerada imposible por ellos mismos.

¿Cómo fue esto posible?

He aquí los principios que entonces nos guiaban y las resoluciones que tomamos y quisimos llevar a la práctica.

1) Si en una época de tan horrible decadencia en todos los órdenes, y especialmente en el económico, se procede a una subversión del Estado, bajo ningún concepto debe conducir al caos.

Nosotros quisimos hacer una revolución y la revolución hicimos. Sólo almas pequeñas pueden ver exclusivamente en la destrucción el espíritu de una revolución. Nosotros, por el contrario, la vimos en una renovación gigantesca.

Y si hoy podemos mirar con confianza al porvenir no es sino porque, gracias a la disciplina del partido nacionalsocialista, de sus combatientes y adeptos, logramos realizar con perfecto plan y orden una de las mayores revoluciones de la Historia Universal.

Es mejor título de gloria haber aventado un mundo sin los fenómenos consiguientes a un voraz incendio, que hacer una revolución que termine en el caos y, por tanto, en el propio aniquilamiento. El pueblo alemán no nos ha llamado para que seamos nosotros quienes le precipitemos en la muerte sino para que le señalemos el camino de otra vida mejor.

La disciplina de la revolución nacionalsocialista fue, pues, la premisa para el logro de la salvadora acción política y económica de nuestro movimiento.

2) La magnitud de la calamidad obligaba a magnas resoluciones. Y magnas resoluciones no pueden tomarse más que a largo plazo. Como todo lo grande de este mundo, su realización requiere tiempo.

Pero para ello era necesario dar al nuevo régimen una estabilidad insólita pues sólo gobiernos estables, seguros de su existencia y duración, pueden decidirse a resoluciones verdaderamente enérgicas y amplias.

3) La estabilidad interna de un gobierno es siempre manantial de confianza y tranquilidad de un pueblo. Cuando la masa ve que sobre ella hay un gobierno convencido de sí mismo se transmite a ella una parte de ese convencimiento. Y así, a la audacia de los planes de la dirección del Estado, responde una audacia análoga en la buena disposición para cumplirlos hasta el fin.

Y el buen ánimo y la confianza son las condiciones fundamentales para el éxito de todo renacimiento económico.

4) Para ello había que estar decidido a obrar con circunspección pero, si era necesario, también con dureza.

Estábamos dispuestos a hacer cuanto fuera humanamente posible. Queremos hacer todo lo que podamos a nuestro leal saber y entender. Por eso no estamos dispuestos a consentir que cualquier elemento pernicioso o cualquier desalmado enemigo de nuestro pueblo pueda entregarse a su labor destructora.

Para poder criticar hay que haber aprendido algo. Y lo que se ha aprendido se demuestra con los hechos.

A los hombres que nos precedieron les concedió el destino catorce años de tregua para poder demostrar con actos su verdadera capacidad. Y quien durante catorce años ha fracasado como ellos fracasaron, ha arruinado un pueblo próspero como ellos le arruinaron, le ha llevado a la miseria y a la desesperación como ellos le llevaron, no tiene derecho a presentarse de repente, en el año decimoquinto, como crítico de quienes quieren enmendar, y de hecho enmendaron, yerros de ellos. Ocasión para obra tuvieron en catorce años.

Hoy no se la dejamos ya para que sigan palabreando.

5) No podemos hacerlo tampoco porque la gran obra no puede llevarse a término más que con la ayuda de todos.

Es un error pensar que un gobierno puede realizar por sí solo el milagro de una renovación. Es preciso que ese gobierno consiga alistar al pueblo al servicio de su misión.

Los eternos pesimistas y los rezongones por principio no han salvado todavía ningún pueblo y, en cambio, han destruido muchas naciones, muchos Estados y muchos imperios.

De aquí nuestra decisión de no ocuparnos de ellos y de no contar más que con quienes están denodadamente dispuestos a emprender con nosotros y a llevar a término la lucha por la resurrección alemana.

6) Y lucha tenía que ser.

Pues no hay milagro que, venido de lo alto o del exterior, le vaya a dar al hombre lo que no gane él mismo.

El cielo no ha ayudado nunca más que a aquél que se ha afanado honradamente y que no confió en otros sino que puso su fe en el propio esfuerzo. Pero para esto hace falta el valor de contar con el tiempo preciso para la labor emprendida.

Cuando durante catorce años se ha estado destruyendo un pueblo, sólo un insensato puede suponer que en pocas semanas o en pocos meses pueda ponerse remedio a los daños inferidos.

7) Teníamos el convencimiento de que la salvación del pueblo alemán debía comenzar por la salvación del labrador. Porque, si un hombre cualquiera se ve obligado a abandonar su puesto o pierde su negocio, un día puede encontrar una nueva ocupación o crearse con tenacidad y esfuerzo un nuevo medio de vida. Pero si es un labrador el que llega a perder su heredad está generalmente perdido para siempre.

Y ¡ay del pueblo donde esta clase perece! Toda calamidad puede atajarse fácilmente. Sólo una puede dar fin a un pueblo: donde falta el pan terminan todos los experimentos y teorías.

No en vano está incluida en la oración dominical cristiana la petición del pan de cada día.

8) La lucha para la salvación de la clase media es en primer término una lucha contra el desempleo.

Y el desempleo es el problema gigantesco que aguarda solución de nosotros y ante el cual todo retrocede.

Desde el primer día que ocupamos el poder sabíamos que era preciso atajar ese mal y estábamos decididos a posponerlo todo, sin consideración alguna, a la lucha contra aquella calamidad.

Es ya en sí horrible que, en un pueblo, se malgasten y disipen en la nada miles de millones de horas de trabajo. Millones de hombres necesitan vestido, calzado, vivienda, enseres y alimento y otros millones de hombres quisieran trabajar y crear.

Pero los unos no pueden satisfacer sus necesidades y los otros no encuentran posibilidad de producir los medios para acallarlas.

La Providencia nos ha creado un pueblo inteligente, capaz de resolver los más arduos

problemas, y el alemán es laborioso y apto para todo trabajo. Los ingenieros y técnicos alemanes, nuestros físicos y químicos figuran entre los mejores del mundo.

El obrero alemán no es superado por ningún otro. ¿No ha de sernos posible entonces a nosotros procurar trabajo a los unos para remediar la necesidad de los otros?

¿Hemos de estar condenados a ver a millones de hombres en la imposibilidad de producir las cosas que otros millones necesitan?

Nosotros solucionaremos este problema porque tenemos que solucionarlo.

El pueblo alemán del mañana no pagará el ocio de ninguno de sus individuos, pero les dará a todos la posibilidad de ganarse su pan con un trabajo honrado ayudando y contribuyendo a la elevación del nivel general de vida. Porque nadie puede consumir nada que no se deba al esfuerzo conjunto.

Nosotros pretendemos que se eleve el nivel de vida en todas las clases sociales de nuestro pueblo y para ello procuraremos que en nuestra producción se den las condiciones previas.

Si se consigue incorporar 5 millones de desempleados a una producción práctica, esto significa que, por de pronto, la fuerza total de consumo del pueblo alemán aumentó mensualmente, cuanto menos, en 400 millones o sea 5.000 millones al año. Pero, en realidad, el efecto es todavía mayor.

¡Cometido inmenso ante cuya solución todo lo demás palidece!

Sabíamos perfectamente que para cada cual la proporción de los ingresos era lastimosa y que, en último extremo, los ingresos imponen el tenor de vida, y el tenor de vida de un pueblo está determinado por la suma total de lo producido por él y de lo que, por consiguiente, tiene a su disposición.

Por firme, pues, que sea nuestra resolución de elevar la capacidad adquisitiva de la masa dentro del marco de la elevación de nuestra producción, nuestra tarea actual está encaminada exclusivamente a incorporar al último hombre a esa producción.

Tengo la dicha de ver que el trabajador alemán ha comprendido esto, a pesar de que, en parte, cobra salarios verdaderamente imposibles. Es triste, en cambio, la incomprensión de algunos patronos para estas cuestiones. Quizá porque esperan poder traducir de un singular aumento de dividendos la reanimación actual de la economía alemana. Pero desde ahora sabremos oponernos con toda energía a cualquier intento de esta índole.

Estos fueron los principios que inspiraron nuestra acción el año pasado. Ellos fueron los que marcaron el camino que seguimos de hecho.

Empezamos por terminar con todas las teorías porque si bien es interesante que los médicos debatan sobre los medios posibles para combatir una enfermedad, para el enfermo lo primero y principal es recobrar su salud. La teoría que lo consiga será para él no sólo la más importante sino la verdadera

De ahí que comenzáramos por desembarazar a la economía de teorías, por un lado, y por otro, del caos de decretos abrumadores, de disposiciones restrictivas, sobre cuyo acierto o sobre cuyo error no se puede discutir siquiera porque, en todo caso, lo primero que hubieran hecho habría sido asfixiar la economía.

Hemos procurado además librar a la producción, paso a paso, de aquellas cargas que, como absurdas disposiciones tributarias, estrangulaban la vida económica. En este sentido, y en un campo, el de la motorización, hemos conseguido quizá el éxito más grande y eficaz, éxito al que han seguido en otros terrenos otros no menos significativos.

Estábamos resueltos también a no hacer por principio más regalos a la economía sino a emplear todos los medios disponibles únicamente en la consecución práctica y positiva de trabajo.

El industrial inteligente, activo y ordenado encontrará ahí campo de actividad; el indolente, torpe, desordenado o innoble debe perecer. Lo decisivo es que los medios que el Estado pueda movilizar no se distribuyan como regalos sino que se les coloque convenientemente para que fecunden realmente la producción.

Que es lo que en gran escala hemos hecho con éxito incuestionable. La iniciativa tomada para ello por el Estado no tuvo otro propósito ni más finalidad que la de despertar la iniciativa económica privada y la de ir colocando paulatinamente así la vida económica sobre propia base.

Para llenar ampliamente las exigencias de la futura evolución del tráfico se proyectó y se dio comienzo a la magna obra de las nuevas autopistas alemanas.

Pero además de esto hemos intentado crear un orden social mejor facilitando entre otras cosas en grandes proporciones y con medidas oficiales la celebración de nuevos matrimonios con lo cual sustrajimos a la producción numerosas mujeres las cuales devolvimos a la familia y al hogar.

Nada de esto hubiera sido posible sin la firmeza de nuestra moneda, pues nuestras medidas no fueron resultado de experimentos alocados, antes bien, al mismo tiempo logramos mejorar decisivamente y ordenar la situación financiera del *Reich*, de los Estados Federados y de los municipios. El fruto de nuestra actividad puede resumirse en el siguiente hecho que es a la vez justificación de aquélla: en el primer año de actuación del gobierno popular nacionalsocialista se incorporaron al trabajo, y por consiguiente a la producción, 2,7 millones de desempleados.

Y hoy, el 21 de marzo, empieza la nueva batalla para el trabajador alemán de la frente y del puño.

Como el año pasado, también éste quisiera inscribir al frente las palabras: “*¡Guerra al desempleo! ¡Procurad trabajo y así procurareis pan y vida!*”

Este año tenemos que llevar la campaña contra el desempleo con mayor fanatismo todavía y con mayor energía que el año anterior. Rigurosa y desconsideradamente tenemos que rechazar a todo el que atente contra esta idea y contra su realización. Ojalá llegaran a comprender todos en Alemania que únicamente una concepción verdaderamente socialista puede facilitar la solución de este problema común.

Ojalá que todos consiguieran remontarse sobre su egoísmo y renunciaran al culto del yo.

El salario y el dividendo, por doloroso que pueda ser en el primer caso, tienen que rendirse ante la superior evidencia de que ante todo hay que crear los valores que vamos a consumir después.

Ojalá que, especialmente, todo patrono comprenda que el cumplimiento de las tareas económicas que pesan sobre nosotros no es posible más que si todos se ponen al servicio de ellas sacrificando personales egoísmos. Y ojalá vean también que un fracaso en esta obra no sólo lanzaría al desempleo nuevos millones de hombres sino que sería el desplome y el fin de nuestra economía y por tanto quizá del pueblo alemán.

Por esto, sólo un demente puede atentar villanamente, en provecho propio, a la obra de remediar esa necesidad común. Si se evita esto podemos mirar con absoluta confianza el porvenir pues el gigantesco programa nacional de creación de puestos de trabajo que proyectamos y elaboramos el año anterior necesita en parte muchos meses para pasar del proyecto a la realización.

Antes de empezar con el verdadero trabajo hay que realizar una labor ingente. Un ejemplo lo tenemos en las autopistas. Sólo para levantar los planos fue precisa una legión de topógrafos, ingenieros, dibujantes y obreros. Pero la construcción de los tramos se irá sucediendo con mayor rapidez cada vez.

Este año ya se destinarán 750.000.000 de marcos a la realización de esa obra que un día las generaciones venideras considerarán como empresa maestra en las comunicaciones creadas por el hombre.

Y sólo el año pasado se prepararon para este año de 1934 planes para cuya realización se presupuestaron y se aseguraron mucho más de 1.000.000.000 de marcos.

Simultáneamente se emplean sumas cuantiosas para la reducción de los impuestos que matan la producción y este año se beneficiará la economía alemana de unos 300 millones en bonos de contribución.

Con objeto de facilitarle el matrimonio a 200.000 mujeres se han dispuesto 150 millones de marcos para préstamos matrimoniales. Y, por otra parte, el número de auxiliares domésticos aumentará mediante medidas oficiales no menos amplias.

Una considerable cantidad de millones servirá para la reducción de impuestos y para rebajar la contribución territorial agrícola.

El programa de creación de puestos de trabajo que el gobierno tiene ya fijado en detalle será el mayor que hasta ahora se ha conocido en Alemania.

Además será un programa de aligeramiento de nuestra economía, a la vez que un programa de regulación de toda nuestra vida financiera.

Pues por ingentes que sean los recursos necesarios no pueden salir y no saldrán de la prensa de emisión de billetes. Para nosotros es inconcebible una inflación por el estilo de la del gobierno de noviembre. Todos los gastos corrientes se cubrirán con las partidas del presupuesto ordinario. Los capitales de explotación serán financiados en el momento oportuno con el presupuesto de empréstitos.

Para allegar estos medios es condición primera y principal la confianza del pueblo y el auxilio del ahorro. Con satisfacción podemos consignar que en el año transcurrido las imposiciones del ahorro se elevaron en unos 1.000.000.000 de marcos.

Hemos conseguido además aumentar de tal manera el curso de los valores de interés fijo que, de hecho, se produjo una reducción del nivel de interés.

También en el futuro continuaremos aligerando el servicio de deudas, fomentando la formación de capitales sin que para ello nos valgamos de medios que en modo alguno afecten al respeto de la propiedad o de los derechos contraídos.

Tampoco el ahorro alemán tendrá que sufrir desengaño alguno en el futuro, por parte del gobierno, ya por intromisiones arbitrarias de éste, ya por impremeditaciones financieras. Nosotros protegemos el rendimiento de todo trabajo honrado, todo honrado ahorro y toda propiedad honrada; más para el logro de esta gran empresa se necesita una cosa y es la cooperación de todos y la ayuda del uno para el otro.

Y si 40 millones de hombres se suman a una sola voluntad y llevan a la acción el propósito, no puede menos de resultar el éxito de una fuerza tan inconmensurable como esa.

Mis trabajadores alemanes, hoy nos encontramos otra vez ante un acto simbólico.

La campaña de primavera contra la calamidad de nuestro desempleo ha comenzado.

Mientras nos encontramos aquí reunidos, allá en el norte de Alemania, en Niederfinow, se inaugura el mayor elevador de barcos del mundo, una obra gigantesca de la ingeniería, del trabajo y de la capacidad creadora alemana.

Vosotros estáis congregados aquí en el comienzo de la construcción de una de las

grandiosas y nuevas carreteras destinadas a proporcionar a la economía alemana las rutas de tráfico más modernas.

¡Plan enorme y símbolo de la grandeza de la tarea que se nos impuso!

El gobierno concibió y decidió la obra. Ingenieros, topógrafos, maestros de obras y constructores hacen las labores preliminares. Un ejército de trabajadores alemanes la llevará a efecto. Su utilidad redundará un día en beneficio de todos los alemanes.

En este queremos pensar nosotros a quienes el destino reservó la coadyuvación de esta obra cualquiera que sea el sitio en que uno se encuentre. Porque es un hermoso sentimiento el de poder colaborar en una obra que no sirve los intereses de uno solo y que no es propiedad de uno solo sino que pertenece a todos y servirá igualmente para todos durante siglos enteros.

Ya sé, mis trabajadores alemanes, que las palabras y los discursos se disipan y el afán y la pena permanecen. Pero hasta ahora, en el mundo no ha caído nada del cielo y así, y no de otra manera, ocurrirá siempre. De la preocupación y del esfuerzo surge la vida.

Y si hoy nuestra preocupación es la de dar trabajo y ganancia a millones de hombres, mañana nuestra preocupación será la de aumentar su capacidad adquisitiva y mejorar su nivel de vida.

Pero nada conseguiremos si no nos consagramos a ello con todas nuestras fuerzas y con la resolución de acometer la próxima tarea con el mismo ímpetu.

Ojalá que por fin lleguen a ver los demás pueblos y sus gobernantes que el deseo y la voluntad del pueblo alemán y de su gobierno son los de coadyuvar con libertad y paz a la erección de un mundo mejor.

Así, con el espíritu de esta gran empresa de solidaridad, queremos empezar la nueva cruzada del trabajo del año 1934. La meta nos está marcada.

¡Trabajadores alemanes! ¡Manos a la obra!

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 13 de julio de 1934

Senadores, hombres del parlamento alemán:

Por orden del gobierno del *Reich* les ha convocado hoy el presidente del parlamento, el señor Hermann Göring, a fin de darme la posibilidad, ante este foro elegido por la nación, de aclarar hechos al pueblo, los cuales, por más que sean tristes y amenazadores, han entrado ya en nuestra historia para siempre.

De una cantidad de hechos y culpabilidades personales, de una serie de equivocaciones e insuficiencias humanas y de una serie de errores humanos, se ha producido, en nuestro joven *Reich*, una crisis, la cual rápidamente podría haber causado daños y habernos destruido con consecuencias no previsibles. Explicar su nacimiento y la forma en que fue vencida es mi deber explicárselo a ustedes y a nuestro pueblo. El contenido será muy abierto, únicamente por su importancia deberé recortar un poco, en parte para salvaguardar los intereses del *Reich* y en parte para evitar que estos hechos signifiquen, al otro lado de nuestras fronteras, un deshonor.

Tumultos en la calle, luchas en barricadas, terror en masa y programas de destrucción individualistas tienen en tensión hoy en día a casi todo el mundo. También en Alemania todavía hoy algunos locos y delincuentes intentan seguir con este destructivo quehacer.

Desde la destrucción de los partidos comunistas hemos visto, aunque cada vez con menor fuerza, algunos intentos de volver a empezar de movimientos u organizaciones comunistas con carácter más o menos anarquista. Sus métodos son siempre los mismos. Explican el presente y al mismo tiempo propagan el paraíso comunista del futuro llevando, en el fondo, únicamente una guerra para el infierno, ya que las consecuencias de su victoria para Alemania no traerían más que destrucción.

La prueba de sus talentos y la fuerza de su poder les ha quedado desvelado ya por el pueblo alemán en el cual, la mayoría de los trabajadores alemanes han superado ya esta postura destinada a hacer felices a esos judíos internacionalistas. El Estado nacionalsocialista hará en su interior, si fuera necesario, una guerra de cientos de años para acabar con los últimos restos de este veneno del pueblo.

Pero además de estos hay un segundo grupo de descontentos. Aquellos que el 30 de enero fueron relevados del gobierno y se vieron sin futuro. Sin embargo parece que no quieren comprender lo ocurrido pensando que el tiempo cubrirá con el manto del olvido su incapacidad y entonces tendrán derecho a volver a entrar en el recuerdo del pueblo. Pero dado que su incapacidad no era debida a las circunstancias de entonces, sino que era congénita desde su nacimiento, es imposible que hoy día puedan mostrar un trabajo positivo, pues su única capacidad consiste en una crítica falaz. El pueblo tampoco se interesa por ellos y el Estado nacionalsocialista nunca podría ser amenazado con su actividad.

El tercer grupo de elementos destructivos se compone de aquellos revolucionarios que en 1918 fueron expulsados de sus buenas relaciones con el Estado y cortándoles las raíces perdieron cualquier relación humana con la sociedad. Se hicieron revolucionarios en el sentido de que admiraban la revolución y consideraban que debía ser permanente. Nosotros ya sufrimos bajo esta gran tragedia cuando como soldados honrados de pronto nos hallamos ante un montón de personas dementes e imprevisibles que llegaron empero a tomar el Estado.

Todos nosotros fuimos educados en su día para el respeto de las leyes y la autoridad, teníamos que ser fieles a sus órdenes y exigencias, ahora, en cambio, la revolución de los desertores nos relevó de tales principios. Era imposible respetar a estas gentes. Precisamente el honor y la educación nos obligaban a no hacerles caso. El amor a la nación y a la patria nos obligó a declararles la guerra y acabar con la inmoralidad de sus leyes haciéndonos así nosotros revolucionarios.

Sin embargo, ser revolucionarios no nos ha librado de nuestras obligaciones, del respeto a las leyes naturales del derecho soberano de nuestro pueblo que debimos colocar sobre nosotros y respetar. No queremos violar la igualdad de derechos de nuestro pueblo, sino que lo único que queremos es hacer huir a los que violan la naturaleza. Por ello, cuando por fin, legitimados por la confianza de nuestro pueblo, tomamos la responsabilidad de la lucha de catorce años, no lo hicimos para dejar sueltos nuestros instintos y llevarlos a un caos, sino únicamente para fundar un nuevo y mejor orden.

Para nosotros era la revolución, la que destruyó la segunda Alemania, no otra cosa que un inmenso nacimiento que llamó a la vida al III *Reich*. Quisimos volver a tener un nuevo Estado, del cual cada alemán estaría orgulloso, queríamos anunciar un nuevo régimen, del cual todos podrían hablar con respeto. Quisimos así inventar leyes apropiadas a nuestro pueblo, reforzar la autoridad de manera que cualquier hombre respetuoso la aceptase. La revolución no es para nosotros un estado permanente.

Si a la evolución natural de un pueblo se le opone con brutalidad una barrera infranqueable, entonces la evolución interrumpida artificialmente se librerá del obstáculo con un acto de violencia para lograr su libertad y volver a la evolución natural. Por ello no existe un estado permanente en una revolución, en todo caso una evolución agraciada provocada por elementos revolucionarios.

Entre los diversos expedientes que tuve que leer la semana pasada, encontré el diario de un hombre el cual en 1918 fue arrojado al camino de la lucha contra las leyes y que ahora vive en un mundo en el cual las leyes no tienen más objeto que causar polémicas entre sí; un documento trágico, una conspiración permanente en la cual, sin saberlo, había encontrado en el nihilismo su última creencia. Incapaces de cualquier trabajo en común, dispuestos a oponerse a cualquier forma de orden, llenos de odio contra toda autoridad, encuentran su ocupación en destruir todo lo existente.

Muchos de ellos habían marchado con nosotros en el pasado en contra del Estado de entonces, pero la mayoría, ya en los tiempos de lucha se adscribieron a fracciones disidentes nacionalsocialistas. El último resto parecía estar acabado después del 30 de enero. No existía ninguna relación con el movimiento nacionalsocialista toda vez que éramos objeto de su oposición patológica. Por sus principios son enemigos de cualquier autoridad y por lo tanto incorregibles. Hechos que parecen reforzar al Estado alemán, les llenan del mayor odio pues toda su oposición parte del mismo principio: no ven ante sus ojos al Estado alemán, al pueblo alemán, sino la institución de orden que tanto odian. No tienen el deseo de ayudar al pueblo, sino la esperanza de que el gobierno fracase en su trabajo por la salvación del pueblo. No están, pues, capacitados para dar su beneplácito a un acto cualquiera, sino que están imbuidos de la creencia de que por principio hay que ir contra cualquier victoria.

Pero no quiero tampoco olvidar un cuarto grupo, el cual en ocasiones, quizá sin saberlo, mantiene una actividad verdaderamente destructiva. Son aquellas personas que pertenecen a un grupo social bastante pequeño y que mientras no hacen nada tienen ocasión para comentarlo y criticarlo todo, llevando con ello algo de diversión y cambio

a sus inútiles vidas, pues mientras la mayoría de las naciones han de ganarse día a día su pan con duro trabajo, existen en diversas clases sociales todavía gentes en las cuales su única ocupación es no hacer nada, para luego recuperarse de éste, su trabajo de no hacer nada.

Ya que estas personas, por su no actividad, no tienen ninguna relación con la masa de la nación, su vida se desarrolla únicamente en el círculo de sus iguales. Cada discusión que se registra en este círculo se mastica varias veces y es discutida una y otra vez con las mismas palabras. Piensan, ya que están convencidos de su inactividad y entre los suyos todos son iguales, que esto les ocurre a todos. El pensamiento de su círculo lo confunden con el pensamiento de todos. Sus preocupaciones creen que son las de todos. En verdad estos grupos son sólo un Estado dentro del Estado, sin ningún contacto vivo con la realidad, con las esperanzas y preocupaciones de la masa del pueblo. Pero son peligrosos, porque son los que llevan el virus de la intranquilidad, de la inseguridad, de los rumores, de las mentiras y sospechas, calumnias, etc., y así llevan por fin a un estado de nervios que impide ver la realidad.

Así como en cualquier otro pueblo, también hace esta gente sus maldades en Alemania. Para ellos era la revolución nacionalsocialista una discusión interesante, igual de interesante que la discusión sobre los enemigos del Estado nacionalsocialista. Una cosa sin embargo es clara: el trabajo de la reconstrucción de nuestro pueblo, y con ello el trabajo de todo nuestro pueblo solamente es posible si éste goza de una tranquilidad interior, de disciplina y de orden, si sigue a su gobierno y, sobre todo, si le tiene confianza, pues únicamente la confianza y la fe hacia el Estado han hecho posible que se empezaran las grandes obras y deberes que nos fueron impuestos en el pasado, y solucionarlos.

Si el nacionalsocialismo tuvo que enfrentarse desde el principio con todos estos grupos, en los últimos meses empezamos a considerar que no se les podía tomar a broma. Las primeras palabras de la nueva revolución, del nuevo cambio, de la subversión eran últimamente tan intensas, que solamente un Estado sin cerebro se hubiera abstenido de hacer nada o habría permanecido impasible. No era posible no tomar en serio lo que no eran palabras necias y sin sentido sino que últimamente se hallaban en boca de miles de personas y en otros tantos escritos.

Hace solamente tres meses el gobierno estaba seguro de que se trataba de simple palabrería de reaccionarios políticos. Anarquistas-marxistas los cuales carecían de cualquier base. A mediados de marzo ordené tomar precauciones ante una posible nueva ola de propaganda. Había que inmunizar al pueblo alemán de un nuevo envenenamiento. Al mismo tiempo di la orden a diferentes sectores a fin de que siguiendo la palabrería de la nueva revolución se hallasen sus inicios y los culpables de su difusión. De ello resultó que en las filas de algunos mandos de la SA había tendencias que daban que pensar seriamente:

- 1) En contra de mi concreta orden, el anterior jefe, Röhm, había engrosado de tal forma la S.A. y encendido su ánimo que tal actitud tenía que ser necesariamente peligrosa.
- 2) La enseñanza de la ideología nacionalsocialista había disminuido en las filas de los jefes de la SA.
- 3) La relación entre el partido y la SA se iba distanciando poco a poco. Por medio de un plan se pudo comprobar que era objetivo de la SA alejarse más y más de nuestra misión,

para poder servir a otras obligaciones e intereses.

4) Para ascender a jefe de la SA - después lo hemos comprobado - eran precisos, únicamente, conocimientos externos e intelectuales. Gran cantidad de hombres que habían sido nombrados por mí dimitían cada vez en mayor número, mientras que gente entrada en 1933 tenía cada vez más privilegios. En ocasiones bastaban unos meses en la SA para lograr un ascenso, el cual viejos miembros de la SA no podían alcanzar durante años.

5) La presencia de estos jefes en la SA no tenía nada que ver con el movimiento y era completamente anti-nacionalsocialista e incluso, en algunos casos, verdaderamente repugnante.

Pero fue imposible hacer la vista gorda, pues precisamente en estos círculos la intranquilidad y sus fuentes estuvieron alimentadas en la falta de práctica del nacionalsocialismo, manteniéndose en base a una cortina de nuevas exigencias revolucionarias.

De estas anomalías y otras avisé al jefe Röhm, sin haber observado desde entonces ninguna mejora ni alguna disposición para preverla.

En los meses de abril y mayo aumentaron estas quejas. Por primera vez en este tiempo recibí comunicados por escrito y archivos de las discusiones que había efectuado el jefe de la SA en concreto y de las cuales únicamente se podía extraer un sentimiento de vergüenza. Por primera vez constaba en estas actas que durante las discusiones se notaban indicios de la necesidad de una nueva revolución. A los diversos jefes se trataba de prepararlos interior y exteriormente para esta nueva revolución. El jefe Röhm intentó desmentir tales circunstancias una y otra vez, y las presentó como acusaciones falsas a la SA. Estas actas llevaron a graves circunstancias a los testigos, los cuales fueron maltratados duramente, siendo la mayoría de las filas de los viejos SA.

A finales de abril quedó claro en el gobierno y entre algunos mandos del partido, que diversos jefes de la SA engañaban expresamente a las organizaciones políticas diversas o, al menos, nada hacían para impedirlo a los que sí actuaban así. El intento de atajar esto por camino legal, no obtuvo resultados en ninguno de sus intentos. El jefe Röhm aseguró, una y otra vez, que había tomado medidas para acabar con todos estos grupos, pero nunca se observó una mejoría.

En el mes de mayo llegaron a las jefaturas del partido cada vez más actas conteniendo acusaciones hacia altos jefes de la SA, basadas en hechos que no podían ser desmentidos. Desde discusiones odiosas hasta extremos indescriptibles, ahí había de todo.

El presidente Göring se había cuidado ya antes de que en Prusia, la autoridad y el pensamiento nacionalsocialistas prevaleciesen sobre determinados elementos. En otras zonas las jefaturas del partido estaban obligadas a enfrentarse con situaciones que llegaban a límites no imaginados jamás. Algunos responsables fueron detenidos. En su día ya dije que un régimen autoritario tenía grandes obligaciones. Si se exige a un pueblo que tenga fe en su gobierno, entonces corresponde a ese gobierno el merecerlo. Faltas y errores se pueden arreglar. Excesos de bebida o molestias a personas pacíficas y tranquilas no se pueden permitir a un jefe. Por ello siempre he exigido que el comportamiento de los diversos jefes nacionalsocialistas sea de más grandes responsabilidades que otro cualquiera. El que exige que se le tenga un gran respeto ha

de exigirlo haciéndose acreedor a él. Es por ello que no quiero que los nacionalsocialistas sean juzgados más benignamente por esos excesos, sino al contrario, que sean juzgados más severamente que el hombre de la calle.

La firme decisión del gobierno nacionalsocialista de acabar con estos hechos que manchan su honor y sus responsables, ha llevado a grandes enfrentamientos con la dirección de la SA. Estos enfrentamientos llevaron a discusiones constantes entre el señor Röhm y yo, en las cuales, por primera vez, empecé a desconfiar de la lealtad de este hombre.

Después de que en cuatro ocasiones me había obstinado en no pensarlo, después de que durante años y años había protegido a este hombre por su fidelidad, ahora por fin tenía que considerar las serias acusaciones - especialmente gracias a Rudolf Hess - las cuales me impedían proteger por más tiempo a este hombre por más que hubiera querido pensar que eran falsas.

Desde el mes de mayo no podía haber ya ninguna duda de que el señor Röhm estaba ocupado en grandes proyectos que podían llevar a la catástrofe. Si en este tiempo no tomé enseguida una decisión fue por las siguientes causas:

- 1) No podía creer tranquilamente que un comportamiento basado en la fidelidad se había transformado todo en mentiras.
- 2) Todavía tenía la esperanza de poder ahorrar al movimiento y a la SA este deshonor y acabar con todo esto sin grandes luchas.

Pero por fin y a finales de mayo cada día aumentaban los hechos deshonorosos. El jefe Röhm se alejó no solo interiormente del partido, sino también con toda la vida exterior. Todos los fundamentos en los que nos hemos desarrollado perdieron su validez. La vida que empezaron a vivir el jefe Röhm y su círculo era, para cualquier partido nacionalsocialista, inaguantable. No solo era horrible que él y con él otros, rompieran toda moralidad y educación, sino que lo peor era que este veneno se iba extendiendo cada vez en mayores proporciones. Y todavía resultó el hecho de que dentro de la SA fue formándose una secta que tenía toda la apariencia de una organización que representaba un peligro no solo para el partido sino para la seguridad del Estado.

Las comprobaciones efectuadas durante el mes de mayo en grupos concretos de la SA nos llevaron a un horrible descubrimiento. Personas sin consideración hacia el Estado ni hacia el nacionalsocialismo habían sido ascendidas a jefes de la SA solamente porque formaban parte del mencionado círculo. Algunos, bien conocidos por ustedes - como es el caso del jefe Schmidt de Breslau -, descubrieron un cuadro de situaciones que eran verdaderamente inaguantables. Mi orden para tomar medidas contra esto fue teóricamente cumplida pero en la práctica boicoteada. Poco a poco se formaron en el mando de la SA tres grupos: un pequeño círculo fuertemente unido y dispuesto a todo y que estaba ciegamente en manos del jefe Röhm. Se hallaban en primer lugar el jefe Röhm de Berlín, Heines de Silesia, Hayn de Sajonia, Heydebreck de Pomerania. Al lado de estos se encontraba un segundo grupo de jefes que interiormente no pertenecían a este círculo y que solamente por disciplina castrense seguían obedeciendo al jefe Röhm y, frente a todos estos, había un tercer grupo que se oponía decididamente a todo esto y que poco a poco fueron eliminados de sus puestos. El primero de este grupo fue el actual jefe Lutze, así como el jefe de la SS Himmler.

Sin informarme de ello, sin tener yo la más ligera idea al respecto, el señor Röhm mantuvo relaciones con un elemento totalmente corrupto, como fue el caso del señor Werner von Alvensleben, para que le tuviera en contacto con el General Schleicher. El General Schleicher fue el hombre que permitió al jefe Röhm convertir en realidad sus deseos interiores.

Él era de la opinión de que: primero, el régimen actual era inaguantable; segundo, que todos los movimientos, especialmente el ejército, tenían que reunirse en una sola agrupación con los movimientos nacionales; tercero, que para esto era el único hombre capaz de conseguirlo el jefe Röhm; cuarto, el señor Franz von Papen había de ser eliminado y que en todo caso él estaría dispuesto a ocupar el puesto de canciller produciéndose otros muchos cambios. Por todo ello empezó la búsqueda de personas para este nuevo gobierno, partiendo siempre de la base de que yo mismo, al menos por el momento, permanecería en mi puesto.

La realización de los propósitos del señor Schleicher tenía que contar con oposiciones ya desde el punto segundo. Nunca me habría sido posible humanamente dar mi aprobación al cambio de los ministros del *Reich* para poner en su lugar, por ejemplo, al señor Röhm.

Durante catorce años siempre he asegurado que las organizaciones de lucha del partido eran instituciones políticas y por ello nada tenían que ver con el ejército. Otra actitud ahora sería contraria a esta tesis y a mi política durante catorce años por lo que me sería imposible llamar a la cumbre al jefe en vez de a Göring.

Por otro lado también me habría sido imposible dar el visto bueno a la consulta del señor Schleicher, pues cuando estos propósitos estuvieron claros, la imagen interior del jefe Röhm había decaído tanto para mí, que ya solo por ello no habría consentido tal cosa. Pero además, y ante todo, estaba claro que la máxima autoridad del ejército es el Mariscal y presidente del *Reich*. Yo habíale jurado fidelidad. Su persona para todos nosotros es intocable. La promesa que le hice de mantener al ejército como un instrumento no político del *Reich*, era para mí lo más importante, tanto por haber dado mi palabra como por mis mismos principios. Igualmente me habría, sido imposible dar un paso así por nuestro ministro del Ejército. Todos estamos contentos de ver en él a un hombre honorable de principio a fin. Él ha logrado unir en lo más profundo de su corazón al ejército con la revolución de ayer y el Estado de hoy. Él ha reconocido fielmente un principio por el cual yo mismo estaría dispuesto a luchar hasta la muerte, a saber: en el Estado solamente existe una organización armada, el ejército; y solamente una organización política, el partido nacionalsocialista. Cualquier pensamiento que comportase ceder a los deseos del General Schleicher significaría una actitud infiel hacia el Mariscal de Campo y ministro del *Reich* e igualmente contra el ejército. Así como el General Werner von Blomberg cumple con su deber en el Estado nacionalsocialista así también lo cumplen los oficiales y soldados. No se les puede ahora pedir que cada cual tome una postura por separado en relación con nuestro movimiento y hasta el momento todos han cumplido con sus deberes hacia el Estado.

Igualmente no podría hacer desaparecer, sin más ni más, a aquellos que el 30 de enero juraron firmemente salvar al Estado y al pueblo. Hay responsabilidades que no pueden ser heridas y creo firmemente que sobre aquellos hombres que unieron sus nombres a la nación, no se puede ser infiel, pues entonces hacia el interior y el exterior daríamos una imagen de falta de confianza y principios.

Dado que el propio jefe Röhm carecía de la seguridad de que yo aprobase su plan, se elaboró un proyecto destinado a llevarlo a término por la fuerza. Los preparativos se

hicieron a gran escala.

Quiero manifestar para el presente y el futuro que esos hombres no podían ya, de ninguna manera, tener derecho a proclamar la concepción del mundo nacionalsocialista. Su vida se había podrido tanto como la vida de aquellos que habíamos sustituido ya en 1933.

La presencia de estos hombres se me hizo imposible, me era imposible invitarles a mi casa o visitarles en la del jefe en Berlín. Lo que hubiera sido de Alemania en caso de ser gobernada por una secta así es imposible imaginarlo.

La importancia del peligro se pudo medir sobre todo por la intensidad de los rumores que llegaban desde el extranjero. La prensa francesa e inglesa cada vez hablaba más de un cambio en Alemania, y la proliferación de noticias hacía ver que se había facilitado información al exterior en el sentido de que iba a empezar en Alemania la verdadera revolución nacionalsocialista y que el régimen existente era incapaz de continuar.

El General Ferdinand von Bredow, el cual mantenía relaciones con el extranjero, trabajaba únicamente como sector de información de aquellos círculos, permitiendo que se abusara de ellos.

A finales de junio estaba ya decidido a acabar y poner fin a este movimiento antes de que la sangre de miles de inocentes fuera derramada.

Ya que el peligro y la situación de los implicados se había hecho más y más tensa, teniendo algunos sectores del partido que tomar postura, pensé que era imposible mantener al jefe en su puesto y le hice dimitir el sábado 30 de junio, deteniéndolo junto a los más destacados implicados, a la espera de acontecimientos.

Puesto que dudaba que el jefe se presentara dado lo delicado de la situación, pensé en tomar yo mismo parte en el asunto y presentarme en su puesto de mando. Apoyándome en mi autoridad y en mi poder de decisión - gracias a Dios siempre presente -, quise detener personalmente al jefe a las doce del mediodía, expulsándolo de su cargo, a la vez que llamar la atención a los demás para que entraran de nuevo en el buen camino.

El 29 de junio sin embargo, recibí información sobre grandes preparativos, por lo cual suspendí mi previsto viaje a Westfalia a fin de estar preparado. A la una de la madrugada recibí de Berlín y Múnich dos informaciones alarmantes. La primera indicaba que a las cuatro de la madrugada se había ordenado en Berlín una alarma y que incluso se habían requisado camiones, estando ya la actividad en marcha que tenía por objeto tomar a las cinco la sede del gobierno. El jefe Röhm había suspendido su viaje a Wiessee, para tomar personalmente el mando de la acción. La segunda información alarmante provenía de la SA de Múnich a la que se había retenido en los cuarteles por la noche sin permitirles marchar a sus domicilios. Esto era ya el colmo puesto que el mando de la SA soy yo y no otros.

Bajo estas circunstancias sólo me quedaba una posibilidad. Si podía evitarse la desgracia había que actuar rápidamente. Solamente una actitud rápida y sin contemplaciones podía ser capaz de acabar con los revolucionarios. Ya no cabían dudas respecto a si era preferible acabar con unos cientos de revolucionarios y conspiradores o que ellos acabaran con miles de inocentes. Pues era indudable que si la acción del delincuente Röhm empezaba a desarrollarse las consecuencias serían ya imprevisibles. Como toda la operación fue hecha en mi nombre, se daba el caso de que a los revolucionarios les había sido posible llevarse cuatro blindados de la policía, los cuales no tenían la más mínima idea de lo que ocurría, si bien a través de la policía de Silesia y Sajonia ya se había difundido la intranquilidad y la inseguridad. Por todo estaba claro y era evidente que al jefe únicamente se le podía oponer un solo

hombre. Me fue infiel a mí y solamente yo podía llamarle la atención sobre esto. A la una de la madrugada recibí las últimas informaciones alarmantes y a las dos tomé un avión hacia Múnich. El presidente del consejo de ministros, Göring, ya había recibido anteriormente de mí la orden de ocuparse de Berlín y Prusia en caso de tener que actuar y con puño de hierro logró atacar a los que atentaban contra el Estado nacionalsocialista antes de que su acción pudiera ser importante.

Conjuntamente con el ministro Goebbels y el nuevo jefe tomamos las decisiones para la acción a llevar a cabo en Múnich. Si pocos días antes todavía estaba dispuesto a esperar y tener consideración, a estas horas ya no podía tenerla. Si alguien me acusa de no arreglar las cosas a base de un juicio reglamentario, únicamente les puedo decir que en esos momentos era yo el responsable de la nación alemana y por tanto juez en nombre de ella. Las acciones revolucionarias han sido siempre combatidas con decisión. Solamente un Estado no actuó así en la guerra y este Estado por ello mismo se derrumbó: Alemania.

Yo no quise entregar el joven *Reich* al mismo destino que el viejo. La nación ha de saber que la propia existencia - que debe ser garantizada por el orden y la seguridad interior - no puede ser amenazada por nadie sin que por ello reciba el justo castigo. Y todos han de saber para el futuro que el que levante la mano contra el Estado encontrará en la muerte su castigo. Y a cada nacionalsocialista le corresponde saber que ningún rango ni ninguna situación le impedirán recibir su justo castigo. A miles de nuestros adversarios los perseguí por su corrupción. Me acusaría gravemente internamente si entre nosotros los permitiera.

Ningún pueblo ni ningún gobierno tiene la culpa cuando los que aquí llamamos Kutisker, etc., o en el pueblo francés Stavinsky, aparecen contra los intereses de una nación. El propio pueblo sería culpable si no acabara con esos sujetos. Si me culpan en el sentido de que únicamente un juicio celebrado normalmente hubiera podido dar el resultado apetecido de culpabilidad y resolver el problema, protesto airadamente. ¡El que se levante contra la Alemania es traidor a su patria! Y el que se levanta contra su propia patria no ha de ser juzgado por la importancia de su delito sino por el hecho en sí. Aquel que se atreva a soliviantar a su propia gente con palabras de infidelidad y falsedades a fin de levantarla contra el pueblo, no puede esperar otra cosa que ser la primera víctima de su acción. No tengo interés en dejar acabar con los pequeños e insignificantes y tener piedad para los grandes. No tengo porque comprobar si a esta gentuza, maleantes, destructores y envenenadores del aire de nuestro pueblo, se les ha aplicado la justicia correctamente o no, lo único que tengo que vigilar es que Alemania siga siendo lo que es.

Un periodista extranjero que reside aquí como invitado, ha levantado su protesta en nombre de las mujeres e hijos de los hombres fusilados. A este señor solamente le puedo dar una respuesta: *“Mujeres y niños son siempre las víctimas inocentes de los actos criminales de los hombres. También yo me compadezco de ellos, pero creo que el mal que a ellos les ha correspondido ha sido mucho menor comparado con el que hubieran sufrido miles de mujeres, hombres y niños de nuestra patria si las actividades de esos maridos hubieran tenido éxito.”*

Un diplomático extranjero declaró que su encuentro con Schleicher y Röhm había tenido muy poco interés y ningún valor. Yo no tengo porque discutir con nadie de esto. El dilucidar lo que es malo y peligroso y lo que no lo es en el terreno político es difícil de determinar, pero si dos traidores a la patria tienen un encuentro con un hombre de Estado extranjero, y si ellos mismos denominan la reunión como de trabajo,

prescindiendo de la presencia de personal acreditado, entonces esos hombres han de ser fusilados en el acto, aunque sea cierto que solamente hablaran del tiempo y de monedas antiguas.

La penitencia por este crimen ha sido dura. Diecinueve comandantes de la SA de elevado rango y treinta y un intermedios han sido fusilados como cómplices de ésta operación. Otros trece mandos de la SA y civiles murieron al oponerse a su detención. Tres más se suicidaron. Cinco miembros del partido, pero no pertenecientes a las SA, fueron fusilados por participación.

Finalmente aún fueron fusilados tres miembros de las SS que se hicieron reos de vergonzosos malos tratos a detenidos.

A fin de impedir que la pasión política y la indignación pudieran devenir en una justicia de linchamientos contra los complicados, una vez eliminado el peligro y considerada la revuelta como dominada, el mismo domingo, 1 de julio, se restableció la situación normal. Un cierto número de actos violentos, sin conexión ni relación con esta acción, serán trasladados a los juzgados ordinarios para su enjuiciamiento.

Aunque los sacrificios hayan sido duros, no han sido en vano, aunque a algunos les pueda parecer así. Además tengo yo la confianza de que, si alguna vez el destino me quita de mi sitio, mis sucesores no actuarían de otra forma, e igualmente si ellos tuvieran que ceder el sitio a un tercero tampoco actuaría de otra manera pues igualmente esa persona sería responsable de todo su pueblo. Si ahora leo las informaciones falsas que en la prensa de todo el mundo han sido escritas, llenas de mentiras, no puedo aceptar como disculpa el que ahora vengan diciendo que en esa situación era imposible escribir otra cosa, aunque en ocasiones hubiese bastado una llamada telefónica a determinados centros para poder verificar las noticias dadas. Especialmente cuando se informó de que había personas del gabinete del *Reich* entre los revolucionarios, esto podría haber sido desmentido rápidamente. La información de que el presidente de ministros Franz von Papen o el ministro Franz Seldte u otros señores del gabinete del *Reich* estaban entre los revolucionarios se podía desmentir rápidamente con el hecho de que uno de los primeros objetivos de los revolucionarios era precisamente asesinarlos. Son igualmente falsas las informaciones tendentes a implicar a príncipes alemanes en esta revolución. Por último cuando en los últimos días un periódico inglés publicó la noticia de que yo mismo he sufrido un ataque de nervios, igualmente una pequeña consulta hubiera sido suficiente para aclarar la verdad. A estos periodistas les puedo decir que ni en la guerra, ni después de ella, he sufrido ningún ataque de esta naturaleza, pero sí que he sufrido el dolor del derrumbamiento de la fidelidad y la fe que puse en un hombre, por el cual yo mismo lo hubiera dado todo. Pero quiero al mismo tiempo confesar también que mi esperanza y mi fe en la SS nunca se ha visto defraudada y ahora también se me ha devuelto la fe en la SA. Tres veces tuvo la SA la desgracia de ser dirigida por un jefe - la última incluso por un jefe supremo - a los cuales creía tener que seguir y los cuales les engañaban, en ellos había depositado yo mi confianza y fue traicionada, sin embargo también tuve la satisfacción de comprobar que en las tres ocasiones los culpables estaban solos, sin el apoyo de nadie, pues tan grande era la traición por parte de las personas como grande era la fidelidad de las organizaciones comprometidas hacia mi persona. Si la SS tenía que cumplir estos días una penosa misión, no menos penosa era la situación de grupos de hombres y mujeres de la SA, con los cuales estoy unido por el lazo de las luchas comunes y que me hicieron siempre el jefe más alto de su organización, pues yo nunca estaré de acuerdo en que se destruya algo que siempre ha estado unido a mí y a todo el movimiento

nacionalsocialista y que fue una gran base para la reconstrucción del *Reich*.

La SA en estos días difíciles para ella y para mí, me ha mostrado su más grande fidelidad demostrando, por tercera vez, que tanto es la SA mía como yo soy de ellos. Dentro de pocas semanas la camisa parda volverá a estar en las calles de Alemania demostrando a todo el mundo que la Alemania nacionalsocialista vive ahora más fuertemente que antes una vez superada la crisis.

Cuando en marzo de este año nuestra joven revolución venció en toda línea en Alemania, fue mi mayor preocupación el que se derramase la menor sangre posible. A millones de mis adversarios les ofrecí el perdón: millones de ellos han llegado a nosotros desde entonces para trabajar conjuntamente y han trabajado fielmente para la renovación del *Reich*. Yo pensaba que no sería necesario volver a defender este Estado con las armas en la mano. Pero ya que el destino nos ha puesto esta prueba hemos de estar contentos de habernos mantenido fanáticamente y de que al igual que derramamos nuestra sangre en la lucha por el poder, ahora también ha sido sangre nuestra la que ha sido derramada en defensa de nuestros compatriotas.

Al igual que ofrecí hace año y medio el perdón a nuestros adversarios, también ahora quiero decirles a todos aquellos que fueron culpables, que quiero olvidar este acto de traición. Que ellos mismos reflexionen en su interior y busquen el perdón. Todos hemos de ser responsables del bien de nuestra patria, la paz interior y el orden.

Estas veinticuatro horas han sido las más difíciles de mi vida, pero en ellas el destino me volvió a demostrar que tengo incommoviblemente a mi lado lo que es más valioso para mí: el pueblo y el *Reich* alemán.

Discurso con motivo de la unión del Sarre al Reich

Discurso pronunciado el 1 de marzo de 1935

Camaradas alemanes:

Hace dos años, en 1933, hablé por primera vez ante muchos miles de sarrenses, ante el monumento de Niederwald. Entonces, en medio de la más fuerte lucha para llegar a realizar nuestras ideas y bases de una nueva Alemania, estaba muy preocupado por el destino del Sarre.

Un año más tarde, me encontré en Coblenza con otros miles y también estaba lleno - como creo que todos - de gran preocupación por el futuro de esta parte arrancada al *Reich*. Fue entonces cuando, mutuamente, nos hicimos una promesa. Vosotros me prometisteis que cuando llegase la hora tomaríais parte hombre con hombre, mujer con mujer, por la causa del *Reich* alemán. Habéis cumplido vuestra promesa. Yo os prometí que Alemania no se olvidaría de vosotros jamás, y también Alemania cumplió su promesa, y en las dos ocasiones os pude asegurar, de todo corazón, que sería inmensamente feliz el día que os pudiera devolver vuestra visita. Fue entonces cuando prometí también visitaros en la primera hora de vuestra libertad y por ello ahora me siento feliz de estar entre vosotros. Creo que podemos dar gracias al cielo de que en nuestro tercer encuentro no haya venido como simple visitante sino que como canciller del *Reich* alemán he venido a una región alemana. El último acto será dar consciencia de estos hechos y difundirlos internacionalmente. Y aunque el cielo ha oscurecido y ha empezado a llover, no nos ha afectado mucho la lluvia, pues aunque el cielo lllore nosotros tenemos el sol en nuestros corazones.

Somos todos inmensamente felices de participar en este día de la suerte. En estos momentos millones de alemanes nos están escuchando. Desde aquí hasta Hamburgo, desde la Alemania del este hasta Königsberg, en todas partes existe el mismo sentimiento: ¡por fin, por fin estáis otra vez con nosotros!

Pero pienso también que hoy es un día de suerte para toda Europa. Ha sido ésta una decisión que ha merecido la aprobación, en que se ha concretado un día y respetado el resultado. Esta región, que fácilmente hubiera podido ser causa de desavenencias eternas, ha vuelto a Alemania, de la cual había sido ilegalmente separada. Ha sido un día de suerte para Europa en especial porque con la vuelta del Sarre a Alemania ha podido ser evitada una guerra en la cual dos naciones habrían tenido que sufrir mucho. Esperamos que por medio de este acto de sensatez, la relación de Alemania con Francia, por fin entrara en buenos y razonables cauces, pues así como nosotros queremos la paz, también hemos de esperar que la gran nación vecina la desee igualmente. Ha de ser posible que dos grandes pueblos se den la mano, para, con su trabajo conjunto, acabar con las desgracias que Europa debe enterrar bajo su peso.

Este día, además, ha de servir de gran lección, gran lección para todos aquellos que, por ignorancia, creen que la verdadera Historia se basa en terror y miedo, y piensan que con estos medios pueden desnudar a los pueblos, arrancarles un trozo y con él un trozo de su alma. Han de comprender todos los hombres de Estado que esto no tiene sentido, que es imposible dividir a pueblos y Estados pues al final la sangre es siempre más fuerte que cualquier documento y lo que fue escrito con tinta ha de ser borrado con sangre.

Este sentido deberá prevalecer por encima de todo claramente. Vosotros, con vuestro

voto al *Reich* también os habéis ganado un puesto en la Historia. En un período difícil en la lucha por la reconstrucción del *Reich*, con vuestro voto me habéis facilitado mi labor, y Dios puede ser testigo de que esta labor solamente tiene una gran meta: hacer libre a Alemania y llevarla por el camino de la felicidad.

Así pues tenéis vosotros todos los derechos pues os los habéis ganado y hoy ha de ser un gran día para vosotros, por ello soy feliz de estar aquí, y nos ha de llenar un sentimiento de alegría y felicidad, reanudando mañana nuestros trabajos, los grandes trabajos para nuestro *Reich*, pues sabemos que lo ya conseguido, aunque parezca mentira, solamente es el principio de lo que todavía tenemos que hacer. Así pues no entráis en una casa ya terminada, sino que entráis en una comunidad de personas recientemente elaborada. Vosotros habéis de ayudar a construir y trabajar, y podéis estar orgullosos y felices de poder participar en la construcción de nuestro nuevo hogar alemán. Es algo maravilloso lograr realizar la unión de un pueblo. Lo que durante cientos de años fue en el pasado un sueño, ahora es una realidad por primera vez. Primero, ciertamente, tuvimos que pasar grandes dificultades a fin de prepararnos para este momento. De vez en cuando me asalta el presentimiento de que todo tuvo que ser así para poder llegar a estos días felices que de otro modo nunca habrían llegado. ¿Qué es la gloria externa, todas las riquezas exteriores en comparación con este gran tesoro que puede llegar a poseer un pueblo? No lograríamos entendernos con el mundo, ni él con nosotros, si primero no lo lográsemos aquí. Hemos seguido este camino con seriedad, hemos intentado expulsar de nuestro interior la arrogancia, las clases. Nos hemos cuidado de medir a las personas por sus valores interiores alejando lo exterior y superficial, el rango, el trabajo, fortuna, educación y capital, todo lo que puede separar a las personas, y en vez de ello hemos buscado el carácter, la conciencia, la honradez y así hemos sido felices. Hemos encontrado grandes riquezas, pudiendo considerar a nuestros compatriotas como verdaderos en el pleno sentido de la palabra.

Como testigo de esta unión he venido aquí, como testigo y como combatiente de esta lucha que une hoy a millones de alemanes. Sé que el cielo no regala nada ya terminado. Nos lo hemos de ganar duramente y sé también que esta meta no ha sido ni mucho menos totalmente lograda, pero nos acercamos a ella con el corazón ardiente y sabiendo que el cielo ha bendecido nuestro intento de alcanzarla, porque una cosa sí puedo decir. Los enemigos míos y del pueblo alemán han de tener en cuenta una cosa: hace quince años empecé la lucha por Alemania con un puñado de personas, y fue difícil superar el límite de ese puñado inicial para lograr entrar en el pueblo y formar un *Reich* alemán. Quince años de lucha, y si ahora mido los resultados obtenidos debo dar gracias al cielo, él ha bendecido nuestra lucha. No ha sido estéril. Quince años de lucha por un pueblo, quince años de lucha por un *Reich* y ahora puedo, en nombre de este pueblo y en nombre de este *Reich* recibiros de nuevo en vuestra patria. Y si hoy he venido a vosotros es sólo el primer contacto, volveré y volveré a hablaros, solamente que ahora ya no pasará tanto tiempo. Hoy me hubiera sido imposible estar sentado en Berlín o en otro lugar. He venido porque mi corazón me ha llevado hacia vosotros, para deciros lo feliz que soy y lo feliz que es todo el pueblo alemán. Volveré, espero volver muchas veces a hablaros. Es un camino extraño el que ha recorrido este movimiento. Al principio era un pequeño movimiento y se ha convertido ahora en multitudinario. Hay que continuar este trabajo, estáis ahora invitados. Os ruego que hagáis ofrenda de vuestro honor, que no habéis perdido durante quince años, al *Reich*. Durante quince años habéis tenido fe. Ahora os pido que tengáis también fe en el nuevo *Reich*, tenéis que creer en su futuro, tenéis que creer en sus obligaciones y en los resultados, tenéis

que creer en el éxito de este trabajo, tenéis que creer en la libertad, creer en lo grande y eterno de nuestro pueblo. Si durante estos quince años no hubierais tenido fe en vuestra firmeza, ¿qué os hubiera quedado? Si durante estos quince años no hubierais tenido esta fe ¿quién os hubiera guiado?

La fe puede mover montañas, la fe puede también liberar a los pueblos. La fe puede volver a fortalecer a las naciones y llevarlas otra vez hacia arriba por más que se hayan hundido y vosotros habéis sido fieles durante quince años, por ello otra vez os ruego: ¡ofrendad esta fidelidad al nuevo *Reich*! Fuisteis fieles y fidelidad se os ofrecía, fuisteis fieles a promesas sin pararse a medirlas materialmente, y es por ello que os ruego que continuéis siendo fieles en vuestro trabajo, en el trabajo que vais a empezar en este nuevo *Reich*, sed fieles a este movimiento, fieles a la unión del pueblo alemán y no miréis jamás lo que prometen los que ahora están fuera, no olvidéis nunca que fuimos fieles cuando a Alemania le iba muy mal. Entonces levantamos la bandera. Cuando Alemania fue herida gravemente en su honor, levantamos nuestras banderas de la fe, las banderas de nuestros deberes para con Alemania. Entonces no dijimos: “*Nos avergonzamos de ser alemanes*”, sino que proclamamos: “*Estamos orgullosos más que nunca de ser alemanes.*” Y a esta Alemania es a la que os pido que ofrendéis vuestras fuerzas. ¿Qué es de la persona que no se pone una meta y lucha por ella fanáticamente? La fe es una fuerza muy poderosa si es usada firmemente y para alcanzar los objetivos fijados. Nuestra fe era levantar de nuevo a Alemania, y lo podéis ver: ¡hemos vencido!

Cuando Alemania se derrumbó gravemente herida en su honor, fue cuando creció nuestra fe, nuestra fe en lograr la unión alemana. Cuando Alemania se dividió en clases, entonces creció nuestra fe en poder sobreponernos a ello y crear nuestra nación. Y nuestra fe ha triunfado. Alemania se ha unificado y una nueva bandera ha sido izada bajo la cual marchan millones al mismo paso, bajo la cual marcha toda la nación alemana. Por ello os ruego que esa fe mantenida quince años la traigáis con vosotros al nuevo *Reich* y la pongáis como base para serle fiel y estar a su servicio. Si entráis así en nuestro *Reich*, un *Reich* que es nuestro, pues nadie nos lo regaló, que fue levantado por el pueblo alemán, entonces seréis felices. Seréis felices no por haber recibido un regalo sino por haber conseguido algo maravilloso con vuestro propio trabajo. No se puede recibir la felicidad como un regalo. La mayor felicidad que puede ser regalada es la convicción de haber elaborado algo propio con el propio trabajo. Vais a participar de esta felicidad como nosotros ya participamos hoy al estar orgullosos de saber que esta bandera fue concebida y levantada por nosotros hace quince años y que, gracias a nuestro trabajo, en todos los lugares donde hay alemanes es un símbolo de unidad. Somos felices sabiendo que nada nos ha sido regalado, sino que lo hemos conseguido con miles de luchas, con trabajo sin descanso, gracias a nuestra fidelidad y a nuestra fe.

Vosotros seréis igual de felices dentro de quince ó veinte años cuando Alemania sea libre del todo, cuando Alemania, como Estado de la paz, pero también de la libertad y el honor, pueda volver a ofrecer a sus hijos el pan de cada día. Y seréis felices y orgullosos de saber que habéis trabajado para ello, para poder llevar a nuestro pueblo a esta situación, por ello hemos de apartar la vista del pasado y dirigirla al futuro de nuestro pueblo. Es entonces cuando vemos nuestros deberes, los cuales nos han sido impuestos, y somos felices por ellos, pues no queremos ser un pueblo al que se le regaló algo, sino que queremos concluir nuestros días con el convencimiento de que hemos cumplido con nuestro deber. En esto está la mayor felicidad.

Si hoy dirigimos la vista hacia el futuro, entonces vemos como meta este nuevo *Reich*, esta nueva unión de nuestro pueblo, esta nueva Alemania a la cual le gusta tanto la paz como le gusta ser fiel, llena siempre de honor y felicidad. Por esta Alemania que así vemos frente a nosotros hemos de hacer un juramento. A esta Alemania queremos jurarle en esta hora de fiesta que le seremos fieles mientras tengamos aliento y juntos, mujeres, hombres y niños lo proclamaremos así: “*Nuestra Alemania, nuestro pueblo y nuestro Reich: Sieg Heil, Sieg Hiel, Sieg Heil!*”

Nota

Las elecciones del Sarre tienen una importancia decisiva en la historia del nacionalsocialismo. Es sabido que en todos los plebiscitos y elecciones convocados por Adolf Hitler, éste logró siempre el 90 % de los votos. Naturalmente los más escépticos dijeron que dicho porcentaje era imposible, que era manipulado, pues significaba que incluso los judíos votaban a Hitler. Sin embargo, en el plebiscito del Sarre, Hitler no tuvo oportunidad de hablar, además la votación se celebró bajo estricto control internacional y los resultados fueron los siguientes: a favor de Hitler el 90,8 %, a favor de la unión con Francia el 0,4 % y a favor del *statu quo* ⁽²⁾ el 8,8 %. Estas cifras venían a autenticar las logradas por Hitler en Alemania, y ciertamente podía afirmarse que también los judíos votaron a Hitler, o, en todo caso, eran los únicos que no le votaban.

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 21 de mayo de 1935

Diputados, hombres del parlamento:

Ante el deseo del gobierno del *Reich*, el presidente del parlamento, nuestro camarada Göring, ha convocado esta sesión para que, en mi calidad de representante de la nación alemana, pueda hacer ante vosotros aquellas declaraciones que considero necesarias para comprender la actitud y las decisiones del gobierno alemán respecto a las grandes cuestiones actuales que a todos nos inquietan.

Con este propósito me dirijo a vosotros y, al mismo tiempo, a todo el pueblo alemán. Además me dirijo a todos cuantos, en el resto del mundo, ya por deber, ya por interés, se esfuerzan también por penetrar en nuestra manera de concebir los problemas que también a ellos les preocupan. Me complace hacer aquí estas declaraciones porque es la mejor manera de evitar el peligro que, según nos dice la experiencia, radica en la interpretación casi siempre discrepante de conversaciones sostenidas entre dos o en un pequeño círculo y que después, como es natural, no pueden darse a la publicidad más que fragmentariamente.

Considero especialmente beneficiosa esta forma de hacer una declaración semejante porque no sólo me da el derecho sino que me impone precisamente el deber de una franqueza absoluta y el de hablar con toda sinceridad de los diferentes problemas. La nación alemana tiene el derecho de exigirlo de mí y yo estoy decidido a inclinarme ante él. Muchas veces oigo lamentarse en los países anglosajones de que Alemania se ha alejado precisamente de aquellos principios políticos democráticos que son especialmente sagrados para esos países. Esta idea se basa sobre un craso error. También Alemania tiene su constitución democrática. El actual gobierno del Estado nacionalsocialista tiene también el mandato del pueblo y se siente asimismo responsable ante él. No importa el número de votos que en los diferentes países correspondan a un diputado. Hay países en que se necesitan 20.000 votos; en otros bastan 10.000 ó 5.000; en otros, 60.000 ó más.

El pueblo alemán ha elegido con 38 millones de votos un solo representante. Esta es quizá una de las diferencias esenciales entre nosotros y los demás pueblos. Pero esto significa que yo me considero tan responsable ante el pueblo alemán como un parlamento cualquiera. Yo actúo en virtud de su confianza y por mandato suyo. Por esto el pueblo alemán tiene el derecho a esperar de una declaración como la de hoy que se le expongan franca y escuetamente cuestiones que sí interesan al resto del mundo, interesan con igual intensidad por lo menos al pueblo alemán. Y me complazco en ello porque como *Führer* y canciller de la nación y como jefe del gobierno tengo que tomar desgraciadamente a veces decisiones que ya son bastante graves de por sí, pero cuya gravedad la aumenta todavía el hecho de que a mí no me es dado compartir mi responsabilidad ni, sobre todo, descargarla en otros. Por eso tengo al menos el deseo de que la nación penetre en los pensamientos que me mueven para facilitarle así la comprensión de las resoluciones y medidas inspiradas en ellos. Y cuanto más graves son estas resoluciones, tanto más quisiera, como alemán, desprender mis actos de todo instinto de flaqueza o de temor y ponerlos de acuerdo con mi conciencia frente a mi Dios y al pueblo a quien me hace servir.

Cuando hace dos años, el 30 de enero, el presidente del *Reich*, de eterna memoria, me

encargó la formación de un nuevo gobierno y la dirección de los asuntos del Estado, millones de alemanes - y entre ellos algunos patriotas - dudaban del éxito de la tarea que se me había encomendado. Perversa alegría o preocupación dominaban simultáneamente al pueblo alemán, entonces tan dividido todavía. Porque nuestra situación no parecía ser prometedora más que para el enemigo interior; los verdaderos amigos, en cambio, la consideraban indeciblemente triste. La vida nacional estaba gravísimamente amenazada en sus numerosos aspectos, pues aunque para muchos, comprensiblemente, la catástrofe económica lo dominaba todo, sin embargo para el profundo observador era claro que no constituía más que una consecuencia, el necesario efecto económico de una serie de causas interiores, parte de orden social, parte de organización política, pero sobre todo de carácter moral. Frente a la abrumadora cantidad de tareas, frente a la situación aparentemente desesperada y frente a la insuficiencia de todos los medios, suponía un gran valor no desmayar y ponerse inmediatamente a la obra para el resurgimiento de la nación librándola de su sufrimiento y decadencia.

Económicamente nos encontrábamos ante la siguiente situación:

Después de una guerra de cuatro años, que ya de por sí había infligido a toda la economía nacional perjuicios terribles, los enemigos vencedores impusieron al pueblo alemán un tratado de paz que, falto de todo sentido político y económico, quiso perpetuar como fundamento jurídico de la vida de los pueblos, la proporción de fuerzas que se presentó al acabar la guerra. Sin tener en cuenta las condiciones y las leyes económicas de la vida, es más, en directa contraposición con ellas, se sofocan todas las posibilidades económicas por una parte y por otra se fijan exigencias cuyo cumplimiento está fuera de toda realidad. Bajo la denominación general de *reparaciones* se lleva a cabo la destrucción de la economía alemana. Del incomprensible abandono de la más elemental concepción económica, resultó la situación siguiente:

- 1) La nación tiene un excedente de mano de obra.
- 2) Siente la gran necesidad de recobrar el bienestar material que corresponde al alto nivel de vida a que estaba acostumbrada y que perdió por la guerra, la inflación y las reparaciones.
- 3) Sufre de una escasez de víveres y de materias primas explicable por las condiciones peculiares de su territorio.
- 4) El mercado internacional que necesitaría para reconstituirse es demasiado pequeño y además se va restringiendo prácticamente cada vez más en virtud de numerosas medidas y del natural desarrollo que va adquiriendo este movimiento.

No habla muy bien del talento económico de nuestros antiguos adversarios políticos el que no empezasen a ver la imposibilidad de seguir cumpliendo obligaciones ilimitadas, a veces francamente incomprensibles hasta que con su actitud no sólo se había aniquilado por completo la economía nacional alemana sino que había empezado a derrumbarse la economía de los demás países.

El resultado de este profundo error, fue para Alemania una industria paralizada; una agricultura destrozada; una clase media empobrecida; un comercio arruinado; el

complejo económico lleno de deudas, la hacienda pública quebrantada totalmente y 6,5 millones de desempleados registrados, en realidad más de 7,5 millones.

Si no se quería más que hacer frente a esta catástrofe económica era preciso tomar resoluciones rigurosísimas. La nación alemana podía antes aglomerar su riqueza de hombres en un espacio reducido gracias a las suficientes condiciones de vida que resultaban de su participación en la economía internacional. En tanto que se mantuvo esta situación, las 67 millones de almas que ocupaban el reducido territorio alemán no sólo tenían aseguradas sus propias necesidades vitales sino que representaban también un factor económico útil para el resto del mundo. El curso de la guerra y especialmente las consecuencias de la política de post-guerra serán un día la refutación clásica, aunque terrible, de aquella opinión ingenua que desgraciadamente dominaba el pensamiento de algunos estadistas antes de la guerra, y según la cual el mejor modo de fomentar la economía de una nación era el aniquilamiento económico de otras.

Las cargas económicas de la paz impuestas a la nación alemana, por una parte, y por otra la desventaja en que se encuentra económicamente, tanto interior como exteriormente, obligan a todo gobierno, quiéralo o no, a tener en cuenta estas realidades.

Todos estamos convencidos de que la aplicación absoluta de la idea de la autarquía económica en todos los Estados, tal y como amenaza instaurarse hoy, vista desde un punto más elevado ni es sensata ni en sus consecuencias puede ser más que perjudicial para todos los pueblos.

Considerándolo económicamente, es poco razonable hacer de países de por sí agrícolas y productores de materias primas, países forzosamente industriales y al contrario, obligar a Estados industriales superpoblados a una primitiva producción de materias primas o aún de sustitutivos de ellas. Esta evolución tendrá un día para Europa malas y desagradables consecuencias. Pero, desgraciadamente, no está en poder de Alemania modificar esa tendencia, absurda desde un elevado punto de vista económico. Precisamente, en la medida en que la carencia de mercados internacionales nos obliga a restringir nuestras compras, para no dejar sin trabajo la mano de obra alemana, habrá que intentar o producir nosotros mismos, mediante complicados procedimientos, las materias primas que nos falten o, si no es posible esto, buscar sustitutivos.

Más, este problema sólo puede ser resuelto mediante una economía dirigida metódicamente. Empresa peligrosa, por cuanto a toda economía sistemática suele seguir fácilmente la burocratización y, consiguientemente, la estrangulación de la iniciativa individual privada, eternamente creadora. Nosotros, empero, no podemos desear, en interés de nuestro pueblo, que una economía que se aproxima al comunismo y produce forzosamente la paralización de la energía productora, de jugar a la disminución del rendimiento total de nuestra mano de obra existente y haga que el estándar de vida, lejos de mejorar, empeore notablemente. Este peligro aumenta aún más por el hecho de que toda economía sistemática tiende fácilmente a abolir la dura ley de la selección económica de los mejores y del aniquilamiento de los débiles o, por lo menos, a limitarlos a favor de una garantía de la conservación del promedio inferior a costa de la aptitud superior, de la mayor aplicación y valor y, por ende, a costa de la utilidad general.

Si nosotros, a pesar de esta reflexión, hemos seguido este camino, lo hemos hecho cediendo a la presión de las más duras de las necesidades. Lo que se ha conseguido en estos dos años y medio en los sectores que se ocupan de proporcionar trabajo

sistemáticamente, de la reglamentación metódica del mercado y de la fijación ordenada de los precios y jornales, ha sido considerado como un imposible hasta hace pocos años. Si lo hemos conseguido, fue únicamente por haber puesto en juego la energía de toda la nación en favor de medidas al parecer tan secas. Para ello ha habido necesidad de crear toda una serie de presuposiciones materiales y psicológicas. Para asegurar el funcionamiento de la economía nacional ha sido preciso primeramente poner fin a la oscilación constante de jornales y precios. Fue menester, además, descartar todas las injerencias no inspiradas en el interés económico supremo de la nación, es decir, suprimir las organizaciones de clases de ambos bandos que vivían a costa de una política de salarios y de precios. La destrucción de los sindicatos de lucha, lo mismo de los patronos que de los obreros, exigía también la desaparición de los partidos sostenidos por estos grupos de intereses y apoyados a su vez por ellos. Esta medida impuso la necesidad de adoptar una nueva constitución, constructiva y real, así como una nueva estructura interna del *Reich* y del Estado. Pero para que todo esto fuera más que una modificación puramente externa, se precisaba educar al pueblo a pensar y vivir en nuevas condiciones sociales. Problemas todos ellos capaces de llenar cada uno un siglo entero, y contra los cuales se han estrellado ya pueblos y naciones. Si se quiere realizar tal programa, que ha de lograrse en su totalidad o fracasar desde un principio en todo y por todo, hay que tener en cuenta que su realización depende de dos condiciones: de la absoluta tranquilidad del país y del tiempo de que se dispone.

Nosotros los alemanes lamentamos únicamente que el resto del mundo no se tome el trabajo de examinar objetivamente lo que ha acaecido en Alemania en estos últimos dos años y medio, y que no estudie el espíritu de una nueva concepción de la vida a la que deben atribuirse exclusivamente todos estos éxitos palpables.

El programa y la ejecución de las tareas que imprimen su sello peculiar a la actual Alemania proceden, en efecto, de la ideología nacionalsocialista, son obra del partido nacionalsocialista, de su organización, de la energía que le es propia y de la fuerza que de ella emana. En Alemania se han producido en estos dos últimos años una revolución que la mayor parte de la gente no ha llegado a comprender hasta ahora en su justo valor. La magnitud e intensidad de esta revolución no ha sufrido menoscabo alguno por la consideración con que ha sabido tratar a sus antiguos adversarios. Esta consideración no proviene en modo alguno de un sentimiento de debilidad, sino más bien de la convicción de una superioridad absoluta y de esa confianza en sus propias fuerzas que da siempre la victoria y que nada ni nadie puede hacer vacilar un solo momento.

Esta nueva Alemania no puede ser comparada, por consiguiente, con la Alemania de antaño. Sus ideas son tan nuevas como sus actos. El espíritu del patriotismo burgués y bullanguero, pertenece ya al pasado como factor determinante, como pertenecen igualmente al pasado las tendencias del internacionalismo marxista. Si la Alemania actual se declara en favor de la paz, no lo hace seguramente por debilidad o cobardía, sino única y exclusivamente por la concepción tan distinta que el nacionalsocialismo tiene del pueblo y del Estado.

Considera, en efecto, que la asimilación, realizada por la fuerza, de un pueblo a otro pueblo que le es enteramente extraño, no sólo no es una finalidad política digna de ser imitada, sino que, más bien, constituye a la larga un peligro para la unidad interior y, por consiguiente, para la vitalidad de un pueblo. He aquí, por qué nuestra teoría rechaza dogmáticamente la idea de una asimilación nacional. Con esto queda refutada al mismo tiempo la opinión vulgar de una posible *germanización*. No es, pues, nuestro deseo ni nuestro propósito el quitar a las minorías extranjeras sus particularidades étnicas, su

lengua o su cultura, para imponerles otra alemana que les es extraña. No damos instrucciones encaminadas a germanizar nombres no alemanes, todo lo contrario, no deseamos que tal cosa suceda. Nuestra doctrina étnica ve, pues, en toda guerra emprendida para subyugar y someter a un pueblo extranjero un acto que, tarde o temprano, ha de transformar y debilitar interiormente al vencedor, acabando por convertirlo en vencido.

Tampoco creemos que en Europa, en una época en que se ha proclamado el principio de las nacionalidades, puedan ser desposeídos de la suya pueblos de estructura típica, profunda e inconfundiblemente nacional.

En la Historia de los últimos ciento cincuenta años encontramos bastantes ejemplos que son, a la vez, una lección y una advertencia sobre el particular. Una guerra futura no aportará a los Estados nacionales de Europa - prescindiendo quizá de una debilitación pasajera del enemigo - otra ventaja que una exigua corrección de las fronteras étnicas, corrección de escasísima importancia si se compara con los sacrificios que cuesta.

Puede que el estado de guerra permanente creado por tales propósitos entre los diferentes pueblos, parezca ser útil a diversos intereses políticos y económicos, más por lo que a los pueblos se refiere, sólo les reporta cargas y desgracias. La sangre derramada en el continente europeo desde hace trescientos años no guarda la menor relación con las insignificantes transformaciones étnicas. Francia, en definitiva, sigue siendo Francia; Alemania, Alemania; Polonia, Polonia, e Italia, Italia. Los engrandecimientos de soberanía nacional, aparentemente esenciales, que el egoísmo dinástico, las pasiones políticas y el fanatismo patriótico han logrado alcanzar derramando ríos de sangre, no han tenido jamás otro resultado, desde el punto de vista nacional, que rasguñar únicamente la epidermis de los pueblos, sin poder modificar esencialmente su carácter fundamental. Si estos Estados hubiesen consagrado una pequeña parte de sus sacrificios a otros fines más puros, seguramente que el resultado habría sido más grande y duradero.

Al defender hoy, con toda sinceridad y franqueza, estas ideas en mi calidad de nacionalsocialista, no puedo menos que reforzarlas con la reflexión siguiente: toda guerra destruye por lo tanto la flor de la nación. Ahora bien; como en Europa ya no hay espacio libre, la victoria, cualquiera que sea, no puede producir otra cosa - sin poder mitigar en modo alguno la miseria que aflige a las naciones europeas - que el aumento numérico, a lo sumo, de los habitantes de un Estado. Pero, si los pueblos conceden tanta importancia a este aumento, bien pueden conseguirlo, no con lágrimas ni torrentes de sangre, sino de una manera más sencilla y, ante todo, más natural.

Una sana política social puede dar a la nación, en pocos años, mediante el aumento de nacimientos, más hijos de su propia sangre que los habitantes que pudiera aportar un territorio conquistado y sometido por las fuerza de las armas.

¡No! La Alemania nacionalsocialista quiere la paz, la quiere y anhela inspirada en sus más íntimos ideales políticos. La quiere, asimismo, convencida de que ninguna guerra podría hacer desaparecer las causas esenciales de la miseria general que aflige a toda Europa, sino que más bien podría aumentarlas y recrudecerlas. La actual Alemania vive dedicada a una constante labor para reponerse de los daños sufridos. Ninguno de nuestros proyectos de reconstrucción nacional podrá quedar terminado antes de diez a veinte años. Ninguna de las tareas de orden ideal que nos hemos impuesto podrá ser realizada antes de cincuenta ó quizás cien años. Yo fue el que inicié la revolución nacionalsocialista fundando este partido que hasta ahora he dirigido con inquebrantable

constancia y entusiasmo creciente. Sé que ninguno de nosotros verá más que la primera fase de este gran desarrollo evolutivo. ¡Qué otra cosa podría yo desear que la tranquilidad y la paz! Si se me objeta que este deseo es únicamente el de los dirigentes, he de responder: “*¡Basta que los jefes y los gobernantes quieran la paz, los pueblos no han deseado nunca la guerra! ¡Alemania necesita la paz y quiere la paz!*”

Oigo decir a un estadista inglés que una seguridad verbal no significa nada y que sólo en la firma al pie de tratados colectivos puede encontrarse la garantía de la seguridad. Yo ruego al señor Eden que debe tener presente que en este caso se trata de una *seguridad*.

A veces es mucho más fácil firmar un tratado con reservas mentales acerca de la actitud definitiva con respecto a él, que hacer una promesa sincera ante la faz de toda una nación, declarándose por una política pro paz, puesto que rechaza toda presunción de guerra.

Yo hubiera podido poner la firma al pie de diez tratados, pero este hecho no hubiera tenido tanto valor como la declaración que hice a Francia con motivo del plebiscito del Sarre. Si yo, en mi calidad de *Führer* y canciller de la nación alemana, doy ante el mundo y mi pueblo la seguridad de que, una vez resuelto el problema del Sarre, no exigirá Alemania ninguna reivindicación territorial a Francia, podrá estarse seguro de que esto es una aportación a la paz mucho mayor que cualquier firma al pie de cualquier tratado.

Creo que con esta declaración solemne, debería darse por terminada una contienda que ha durado ya tanto tiempo entre las dos naciones. Hicimos esta declaración convencidos de que este conflicto y los sacrificios que impone a ambos pueblos no están en armonía con la causa de la contienda, de ese territorio que sin haber sido nunca consultado, ha sido y seguirá siendo la causa de tantos sufrimientos y desgracias.

Si esta declaración, empero, no encuentra otra réplica que el haberse tomado *nota* de ella, no nos queda más remedio que tomar nosotros *nota* de la respuesta dada.

De todos modos, debo protestar aquí contra cualquier tentativa de juzgar de distinta manera el valor de las declaraciones según las conveniencias. Si el gobierno alemán afirma en nombre del pueblo alemán que no desea otra cosa que la paz, puede estarse seguro de que esta declaración vale tanto como su firma al pie de cualquier fórmula especial de pacto, o de que ésta no puede tener mayor valor que la primera declaración solemne.

No deja de ser curioso que en la historia de los pueblos haya a veces verdaderas *inflaciones de ideas* que difícilmente pueden resistir a un riguroso examen de la razón. Desde hace algún tiempo vive el mundo sumido materialmente en una verdadera monomanía de colaboración colectiva, seguridad colectiva, obligaciones colectivas, etc., que a primera vista parecer tener todas ellas un contenido concreto, pero que al examinarlas con detenimiento dan margen a múltiples interpretaciones.

¿Qué significa colaboración colectiva?

¿Quién puede comprobar lo que es colaboración colectiva y lo que no lo es?

¿No es cierto que el concepto de colaboración colectiva viene interpretándose de distintos modos desde hace diecisiete años? Creo expresarme con propiedad al decir que los Estados vencedores, además de otros derechos, se han reservado en el Tratado de Versalles el de definir, sin derecho a réplica, lo que es y lo que no es colaboración colectiva.

Si me permito ahora criticar este método, es porque sólo así puede demostrarse claramente la necesidad ineludible de las últimas decisiones adoptadas por el gobierno

del *Reich* y facilitar la comprensión de nuestros verdaderos propósitos e intenciones.

La idea actual de colaboración colectiva de las naciones es, en principio y por esencia, obra exclusiva del presidente Wilson. La política de pre-guerra ha sido determinada más bien por la idea de alianzas entre naciones que tenían los mismos intereses y perseguían idénticos fines.

Se ha dicho, con razón o sin ella, que esta política era responsable de la Guerra Mundial, cuya terminación fue acelerada - a lo menos por lo que se refiere a Alemania - por la doctrina contenida en los catorce puntos de Wilson y los tres que les siguieron ulteriormente. En estos puntos estaban contenidas las siguientes ideas para evitar a la humanidad la repetición de otra catástrofe análoga.

La paz no ha de ser una paz de derecho unilateral, sino una paz de igualdad para todos y, con ello, del derecho general. Ha de ser una paz de reconciliación, del desarme de todos y, por tanto, de la seguridad de todos, resultando de aquí, como coronación de la idea, la de una colaboración de todos los Estados y naciones en la Sociedad de Naciones.

Debó hacer constar aquí nuevamente que ningún otro pueblo al finalizar la guerra acogió con tanto anhelo estas ideas como el alemán. Sus sufrimientos y sacrificios eran infinitamente mayores que los de los demás pueblos participantes en la conflagración. Los soldados alemanes depusieron las armas confiando en esta promesa.

Cuando en 1919, se le dictó la paz de Versalles al pueblo alemán no se hizo otra cosa que asestar primeramente el golpe de gracia a la colaboración colectiva de los pueblos, pues en lugar de la igualdad de todos se estableció una clasificación entre vencedores y vencidos, en lugar del mismo derecho para todos, una diferenciación entre pueblos con derechos y pueblos privados de todo derecho; en lugar de la reconciliación de todos, el castigo a los rendidos; en lugar del desarme universal, el desarme de los vencidos; en lugar de la seguridad de todos, la seguridad de los vencedores.

En el Tratado de Versalles se hacía constar expresamente que el desarme de Alemania no era otra cosa que una medida que debía preceder para facilitar el desarme de los demás. En este único ejemplo puede demostrarse que la idea de la colaboración colectiva fue violada precisamente por quienes la defienden hoy con mayor empeño.

Las condiciones impuestas en el tratado de paz habían sido cumplidas por Alemania con verdadero fanatismo. ¡Quebrantamiento completo de su hacienda desde el punto de vista financiero, aniquilamiento total de su economía desde el punto de vista económico y un Estado completamente indefenso desde el punto de vista militar! Repetiré aquí, una vez más, a grandes rasgos, los hechos, no desmentidos por nadie, del cumplimiento de los tratados por parte de Alemania.

En el ejército alemán se destruyeron:

- 1) 59.000 cañones y tubos de cañón,
- 2) 130.000 ametralladoras,
- 3) 31.000 lanzaminas y tubos,
- 4) 6.007.000 fusiles y carabinas,
- 5) 243.000 cañones de ametralladoras,

- 6) 28.000 cureñas,
- 7) 4.390 cureñas de lanzaminas,
- 8) 38.750.000 proyectiles,
- 9) 16.550.000 granadas de mano y de fusil,
- 10) 60.400.000 espoletas cargadas,
- 11) 491.000.000 municiones para armas de mano,
- 12) 335.000 toneladas de vainas de proyectiles,
- 13) 23.515 toneladas de vainas de cartuchos y proyectiles,
- 14) 37.600 toneladas de pólvora,
- 15) 79.000 calibres para munición,
- 16) 212.000 teléfonos,
- 17) 1.072 lanzallamas, etc.

Se destruyeron además: trineos, talleres portátiles, carros para cañones antiaéreos, avantrenes, cascos de acero, mascarillas de gas, máquinas de la antigua industria de guerra, cañones de fusil, etc.

Del armamento aéreo se destruyeron:

- 1) 15.714 aviones de caza y de bombardeo, y
- 2) 27.757 motores de aviación.

Del armamento naval se destruyó lo siguiente:

- 1) 26 barcos de línea,
- 2) 4 acorazados costeros,
- 3) 4 cruceros acorazados,
- 4) 19 cruceros pequeños,
- 5) 21 barcos escuela y de tipo especial,
- 6) 83 torpederos, y

7) 315 submarinos.

Fueron destruidos igualmente: vehículos de todas clases, elementos de combate a gas y en parte contra el gas, explosivos, reflectores y proyectores, aparatos de puntería, instrumentos para medir las distancias y el sonido, instrumentos ópticos de todas clases, arreos para caballerías, etc., y todos los hangares para aviones y aeronaves.

Alemania ha iniciado así, en un espíritu de sacrificio sin límites, todas las condiciones necesarias para una colaboración colectiva en el sentido ideológico del presidente Wilson.

Ahora bien; realizado el desarme de Alemania, todos, a su vez, debieran haber procedido por lo menos del mismo modo para el restablecimiento de la igualdad. Una prueba de la veracidad de esta manera de ver nosotros las cosas la tenemos en el hecho de que también en los otros pueblos y en los demás Estados no han faltado voces de advertencia y amonestación exigiendo el cumplimiento de esta obligación. Citaré aquí los nombres de algunos estadistas, los que seguramente no pueden ser considerados como amigos de Alemania, para refutar con sus declaraciones las de aquellos que, en una especie de olvido, no quieren ya saber que el tratado de paz contenía la obligación del desarme, no solamente para Alemania, sino también para los demás Estados.

Lord Robert Cecil, miembro de la delegación británica en la Conferencia de la Paz y presidente de la delegación británica en la Conferencia del Desarme (*Revue de Paris*, 1924, N^{ro} 5):

“Las disposiciones sobre el desarme contenidas en el Tratado de Versalles y en los demás tratados de paz empiezan con un preámbulo que dice así: para facilitar la iniciación de una limitación general de armamentos en todos los países, Alemania se compromete a observar estrictamente las siguientes disposiciones sobre el ejército de tierra, mar y aire.

Este preámbulo contiene un convenio. Es una promesa solemne que los gobiernos hacen a las democracias de todos los Estados que han firmado los tratados de paz. Si no llegare a cumplirse, el sistema creado por los tratados de paz no podrá ser duradero y hasta el desarme parcial dejará de existir dentro de poco.”

Paul Boncour dijo el 8 de abril de 1927 en la tercera sesión de la Comisión de Desarme Preparatoria de la Sociedad de Naciones:

“Es cierto que el preámbulo de la parte V del Tratado de Versalles se refiere a las reducciones de armamento que se le impusieron a Alemania como condición y a modo de medida precursora de una limitación general de armamentos. Esto distingue con mucha precisión las restricciones de armamento de Alemania de otras limitaciones análogas impuestas en el curso de la Historia después de terminadas las guerras y que, en general, resultaron ser bastante ineficaces. Esta disposición ha sido impuesta esta vez - y esto es precisamente lo que le da todo su valor - no a uno solo de los firmantes del tratado, sino que más bien constituye un deber, una obligación moral y jurídica para los demás firmantes, de proceder a la limitación general de los armamentos.”

Declaración de Henderson el 20 de enero de 1931:

“Debemos convencer a nuestros parlamentarios y pueblos de que todos los miembros de la Sociedad de Naciones han de ser obligados a seguir la política de desarme general por obligaciones solemnes que nos imponen el derecho internacional y el honor nacional.

¿He de recordar al consejo que el artículo 8 del estatuto de los preámbulos de la parte V del Tratado de Versalles, los actos finales de la Conferencia de Locarno y los acuerdos tomados cada año desde 1920 por la asamblea hacen ver que todos los miembros de la sociedad tienen la misma responsabilidad en este caso? Todos nosotros hemos contraído obligaciones, y si no las cumplimos pondrán en duda nuestros propósitos de paz, en perjuicio de la influencia y el prestigio de la Sociedad de Naciones.”

Declaración de Briand el 20 de enero de 1931:

“En nombre de mi país me adhiero a las elocuentes palabras con que nuestro presidente abre la sesión... Creo, lo mismo que vosotros - y ya he tenido oportunidad de repetirlo frecuentes veces- que los compromisos contraídos por las naciones firmantes del artículo 8 del estatuto de la Sociedad de Naciones no pueden ni deben ser letra muerta. Constituyen una obligación sagrada, y la nación que quisiera rehuir su cumplimiento no haría otra cosa que deshonorarse.”

Declaración del ministro de Negocios Extranjeros belga, el señor Vandervelde, miembro de la Delegación de la Paz belga, el 27 de febrero de 1927:

“A partir de esta fecha nos encontramos ante el siguiente dilema: o las otras naciones reducen sus ejércitos en proporción al ejército de defensa alemán, o el Tratado de Paz queda sin efecto y Alemania puede exigir para sí el derecho de poseer fuerzas militares capaces de defender la integridad de su territorio. De estos hechos hay que sacar dos consecuencias: una, que todas las medidas de inspección son poco eficaces y, otra: que el desarme no podrá efectuarse en su totalidad ni, en suma, llegar a ser un hecho.”

El mismo ministro de Negocios Extranjeros el 29 de diciembre de 1930 en el *Populaire*:

“Del Tratado de Versalles se haría un pedazo de papel inútil si no se cumpliesen las obligaciones morales y jurídicas del tratado que impuso a la Alemania vencida su desarme con objeto de preparar el de los otros.”

Lord Robert Cecil en su discurso radiado el 31 de diciembre de 1930:

“El desarme internacional pertenece a nuestros más importantes intereses nacionales. No una sola vez, sino reiteradas veces hemos asumido ya la obligación de reducir y limitar los armamentos de las naciones vencedoras en la Gran Guerra, siendo suplemento del desarme que impusimos como obligación a nuestros antiguos adversarios. Quebrantaremos toda fe en obligaciones internacionales si no llegamos a cumplir lo que hemos prometido, siendo para mí de importancia secundaria lo que

tendríamos en este caso que responder si nuestros antiguos adversarios reclamasen para sí el derecho de rearme.”

Y otra vez Paul Boncour el 26 de abril de 1930 en el *Journal*:

“No hay, finalmente, necesidad de ser profeta. Basta tener ojos para percatarse de que en caso de fracasar definitivamente las negociaciones de desarme, o aún en el caso de tenerlas que aplazar constantemente, Alemania, libre así de toda obligación, procederá a librarse de este desarme y no tolerará más una limitación de armamento que el mismo tratado de paz ha calificado de condición y también de promesa para limitar generalmente el armamento. No nos queda otra elección.”

¿Y qué ha ocurrido?

Mientras que Alemania, fiel al tratado impuesto, ha cumplido sus obligaciones, las otras naciones, los llamados Estados vencedores, dejaron de cumplir las cláusulas de este mismo tratado.

Si se procura ahora disculpar este descuido alegando subterfugios, nada difícil es, por cierto, refutar tales excusas. Con bastante extrañeza oímos ahora de boca de estadistas extranjeros que, en efecto, había existido la intención de ejecutar estas cláusulas, pero que aún no había llegado la hora de su cumplimiento.

¿Cómo?!

Todas las condiciones previas para el desarme de los demás Estados eran ya una realidad:

1) Alemania se había desarmado. No podían afirmar, no, que el Estado que habían reducido a la impotencia constituyese el menor peligro para ellos.

Y un desarme así hubiese dado a la Sociedad de Naciones una fuerza moral tan grande que ningún Estado hubiera podido atreverse a recurrir a la fuerza contra ninguno de los que participaran en ese desarme colectivo.

Aquella hubiese sido la mejor ocasión para convertir en hechos las palabras.

2) También políticamente se daban todas las condiciones precisas pues Alemania era entonces una democracia como jamás la hubo. Todo estaba exactamente copiado e imitado a la perfección de los grandes modelos existentes. No era el nacionalsocialismo el que regía Alemania. El mismo nacionalismo burgués puede decirse que había desaparecido. De la socialdemocracia a la democracia pasando por el centro se tendía el arco de los partidos que por su ideología no sólo semejaban exteriormente a los de otros países sino que además se sentían unidos a ellos por sus programas.

¿Qué se esperaba entonces? ¿Cuándo podía presentarse una ocasión mejor para conseguir una colaboración colectiva que en aquel tiempo, cuando en Alemania regía exclusivamente aquel espíritu político que prestaba también sus características al mundo que la rodeaba? No, la ocasión era propicia, el momento había llegado; era la voluntad lo que faltaba.

Pero al comprobar la falta de cumplimiento del Tratado de Versalles por parte de los otros signatarios, no voy a basarme en el hecho de que no se hayan desarmado. Es que si bien pueden perdonarse las reservas de aquella época para no cumplir las cláusulas del desarme, lo que ha de ser difícil es aducir razones que hayan podido dar pretexto a

un rearme cada vez mayor.

Lo decisivo es esto: no sólo no se han desarmado esos Estados sino que, al contrario, han completado, han perfeccionado y, por consiguiente, han aumentado considerablemente sus armamentos.

Ante esto, no desempeña ningún papel la objeción de que, en parte, se ha procedido a una reducción de efectivos, pues esa reducción quedó más que suficientemente compensada con el perfeccionamiento técnico y sistemático más moderno. Además, era cosa de juego subsanarla en cualquier momento.

Y, sobre todo, hay que tener en cuenta lo siguiente: en el transcurso de las negociaciones del desarme se ha intentado después dividir las armas más aptas para la defensa y las armas más bien destinadas al ataque.

Tengo que hacer constar aquí que Alemania no tenía ninguna de las armas designadas como ofensivas. Todas habían sido completamente destruidas. Y hay que hacer constar, además, que precisamente las propias y destinadas para el ataque fueron las que los otros signatarios del tratado de paz siguieron desarrollando, perfeccionando y aumentando de manera extraordinaria.

Alemania había destruido todos sus aviones. No sólo se encontraba indefensa respecto a armas aéreas activas sino que se encontró también desprovista de medios pasivos de defensa antiaérea.

Y al mismo tiempo los otros signatarios no sólo no destruyeron los aeroplanos que tenían, no, sino que, al contrario, desarrollaron la aviación extraordinariamente.

La velocidad de los aviones de caza, por ejemplo, que era de 200 kilómetros por hora al terminar la guerra, aumentó, gracias a los constantes perfeccionamientos en los tipos modernos a 400 kilómetros por hora. El armamento aumentó de dos ametralladoras a tres, cuatro y cinco y, finalmente, se armaron de pequeños cañones ametralladores. La altura máxima pasó de 6.000 metros al terminar la guerra, a 9.000, 10.000 y 11.000 metros.

En lugar de destruir los aviones de bombardeo, como había hecho Alemania, se perfeccionaron diligentemente, se desarrollaron y se sustituyeron por tipos cada vez mayores y más perfectos. La capacidad de carga que, al terminar la guerra era de 500 a 1.000 kilogramos por término medio, se elevó de 1.000 a 2.400 kilogramos. La velocidad media que era antes de 125 a 160 kilómetros por hora se elevó a 250 ó 280 kilómetros por hora en aviones de bombardeo nocturnos y hasta 350 kilómetros por hora en aviones de bombardeo diurnos. El techo máximo de servicio pasó de 3.000 a 4.000 metros al terminar la guerra hasta 6.000, 7.000 y, finalmente, 9.000 metros.

El armamento subió de dos, tres y cuatro ametralladoras a cuatro, seis y hasta ocho ametralladoras llegando, por fin, hasta el cañón. Los aparatos de puntería fueron tan genialmente perfeccionados que se declaró abiertamente poder destruir con mortal seguridad los objetivos designados. Completamente nuevo, es el aeroplano de vuelo en picado. El efecto de la explosión de las bombas fue cada vez más destructor, a partir de la guerra. Al deseo de una gasificación mejor respondieron nuevos inventos y para destruir los centros urbanos hay bombas incendiarias nocturnas modernas que, según afirman revistas técnicas de las diferentes fuerzas aéreas, no pueden extinguirse.

Los aparatos de navegación y orientación de estos aviones de bombardeo se han ido perfeccionando incesantemente, se anuncian aviones de bombardeo capaces de volar sin piloto y de lanzar bombas sobre sus objetivos indefensos, dirigidos por control remoto.

No sólo no disminuyó el número de aeródromos y de aeropuertos sino que aumentó en todas partes. Los buques de guerra fueron provistos de aviones. Y no solamente se ha

dotado a algunos barcos con aviones de combate y de bombardeo en calidad de armas suplementarias, no; se procedió a la construcción de gigantescos portaaviones, un arma ofensiva, y todo esto bajo el signo del *desarme*. Esta ha sido la manera de cumplir la destrucción de aviones prescrita por el Tratado de Versalles y realizada por Alemania.

Alemania ha destruido sus carros de combate en cumplimiento de la obligación impuesta. Al hacerlo, destruía y suprimía también, fiel al tratado, un *arma ofensiva*.

Deber de los otros Estados hubiese sido comenzar entonces, por su parte, la destrucción de sus carros de combate. Pero no sólo no los destruyeron sino que los fueron perfeccionando constantemente tanto respecto a la velocidad como a la capacidad de resistencia y de ataque. La velocidad de los que, en tiempos de la guerra, era de 4 a 12 kilómetros por hora, aumentó hasta 30, 40, 50 y, por fin, hasta 60 kilómetros por hora.

Cuando ya hacía mucho tiempo que Alemania no tenía ni un solo remache de sus antiguos carros de combate, Francia pasó del tipo medio de 10 a 14 toneladas, al tipo pesado de unas 90 toneladas.

Mientras que, durante la guerra, cualquier carro podía ser perforado por un proyectil de 13 milímetros, los nuevos monstruos de guerra fueron dotados de planchas blindadas de 50 a 60 milímetros, y de esa manera quedaron invulnerables incluso para los proyectiles de la artillería de campaña. Simultáneamente con el terrible perfeccionamiento pasivo de esta arma en lo que se refiere a velocidad, peso, blindaje e impermeabilidad contra gases, se desarrollaron enormemente las armas de ataque de esas máquinas de guerra. En lugar de ametralladoras o de cañones de 4 a 5 centímetros se recurrió a hacer combinaciones. Carros con cañones de 7,5 centímetros de 10 y 15 y más, no son ya una fantasía sino una terrible realidad.

Al mismo tiempo que Alemania destruía sus carros y esperaba el cumplimiento de la destrucción por parte de los otros, éstos han construido más de 13.000 carros nuevos y los han perfeccionado y agrandado hasta hacer de ellos armas espantosas. Según las disposiciones del Tratado de Versalles, Alemania debía destruir toda su artillería pesada. También esto se hizo. Pero mientras los cañones pesados y los morteros alemanes iban a parar como chatarra a los altos hornos, los otros signatarios no sólo no procedían a la análoga destrucción de la artillería pesada sino que, al contrario, también aquí asistimos al mismo desarrollo constructivo, al mismo mejoramiento, a la misma perfección.

Cuando ya hacía mucho tiempo que no existía ningún mortero de 42 centímetros, se supo que las fábricas francesas habían logrado la construcción de uno de 54 centímetros. Como novedades, han surgido cañones de largo alcance con un radio de tiro de 60 a 120 kilómetros. La nueva artillería y la artillería más reciente, la pesada y la más pesada, se podrán desarmar y transportar cómodamente para aumentar su movilidad con ayuda de tractores y de remolques de cadena.

Esto ocurría con un arma que tiene verdaderamente un marcado carácter ofensivo y frente a la cual Alemania no sólo no tenía arma que oponer, sino ni siquiera la posibilidad de una mera defensa.

Respecto a los gases, según el Tratado de Versalles, y como condición previa para el desarme de los otros signatarios, Alemania tuvo que destruir todo su armamento químico y lo hizo. En los demás se trabajaba en los laboratorios químicos y no, como sería lógico, para suprimir ese arma, sino, al contrario para perfeccionarla más y más. De cuando en cuando, se daba públicamente al mundo la asombrosa nueva del invento de otro gas aún más mortífero y de granadas y bombas con idéntico fin.

En lo referente a los submarinos, también aquí, conforme a las cláusulas del Tratado de Versalles, cumplió fielmente Alemania sus compromisos para facilitar el desarme general. Todo lo que tenía la menor semejanza con un submarino fue cortado con el soplete, destruido completamente y convertido en chatarra.

En tanto, el resto del mundo no sólo no siguió ese ejemplo ni mucho menos sino que, no contentándose con mantener su material de guerra, lo completó, lo perfeccionó y lo aumentó constantemente. El aumento del desplazamiento terminó siendo de 3.000 toneladas y en el refuerzo del armamento se llegó hasta el cañón de 20 centímetros. El número de tubos lanzatorpedos fue aumentado en cada submarino, elevando su calibre y ampliando el alcance y el efecto explosivo. El radio de acción de estos submarinos aumentó considerablemente respecto al de la guerra última; se llegó a una inmersión más profunda y se perfeccionaron ingeniosamente los periscopios.

Esta era la aportación que hacían al desarme los Estados que en el Tratado de Versalles se habían comprometido a seguir el ejemplo dado por Alemania y a destruir, por consiguiente, el arma submarina. Estos no son más que algunos ejemplos. Podríamos aumentarlos y completarlos a voluntad, en todos los sentidos. En conjunto, constituyen la prueba - que en todo momento puede comprobarse - de que, contra lo estipulado en el Tratado de Versalles, no sólo no se desarmó sino que, al contrario, se procedió al aumento y al perfeccionamiento constante de potentes armas de guerra.

Hízose, pues, precisamente lo contrario, no sólo en lo tocante a las intenciones del presidente Wilson, sino también, según la opinión de destacados representantes de nuestros adversarios, en lo que atañe a las obligaciones asumidas por el hecho de haber firmado el Tratado de Versalles.

Si esto no es una evidente infracción de contrato, una infracción unilateral, después de haber cumplido el otro contratante sus obligaciones sin restricción alguna, difícil será ver en lo por venir el sentido que pueda tener firmar contratos.

No ¡para tal cosa no hay excusas ni componendas! ya que Alemania, dado el estado inerme en que ésta se encontraba, sin defensa y privada de armas, no era ni podía ser en ningún caso el menor peligro para los otros Estados.

Alemania, no obstante haber esperado inútilmente años enteros a que las otras naciones cumpliesen con el Tratado de Versalles, seguía dispuesta a prestarse a cualquier colaboración verdaderamente colectiva. El señor Eden, lord guardasellos, estima que en todas partes estaban dispuestos a establecer una paridad en cuanto a la fijación cuantitativa de los efectivos. Tanto más es de lamentar, que de ello no se hayan sacado consecuencias prácticas. No fue Alemania la que hizo fracasar la realización del plan de un ejército de 200.000 hombres para todos los Estados europeos, sino las otras naciones que no querían proceder al desarme. Y por último tampoco fue Alemania la que rechazó el proyecto de mediación inglesa en la primavera de 1934, sino el gobierno francés, que el 17 de abril de 1934 rompió las negociaciones en cuestión.

A veces se exterioriza una esperanza, la esperanza de que Alemania presente ella misma un plan constructivo. Ahora bien; yo mismo he presentado no una sola vez, sino ya reiteradas veces, proyectos de esta clase. Si se hubiese aceptado mi plan constructivo de un ejército de 300.000 hombres, nuestros cuidados no serían hoy tan grandes ni nuestras cargas tan pesadas. Pero es casi inútil presentar planes constructivos cuando desde un principio se tiene la certeza de que serán rechazados.

Si me decido ahora, a pesar de todo, a presentar un bosquejo de nuestro ideario, lo hago únicamente porque me impele mi deber a no omitir nada que pueda dar a Europa

la seguridad interior necesaria y a los pueblos europeos el sentimiento de su solidaridad. Pero ya que otras naciones, lejos de proceder al cumplimiento de las obligaciones de desarme que les imponía el tratado de paz, rechazaban todas las proposiciones que se les hacían en este sentido, víme obligado, como *Führer* de la nación alemana, responsable ante Dios y mi conciencia, y en vista de que formulaban convenios militares, de que Rusia elevaba su ejército de paz a 960.000 hombres y de que Francia, según noticias recibidas, estaba en vísperas de introducir el servicio militar de dos años, víme precisado, repito, a restablecer yo mismo, impulsado por el instinto de conservación de mi patria, la igualdad de derechos que se le había denegado internacionalmente a Alemania. No ha sido pues Alemania la que ha violado una obligación impuesta contractualmente, sino aquellas naciones que nos obligaron a actuar por nuestra propia cuenta en este caso. La introducción en Alemania del servicio militar obligatorio y la publicación de la ley sobre la creación del nuevo ejército alemán no ha sido otra cosa, por consiguiente, que la vuelta de Alemania a un estado de igualdad de derechos, a una situación que no amenaza a nadie, pero que sí garantiza la seguridad e integridad de nuestro territorio.

No puedo menos que mostrar aquí mi extrañeza acerca del argumento que escuchamos de labios del presidente de ministros inglés, el señor MacDonald, que ha dicho, a propósito del restablecimiento del ejército alemán, que los otros Estados habían hecho bien en aplazar el desarme. Si esta opinión llega a hacerse general, podremos contar en el futuro con sorpresas muy interesantes. En efecto, según esta opinión, toda infracción de contrato será sancionada ulteriormente por el hecho de que uno de los contratantes saque, por su parte, las mismas consecuencias.

A y B, por ejemplo, firman un contrato. B cumple su obligación, A infringe la suya. Al cabo de muchos años de amonestaciones declara también B que el contrato carece ya de todo valor para él, a lo que A se cree autorizado para hacer constar que con ello queda sancionada moralmente su infracción de contrato, ya que también B se retira de éste.

Quisiera ocuparme aquí brevemente de los reproches e imputaciones dirigidos contra el restablecimiento del ejército alemán.

Se afirma: primero, que Alemania no está amenazada por nadie, y, segundo, que por consiguiente, no se comprende por qué razón procede al rearme.

Cabe preguntar aquí: ¿por qué la parte contraria - que de todas maneras podía sentirse menos amenazada por una Alemania desarmada que ésta por aquella - no cesó, por su parte, con los armamentos hasta quedar también desarmada? Si se afirma que Alemania constituía con su rearme una amenaza para los demás Estados, puede argumentarse que el rearme de las otras naciones era una amenaza mucho más grande para una Alemania decaída y desarmada.

Aquí nos encontramos ante una alternativa: o el armamento constituye una amenaza para la paz, y entonces lo es para todos los Estados, o no es ninguna amenaza de guerra, y entonces no lo es para ninguno de ellos. No es admisible que un grupo de naciones vea en su propio armamento la paloma de la paz y en el de los contrarios el rayo de Júpiter. ¡Tanque es tanque y bomba es bomba! El concepto de dividir el mundo a perpetuidad en Estados con derechos desiguales, no podrá ser reconocido nunca sino por una sola de las partes, es decir, unilateralmente. La nación alemana no está dispuesta en ningún caso a consentir que se la considere y trate indefinidamente como nación de segunda categoría o de menores derechos. Tal vez nuestro amor a la paz sea más grande que el de otros pueblos, pues nosotros fuimos los que más sufrimos las consecuencias de esta malhadada guerra. Ninguno de nosotros abriga la intención de

amenazar a nadie, pero todos estamos resueltos a asegurar y conservar la igualdad de derechos del pueblo alemán. Y esta igualdad es una condición *sine qua non* para toda colaboración práctica y colectiva.

Mientras existan recelos con respecto a esta igualdad, podrá afirmarse desde un principio que la realización de una colaboración europea efectiva y fructífera es materialmente imposible. Alemania una vez en poder de derechos absolutamente iguales, no se negará nunca a tomar parte en trabajos que tiendan a establecer la paz entre los pueblos, a fomentar sus progresos y su bienestar económico. No puedo menos que hacer constar aquí que considero como deber ineludible el desaprobar ciertos procedimientos que, emanados del espíritu del Tratado de Versalles, son responsables de que hayan fracasado algunos esfuerzos hechos con las mejores intenciones del mundo.

El mundo vive actualmente en la era de las conferencias. Si el resultado de algunas de estas reuniones es absolutamente negativo, la causa de esta decepción hay que buscarla no pocas veces en el modo de preparar el programa y en los fines que se persiguen. Tal o cual gobierno se cree obligado - al igual que todos los demás - a hacer algo por la paz de Europa que se cree amenazada.

En vez de someter la idea general a todos los que han de tomar parte en su realización, exponiendo a la vez el deseo de conocer la opinión de cada uno de los Estados o de sus gobiernos sobre los medios y métodos aplicables al proceso y a la solución de esta cuestión, no se hace otra cosa que elaborar un programa completo entre dos o tres cancillerías. En tal caso no es posible sustraerse a la impresión de que la redacción del contenido de las decisiones a tomar ha sido influida, en parte, por el deseo de provocar, gracias a una mezcla de lo posible e imposible, el fracaso seguro del proyecto a costa de los invitados posteriormente.

Después de haberse puesto de acuerdo dos o tres Estados acerca de los puntos fijados en un programa, hasta en sus más nimios detalles, no queda que hacer más que notificar el programa así elaborado al Estado invitado posteriormente, haciéndole saber que este programa es un todo indivisible y debe ser considerado como aceptado de una manera general y total o rechazado en su conjunto. Ahora bien; como en este programa pueden encontrarse, como es natural, ideas excelentes, el Estado que no da su asentimiento a todo el proyecto, asume la responsabilidad del fracaso del programa, incluso de las partes útiles. Este procedimiento me recuerda los métodos de ciertos distribuidores cinematográficos que, por principio, no alquilan las buenas películas sino mezcladas con las malas.

Para comprender esto hay que considerarlo como un fenómeno atávico cuyo origen se encuentra en las llamadas negociaciones de paz celebradas en Versalles. La receta es bien sencilla: se establece un programa, se entrega a un tercero a modo de dictado y se declara que el todo es un tratado solemnemente firmado. He aquí la receta empleada para llevar la lucha más formidable de la Historia Universal al buen fin tan deseado y apetecido por los pueblos. Las consecuencias de este procedimiento no han podido ser más tristes, y no sólo para los vencidos, sino también para los vencedores.

Por lo que se refiere a Alemania, ante tales tentativas sólo tengo que declarar que no tomaremos parte en ninguna conferencia cuyo programa no haya sido elaborado desde un principio con nuestra colaboración. No pensamos de ninguna manera concurrir a banquete alguno en el que figuremos como convidados de segunda mesa, para presentarnos un menú ya preparado y que seamos precisamente nosotros los que tengamos que probar el primer plato. No quiero decir que no nos reservemos la libertad

de ratificar posteriormente tratados elaborados en conferencias a las que no hemos asistido nosotros. ¡De ninguna manera! Es posible que un tratado nos parezca conveniente y útil en su forma definitiva, no obstante no haber tomado parte en su redacción o en la conferencia que lo ha erigido en ley para una serie de Estados. No vacilaremos en dar posteriormente a uno de estos tratados nuestro consentimiento y nuestra adhesión, toda vez que se desee y sea posible hacerlo. El gobierno del *Reich*, sin embargo, se reserva él mismo el derecho de determinar este caso.

Debo recalcar que el método de elaborar programas para conferencias con el epígrafe *todo o nada* me parece falso y erróneo.

Tengo en general por nada práctico semejante principio en la vida política. Creo que se hubiera conseguido más en la pacificación de Europa conformándose de caso en caso con lo logrado. Casi no se ha discutido en los últimos años un proyecto de pacto en el que uno u otro punto no hubiera sido aceptado por todos sin ninguna clase de reservas. Pero al afirmar que existía solidaridad con los demás puntos, en parte más delicados y en parte absolutamente inadmisibles para diferentes Estados, se prefería dejar de hacer lo bueno y fracasar en todo.

Asimismo me parece arriesgado abusar de la tesis de la indivisibilidad de la paz como pretexto para planes destinados, no tanto a la seguridad colectiva como a contribuir, consciente o inconscientemente, a una preparación colectiva de la guerra. El conflicto mundial de 1914 debería ser aquí una advertencia terrible para nosotros. No creo que Europa pueda soportar por segunda vez una catástrofe semejante sin sufrir la más formidable conmoción. Este conflicto, empero, puede sobrevenir con tanta mayor facilidad cuanto menor vaya siendo - debido a una red de inextricables obligaciones internacionales - la posibilidad de localizar conflictos pequeños y más grande el peligro de arrasar y comprometer a numerosos Estados y grupos de Estados. En cuanto a Alemania, creo conveniente no dejar la menor duda acerca de los siguientes puntos:

Alemania ha declarado solemnemente a Francia que, una vez pasado el plebiscito del Sarre, está dispuesta a aceptar y garantizar las fronteras tal como estaban al celebrarse dicho plebiscito. Alemania ha celebrado con Polonia olvidando lo pasado, un pacto de no agresión como nueva y valiosa aportación a la paz europea, pacto que no sólo cumpliremos ciegamente, sino que deseamos que se siga prorrogando y contribuya a estrechar y consolidar cada vez más nuestras relaciones amistosas. Lo hemos hecho sin perder un solo momento de vista que con ello renunciamos definitivamente a Alsacia-Lorena, regiones por las cuales hemos tenido ya dos grandes guerras. Sin embargo, lo hemos hecho para ahorrar al propio pueblo alemán nuevos sacrificios de sangre en lo sucesivo. Convencidos estamos de que con ello prestamos un gran servicio, no sólo a nuestro pueblo, sino también a esta región fronteriza. Queremos poner de nuestra parte cuanto esté en nuestras fuerzas para llegar a una verdadera paz y a una real amistad con el pueblo francés. Reconocemos al Estado polaco como foco, por decirlo así, de un gran pueblo animado de un profundo sentimiento nacional, lo reconocemos con toda la comprensión y toda la cordial amistad de sinceros nacionalistas. Más si queremos ahorrarle al pueblo alemán un nuevo derramamiento de sangre, aún a costa de un sacrificio de nuestra parte, ni queremos ni podemos prestar nuestra sangre a intereses ajenos. No pensamos ni tenemos la intención de vender ni contratar a nuestro pueblo, a padres e hijos para cualquier conflicto eventual en el que nosotros no seamos la causa ni hayamos contribuido a él.

La vida del soldado alemán es tan preciosa, y es tanto lo que amamos a nuestro pueblo, que en modo alguno creemos compatible con nuestro sentimiento de

responsabilidad el contraer compromisos de asistencia de consecuencias indefinidas.

Así creemos servir mejor a la causa de la paz, pues sólo puede aumentar el sentimiento necesario de responsabilidad de cada Estado sabiendo desde un principio que en su conflicto no cuenta con grandes y poderosos aliados. Hay aquí, finalmente, cosas que son posibles y cosas que son imposibles.

A título de ejemplo quisiera hablar brevemente del pacto oriental que nos han propuesto:

El pacto, tal como nos ha sido presentado, contiene una obligación de asistencia que, en nuestra convicción, puede conducir a consecuencias y resultados imposibles de prever por ahora. El *Reich* alemán, y especialmente el actual gobierno, no abrigan otro deseo que mantener relaciones pacíficas y amistosas con todas las naciones vecinas. Abrigamos estos sentimientos no sólo con respecto a los grandes Estados que nos rodean, sino también hacia los pequeños Estados vecinos. Digo más; en la existencia de estos Estados, toda vez que gocen de una efectiva independencia, vemos precisamente el factor de paz y neutralidad preciosos para nuestras fronteras, que desde un punto de vista militar, se hallan completamente abiertas y desprovistas de toda defensa. Por mucho que amemos y deseemos la paz, no nos será posible evitar que precisamente de Oriente sobrevengan conflictos peligrosos entre cualesquiera de aquellos Estados. Determinar quién es el culpable, es en tales circunstancias, cuestión sumamente difícil de resolver. No hay en este mundo autoridad a quien Dios haya conferido la virtud de encontrar y exponer la eterna verdad.

El fin empieza a justificar todos los medios tan tarde como la furia de la guerra se extiende por los pueblos, y la humanidad pierde bien pronto la noción neta de lo que es justo e injusto. Han transcurrido ya más de veinte años desde que estalló la Guerra Mundial y cada nación vive en la sagrada convicción de que el derecho y la razón están de su parte y que la culpa la tienen exclusivamente sus adversarios. Me temo que las obligaciones de asistencia, al sobrevenir semejante conflicto, conduzcan, no tanto al reconocimiento del agresor, como quizá al apoyo del Estado que lo ha provocado y que más convenga a sus propios intereses. Tal vez sea más útil para la causa de la paz separarse inmediatamente de ambas partes interesadas al estallar el conflicto que comprometer desde un principio sus armas en una lucha futura por obra y gracia de un contrato.

Prescindiendo de estas consideraciones de principio hay aquí otro punto esencial. La actual Alemania es un Estado nacionalsocialista.

La ideología que nos domina es diametralmente opuesta a la de la Rusia soviética.

El nacionalsocialismo es una doctrina que se refiere exclusivamente al pueblo alemán. El bolchevismo acentúa su misión internacional.

Nosotros los nacionalsocialistas creemos que en definitiva el hombre no puede ser feliz más que dentro de su pueblo. Vivimos en la convicción de que la felicidad o la actividad creadora de Europa está indisolublemente unida a la existencia de un sistema de Estados nacionales independientes y libres. El bolchevismo predica la creación de un Imperio mundial y los Estados no son para él más que secciones de una central internacional.

Nosotros los nacionalsocialistas reconocemos a cada pueblo el derecho de vivir su propia vida según sus necesidades y su idiosincrasia.

El bolchevismo, en cambio, sienta teorías doctrinarias que tienen que aceptar todos los pueblos, cualesquiera que sea su carácter particular, su peculiar naturaleza, sus tradiciones, etc.

El nacionalsocialista aboga por la solución de los problemas, cuestiones y tensiones sociales dentro de su propia nación con métodos conciliables con nuestras concepciones, tradiciones y condiciones generales humanas, espirituales, culturales y económicas.

El bolchevismo predica la lucha de clases internacional, la revolución internacional y mundial con las armas del terror y de la violencia.

El nacionalsocialismo combate por el allanamiento y la consecuente conciliación de los antagonismos y por la solidarización de todos para comunes empresas.

El bolchevismo enseña la superación del pretendido dominio de una clase por la dictadura violenta de otra clase.

El nacionalsocialismo no da ningún valor a una supremacía simplemente teórica de la clase trabajadora, pero se la da tanto mayor, en cambio, a la mejora práctica de sus condiciones de vida y de su nivel de vida.

El bolchevismo lucha por una teoría y sacrifica por ella millones de hombres, inapreciables valores de una cultura histórica y tradiciones para no conseguir, en comparación con nosotros, más que un ínfimo nivel de vida.

Como nacionalsocialistas nos llena de admiración y de respeto cuanto de grande se ha realizado en el pasado, no sólo en nuestro propio pueblo sino fuera de él también. Nos complace pertenecer a una comunidad europea que tan fuertemente imprimió al mundo actual el sello de su espíritu.

El bolchevismo rechaza esa obra cultural de la humanidad y sostiene que el comienzo de la verdadera historia de la cultura y de la humanidad hay que buscarla el día del nacimiento del marxismo.

Nosotros los nacionalsocialistas quizá discrepemos en algún punto de organización de nuestras instituciones religiosas, pero no queremos jamás ateísmo y falta de fe, ni pretendemos que nuestros templos se conviertan en clubes o cines.

El bolchevismo enseña el ateísmo y obra en consecuencia. Nosotros los nacionalsocialistas vemos en la propiedad privada una fase superior en la evolución económica de la humanidad, que regula la administración de lo producido con arreglo a las diferencias de capacidades y que, en conjunto, hace posible y garantiza a todos las ventajas de un nivel más alto de vida.

El bolchevismo no sólo destruye la propiedad privada sino que mata también la iniciativa particular y el placer de la responsabilidad. De esta manera Rusia, el mayor país agrícola del mundo, no ha podido evitar que mueran de hambre millones de seres.

Semejante catástrofe en Alemania sería inconcebible porque, en último extremo, a diez habitantes de la ciudad corresponden en Rusia noventa campesinos mientras que en Alemania a setenta y cinco habitantes de la ciudad corresponden únicamente veinticinco campesinos.

Esta enumeración podría continuarse indefinidamente.

Nacionalsocialistas y bolcheviques estamos convencidos de que entre nosotros hay un abismo para siempre infranqueable.

Además, entre ambos hay más de cuatrocientos camaradas nacionalsocialistas asesinados, otros miles de nacionalsocialistas pertenecientes a otras organizaciones caídos en lucha en revueltas con los bolcheviques, miles de soldados y policías que en defensa del *Reich* y de los países alemanes contra las eternas rebeliones comunistas fueron muertos y martirizados, y más de 43.000 heridos sólo dentro del partido nacionalsocialista. Miles de ellos han quedado ciegos o impedidos para el resto de su vida.

En tanto que el bolchevismo no sea más que una cuestión rusa no nos interesa lo más mínimo. Que cada pueblo sea feliz a su manera. Pero en el momento en que el bolchevismo atraiga a Alemania a su órbita, seremos sus enemigos más encarnizados y más fanáticos.

Es un hecho que el bolchevismo se presenta y se considera a sí mismo como una idea y un movimiento revolucionario universal. Tengo aquí una selección de los acontecimientos revolucionarios de los últimos quince años con los cuales la prensa bolchevique y la literatura y los estadistas y oradores prominentes del bolchevismo se declaraban solidarizados y de los cuales hasta llegaban a vanagloriarse.

1918, noviembre: revolución en Austria y Alemania.

1919, marzo: revolución proletaria en Hungría; rebelión en Corea.

1920, septiembre: ocupación de las fábricas por los obreros en Italia.

1921, marzo: rebelión de la vanguardia proletaria en Alemania.

1923, otoño: crisis revolucionaria en Alemania.

1924, diciembre: rebelión en Estonia.

1925, abril: explosión en la catedral de Sofía; rebelión en Marruecos.

1925, julio: rebelión en Viena.

Desde 1925: movimientos revolucionarios en China.

1926, diciembre: en la India Oriental Holandesa (Java) se evita a tiempo una rebelión comunista.

1927: incremento de la revolución en China; movimiento comunista de negros en los Estados Unidos; agentes comunistas en los países bálticos.

1928: organizaciones comunistas en España, Portugal, Hungría, Bolivia, Letonia, Italia, Finlandia, Estonia, Lituania, Japón; excesos comunistas en China; fermentación comunista en Macedonia; bombas comunistas en Argentina.

1929, mayo: barricadas en Berlín.

1929, agosto: celebración del Día del Comunismo contra el Imperialismo; rebelión en Colombia.

1929, septiembre: explosiones de bombas en Alemania.

1929, octubre: entrada de los bolcheviques rusos en Manchuria.

1930, febrero: desórdenes comunistas en Alemania.

1930, marzo: celebración del Día Comunista de los Desempleados.

1930, mayo: rebelión armada comunista en China.

1930, junio/julio: lucha contra el movimiento comunista en Finlandia.

1930, julio: guerra civil comunista en China.

1931, enero: lucha contra las bandas comunistas en China; revelaciones oficiales sobre los comunistas en los Estados Unidos.

1931, mayo: estalla la revolución en España.

1931, junio/julio: otra vez la lucha contra las bandas comunistas en China.

1931, agosto: lucha contra el comunismo en Argentina, se cierra la delegación comercial comunista para Sudamérica, hay numerosas detenciones, etc.

Es una serie inacabable, inacabable.

Si no me engaño, en el último discurso del lord guardasello he leído que nada está más lejos de los propósitos de la Unión Soviética que tales tendencias y especialmente las de agresiones militares. Nadie se alegraría más que nosotros si en el futuro se demostrase que esa idea es cierta. Desde luego el pasado la contradice. Al atreverme a oponer a esa opinión la mía, siempre puedo aludir al éxito de mi propia lucha que al fin y al cabo no se debe a una incapacidad que por casualidad estuviera muy pronunciada en mí. Yo creo que de estas cosas entiendo un poco. Empecé mi lucha en Alemania al mismo tiempo que el bolchevismo celebraba su primer triunfo, es decir, la primera guerra civil en Alemania. Cuando después de quince años, el bolchevismo contaba en nuestro país con 6 millones de partidarios, yo había logrado hasta 13 millones. En la lucha decisiva sucumbió él. El nacionalsocialismo libró a Alemania, y a la vez quizá a toda Europa, de la catástrofe más horrible de todos los tiempos. Si en la Europa occidental se dispusiese para juzgar de estas cosas de las mismas experiencias prácticas de que yo dispongo, creo que también allí se llegaría a conclusiones totalmente distintas. Si mi lucha en Alemania hubiese fracasado y la rebelión comunista hubiese triunfado, entonces ya sé que no se discutiría de seguro la grandeza de nuestra histórica empresa. Así, no puedo presentarme ante el resto del mundo más que como un monitor del cual se ríe. Pero, en todo caso, por lo que hace a Alemania mi conciencia y mi responsabilidad me obligan a hacer constar lo siguiente:

Las revueltas y las revoluciones comunistas alemanas no se hubiesen producido sin la preparación espiritual y material del bolchevismo mundial. Sus principales jefes no sólo fueron preparados y apoyados económicamente en Rusia para su acción revolucionaria en Alemania sino que se les festejaba, se les daban órdenes e incluso se les confería un grado del ejército ruso. Estos son hechos.

Alemania no tiene nada que ganar en una guerra europea. Lo que queremos es libertad e independencia. Por esto estábamos dispuestos también a firmar con todos nuestros vecinos pactos de no agresión. Si excluimos de ellos a Lituania, no es porque deseemos una guerra con ella sino porque no podemos concertar tratados políticos con un Estado que desprecia las más primitivas leyes de la convivencia humana. Bastante triste es que

el desparramamiento de los pueblos europeos haga difícil en muchos casos delimitar prácticamente las fronteras con arreglo a las nacionalidades y que ciertos tratados no hayan tomado en consideración, conscientemente, la homogeneidad nacional. Menos que nunca es entonces necesario que se martirice y maltrate a hombres que ya sufren el dolor de haber sido arrancados de su pueblo natural. Hace unas cuantas semanas leía en un gran diario internacional la observación de que Alemania podría renunciar fácilmente a la región de Memel puesto que de todas maneras, aquella ya es bastante grande. Ese noble y humanitario escritor olvida únicamente que, en último extremo, 140.000 hombres tienen también su derecho a la vida y que no se trata de que Alemania los quiera o no los quiera sino de si ellos quieren, o no, ser alemanes. Y lo son. Fueron arrebatados al *Reich* por un ataque cometido en plena paz y sancionado posteriormente, y en castigo de la adhesión que, a pesar de todo, sienten por el pueblo alemán son perseguidos, torturados y maltratados del modo más bárbaro. ¿Qué se diría en Inglaterra o en Francia si miembros de estas naciones sufriesen tan triste destino? Si se considera como un delito que merece castigarse el sentimiento de adhesión a un pueblo por parte de hombres a quienes se les arrancó a ese pueblo, contra todo derecho y todo orden natural, esto significa negar al hombre el derecho que se concede incluso al animal: el derecho del apego al antiguo señor y a la anterior comunidad natural. Ahora bien; 140.000 alemanes están despojados de este derecho en Lituania. Por esto, en tanto que los garantes responsables del Estatuto de Memel no hagan lo posible por su parte para que Lituania respete los primitivos derechos del hombre, por la nuestra no hay responsabilidad alguna de concertar con ese Estado un tratado cualquiera.

Salvando esta excepción - excepción que las grandes potencias responsables pueden hacer desaparecer - estamos dispuestos a intensificar en todo Estado europeo limítrofe, mediante pactos de no agresión y de exclusión de la violencia, el sentimiento de seguridad que, al fin y al cabo, también repercute en nosotros. Pero no nos es posible completar tales tratados con compromisos de asistencia mutua incompatibles con nosotros ideológica, política y objetivamente. El nacionalsocialismo no puede llamar al pueblo alemán, es decir a los suyos, al combate para conservar un sistema que, al menos en nuestro propio Estado se revela como el enemigo más encarnizado. Compromiso para la paz, sí. Asistencia del bolchevismo en la lucha no la queremos, no podríamos tampoco acordársela.

Por lo demás, en la conclusión de los pactos de asistencia que nos son conocidos vemos un proceso que no se diferencia en nada de las antiguas alianzas militares. Lamentamos esto especialmente porque la alianza militar concertada entre Francia y Rusia ha introducido, sin duda alguna, un elemento de inseguridad jurídica en el único tratado de seguridad mutua verdaderamente claro y valioso en Europa: en el Tratado de Locarno. Las interpelaciones hechas desde diversos sitios en estos últimos tiempos a impulso seguramente de los mismos temores, sobre las consecuencias de esta nueva alianza prueban, tanto por las preguntas como por las respuestas, la abundancia de casos que puedan dar lugar a divergencia de opiniones. El gobierno alemán quedaría singularmente reconocido si se le diese una interpretación auténtica de las repercusiones y de los efectos que la alianza militar franco-rusa tiene sobre los compromisos contractuales de los diferentes signatarios del Tratado de Locarno. Tampoco quisiera dejar ninguna duda sobre su propia opinión, según la cual esas alianzas militares son incompatibles con el espíritu y la letra del Estatuto de la Sociedad de Naciones.

Tan imposible como la aceptación de ilimitados compromisos de asistencia mutua es para nosotros la firma de pactos de no intromisión, en tanto que no se defina

precisamente este concepto. Porque nadie como nosotros los alemanes, se alegraría de que pudieran encontrarse, al fin, caminos o métodos para cortar e impedir la influencia de fuerzas extrañas en la interna vida política de los pueblos. Desde que terminó la guerra, Alemania es víctima de continuas perturbaciones de ese género. Nuestro partido comunista era la sección de un movimiento político anclado en el extranjero y dirigido desde allí. Todas las rebeliones que hubo en Alemania recibían de fuera dirección espiritual y ayuda material. Claro que esto lo sabe todo el mundo, pero no parece haberse impresionado sobremanera.

Una legión de exiliados actúa contra Alemania en el extranjero. En Praga, en París y en otras ciudades se imprimen continuamente periódicos revolucionarios en alemán y se les introduce subrepticamente en Alemania. No es sólo en esos órganos donde se encuentran llamamientos a la violencia sino que también en otros grandes periódicos encuentran benévola acogida. Emisoras de radio clandestinas incitan desde allí a atentados en Alemania. A su vez, otras estaciones emisoras hacen propaganda en lengua alemana para las organizaciones terroristas prohibidas en Alemania. En el extranjero, se constituyen públicamente tribunales que pretenden intervenir en la administración de Justicia alemana, etc. Pero tan grande como es nuestro interés en eliminar estas tentativas y estos métodos, tan grande nos parece el peligro de que, a falta de una definición precisa de estos hechos, el régimen que no dispone en el interior del Estado de otro fundamento jurídico que la fuerza, intente interpretar cualquier movimiento interior como una intromisión exterior y pida para mantenerse el auxilio armado que los tratados prevén. Difícilmente podrá rebatirse que las fronteras políticas en Europa no son y no pueden ser las fronteras espirituales.

Desde la introducción del cristianismo se han difundido ininterrumpidamente en la comunidad europea de pueblos y de destinos ciertas ideas que han tendido puentes sobre las fronteras estatales y nacionales y han creado elementos de unión. Cuando, por ejemplo, el miembro de un gobierno extranjero lamenta que en la Alemania actual no se reconozcan ciertas ideas válidas en el Occidente, tanto más comprensible debería ser, en rigor, el que, a la inversa, las concepciones alemanas del *Reich* no puedan pasar sin dejar huella en tal o cual país germánico.

Alemania no tiene el propósito ni quiere inmiscuirse en los asuntos interiores de Austria ni anexionársela o unirse con ella de otro modo. Pero el pueblo alemán y el gobierno alemán tienen el deseo, comprensible por el mero sentimiento de solidaridad de un común origen nacional, de que el derecho de autodecisión de los pueblos sea reconocido en todas partes, no sólo a los pueblos extranjeros sino también al pueblo alemán. Por mi parte, creo que, a la larga, no puede sostenerse un gobierno que no esté arraigado en el pueblo, que no emane de él y que no sea deseado por él.

Si entre Alemania y Suiza, alemana también en gran parte, no hay dificultades de este género, es sencillamente porque la independencia de Suiza es un hecho real y porque nadie duda de que su gobierno es la expresión verdaderamente legal de la voluntad popular.

Nosotros los alemanes tenemos todo motivo de complacencia al ver en nuestra frontera un Estado con una gran parte de población alemana con gran consistencia interior y una verdadera y positiva independencia. El gobierno alemán lamenta la tensión originada por el conflicto con Austria, tanto más, cuanto que, por ella ha surgido una perturbación de nuestras relaciones, antes tan buenas, con Italia, un Estado con el cual no tenemos, por lo demás, ninguna oposición de intereses.

Al pasar de estas consideraciones generales a una fijación más precisa de los

problemas actuales, llego a la siguiente posición adoptada por el gobierno alemán:

1) El gobierno alemán rechaza la resolución tomada en Ginebra el día 17 de abril. No ha sido Alemania la que ha violado unilateralmente el Tratado de Versalles, sino que el Tratado de Versalles fue unilateralmente quebrantado, y con ello dejó de estar en vigor, por aquellas potencias que no supieron decidirse a desarmarse después de haber exigido a Alemania el desarme. La nueva discriminación aplicada a Alemania con dicha resolución, hace imposible para el gobierno alemán el reingreso en dicha institución mientras no se hayan creado las bases de una situación de derecho verdaderamente igual para todos los miembros. A este fin estima el gobierno alemán necesario establecer una clara línea de separación entre el Tratado de Versalles, basado en la diferenciación de las naciones entre vencedores y vencidos y la Sociedad de Naciones que ha de basarse en la igualdad de derechos y de estimación para todos sus miembros.

Esta igualdad de derechos debe extenderse a todas las funciones y derechos posesivos de la vida internacional.

2) A consecuencia del incumplimiento de las obligaciones de desarme por parte de los demás Estados, el gobierno alemán se ha emancipado por su parte de aquellos artículos que a consecuencia de la carga unilateral, contraria a los tratados, que imponen a Alemania, representan también una discriminación de la nación alemana por tiempo indefinido. Pero declara solemnemente que esta medida suya se refiere de un modo exclusivo a los puntos ya conocidos que imponían un tratamiento diferencial, moral y de hecho, al pueblo alemán. Los demás artículos que afectan a la vida común de las naciones, incluidas las cláusulas territoriales, serán respetados absolutamente por el gobierno alemán y las revisiones que resulten inevitables en el curso de los tiempos las realizará únicamente por medio de acuerdos pacíficos.

3) El gobierno del *Reich* no está dispuesto a firmar ningún tratado que le parezca imposible de cumplir, pero cumplirá de un modo estricto cualquier tratado firmado libremente, aún cuando lo haya sido antes de su llegada al poder. El gobierno cumplirá y respetará especialmente todas las obligaciones resultantes del Tratado de Locarno, siempre y cuando los demás firmantes de dicho tratado mantengan por su parte la adhesión al mismo. El gobierno alemán ve en el respeto de la zona desmilitarizada una contribución, extraordinariamente onerosa para un Estado soberano, a la paz de Europa. Además se cree obligado a añadir, en este aspecto, que los aumentos continuos de tropas de la otra parte no pueden ser considerados como un complemento de sus propios esfuerzos.

4) El gobierno alemán está dispuesto en todo momento a participar en un sistema de colaboración colectiva para asegurar la paz europea, pero estima necesario tener en cuenta la ley de la eterna evolución haciendo posibles las revisiones de los tratados. En la posibilidad de que el régimen de tratados pueda desenvolverse según reglas, ve el gobierno alemán un elemento de garantía para la paz, y en la asfixia de los cambios necesarios el germen de futuras explosiones.

5) El gobierno alemán estima que la reconstrucción de la colaboración europea no puede realizarse sobre la base de condiciones impuestas unilateralmente. Estima que, en vista de la frecuente diversidad de intereses, conviene darse por satisfecho con un

mínimo, en lugar de hacer que la colaboración fracasase precisamente por haberle sido señalado un objetivo máximo imposible de realizar. Está asimismo convencido el gobierno alemán de que esta inteligencia inspirada en un gran fin sólo puede ser realizada paso a paso.

6) El gobierno alemán está dispuesto, en principio, a concluir pactos de no agresión con cada uno de los Estados limítrofes y a ampliarlos con toda clase de cláusulas que tiendan al aislamiento de los beligerantes y a la localización de los focos de conflicto. Está asimismo especialmente dispuesto a contraer toda clase de obligaciones que resulten de dichos pactos respecto al suministro de armas en tiempo de paz y en tiempo de guerra y que todas las demás partes también acepten y respeten.

7) El gobierno alemán está dispuesto a completar el Tratado de Locarno con un pacto aéreo y a entrar en negociaciones con este fin.

8) El gobierno alemán ha dado a conocer las cifras de los efectivos de las nuevas fuerzas militares alemanas. En ningún caso está dispuesto a abandonarlas. En el cumplimiento de este programa por tierra, por mar, y en el aire no hay amenaza ninguna para otras naciones. Está el gobierno alemán, sin embargo, dispuesto a limitar sus armamentos en la misma forma que otros Estados quieran hacerlo. El gobierno alemán ha comunicado ya por propia iniciativa determinadas limitaciones de sus planes. Con ello ha puesto de manifiesto del mejor modo su buena voluntad para evitar la competencia de armamentos ilimitada. La limitación del armamento aéreo al nivel de paridad con las demás grandes naciones occidentales tomadas una por una, hace posible fijar en todo momento una cifra tope que Alemania se obliga, desde ahora, a no sobrepasar.

La limitación de la marina al 35 % de la flota inglesa, o sea un 15 % menos que el tonelaje total de la flota francesa. Como quiera que en diversos comentarios de prensa se expresó la opinión de que estas exigencias sólo son un principio y que habrían de aumentar más tarde, especialmente con la posesión de colonias, declara el gobierno alemán con carácter de compromiso, que esta exigencia alemana es definitiva y permanente. Alemania no tiene ni la intención ni la necesidad ni los medios de entrar en cualquier nueva rivalidad naval. El gobierno alemán reconoce espontáneamente la importancia vital excepcional y, con ello, el derecho a una protección predominante del Imperio británico por mar, de igual modo que, por otra parte, estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para proteger nuestra existencia y nuestra libertad continentales. El gobierno alemán tiene la sincera intención de encontrar con el pueblo y el Estado británico un sistema de relaciones que haga imposible la repetición del único conflicto que hasta ahora ha existido entre ambas naciones.

9) El gobierno alemán está dispuesto a colaborar activamente en todos los esfuerzos que se realicen para la limitación práctica de los armamentos ilimitados. Como único camino para este fin ve el gobierno alemán el de volver a los métodos del antiguo Convenio de la Cruz Roja en Ginebra.

Cree únicamente posible, para empezar, la condena y supresión progresiva de los métodos y medios de combate que por su esencia están en contradicción con el ya vigente Convenio de Ginebra de la Cruz Roja.

Cree el gobierno alemán que del mismo modo como fueron prohibidos los proyectiles *dum-dum*,⁽³⁾ y su empleo prácticamente evitado en términos generales, podría

evitarse también el empleo de otras armas determinadas. Entiende bajo este aspecto el gobierno alemán todas aquellas armas de combate que en primer lugar pueden ser causa de la muerte y de la destrucción de mujeres y niños, más que de los propios soldados.

El gobierno alemán estima que el procedimiento de suprimir aviones y de autorizar el bombardeo es erróneo y falto de efectividad. Cree, en cambio, posible excluir con carácter internacional y como contrario al derecho humano el empleo de determinadas armas y de condenar a las naciones que las empleen como países colocados fuera de los derechos y leyes de la humanidad.

Cree además el gobierno alemán que el método progresivo es también, en este respecto, el que más rápidamente puede conducir al éxito y propone la prohibición de lanzar bombas incendiarias, con gases y explosivos fuera de la zona de combate propiamente dicha.

Esta limitación puede conducir a la repudiación internacional completa del bombardeo aéreo. Mientras el bombardeo siga autorizado como tal, la limitación del número de aparatos de bombardeo es, en vista de la posibilidad de sustituirlos rápidamente, ilusoria.

Si el bombardeo es condenado como una barbarie contraria al derecho humano, la construcción de aparatos de bombardeo terminará pronto por superflua e inútil.

Si el Convenio de la Cruz Roja en Ginebra consiguió en su día impedir dar muerte a los heridos indefensos y a los prisioneros, habría de ser posible también prohibir, por medio de un convenio análogo, el bombardeo de la población civil indefensa y, finalmente, su prohibición total.

Alemania ve en todo intento para resolver este problema según estos principios un medio mucho más eficaz para la tranquilidad y la seguridad de los pueblos que todos los pactos de asistencia y convenios militares.

10) El gobierno alemán está dispuesto a aceptar toda limitación que pueda conducir a la supresión de las armas más eficaces para el ataque. Estas armas comprenden la artillería de grueso calibre y los tanques de gran peso. Dadas las enormes fortificaciones de la frontera francesa, la supresión internacional de las armas de ataque más peligrosas colocaría automáticamente a Francia en posesión de una seguridad casi absoluta.

11) Alemania se declara dispuesta a aceptar toda limitación en el calibre de la artillería de los acorazados, cruceros y torpederos. Asimismo está dispuesto el gobierno alemán a aceptar toda limitación internacional del tonelaje de los buques. Finalmente está dispuesto el gobierno alemán a aceptar la limitación del tonelaje de los submarinos y su supresión total si así se decide internacionalmente.

Además de todo lo dicho asegura el gobierno alemán una vez más que se adhiere a toda limitación efectiva, internacional y simultánea de los armamentos.

12) El gobierno alemán entiende que todas las tentativas realizadas en el campo internacional, o por medio de convenios entre varios Estados, al objeto de lograr que desaparezcan ciertas tensiones entre determinados países, resultarán inútiles mientras no se tomen medidas adecuadas para evitar el envenenamiento de la opinión pública de los pueblos por elementos sin responsabilidad que se sirven para este fin de la palabra, la imprenta, la cinematografía y el teatro.

13) El gobierno alemán está en todo momento dispuesto a tomar parte en un convenio internacional que de un modo efectivo impida las tentativas de intervención desde fuera en la vida interior de otros Estados. Pide sin embargo que este convenio tenga carácter internacional y favorezca a todos los países.

Como quiera que existe el peligro de que en países con gobiernos que no cuentan con la confianza general de su pueblo, los levantamientos interiores sean presentados por parte interesada como injerencias externas, aparece como necesario someter el concepto *injerencia* a una definición internacional precisa.

¡Diputados! ¡Hombres del parlamento alemán!

He procurado exponerles un cuadro de las concepciones que hoy nos animan. Por grandes que puedan ser las preocupaciones sobre tal o cual punto, considero incompatible con mi sentimiento de responsabilidad como *Führer* de la nación y canciller del *Reich*, expresar ni siquiera una duda sobre la posibilidad de mantener la paz.

Los pueblos la quieren. Los gobiernos deben encontrar la posibilidad de mantenerla. Creo que el restablecimiento de la fuerza defensiva de Alemania se convertirá en un elemento de esta paz. No porque tengamos la intención de aumentarla en proporciones descabelladas, sino porque el simple hecho de su existencia suprime en Europa un vacío peligroso. Alemania no tiene la intención de aumentar sus armamentos hasta el infinito. No poseemos 10.000 aviones de bombardeo ni pensamos en construirlos. Al contrario: nos hemos impuesto nosotros mismos aquel límite que, según nuestro criterio, garantiza la defensa de la nación, sin atentar contra la idea de la seguridad colectiva ni contra la reglamentación de la misma. Nadie sería más feliz que nosotros sí, con esta reglamentación, se nos diera la posibilidad de emplear la industria de nuestro pueblo en producciones más útiles que la de instrumentos para la destrucción de bienes y vida humanas.

Creemos que si los pueblos del mundo pudieran ponerse de acuerdo para destruir todas sus bombas incendiarias, de gases y explosivas, valdría esto mucho más que utilizarlas para destruirse mutuamente.

Al hablar así no lo hago ya como representante de un Estado sin defensa, al cual una acción de los demás en este sentido no le procuraría más que ventajas sin imponerle obligaciones. No tengo el propósito de participar en la discusión empezada recientemente en diversos lugares sobre el valor de los demás ejércitos o del propio, sobre el heroísmo magnífico de los propios soldados y la escasa valentía de los soldados extranjeros.

Todos nosotros sabemos cuántos millones de adversarios arrojados hasta el desprecio de la muerte encontramos por desgracia frente a nosotros en la Guerra Mundial. La Historia podrá decir de nosotros, los alemanes, una y otra vez que si no hemos sabido ser maestros en el arte del razonable vivir, sí lo hemos sido en el arte de morir cumpliendo nuestro deber. Me consta que los alemanes, si un día la nación es atacada, bajo la impresión de la enseñanza de quince años en calidad de pueblo vencido, sabrán más que nunca cumplir con su deber. Esta firme convicción es para todos nosotros el peso de una gran responsabilidad y con ello una obligación altísima. No puedo terminar mi discurso de hoy ante vosotros, compañeros de lucha y hombres de confianza de la nación, mejor que con una repetición de nuestra profesión de fe en la paz.

La naturaleza de nuestra nueva constitución nos da la posibilidad de contrarrestar en Alemania las maniobras de los agitadores en pro de la guerra. Ojalá que les sea posible

también a los demás pueblos dar valiente expresión a sus íntimos deseos. El que en Europa levante la antorcha de la guerra sólo puede desear el caos. Nosotros vivimos por nuestra parte convencidos de que en nuestro tiempo no se consumará el ocaso de Occidente, sino su resurrección. ¡Qué Alemania pueda contribuir a esa gran obra con una aportación imperecedera es nuestra firme esperanza y nuestra fe inquebrantable!

Discurso de Adolf Hitler en la sesión sobre la cultura en el Congreso del Partido del Reich, en Núremberg

Discurso pronunciado entre el 10 y el 16 de septiembre de 1935

Cuando el 27 de febrero de 1933, el fuego, alzándose sobre la cúpula del parlamento, comenzó a teñir el cielo de rojo, fue como si es destino se hubiera servido de los incendiarios comunistas para mostrar, una vez más a la nación, la grandeza del monumento histórico con una gigantesca antorcha. Amenazante, se cernía sobre el *Reich* la sombra de la recientísima sublevación bolchevique. Una de las mayores catástrofes sociales y económicas amenazaba con aniquilar Alemania. Faltaba todo fundamento de vida colectiva. Repetidas veces los avatares de la Historia nos habían exigido a muchos ser valientes, en la Gran Guerra primero, luego durante la larga lucha por el movimiento y contra los enemigos de la nación. Con todo, qué suponía toda esta valentía, este compromiso vital frente al que ahora nos exigía asumir de inmediato, pues a nosotros se dirigía la llamada de la jefatura del *Reich* y, por lo tanto, la responsabilidad del ser o no de nuestro pueblo. Qué gravoso fue en aquellos meses adoptar las disposiciones que tal vez habrían podido evitar la catástrofe, más gravoso todavía en cuanto que había que parar y rechazar la última embestida de los destructores de la nación.

Fue una lucha verdaderamente furibunda contra todos los elementos y las manifestaciones de la ruina alemana en el interior y contra los enemigos que la deseaban en el exterior.

Un día se observará con asombro que, en el mismo periodo en que el nacionalsocialismo y su jefatura mantenían una lucha heroica por la existencia o la no existencia, por la vida y por la muerte, al arte alemán se le proporcionaron los primeros impulsos para su reanimación y resurrección, al tiempo que los partidos eran abolidos, la resistencia de los Estados Federados aplastada y la soberanía del *Reich* firmemente establecida como única y exclusiva. Mientras el centro y el marxismo, perseguidos y derrotados, estaban llamados a la extinción, mientras los sindicatos marxistas eran eliminados y los conceptos y las ideas nacionalsocialistas pasaban repentinamente del mundo de los proyectos fantásticos a la fase de realización, todavía quedaba tiempo; no obstante, para poner los cimientos del nuevo templo de la diosa del arte. Una revolución engendra un Estado y a la vez se esfuerza por hacer germinar una nueva cultura. ¡Y no, ciertamente, en sentido negativo! Ya que, una vez ajustadas cuentas con los criminales de la cultura, no tendremos que seguir por más tiempo litigando con estos perversores de nuestro arte. Desde hace mucho tiempo la decisión era irrevocable: nunca nos dejaremos envolver en discusiones sin fin con hombres que - a juzgar por sus obras - eran o locos o estafadores. Sí, siempre habíamos visto en la mayor parte de las maniobras llevadas a cabo por los cabecillas de estos Eróstratos de la cultura, sólo acciones criminales.

Todo conflicto personal con ellos debía, por tanto, llevarles inevitablemente a la cárcel o al manicomio, según que creyesen realmente - siguiendo su perversa fantasía - en esas experiencias interiores o que produjeran estas obras como enfermizo homenaje a una no menos enfermiza tendencia.

Sin tener en cuenta a esos literatos judeo-marxistas que vislumbran que eso que llaman *actividad cultural* es un poderoso medio para llevar la inseguridad y la inestabilidad a las naciones civilizadas, y en este sentido hacen uso de ella. Pero más

firme todavía era nuestra decisión de asegurar en el nuevo Estado una activa promoción y un positivo desarrollo de las tareas culturales. E igualmente firme era nuestra decisión de no dejar participar, a ningún precio, en este renacimiento cultural a los charlatanes de la experiencia y de la objetividad dadaísta-cubista. Esta es la conclusión más relevante que debemos extraer del reconocimiento de esta especie de disolución cultural que nos rodea, y esta decisión debe ser tanto más irrevocable cuanto que no sólo tenemos que corregir y compensar un fenómeno de descomposición, sino que debemos también dar al primer Estado nacional, genuinamente alemán, el rostro cultural para los siglos venideros.

No es de extrañar que en estos tiempos y contra esta empresa surjan dos objeciones que, por lo demás, también en el pasado acompañaron siempre a todas las producciones culturales. No voy a ocuparme de las observaciones de esos hipócritas que, aún reconociendo la intrínseca importancia y la eficacia de nuestras concepciones culturales, a causa de su insuperable odio al pueblo alemán y a su futuro, no desperdician ocasión para intervenir negativamente con objeciones, dudas o acusaciones. En realidad, su rechazo de nuestra acción constituye nuestra mejor tarjeta de visita. Sólo me ocuparé, de aquellas objeciones que tan fácilmente manifiestan gentes de pocas luces, incluso a menudo de buena fe.

La primera: ¿es precisamente éste el momento, ante los graves problemas políticos y económicos que nos abruman, de ocuparnos de cuestiones culturales y artísticas, que en otras circunstancias o en otros siglos eran tal vez importantes pero que hoy no son ni necesarios ni urgentes? ¿no es más importante en estos momentos el trabajo práctico que ocuparse de arte, teatro, música, cosas quizás bellísimas pero no de importancia vital? ¿es justo realizar construcciones monumentales en vez de limitarse, en una actitud de positivo realismo, a las tareas inmediatas más materiales?

Y la segunda objeción: ¿podemos permitirnos hoy hacer sacrificios por el arte en una época en la que a nuestro alrededor vemos pobreza, indigencia, miseria y aflicción? ¿no es tal vez el arte, en última instancia, un lujo para pocos en vez de un aliento para todos?

Considero oportuno examinar y responder, brevemente, pero de una vez por todas, a estas objeciones.

Es conveniente, o mejor oportuno, que el interés público se ocupe hoy de cuestiones artísticas, pues en caso contrario, ¿sería honrado olvidarse ahora para dedicarse un buen día, quizás muy pronto, superadas ya las dificultades políticas y económicas, a estos problemas?! A este propósito conviene aclarar: el arte no es un fenómeno de la existencia humana que, según las necesidades, se pueda asumir, licenciar o jubilar a placer. La capacidad cultural de un pueblo es, sin duda, algo que fundamentalmente existe. Pertenece a ese conjunto de valores y disposiciones de un pueblo que son connaturales a la raza.

El desarrollo funcional de estas potencialidades en relaciones creativas y duraderas se lleva a cabo según la misma ley de desarrollo y esfuerzo constante que preside cualquier otra actividad humana. Al igual que no se puede, durante un cierto período, suspender en un pueblo la práctica y el estudio de las matemáticas o de la física sin acusar un retraso en relación con el progreso habido en el resto del mundo, del mismo modo no se puede suspender, durante un cierto periodo, la actividad cultural sin que se produzca inevitablemente un general retroceso cultural y finalmente la disgregación. Es imposible, por ejemplo, clausurar durante un período más o menos amplio, esto es, transitoriamente, la creación artística más original que el teatro nos ha brindado después

del teatro de la antigüedad, es decir, la ópera, y después reanudarla con el viejo esplendor. No sólo porque ya no existirían a nivel artístico las premisas personales para la ejecución de la obra de arte. No, pues también la capacidad receptiva del público requiere un cuidado y una educación constantes, exactamente igual que el artista que debe salir a escena. Y esto es válido para el arte en general.

Ninguna época puede permitirse el lujo de prescindir del empeño de cultivar el arte. Si así lo hiciera, perdería no sólo la capacidad para la creación artística, sino también para la comprensión y la experiencia del arte. Pues ambas aptitudes están unidas por lazos indisolubles.

El artista creador realiza y ennoblece con su obra la capacidad receptiva de la nación, del mismo modo que, a su vez, el sentimiento artístico así desarrollado y alimentado proporciona el más fértil terreno y la premisa para el nacimiento, el desarrollo y fortalecimiento de nuevas fuerzas creativas.

Si, por el contrario, la actividad cultural no es anulada por un tiempo más o menos largo, no sufrirá después daños gravísimos e irreversibles. Una recesión de este tipo se debe evitar a toda costa tanto más cuanto que la angustia política y económica general de una época exige de forma imperiosa un esfuerzo de la cohesión interna de una nación. Es vital comprender bien este punto. Las grandes creaciones culturales de la humanidad fueron, en todos los tiempos, las más altas creaciones de la vida colectiva.

De manera objetiva o puramente espiritual, siempre se halla contenida en ellas la fuerza, íntima y esencial, de un pueblo. Pero jamás es tan necesario que un pueblo alcance esta inmensa fuerza de su profunda y eterna naturaleza, como cuando las preocupaciones políticas y económicas amenazan con comprometer la fe en sus más altos valores y, por tanto, en su destino. Precisamente cuando los espíritus débiles, acosados por el dolor y las preocupaciones, pierden la fe en la grandeza y en el futuro de su pueblo, precisamente entonces hay que devolverles la seguridad mostrándoles los testimonios - y ninguna miseria política o económica puede ocultarlos - del más alto valor interior, y por ello, insuperable, del pueblo. Cuanto más se ignoren, sofoquen o, simplemente, discutan las exigencias vitales de una nación, tanto más importante es conferir a estas exigencias naturales el carácter de derecho primordial que sea la demostración de los más altos valores de un pueblo que, como enseña la experiencia histórica, constituyen, incluso transcurridos milenios, el testimonio indestructible no sólo de su grandeza, sino también de su derecho a la vida en el plano moral.

Por ello, si los últimos testimonios vivos de un pueblo desventurado callaran, comenzarían a hablar las piedras. Puede decirse que la Historia no conoce pueblo digno de mención que no haya erigido su propio monumento a sus propios valores culturales.

Por el contrario, los pueblos extranjeros destructores de estas creaciones, que continúan sobreviviendo en los despojos, logran sólo obtener el mísero reconocimiento de su pura existencia.

¿Qué serían los egipcios sin sus pirámides y sus templos, sin los ornamentos de su existencia humana, qué serían los griegos sin Atenas y la Acrópolis, Roma sin sus edificios, nuestra estirpe germánica de emperadores sin las catedrales y los palacios imperiales, y el Medioevo sin municipios, palacios de las corporaciones, etc., o también las religiones sin iglesias o monasterios? Si una vez existió un pueblo de los mayas nunca lo sabremos o lo consideraremos un hecho insignificante si, con gran asombro del mundo actual, las poderosas ruinas de las ciudades de esos pueblos fabulosos no continuaran despertando la atención y atrayendo y concentrando en torno a ellas el interés de la investigación humana. No, ¡ningún pueblo sobrevive a los documentos de

su propia cultura! Pero si el arte y sus producciones se caracterizan por una eficacia tan poderosa y estable, inaccesible a cualquier otra actividad humana, resulta de todo punto necesario cultivarlo cuando las condiciones generales políticas y económicas desfavorables oprimen y convulsionan una época. Porque nada contribuye más eficazmente a hacer consciente a un pueblo del hecho que el sufrimiento humano y político del momento es transitorio respecto a la imparable fuerza creativa y por tanto a la grandeza e importancia de una nación. Esta conciencia puede entonces infundirle el más agradable consuelo, en cuanto que lo eleva por encima de la pequeñez del momento presente y de la carencia de valores de sus perseguidores. E incluso cuando es vencido, un pueblo tal todavía se yergue *a posteriori* ante la Historia en gracia a sus inmortales creaciones como verdadero triunfador del adversario.

De cualquier forma, la objeción de que sólo una pequeña parte de un pueblo estaría interesada en ello, porque es la única en disposición de comprender y vivir el fenómeno, es falsa. Otro tanto se podría afirmar de cualquier otra función de la vida de un pueblo, en cuanto que la totalidad no participa en ella directamente.

¿O es que tal vez cualquiera se atrevería a afirmar que la masa de una nación toma parte directamente en las más altas realizaciones de la química, o la física y en general de todas las demás manifestaciones superiores de la vida y en las ciencias del espíritu? Yo, en cambio, estoy convencido de que el arte precisamente porque es la reproducción más pura y más directa de la vida espiritual de un pueblo, ejerce inconsciente y difusamente una grandísima y directa influencia sobre la masa de un pueblo, siempre a condición de que trace una imagen real de la vida espiritual y de las características innatas de un pueblo, y no su caricatura.

Este hecho proporciona todavía un punto de apoyo muy sólido para enjuiciar la validez o la invalidez de un arte. El juicio severo, tal vez despiadado, sobre todo el movimiento del arte abstracto de las últimas décadas, hay, sin duda, que atribuirlo al hecho de que el pueblo en su inmensa mayoría no sólo apartaba la mirada de este arte, sino que a la postre no manifestaba ningún tipo de interés por esta especie cultural judeo-bolchevique.

Los únicos admiradores más o menos de buena fe de estas boberías eran, en definitiva, los propios fabricantes. En tales circunstancias se comprende que el círculo de personas que en el interior de una nación se interesan por el arte es extremadamente limitado, comprendiendo a los deficientes, es decir, degenerados, que gracias a Dios son todavía minoría, y a las fuerzas interesadas en la destrucción de la nación. Así pues, si hacemos abstracción de una actividad de este tipo, que en verdad no puede nunca ser considerada como arte, sino más bien como demencia cultural, el arte en sus innumerables manifestaciones es tanto más a favor de la totalidad de una nación cuanto más se eleva por encima de los intereses particulares hacia la superior dignidad general.

Y lo que se dice para el arte es también válido para todas las demás creaciones eminentes del hombre. Tanto en la teoría como en la práctica se da una serie infinita de niveles.

¡Feliz aquella nación cuyo arte es tan excelso que permite todavía al particular el presentimiento de una última satisfacción! Así como entre los artistas sólo pocos alcanzan el vértice de la creación humana, del mismo modo también la comprensión última no es uniformemente accesible a todos. No obstante, el camino hacia esta cima llena siempre a todo hombre, no importa a qué nivel llegue su comprensión de una profunda, íntima satisfacción.

Si el movimiento nacionalsocialista quiere realmente lograr una importancia

revolucionaria, debe emplear todos los medios a su alcance para transformar, mediante su producción cultural y creativa, esta presunción en una justificada aspiración. Debe llevar al pueblo al convencimiento de la misión general y particular que corresponde respectivamente al propio pueblo y al movimiento que lo dirige, mediante la demostración de las dotes culturales más elevadas y de su manifiesta influencia. De esta forma no hará sino aligerar la propia tarea y la propia lucha, en cuanto que, gracias a la profunda influencia ejercida en todo momento por las grandes creaciones culturales, y en particular por las inherentes a la arquitectura, facilitar la comprensión por parte del pueblo de sus grandiosas concepciones.

Quien quiere educar a un pueblo en el orgullo debe también proporcionarle motivos evidentes de orgullo.

El trabajo y los sacrificios para la construcción del Partenón fueron extraordinarios, pero el orgullo del mundo griego por esta obra fue duradero y la admiración de sus contemporáneos y de la posteridad algo que probablemente nunca se extinguirá. Por ello, todos debemos estar penetrados por una única esperanza: que la Providencia quiera hacernos el don de grandes maestros que puedan convertir en notas musicales e inmortalizar en piedra nuestro espíritu. Ahora más que nunca es cierto el amargo dicho: *muchos se creen llamados, pero son pocos los elegidos*. Más aún, de igual modo que estamos convencidos de haber dado una correcta expresión política a la esencia y a la voluntad vital de nuestro pueblo, así también creemos en nuestra capacidad de reconocer y, por tanto, de evidenciar el correspondiente aspecto cultural. Nosotros descubriremos y favoreceremos a aquellos artistas que sean capaces de imprimir al Estado del pueblo alemán en cuanto Estado proyectado en la eternidad la impronta cultural de la raza germánica.

Pasemos a la segunda objeción de que en un período de graves dificultades materiales es mejor renunciar a la actividad artística, puesto que en definitiva sería únicamente un lujo bello y oportuno solo cuando en los otros terrenos las cosas marchan bien. Un lujo a rechazar hasta que las necesidades materiales estén completamente satisfechas. Pues bien, a esta objeción respondemos que el propio estado de necesidad es el eterno compañero de la actividad creativa ¿Quién puede atreverse a afirmar honradamente que en cualquier época de gran desarrollo artístico, la indigencia material no haya estado presente? ¿Cree alguien tal vez que en la época de la construcción de las pirámides egipcias o en la de la creación de las espléndidas construcciones babilónicas, esos pueblos no conocieron la indigencia?

¿Acaso esta objeción no ha sido ya esgrimida frente a todas las grandes empresas culturales de la humanidad y frente a todos los creadores de cultura? Esta objeción se refuta simplemente formulando una ulterior pregunta: ¿quizás cree alguien que no habría habido miseria si los griegos no hubieran construido la Acrópolis? ¿O se piensa que los hombres no habrían padecido miseria en el Medioevo si no se hubieran erigido catedrales? O, utilizando un ejemplo más cercano a nosotros, cuando Luis I hizo de Múnich una capital del arte, contra los gastos que ello comportó se promovieron exactamente las mismas objeciones. ¿Sólo a partir de entonces, desde que Luis I inició la construcción de esos grandes edificios, hubo pobres y necesitados en Baviera? Y para comprenderlo todavía mejor, lleguemos hasta nuestros días: el nacionalsocialismo se apresta a embellecer a Alemania con grandiosas creaciones culturales en todos los terrenos. ¿Debemos renunciar a ellas porque entre nosotros existe todavía o continuará existiendo la indigencia? ¿Quiere esto decir que anteriormente a nosotros, antes de que estas obras fueran realizadas, no había pobreza? ¡Al contrario! Si la humanidad no

hubiese ennoblecido su existencia con grandes creaciones culturales, no habría encontrado con toda seguridad el camino que de la angustia material de la existencia primitiva lleva a valores humanos más elevados.

Estos, por su parte, conducen a un orden social que, desde el momento en que en su interior son visibles y reconocibles los grandes y eternos valores de un pueblo, encierra una clara invitación al cuidado solícito de la vida colectiva y a la consiguiente atención a la vida individual.

Cuanto más pequeña es la atención que un pueblo dedica a la cultura, tanto más bajo es también su tenor de vida en todos los demás aspectos y, consecuentemente, tanto mayor la indigencia de sus ciudadanos.

Todo el progreso humano se ha desarrollado y se desarrolla todavía a partir de una incesante economía de fuerza-trabajo aplicada a producciones hasta ahora consideradas de importancia vital y de su transferencia a nuevos sectores, y por ello mismo sólo accesibles material y espiritualmente a un reducido número de personas.

También el arte, entendido como embellecimiento de la vida, sigue este camino. Sin embargo, no por ello es la expresión de una tendencia *capitalista*. ¡Muy al contrario! Todas las grandes realizaciones culturales de la humanidad en cuanto a producciones creativas provienen del sentimiento colectivo y son, por tanto, en su nacimiento y en su plasmación la expresión del alma y del ideal colectivo.

No es un hecho casual que todas las manifestaciones colectivas vinculadas a las grandes concepciones universales de la humanidad hayan quedado inmortalizadas en grandes creaciones culturales.

Efectivamente, los períodos de interiorización religiosa que más se sustrajeron al materialismo pudieron exhibir las más grandes creaciones culturales.

Por el contrario, el mundo hebraico invadido hasta la médula de capitalismo y de cuanto éste conlleva, nunca tuvo un arte propio ni nunca lo tendrá.

A pesar de que este pueblo dispuso a menudo y durante largos períodos de tiempo de patrimonios individuales incalculables, nunca logró elevarse a la expresión de un estilo arquitectónico propio y ni siquiera de una música propia. El mismo templo de Jerusalén debe su forma actual a arquitectos extranjeros, del mismo modo que, todavía hoy, la construcción de la mayor parte de las sinagogas es encomendada a artistas alemanes, franceses o italianos.

Estoy, pues, convencido de que unos pocos años de jefatura nacionalsocialista del pueblo y del Estado brindarán al pueblo alemán muchas más realizaciones culturales importantes que decenios del régimen hebreo. Y debe llevarnos al jubiloso orgullo el hecho de que el más grande arquitecto que Alemania nos ha dado después de Schinkel haya podido ejecutar en el nuevo *Reich* y para el movimiento, dirigiendo personalmente los trabajos sus primeras y desgraciadamente únicas obras monumentales en piedra, monumentos de un nobilísimo y auténticamente arte germánico de la construcción.

Para refutar definitivamente la segunda objeción se podría hacer referencia al hecho de que las grandes creaciones culturales de la humanidad si bien absorben una parte del salario de otros trabajos humanos, por otra parte proporcionan otros tantos salarios por el trabajo inherente a su construcción. Y también cabría recordar que en definitiva, estas creaciones culturales, desde un punto de vista estrictamente material, siempre han resultado convenientes para los pueblos, tanto más cuanto que a través de la vía indirecta de una elevación general de los hombres, han contribuido a reforzar y a enaltecer el nivel de vida colectiva.

Gracias a ellas el nivel general de autoconciencia se ha elevado y, consecuentemente,

también la capacidad productiva del individuo.

Ciertamente, todo ello supone una condición previa: el arte, para alcanzar este objetivo, debe ser efectivamente transmisor de lo sublime y de lo bello y, por tanto, vehículo de lo natural y de lo sano.

Si el arte es todo esto, entonces ningún sacrificio por él realizado es demasiado gravoso.

Pero si no lo es, toda moneda empleada en él se desperdicia. Pues en este caso el arte no es un factor de salud y por tanto de construcción de la existencia, sino un signo de degeneración y por tanto de ruina. Lo que se conoce como *culto de lo primitivo* no es la expresión de un alma ingenua e incorrupta, sino expresión de una decadencia corrompida y enfermiza hasta sus más profundas raíces.

Aquellos que pretenden justificar los cuadros y las esculturas de nuestros dadaístas o cubistas - por citar los casos más vistosos -, refiriéndolos a una forma de expresión primitiva no tienen mínimamente en cuenta que la misión del arte no es recordar al hombre las manifestaciones de su degeneración, sino, por el contrario, combatir esas manifestaciones de degeneración mostrando lo que es eternamente sano y bello. Si esta suerte de corrupción artística pretende expresar descaradamente lo que hay de *primitivo* en el sentimiento de un pueblo, hay que recordar que nuestro pueblo se ha desarrollado desde hace milenios muy por encima de la primitiva condición de semejantes bárbaros del arte. Lo cual no sólo rechaza este escandaloso exceso, sino que además acusa de estafadores o dementes a sus autores.

De cualquier modo, en el III *Reich* no tenemos la más mínima intención de permitir que ninguna de estas dos categorías caiga sobre el pueblo. La justificación *a posteriori* de que, para ser tenidos en cuenta habría sido necesario participar durante un cierto tiempo en esta moda, no constituye a nuestro entender justificación alguna del voluble comportamiento de tales personajes. Además, estas explicaciones fueron dadas en un momento sumamente inoportuno y por personas absolutamente inadecuadas. Porque si hoy cualquier compositor, al recordar sus monstruosas aberraciones, se justifica ingenuamente afirmando que sin aquellos maullidos no hubiera sido entonces tomado en consideración, a tan lamentable explicación debemos dar una respuesta clara: todos nosotros nos hemos encontrado en el terreno político frente a los mismos fenómenos. Se trataba de la misma música y de la misma locura.

Según esto, también nosotros, para captar más fácilmente la atención pública habríamos debido rendir culto al oportunismo, es decir, tendríamos que habernos hecho más bolcheviques que los propios bolcheviques. Nosotros fuimos entonces los únicos que mantuvimos una actitud de lucha sin cuartel contra la marea de corrupción política general y al cabo de trece años hemos conseguido lo que pretendíamos.

Nuestra simpatía y nuestro respeto sólo pueden ser para aquellos que en otros campos tuvieron el coraje de no plegarse a la canalla o de no contaminarse de la locura bolchevique, para aquellos corazones intrépidos que fieles a unas ideas lucharon por ellas denodadamente y con honor.

Queda todavía por impugnar la objeción según la cual el arte tendría la misión de servir a la realidad y, por tanto, debería incluir en el ámbito de las realidades tratadas y reproducidas no sólo lo que es humanamente agradable, sino también lo desagradable, no sólo lo bello, sino también lo feo. Es sin duda cierto que el arte siempre ha mostrado la tensión entre el bien y el mal, es decir, entre lo útil y lo nocivo, y la ha utilizado para sus propias creaciones. Pero nunca para afirmar el triunfo de lo nocivo, sino para mostrar la necesidad de lo útil. No es tarea del arte recrearse en la suciedad por amor a

la suciedad, pintar al hombre únicamente en estado de putrefacción, representar a cretinos como símbolos de la maternidad y mostrar a pobres idiotas como representantes de la fuerza viril.

No obstante, si algún *artista* de este género se siente impulsado a describir la existencia humana en todos sus aspectos desde el punto de vista de lo decadente y de lo patológico, debe hacerlo en una época en la que la sensibilidad general acepte este punto de vista. Hoy esta época ha quedado superada y se ha superado asimismo la época de esta especie de *creadores de pseudo-arte*.

Y si somos cada vez más duros y rigurosos en nuestra repulsa, estamos convencidos de no haber errado.

Puesto que quien ha sido destinado por la Providencia a conferir una expresión exterior llena de vitalidad a la más íntima, y por ello sana, esencia de un pueblo, no encontrará nunca el camino que lleva a tales aberraciones.

Que no se hable pues, a este respecto, de una *amenaza a la libertad del arte*. Pues así como no nos abstenemos de privar a un asesino del derecho a dar muerte físicamente a sus semejantes por el solo hecho de que de lo contrario se atentaría a su libertad, del mismo modo no se puede conceder a nadie el derecho a matar el alma del pueblo para evitar imponer un freno a su sucia fantasía y a su deshonestidad.

Estamos convencidos de que las creaciones culturales contemporáneas, especialmente en el campo arquitectónico, deben adquirir un carácter de eternidad, ya sea por la belleza de las proporciones y relaciones, ya por la funcionalidad de los materiales empleados.

No existe tal vez palabra más vacía de sentido en este campo que la palabra *objetivo*. Todos los arquitectos verdaderamente importantes han construido de modo objetivo, esto es, han realizado en sus edificios las condiciones y las expectativas objetivamente planteadas en su época.

Estas tareas objetivas, aunque a menudo sólo demasiado humanas, no fueron con todo vistas y por ello también tratadas con la misma importancia en todas las épocas. Es un error capital considerar que, por ejemplo, un Schinkel no estaba en condiciones de construir un gabinete moderno funcional y objetivo; en primer lugar, las condiciones higiénicas de entonces eran distintas de las actuales, además, a estas cosas no se les confería todavía la importancia que hoy han asumido.

Pero es un error todavía mayor afirmar que hoy un edificio satisfactorio desde el punto de vista artístico no puede a la vez satisfacer adecuadamente todas las exigencias que plantea nuestra época.

No constituye una concesión particular por parte del artista, sino un presupuesto obvio y que no puede faltar el hecho de que desde el principio se satisfagan las necesidades generales primarias de las funciones vitales a las que está subordinado el edificio. El elemento cualificante es siempre su capacidad de conferir una forma adecuada, que exprese claramente la función global de la tarea planteada.

Si continúo situando en primer plano, en estas consideraciones sobre la cultura, los problemas de la arquitectura es porque tenemos gran interés en ellos como problemas particularmente urgentes. Si el destino nos negara hoy un gran compositor o un gran pintor o escultor, siempre podríamos si no remediar fácilmente, sí al menos suplir esta ausencia dedicando nuestra atención a lo existente. La nación posee creaciones inmortales de calidad tan excelsa en estos sectores que, durante un cierto período, dedicarles nuestros mejores cuidados no bastaría. Por el contrario, es para nosotros de importancia vital realizar en el campo de la arquitectura esas grandes obras que es

imposible diferir. Así lo exigen los fines a ellas vinculados y la exigencia de salvaguardar la capacidad artesanal que de otro modo desaparecería poco a poco.

Es, no obstante, muy difícil adoptar una actitud clara respecto a los objetivos que se presentan en el ámbito arquitectónico, que ha sido durante decenios lugar de experimentación de astutos estafadores y locos patológicos, sin caer en el error de una estúpida y vacía imitación del pasado o en una desenfrenada confusión. Me parece, por tanto, que lo más importante es distinguir la construcción pública monumental de la construcción privada. El edificio de la colectividad debe ser una digna representación del comitente, es decir, de la colectividad precisamente, y una convincente realización de los fines perseguidos. Pero una solución digna de una tarea tal poco tiene que ver con mezquinos cálculos económicos guiados por el interés, y desde luego nada con una, por otra parte, falsa *modestia* a la que tan a menudo se recurre hoy para justificar la incapacidad de encontrar soluciones artísticamente eficaces y válidas, es decir, se toma como pretexto una modestia, habitualmente inexistente, del *modo de pensar* del arquitecto.

Esta *modestia*, que la mayor parte de las veces es limitación, y precisamente limitación artística del arquitecto, no puede, en absoluto, compararse, como tantas veces sucede, a la objetividad.

Objetividad no significa sino construir un edificio para la finalidad a la que está destinado.

Modestia sería alcanzar con los mínimos medios la máxima eficacia.

Pero las más de las veces esos medios mínimos son sustituidos por una capacidad mínima, que más tarde se ve compensada con una proliferación de declaraciones más o menos clarificadoras. Los edificios deben hablar por sí mismos. No se trata de que un edificio sirva de pretexto para un ensayo literario, ni mucho menos, de que gracias a una prolija verborrea una mala construcción pueda transformarse en un buen edificio.

El auténtico arquitecto, al captar íntima y profundamente la finalidad de la tarea que se le encarga, encontrará intuitivamente la solución que la manifieste exteriormente del modo más convincente, la llevará a término sin aducir *interpretaciones al uso* de carácter filosófico, por ejemplo, hará que un teatro tenga un inequívoco aspecto exterior de teatro basado en su finalidad y en los acondicionamientos de carácter histórico-cultural.

Por ello tendrá en cuenta una serie de impresiones de carácter histórico-cultural como elementos heredados y, al mismo tiempo, realizará la tarea desde presupuestos actuales, no dará, por tanto, la impresión de un templo griego ni de un castillo romántico, y ni siquiera de un granero. No renunciará a emplear materiales modernos y a trabajarlos artísticamente, así como tampoco temerá recuperar elementos formales, que, descubiertos en el pasado por un talento de su misma categoría, reclaman un posterior desarrollo o ennoblecimiento, o deben ser considerados sílabas inmortales del lenguaje arquitectónico.

También la capacidad de expresar ideas nuevas con viejas palabras es un signo distintivo del artista verdaderamente dotado. Sin embargo, hay toda una serie de realizaciones modernas a las que el pasado no puede ofrecer ni ejemplos ni modelos. Y precisamente en estos casos encuentra el genio verdaderamente capacitado la ocasión de brindar nuevas formulaciones al lenguaje formal del arte. Uniendo la finalidad y la realización a los nuevos materiales, buscar esa síntesis que, como clarísima solución trascendente de la inteligencia matemática, representa efectivamente una intuición, y por ello puede justamente ser definida como arte.

Pero la regla para el juicio de lo bello reside siempre en la funcionalidad evidente respecto a la finalidad que debe ser perceptible: encontrarla es misión del artista.

Percibirla, comprenderla y apreciarla es misión de aquellos que, en calidad de comitentes, tienen la responsabilidad de la institución y de la asignación del encargo público. De cualquier modo, en todas las grandes realizaciones, los hombres que las idean y que las ejecutan deben tener muy presente que el encargo es algo perfectamente definido en el tiempo, pero que su realización, gracias a una soberbia ejecución, debe transponer los límites temporales.

Es necesario para este fin que las tareas verdaderamente importantes de una época estén concebidas verdaderamente a lo grande, es decir, que los encargos de obras de carácter público, si su realización debe tener en sí un valor de eternidad, guarden una cierta relación con los órdenes de grandeza de las demás actividades vitales.

Es imposible dotar a un pueblo de un carácter interiormente fuerte si los grandes edificios de la colectividad no superan de forma significativa a aquellas obras que, en mayor o menor medida, deben su nacimiento y su conservación a los intereses capitalistas de los particulares.

Es imposible construir el edificio monumental del Estado o del movimiento con una majestuosidad similar a la de hace dos o tres siglos, mientras que, por el contrario, las creaciones burguesas en el campo de la construcción privada o abiertamente capitalista se expresan con una fastuosidad que supera con mucho a la del pasado.

Lo que confería a las ciudades de la antigüedad y del Medioevo sus rasgos característicos y más dignos de admiración no era la ostentación de los edificios particulares de los burgueses, sino sobre todo los documentos de la vida colectiva que sobresalían muy por encima de los primeros. No era difícil encontrarlos, mientras los edificios de la burguesía privada quedaban relegados a un segundo plano. Mientras que los puntos focales de nuestras grandes ciudades sigan siendo los grandes almacenes, los centros comerciales, los hoteles, las grandes oficinas en forma de rascacielos, etc., jamás se podrá hablar de arte, y ni siquiera de cultura. Estos edificios deberían ser modestamente mantenidos dentro de los límites de la simplicidad. Desgraciadamente, en la sociedad burguesa la estructuración arquitectónica de la vida pública está en función de los objetos de la vida comercial privada capitalista. Justamente, el gran objetivo histórico-cultural que se plantea el nacionalsocialismo consiste en repudiar esta tendencia.

Sin embargo, consideraciones no sólo de vida artística, sino también política, deben inducirnos a dotar al nuevo *Reich* de una digna personificación cultural, tomando como ejemplo los grandes modelos del pasado.

Nada tan idóneo para hacer callar al crítico mezquino y petulante como el eterno lenguaje del gran arte.

Ante sus manifestaciones se inclinan con reverencial silencio los milenios. Dios nos conceda el don de concebir nuestras realizaciones de tal modo que sean parejas a la grandeza de la nación. Es esta, ciertamente, una audaz y ardua empresa.

Lo que nuestro pueblo ha llevado a cabo con heroica majestuosidad durante dos mil años de Historia constituye una de las más poderosas aventuras de la humanidad. Hubo siglos durante los cuales, en Alemania - como en el resto de Europa - las obras de arte correspondían a la grandeza espiritual de los hombres. La solitaria majestuosidad de nuestras catedrales proporciona una medida sin parangón del espíritu cultural, auténticamente monumental de aquellos tiempos. Ellas nos exigen más allá de la admiración por la obra en sí, un profundo respeto hacia aquellas gentes que fueron

capaces de concebir proyectos y realizaciones tan magníficas.

Desde entonces el destino ha llevado de un lado a otro a nuestro pueblo. Nosotros mismos fuimos testigos de su heroico desafío al mundo entero, de su más profunda desesperación y de su conmovedor desfallecimiento. Por y con nosotros la nación se ha alzado. Si hoy llamamos arte alemán a esas nuevas y grandes realizaciones queremos que se conciban no sólo en adecuación a los deseos y expectativas del momento actual, sino también como herencia de un pasado milenario.

Al rendir homenaje a este eterno genio nacional hacemos revivir hoy el gran espíritu de la fuerza creativa del pasado. A través de estas realizaciones superiores los hombres se desarrollarán y no tenemos ningún derecho a dudar que, si el Todopoderoso nos concede el coraje de exigir lo inmortal, dará al pueblo la fuerza necesaria para realizarlo.

¡Nuestras catedrales son testimonios de la grandeza del pasado! La grandeza de nuestra época se medirá sólo en base a los valores eternos que deje tras de sí.

Sólo en este caso, Alemania conocerá un nuevo florecimiento de su arte y nuestro pueblo tendrá conciencia de un destino superior.

En la Bürgerbräukeller en Múnich

Discurso pronunciado el 8 de noviembre de 1935

Camaradas:

En verano (1923) estaba bien claro para nosotros que el dado debía caer en un lado u en otro de Alemania. Entonces estábamos convencidos de que si estadísticamente éramos los más débiles, por nuestras convicciones éramos los más fuertes y en cualquier caso estábamos en un estrato superior. Cuando llegó el otoño la cuestión era ya diáfana y se podía ver como bajo la presión llegada de la zona del Rhur algunas personas sin escrúpulos estaban decididas a acabar con Alemania.

Fue entonces cuando decidimos - ahora lo podemos decir claramente - que si se llegaba tan lejos, por lo menos veinticuatro horas antes, seríamos nosotros los que, haciendo caso omiso de la ley, actuaríamos antes de que los otros tuvieran tiempo de reaccionar. Porque una cosa estaba bien clara y es que en aquel tiempo de la inflación, el que en medio del derrumbamiento tuviera el valor de tomar la decisión, tendría sin duda a todo el pueblo detrás. Sabíamos que si era una nueva bandera la que se levantaba en Alemania, en el extranjero exclamarían que no podían permitir en el Estado otro partido que el *movimiento de la libertad*, como se denominó al derrumbamiento alemán. Esto lo sabíamos y precisamente de este conocimiento nació el valor para intentarlo. Los detalles no hacen falta que los explique hoy. Lo que ocurrió entonces difícilmente pueden muchos imaginarlo, sólo les diré que fue una de las decisiones más difíciles de mi vida y que aún hoy, al mirar hacia atrás, tengo una especie de sensación de mareo. La decisión de pasar a la acción en Alemania y hacer frente al poder el pleno, fue indudablemente una locura, pero una locura que precisaba valor y que era necesario hacer. Era imposible actuar de otra forma. Alguien tenía que levantarse en esa hora de constantes calumnias y señalando a los culpables mostrarles los valores nacionales. Importaba poco quien lo hiciera, pero en todo caso fuimos nosotros los que lo hicimos, fui yo quien lo hice.

En aquella ocasión el destino se portó bien con nosotros no permitiendo que nuestra acción contra el Estado alcanzase el éxito. Hoy sabemos que fue una suerte. Aquel día nos portamos con valor y virilmente. Fue el destino el que realmente actuó inteligentemente, sin embargo esa exhibición de valor no fue inútil, ya que de ella surgió el gran movimiento alemán, o mejor dicho, de esta acción se despertó el interés de toda Alemania hacia nuestro movimiento. Mientras nuestros adversarios estaban convencidos de haber acabado con nosotros, realmente la semilla había sido esparcida por toda Alemania.

Cuando llegó el gran juicio era lógico y natural que todos - que éramos los mandos - defendiéramos esta lucha y nos hiciéramos responsables de nuestros actos, pero el miedo me asaltó pensando en los juicios siguientes destinados a más de cien camaradas de rango inferior. Ellos habrían de presentarse ante el juez cuando yo ya estaba en la cárcel y tenía miedo de que bajo la presión de la posible sentencia uno u otro se derrumbara y para salvarse declarase que él era inocente y que fue obligado no pudiendo hacer otra cosa. Se me llenó el corazón cuando vi los primeros informes de prensa sobre el juicio de Múnich. Vi entonces que los hombres de la SA eran tan malos y tenían la misma cara que sus mandos y fue entonces cuando me convencí de que Alemania estaba salvada. El espíritu permanecía y nunca pudieron eliminarlo. De estos

hombres salieron más tarde todos los que pertenecen a la más grande organización alemana. Este espíritu fue permanente y ello se ha demostrado sobradamente en miles de ocasiones y es esto lo que hemos de agradecer a nuestros caídos, pues ellos dieron el ejemplo en el momento más difícil de Alemania. Pues hay que tener en cuenta que mientras marchábamos, todos sabíamos que no se trataba de una marcha gloriosa. Estábamos convencidos de que era el final. Recuerdo a uno que al pie de la escalera me dijo: *“Esto es el fin”*, y todos teníamos este convencimiento. También ahora quiero recordar el caso de un hombre que hoy no está entre nosotros y al que rogué que no marchara al frente, me refiero al General Ludendorff, el cual me contestó: *“Iré delante”*, colocándose en la primera fila.

Cuando la primera sangre fue derramada, el primer acto del drama alemán había terminado. No se podía hacer nada más, porque ahora la brutalidad legal estaba frente al movimiento nacional de liberación y había que llegar a la conclusión de que este camino era imposible seguirlo de nuevo en Alemania, se había terminado. Pero es precisamente ahora cuando viene el segundo mérito de los caídos. Nueve años tuve que luchar legalmente por el poder en Alemania. Esto también otros lo intentaron antes que yo, pero los otros en sus movimientos contaban únicamente con los más débiles y con los más cobardes, los cuales perecían ante la ilegalidad. Los revolucionarios estaban fuera de sus filas. Si yo no hubiera intentado en noviembre de 1923 la revolución y si entonces no se hubiera derramado sangre matando a tantos, me habría sido imposible decir durante nueve años: *“A partir de ahora sólo lucharemos legalmente”*, de otra forma únicamente podría haber contado con una parte del pueblo. Fue esa actitud la que me dio la fuerza para seguir este camino sin dejarme detener por nadie.

Muchos se pusieron en contra mía, eso lo sabemos en la historia de nuestro partido, y me decían: *“¿Cómo se puede luchar legalmente?”*, y yo les contestaba: *“Señores míos. ¿Qué pretenden? ¿Enseñarme como se lucha? ¿Dónde estaban ustedes cuando empezamos la lucha? De ustedes no preciso ninguna enseñanza sobre revolución o legalidad. Todo esto lo he hecho yo. Ustedes no tuvieron valor o sea que ahora cállense.”*

Y sólo así fue posible constituir un movimiento viril que a pesar de todo siguiese el único camino correcto que era posible tomar. Y a este hecho le debemos mucho, porque no vivimos solos en el mundo, alrededor tenemos Estados grandiosos que ven con malos ojos cualquier movimiento alemán y nuestra existencia sólo la garantiza una firme concepción del mundo y una sólida fuerza. Esto está bien claro, por ello nada conseguiríamos destruyendo el ejército existente, sino que lo que hay que lograr es unirlo a la causa nacionalsocialista y a su pensamiento, para poder así consolidar la unidad destinada a hacer a Alemania grande y fuerte ante el mundo. Esto lo vi yo claramente en el mismo momento en que sonaron los últimos disparos. Si vuelven a leer mi discurso final del gran juicio podrán decir que poéticamente predije el destino. Sí, lo dije, pero durante nueve años lo perseguí, y si pude luchar este tiempo para lograrlo, esto sólo fue posible porque antes tuvo lugar esta acción, porque antes murieron muchos hombres por ello.

Así pues si ayer fue levantada en el *Reich* alemán una nueva bandera, esto constituye un acontecimiento histórico. Piensen ustedes que la historia de Alemania se puede seguir desde hace dos mil años y en toda esa historia jamás este pueblo ha tenido esta unidad de forma y acción, orientada por una concepción del mundo y protegida por un ejército, todo bajo una misma bandera. De verdad que los sudarios de esos dieciséis caídos hoy han de conmemorar su renacimiento, un renacimiento único en el

mundo. Ellos han sido los libertadores de su pueblo, y es maravilloso constatar que gracias a esas víctimas caídas se haya logrado esta unidad alemana, que sólo tenemos que agradecerles a ellos, pues si en aquél tiempo no hubiésemos encontrado hombres capaces de dar su vida por este *Reich*, tampoco ahora habríamos logrado su unidad. Todos los que posteriormente se sacrificaron tenían como ejemplo esa sangre preciosa de estos primeros hombres, y es por ello que queremos ahora sacarlos de la oscuridad del olvido y colocarlos en el justo lugar dentro de este pueblo alemán.

Con estos caídos pensaban los adversarios haber acabado con el movimiento nacionalsocialista y, contrariamente, sólo lograron iniciar el río de sangre que desde entonces iba a correr más y más, y así hoy, donde se encuentra un alemán - y esto es algo maravilloso - ve otra señal de unidad que aquella que ya llevaban nuestros camaradas del partido de entonces en el brazo y, ciertamente, es un milagro haber logrado esta evolución de nuestro gobierno. A los que nos sucedan se les antojará una fábula. Un pueblo hundido y dividido y de entre él surge un pequeño grupo de hombres que empiezan su marcha, una marcha que empieza fanáticamente y recorre fanáticamente el camino. Unos cuantos años después de esas personas nacen ya grandes batallones, regimientos y divisiones, de grupos de pueblos surgen ya en las provincias y unos pocos años más y ese movimiento suministra los ministros del gobierno y siempre, permanecieron en la lucha en la calle y una y otra vez iban cayendo y siendo heridos, pero día a día el río se hace más grande y desemboca en el poder, y es entonces cuando pone su bandera sobre todo un Estado. Un maravilloso ciclo.

La Historia en el futuro lo recordará como ejemplo único y maravilloso. Se buscarán ejemplos pero no serán hallados. No se encontrarán ejemplos de un pueblo y un Estado que en tan poco tiempo hayan alcanzado tanto.

Por eso nosotros somos felices de no tener que rememorarlos en libros, sino de haber sido elegidos por el destino para vivirlo. Nosotros, camaradas, podemos estar orgullosos de que la Historia nos haya elegido a nosotros como protagonistas para una misión de esta índole.

Hace muchos años ya dije a nuestros camaradas: *“Quizá llegue un día en que os preguntéis cual será la recompensa. Camaradas, un día llegará en que estaréis orgullosos de vuestra militancia y la considerareis el símbolo de una nueva luz y podréis decir: yo estuve ahí desde el principio”*, y es esto lo que nos une en forma tan estrecha, pues los que vengan luego lo aprenderán en los libros, pero nosotros estuvimos ahí, lo hicimos. Hay generaciones a las que se enseñan leyendas heroicas, nosotros hemos vivido esa leyenda, hemos marchado con los héroes. El que los nombres de cada uno de nosotros sean conservados para el mañana carece de importancia. Lo importante es que formamos una sola unidad y esta permanecerá. Nunca más desaparecerá de Alemania y de la sangre de esos primeros combatientes seguirá saliendo la fuerza para nuevos caídos y es por ello que siempre estaremos en deuda con los primeros que cayeron.

Este movimiento será ya para siempre, y siempre se habrá de acordar de aquellos a los que debe agradecimiento. No se debe preguntar: *“¿Cuántos fueron heridos?”*, sino: *“¿Cuántos marcharon?”*, es entonces cuando se percibe la grandeza de este ejemplo. Además se habrá de preguntar también: *“¿Contra cuántos marcharon?”* ¿O es que alguna vez se inició en Alemania una lucha contra tantos adversarios? De verdad que es necesario mucho valor para ello, pero precisamente porque entonces mostraron valor nunca los olvidaremos.

Siempre tuve muy claro que si alguna vez el destino me deparaba el poder, sacaría a

esos camaradas de sus cementerios para honrarles y mostrarlos a la nación y así como esa resolución siempre estuvo viva en mí, así hoy la he cumplido. Ahora ellos entran en la eternidad de Alemania. En aquella época no pudieron ver el nuevo *Reich*, sólo podían imaginarlo, pero ya que les fue imposible vivir este *Reich* y verlo, nosotros nos preocuparemos de que el *Reich* les vea a ellos y es por ello que no les he asignado una fosa donde reposar. No, igual que ellos en su día marcharon con el pecho descubierto, así ahora han de permanecer con sus ataúdes bajo el cielo de Dios, como perenne señal para el pueblo alemán. Para nosotros no están muertos, esos templos no son fosas, sino puestos de vigilancia permanente. Ahí están para Alemania y vigilan a nuestro pueblo.

Aquí reposan como testigos fieles de nuestro movimiento. Nosotros y nuestros adversarios cumplieron con su obligación hacia estos camaradas. No les hemos olvidado, les llevamos en nuestros corazones y tan pronto como nos ha sido posible nos hemos cuidado de que su sacrificio entrara de nuevo en las mentes de todo el pueblo y de que la nación alemana nunca olvide estos sacrificios.

A ustedes mismos, viejos luchadores míos, les quiero saludar ahora. Hace doce años estuvimos en esta sala y ahora otra vez. Pero Alemania ha cambiado. Lo que predije hace doce años se ha cumplido. Hoy el pueblo alemán camina unido, tanto en la cumbre política como en su vida interior, como la empuñadura de una espada. Nos hemos convertido otra vez en un Estado fuerte, ya no estamos sometidos ante nadie. La bandera ondea hoy fuertemente y es símbolo de la resurrección del *Reich* alemán, del nuevo *Reich*. Y a ustedes, como en tantas otras ocasiones, les quiero volver a dar las gracias porque entonces se unieron a mí, se unieron a un desconocido y marcharon en sus filas y asistieron a sus reuniones. Por ello les ruego que rememoren aquel tiempo, ya que es maravilloso poder llevar dentro de uno mismo un recuerdo tan maravilloso. A lo largo de miles de años a muy pocas naciones les ha sido posible lograr esto. Los caídos fueron elegidos por la suerte y ellos han de quedarse con esta bandera, como símbolo de la revolución nacionalsocialista.

¡Viva nuestra Alemania nacionalsocialista!

¡Viva nuestro pueblo!

¡Y vivan también los caídos de nuestro movimiento!

Alemania y sus hombres, vivos y muertos: *¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!*

En el museo de Berlín

Discurso pronunciado el 30 de enero de 1936

Hombres de las tropas de asalto, nacionalsocialistas, miembros del partido:

Si en este día miramos hacia atrás, no sólo debemos hacerlo hasta 1933; debemos ir más lejos, pues para muchos que no conocen nuestro movimiento, éste fue una sorpresa, pero para nosotros, mis viejos luchadores, sólo fue el momento del cumplimiento del deber.

Muchas personas, especialmente en el exterior, pueden haberse mostrado sorprendidas con respecto de la maravilla que se desarrollaba ante sus ojos el 30 de enero de 1933 y durante las semanas siguientes. Pero yo y vosotros, mis camaradas, que estuvimos esperando juntos esa hora, teníamos esperanza y creíamos en ella.

Para nosotros no fue una sorpresa, sino simplemente la culminación de catorce años de lucha. No la habíamos iniciado a ciegas, sino con los ojos bien abiertos. Y por eso, al mirar hacia ese día, mi corazón se llena de gratitud profunda para aquellos que me permitieron vivir aquellas horas. Todos sois precursores y paladines de nuestro movimiento. Habéis presenciado el crecimiento de él: su lucha y su éxito. Y yo mismo conduje esta lucha durante catorce años. Yo fundé las tropas de asalto y marché al frente de sus columnas. Aprendí a conocerlos. Sé todo lo que sois y en todo lo que os habéis convertido para mí, y en todo lo que yo me he convertido para vosotros. En la Historia, ningún otro jefe está unido a sus partidarios como nosotros. Juntos recorrimos el camino desde la nada hasta esta orgullosa altura. Lo que el mundo no comprende y considera como una maravilla o como un cambio de rumbo, nosotros sabemos que ha sido una lucha incesante y algunas veces llevada contra obstáculos que parecían insalvables. El mundo, en general, vio el 30 de enero como el punto culminante de nuestro movimiento. Pero conocemos muchos de esos días. Cada aldea, villa o ciudad que conquistamos ha experimentado en esos días lo mismo que cada fábrica y taller.

Este 30 de enero de 1933 no nos vino como regalo del cielo, sino que fue logrado después de amargas y sangrientas luchas. Y fue ese período de batalla que nos unió, y que enseñó al jefe y a los partidarios a entendernos los unos a los otros. Cuando llegó el 30 de enero, subimos al poder, no para conquistar a la nación alemana, pues ya la habíamos conquistado. Lo mejor estaba en nuestras filas. Sólo permanecen alejados de ella los de estrecha mentalidad y los escépticos. Pero sus filas han mermado. Los que aún se oponen hoy a nosotros no lo hacen porque seamos nacionalsocialistas, sino porque hemos vuelto a hacer a Alemania libre y fuerte. Ellos son sólo enemigos de nuestro propio país, y sabemos que son de los tiempos de la Gran Guerra, época de la deplorable revuelta de 1918, y época de nuestra ruina.

Son los únicos que no quieren encontrarnos, que nunca podrán lograrlo y a quienes no deseamos. Así, después de tres años de gobierno, tenemos que luchar todavía por el bien de nuestra nación, lucha que nunca terminará. Como la nación alemana en el pasado debió luchar por su posición en el mundo, así será en el futuro. Esta lucha será más fácil, mediante la existencia de nuestro movimiento.

La nación alemana, a través del movimiento nacionalsocialista, obtuvo el elemento de la unidad y la unanimidad, que tendrá consecuencias muy significativas y duraderas. Yo no soy sino su heraldo. Este movimiento nunca perecerá. Continuará dirigiendo a Alemania, y aunque nuestros adversarios no lo deseen, Alemania no volverá a la época

de la ignominia.

Vosotros, mis viejos luchadores y soldados políticos, haréis que este espíritu no muera. Estáis aquí y procedéis de todas las clases, todos los grupos y todas las confesiones; estáis resguardados por la unidad y no sabéis más que de Alemania y del servicio a vuestra nación. Levantareis las generaciones jóvenes, animadas por el mismo espíritu, que os mirarán como modelos.

Alemania nunca volverá a presenciar otro noviembre de 1918. Nadie puede esperar volver a la rueda del mundo hacia atrás. Esta hora en que estamos reunidos es la hora de los recuerdos. También es la hora de contemplar nuestro futuro. Todos sabemos lo que nos ha hecho fuertes. No es una simple organización ni una alianza externa, sino la fuerza interna inherente a nuestro movimiento, que se trasplantó a centenares de miles de corazones. Algunos le llaman razón, otros instinto, y nosotros le llamamos fe, esperanza y confianza. Sabemos que el nacionalsocialista no nace, sino que se educa, y debe educarse él mismo.

Sabemos que nuestro nacimiento y nuestros antecedentes familiares nos separan más bien que nos unen. Pero nos sentimos una nación y debemos establecer contacto entre unos y otros. De la misma manera que esta vieja guardia estrechó brazos y formó una unidad en todo el *Reich*, cada alemán debe en el futuro recibir la misma educación, a fin de ser un sincero espíritu nacionalsocialista. Este supremo principio lo debemos tener siempre presente. Una generación tras de la otra debe estar imbuida de ese ideal. Lo que no pueda conseguirse hoy será obtenido mañana. Debemos formar esos verdaderos ciudadanos que el país necesita en su lucha por la propia afirmación.

Al mismo tiempo que predicamos la paz, en el interior del país, queremos ser también una nación amante de la paz entre las demás naciones. No repetiremos nunca esto bastante. Buscamos la paz porque la amamos, pero insistimos en el honor porque no podemos vivir sin él.

Hemos mantenido este principio durante catorce años antes de que llegáramos al poder, y durante tres años lo hemos venido cumpliendo ahora que estamos en el poder. En el futuro no renunciaremos a lo que ha sido la esencia de nuestras vidas durante catorce años. El mundo debe saberlo. Alemania amará la paz más que cualquier otra nación si el honor del pueblo alemán no sufre. Los que crean que pueden tratarnos como esclavos encontrarán que somos el pueblo más altivo de la Tierra, del mismo modo que los nacionalsocialistas han sido altivos e intolerantes para tratar con las personas que dentro del país creían que podían amordazarnos o maltratarnos. No han sido capaces de seguir la evolución. Esperamos que la comprensión general de los derechos de los demás pueblos prevalezca cada día más en el mundo. Este es el primer requisito de una paz duradera y sincera entre las naciones. Así, después de tres años en el poder llegamos al fin de la etapa inicial del gobierno nacionalsocialista. Lo que hemos realizado es grandioso. Nunca hubo en el curso de la historia alemana un período de tres años en que se haya hecho tanto ni llegado tan lejos. Creo que debemos buscar décadas y aún siglos para encontrar acontecimientos tan revolucionarios como los realizados en tres años de gobierno nacionalsocialista.

Hemos realizado esto aunque la herencia que recibimos no era sólida, sino que estaba completamente dilapidada. Hoy podemos estar, los alemanes, orgullosos frente al mundo. Durante nuestra permanencia en el poder ha sido restablecido el honor de Alemania. Ya no somos esclavos sino ciudadanos libres. Podemos recordar con orgullo los sucesos de estos tres años. Ellos constituyen una promesa para el futuro. Nuestra tarea no será más fácil en el año que se inicia. Hay algunos que creen poder perjudicar

al nacionalsocialismo diciendo: “*Sí, pero todo eso requiere sacrificios.*” Ah, sí, mi pequeño burgués: nuestra lucha ha exigido siempre sacrificios. Lo que pasa es que usted no los ha compartido nunca. ¿Cree usted que la Alemania de hoy se ha convertido en una gran nación nada más que porque usted no hizo ningún sacrificio? ¡No! Esta Alemania ha surgido porque nosotros estábamos dispuestos a hacer sacrificios. Así, si alguien nos pregunta si el futuro exigirá sacrificios, responderemos: “*¡Sí!*”

El nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de inactividad; es una doctrina de lucha. No es una doctrina de goce, sino una doctrina de esfuerzo y de lucha. Esa fue nuestra convicción antes de iniciar la batalla y siguió siendo nuestra convicción, durante años en el poder. No será alterada en el porvenir. Una cosa es definitiva: nuestra nación ha hecho siempre sacrificios para defender su existencia. Nunca ha recibido favores de nadie y sus sacrificios han sido a menudo en vano. De ahora en adelante, nuestro movimiento garantizará que esos sacrificios no serán en vano.

Así queremos en este día renovar nuestro principal voto: luchar infatigablemente por nuestro país y por el movimiento que orientan los principios de su política internacional. Aceptaremos sin temor la lucha que se nos imponga y tomaremos sin temor todas las resoluciones que haya que adoptar.

Esta decisión nos ha guiado hasta hoy y nos guiará en el futuro. En este día de recuerdos, mis camaradas de lucha, quiero darles la bienvenida en la capital del *Reich*, agradeciéndoles su fervor, su lealtad, su fe y los sacrificios hechos por mí y por Alemania. Les pido que me acompañen a vitorear con toda fuerza por todo nuestro bienestar en este mundo, por el que luchamos antaño victoriosamente, que no falseemos en los días de la derrota, que ensalzamos en los tiempos de ignominia y que son sagrados para nosotros en el minuto del éxito. Por el *Reich* alemán, por la nación alemana, por el movimiento nacionalsocialista: *¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!*

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 7 de marzo de 1936

Hombres del parlamento alemán:

A requerimiento mío, el presidente del parlamento, el camarada Göring, ha convocado esta sesión para que el gobierno haga ante vosotros una declaración sobre cuestiones que han de ser consideradas como importantes, como decisivas, no sólo por vosotros sino instintivamente por todo el pueblo alemán.

Cuando en los tristes días de noviembre de 1918 se corrió el telón sobre la sangrienta tragedia de la Gran Guerra, respiraron en el mundo millones de hombres. Sobre los pueblos pasó, como un hálito de primavera, la esperanza de que así no sólo terminaba uno de los más lamentables trastornos de la Historia Universal sino que tomaba un nuevo giro histórico una época siniestra y llena de errores.

A través de todo el estrépito guerrero, de bárbaras amenazas, quejas, imprecaciones y condenas, llegaron a oídos de la humanidad las palabras del presidente norteamericano en las cuales se hablaba de una nueva época y de un mundo mejor. En diecisiete puntos se bosquejó a los pueblos una nueva organización para ellos y, por consiguiente, para la humanidad. Cualesquiera que fuesen las objeciones que podían hacerse y que se hicieron a esos puntos, indudablemente encerraban algo que era la convicción de que restablecer mecánicamente el estado de cosas anterior, sus instituciones y sus ideas habría de llevar en poco tiempo a consecuencias análogas. Y ahí radicaba lo seductor de aquellas tesis, en que se intentaba con innegable amplitud de miras dar nuevas normas a la comunidad de pueblos animándola de un nuevo espíritu del cual había de surgir y con el cual había de prosperar aquella institución llamada a ser como Liga de Naciones, la que concertase a los pueblos, no sólo exteriormente sino, ante todo, interiormente, acercándolos entre sí en mutuo respeto y mutua comprensión. Ningún pueblo se rindió como el alemán a la seducción de esas fantasías. El pueblo alemán tuvo el honor de luchar contra un mundo y la desgracia de sucumbir en esa lucha. Pero al sucumbir se le cargó con la culpabilidad en una guerra que este pueblo no había presumido ni había deseado. El pueblo alemán creyó en esas tesis con la fuerza de quien desespera de sí y del mundo. Así empezó una verdadera vía de la amargura. Todos hemos sido durante muchos años víctimas de esa fe quimérica y objeto, por lo tanto, de pavorosas consecuencias. No es mi propósito hablar del horrible desengaño que se fue apoderando cada vez más de nuestro pueblo. No quiero hablar de la desesperación, del dolor y sufrimiento de los que para el pueblo alemán y para nosotros estuvieron henchidos estos años. Habíamos sido arrastrados a una guerra en cuya explosión fuimos tan culpables o tan inocentes como los otros pueblos. Pero precisamente por ser los que más sacrificamos fuimos los que nos rendimos más fácilmente a la fe de un tiempo mejor.

Y no sólo nosotros, los que sucumbimos, sino también los vencedores vieron como la imagen ilusoria de una nueva época y de una nueva evolución humana se transformaba en una realidad lamentable.

Diecisiete años han transcurrido desde que los hombres de Estado de entonces se reunieron en Versalles para proceder al establecimiento de una nueva organización mundial. Tiempo suficiente éste para poder emitir un juicio sobre las tendencias generales de una evolución. No es necesario que rebusquemos y revisemos en las fuentes de la actividad literaria o periodística, juicios críticos sobre aquella época para

llegar a conclusiones decisivas; basta con volver la mirada al mundo actual, a su misma vida, a sus esperanzas y sus desilusiones, a sus crisis y a sus luchas para obtener una respuesta inequívoca en cuanto a la justa apreciación de ese proceso.

En lugar de la cordialidad, nacida de un paulatino allanamiento de las contraposiciones humanas, presenciamos el espectáculo de intranquilidad y desorden que no parecen amenguar sino desgraciadamente tomar incremento. Recelo y odio, envidia y egoísmo, desconfianza y sospecha son los sentimientos que palpable y visiblemente dominan a los pueblos. Aquella paz que iba a colocarse un día como clave de bóveda sobre el panteón amurallado de la guerra, se convirtió en semilla infernal de nuevas luchas. Adonde quiera que miremos, vemos desde entonces surgir desórdenes interiores y exteriores. No pasa un año en que en algún punto cualquiera de la Tierra no se oiga en lugar del repique de las campanas de la paz, el fragor de las armas. ¿Quién ha de admirarse de que ese trágico desengaño haya quebrantado también, en el alma de los pueblos, la confianza en la justicia de un tal orden de cosas que parece fracasar tan catastróficamente? Nuevas concepciones intentan apoderarse de los hombres utilizando inmediatamente como paladines de nuevas conquistas a los neófitos ganados por aquellas. La Historia comprobará un día que, desde la terminación de la Gran Guerra, el orbe ha sido teatro de conmociones espirituales, políticas y económicas como, por lo general, no se presentan más que milenariamente para dar a los pueblos y a los continentes una significación y un carácter especial. Considérese que, desde entonces, la tensión entre los pueblos se ha hecho más tirante que nunca. La revolución bolchevique imprime su sello a uno de los mayores países de la Tierra y no sólo exteriormente sino colocándole espiritualmente en una oposición irreductible desde el punto de vista ideológico y religioso con los pueblos y Estados circundantes. No son sólo las concepciones generales humanas, económicas y políticas las que se derrumban y sepultan bajo ellas a sus representantes, sus partidos, sus organizaciones y sus Estados, no; es un mundo de concepciones metafísicas el que se desploma; se destrona a Dios, se exterminan religiones e iglesias, se prescinde brutalmente del más allá y se proclama como la única cosa existente, un mundo lleno de tormentos. Caen imperios y monarquías, desarraigándose poco a poco hasta en el recuerdo de la misma manera que los pueblos vuelven a abandonar sus democracias parlamentarias para sustituirlas con nuevas concepciones políticas. Y paralelamente con ello, las máximas económicas que antes pasaban sencillamente como fundamento de la convivencia humana, son eliminadas, sustituidas por principios contrarios. Y con todo esto se ciernen sobre los pueblos el pánico de la falta de trabajo y, por lo tanto, del hambre y de la miseria, precipitando a la maldición a millones de hombres. Y esta humanidad atónita ve que el dios de la guerra no ha depuesto sus armas, sino que, por el contrario, camina por la Tierra más armado que nunca. Si antes, ejércitos de centenares de miles defendían los fines de una política imperialista de dinastías, de gobiernos o de nacionalidades, hoy, son ejércitos de millones de hombres los que se arman para la guerra en nombre de nuevas ideas, de revoluciones mundiales, del bolchevismo y hasta del tabú de *nunca más guerra* y soliviantan con ello a los pueblos.

Diputados:

Al exponer ante vosotros y ante el pueblo alemán estos hechos, no lo hago tanto para despertar vuestra comprensión para la trascendencia de la época en que vivimos, como para mostraros la incapacidad espiritual y práctica de quienes se presentaban un día

como llamados para dar al mundo una nueva época de pacífica evolución, de bendición y de prosperidad.

Y hay algo más que no quiero callar: nosotros no tenemos responsabilidad en esta política, porque no teníamos poder ni fuerza para dar ideas al mundo ni leyes a la vida, en los tiempos de la humillación, tiempos en que fuimos maltratados por estar inermes. Eso fue obra de los poderosos dirigentes del mundo, y Alemania durante más de quince años figuró entre los regidos. Digo esto además porque quisiera abrir los ojos al pueblo alemán y quizá a otras naciones también, para que viesen que seguir principios erróneos por inexactos tiene que llevar a resultados no menos erróneos e inexactos. El que nosotros como víctimas propiciatorias de este proceso hayamos sido afectados por él con singular crudeza, depende, en parte, como ya hemos dicho, de lo grave de nuestra caída. Pero el que todo el mundo incurriese en este tiempo en esas constantes desarmonías y crisis continuadas hay que atribuirlo al escaso juicio y penetración con que se vieron y se trataron los problemas de los pueblos aisladamente y en relación unos con otros.

El origen de todo esto está en aquel infausto tratado que pasará a la Historia como ejemplo de la miopía humana y de insensatas pasiones para demostrar cómo no pueden terminarse las guerras cuando se tiene el propósito de llevar a los pueblos a nuevas perturbaciones. A causa del espíritu de este tratado, y de su íntima conexión con el establecimiento de la Sociedad de Naciones, ésta nació ya con una tara y por tanto desprestigiada. Desde entonces existe una contraposición entre los principios ideales de una verdadera Sociedad de Naciones, como comunidad de miembros libres e iguales y el mundo real en que el tratado de paz clasificó a los pueblos en vencidos, es decir, sin derechos, y vencedores, o sea los únicos que gozaban de derechos. La manera inadecuada con que se trataron numerosas cuestiones políticas y económicas de interés mundial se debe también al espíritu de este tratado. Se trazaron fronteras siguiendo, no las necesidades concretas de la vida y teniendo en cuenta las tradiciones existentes, sino guiados por las ideas de venganza y lucro y, acompañados otra vez de los sentimientos de recelo y de temor frente al desquite que posiblemente podría inspirar esa política. Hubo un momento en que los estadistas tuvieron la posibilidad de iniciar una fraternal concordia apelando sencillamente a la razón y al corazón de los soldados que a millones luchaban en los ejércitos de los pueblos, concordia que quizá hubiese facilitado infinitamente para siglos y siglos la convivencia de las naciones y de los Estados. Pero lo que ocurrió fue lo contrario. Y lo peor es que el espíritu de odio de este tratado prendió en la mentalidad general de los pueblos de manera que infectó y empezó a imperar en la opinión pública y de este espíritu de odio surgió el triunfo de la insensatez que desconocía los problemas naturales de la vida de los pueblos, e incluso, los propios intereses, destruyéndolos con el veneno de ciegas pasiones.

No puede desconocerse ni negarse que el mundo sufre hoy males sin cuento, más lo peor es que a causa de su obcecación no quiere ver las causas de tales infortunios y parece complacerse en él, y en las informaciones públicas se pone en evidencia, con mayor o menor mala intención, hasta qué punto están amenazadas o en peligro las posibilidades de vida de uno u otro pueblo.

Es de lamentar, por ejemplo, que el mundo no quiera tener comprensión para las graves dificultades vitales del pueblo alemán y aún nos hiere en lo vivo leer todos los días en numerosos órganos de la prensa la satisfacción con que relatan las aflicciones que necesariamente acompañan la vida de nuestro pueblo. Pudiera pasar mientras se tratara de literatos sin importancia. Pero lo malo es que también los estadistas empiecen

a ver en las señales visibles o presuntas de calamidad y de miseria de un pueblo, hechos satisfactorios para juzgar la situación general y el porvenir del mundo.

Esto empezó en el año 1918. Entonces comenzó a implantarse aquel arte político que crea problemas insensatamente para desmayar después en su solución o gritar sin tregua y temerosamente. Es la insensatez que desconoce en absoluto que desmembrar los organismos políticos en contra de la Historia no elimina la verdadera existencia histórica de un pueblo sino que lo único que hace es dificultar o hacer imposible la defensa de los intereses vitales, la organización de sus condiciones de vida. Era esa insensatez con la que, por ejemplo, en el caso de Alemania, se aislaba. Con procedimientos verdaderamente científicos a una nación de 65 millones, se le arrebatában sus relaciones económicas, se confiscaban sus capitales en el extranjero, se aniquilaba el comercio, se cargaba luego a este pueblo con una deuda astronómica incalculable y finalmente, para que pudiese pagar esa deuda se le concedían créditos extranjeros y para poder pagar el interés de los créditos se fomentaba a toda costa la exportación, se amurallaban al cabo los mercados, se arrastraba así a ese pueblo a un empobrecimiento y una miseria horribles y se le acusaba luego de falta de capacidad de pago o de mala voluntad. Esto se llamaba *sabia política*.

Diputados del parlamento alemán: al tratar tan minuciosamente estos problemas, lo hago porque tengo el convencimiento de que sin modificar la consideración espiritual en la conformación de nuestras relaciones internacionales jamás podremos llegar al resultado de una verdadera pacificación de la humanidad. Las fatales tensiones de espíritu que existen hoy en Europa se deben también a esa insensatez que clama al cielo y que cree poder pasar por alto las necesidades elementales de los pueblos. Hay hoy políticos que parecen no sentirse seguros más que cuando las condiciones internas en que se desenvuelve la vida de los pueblos vecinos es todo lo adversa posible. Y aún más; cuanto más adversa tanto más triunfal le parece el éxito de su política clarividente. Yo quisiera que el pueblo alemán aprendiese de esa insensatez y no incurriese en las mismas faltas. Yo quisiera que la nación alemana aprendiese a ver en la existencia de los pueblos realidades históricas de las cuales el iluso puede prescindir con el deseo, pero de las cuales de hecho no puede prescindirse. Que aprendiera lo irrazonable que es querer poner en contradicción esas realidades históricas con las exigencias de sus imperativos vitales y de sus comprensibles derechos a la vida. Por eso querría que el pueblo alemán comprendiese los motivos intrínsecos de la política exterior nacionalsocialista, política que considera, por ejemplo, lamentable que un pueblo de 33 millones de habitantes no tenga acceso al mar más que por lo que fue territorio del *Reich*, pero que también le parece absurdo por imposible, el querer negar sin más ni más a tan gran Estado el acceso al mar. No puede ser el espíritu ni la finalidad de una política internacional de altas miras provocar estados de cosas que han de clamar necesaria e inmediatamente por su modificación. Es, desde luego, posible que apelando, sobre todo, a la *fuerza*, puedan los políticos violentar los intereses naturales de la vida, pero cuanto más frecuentes sean estos casos y cuanto más graves, tanto mayor será la presión para la descarga de las fuerzas y de las energías acumuladas y violentadas. Esto conduce luego a la acumulación de medios de defensa siempre nuevos y aumenta con eso a su vez ineludiblemente la contrapresión de las energías vitales del pueblo en cuestión, que han de ser constreñidas. Y entonces el mundo se encuentra sumido en temerosa inquietud y presentimiento de amenazadoras explosiones sin querer reconocer que, en realidad, la culpa de ese peligroso proceso no está más que en la insensatez de sus llamados estadistas. ¡Cuántas preocupaciones se le hubieran ahorrado

a la humanidad, y especialmente a los pueblos europeos, si se hubieran respetado las condiciones elementales y naturales de vida y se hubiesen tenido en cuenta, tanto en la configuración política del mapa europeo como en la colaboración económica!

Y esto me parece absolutamente necesario si quieren conseguirse en lo futuro resultados mejores y más satisfactorios que los conseguidos hasta ahora. Especialmente en Europa, pues los pueblos europeos no constituyen, en definitiva, más que una familia sobre la faz de la Tierra. A veces algo pendenciera pero, a pesar de todo, unida entre sí por parentesco natural o por afinidad, inseparable espiritual, cultural y económicamente, e imposible de concebir dissociada. Todo intento de considerar y de tratar los problemas europeos de otro modo que no sea el de las leyes de la sana y fría razón conduce a reacciones desagradables para todos. Vivimos en una época de interna igualdad social de los pueblos. El hombre de Estado que no conozca el espíritu de nuestros tiempos y no intente suavizar y, si es posible, hacer desaparecer en su pueblo los enconos por medio de concesiones compensadoras sucumbirá un día ante las explosiones que provoque necesariamente esa compensación o, lo que es más probable, dejará un caótico campo de ruinas. Será prudente el gobierno que refrene la turbulenta sinrazón pero que también escuche el manifiesto impulso de la época y lleve sensatamente hacia aquella igualdad social que refrena a los unos sin rendirse ante los otros. Puede profetizarse hoy para Europa que allí donde este proceso no se trate con la cautela debida o donde no se logre dirigirle, los enconos aumentarán hasta que por fin, obedeciendo a los rasgos espirituales de esta época impulsen por sí mismos a la compensación. Pero también corresponde a la cordura de la reconstrucción y de la conservación de una familia de pueblos como es Europa aplicar esas leyes internas en un sentido también súper-estatal. Es poco razonable imaginarse que en una casa tan estrecha como Europa puedan mantenerse a la larga una comunidad de pueblos con regímenes y concepciones jurídicas diferentes. Todo intento de esa índole conduce a una carga de las energías volitivas en los afectados por la injusticia y, por lo tanto, y naturalmente, a una carga de la psicosis de pánico en los culpables. Considero semejante evolución no sólo irrazonable sino también sin sentido y además muy peligrosa. La considero especialmente crítica cuando además añade a ella una campaña de excitaciones intelectuales que, partiendo de literatos de cortos vuelos y de perturbadores internacionalmente conocidos, moviliza al amparo de esa sinrazón la pasión de las masas populares hostigadas y alucinadas. Al expresar estos temores no hago más que manifestar lo que millones de seres presienten, sienten o experimentan sin darse quizá cuenta de las profundas causas. Pero yo, diputados del parlamento, tengo derecho a exponer claramente ante vosotros estas ideas porque son al mismo tiempo la explicación de nuestra propia experiencia política, de nuestro trabajo dentro del pueblo y de nuestra actitud respecto al exterior.

Puesto que el resto del mundo suele hablar de una *cuestión alemana* será conveniente darse al mismo tiempo idea clara de la naturaleza de esa cuestión. Para unos esa cuestión está en el sistema alemán, en la diferencia completamente incomprendida del sistema respecto a otros sistemas, en el llamado rearme en el que se ve un peligro y en todo lo que como consecuencia de ese rearme cree verse como *fata Morgana*.⁽⁴⁾ Esta cuestión estriba para muchos en la belicosidad que se le atribuye al pueblo alemán, en los latentes propósitos agresivos o en la diabólica habilidad para engañar a sus enemigos.

No, señores politicastros. La cuestión alemana es cosa completamente distinta.

En Alemania viven 67 millones de hombres en un espacio muy reducido y no todo él

fértil. Esto supone ciento treinta y seis habitantes por kilómetro cuadrado. Estos hombres no son menos diligentes que los de otros pueblos de Europa, pero tampoco tienen menos exigencias que ellos. No son menos inteligentes, pero tampoco son menos deseosos de vivir. Tienen tan pocas ganas de hacerse ametrallar a toda costa, heroicamente, por quimeras como las que tendrían los franceses o los ingleses. Pero tampoco son más cobardes y, en todo caso, no tienen menos honor que los ciudadanos de otros países europeos. Un día se vieron envueltos en una guerra en la que creían tan poco como los demás europeos y de la cual fueron tan poco responsables como los demás. El alemán que hoy cuenta veinticinco años tenía aproximadamente uno cuando se incubaba la guerra. Por consiguiente, apenas si podemos hacerle responsable de aquella catástrofe de pueblos. El alemán, hoy más joven, a quien hubiera podido caber responsabilidad, tenía, dada la edad electoral de entonces, veinticinco años. Por consiguiente está hoy en los cincuenta, por lo menos. Esto significa que la inmensa mayoría de los hombres del pueblo alemán ha ido a la guerra sencillamente por necesidad, lo mismo que la masa del pueblo superviviente francés o inglés. Si fueron dignos, cumplieron entonces su deber si tenían edad para ello, lo mismo que hizo el francés digno o el inglés digno. Si fueron indignos, no lo cumplieron y se enriquecieron quizá o trabajaron para la revolución. Pero éstos ya no están hoy entre nosotros sino que en su mayoría viven como emigrados en cualquiera de las naciones hospitalarias. Nuestro pueblo alemán tiene tantas virtudes como otros pueblos y, naturalmente, también tantos defectos. La cuestión alemana radicaba, pues, en el hecho de que, por ejemplo, en 1935 todavía este pueblo sufría una *capitis deminutio* ⁽⁵⁾ como expiación por una falta que no había cometido, lo cual era insoportable para un pueblo celoso de su honor, doloroso para un pueblo trabajador e irritante para un pueblo inteligente. La cuestión alemana consiste además en que, mediante un sistema de actos, de medidas irrazonables, de azuzamientos llenos de odio, se nos procuraba dificultar la vida ya difícil de por sí. Y dificultarla no sólo artificialmente sino absurda e insensatamente pues el resto del mundo no sacaba el menor provecho de las dificultades con que debía luchar Alemania.

Al alemán le corresponde por cabeza dieciocho veces menos terreno que al ruso, por ejemplo. Esto solo explica lo dura que debe ser y que es la lucha por el pan cotidiano y que, sin la capacidad y el trabajo del campesino alemán y la aptitud organizadora del pueblo apenas podría concebirse que vivieran 67 millones de hombres. ¿Qué habrá que pensar entonces de la simplicidad de quienes, aún llegando quizá a reconocer esas dificultades, experimentan sin embargo una alegría infantil en la prensa, en publicaciones o en conferencias, en relación a nuestra miseria y espían las menores manifestaciones de nuestras íntimas necesidades para proclamarlas triunfalmente ante el resto del mundo? Diríase que su felicidad consistiera en que esa necesidad nuestra aumentase y en que no lográsemos irla haciendo soportable con trabajo y con inteligencia. No presienten que la cuestión alemana adquiriría un aspecto completamente distinto si un día las aptitudes y la actividad de estos millones de hombres desapareciesen y dejando paso no sólo a la calamidad sino a la insensatez política. He aquí una de las cuestiones alemanas, y al mundo tiene que interesarle forzosamente que la cuestión alemana de afianzamiento de las posibilidades de vida pueda resolverse con éxito de año en año de la misma manera que yo deseo que el pueblo alemán comprenda también y dé la importancia debida a la feliz solución de análogas cuestiones vitales en los demás pueblos, solución que también exige su propio interés.

El resolver esta cuestión en Alemania es en primer término asunto del mismo pueblo alemán y el resto del mundo no tiene por qué interesarse en ello. No afecta los intereses de los demás pueblos sino en cuanto el pueblo alemán, para solucionar ese problema está obligado a entrar en relaciones económicas con los otros pueblos, ya como comprador, ya como vendedor. Y de nuevo sería interés del mundo el comprender que cuando un pueblo de 40, de 50 y de 60 millones pide pan, no se trata del obcecado capricho del régimen o de determinados gobiernos sino de una natural manifestación del impulso vital. Y que pueblos satisfechos son más razonables que los que tienen hambre, y que no son sólo los propios gobiernos los que deben estar interesados en que sus ciudadanos tengan alimento suficiente sino también los Estados y los pueblos vecinos. Y que, por consiguiente, el facilitar el derecho a la vida, en el alto sentido de la palabra, es interés de todos. A la época anterior a la guerra le estaba reservado encontrar un principio opuesto y aún proclamarle como razón para la guerra, el principio de que una parte de la familia europea estaría tanto mejor cuanto peor le fuese a la otra.

El pueblo alemán no tiene necesidad de una ayuda especial para mantener su existencia. Lo que no quiere es estar en peores condiciones que otros pueblos. Y esto es una de las cuestiones alemanas.

La segunda es la siguiente:

Como, a consecuencia de las condiciones y de las circunstancias generales, sumamente adversas, la lucha económica por la existencia del pueblo alemán es muy dura y, a su vez, la inteligencia, la laboriosidad y, por consiguiente, el natural nivel de vida son muy altos, se necesita poner a contribución todas las fuerzas para solucionar la primera cuestión. Esto, si ha de lograrse, no puede ser más que consiguiendo dar a este pueblo la sensación exterior de que posee igualdad política de derechos y por lo tanto seguridad política. Es imposible, a la larga, tratar y querer guiar como a un ilota a un pueblo valeroso y con sentimiento del honor. Nada demuestra mejor el innato amor a la paz del pueblo alemán que el hecho de que, a pesar de su capacidad, a pesar de su valor que no le podrán negar sus mismos adversarios, a pesar de su gran población, no se haya asegurado más que una parte tan modesta de territorio y de bienes materiales. Pero precisamente este carácter reconcentrado del espíritu alemán, no sufre que se le prive indignamente de sus derechos o que se le maltrate.

Al querer perpetuar por razones de orden moral - lo que no tiene precedentes en la Historia - los resultados de la guerra, el Tratado de Versalles creó esta cuestión alemana que, mientras no se resuelva, supone una grave carga para Europa y que, resuelta, supondría para ésta una liberación.

E inmediatamente, después de la conclusión del Tratado de Versalles en 1919, yo me propuse solucionar en su día este problema. No porque yo tuviese animadversión alguna a Francia o a cualquier otro país, sino porque la injuria inferida al pueblo alemán, a la larga, ni puede, ni debe, ni quiere soportarla.

En 1932 se encontraba Alemania al borde del caos bolchevique. Lo que este caos en un Estado tan grande hubiera significado para Europa, tal vez tengan oportunidad algunos grandes estadistas europeos de estudiarlo en el futuro en otros lugares. De todas maneras, yo he logrado vencer esta crisis del pueblo alemán, que en ninguna parte se ha manifestado tan palpablemente como en el orden económico, movilizándolo los valores generales psíquicos y morales de la nación alemana. El hombre que hubiera querido salvar a Alemania del bolchevismo, hubiera tenido que decidir y, por consiguiente, resolver primero la cuestión de la igualdad de derechos de Alemania, no para causarles un daño a los otros pueblos, sino todo lo contrario, para ahorrarles, tal vez un daño

mayor evitando una ruina de cuyas consecuencias apenas hubiera podido darse cabal cuenta Europa. La recuperación de la igualdad de derechos de parte de Alemania no le ha causado seguramente el menor perjuicio al pueblo francés. La revolución roja y la quiebra del *Reich* alemán, en cambio, hubieran asestado al orden y a la economía europea un golpe de cuyas consecuencias la mayor parte de los estadistas europeos no se da, desgraciadamente, perfecta cuenta. Esta lucha por la igualdad de derechos de Alemania, lucha que vengo librando desde hace tres años, no es el planteamiento de una cuestión europea, sino su solución.

Es una desgracia, en verdad trágica, que precisamente el Tratado de Versalles haya venido a crear una situación en cuya conservación el pueblo francés creía erróneamente tener especial interés. Tan escasas como eran las ventajas reales que esta situación podía contener en sí para cada uno de los franceses, tan grande era la ficticia compenetración que parecía existir entre la descalificación versallesca del pueblo alemán y los intereses franceses. Probable es que la debilidad característica de los años de la postguerra alemana y de nuestros gobiernos, pero muy especialmente de nuestros partidos, tenga la culpa de que el pueblo francés y los estadistas franceses serios no hayan podido hacerse cargo debidamente de la inexactitud de este modo de ver las cosas, pues mientras más malos eran los diferentes gobiernos de épocas pasadas tanto más tenían que temer el despertar nacional del pueblo alemán. Mientras mayor era el temor ante la conciencia nacional, tanto más natural aparecía su actitud ante la difamación internacional y general del pueblo alemán. Hay más; aquellos gobiernos necesitaban materialmente este encadenamiento vergonzoso para sostener de esta manera su propio y triste régimen. A donde condujo este régimen a Alemania, lo mostraba claramente la ruina entonces amenazadora.

Difícil era, naturalmente, demostrar a nuestros vecinos, en quienes la costumbre de la desigualdad de derechos había echado hondas raíces, que la recuperación de esta igualdad de parte de Alemania no sólo no era perjudicial, sino que, por el contrario, era, a fin de cuentas, de mucha utilidad desde el punto de vista internacional. Vosotros, diputados, hombres del parlamento, conocéis el difícil camino que he tenido que seguir desde aquel 30 de enero de 1933 para redimir al pueblo alemán de su indigna situación, para asegurarle, paso a paso, la igualdad de derechos, sin alejarlo de la comunidad política y económica de las naciones europeas y, ante todo, sin engendrar una nueva enemistad de la liquidación de las consecuencias de otra antigua. Algún día podré exigir de la Historia la confirmación de que en ningún momento de mi actuación en pro del pueblo alemán he olvidado las obligaciones que yo y todos nosotros estamos forzados a contraer ante la conservación de la cultura y la civilización europeas. Condición principal para la existencia de este continente, tan raro precisamente por la diversidad de sus culturas, es que no es imaginable sin la existencia de Estados nacionales libres e independientes. Cada pueblo europeo podrá estar convencido de haber contribuido más que los demás a nuestra cultura occidental. Pero, en total, no queremos desear que desaparezca lo que han dado los diferentes pueblos y tampoco vamos a discutir sobre el valor de cada una de sus aportaciones, sino que más bien debemos reconocer que de la rivalidad de las obras individuales de Europa proceden, sin duda alguna, las obras cumbre en los diferentes ramos de la cultura humana. Por muy dispuestos que estemos a colaborar en este mundo cultural europeo, como miembro libre y con iguales derechos, no por eso desistiremos de seguir siendo lo que somos.

En estos últimos tres años - a menudo, inútilmente, por desgracia - he intentado y vuelto a intentar tender un puente de entendimiento y comprensión hacia el pueblo

francés. Conforme nos vamos alejando de la amargura de la Gran Guerra y de los años que la siguieron, más se borra lo malo en los recuerdos humanos, pasando a primer término lo bello de la vida, del juicio y de las experiencias. El que antiguamente se hallaba frente a frente como enemigo encarnizado, se sabe apreciar hoy como valiente luchador en una gran contienda pasada y vuelve a verse como portador y mantenedor de un gran bien cultural que es humano y general.

¿Por qué no ha de ser posible acabar para siempre con una rivalidad que viene persistiendo ya siglos enteros sin objeto alguno y que a ninguno de ambos pueblos ha traído, podrá traer ni traerá una decisión definitiva, y sustituirla por la consideración a una más alta razón? El pueblo alemán no está interesado en que el francés sufra y viceversa: ¿qué provecho podría sacar Francia de la ruina de Alemania? ¿qué beneficio tiene el campesino francés de que al alemán le vaya mal o viceversa? o ¿cuál es la ventaja que al obrero francés ofrece la miseria del alemán? ¿qué beneficio podría reportar a Alemania, al obrero alemán, a la clase media alemana y al pueblo alemán en general el que Francia fuera perseguida por la desgracia?

He procurado resolver las cuestiones de una teoría de lucha de clases llena de odio en el interior de Alemania en el sentido de una razón superior, y lo he conseguido. ¿Por qué no ha de ser posible sacar el problema de los antagonismos generales entre los pueblos y los Estados de Europa de la esfera de lo irrazonable y de lo apasionado y colocarlo bajo la luz apacible de una mayor prudencia?

De todas maneras yo he jurado luchar tenaz y valientemente por la igualdad de derechos de Alemania y obtenerla sea como sea, pero también he jurado fortalecer el sentimiento de responsabilidad por la necesidad de una recíproca consideración y colaboración europeas.

Si de parte de mis adversarios internacionales se me echa en cara que rehúso análoga colaboración con Rusia, debo declarar lo siguiente: *“No la rehúso ni la he rehusado con Rusia, sino con el bolchevismo que aspira a dominar el mundo.”* Soy alemán, amo a mi pueblo y le tengo apego. Sé que sólo puede ser feliz cuando la vida le sea posible con arreglo a su modo de ser y a su naturaleza. No quiero que sobre el pueblo alemán, que no sólo ha podido llorar, sino también reír a sus anchas durante toda la vida, caiga el horror de la dictadura comunista internacional del odio. Tiemblo por Europa cuando pienso lo que ha de ser de nuestro Viejo Continente, de excesiva población, el día en que al imponerse ese concepto asiático del mundo, concepto destructor y revolucionador de todos los valores habidos hasta hoy, se suma en el caos de la revolución bolchevique. Tal vez sea yo para muchos estadistas europeos un agorero fantástico y de todas maneras molesto. Que ante los opresores bolcheviques internacionales paso por uno de sus mayores enemigos, es cosa que me honra y justifica mi conducta ante las generaciones venideras. No puedo evitar que otras naciones sigan el camino que creen deber seguir o por lo menos poder seguir, pero sí evitaré que también Alemania emprenda este camino de perdición. Y creo que esta perdición sería un hecho en el momento mismo en que el Estado entablare relaciones con los portavoces de semejante teoría destructora. Si yo mismo, como gobernante, estrechase mis relaciones con el bolchevismo, perdería toda autoridad moral para hacerle comprender al obrero alemán ese gravísimo peligro, que a mí tanto me conmueve, de un eventual caos bolchevique en Alemania. Como estadista y *Führer* del pueblo quiero darle el ejemplo de todo lo que espero y pido de cada uno de mis conciudadanos. No creo que el estrecho contacto con un ideario que es pernicioso para un pueblo pueda ser de provecho para estadistas. En la historia alemana de los últimos veinte años hemos tenido oportunidad de reunir

experiencias en este terreno. El primer contacto con el bolchevismo en 1917 nos trajo un año más tarde a Alemania la revolución. El segundo contacto fue más que suficiente para que Alemania se viera casi al borde del caos comunista. Yo he roto estas relaciones y arrancado así a Alemania de este precipicio. Nada me obligará a seguir otro camino que el que me prescriben la experiencia, la prudencia y la previsión. Y sé también que esta convicción ha llegado a ser un ideario perfectamente arraigado en todo el movimiento nacionalsocialista. Los problemas sociales y las tiranteces en nuestro pueblo los resolveremos con tenaz persistencia por la vía de una evolución continua, asegurándonos así la bendición de un tranquilo desarrollo social que redunde en provecho de todos nuestros conciudadanos. Y los nuevos problemas que se nos impongan nos llenarán de alegría, de la alegría que siente quien no se cree capaz de vivir sin trabajo y sin problemas.

Al pasar esta orientación fundamental a la política general europea, resulta para mí la separación de Europa en dos mitades, a saber: la mitad compuesta de Estados autónomos e independientes, de pueblos a los que estamos ligados por numerosos vínculos de historia y cultura y con los que queremos seguir vinculados por los siglos de los siglos, lo mismo que con las naciones independientes de los continentes no europeos. Y la otra mitad: la que es regida por aquella teoría bolchevique intolerante y que pretende dominar a la humanidad, que predica la destrucción de los valores indestructibles y sagrados, tanto temporales como eternos, para imponernos otro mundo que por su cultura, su aspecto y contenido se nos antoja en absoluto despreciable.

Con esta mitad no queremos tener más relaciones que las indispensables exigidas por los intereses políticos y económicos internacionales.

Hay algo infinitamente trágico en el hecho de que el resultado de los sinceros esfuerzos que venimos realizando hace ya tantos años para ganarnos la confianza, las simpatías y el cariño del pueblo francés sea una alianza militar cuyo principio lo acabamos de ver, pero cuyo fin, si la divina Providencia no vuelve a ser más misericordiosa de lo que merecen los hombres, será, tal vez, de incalculables consecuencias.

En los últimos tres años me he esforzado por crear, lenta, pero continuamente, las bases para un entendimiento franco alemán, no quedando la menor duda de que entre las bases para esta concordia se encuentra la absoluta igualdad de derechos y, consiguientemente, la misma apreciación equitativa legal, del pueblo y del Estado alemanes. Conscientemente he visto en esta inteligencia no sólo un problema que ha de resolverse por la vía de los pactos, sino un problema que primeramente ha de ponerse psicológicamente al alcance de ambos pueblos, puesto que hay que prepararlo no sólo de una manera positiva, sino también instintiva. Por esta razón se me ha reprochado con alguna frecuencia que mis ofrecimientos de amistad no han contenido propuestas concretas.

Esto no es cierto.

Lo que haya podido proponerse concretamente para aflojar la tirantez de las relaciones franco-alemanas, lo he propuesto yo de una manera valiente y concreta. No vacilé en su tiempo en adherirme a la propuesta concreta de limitar los ejércitos a 200.000 hombres. Más tarde, cuando esta propuesta fue abandonada por los propios autores responsables, me dirigí con otra enteramente nueva y concreta al pueblo francés y a los gobiernos europeos. También mi propuesta de 300.000 hombres fue rechazada.

He hecho otra serie de propuestas concretas para el desenvenamiento de la opinión pública en cada nación y para la purificación de los procedimientos de guerra y, a fin de

cuentas, para un desarme lento pero seguro. Una sola de estas propuestas alemanas ha sido realmente tenida en cuenta. El sentido realista de un gobierno inglés ha aceptado la propuesta que hice para establecer una proporción duradera entre la flota inglesa y la alemana, una proporción que responde a las necesidades de la seguridad alemana y toma en consideración, por otra parte, los enormes intereses ultramarinos de un gran imperio colonial. Y bien puedo decir que este convenio es hasta ahora el único intento práctico y de resultados positivos para la limitación de armamentos. El gobierno del *Reich* está dispuesto a completar con Inglaterra este convenio mediante otro tratado cualitativo.

He expuesto el principio muy concreto de que los programas colectivos de una pactomanía general están condenados a fracasar con la misma seguridad que las propuestas generales de un desarme mundial que desde un principio ha demostrado ser irrealizable en tales circunstancias. He hecho constar a este respecto que estos problemas sólo pueden ser abordados de una manera lenta, únicamente en dirección de la resistencia que parezca ser la más pequeña. Partiendo de esta convicción, he desarrollado igualmente una propuesta concreta para un pacto del aire, basándose en la igualdad de fuerzas aéreas para Francia, Inglaterra y Alemania. El resultado fue primero el menosprecio de esta propuesta y luego la intromisión, en el campo del equilibrio europeo, de un nuevo factor asiático-europeo oriental, incalculable en su alcance militar.

Por espacio de muchos años me he ocupado, pues, de propuestas concretas y no puedo menos de declarar que la preparación psicológica para un entendimiento me ha parecido por lo menos tan importante como las llamadas propuestas concretas, y en este punto creo haber hecho yo más de lo que jamás hubiera podido esperar de mí cualquier sincero estadista europeo. La cuestión de las eternas revisiones de las fronteras europeas la he eliminado de la atmósfera de la discusión pública en Alemania. Desgraciadamente se sustenta con demasiada frecuencia el punto de vista, y me refiero especialmente a los estadistas extranjeros, de que a esta actitud y a sus acciones no hay que concederles gran importancia. Puedo decir que también a mí me hubiera sido posible poner en mi programa, como alemán, el restablecimiento de las fronteras del año 1914 y defender mi actitud en la prensa y en la tribuna, tal como lo hicieron después del año 1871 algunos ministros y líderes franceses. Mis señores críticos no me han de negar también toda eficacia en este terreno. Es más difícil para un nacionalista convencer a un pueblo de la necesidad de llegar a una inteligencia con sus vecinos que hacer lo contrario. Seguramente, que para mí hubiera sido probablemente más fácil incitar los instintos hacia el desquite que despertar, y ahondar continuamente, el sentimiento de la necesidad de una inteligencia europea. He aquí lo que yo he hecho. He liberado a la opinión pública alemana de ataques de esta naturaleza contra nuestros pueblos vecinos.

He alejado a la prensa alemana de todo odio contra el pueblo francés. Me he esforzado por despertar en nuestra juventud la comprensión del ideal de semejante entendimiento, y seguramente no en vano. Cuando los deportistas franceses, hace pocas semanas, llegaron al estadio olímpico en Garmisch-Partenkirchen, habrán tenido quizá oportunidad de comprobar si, y hasta qué punto, he conseguido realizar este cambio en la opinión del pueblo alemán.

Pero este íntimo deseo de buscar y llegar a tal concordia, es más importante que los esclarecidos intentos de hombres de Estado de envolver al mundo en una red de pactos impenetrables, jurídica y prácticamente.

Este esfuerzo por mi parte, era doblemente difícil, porque simultáneamente tenía que

librar a Alemania de los lazos de un tratado que le arrebatava la igualdad de derechos y en cuyo mantenimiento - con razón o sin ella, eso es secundario - ha creído el pueblo francés deber estar interesado.

Y precisamente, como nacionalista alemán, he tenido que hacer por mi pueblo otro sacrificio sumamente doloroso.

Hasta el momento, por lo menos en tiempos recientes, no se había, ni aún intentado, terminada una guerra, negar al vencido la soberanía de una considerable y antigua parte de sus dominios. Solamente en interés de la mutua transigencia, he soportado este sacrificio moral y político que nos imponía y deseaba seguir soportando por creer que un convenio debe ser cumplido, si existe la posibilidad de que ayude a desenvenenar la atmósfera política entre Francia y Alemania e Inglaterra y Alemania difundiendo el sentimiento de seguridad entre todos.

A menudo he hablado ya sobre el particular y también en esta tribuna, proclamando la idea de que nosotros no solamente estamos dispuestos a contribuir con tan dolorosas aportaciones a la paz europea, tanto tiempo como las demás partes cumplan igualmente con sus compromisos, sino que en dichas aportaciones vemos la única posibilidad de que la paz se consolide.

Para vosotros, diputados, el contenido y significado de esta propuesta es conocido. Ella debía anular en el porvenir la violencia por parte de Bélgica y Francia por un lado y Alemania del otro. A consecuencia de los tratados con que Francia estaba ya ligada, sobrevino desgraciadamente la primera carga, sin que el espíritu de ese pacto fuese quebrantado. Alemania participó en este convenio, aportando y sacrificando cuanto podía, pues mientras Francia fortificaba sus fronteras con bronce, hormigón y armamento, proveyéndolas de numerosa guarnición, a nosotros se nos obligaba constantemente a mantenernos totalmente indefensos en el oeste. Sin embargo, lo hemos conllevado con la esperanza de que con ello servíamos a la paz europea y a la buena inteligencia de los pueblos.

Las negociaciones entabladas en el pasado año entre Francia y Rusia, recientemente firmadas y ratificadas por la cámara, están en contradicción con lo pactado. Por medio de este nuevo pacto franco-soviético, y con el hecho de que Checoslovaquia, haya cerrado un tratado análogo con Rusia, se ha formado frente a la Europa central un gigantesco bloque provisto de una poderosa y amenazadora fuerza armada. Es al mismo tiempo imposible que estas dos naciones se comprometan en sus tratados, sin atención a la decisión ya existente o que pueda ser expuesta por consejo de la Liga de las Naciones, a decidir por sí mismas, en caso de que se presentase un conflicto en la Europa del este, y a resolver en consecuencia hasta que punto han de prestarse o negarse apoyo.

El que afirme que en este pacto, por medio de una limitación ulterior, será suprimida la más esencial obligación, es incomprensible. No es posible estipular en una cláusula un modo de proceder que constituye quebrantamiento expreso de un compromiso, por lo demás válido, confiriendo así a este modo de proceder un carácter obligatorio, y al mismo tiempo establecer en otra cláusula que no se deben violar los otros compromisos. En este caso no sería razonable establecer el primer compromiso, y por consiguiente su existencia se haría incomprensible.

Este problema es político en primer término, y por ello se le debe considerar bajo su trascendental importancia.

Francia no ha cerrado este tratado con una de tantas potencias europeas. Ya antes del convenio del Rin, Francia había firmado convenios de mutuo acuerdo, tanto con

Checoslovaquia como con Polonia. Ello no causó conmoción en Alemania; no solamente porque estos pactos se diferenciaban del franco-soviético en su acatamiento a las decisiones de la Liga de las Naciones, sino porque tanto la entonces Checoslovaquia, como especialmente Polonia, eran los primeros interesados en que sus países estuviesen representados en la política por nacionalistas. Alemania no tiene el deseo de atacar a estos países y tampoco cree, tengan interés estos países en declarar hostilidades contra Alemania. Sobre todo, Polonia ha de conservarse Polonia, y Francia igualmente Francia. La Rusia soviética es por el contrario la nación promotora y oficialmente organizadora en sus ideas para la revolución mundial, habiéndolo así declarado. No se puede prever si en tiempo más o menos cercano, Francia va a participar de estas mismas opiniones, y si el caso llegase - como gobernante alemán debo contar con ello - entonces este nuevo Estado bolchevique sería una sección de la Internacional del bolchevismo, es decir, que la orden de ataque o de neutralidad no dependería de dos diferentes naciones en armonía con sus propias apreciaciones, sino que emanaría de un solo punto y significaría una orden. En este caso, si se operase esta evolución, no sería París, sino Moscú, quien predominase.

Tan lejos está Alemania en condiciones de atacar a Rusia, como se encontraría Rusia en todo tiempo capaz de dirigir contra Alemania un conflicto, salvando el terreno que las separa y utilizando sus posiciones avanzadas. La definición de agresor sería entonces establecida de antemano, por su independencia respecto a los acuerdos del consejo de la Liga de Naciones. La seguridad u objeción de que Francia y Rusia no harán nada que pueda motivar sanciones - y estas por parte de Inglaterra o Italia - no tiene la menor importancia, porque no puede medirse, qué clase de sanciones podrían ser eficaces, contra tan potente bloque de fuerza militar e ideológica desmesuradas.

Durante largos años, hemos advertido con inquietud este desenvolvimiento. No porque nosotrosuviésemos que temer más que otros, sino porque un día podía estar acompañado de espantosas consecuencias para toda Europa. Nuestras primeras reflexiones sobre el particular se han querido desvirtuar, argumentando la imperfección del material de guerra ruso y su falta de condiciones para adaptarse a la lucha europea. Siempre hemos combatido esta opinión, no porqueuviésemos por cualquier motivo el convencimiento de nuestra inferioridad, sino porque todos sabemos que el número tiene también una influencia decisiva.

Por ello estamos especialmente agradecidos a la declaración que ha sido hecha en la cámara francesa por el señor Herriot sobre la importancia de la agresividad militar de Rusia. Sabemos que esta explicación del señor Herriot ha sido dada por el mismo gobierno de los sóviets, y estamos convencidos de que éste no puede dar falsas informaciones, lo mismo que no dudamos de la fidelidad con que han sido transmitidas estas informaciones por el señor Herriot inspirador espiritual del pacto. Según estos datos ha podido por primera vez constatar que el ejército ruso en pie de paz posee fuerzas que alcanzan a 1,35 millones hombres, segundo que las fuerzas en pie de guerra y reservas forman un total de 17,5 millones de hombres, tercero, que poseen el más fuerte armamento en tanques y, cuarto, que disponen de la más completa defensa militar aérea del mundo.

La intromisión en el campo de acción de la Europa central de este poderoso factor militar, que según dicen está admirablemente dirigido y siempre dispuesto a entrar en fuego, destruye el verdadero equilibrio europeo. Impide, además, toda posible apreciación sobre los necesarios medios de defensa terrestre y aérea para las naciones en cuestión y en especial del único probable adversario, es decir Alemania.

Esta gigantesca movilización del este contra la Europa central, no solamente está punto por punto contra del Tratado de Locarno, sino aún más del sentido de su espíritu. No somos nosotros solos, los que por estar amenazados directamente, lo prevén. Esta misma opinión la sustentan hombres perspicaces de todos los países y lo han exteriorizado en la prensa y en declaraciones políticas.

El 21 de febrero, se dirigió a mí un periodista francés con el ruego de que le concediese una entrevista. Como me fue notificado que se trataba de uno de estos franceses que se esfuerzan lo mismo que nosotros, por encontrar un camino que conduzca al buen entendimiento de ambos pueblos, no quise excusarme, tanto más cuanto que hubiese sido considerado como un signo de menosprecio mío hacia el periodismo francés. He dado las explicaciones deseadas, tal como las he expuesto una y mil veces públicamente en Alemania, y una vez más, he intentado dirigirme al pueblo francés, invitándole a llegar a un acuerdo, que de todo corazón deseamos y cuya realización veríamos con verdadero gusto. Pero al mismo tiempo, me he visto obligado a hacer patente el profundo disgusto con que veo el desenvolvimiento amenazador que va tomando Francia después de la conclusión de un pacto, para el cual tenemos la convicción de que no ha existido causa alguna, pero que en caso de realizarse, deberá traer y traerá seguramente un cambio radical de circunstancias. Esta entrevista, por motivos que nos son desconocidos, ha sido, como es sabido, mantenida secreta, haciéndose pública sólo un día después de la ratificación del pacto en la cámara francesa.

No hay duda que, según las declaraciones que hice en esta entrevista, estoy y estaré dispuesto a servir leal y sinceramente, también en lo futuro, a este acercamiento franco-alemán, por creerlo un elemento necesario a la seguridad de Europa ante los infinitos peligros que preveo, y porque no puedo prometerme, ni siquiera atreverme, a vislumbrar ninguna otra actitud que pueda traer posibles ventajas para ambos, sino que por el contrario, veo los graves peligros internacionales de interés general. Sin embargo, después de conocida la definitiva conclusión en examinar atentamente este pacto, me veo forzado a examinar cuidadosamente la nueva situación creada por él, y deducir las consecuencias necesarias.

Estas consecuencias son gravísimas, causándonos a todos, y a mí especialmente, amargo pesar. Yo, por mi parte, estoy obligado, a hacer un sacrificio en aras de la paz europea, pero sin abandonar los intereses de mi propio pueblo. Estoy dispuesto a llevar a cabo y a aconsejar al pueblo alemán todo sacrificio que encuentre comprensión y aprecio en la parte contraria. Pero desde el momento en que pueda comprobarse que una de las partes no da valor o no estima estos sacrificios, resultaría como consecuencia, una pesada carga unilateral para Alemania, y con ella una descalificación que no podríamos tolerar. En esta hora histórica y en este mismo lugar quiero repetir, lo que dije en mi primer y extenso discurso del parlamento en mayo de 1933: *“Que el pueblo alemán está dispuesto a soportar privaciones y penalidades antes que prescindir de los imperativos de su honor, y de su libertad e igualdad de derechos.”*

Si el pueblo alemán ha de representar un valor en la labor de solidaridad europea, este valor sólo puede tenerlo como colaborador en posesión de su honor y con absoluta igualdad de derechos. En el instante en que pierda este valor moral, perdería con él todo valor práctico. No quiero ni engañarnos a nosotros mismos ni a los demás Estados presentando a un pueblo que no tendría entonces valor alguno, por haber perdido el sentimiento natural del honor.

Estoy convencido también de que aún en esta hora en que constatamos tan amargas

realidades y en que debemos tomar tan graves decisiones, tenemos que luchar más que nunca por encontrar nuevos caminos que conduzcan a una verdadera solidaridad europea que a todos beneficie.

En mis propuestas concretas he seguido esforzándome en exponer el sentir del pueblo alemán que vela por su seguridad e independencia pero que está dispuesto a todo sacrificio, que conduzca a una real y sincera colaboración europea, sobre la base de igualdad absoluta.

Después de una continuada y dura lucha conmigo mismo, me he resuelto, en nombre del gobierno alemán, a entregar al gobierno francés y a las demás potencias signatarias del Tratado de Locarno, el memorándum siguiente:

Tan pronto como se conoció el pacto firmado entre Francia y la Unión Soviética, el gobierno alemán llamó la atención de los gobiernos de las demás potencias signatarias del Tratado de Locarno sobre el hecho de que las obligaciones contraídas por Francia en el nuevo pacto no son compatibles con el renano. El gobierno alemán explicó entonces detalladamente su punto de vista, tanto jurídica como políticamente: jurídicamente, en el memorándum alemán del 25 de mayo de 1935; políticamente, en repetidas entrevistas diplomáticas que siguieron a la publicación del memorándum. Los gobiernos interesados saben que ni sus contestaciones por escrito al memorándum alemán ni los argumentos por ellos aducidos, ya por vía diplomática, ya por públicas declaraciones, han podido modificar el punto de vista del gobierno alemán.

En efecto, toda la discusión que desde mayo de 1935 se ha seguido, tanto diplomática como públicamente, sobre estas cuestiones, no ha podido hacer más que confirmar en todos sus detalles el punto de vista adoptado desde un principio por el gobierno alemán:

1) Es indiscutible que el pacto franco-soviético está dirigido exclusivamente contra Alemania.

2) Es indiscutible que en él Francia ha contraído obligaciones para el caso de un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética, obligaciones que rebasan con mucho las emanadas del estatuto de la Sociedad de Naciones. Aquéllas la obligan a proceder militarmente contra Alemania aún cuando no pueda justificar esto por una recomendación, ni siquiera por una previa decisión del consejo de la Sociedad de Naciones.

3) Es indiscutible que Francia en tal caso se reserva el derecho de decidir por sí misma quién es el agresor.

4) Con esto queda sentado que Francia ha contraído obligaciones respecto a la Unión Soviética que, prácticamente, la llevarán a proceder, en caso dado, como si no estuviesen en vigor ni los estatutos de la Sociedad de Naciones ni el pacto renano, basado en ellos.

Este resultado del pacto franco-soviético no queda eliminado con la reserva hecha por Francia de que, en caso de una acción militar contra Alemania, no quiere estar obligada cuando por esa acción pudiera exponerse a una sanción por parte de las potencias garantes: Italia y Gran Bretaña. Frente a esta reserva está el hecho decisivo

de que el pacto renano no descansa solamente en los compromisos de garantía de Gran Bretaña e Italia sino, en primer término, en los que determinan las relaciones entre Francia y Alemania.

Por consiguiente, lo que importa es si Francia, al aceptar las obligaciones del tratado, se ha detenido en los límites que con relación a Alemania le impone el pacto renano.

El gobierno alemán se ve en la precisión de negarlo.

El pacto renano debía tener por objeto asegurar la paz del oeste de Europa de modo que Alemania por un lado y Francia y Bélgica por otro, desistiesen para siempre de recurrir a las armas entre ellas. Si al concertarse el pacto se hicieron determinadas excepciones al principio de la renuncia a la guerra, excepciones que rebasaban el derecho de la legítima defensa, la razón política de ello es que, como todos saben, Francia había contraído ya antes determinados compromisos frente a Polonia y Checoslovaquia, los cuales no quería sacrificar a la idea de asegurar absolutamente la paz en el oeste. Alemania, con tranquilidad de conciencia, se avino entonces a estas restricciones. No hizo objeción a los tratados con Polonia y Checoslovaquia que el representante de Francia depositó en la mesa de Locarno, suponiendo, naturalmente, que estos tratados se ajustaban al pacto renano y no contenían cláusula alguna sobre la interpretación del artículo 16 del estatuto de la Sociedad de Naciones, como las que se hallan en el nuevo pacto franco-soviético. El contenido de esos acuerdos particulares, comunicados en su tiempo al gobierno alemán, respondía a esa exigencia. Es verdad que las excepciones admitidas en el pacto renano no se refieren exclusivamente a Polonia y Checoslovaquia sino que están formuladas en abstracto. Sin embargo, el sentido de todas las negociaciones entabladas al respecto no era más que el de conciliar la renuncia franco-alemana a la guerra y el deseo de Francia de mantener las obligaciones ya contraídas por ella. Si, por consiguiente, Francia hace ahora uso de las posibilidades de recurrir a la guerra, formuladas abstractamente en el pacto renano, para concertar una nueva alianza contra Alemania con un Estado fuertemente armado, si continúa restringiendo tan decisivamente el alcance de la renuncia a la guerra, concertada por ella con Alemania, y si, además, como antes decimos, no mantiene siquiera los límites jurídicos formalmente establecidos, ha creado así una situación completamente nueva y destruido el espíritu y el hecho del sistema político del tratado renano.

Los últimos debates y decisiones del parlamento francés han evidenciado que Francia está resuelta, a pesar de las objeciones alemanas, a hacer entrar en vigor definitivamente el pacto con la Unión Soviética e incluso una entrevista diplomática ha demostrado que Francia se considera ya ligada a la firma de este pacto del 2 de mayo de 1935. Frente a este curso de la política europea, el gobierno alemán no puede permanecer inactivo abandonando o dejando indefensos los intereses del pueblo alemán que tiene el deber de defender.

El gobierno alemán ha acentuado constantemente en las negociaciones de los últimos años que desea mantener y cumplir los compromisos del pacto renano en tanto que los demás signatarios del mismo estén dispuestos a mantenerlo. Está claro que esta condición tan evidente no puede ya considerarse como cumplida por parte de Francia. Ésta ha contestado a los reiterados ofrecimientos de amistad y seguridades de paz hechos por Alemania, quebrantando el pacto renano por una alianza militar con la Unión Soviética que se dirige exclusivamente contra ésta. Con esto, el Tratado de Locarno ha perdido el espíritu que lo informaba y, prácticamente, ha dejado de

existir. Alemania, por tanto, no se considera ya ligada a este pacto extinguido. El gobierno alemán se ve, pues, obligado a enfrentarse con la nueva situación creada por esta alianza, agravada por el hecho de que el pacto franco-soviético se completa con otro tratado de unión, exactamente paralelo, entre Checoslovaquia y la Unión Soviética.

En interés del derecho elemental de un pueblo a la seguridad de sus fronteras y a cuidar de sus medios de defensa, el gobierno del Reich ha establecido, a partir de hoy, la plena e ilimitada soberanía del Reich en la zona renana desmilitarizada.

Más, para precaver toda tergiversación de sus propósitos y para apartar toda duda sobre el puro carácter defensivo de esta medida, a la vez que para testimoniar su eterno y ardiente deseo de una efectiva pacificación de Europa entre naciones con idénticos derechos e igualmente respetadas, el gobierno del Reich se declara dispuesto a concertar nuevos acuerdos para erigir un sistema que asegure la paz europea a base de las propuestas siguientes:

1) El gobierno del Reich se declara dispuesto a entrar inmediatamente en negociaciones con Francia y Bélgica para fijar por ambas partes, a los dos lados de la frontera, una zona desmilitarizada dando de antemano su asentimiento a todo proyecto de este género cualquiera que sea la anchura prevista de la zona y los efectos prácticos, a condición de una paridad absoluta.

2) El gobierno del Reich propone, con objeto de asegurar la integridad y la inviolabilidad de las fronteras en el oeste concertar un pacto de no-agresión entre Alemania, Francia y Bélgica cuya duración está dispuesto a fijar en veinticinco años.

3) El gobierno del Reich está dispuesto a invitar a Inglaterra e Italia para que firmen este pacto como potencias garantes.

4) El gobierno del Reich está conforme, en caso de que el Real Gobierno de los Países Bajos lo desee y los otros países que entran en el convenio lo juzguen oportuno, a incluir en el citado sistema de tratados a los Países Bajos.

5) El gobierno del Reich está dispuesto, para reforzar estos convenios de seguridad entre las potencias del oeste, a concluir un pacto aéreo que pueda prevenir eficaz y automáticamente el peligro de un ataque repentino.

6) El gobierno del Reich repite su oferta de concertar también pactos de no-agresión, análogos al concertado con Polonia con los países limítrofes del este. Puesto que el gobierno lituano ha modificado en los últimos meses, en cierto modo su actitud frente a la región de Memel, el gobierno del Reich deja sin efecto la excepción que se proponía hacer respecto a Lituania y está dispuesto a firmar con ella un pacto de no-agresión siempre que se vaya realizando la garantizada autonomía del territorio de Memel.

7) Una vez conseguida, al fin, por Alemania, la igualdad de derechos y posesionada de nuevo de su soberanía sobre el total territorio del Reich, el gobierno considera desaparecido el motivo principal que hizo al Reich abandonar la Sociedad de Naciones y está, por consiguiente, dispuesto a entrar de nuevo en ella. A la vez manifiesta la esperanza de que, en un lapso de tiempo conveniente se trate amistosamente la cuestión

de la igualdad de derechos en el aspecto colonial así como la cuestión de liberar el estatuto de la Sociedad de Naciones de la influencia de las cláusulas del Tratado de Versalles.

Diputados del parlamento, en este momento histórico, en que tropas alemanas acaban de reintegrarse a sus futuras guarniciones de tiempo de paz, en las provincias occidentales del *Reich*, nos unimos en doble y sagrada profesión de fe, emanada de lo más íntimo de nuestra conciencia.

Primero, haciéndonos el juramento de no retroceder ante ningún poder ni violencia, hasta recobrar el honor de nuestro pueblo, prefiriendo sufrir máxima privación en plena dignidad, a una capitulación que lo mancille y, segundo, prometiéndonos luchar, con más tesón que nunca, en pro de la solidaridad europea y, muy en especial, de un cordial entendimiento con nuestros vecinos del oeste.

Después de tres años, creo que en el día de hoy podemos considerar como realizada la igualdad de derechos por la que hemos luchado. Creo que con esto desaparece el motivo principal que en su tiempo nos obligó al retraimiento del trabajo en común con los demás pueblos europeos.

Si estamos otra vez dispuestos a volver a este trabajo en común, es con el sincero deseo de que quizá este paso y una mirada retrospectiva a los años pasados, puedan contribuir a hacer más profunda la comprensión para el sentido de esta cooperación también en los restantes pueblos europeos.

En Europa, no pretendemos ya reivindicación territorial alguna. Sabemos sobre todo, que la tirantez producida, bien sea a causa de falsas prescripciones territoriales, o por la desproporción del número de habitantes con relación al espacio que necesitan para sustentarse, no puede desaparecer en Europa mediante una guerra. Esperamos, sin embargo, que el sentido común humano, ayude a suavizar lo doloroso de esta situación y por un camino lento pero evolutivo, cese la tirantez existente, mediante un pacífico trabajo colectivo. Y muy especialmente encuentro en el día de hoy, la necesidad de reconocer la obligación en que estamos de conservar el honor y la libertad nacional que hemos recuperado. Deberes que tenemos no sólo frente a nuestro propio pueblo sino también frente a los demás Estados europeos.

En este lugar, quisiera recordar a los estadistas europeos las ideas que expresé en los trece puntos de mi último discurso, asegurando, que nosotros los alemanes haremos con gusto cuanto nos sea posible y necesario, para la realización de estos ideales que no tienen nada de fantásticos.

¡Camaradas! Desde hace tres años, estoy a la cabeza del *Reich* y por lo tanto del pueblo alemán. Grandes son los éxitos que en estos tres años han coronado mis desvelos en pro de la patria. En todos los terrenos de nuestra vida nacional, política y económica, se han mejorado las circunstancias. Pero también debo confesar en este día, que durante este tiempo, me han agobiado un sinnúmero de inquietudes, siguiendo a los días colmados de trabajo, incontables noches de desvelo. He logrado realizar mis deseos, en lo posible, porque jamás me sentí dictador de mi pueblo sino tan sólo su guía y, como tal, su representante. Para alcanzar la íntima adhesión a mis ideales del pueblo alemán, tuve que sostener primero catorce años de lucha, y gracias a su confianza, fui encargado, por el venerado Mariscal de Campo, de las riendas del gobierno. Pero también desde entonces he encontrado manantial de insospechadas energías en la dicha de sentirme indisolublemente unido con mi pueblo como hombre y como guía. No puedo clausurar este periodo histórico de la rehabilitación del honor y libertad de mi

pueblo, sin pedirle antes a él que a mí, así como a mis colaboradores y compañeros de lucha, nos concedan su aprobación ulterior, para todas aquellas resoluciones tomadas al parecer arbitrariamente y para las duras medidas y los grandes sacrificios exigidos.

Por esto, me he decidido en el día de hoy a disolver el parlamento alemán para que el pueblo pueda pronunciarse acerca de mi actuación y la de mis colaboradores.

En estos tres años, Alemania ha recuperado su honor, ha vuelto a encontrar su fe, ha vencido en gran parte su escasez económica y se ha encaminado por último, hacia el renacimiento de su cultura. Esto, creo poder afirmarlo ante mi Dios y mi conciencia.

Ahora ruego al pueblo alemán, que me fortalezca en mi fe por medio de su adhesión y me confiera su propia fuerza, para luchar valerosamente por su honor y libertad y velar por su bienestar económico.

Y por encima de todo, para combatir por la paz verdadera.

Proyecto de paz del gobierno alemán

Discurso pronunciado el 31 de marzo de 1936

(Aunque este proyecto de paz no esté firmado expresamente por Adolf Hitler, es indudable, por su redacción y contenido, que fue elaborado por él. De todas formas su inclusión es necesaria dada la estrecha relación que guarda con el discurso anterior.)

Con sincero beneplácito ha sabido el gobierno alemán por el embajador Joachim von Ribbentrop el deseo del gobierno y del pueblo británico de comenzar con la mayor prontitud posible la labor práctica conducente a una verdadera pacificación de Europa. Este deseo coincide con los íntimos propósitos y esperanzas del pueblo alemán y de su gobierno. Por esto, es tanto más de lamentar para éste el no poder encontrar en el proyecto de los delegados de las potencias de Locarno, entregado el 20 de marzo, una base valedera y eficaz para iniciar y realizar una verdadera labor pacífica. A ojos del pueblo alemán y a ojos de su gobierno ese proyecto está falto de comprensión para las leyes del honor y de la paridad jurídica que fueron siempre en la vida de los pueblos la primera condición para concertar tratados libres y, por consiguiente, sagrados.

El gobierno alemán cree que la augusta trascendencia de la misión a resolver le obliga a limitarse a lo estrictamente necesario en la comprobación de la parte negativa del memorándum que se le entregó. Pero, en cambio, quiere facilitar, por su parte, el comienzo de una labor concreta en la seguridad de la paz europea, ampliando y aclarando las proposiciones que hiciera el 7 de marzo.

El gobierno alemán para que se comprenda su repulsa de algunos puntos discriminatorios, así como para justificar sus propuestas constructivas, tiene que hacer las siguientes declaraciones de principio:

El gobierno alemán acaba de recibir del pueblo, un solemne mandato general para representar al *Reich* y a la nación alemana en sus dos compatibles aspiraciones:

1) El pueblo alemán está decidido a defender a todo trance su libertad, su independencia y, por consiguiente, su igualdad de derechos. En la defensa de estos naturales principios internacionales de la vida pública ve un imperativo del honor nacional y una premisa para toda colaboración práctica entre los pueblos, a la cual no renunciará bajo ningún concepto.

2) El pueblo alemán desea de todo corazón contribuir con todas sus fuerzas a la gran obra de una conciliación general y entendimiento entre las naciones europeas con objeto de asegurar la paz tan necesaria para este continente para su cultura y bienestar.

Estos son los deseos de nuestro pueblo alemán y éste es, por lo tanto el compromiso del gobierno alemán.

* * *

El gobierno alemán quisiera añadir todavía las siguientes observaciones a sus principios fundamentales expuestos en la nota provisional del 24 de marzo de 1936:

1) Alemania concertó en 1918 el armisticio en base de los catorce puntos de Wilson que no preveían limitación alguna de la soberanía alemana en el Rin. Al contrario: el pensamiento capital que presidía esos puntos era el de erigir una paz duradera y mejor mediante un nuevo orden internacional. Sin consideración a vencedores ni vencidos, debía dar gran amplitud al derecho de los pueblos a disponer por sí mismos.

2) En su discurso del 26 de marzo acerca de la zona desmilitarizada dijo el ministro británico de Negocios Extranjeros que aquella, en último extremo, no se había establecido más que como compensación a la separación de Renania que Francia pretendía, en rigor, en 1918. De esto se deduce que la desmilitarización de la zona no era más que consecuencia de una anterior violación de un compromiso que obligaba a su vez a los aliados.

3) Las cláusulas del Tratado de Versalles concernientes a la desmilitarización se basaban, pues, en la violación de una promesa hecha a Alemania y no poseían, por consiguiente, más argumento jurídico que la fuerza. Del Tratado de Versalles pasaron al Tratado de Locarno, después de una nueva violación jurídica, a saber, la ocupación de la cuenca del Ruhr que incluso juristas de la corona de Inglaterra consideraron como una infracción de derecho.

4) La sedicente *voluntaria renuncia* a la soberanía de Alemania en esas provincias occidentales del *Reich* es, por consiguiente, una consecuencia del Tratado de Versalles y una concatenación de máximas opresiones al pueblo alemán, derivadas de aquel, debiendo citarse especialmente la espantosa penuria y la angustiosa situación del *Reich* como efecto de la ocupación de Renania.

Por eso, cuando por parte del gobierno británico se dice hoy que, si bien se ha hablado de un Tratado de Versalles, jamás se ha hablado de un Tratado de Locarno, el gobierno alemán tiene que replicar preguntando: ¿ha habido o puede haber siquiera en el mundo un pueblo grande que haya renunciado o que renunciaría voluntariamente y sin coacción exterior, unilateralmente a sus derechos soberanos y en este caso concreto al elemental derecho de defensa de sus propias fronteras?

No obstante, el pueblo alemán había soportado este estado de cosas durante diecisiete años y todavía el 21 de mayo de 1935 declaraba el canciller del *Reich* que “*el gobierno alemán considera la desmilitarización de dicha zona como una contribución en pro de la pacificación de Europa*”, de inaudita gravedad para un Estado soberano, y que “*el propio gobierno cumpliría todos los compromisos resultantes del Tratado de Locarno en tanto que los otros contratantes estuvieran dispuestos a cumplirlo.*”

Ya en su nota provisional del 24 de marzo de 1936 ha señalado el gobierno del *Reich* el hecho de que el tratado militar concertado entre Francia y la Rusia soviética privaba al Tratado de Locarno de base jurídica y, sobre todo, política y, por consiguiente, de su razón de existir. No es necesario volver a entrar en detalles sobre estos, pues no hay duda de que la tendencia a cubrir Europa de una tupida red de alianzas militares contradice en absoluto el espíritu y el sentido de la instauración de una verdadera comunidad internacional. Se corre el gran peligro de que esa complicada red de alianzas militares origine un estado de cosas análogo a aquel que fue causa primordial de la guerra más espantosa y más insensata. No está en manos de un solo gobierno impedir esa marcha iniciada por algunas grandes potencias, pero todo gobierno tiene el deber de

adoptar dentro de las fronteras del propio territorio de su soberanía precauciones contra las sorpresas que pudieran surgir de tan impenetrable política militar y gubernamental en Europa.

De ahí, que el gobierno alemán en vista del anterior proceso que supone una anulación de las premisas y de los fundamentos jurídicos y políticos del Tratado de Locarno declaró no estar ligado por su parte a dicho pacto y restableció la soberanía del *Reich* en todo su territorio.

El gobierno alemán no puede someter el paso dado para la seguridad del *Reich*, que no afecta más que al territorio alemán y no amenaza a nadie, a la consideración de un árbitro que, aún en el mejor de los casos, no estaría en condiciones de juzgar más que la parte jurídica y de ninguna manera la política. Y máxime cuando el consejo de la Sociedad de Naciones ha adoptado ya una resolución que prejuzga el enjuiciamiento jurídico de la cuestión.

El gobierno alemán tiene además el convencimiento de que ese fallo no sólo no proporcionaría aportación positiva alguna para una verdadera solución constructiva del problema de la seguridad europea, sino que no serviría exclusivamente más que para dificultar, cuando no para impedir, dicha solución.

Por lo demás: o se cree posible una seguridad general de la paz europea y, en ese caso, la proyectada injerencia en la soberanía de un Estado no puede producir más que efectos contraproducentes, o no se cree posible ese afianzamiento de la paz y, entonces, esa decisión tendría tan sólo una importancia jurídica que, a lo sumo, se establecería *a posteriori*.

Por lo tanto el gobierno alemán no puede ver en este punto ni en los demás de la propuesta de los delegados de las potencias de Locarno, que no suponen más que una carga unilateral para Alemania, una aportación útil para la solución verdaderamente magnánima y constructiva del problema de la seguridad europea sino, a lo sumo, elementos de discriminación de un gran pueblo que hacen, por consiguiente, problemática la verdadera organización de la paz.

Por esto, el gobierno alemán fiel al encargo que le dio el pueblo tiene que rechazar todas las propuestas de ese proyecto que gravan unilateralmente a Alemania y por lo tanto la discriminan.

Alemania, como lo revela su propuesta, no tiene el propósito de atacar jamás a Bélgica o a Francia. Sabido es, además, que, dado el gigantesco armamento francés y las enormes obras de fortificación de su frontera del este, sería insensato semejante ataque aún desde el punto de vista puramente militar.

Por estas razones, es también incomprensible para el gobierno alemán el deseo del gobierno francés de que entablen negociaciones los Estados Mayores. El gobierno alemán no vería más que un grave precedente en el hecho de que esos acuerdos de los Estados Mayores se adoptaran antes de concluir los nuevos pactos de seguridad y cree que dichos acuerdos han de ser siempre consecuencia de las obligaciones políticas de asistencia que pesan sobre las potencias de Locarno y han de celebrarse entonces a base de estricta reciprocidad.

El gobierno alemán considera además que para facilitar la solución de los problemas a resolver debería estructurarse prácticamente su complejidad atendiendo a los fines que se persiguen. Y entonces tiene que hacer las siguientes preguntas fundamentales:

¿Cuál ha de ser la finalidad de los esfuerzos de la diplomacia europea?

¿Ha de ser esta finalidad la de mantener o continuar bajo nuevas formas o modificaciones, cualesquiera que sean la clasificación de los pueblos europeos en

pueblos privilegiados y pueblos inferiores, dignos o indignos, libres o encadenados, cuando esta clasificación se ha revelado como inadecuada para asegurar duraderamente la paz?

¿Ha de ser también finalidad de los esfuerzos diplomáticos europeos la de partir de ese propósito y, por medio de simples resoluciones mayoritarias, definir el pasado y sentenciar con objeto de encontrar la justificación jurídica que al parecer faltaba para que continuase el anterior estado de cosas?

¿O ha de encaminarse el esfuerzo de los gobiernos europeos a conseguir a todo trance asentar las relaciones entre las naciones europeas sobre las bases realmente constructivas que permitan crear y afianzar una paz duradera?

El gobierno alemán le debe a su pueblo la declaración categórica de que no participará más que en este segundo intento, el único constructivo a su parecer, y esto desde luego, por íntimo convencimiento y con todo el peso de la sincera y esperanzada voluntad de la nación que le asiste en pleno.

El gobierno alemán estima que, en ese caso, la misión impuesta a los hombres de Estado europeos podría dividirse en tres períodos:

- 1) El de una paulatina pacificación de los espíritus durante la cual se podría precisar claramente el procedimiento de las negociaciones que han de iniciarse.
- 2) El de las negociaciones propiamente dichas para asegurar la paz europea.
- 3) El período posterior para estudiar los complementos que fueren de desear en la obra de la paz europea y que, ni por su materia ni por sus proporciones pueden fijarse precisamente o limitarse de antemano (cuestiones referentes al desarme, cuestiones económicas, etc.)

Para esto el gobierno alemán propone el siguiente proyecto de paz:

- 1) Para dar a los acuerdos venideros para la seguridad de la paz europea el carácter de tratados sagrados, las naciones que participen en ellos no intervendrán más que con plena igualdad de derechos y con plena consideración. El único imperativo para la firma de esos tratados será tan solo el de la visible y por todos reconocida conveniencia de dichos acuerdos para la paz europea y, por consiguiente, para la felicidad social y el bienestar económico de los pueblos.
- 2) Para acortar en lo posible, y en interés de la vida económica de los pueblos europeos, el tiempo de incertidumbre, el gobierno alemán propone limitar el primer período, o sea hasta la firma de los pactos de no-agresión y, por lo tanto, de la garantizada seguridad de paz en Europa, a cuatro meses.
- 3) El gobierno alemán, presuponiendo que el gobierno belga y el gobierno francés procedan en el mismo sentido, asegura que durante ese tiempo no aumentará en ninguna forma las tropas que se encuentran en Renania.
- 4) El gobierno alemán asegura que durante ese tiempo las tropas que se encuentran en Renania no se acercarán más a la frontera belga ni a la francesa.

- 5) El gobierno alemán propone, para garantizar estas seguridades recíprocas, el nombramiento de una comisión compuesta de representantes de las dos potencias garantes, Inglaterra e Italia, y de una potencia neutral no interesada.
- 6) Alemania, Bélgica y Francia están autorizadas para nombrar un representante en dicha comisión. Alemania, Bélgica y Francia tienen el derecho de comunicar a la comisión de garantía, para su estudio, todo eventual cambio de la situación militar dentro de ese período de cuatro meses, cuando lo crean justificado por determinados hechos.
- 7) Alemania, Bélgica y Francia se declaran dispuestas a permitir en ese caso que dicha comisión haga por medio de los agregados militares inglés e italiano las averiguaciones necesarias e informe sobre ellas a las potencias interesadas.
- 8) Alemania, Bélgica y Francia aseguran que tendrán plenamente en cuenta las objeciones que se hagan.
- 9) Por lo demás el gobierno alemán está dispuesto a aceptar, de pleno acuerdo con sus vecinos del oeste, y a base de absoluta reciprocidad, cualquier restricción militar en la frontera occidental alemana.
- 10) Alemania, Bélgica y Francia, y las dos potencias garantes, acuerdan que, inmediatamente, o, a más tardar, después de celebradas las elecciones francesas, entrarán en negociaciones, bajo la presidencia del gobierno inglés para concertar un pacto de no-agresión o un pacto de seguridad durante veinticinco años entre Francia y Bélgica por una parte y Alemania por otra.
- 11) Alemania está de acuerdo en que Inglaterra e Italia vuelvan a firmar como potencias garantes este convenio de seguridad.
- 12) Si de estos convenios de seguridad se derivasen obligaciones especiales de asistencia militar, Alemania se declara dispuesta a aceptar por su parte dichas obligaciones.
- 13) El gobierno alemán repite aquí la propuesta de concertar un pacto aéreo como complemento y refuerzo de estos acuerdos de seguridad.
- 14) El gobierno alemán repite estar dispuesto a incluir también a Holanda en estos acuerdos de seguridad occidental europea, en caso de que este Estado lo desee.
- 15) Para dar a la obra de afianzamiento de la paz que, libremente llevan a cabo Alemania por un lado y Francia por el otro, el carácter de solución conciliadora de una discordia secular, Alemania y Francia se comprometen a hacer que en la educación de las respectivas juventudes, así como en las publicaciones oficiales, se evite cuanto pueda contribuir a envenenar las mutuas relaciones de los dos pueblos por la humillación, el menosprecio o la torpe intromisión en las cuestiones internas de uno de ellos. Alemania y Francia acuerdan nombrar una comisión común en la Sociedad de Naciones encargada de transmitir a sus respectivos gobiernos para su conocimiento y

examen las quejas que pudieran presentarse.

16) Alemania y Francia se comprometen, siempre en su deseo de dar a este acuerdo el carácter de un tratado sagrado, a hacerlo ratificar por un plebiscito de los mismos pueblos.

17) Alemania se declara dispuesta a entrar por su parte en relación con los Estados de sus fronteras sureste y noroeste para invitarlos inmediatamente a concertar los pactos de no-agresión por ella ofrecidos.

18) Alemania se declara dispuesta a entrar inmediatamente, una vez concertados estos tratados, en la Sociedad de Naciones. El gobierno alemán repite aquí su esperanza en que en el transcurso de un plazo prudencial y mediante pacíficas negociaciones se resuelvan las cuestiones de la igualdad de derechos respecto a las colonias y la liberación del estatuto de la Sociedad de Naciones de las cláusulas marcadas por el Tratado de Versalles.

19) Alemania propone designar un tribunal internacional de arbitraje al cual compete velar por la observancia de este complejo contractual y cuyas decisiones sean obligatorias para todos.

* * *

Una vez terminada esta gran obra de afianzamiento de la paz europea, el gobierno alemán juzga absolutamente necesario el intento de atajar con medidas prácticas la desenfadada carrera de armamentos lo cual sería no sólo un alivio para la hacienda y la economía de las naciones sino, ante todo, un término a la tensión de los espíritus.

Pero el gobierno alemán no se promete nada del intento de soluciones universales que están condenadas de antemano a fracasar y que, por consiguiente, no pueden proponerlas más que aquellos que no están interesados en que se llegue a resultados prácticos. El gobierno alemán cree que, respecto a esto, las negociaciones y los resultados conseguidos en la reducción de armamentos marítimos pueden servir de ejemplo y de estímulo.

El gobierno alemán propone, pues, la convocación ulterior de conferencias pero cada una con una misión bien precisa.

La misión primera y principal es, a su juicio, llevar la guerra aérea a aquella atmósfera moral y humana del respeto a la población civil y a los heridos acordado en su tiempo por la Convención de Ginebra. De la misma manera, que mediante acuerdos internacionales, se ha prohibido el matar a heridos indefensos y prisioneros, emplear proyectiles *dum-dum* y hacer la guerra submarina sin advertencia, así tiene que lograr también una humanidad civilizada poner diques al bastardeamiento insensato en el empleo de las nuevas armas sin contradecir los fines de la guerra.

El gobierno alemán propone, por consiguiente, para esas conferencias estas primeras cuestiones prácticas:

1) Prohibición de arrojar bombas de gases venenosos e incendiarios.

2) Prohibición de arrojar bombas de ninguna clase a poblados descubiertos que se

encuentren fuera del alcance de la artillería media y pesada de los frentes combatientes.

3) Prohibición de bombardear poblaciones con cañones de largo alcance, fuera de una zona de combate de 20 kilómetros.

4) Supresión y prohibición de construir tanques pesados.

5) Supresión y prohibición de la artillería más pesada.

Si de las conversaciones y acuerdos resultase la posibilidad de otra limitación de armamentos, se tomaría en consideración.

El gobierno alemán se declara desde ahora dispuesto a adherirse a cualquier arreglo de esta índole siempre que tenga validez internacional.

El gobierno alemán estima que, aunque no se dé más que un primer paso en el camino del desarme, su trascendencia para las relaciones de los pueblos entre sí será extraordinaria, haciendo renacer con ello esa confianza que es condición previa para el bienestar público y el desenvolvimiento del comercio.

Para corresponder a los generales deseos de un restablecimiento de relaciones económicas más favorables, el gobierno alemán está también dispuesto a entrar inmediatamente después de concluido el tratado político, y con arreglo al espíritu de las propuestas hechas, en un cambio de ideas sobre cuestiones económicas con los países en cuestión, contribuyendo en la medida de sus fuerzas al mejoramiento de la situación en Europa y de la economía mundial inseparable de aquella.

* * *

El gobierno alemán cree haber hecho con el anterior proyecto de paz su aportación para la estructura de una nueva Europa sobre la base del mutuo respeto y a la confianza entre Estados soberanos. Muchas de las ocasiones que Alemania brindó en los últimos años para la pacificación de Europa se han malogrado. Ojalá que se alcance por fin este intento de solidaridad europea.

El gobierno alemán tiene la firme convicción de que con el presente proyecto de paz ha allanado el camino para lograrla.

El peligro bolchevique

*Discurso pronunciado en el Día del Partido, en Núremberg,
el 14 de septiembre de 1936*

¡Nacionalsocialistas!

Nuevamente esta vieja ciudad del *Reich* ha vivido siete días bajo el símbolo de la gran revista política del pueblo alemán. Nuevamente estamos palpando la más bella verdad de nuestro movimiento: la unidad de todo el pueblo y, más aún, los jefes y los compañeros del partido nacionalsocialista constituyen miembros de una sola familia.

Quién de vosotros, conciudadanos, que habéis tenido la suerte de celebrar estos grandiosos días en esta ciudad, no ha visto confirmado el hecho siguiente: hoy es una realidad el renacimiento del pueblo alemán, que para millones de hombres ha sido la única esperanza en los años llenos de amarguras que siguieron a la Guerra Mundial. Pero, lo que en aquellos tiempos fueron sueños lejanos, hoy día es realidad: ha nacido una nueva Alemania gracias a la idea nacionalsocialista, que los jefes del partido imprimieron al pueblo alemán.

El nuevo Estado nacionalsocialista se guía por un ideal confirmado en la sangre de su pueblo, y su fin primordial es la conservación y protección del pueblo.

Una ideología que rechaza la desnacionalización artificial y forzada de un pueblo como algo antinatural, crea posiblemente la única base para un entendimiento entre los Estados europeos, evitando las guerras con sus funestas consecuencias.

Políticamente, el Estado nacionalsocialista aspira al restablecimiento del honor y de la igualdad de derechos del pueblo alemán. Hoy día podemos considerar como resuelto este problema primordial y más difícil que se nos ha presentado. En apenas cuatro años de gobierno nacionalsocialista, el *Reich* se ha librado de las consecuencias más fatales de aquella rebelión que trató de difamarnos, especialmente en el terreno moral. Si los demás países reconocen y respetan los derechos naturales del pueblo alemán, en la misma forma que nosotros estamos dispuestos a respetar los derechos de las otras naciones, entonces se habrá conseguido la desaparición de una fuente de intranquilidades en el mundo.

Muchos críticos extranjeros nos atribuyen una supuesta propaganda por nuestras ideas en el extranjero. ¡No! El nacionalsocialismo es nuestra patente alemana más valiosa. Por esto, como nacionalsocialistas luchamos por la realización de nuestros ideales en nuestro pueblo, pero jamás los llevaremos al extranjero.

No nos interesan los ideales por los que se rijan otros pueblos. Solamente nos vemos obligados a hacer aclaraciones de nuestras ideas, cuando se nos ataque o cuando se den informaciones tendenciosas sobre nuestros principios e intenciones.

Nosotros somos los únicos que tenemos derecho a reclamar por la intolerancia y falta de comprensión. Continuamente estamos sufriendo ataques desde los campos de nuestros adversarios internacionalistas, y solamente porque Alemania, la Alemania nacionalsocialista sigue un rumbo distinto al que desean los adversarios extranjeros.

¿Qué interés tiene la democracia en el hecho de que en Alemania esté gobernando el nacionalsocialismo? Ella no necesita permitir el nacionalsocialismo dentro de sus países, tal como nosotros no admitimos más a la democracia en nuestro país. Durante quince años la nación alemana tuvo ocasión de conocer prácticamente las ideas

humanitarias de la democracia occidental. No tenemos ningún interés en resucitar la memoria de las *simpatías tan útiles para nosotros* que sintió la democracia mundial con la Alemania democrática. Lo hemos olvidado y el mundo debería estar contento con esto.

Pero no negamos la honda impresión que causa en nuestros ánimos la idea de que uno u otro de los países democráticos ya no fuera capaz de encontrar una forma de vida propia de su pueblo y en conformidad con sus costumbres, sino que pudiera ser víctima de aquellos conceptos internacionales del bolchevismo, que nosotros combatimos a sangre y fuego.

Esta enemistad a muerte no se debe a una repulsión intransigente de una idea contraria a nuestros conceptos, sino se basa más bien en el rechazo natural de esta ideología tan loca como bestial que amenaza en forma agresiva no sólo a nosotros sino al mundo entero.

La primera batalla entre el nacionalsocialismo y el comunismo se libró en los años de 1918 a 1920, cuando los *soviets* trataron de infectar a Alemania. Hemos atacado, oprimido y exterminado este bolchevismo que trataron de introducir en Alemania los judíos soviéticos y terroristas Lewin, Axelroth, Neumann, Bela-Kuhn, etc. Y, ya sabemos que los amos judíos del *soviet* nunca terminarán de inmiscuirse en nuestros asuntos internos; estamos obligados a considerar al bolchevismo como nuestro enemigo mortal, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

Por esto estuvimos obligados a combatir el bolchevismo dentro de Alemania como una ideología que trata de envenenar a nuestro pueblo para así destruirlo. Lo combatiremos como enemigo exterior desde el momento en que pretenda llevar la desgracia española a Alemania con métodos nuevos y más violentos. No nos dejaremos engañar por la charlatanería de aquellos cobardes que sólo reconocen el peligro cuando ya es demasiado tarde.

Pero nosotros no hemos rechazado otrora al bolchevismo en Alemania para conservar o hacer revivir la burguesía. Si el comunismo siquiera hubiese pensado en eliminar algunos de aquellos flojos y desagradables pancistas, se le hubiese mirado durante cierto tiempo con alguna tranquilidad.

Pero el fin del bolchevismo no es el de curar a los pueblos de sus dolencias, sino al contrario, de exterminar lo más sano y reemplazarlo por lo más podrido.

No puedo pactar con una ideología que siempre cuando llega al poder, no piensa primero en libertar al pueblo trabajador, sino que se apresura primero en libertar lo más bajo de la humanidad que se halla concentrado en las cárceles y penitenciarías, para largar enseguida a estos salvajes sobre el pueblo atemorizado.

Hemos rechazado esta ideología y su triunfo en Alemania, no para impedirle al trabajador alemán el acceso a la prosperidad, sino porque no queremos que al pueblo alemán le suceda lo mismo que al ruso, donde el 98 % de los puestos directivos son ocupados por judíos, y porque no toleramos de ningún modo que, con este fin, sea asesinada la inteligencia nacional nacida del pueblo mismo. El nacionalsocialismo ha abierto a innumerables alemanes de escasos recursos el camino hacia arriba, eso sí, bajo la condición de que su capacidad sea indiscutible.

El trabajador alemán no pasará por alto el hecho de que hoy es jefe de la nación un hombre, que hace apenas veinticinco años, era un trabajador como él y que una infinidad de obreros y campesinos ocupan puestos de la mayor responsabilidad.

El comunismo no puede negar que hoy el 98 % de los puestos de empleados públicos y de todos los puestos de responsabilidad están ocupados por elementos judíos, que no

solamente no pertenecen al proletariado, sino que, hasta la fecha no han ganado ni una sola vez su pan honradamente.

No hemos querido permitir tales condiciones en Alemania, donde hubiera sucedido lo mismo, como lo demuestra la república soviética de Múnich. Apenas duró un mes y ya todos sus cabecillas eran judeo-bolcheviques. Al trabajador alemán le cupo solamente el honor de cumplir las órdenes de ejecución dictadas por sus jefes judíos y tomar más tarde la responsabilidad por estos actos ante los tribunales alemanes, mientras que habían escapado sus jefes comunistas hebreos.

Por tales razones, los nacionalsocialistas hemos hecho frente al bolchevismo, defendiendo con esto los intereses del pueblo, y, sobre todo, los de nuestros trabajadores y campesinos.

También rechazamos la ideología comunista porque nos animan sentimientos más humanos para con nuestros conciudadanos. Los sucesos en España han dado otra vez al mundo una idea acerca de las crueldades de los métodos de lucha empleados por los bolcheviques.

El pueblo alemán es demasiado culto para tales bajezas.

¡También nosotros, los nacionalsocialistas, acabamos de tener una revolución! También esta revolución fue hecha por trabajadores, campesinos y soldados. Pero en esta revolución alemana no se quebró ningún vidrio, y los numerosos asesinatos cobardes perpetrados por nuestros adversarios, los hemos vencido con un mínimo de esfuerzo y sin venganzas. No porque seamos débiles e incapaces de ver sangre, sino porque no queremos causar a nuestros adversarios políticos más daños que los indispensables para la seguridad de nuestro régimen. Cada guerra civil está llena de tristezas. Pero más triste es aquella en que los batallones de proletarios trabajadores tienen que diezmarse en el fuego de la metralla, mientras que sus jefes judíos saben escapar en el momento decisivo, salvándose junto con su fortuna invertida cuidadosamente en el extranjero.

Hemos combatido al comunismo, no porque sea revolucionario, sino porque sus jefes intentaban una matanza igual a la de Rusia otrora, y ahora en España. Y esta es la diferencia entre una revolución bolchevique y otra nacionalsocialista: la primera transforma prósperos países en espantosos campos de ruinas, y la otra transforma un país empobrecido en una nación sana y floreciente.

Creemos que la salvación de 5 millones de cesantes que se reincorporan en la vida de la nación, es un mérito más grande que el incendiar templos y casas, o instigar a centenares de miles de proletarios y burgueses o campesinos para que se asesinen mutuamente.

Actualmente, el mundo se estremece ante las noticias de una nueva hambruna terrible que azota a Rusia. Desde 1917, es decir, desde el triunfo bolchevique, no cesa esta miseria. Los bolcheviques no deben culpar de sus fracasos a las condiciones climáticas adversas, o en otras palabras, a Dios; pues esta misma Rusia, que vive postrada desde hace veinte años, fue en su tiempo uno de los graneros más grandes del mundo.

En Rusia corresponde por habitante, un terreno dieciocho veces mayor del que dispone cada habitante alemán. ¡Qué economía más torpe, que, con estas riquezas no se pueda hacer vivir decentemente a su pueblo! Pero, si en la economía bolchevique, a nueve agricultores les es imposible asegurarle la subsistencia a un no-agricultor, ¿qué habría sucedido bajo un régimen análogo en Alemania, donde 2,5 agricultores deben proveer de víveres a 7,5 no-agricultores?

También a nosotros nos afectan las condiciones variables del tiempo, y aún a un

grado mucho mayor que a Rusia. ¿Qué habría sido de Alemania, si se hubiera aplicado en ella esta funesta economía de los judeo-bolcheviques?

Hemos combatido al bolchevismo porque su triunfo habría expuesto a la muerte de hambre a un 40 ó 50 % de nuestro pueblo, y aún más. Si en Rusia, un kilómetro cuadrado no basta para alimentar a ocho hombres, en Alemania bajo un régimen bolchevique no habríamos podido alimentar ni a 10 millones de habitantes; pues, los 68 millones de alemanes viven en una superficie que en Rusia es insuficiente para alimentar a 5 millones de habitantes.

Rechazamos el bolchevismo porque somos socialistas, y no entendemos bajo la palabra socialismo el régimen de un pequeño grupo y el trabajo forzado de millones de habitantes hambrientos, como pasa en Rusia, donde el estándar de vida de un pueblo entero ha bajado en favor de una burguesía soviética sin escrúpulos. El bolchevismo ve en el trabajador solamente un objeto gobernado y expoliado por los intelectuales judíos.

Finalmente, combatimos el bolchevismo, porque no queremos que algún día nuestro pueblo sea llevado a una matanza en provecho del imperialismo de los judeo-bolcheviques. El bolchevismo propicia la revolución mundial, y se habría aprovechado del pueblo alemán y de sus obreros como carne de cañón, para realizar sus propósitos imperialistas en todo el mundo. Nosotros, los nacionalsocialistas, no queremos que nuestras fuerzas armadas sean empleadas para imponer a otros pueblos algo que ellos no desean.

Nuestro ejército no jura divulgar la idea nacionalsocialista a sangre y fuego en otros países, sino que jura proteger esta idea y con ella a Alemania, su libertad y seguridad ante los ataques extranjeros.

Es esta una materia que no podemos discutir con los jefes judíos del comunismo; ya que ellos, que recorren el mundo incitando a guerras civiles y que cuando ven frustrados sus planes se retiran a Moscú, tales personas están fácilmente dispuestas a usar las fuerzas públicas para fines imperialistas. Donde quiera que dirijamos la vista, el bolchevismo incita a intervenciones en el extranjero, al envío de armamentos, a colectas de dinero, etc. El pueblo alemán cuenta con los soldados mejores y habría servido excelentemente como *tropa de la muerte* a los fines sangrientos de los revolucionarios internacionales.

Mediante la revolución nacionalsocialista hemos alejado esta amenaza, tanto de nosotros como de otros pueblos. Por esto podemos observar con cierta calma los experimentos que se hagan en otros pueblos. Pero si de estos experimentos resultan amenazas para el *Reich*, la nación respondería inmediatamente a la llamada del nacionalsocialismo, y barrería los elementos que consideran a Alemania como una fácil presa de conquistas militares.

En este tiempo de revoluciones internacionales, no debe olvidarse nunca que el dueño de Alemania será siempre el pueblo alemán, que no permitirá jamás la intromisión de un *soviet* judeo-bolchevique.

Estos son sólo algunos puntos en los cuales nos diferenciamos del comunismo. Se trata de dos mundos enteramente distintos, que nunca podrán unirse, sino que deben separarse más y más el uno del otro.

Un parlamentario lamenta en un diario inglés, que nosotros estamos dividiendo a Europa en dos campos opuestos. Sentimos mucho tener que comunicarle a este Robinson Crusoe en su feliz isla británica, que esta división es ya un hecho efectivo. Y no sólo esto, sino que esta división dividirá interiormente a todos los pueblos que

todavía no se hayan decidido por uno u otro lado.

El no querer ver una cosa, no es prueba de la inexistencia de ella. Durante años he sido para los alemanes un profeta, y como tal, un objeto de risa; mis profecías y advertencias fueron consideradas como las fantasías de un loco.

Así hablaban todos aquellos burgueses que no vieron en el bolchevismo un obstáculo para sus negocios, y que, por lo tanto, se resistían *valientemente* a creer en semejante peligro. Y, cuando cierto día el peligro no podía ya quedar inadvertido, este hecho sólo los indujo a ocultar su cabeza, creyendo, como el avestruz, evitar con esto el peligro. Basta a veces ocultarse al sonido del trueno y a la luz de los relámpagos para tranquilizarse un poco ante una tempestad. Pero cuando al fin los truenos y relámpagos aumentaron en tal forma que ya el más burgués de los burgueses no podía dudar de la revuelta, entonces les quedaba una sola esperanza: la de no acelerar el estallido de la revolución por una acción inconsiderada o provocadora.

Esto los indujo a combatir al partido nacionalsocialista, viendo un peligro especial en nuestras SA y SS, porque temían que ellas podían provocar al comunismo y enloquecerlo aún más. Esos son los famosos elementos burgueses que componen los gobiernos del frente popular, que reconocen su debilidad frente al comunismo y lo creen poder apaciguar con calma y suavidad. Por esto principian por eliminar aquellos elementos que por su resistencia al comunismo, pueden excitar y ofenderlo. En realidad, debería prohibirse el comunismo, pero ya que esos burgueses *valientes* reconocen su incapacidad para hacerlo, se limitan a prohibir los movimientos que combaten el comunismo. Con tal procedimiento se mantiene durante algún tiempo la impresión de un régimen fuerte de hombres fuertes y valientes.

En nuestra lucha hemos conocido estos politiqueros *inteligentes* y *valientes* del mundo burgués.

El nacionalsocialismo ha eliminado a estos elementos débiles, preparando así el terreno para su lucha final contra el marxismo. Fue necesario alejar previamente esta envoltura para encontrarnos enseguida con el verdadero enemigo.

La misma tarea espera probablemente también a otros pueblos, y nos causan satisfacción aquellos países que tratan de salvar sus pueblos de este peligro. Estamos convencidos de que todos los pueblos, tarde o temprano, se encontrarán frente a una clara y última alternativa, a pesar de todo intento burgués hacia un entendimiento mutuo.

Así pues, no somos nosotros los que hemos dividido a Europa en dos campos opuestos, sino que fue el bolchevismo que atacó las bases de nuestro orden social, y de todos los conceptos de moral, cultura y religión.

Si el bolchevismo limitara su doctrina a un solo país, no tendría importancia para los demás Estados. Pero el fundamento de su doctrina es el internacionalismo, es decir, la aspiración de divulgar sus conceptos por todo el orbe, revolucionando así el mundo actual. El hecho de no haber querido comprender esto un redactor inglés, significa más o menos lo mismo como si en el siglo XV un humanista vienés hubiera negado las intenciones del mahometanismo de extenderse por Europa, diciendo que el que se atreviera a afirmarlo, dividiría al mundo en Oriente y Occidente.

Desgraciadamente no puedo dejar de suponer que aquellos que dudan del peligro mundial bolchevique, provengan ellos mismos de cierto país oriental.

Pues, estos internacionalistas afirman que no es el comunismo quien divide al mundo en dos concepciones distintas, sino aquel que llama la atención sobre la realidad del comunismo, y principalmente aquel que toma medidas contra él. No nos incumbe

instruir a otros pueblos, pero sí reflexionar sobre nuestros conocimientos adquiridos. Los políticos ingleses hasta hoy no han sentido el comunismo dentro de su propio país, pero nosotros sí. Ya que he combatido, derrotado y exterminado en Alemania este mundo de ideas judeo-soviéticas creo tener más conocimientos sobre el comunismo que personas que en el mejor de los casos se han ocupado del problema sólo en forma literaria...

¡Nacionalsocialistas!

En el tiempo de quince años yo fundé, dirigí y llevé al poder a nuestro movimiento. Estando durante tres años y medio en el poder, llevé a la nación con mayor éxito aún a ocupar un puesto honrado entre las demás potencias. Durante este tiempo he tratado de hacer más sano a nuestro pueblo en el interior, más rico en su economía y de elevar el nivel de su cultura.

Cuando pienso que yo ganaba mi pan hace veintiocho años como simple albañil, que veinte años atrás marchaba como soldado del gran ejército, que quince años atrás tenía que luchar con un puñado de hombres contra una inmensa mayoría, que hace doce años fui al presidio por mi lucha por Alemania, y que sólo hace cuatro años tuve esperanzas de llegar al poder, entonces me parece que el resultado obtenido es por lo menos sorprendente.

Sólo obtuve este éxito porque, en primer lugar, me preocupé de ver las cosas tales como son, y no como nos gustaría verlas. En segundo lugar, porque nunca me dejé influenciar por personas de poco carácter, es decir, que nunca me desvié de una resolución una vez tomada. Y, en tercer lugar, porque siempre obedecí a una necesidad después de haberla reconocido. Hoy día, que el destino me ha dado tan grandes triunfos, no voy a traicionar a estas reglas.

Tal como durante quince años fui un fiel consejero en los círculos del partido, frente a los peligros que amenazaban al pueblo, así quiero hoy día hablar con toda sinceridad al pueblo alemán sobre lo que, según mi profunda convicción, amenaza a la Europa y por lo tanto también a nosotros.

Yo sigo hoy la pista de la infección bolchevique en el mundo del mismo modo que años atrás la vi y advertí su peligro en nuestro propio país. Veo los métodos de disgregación en los pueblos por el bolchevismo y observo cómo van madurando y preparándose para la revolución.

Tengo el gran deseo de que le sea posible a nuestro partido resolver los grandes problemas que se nos presentan a nuestro trabajo pacífico. Ellos exigen toda la atención, energía y fe de un jefe y de su pueblo.

Todas estas son grandes tareas cuya resolución no sólo immortalizará mi nombre, sino que ante todo, al de nuestro partido en Alemania. De nada necesitamos para esto más que de la paz. Tal como pudimos llevar a cabo nuestra tarea, solamente mediante la paz social en el pueblo, así sólo podemos realizar estos proyectos bajo la paz europea.

No necesito recalcar la fama del movimiento nacionalsocialista, y menos aún la del ejército alemán, agregándole nuevos laureles militares.

Quien se propone tan grandes tareas económicas y culturales como nosotros, y quien principia a realizarlas con tanta energía, puede erigirse su mejor monumento solamente bajo la paz.

Pero, como fue necesario en su tiempo crear para asegurar la paz interna, a las tropas milicianas de la SA y SS, así no puedo hoy dejar la paz externa en manos del azar, de la

comprensión o antojo del mundo exterior. Los pueblos vecinos a Alemania deberán comprender que si ellos mismos respetan la independencia, la libertad y el honor de Alemania, no encontrarán ningún amigo mejor que el III *Reich* nacionalsocialista.

Pero también debe saber ese bolchevismo, que piensa aumentar su ejército para abrirse paso por medio de revoluciones en otros países, ese bolchevismo debe saber que delante de las puertas alemanas se halla el nuevo ejército alemán.

Sería una falta de responsabilidad si no pensáramos en la eventualidad de una revolución bolchevique en Europa. Si yo fuera tan mísero como suponen muchas veces mis enemigos, podría estar contento al pensar que el bolchevismo debilitará lentamente los Estados en que ha penetrado, y que esto redundaría en provecho de Alemania. Creo que muchos demócratas burgueses me consideran como un salvaje por mi calidad de nacionalsocialista. Pero, no obstante esta calidad de salvaje, soy un europeo mejor, y en todo caso más cuerdo, porque con gran preocupación veo la siguiente evolución de Europa: la democracia disgrega los Estados europeos en forma visible, los ciega en la apreciación de peligros inminentes y entorpece cada resistencia resuelta; la democracia es el camino por el cual el bolchevismo introduce sus efectos disolventes en los diferentes países donde la infección permanece actuando hasta que elimina completamente en el pueblo la facultad de reflexión y la de resistencia. Para evitar males aún mayores, se organizaran gobiernos de coalición disfrazados como frentes populares que tratarán de exterminar las últimas fuerzas intelectuales y organizadas que podrían ofrecer resistencia al bolchevismo. Toda insurrección bolchevique realizada con éxito, produce en los otros países propaganda fuerte en las masas sediciosas por los bolcheviques, proporcionándoles nuevos bríos y sembrando el temor entre los elementos de orden.

Con el fin de atemorizar los elementos nacionalistas en otros países, han recurrido los comunistas a los salvajes asesinatos en masa, quemando a las mujeres de oficiales después de rociarlas con bencina, matando a los niños de padres nacionalistas, etc.

Si estos métodos llegasen a realizarse y los modernos girondinos fuesen reemplazados por los jacobinos y los Kerenskis del frente popular por los bolcheviques, entonces toda Europa se transformaría en un mar de sangre y de duelo. La cultura europea, fertilizada por la antigüedad clásica y que registra una historia de dos milenios y medio sería sustituida por la barbarie más horrible de todos los tiempos.

Estos son los peligros que veo, más no soy uno de aquellos que se desmayan ante ellos cerrando los ojos y que los niegan por miedo.

Frente a esta situación que amenaza a la cultura y civilización, no puedo ocultar mi profunda e íntima simpatía por los que en sus países tratan de alejar o al menos suprimir este peligro.

En vista de este peligro, quiero dirigir un llamamiento del carácter más serio al pueblo alemán y es el de adoptar la misma actitud de lucha que hemos seguido durante catorce años como nacionalsocialistas. Y todos deben saber: no lucho por mí, sino sólo lucho por el futuro de nuestro pueblo, por nuestra querida patria, por nuestros compatriotas, y sobre todo por nuestra juventud, por nuestros hijos.

En estos tiempos decisivos para la Historia, en los cuales el destino tendrá que inclinarse hacia un lado determinado, creo necesario que cada alemán comprenda que la fuerza de resistencia no reposa en las cifras inertes de una organización, sino siempre en su vitalidad.

¿Cuál de nosotros no dirige sus miradas día a día hacia aquel desdichado país en el sur de Europa, en el que la guerra civil avanza sin cesar para encontrar finalmente su

decisión? A nosotros los nacionalsocialistas, no nos sorprende lo que oímos sobre las atrocidades hechas por los asesinos bolcheviques y los criminales anarquistas. Si frente a esto, Alemania es un país que disfruta de una paz absoluta y de un orden perfecto, esto se lo debemos al espíritu nacionalsocialista que anima a nuestro partido y que lo ha conducido a la victoria.

Cuando, hace años, llegó el día de la lucha con el bolchevismo, ninguna de las antiguas instituciones políticas fue capaz de vencer al comunismo. Fue nuestro partido el que, animado del espíritu nacionalsocialista, pudo arrasar con el elemento de la descomposición y vencerlo.

Siento el deseo de expresar mis más profundos reconocimientos al sinnúmero de luchadores de nuestro movimiento por su abnegación nacionalsocialista, como también a mis numerosos cooperadores, por sus infatigables labores desarrolladas al servicio del resurgimiento de nuestro pueblo, nuestro *Reich*, nuestra cultura.

Sobre todo quisiera agradecerles a los jefes y soldados del ejército que montan y montarán guardia en el futuro, como fieles defensores del III *Reich*...

¡Nacionalsocialistas!

Por octava vez nos despedimos para volver enseguida al lugar de nuestros trabajos. Con grata satisfacción recordaremos estas horas de estrecha camaradería durante este acontecimiento. Abandonamos este sitio abrigando la firme y segura esperanza de poder volver a saludarnos, dentro de doce meses, como miembros de una gran familia de jefes y oficiales, de luchadores y de soldados de nuestro pueblo.

¡Viva Alemania!

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 30 de enero de 1937

Hombres del parlamento alemán:

En día de honda significación para el pueblo alemán se ha reunido el parlamento. Cuatro años han transcurrido desde el momento en que comenzó la gran transformación y renovación interna que desde entonces se operó en Alemania. Cuatro años que pedí al pueblo alemán tanto para prueba como para fallo. ¿Qué ocasión mejor que ésta para enumerar uno por uno los éxitos y los progresos que estos cuatro años brindaron al pueblo alemán? Pero no es posible en este breve acto citar todo lo que podía considerarse como más notable en esta época, quizá la más asombrosa en la vida de nuestro pueblo. Esto es misión más bien de la prensa y de la propaganda. Además este año se celebrará en Berlín, en la capital del *Reich*, una exposición en la que se intentará dar una idea de lo creado, de lo conseguido y de lo empezado más amplia y más detallada de lo que podría ser la que yo diera en un discurso de dos horas. Por esto quiero aprovechar esta histórica sesión de hoy del parlamento alemán para recoger en una ojeada retrospectiva sobre los cuatro años transcurridos algunos de los conocimientos, de las experiencias y de los efectos de índole general cuya comprensión importa no sólo a nosotros sino también a nuestros descendientes.

Quiero además tomar posición respecto a los problemas y tareas de cuya importancia debemos darnos clara cuenta nosotros y los demás para hacer posible una mejor convivencia y finalmente quisiera trazar en breves líneas los proyectos que abrigó en parte para un futuro inmediato y en parte para un futuro más remoto.

En la época en que como simple orador recorría la tierra alemana me preguntaron muchas veces elementos burgueses por qué creíamos en la necesidad de una revolución en vez de intentar mejorar el estado de cosas que nos parecía perjudicial e insano dentro de las normas existentes y colaborando con los demás partidos.

¿Por qué un nuevo partido y por qué sobre todo una nueva revolución?

Mis respuestas de entonces estaban siempre inspiradas en estas consideraciones:

1) El desconcierto, la decadencia a que habían llegado las concepciones de la vida y la lucha por la existencia, no podían ser conjurados con un simple cambio de gobierno. Estos cambios se habían verificado ya más que suficientemente antes de nosotros sin que por eso se presentase una mejora esencial en la calamidad alemana. Todas esas modificaciones gubernamentales no tenían positiva importancia más que para los actores del espectáculo pero para la nación fueron casi siempre de resultados puramente negativos. Durante mucho tiempo el pensamiento y la vida práctica de nuestro pueblo habían emprendido sendas tan antinaturales como de nocivos resultados. Una de las causas de este estado de cosas radicaba en la organización misma del Estado y de la gobernación, extrañas ambas a nuestro carácter, a nuestra historia y a nuestras necesidades.

El sistema democrático parlamentario era inseparable de las manifestaciones generales de la época. Ahora bien, el remedio para un mal difícilmente puede lograrse participando en las causas que la producen sino eliminándolas radicalmente. Pero para ello la lucha política debía tomar necesariamente en las circunstancias dadas el carácter de una revolución.

2) Una transformación y una reorganización revolucionaria de esa naturaleza no son concebibles en los sostenedores y representantes más o menos responsables del antiguo estado de cosas y por consiguiente tampoco en las organizaciones políticas de la anterior vida constitucional, ni se concibe participando en esas instituciones sino únicamente mediante la creación y la lucha de un nuevo movimiento cuyo objeto y finalidad sean la necesaria reforma de la vida política, cultural y económica hasta en sus raíces más profundas dando para ello si es preciso su sangre y su vida.

Es digno de notarse aquí que el triunfo parlamentario de partidos medios apenas si modifican esencialmente el rumbo de la vida y el aspecto de los pueblos en tanto que una verdadera revolución nacida de arraigados principios ideológicos produce exteriormente también modificaciones hondas y generalmente perceptibles.

¿Y quién dudará de que en estos cuatro años transcurridos se ha desencadenado verdaderamente en Alemania una revolución de imponente magnitud?

¿Quién puede comparar todavía esta Alemania de hoy con la que existía en aquel 30 de enero, hoy hace cuatro años, cuando yo, a esta hora presté el juramento ante el venerable presidente del *Reich*?

Ciertamente, cuando yo hablo de una revolución nacionalsocialista quizá el extranjero precisamente y quizá también algunos de nuestros conciudadanos no lleguen a ver toda la profundidad y todo el carácter de esta transformación por la peculiaridad que tuvo en Alemania

No digo que precisamente este hecho, que para nosotros es lo más sobresaliente en la forma de producirse la revolución nacionalsocialista y que nos debe llenar de singular orgullo, había de entorpecer más bien que favorecer la comprensión de este proceso histórico único, en el extranjero y en algunos de nuestros compatriotas. Y es que esta revolución nacionalsocialista empezó por ser una revolución de las revoluciones.

Quiero decir con esto lo siguiente: durante miles de años se forjó y se impuso no sólo en cerebros alemanes sino más todavía en los cerebros del resto del mundo la idea de que la característica de toda verdadera revolución debía ser la eliminación sangrienta de los representantes de los poderes anteriores y al mismo tiempo una destrucción de las instituciones públicas y privadas y de la propiedad. La humanidad se ha acostumbrado así a reconocer en cierto modo revoluciones acompañadas de estos hechos como procesos legales, es decir, si no a aprobar el aniquilamiento tumultuoso de la vida y de la propiedad, cuando menos a perdonarlo, como fenómenos sencillamente necesarios de estos hechos que, por eso, precisamente, se llaman revoluciones.

Aquí radica quizá la gran diferencia entre la revolución nacionalsocialista y las demás revoluciones, si prescindo del levantamiento fascista en Italia.

La revolución nacionalsocialista puede decirse que ha sido completamente incruenta. En la época en que el partido, venciendo seguramente resistencias muy fuertes en Alemania, se encargó del poder, no se produjo el menor daño. Con cierto orgullo puedo decir que fue quizá la primera revolución moderna en la que no se rompió un cristal siquiera.

Pero no querría que se me interpretase mal: si esta revolución fue incruenta no quiere esto decir que no fuésemos lo bastante hombres para poder ver también la sangre.

Durante más de cuatro años fui soldado en la guerra más sangrienta de todas los tiempos. Durante ella no hubo situación ni hubo impresiones que me alterasen una vez los nervios. Lo mismo ocurre con mis colaboradores. Pero nosotros no vimos la misión de la revolución nacionalsocialista en destruir vidas o valores humanos sino más bien en

organizar una vida nueva y mejor. Nuestro máximo orgullo es el de haber realizado la mayor revolución seguramente en nuestro pueblo con un mínimo de víctimas y de pérdidas. Sólo allí donde el sadismo asesino bolchevique creyó, aún después del 30 de enero de 1933, que podía impedir violentamente el triunfo, la realización de la idea nacionalsocialista, respondimos también con la violencia y entonces, como es natural, fulminantemente. A otros elementos cuya indisciplina unida a su incapacidad política conocimos les pusimos en prisión preventiva devolviéndoles en general la libertad al poco tiempo. Y a unos cuantos cuya actividad política no era más que la máscara para una conducta criminal corroborada por numerosas penas de prisión y de presidio, les impedimos que continuasen su perniciosa labor destructiva sujetándolas por primera vez en su vida a una ocupación útil. Yo no sé si hubo jamás una revolución tan radical como la nacionalsocialista que permitiese sin embargo que infinidad de funcionarios políticos de antes continuasen tranquilos y en paz en sus actividades, y que muchos de los más acerbos enemigos en altos puestos del Estado muchas veces percibiesen íntegramente las rentas y pensiones que les correspondiesen.

Nosotros lo hemos hecho. Verdad es que no nos ha servido siempre, precisamente para el extranjero, proceder de esta manera. Hace pocos meses pudimos ver cómo honorables ciudadanos británicos se creyeron en el deber de dirigirse a mí protestando de que se retuviera en un campo de concentración alemán a uno de los sujetos más criminales de Moscú. Quizá sea ignorancia mía el no saber si estos hombres honorables protestaron también en su día contra los sangrientos actos de terror cometidos en Alemania por esos criminales de Moscú, la actitud que tomaron frente al terrible lema *matad a los fascistas donde les encontréis* o si por ejemplo ahora manifestaron su indignación sobre las matanzas, violaciones e incendios de decenas y decenas de miles de hombres, mujeres y niños.

Si la revolución en Alemania se hubiese realizado según el ejemplo democrático de España, se les habrían quitado completamente afanes y cuidados a esos apóstoles extranjeros de la no-injerencia. Quienes conocen el estado de cosas en España aseguran que el número de personas asesinadas bestialmente pasa de seguro de las 170.000. A juzgar por la obra de esos buenos revolucionarios españoles, la revolución nacionalsocialista, teniendo en cuenta el triple número de población habría tenido derecho para matar de 400.000 a 500.000 personas. El no haberlo hecho parece haber sido una omisión que, según vemos, se juzga adversamente en el mundo democrático.

Efectivamente habríamos tenido la fuerza para hacerlo. Pero quizá tuvimos mejores nervios que esos asesinos que huyen cobardemente en lucha abierta y no pueden matar más que a rehenes indefensos. Nosotros fuimos soldados y nos portamos entonces como debimos en la liza más sangrienta de todos los tiempos. Sólo el corazón - y puedo decir que la razón también - nos guiaron entonces. Por eso toda la revolución nacionalsocialista produjo en total menos víctimas que nacionalsocialistas habían matado sólo en 1932 en Alemania, sin revolución, nuestros enemigos los bolcheviques.

Ciertamente esto no fue posible más que siguiendo un principio que inspiró nuestra conducta en el pasado y que no queremos olvidar jamás en el futuro: la misión de una revolución o de un cambio cualquiera no puede ser la de engendrar un caos sino la de reemplazar lo malo con lo bueno. Claro que esto exige siempre que lo bueno exista realmente. Cuando hace cuatro años, el 30 de enero, me llamó el presidente del *Reich* y me confió la formación de un nuevo gobierno, teníamos tras nosotros una intensa lucha por el poder del Estado, lucha que habíamos librado con los medios estrictamente legales de entonces. El sostenedor de esta lucha fue el partido nacionalsocialista en el

cual el nuevo Estado encontró ya un perfil ideal y formal antes de que pudiera proclamarlo de hecho. Todos los fundamentos y principios del nuevo *Reich* fueron fundamentos, ideas y principios del partido nacionalsocialista. El partido nacionalsocialista se había forjado la posición preeminente en el parlamento en lucha legal para ganarse al pueblo y cuando, por fin, se le dio la dirección de hecho, hacía ya más de un año que según las normas democrático-parlamentarias hubiese podido reclamar el derecho a ella.

Pero el sentido de la revolución nacionalsocialista radica en que lo que este partido pedía era la verdadera subversión de los principios y de las instituciones que habían regido hasta entonces. Y sólo cuando algunos ciegos creyeron que podían negar al movimiento llamado con justo título para gobernar el *Reich* la debida obediencia en el cumplimiento del programa que tenía la aquiescencia del pueblo, fue cuando con férrea mano hicimos doblar ante el nuevo *Reich* y ante el nuevo derecho, ambos nacionalsocialistas, la cerviz de estos elementos díscolos que se ponían fuera de la ley.

Pero con esto, camaradas y diputados del parlamento, había terminado también la revolución nacionalsocialista. Pues desde el momento en que el partido se aseguró el poder en el *Reich*, consideré natural que la revolución se encauzara en una evolución.

Ciertamente este proceso así iniciado supone una transformación radical ideológica y práctica que siguen rechazando todavía hoy algunos rezagados porque está fuera del horizonte espiritual de su inteligencia o del estrecho egoísmo del propio interés. Y es que la doctrina nacionalsocialista ha obrado sin duda revolucionariamente en infinidad de terrenos de nuestra vida y ha intervenido en ellos en consecuencia.

Como principio, nuestro programa nacionalsocialista sustituye el concepto liberal de individuo y el concepto marxista de la humanidad por otro: el del pueblo determinado por la sangre y por el suelo. Principio sencillo y lapidario, pero de enormes efectos. Por primera vez, quizá, en la Historia se ha orientado en este país el espíritu en el sentido de que, entre todas las misiones que se nos han impuesto, la más excelsa y, por lo tanto, la más sagrada para el hombre, es la conservación de la estirpe que Dios le dio. Por primera vez fue posible en este *Reich* que el hombre aplicase los dones del conocimiento y del juicio que la Providencia le concediera al estudio de estos problemas que son para su propia existencia de una importancia más enorme que todas las guerras triunfales o las victoriosas batallas económicas. La revolución más grande del nacionalsocialismo es la de haber rasgado la puerta del conocimiento de que todas las faltas y errores de los hombres están condicionadas por el tiempo y por consiguiente son capaces de enmienda menos una sola: el error sobre la significación y la conservación de su sangre, de su linaje y, por lo tanto, de la forma que Dios le había dado y del alma que en él había infundido. Los hombres no tenemos que discutir por qué la Providencia ha creado las razas, sino limitarnos a reconocer que castiga a quien desprecia su obra.

Indecible dolor y calamidad afligieron al hombre porque perdió en un falso intelectualismo ese conocimiento profundamente arraigado en el instinto. Hoy viven en nuestro pueblo millones y millones de personas para las cuales esta ley se ha hecho clara e inteligible. Y digo aquí proféticamente: así como la teoría de la revolución de la Tierra alrededor del sol modificó por completo la cosmografía, así la teoría de la sangre y de la raza del movimiento nacionalsocialista producirá una revolución en los conocimientos y, por ende, en la idea de la Historia en el pasado y en el futuro.

Lo cual no llevará a un alejamiento de los pueblos, sino al contrario, por primera vez, a una verdadera comprensión mutua. Pero impedirá también, desde luego, que el pueblo judío bajo la máscara de honrado ciudadano procure descomponer interiormente y por

lo tanto dominar los demás pueblos.

Las consecuencias de este conocimiento del cual tenemos la convicción de ser verdaderamente revolucionario han sido de importancia trascendental para la vida alemana. Si por primera vez en nuestra historia, el pueblo alemán encontró el camino hacia una unidad más amplia que nunca, fue al conjuro irresistible de esa revelación interior. Cayeron infinidad de prejuicios, apartáronse numerosos obstáculos que se revelaron inconsistentes, palidieron malas tradiciones, desvalorizáronse viejos símbolos y sobre la impotencia de un fraccionamiento étnico, dinástico, ideológico, religioso y partidista se alza el pueblo alemán empuñando el lábaro de una unidad que da simbólicamente testimonio del triunfo, no de un principio político, sino de un principio racial. Al servicio del triunfo de esta idea ha estado durante cuatro años la legislación alemana. Así como el 30 de enero de 1933, al encomendársele la cancillería se legalizaba una situación de hecho, es decir se encargaba la gobernación del *Reich* y la determinación del destino alemán al partido que dominaba sin disputa en Alemania, así durante estos cuatro años la legislación alemana no ha sido sino la fijación en normas jurídicas de un mundo ideológico que se había abierto camino.

Para todos nosotros será seguramente el recuerdo más hermoso de la vida cómo se realizó entonces políticamente esa hermandad étnica del pueblo alemán. Como una tempestad de primavera recorrió hace cuatro años la tierra alemana. Las tropas de combate de nuestro movimiento que durante cuatro años defendieron la bandera de la cruz gamada contra un enemigo superior en número y que durante catorce largos años fueron avanzando con ella, la clavaron honda en el suelo del nuevo *Reich*.

En pocas semanas se habían liquidado y eliminado los restos políticos y los prejuicios sociales de un pasado milenario en Alemania.

¿O es que no puede hablarse de una revolución cuando en tres meses escasos desaparece un caos democrático parlamentario y se pone en su lugar un régimen de orden, de disciplina y de energía también como jamás le tuviera Alemania en esa unidad y en esa plenitud de poder? Tan grande fue la revolución que todavía hoy no ha comprendido el mundo superficial sus fundamentos espirituales. Se habla de democracias y dictaduras y no se ha visto siquiera que en este país se ha cumplido una revolución cuyo resultado hay que considerar como democrático en el más alto sentido de la palabra, si es que la democracia ha de tener un significado. Con indefectible aplomo nos orientamos hacia un sistema que - como en el resto de la vida - asegure también en el terreno de la gobernación política de la nación un proceso de selección natural e inteligente que lleve a ella las cabezas verdaderamente capaces de nuestro pueblo sin consideración a la cuna, a la procedencia, al nombre o a la fortuna sino únicamente conforme a las altas aptitudes que posean. La hermosa frase del gran corso de que cada soldado llevaba en su mochila el bastón de mariscal, encontrará en este país su complemento político. ¿Hay un socialismo más hermoso, más grande y una democracia más verdadera que ese nacionalsocialismo que gracias a su organización permite que entre millones de muchachos alemanes pueda encontrar el camino que le lleve a la cúspide de la nación aquel de quien la Providencia quiera servirse? Y esto no es mera teoría. Esto en la Alemania nacionalsocialista de hoy es una patente realidad para todos. Yo mismo, llamado por la confianza del pueblo para *Führer*, procedo de ese pueblo. Todos los millones de obreros alemanes saben que a la cabeza del *Reich* no se halla un literato extraño o un apóstol de la revolución internacional, sino un alemán salido de sus propias filas. Y muchos de los que un día fueron simples obreros y campesinos, ocupan hoy en este Estado nacionalsocialista funciones directrices,

y algunos de ellos, en calidad de ministros, gobernadores y jefes regionales son los más altos rectores y representantes del pueblo.

Claro es que el nacionalsocialismo ve siempre aquí a todo el pueblo y nunca una sola clase. El objeto de la revolución nacionalsocialista no fue privar para siempre de derechos a una clase antes privilegiada, sino hacer de una clase sin derechos una clase igual a las demás. No fue propósito degradar a millones de ciudadanos haciendo de ellos trabajadores forzados sino hacer de esos trabajadores ciudadanos alemanes. Porque una cosa comprenderán todos los alemanes: las revoluciones como actos de violencia no pueden ser más que de corta duración. Si no pueden construir nada nuevo consumirán en sus excesos y en poco tiempo lo existente. Al violento acto de la toma de poder debe seguir inmediatamente una venturosa obra de paz. Pero el que elimina las clases para crear otras nuevas echa el germen de nuevas revoluciones. Lo que hoy es burgués y dicta, mañana será proletario condenado a trabajos forzados en Siberia y esperará un día su liberación lo mismo que el proletario le estuvo sometido antes y que cree dictar ahora. La revolución nacionalsocialista no se propuso jamás por esto llevar al poder a una clase del pueblo alemán para alejar a otra, sino al contrario: su propósito fue únicamente asegurar a todo el pueblo alemán mediante su organización en masa la posibilidad no sólo de una actividad económica sino también de una actividad política. Claro que limitándose para ello a los elementos pertenecientes a nuestro pueblo y negando a una raza extraña influencias sobre nuestra vida política, espiritual o cultural y una posición económica de privilegio.

En esta compenetración étnica de nuestro pueblo y en el despertar de la inteligencia para ella, despertar debido al nacionalsocialismo, radican las profundas causas del éxito maravilloso de nuestra revolución.

Ante este nuevo y gigantesco ideal palidecieron todos los ídolos y reminiscencias políticas, dinásticas, étnicas y partidistas del pasado. Así fue posible que en el curso de pocas semanas se hundiese todo el mundo de nuestros antiguos partidos sin que se notase ni un momento sensación de vacío. Y es que se había impuesto una idea nueva y mejor, un nuevo orden de cosas les había reemplazado. Una nueva organización de nuestro pueblo, de la nación que trabaja y que creaba, apartó, sencillamente, las viejas organizaciones y sociedades de patronos y de obreros. Y cuando se hubieron alejado los simbólicos testimonios del pasado alemán y, por tanto, del fraccionamiento y de la impotencia de Alemania, no fue por resolución de un comité como en 1918 o en 1919 y a ser posible mediante concurso para encontrar el nuevo símbolo del *Reich*, sino por la bandera que como emblema de la época de lucha nacionalsocialista nos guió en el resurgimiento y que desde entonces se ha convertido en signo de este mismo resurgimiento nacional en tierra, mar y aire.

Hasta qué punto el pueblo alemán comprendió y estimuló la importancia de este cambio y de esta transformación lo revela mejor que nada el asentimiento que la nación nos ha prestado tantas veces desde entonces. Porque de todos los que tan a menudo y con tanto gusto se afanan en presentar los gobiernos democráticos como instituciones sostenidas por el pueblo, a diferencia de las dictaduras, nadie tiene más derecho que yo a hablar en nombre de su pueblo.

Como resultado de esta parte de la revolución alemana voy a asentar lo siguiente:

1) En el pueblo alemán no hay desde entonces más que un sustentador de la soberanía, y es el pueblo mismo.

- 2) La voluntad de este pueblo encuentra su expresión en el partido como organización política del mismo.
- 3) Por consiguiente no hay más que un sólo legislador.
- 4) No hay tampoco más que un sólo poder ejecutivo.

El que compare con esto la Alemania anterior a enero de 1933 verá la gigantesca transformación que se encierra en esos breves hechos.

Esta transformación no es sino el resultado de la realización de un principio de la teoría nacionalsocialista según el cual la razón y la finalidad del pensamiento y de la conducta humanos no puede estar en la creación o conservación de una teoría, organización o función concebida por el hombre, sino en la afirmación y desarrollo de los pilares étnicos creados por Dios. Por esto, el triunfo del movimiento nacionalsocialista colocó al pueblo por encima de toda organización, de toda teoría, de toda función, como lo esencial y permanente.

El sentido y la finalidad de la existencia de las razas creadas por la Providencia no podemos los hombres ni alcanzarlos ni establecerlos. Pero el sentido y la finalidad de las organizaciones humanas y de todas sus funciones pueden medirse por la utilidad que tienen para la conservación del pueblo esencial y permanente. Por esto el pueblo es lo primario. Partido, Estado, ejército, economía, Justicia, etc., son fenómenos secundarios, medios para el fin que es la conservación de ese pueblo. Y precisamente en la medida en que se cumplan sus funciones son justos y beneficiosos. Si no bastan para esa misión son nocivos y/o hay que reformarlos o eliminarlos, reemplazándolos por otros mejores. Sólo el conocimiento de este principio puede preservar al hombre de perderse en rígidas doctrinas donde no hay doctrina alguna, de falsear los medios como dogmas, allí la finalidad debe ser el único dogma.

Todos vosotros, hombres del parlamento, comprendéis el sentido de lo que estoy diciendo. Pero yo hablo en este momento para todo el pueblo alemán y voy a ilustrar a la luz de algunos ejemplos la importancia que estos principios cobraron en el momento en que empezamos a aplicarlos a la vida práctica. Entonces será cuando muchos comprendan porque hablamos de una revolución nacionalsocialista aunque no se haya tratado aquí de destrucción de propiedad ni de exterminio.

Durante largo tiempo, en parte por la adopción de ideas extrañas, en parte por la falta de una concepción clara, nuestra vida jurídica cayó en una confusión elocuentemente manifestada en la incertidumbre de la íntima finalidad del derecho. Dos polos caracterizan esta situación:

- 1) La idea de que el derecho como tal lleva en sí su propia justificación y no permite por consiguiente el menor examen de la utilidad particular o general. El derecho existe aunque el mundo zozobre en él.
- 2) La idea de que el derecho está llamado esencialmente a proteger al individuo en su persona y en su propiedad. Entre ambas asomó como tímido adorno la representación de grandes intereses sociales generalmente sólo como una concesión a la llamada razón de Estado.

La revolución nacionalsocialista ha asimilado frente a éste un punto de partida

terminante e inequívoco al derecho, a la ciencia jurídica y a la Justicia.

La misión de la Justicia es contribuir a la conservación del pueblo poniéndole a seguro de aquellos elementos asociales que intenten sustraerse a las obligaciones comunes o atenten contra esos intereses generales. Así, desde ahora, en la vida jurídica alemana está también el pueblo sobre la persona y sobre la cosa.

Este simple hecho lleva en su aplicación a la mayor reforma que se haya efectuado hasta ahora en nuestra vida y en nuestra doctrina jurídica. Conforme a este punto de partida el primer efecto decisivo fue la proclamación no sólo de un único legislador sino también de un único poder ejecutivo. La segunda medida no está todavía terminada pero dentro de pocas semanas será anunciada al pueblo. Por primera vez desde esta gran perspectiva general se dará a la Justicia alemana en un nuevo código penal los fundamentos que la pondrán para siempre al servicio de la conservación del pueblo.

Por grande que fuera el caos que encontramos en 1933 en los distintos aspectos de la vida social, fue no obstante superado por la ruina de la economía alemana. Este fue también el aspecto del derrumbe alemán que la amplia masa de nuestro pueblo conoció de una manera más clara e inmediata. El estado de cosas está en vuestro recuerdo y en el de todo el pueblo alemán. Como documento de esta catástrofe encontramos ante todo dos fenómenos:

- 1) Más de 6 millones de desempleados.
- 2) Una clase labradora condenada visiblemente a perecer.

El área total de las tierras agrícolas embargadas entonces era algo mayor que todo el país de Turingia. Así no podía asombrar que ante una reducción general de la producción por una parte y de la capacidad adquisitiva por otra, la inmensa mayoría de nuestra clase media estuviese condenada en breve a la catástrofe y por consiguiente al aniquilamiento. Todavía hoy podemos ver con posterioridad la gravedad que asignamos a ese aspecto de la crisis alemana en el hecho de que precisamente para remediar el desempleo forzoso y para evitar que continuase el desmoronamiento de la clase labradora alemana me hice dar el consabido plazo de cuatro años.

Tengo que consignar aquí también que en 1933 el nacionalsocialismo no recurrió a medidas tomadas por otros, prometedoras de cierto éxito, sino que el partido fue encargado de la gobernación del *Reich* en el momento en que podía considerarse como fracasada la última posibilidad de salvación y cuando se habían demostrado como fallidos todos los intentos de reanimar la miseria económica.

Si hoy, a los cuatro años, me presento ante el pueblo alemán y ante vosotros, diputados, hombres del parlamento alemán, a rendir cuentas, no podréis negarme a mí ni al gobierno nacionalsocialista que no haya cumplido mi promesa de entonces.

No fue ésta fácil empresa. No digo nada nuevo al aseverar aquí que precisamente los llamados *expertos* eran los que no creían entonces en la posibilidad de salvación.

Lo que sin embargo me indujo a creer en el renacimiento alemán y especialmente en el saneamiento de la economía frente a esta situación terrible y - como ya dije - sin perspectivas precisamente para los expertos, está fundado en dos razones:

- 1) Siempre me inspiraron compasión los seres pusilánimes que ante cualquier situación difícil se encuentran dispuestos a pronosticar inmediatamente el hundimiento de un pueblo. ¿Qué quiere decir hundimiento? El pueblo alemán vivió ya antes de la época en

que adquirimos conciencia de su historia. Y aún cuando pasemos por alto completamente sus primeras vicisitudes, es evidente que durante esos dos mil años más de una vez catástrofes indecibles y sufrimientos afligieron aquella parte de la humanidad que hoy llamamos pueblo alemán. Hambre, guerra y peste irrumpieron espantosamente en nuestro pueblo segando vidas de manera horrenda. Hay que tener una fe inquebrantable en la fuerza vital de una nación cuando se piensa que hace pocos siglos, en una guerra de treinta años, nuestro pueblo alemán se redujo ¡de 18 millones a 4 millones! ¡Si pensamos que este país antes floreciente fue saqueado, desgarrado y empobrecido, que sus ciudades fueron incendiadas, sus pueblos y aldeas devastadas, y los campos abandonados y desiertos! ¡Pero algunos decenios más tarde nuestro pueblo comenzó de nuevo a crecer, las ciudades a llenarse de nueva vida, los campos a labrarse y a resonar en ritmo gigantesco, el canto del trabajo que nos brindó nueva existencia y nueva vida!

Sigamos la parte que nos es conocida de los destinos de nuestro pueblo desde su más remota antigüedad hasta nuestros días y consideremos los aspavientos grotescamente ridículos de esos charlatanes insulsos que hablan inmediatamente de la ruina de la economía y al mismo tiempo del acabóse de la vida humana cuando en cualquier parte del mundo se desvaloriza un pedazo de papel. Alemania y el pueblo alemán han sabido ya arrostrar victoriosamente catástrofes muy duras. Reconozco que siempre fueron indispensables hombres que tomaran las medidas necesarias imponiéndose a la situación y sin consideración a elementos negativos o a quienes pretenden saberlo todo mejor. Un conjunto de medrosas liebres parlamentarias se presta mal en realidad para salvar a un pueblo de la miseria y de la desesperación.

Yo tenía la firme creencia y la sagrada convicción de que se lograría detener la catástrofe económica alemana en el momento en que se llegara a creer en lo imperecedero de un pueblo y se asignara a la economía el papel que le corresponde como servidora en la vida del pueblo.

2) Nunca fui economista, lo cual significa, ante todo, que jamás en mi vida fui un teórico. Pero, desgraciadamente, he encontrado que los teóricos mas empedernidos han anidado siempre, precisamente allí donde la teoría no es nada y la vida práctica lo es todo.

Es natural que, en el curso del tiempo, también en la vida económica surgieran determinados principios empíricos y determinados métodos prácticos. Empero, todos los métodos están ligados al tiempo. Querer hacer dogmas de los métodos significa despojar a la capacidad humana y a la energía en el trabajo de aquella fuerza elástica que es lo que permite cambiar los medios cuando varíen las condiciones. El intento de hacer un dogma de métodos económicos fue emprendido por muchos con esa rigurosa aplicación proverbial de los hombres de ciencia alemanes, elevándolo a materia de enseñanza con el nombre de economía nacional. Y según las comprobaciones de esta economía nacional, Alemania estaba irremisiblemente perdida. Es característico de todos los dogmáticos precaverse de la manera más rotunda contra todo dogma nuevo, es decir, contra todo nuevo conocimiento que rechacen como teoría. Desde hace dieciocho años podemos asistir al delicioso espectáculo de que nuestros dogmáticos de la economía son refutados por la práctica en casi todos los terrenos de la vida, lo cual no importa para que rechacen y maldigan a los vencedores prácticos de la ruina económica como representantes de teorías ajenas y por lo tanto falsas para ellos.

Ya sabéis el conocido caso en que un enfermo encuentra a su médico que diez años

antes le había pronosticado solamente seis meses de vida y que a pesar del éxito obtenido en la curación por otro médico no pudo expresar su asombro más que declarando que esta únicamente pudo deberse a un tratamiento equivocado.

Diputados, la política económica alemana que inició el nacionalsocialismo en 1933 se basa en algunos principios fundamentales:

En las relaciones entre economía y pueblo lo único inalterable que existe es el pueblo. Pero la actividad de la economía no es ningún dogma ni lo será jamás.

No existe ningún concepto de la economía ni opinión de la economía que pudieran reclamar en alguna forma infalibilidad. Lo decisivo es la voluntad de asignar siempre a la economía el papel de servir al pueblo y al capital el de servir a la economía.

Como sabemos el nacionalsocialismo es el adversario más enconado del concepto liberal de que la economía exista para el capital y el pueblo para la economía. Por eso desde el primer día estuvimos decididos a romper con la errónea conclusión de que tal vez la economía hubiera podido tener una vida propia, libre y sin fiscalización.

Una economía libre, es decir, exclusivamente entregada a sí misma, no puede existir hoy ya. No solamente porque esta sería políticamente insoportable, no, sino porque originaría situaciones económicas imposibles.

Así como millones de seres aislados no pueden distribuir o ejercitar su trabajo según necesidades y conceptos propios, así tampoco la economía en conjunto puede actuar según conceptos propios o al servicio de intereses meramente egoístas. Porque tampoco se encuentra en condiciones hoy de soportar por sí misma las consecuencias de un fracaso. El desarrollo moderno de la economía concentra enormes masas de trabajadores en determinados ramos de la industria y en determinadas regiones. Nuevos inventos o la pérdida de mercados de venta pueden hacer sucumbir de un golpe industrias enteras.

Quizá el fabricante pueda cerrar las puertas de su fábrica y encontrar posiblemente un nuevo campo a su actividad. La mayor parte de las veces no perecerá fácilmente y, por otra parte, no se trata aquí más que de unos cuantos seres. ¡Y frente a estos se encuentran centenares de miles de trabajadores con sus mujeres y niños! ¿Quién se interesa por ellos y quien les atiende?

¡La comunidad del pueblo!

Sí. La comunidad debe hacerlo. ¿Pero se puede acaso imputar únicamente a la comunidad del pueblo la responsabilidad de la catástrofe de la economía sin la influencia y la responsabilidad de aquella energía y vigilancia de la economía apropiada para evitar la catástrofe?

Diputados, cuando la economía alemana en los años de 1932 a 1933 parecía sucumbir definitivamente, entonces vi con más claridad que en años anteriores lo siguiente: la salvación de nuestro pueblo no es un problema de hacienda, sino exclusivamente un problema del empleo y de la utilización de nuestra mano de obra, por un lado, y por otro, de la explotación de la tierra y del subsuelo.

Este es en primer término un problema de organización. Por lo tanto, no se trata simplemente de frases hechas, como por ejemplo *libertad de la economía*, sino que se trata de dar, al trabajador, con todas las medidas a nuestro alcance, la posibilidad de una ocupación productiva. Mientras la economía, es decir, la suma total de empresas, pueda lograrlo por sí misma, está bien.

Pero si estas no pueden ya, la comunidad del pueblo, es decir, en este caso, el Estado, está obligado a cuidar por su parte del empleo de las energías disponibles con miras a una producción útil y a tomar las medidas necesarias para tal fin. Y aquí el Estado

puede hacerlo todo, menos una cosa, que es lo que hizo: dejar perder sencillamente, año tras año, más de 12.000 millones de horas de trabajo.

Porque la comunidad popular no vive del valor ficticio del dinero sino de la producción real que es lo que da valor al dinero.

Esta producción es la garantía de una moneda y no un banco o una caja de caudales llena de oro. Y si yo aumento esta producción elevo en realidad los ingresos de mis connacionales y si la reduzco los ingresos disminuyen cualesquiera que sean los salarios que se paguen.

Diputados, en estos cuatro años hemos aumentado extraordinariamente la producción alemana en todos los terrenos. El aumento de esta producción reporta beneficio a todos los alemanes. Si hoy, por ejemplo, se extraen innumerables millones más de toneladas de carbón, no están destinadas a calentar a algunos miles de grados más las habitaciones de varios millonarios, sino para poder aumentar la parte que corresponde a millones de alemanes.

Así la revolución nacionalsocialista, gracias al empleo de una muchedumbre de millones de trabajadores que antes se encontraban en desempleo forzoso, logró un aumento tan gigantesco en la producción alemana que el aumento del ingreso nacional general tiene asegurado el contravalor equivalente. Y solamente allí donde no podemos conseguir este aumento por causas que no podemos eliminar por escapar a nuestro radio de acción, se ha notado algunas veces escasez, lo cual, sin embargo, es insignificante en comparación con el éxito total de la batalla económica nacionalsocialista.

La expresión más gigantesca de esta dirección planeada de nuestra economía es el Plan Cuatrienal.

Gracias a él se asegura una ocupación permanente en la economía alemana especialmente a las masas de obreros que afluyen de la industria de armamentos. En todo caso, una de las señales del grandioso desarrollo económico de nuestro pueblo, es el hecho de que en muchas ramas es difícilísimo hoy encontrar obreros especializados. Es para mí motivo de satisfacción porque así se contribuye a poner en claro la importancia del obrero como hombre y como mano de obra y porque con ello, - aunque por otros motivos - la actividad social del partido y de sus asociaciones encuentra más fácil comprensión y halla un apoyo más fuerte y más espontáneo.

Considerando la misión de la economía en un sentido nacional tan alto, está de más la antigua división entre patronos y obreros. Tampoco el nuevo Estado será ni quiere ser patrono. Vigilará la colocación de obreros en cuanto sea necesario para el provecho común. Y vigilará el proceso de trabajo sólo en la medida que lo exija el interés general. Bajo ningún concepto tratará de burocratizar la vida económica. Toda iniciativa real y práctica beneficia a todos los connacionales en sus consecuencias económicas. A menudo no se puede apreciar de momento el valor que representa un invento o un famoso organizador económico para la comunidad total del pueblo. Precisamente en el futuro será una de las tareas de la educación nacionalsocialista hacer comprender a todos nuestros connacionales el valor de cada uno, hacerles ver lo insustituible que es el obrero alemán y enseñar a éste lo insustituible que son el inventor y el verdadero encauzador de la economía.

Es claro que en este orden de cosas no deben tolerarse ni huelgas ni cierres patronales. El Estado nacionalsocialista no conoce en la economía el derecho del más fuerte. Sobre los intereses de todos los contratantes prevalece el interés general de la nación, de nuestro pueblo.

Los resultados prácticos de nuestra política económica os son conocidos. Nuestro

pueblo está poseído de un ardiente deseo de trabajar. Por todas partes surgen enormes obras de la producción y del tráfico. El comercio alemán florece como nunca. Mientras que en otros países huelgas y cierres patronales perturban sin cesar la continuidad de las producciones nacionales, trabajan nuestros millones de obreros conforme a la ley más augusta que puede haber en este mundo, la ley de la razón.

Después de haber logrado en estos cuatro años la salvación económica, necesario es asegurar también en ciudades y campos los resultados de esta labor económica. El primer peligro que amenaza las obras de la cultura humana está en las propias filas, en el momento en que falta la vinculación entre la grandeza de las empresas humanas y la manera de pensar de las personas que las crean, mantienen y cuidan de ellas.

El movimiento nacionalsocialista dio al Estado las normas para la educación de nuestro pueblo. Esta educación no principia ni termina en determinado tiempo. El desarrollo de la humanidad trajo consigo que a partir de determinado tiempo la educación del niño debe pasar de la familia, la célula más pequeña de la vida colectiva, a la comunidad misma.

La revolución nacionalsocialista ha establecido determinadas tareas para la comunidad independizándola ante todo de la edad: la educación del ser humano jamás puede tener fin. Por eso la misión del pueblo es cuidar de que esta educación y perfeccionamiento se haga en su interés y para su conservación.

Por eso tampoco podemos admitir que cualquier medio apto para esta instrucción y educación del pueblo pueda ser sustraído a este deber para con la comunidad. Educación juvenil, Juventud Hitleriana, Servicio del Trabajo, partido, ejército, todas estas son instituciones para la educación e instrucción de nuestro pueblo. El libro, el periódico, la conferencia, el arte, el teatro, el cinematógrafo, todos estos son medios de educación para el pueblo. Es enorme cuanto la revolución nacionalsocialista ha realizado en estos terrenos. Basta por pensar en esto: todos los organismos encargados de la educación, inclusive la prensa, el teatro, el cinematógrafo y la literatura, están dirigidos y constituidos hoy exclusivamente por alemanes.

¡Cuántas veces no hemos oído antes que la eliminación de los judíos de estas instituciones conduciría a su ruina o empobrecimiento! ¿Y qué ha pasado? En todos estos terrenos observamos un inmenso florecimiento de la vida cultural y artística. Nuestras películas son mejores que nunca, nuestras representaciones teatrales han alcanzado en nuestros teatros de primera categoría una altura sin par y única en el mundo. Nuestra prensa ha llegado a ser un enorme instrumento en la lucha de nuestro pueblo por la conservación de su carácter, contribuyendo a fortalecer la nación. La ciencia alemana trabaja con éxito, e imponentes obras de nuestra voluntad de construir y de crear serán un día los exponentes de esta nueva época.

Se ha conseguido una nunca vista inmunización del pueblo alemán contra todas las tendencias destructoras bajo las cuales sufren otros países. Algunas instituciones que aún hace pocos años eran incomprensibles nos parecen en la actualidad muy naturales. La Juventud Alemana, la Juventud Hitleriana, la Liga de Muchachas Alemanas, la Liga de Mujeres, el Servicio del Trabajo, las SA (secciones de asalto), las SS (escuadrones de protección), el Cuerpo del Servicio Automovilístico Nacionalsocialista y, ante todo, el Frente Alemán del Trabajo, con su vasta organización constituyen las piedras angulares del soberbio edificio de nuestro III *Reich*.

A este afianzamiento de la vida interior de nuestro pueblo alemán debía seguir la consolidación exterior. Y a este respecto, diputados y hombres del parlamento, creo que el resurgimiento nacionalsocialista ha consumado el milagro mayor de sus esfuerzos.

Cuando hace cuatro años se me confió la cancillería y con ella la dirección de la nación, me hice cargo de la amarga tarea de devolver el honor a un pueblo al cual se había obligado a llevar durante quince años la vida de un paria entre las demás naciones. El orden interior del pueblo alemán me puso en condiciones de reorganizar el ejército alemán y ambos factores me dieron la posibilidad de desasirme de las ligaduras que sentimos como el escarnio más agudo con que jamás se había infligido a un pueblo. Al cerrar hoy este proceso tengo que hacer estas breves declaraciones:

Primero: el restablecimiento de la igualdad de derechos de Alemania era un hecho que concernía e interesaba exclusivamente a nuestro país. Con esto nada hemos quitado a ningún pueblo ni hemos hecho sufrir a nadie.

Segundo: anuncio que en el espíritu del restablecimiento de nuestra igualdad de derechos privaré al Banco Nacional y a los Ferrocarriles alemanes del carácter que hasta ahora han tenido y los pondré completamente bajo la soberanía del gobierno del *Reich*.

Tercero: Declaro que con esto halla su natural liquidación aquella parte del Tratado de Versalles que había quitado a nuestro pueblo la igualdad de derechos degradándolo a la categoría de pueblo inferior.

Cuarto: Con eso retiro ante todo, solemnemente, la firma alemana puesta debajo de aquella declaración arrancada contra su convicción, al débil gobierno de aquel entonces, que suscribió la culpabilidad de Alemania en la guerra.

Diputados, hombres del parlamento: este restablecimiento del honor de nuestro pueblo, que encontró su expresión más manifiesta en la instauración del servicio militar obligatorio, en la reciente creación de nuestra cuarta arma, en la reconstrucción de una armada alemana, en la ocupación de la Renania por nuestras tropas, fue la misión y el trabajo más difícil y arriesgado de mi vida. En el día de hoy debo agradecer humildemente a la Providencia, por cuya gracia yo, un simple soldado de la Guerra Mundial, logré reconquistar para nuestro pueblo el honor y el decoro.

Las medidas necesarias al respecto no podían alcanzarse por medio de negociaciones. Por lo demás, el honor de un pueblo no puede jamás ser objeto de transacciones ni para perderlo ni para recuperarlo. No se puede hacer otra cosa que arrebatarlo por una parte y arrebatarlo de nuevo, por otra.

El que yo hiciera todo lo necesario para ello sin consultar a ninguno de nuestros anteriores adversarios, ni siquiera informándolos, se fundaba también en la convicción de que se facilitaba de este modo a las otras partes la aceptación, por lo demás ineludible, de nuestras decisiones. Quiero agregar a mis anteriores declaraciones aún otra: que con esto ha pasado ya la época de las llamadas sorpresas. Como Estado con iguales derechos que los demás, Alemania, consciente de su misión europea, colaborará lealmente en la solución de los problemas que nos preocupan a nosotros y a la demás naciones.

Si ahora me pronuncio sobre estas cuestiones generales de actualidad será quizá lo más conveniente que lo haga refiriéndome a aquellas declaraciones que hace poco pronunció señor Eden en la Cámara de los Comunes.

Porque ellas contienen en lo esencial lo que hay que decir sobre las relaciones entre Alemania y Francia.

Quisiera expresar en esta ocasión mi profundo agradecimiento por la posibilidad de contestar que me dieron las palabras tan significativas como sinceras del ministro inglés de Relaciones Exteriores.

Creo haber leído exacta y correctamente estas palabras. No voy a perderme, naturalmente, en detalles, sino que quiero tratar de hacer resaltar las principales

consideraciones del discurso de señor Eden para esclarecerlas o contestarlas.

Ante todo, trataré de rectificar un error que estimo lamentable. El error de que Alemania tenga alguna intención de aislarse, de permanecer indiferente ante los acontecimientos del resto del mundo y de no querer tomar en consideración las necesidades generales.

¿En qué se funda esta opinión de que Alemania haga una política de aislamiento?

Si se quiere deducir esta suposición, el aislamiento de Alemania, de pretendidas intenciones alemanas, entonces he de hacer notar lo siguiente: no puedo creer que jamás un Estado pueda tener la intención de declararse a sabiendas desinteresado políticamente en los acontecimientos del resto del mundo. Y especialmente cuando este mundo es tan pequeño como la Europa de hoy. Creo que si hay algún Estado que tenga que tomar tal actitud, a lo sumo lo hará bajo la presión de una voluntad extraña que se le imponga. En primer lugar aseguro al ministro, al señor Eden, que nosotros los alemanes no queremos en absoluto aislarnos y que ni siquiera nos sentimos aislados. En los últimos años Alemania ha iniciado, reanudado y fortalecido un gran número de relaciones políticas y hasta puedo decir que ha estrechado con una serie de Estados vínculos de verdadera amistad. Contempladas desde nuestro punto de vista, nuestras relaciones con la mayoría de los Estados europeos son normales y hasta muy amistosas con gran número de ellos. Coloco en primer lugar las relaciones excelentes que nos unen sobre todo con aquellos Estados que por haber padecido semejantes sufrimientos a los nuestros han llegado a análogas conclusiones.

Mediante una serie de acuerdos hemos eliminado antiguas tensiones contribuyendo así esencialmente al mejoramiento de la situación europea. Recuerdo sólo nuestro pacto con Polonia, que beneficia a ambos Estados, nuestro pacto con Austria, nuestras excelentes y estrechas relaciones con Italia, las amistosas con Hungría, con Yugoslavia, con Bulgaria, con Grecia, con Portugal, con España, etc., y por último, las no menos cordiales con una serie de Estados no europeos.

El pacto que ha suscrito Alemania con el Japón para combatir los manejos del comunismo es una prueba palpable de lo poco que el gobierno alemán piensa en aislarse y cuán poco se siente aislado. Por lo demás he manifestado más de una vez el deseo y la esperanza de restablecer con todos nuestros vecinos igualmente buenas y cordiales relaciones. Alemania - lo repito aquí solemnemente - ha asegurado repetidas veces que, por ejemplo, entre ella y Francia no puede surgir el más pequeño punto litigioso. Además el gobierno alemán ha asegurado a Bélgica y a Holanda que está dispuesto en cualquier momento a reconocer a estos Estados como inviolables territorios neutrales y ofrecerles garantía. En vista de estas declaraciones y del estado actual de cosas no comprendo bien por qué Alemania debería sentirse aislada o siquiera hacer política de aislamiento.

Pero tampoco desde el punto de vista económico hay en qué apoyarse para sostener que Alemania quiera sustraerse a la colaboración internacional. Quizá es lo contrario. Cuando considero los discursos de algunos estadistas, en los últimos meses, no puedo sustraerme a la impresión de que el mundo entero está esperando inundarnos con beneficios económicos y que sólo nosotros, políticos obstinados en el aislamiento, no queremos participar de estas ventajas.

Para rectificar esto voy a presentar algunos simples hechos:

1) Desde hace tiempo el pueblo alemán se preocupa por conseguir mejores tratados comerciales con sus vecinos y por consiguiente un intercambio más activo de

productos. Estos esfuerzos no fueron inútiles, pues efectivamente el comercio exterior de Alemania, no sólo no disminuyó desde 1932, sino que aumentó su volumen y su valor. Esto refuta contundentemente la opinión de que Alemania hace una política de aislamiento económico.

2) No creo que pueda haber una duradera colaboración económica de los pueblos sobre otra base que la de un intercambio recíproco de productos y mercancías. Manipulaciones de crédito pueden quizá ejercer un efecto momentáneo, pero, a la larga, las relaciones económicas internacionales dependerán del volumen del intercambio recíproco de mercancías. Y no es que los otros países estén en condiciones de hacer grandes demandas o de ofrecer perspectivas para el incremento del intercambio económico, cuando se cumpliesen no sé qué presuposiciones. No hay que complicar las cosas más de lo que están. No perjudica a la economía mundial el que Alemania quizá no quiera participar en ella, sino que se ha enseñoreado un desorden en las distintas producciones de los pueblos así como en sus recíprocas relaciones. De ninguna de las dos cosas tiene Alemania la culpa. Mucho menos la Alemania nacionalsocialista de hoy. Pues cuando nosotros subimos al poder, la crisis de la economía mundial era aún quizá peor que hoy.

Temo tener que desprender de las palabras de señor Eden que él considere como un indicio de rechazar las relaciones internacionales por parte de Alemania, la realización del Plan Cuatrienal alemán. Por eso quiero no dejar el menor resquicio a la duda sobre el hecho de que la decisión de llevar a cabo este plan, no admite ninguna modificación. Había imperiosos motivos que nos decidieron a él. Y no he encontrado en los últimos tiempos nada que haya podido hacerme renunciar a su ejecución.

Sólo ofrezco un ejemplo práctico:

La ejecución del Plan Cuatrienal asegurará por medio de la producción sintética de gasolina y de caucho en nuestra explotación del carbón un aumento anual de 20 a 30 millones de toneladas. Esto significa la ocupación de muchos millares de mineros durante todo el futuro de su vida. Y tengo que plantearme esta pregunta: ¿qué estadista estaría en condiciones de garantizarme, en caso de no llevarse a la práctica el Plan Cuatrienal alemán, la compra de 20 ó 30 millones de toneladas de carbón por medio de cualquier otra entidad económica independiente del *Reich*? Y esta es la cuestión. Quiero trabajo y pan para mi pueblo. Y eso no transitoriamente acordándoseme, por ejemplo, créditos sino a base de un sólido y duradero proceso de producción en el que yo pueda cambiar con los productos de los demás pueblos o, dentro del círculo de nuestra propia economía, con otros productos. Si Alemania quisiera lanzar al mercado mundial de hoy en adelante estos 20 ó 30 millones de toneladas de carbón por medio de cualquier manipulación, la consecuencia sería que otros países deberían disminuir probablemente su exportación carbonera. No sé si algún estadista de Inglaterra, por ejemplo, podría enfocar seriamente tal posibilidad para su pueblo. Y esto es lo decisivo.

Pues en Alemania hay una enorme cantidad de personas que no sólo quieren trabajar, sino también comer. Además nuestro pueblo tiene un alto estándar de vida. Yo no puedo levantar el futuro de la nación alemana sobre promesas de un estadista extranjero, ó de alguna ayuda internacional, sino que debo levantarlo sobre el fundamento real de una producción constante que habrá de venderse en el interior o en el exterior. Y aquí radica quizá la diferencia entre mi desconfianza y las palabras optimistas del ministro inglés de Relaciones Exteriores.

Si Europa no despierta de la embriaguez de su infección bolchevique, temo que el comercio internacional a pesar de la buena voluntad de algunos hombres de Estado no aumente, sino más bien disminuya. Pues este comercio no se construye sobre la producción ininterrumpida, y por eso segura, de un sólo país, sino sobre la producción de todos los pueblos. Por ahora lo cierto es que cada trastorno bolchevique conduce necesariamente a una destrucción más o menos duradera de la producción sistemática. Y de ahí que no pueda yo juzgar el porvenir económico de Europa de una manera tan optimista como cree poder hacerlo el señor Eden. Soy el jefe responsable del pueblo alemán y tengo que defender sus intereses como mejor sepa hacerlo. Pero estoy también obligado a apreciar las cosas tal como se presentan ante mis propios ojos.

La historia de mi pueblo nunca me absolvería, si yo por cualquier motivo que fuese, omitiese algo indispensable para el porvenir de este pueblo. Me complazco, como todos nosotros, por cada aumento de nuestro comercio exterior. Pero en vista de la situación política poco clara no omitiré nada de lo que garantiza al pueblo alemán su existencia aún en el caso de que otros Estados lleguen a ser víctimas de la infección bolchevique. Debo también rechazar el que se considere este modo de pensar como un simple producto de mera fantasía. Por ahora tenemos los siguientes hechos: el señor ministro inglés de Relaciones Exteriores nos presenta teóricamente perspectivas de vida, mientras que en la práctica tenemos acontecimientos muy distintos. La revolución en España ha obligado a huir de ese país a 15.000 alemanes causando grandes daños a nuestro comercio, los que no se disminuirían, sino, al contrario, en el caso de que la revolución pasase a otros países.

En mi calidad de hombre de Estado responsable, debo contar con que puede ocurrir tal cosa. Por eso, mi decisión irrevocable es emplear la mano de obra nacional útil en una o en otra forma para la conservación de mi pueblo. El ministro, el señor Eden, puede estar seguro de que nosotros aprovecharemos toda ocasión de fortalecer nuestras relaciones económicas con los demás pueblos, así como también toda ocasión para mejorar y ampliar nuestra economía interior.

Sin embargo, si el motivo para sostener que Alemania hace política de aislamiento fuera - también tengo que ocuparme de esto - nuestra salida de la Sociedad de Naciones, debo recordar que la Liga de Ginebra nunca ha sido una verdadera sociedad de todas las naciones, porque algunas de las mayores o jamás formarán parte de ella o habían abandonado ya antes que nosotros sin que por eso nadie les hubiera atribuido una política de aislamiento.

Creo que, señor Eden, en este punto, desconoce las intenciones e ideas alemanas. Nada está más lejos de nosotros, en lo económico, que el deseo de romper las relaciones con otros pueblos o siquiera disminuirías. Lo contrario es más acertado. He tratado muchas veces de contribuir al mejor entendimiento en Europa asegurando a menudo al pueblo inglés y a su gobierno lo mucho que deseamos colaborar sincera y cordialmente con ellos. Cada uno de nosotros, todo el pueblo alemán, y yo con ellos.

Admito que en un punto parece haber una discrepancia efectiva e invencible entre la concepción del ministro inglés de Relaciones Exteriores y la nuestra.

El señor Eden recalca que el gobierno británico no desea de ningún modo ver a Europa escindida en dos partes.

Creo que, por lo menos antes, nadie en Europa tuvo este deseo. Y hoy este deseo no es más que una ilusión. Pues es un hecho la escisión en dos partes no sólo de Europa, sino del mundo entero. Es de lamentar que el gobierno británico no haya sostenido ya antes esa opinión de que debería evitarse a toda costa una escisión de Europa, pues en este

caso no se hubiera concluido nunca el Tratado de Versalles. Este tratado inició efectivamente la primera escisión de Europa: la división de las naciones en vencedoras y vencidas y sin derechos. Nadie ha sufrido más que el pueblo alemán por esta escisión. El haberla subsanado por lo menos en lo que atañe a Alemania, es en gran parte el mérito de la revolución nacionalsocialista en Alemania y por consiguiente también el mío.

La segunda escisión se produjo por la proclamación del dogma bolchevique, cuyo principio esencial es no circunscribirse a un solo pueblo, sino imponerse a todos.

No se trata aquí de una forma especial de vida particular al carácter del pueblo ruso, sino que se trata de la pretensión bolchevique de imponer la revolución en el mundo. Si el señor ministro Eden no quiere ver el bolchevismo así como nosotros lo vemos, eso se debe quizá a la situación de Gran Bretaña o a otras experiencias al respecto que nosotros desconocemos. Con todo, creo que no se nos podrá discutir la sinceridad de nuestras convicciones, a nosotros que no hablamos teóricamente sobre estas cosas. Para el señor Eden el bolchevismo es quizá una cosa con sede en Moscú, mientras que para nosotros este bolchevismo es una peste contra la cual hemos debido defendernos en Alemania con nuestra sangre. Una peste que trató de convertir a nuestro país en un caos sangriento como el actual de España y que comenzó asesinando rehenes como lo hacen ahora en el citado país. El nacionalsocialismo no intentó establecer un contacto con el bolchevismo en Rusia sino que fue el bolchevismo judío-internacional de Moscú el que trató de penetrar en Alemania. ¡Y lo intenta aún!

Y ante esta tentativa hemos sostenido y defendido en una reñida lucha no sólo la cultura de nuestro pueblo, sino quizá también la de toda Europa.

Si Alemania hubiese sucumbido ante esta barbarie en la última batalla decisiva, librada en los días de enero y febrero de 1933, y el campo bolchevique de ruinas y cadáveres se hubiese extendido sobre toda la Europa central, se habría tenido, quizá otro concepto en el Támesis acerca del espíritu de este terrible peligro que corría la humanidad. Y puesto que Inglaterra tendría que defenderse en el Rin, se encontraría ahora, indudablemente, en íntimo contacto con ese inocente mundo democrático de Moscú de cuyo candor nos intenta convencer hoy tan ardientemente. Voy a declarar una vez más y categóricamente: el bolchevismo es una teoría de la revolución mundial, es decir, de la destrucción del mundo. Aceptar en Europa esta teoría como un factor vital con igualdad de derechos equivale a entregarse a ella. Si otros pueblos quieren exponerse al contacto de ese peligro, es cosa que no incumbe juzgar a los alemanes. Pero en lo que se refiere a Alemania no quisiera dejar la menor duda de que nosotros:

- 1) Vemos en el bolchevismo un peligro intolerable para todo el mundo.
- 2) De que por todos los medios posibles procuraremos alejar este peligro de nuestro pueblo.
- 3) De que nos esforzaremos, por consiguiente, en inmunizar en lo posible al pueblo alemán contra esa infección.

Para ello es preciso también que evitemos toda estrecha relación con los portadores de estos bacilos virulentos y que no enturbiamos la vista al pueblo alemán para este peligro entablando otras relaciones que las absolutamente necesarias entre los Estados.

Considero la teoría bolchevique como el mayor veneno que pueda infectar a un pueblo. Deseo, pues, que mi propio pueblo no entre en contacto con esta teoría. Pero como ciudadano de este pueblo no quiero hacer yo mismo lo que condeno a mis conciudadanos. Yo exijo del obrero alemán que no mantenga ningún trato ni relaciones con estos perniciosos elementos internacionales y él por su parte no llegará a verme jamás brindando y bebiendo con ellos. Por lo demás, cualquier relación contractual entre Alemania y la actual Rusia bolchevique carecería para nosotros de todo valor. Ni sería imaginable que alemanes nacionalsocialistas llegaran a cumplir alguna vez un deber de socorro para proteger el bolchevismo ni nosotros aceptaríamos jamás el auxilio de un Estado bolchevique, pues temo que el pueblo a quién se le presta tal auxilio encuentra en él su ruina.

Quisiera, además, decir algo acerca del concepto de que la Sociedad de Naciones pudiera acudir, como tal, en auxilio de cualquiera de los Estados que la integran en caso de encontrarse en peligro o de que su auxilio pudiera salvarlo. No, no lo creo. El ministro Eden dijo en su último discurso que lo decisivo son los hechos y no las palabras. Puedo hacer constar a este respecto que la característica principal de la Sociedad de Naciones hasta ahora no han sido tanto los hechos como precisamente las palabras. Sólo en una ocasión ha obrado y precisamente mejor hubiera sido tal vez no pasar de las palabras. Y esta única vez, el éxito - como se había previsto de antemano - ha fallado por completo.

Así como me veo obligado económicamente a contar, en primer término, con las propias fuerzas y las propias posibilidades para la conservación de mi pueblo, así lo estoy también políticamente. Y de esto, en verdad, no tenemos nosotros la culpa.

Tres veces he hecho ofertas concretas para la reducción o por lo menos para la limitación de los armamentos. Estas ofertas no fueron aceptadas. Me permito hacer constar que la propuesta más considerable que hice entonces fue la de reducir los ejércitos de Alemania y Francia a un efectivo común de 300.000 hombres, de que Alemania, Inglaterra y Francia pusieran al mismo nivel común su armamento aéreo y de que Alemania e Inglaterra firmaran un convenio relativo a la proporción de las flotas de guerra. De todo esto, tan sólo la última fue aceptada, realizando con ello la única aportación a una reducción efectiva de armamentos en el mundo. Las otras propuestas de Alemania encontraron su respuesta, por una parte, en una rotunda negativa y, por otra, en la celebración de aquellas alianzas por las que la fuerza gigantesca de la Rusia soviética fue lanzada al campo de juego de las fuerzas centroeuropeas. El señor Eden habla de los armamentos alemanes y espera una limitación de estos armamentos. Estas limitaciones fueron propuestas por nosotros mismos en su tiempo. Fracasaron ante el hecho de haber preferido lanzar contractual y efectivamente a la Europa central a la potencia militar más grande del mundo en vez de aceptar nuestra propuesta. Sería oportuno, al tratar de armamentos, mencionar en primer lugar el armamento de aquella potencia que suministra la medida para el de todos los demás.

El señor Eden cree que todos los Estados deberían tener en lo sucesivo únicamente el armamento necesario para su defensa. No sé si se ha tratado ya, y hasta qué punto, con Moscú acerca de la realización de esta hermosa idea y hasta dónde han llegado las promesas hechas por Rusia.

Creo, empero, deber decir una cosa: es muy natural que la magnitud del armamento para una defensa sea determinada por la magnitud de los peligros que amenazan a un país. Apremiar este punto es cosa que incumbe a cada pueblo, que compete exclusivamente a este pueblo. Si Gran Bretaña fija ahora la magnitud de su armamento,

todo el mundo lo comprenderá en Alemania, pues naturalmente pensando que para medir la protección del Imperio británico nadie tiene derecho a hacerlo sino exclusivamente Londres. Así también debo hacer constar que la cuantía de la protección y consiguientemente del arma de defensa de nuestro pueblo es de nuestra exclusiva incumbencia y, por consiguiente, debe ser decidida exclusivamente en Berlín.

Creo que el reconocimiento general de estos principios no podrá contribuir a dificultar, sino a apaciguar la situación. De todas maneras Alemania se siente feliz de haber encontrado en Italia y el Japón una comprensiva amistad, y más feliz se sentiría aún si se pudiese extender esta comprensión a toda Europa. De aquí que nadie haya celebrado tanto como nosotros el visible apaciguamiento de la situación en el Mediterráneo merced al convenio anglo-italiano. Creemos que de esta manera se llegará más pronto a un entendimiento para solucionar o, por lo menos, limitar la catastrófica situación que aflige a la desdichada España. Alemania no tiene allá otros intereses que el cultivo de aquellas relaciones económicas que el mismo señor Eden dice ser muy importantes y útiles. Se ha intentado relacionar las simpatías de Alemania por la España nacional con ciertos deseos coloniales.

Alemania no reclama colonias a países que no le han quitado ninguna. Hay más: Alemania ha sufrido tanto con el peligro bolchevique, que no se aprovechará de este estado lamentable para arrancar lo más mínimo por fuerza o astucia a un pueblo infortunado en sus días de adversidad.

Nuestras simpatías por el General Franco y su gobierno emanan, en primer lugar, de un humano sentimiento de compasión y, en segundo término, de la esperanza de que mediante la consolidación de una España verdaderamente nacional se vigoricen las posibilidades económicas europeas, mientras que en caso contrario pudiera sobrevenir una catástrofe aún más grande. Estamos dispuestos, por consiguiente, a hacer cuanto pueda contribuir al restablecimiento del orden y la normalidad en España.

Creo también, no poder omitir las siguientes consideraciones:

En Europa han surgido en los últimos años una serie de naciones nuevas que antiguamente, en sus discordias e impotencias, no habían tenido sino muy poca importancia económica y casi ninguna política. El origen de estos nuevos Estados ha dado lugar como era de esperar a tiranteces. Una política, prudente, ha de parar mientes en estas realidades en lugar de pasarlas por alto. El pueblo italiano, el nuevo Estado italiano, son una realidad. El pueblo alemán y el *Reich* alemán, son igualmente una realidad. Y en nombre de mis propios conciudadanos quisiera decir asimismo que el pueblo polaco y el Estado polaco han llegado a ser también una realidad. También en los Balcanes han resurgido naciones y han creado sus propios Estados. Los pueblos de estos Estados quieren vivir y vivirán. Con esa necia división del mundo en países que poseen y países indigentes, no se resolverá ni se arreglará este problema, como tampoco será posible arreglar los problemas sociales de los pueblos mediante frases más o menos ingeniosas. Las exigencias vitales de los pueblos se han impuesto en el curso de los siglos mediante la fuerza por ellos emanada. Si en lugar de esta fuerza se pusiera otra institución reguladora, esta tendría que tomar sus decisiones partiendo de la consideración a las necesidades vitales naturales. Si la misión de la Sociedad de Naciones, por ejemplo, ha de ser garantizar el estado actual del mundo y asegurarlo por toda la eternidad, podrá imponérsele con la misma razón la misión de regular el flujo y reflujo o variar en el futuro el rumbo de la corriente del Golfo.

Pero seguramente que no podrá hacer ni lo uno ni lo otro. Su existencia, a la larga, depende de la magnitud del acierto y tino con que medite y realice reformas necesarias

que afecten a las relaciones de los pueblos. El pueblo alemán se creó en un tiempo un imperio colonial sin haber despojado a nadie y sin haber violado ningún tratado. Y lo hizo sin provocar ninguna guerra. Este imperio colonial nos ha sido arrebatado. Las razones con que se intenta disculpar hoy este despojo, carecen de toda justificación.

Primero: “*Los indígenas no quisieron estar con Alemania.*” ¿Quién les ha preguntado si querían estar con algún otro, y cuándo en puridad de verdad, se les ha preguntado a los pueblos coloniales si tienen ganas y deseos de estar con las antiguas potencias coloniales?

Segundo: “*Las colonias alemanas no han sido debidamente administradas por los alemanes.*” Alemania había adquirido estas colonias algunos decenios antes. Fueron civilizadas a costa de grandes sacrificios y se hallaban precisamente en vías de desarrollo que hubiera dado ahora resultados muy diferentes a los de 1914, por ejemplo. De todas maneras, el desarrollo de nuestras antiguas colonias había llegado a tal grado, que bien valía la pena arrancárnoslas en sangrientas luchas.

Tercero: “*Estas colonias carecen de valor positivo.*” Si es así, también los otros Estados se darán cuenta de su falta absoluta de valor y no vemos el por qué no se nos devuelven.

Por lo demás: Alemania nunca ha pedido colonias para fines militares, sino única y exclusivamente para fines económicos.

Claro está que el valor de una región determinada puede bajar en épocas de prosperidad general, pero también resulta claro que esta apreciación puede experimentar un cambio inmediato en tiempos de miseria. Y Alemania vive actualmente sosteniendo una grave lucha por víveres y materias primas. Una compra suficiente sería imaginable únicamente en el caso de aumentar continua y progresivamente nuestra exportación. La reivindicación de colonias por nuestro país, tan densamente poblado, es, pues, cosa natural y que volverá a repetirse una vez y otra.

Para terminar estas declaraciones quisiera exponer en pocos puntos un concepto sobre los caminos posibles que pudieran conducir a la paz efectiva, no sólo de Europa, sino aún más allá de sus límites:

- 1) En interés de todas las naciones está que cada Estado cuente en el interior con condiciones políticas y económicas estables y ordenadas. Son los postulados más importantes para que los pueblos puedan entablar entre sí relaciones económicas y políticas firmes y duraderas.
- 2) Es necesario que las condiciones vitales de cada pueblo se vean y confiesen con franqueza y sinceridad. Sólo el mutuo respeto de estas condiciones vitales puede encontrar caminos para la satisfacción de las necesidades de la vida de todos.
- 3) La Sociedad de Naciones - si quiere hacer justicia a su misión - tendrá que convertirse en un órgano de la razón evolutiva y no de inercia reaccionaria.
- 4) Las relaciones de los pueblos entre sí podrán encontrar una feliz regulación y solución únicamente sobre la base del respeto mutuo y, consiguientemente, de la absoluta igualdad de derechos.
- 5) Es imposible hacer responsable ya a una, ya a otra nación, arbitrariamente, del aumento o limitación de armamentos, cuando lo necesario es ver estos problemas en

todo aquel marco que crea sus presuposiciones y las determina así realmente.

6) Es imposible llegar a una pacificación efectiva de los pueblos mientras no se ponga coto a las continuas provocaciones de una pandilla internacional irresponsable de envenenadores de fuentes y falsificadores de la opinión. Aún no hace muchas semanas vimos que una de estas pandillas organizadas de azuzadores e instigadores de guerra estuvo a punto de producir entre dos pueblos, mediante un diluvio de mentiras, una desconfianza que fácilmente hubiera podido tener fatales consecuencias. He sentido muchísimo que el presidente del consejo de ministros inglés no haya afirmado, de una manera categórica, que en las calumnias y mentiras lanzadas por estos instigadores de guerra internacionales en lo que respecta a Marruecos no ha habido una sola palabra de verdad. Gracias a la lealtad de un diplomático extranjero y de su gobierno logróse obtener una aclaración inmediata en este caso *éclatant*.⁽⁶⁾ Es fácil concebir que en otro caso análogo no fuera posible descubrir la verdad con tanta rapidez. ¿Qué sucedería entonces?

7) Se ha comprobado que la regulación de los problemas europeos se efectúa convenientemente en el marco y la medida posibles. Alemania se siente feliz de haber establecido hoy con Italia una relación estrecha y amistosa. ¡Ojalá se lograra entablar estas relaciones en forma análoga con otras naciones europeas! El *Reich* alemán velará con su fuerte ejército por su seguridad y su honor. Sin embargo, convencido de que para Europa no puede haber mayor bien que la paz, el *Reich* será siempre un adalid sincero y consciente de su responsabilidad, en pro de este ideal de paz europea.

8) Redundará en beneficio de la paz europea que en el trato de las nacionalidades obligadas a vivir como minoría en pueblos extranjeros se tome en consideración recíproca la justificada susceptibilidad de la dignidad nacional y la conciencia de los pueblos. Esto contribuirá considerablemente a mejorar las relaciones entre Estados obligados por el destino a existir uno junto a otro y cuyas fronteras nacionales no coinciden con las fronteras populares.

Quisiera, antes de terminar, precisar nuestra actitud acerca de un documento que el gobierno británico dirigió al gobierno alemán con motivo de la ocupación del Rin. Permítaseme declarar, ante todo, que nosotros creemos y estamos convencidos de que el gobierno inglés hizo entonces cuanto pudo para evitar una agudización de la crisis europea y de que el documento en cuestión debe su origen al deseo de contribuir a desenmarañar la situación de aquel entonces.

Sin embargo, por motivos que el gobierno de Gran Bretaña sabrá apreciar seguramente no le fue posible entonces al gobierno alemán dar una respuesta a estas preguntas. Preferimos solucionar parte de estas cuestiones por la vía más natural, o sea mediante el desarrollo práctico de nuestras relaciones con nuestros Estados vecinos, y una vez restablecidas la plena soberanía alemana y la igualdad de derechos de Alemania quisiera declarar, para terminar, que Alemania jamás volverá a firmar un tratado que no sea compatible, por algún motivo cualquiera, con su honor, con el honor de la nación y del gobierno que la representa, o que no concuerde con los intereses vitales de Alemania y no pueda, por consiguiente, ser cumplido a la larga.

Creo que esta declaración encontrará la aprobación de todos.

Espero con firme confianza, por lo demás, que la sensatez y la buena voluntad de los

gobiernos europeos conscientes de su responsabilidad lograrán, a despecho de sus adversarios, mantener la paz europea. Es el mayor bien que poseemos. Las aportaciones que Alemania pueda hacer para conseguirlo, las hará.

Al terminar esta parte de mis declaraciones echemos una brevísima mirada sobre los problemas del futuro

A la vanguardia se encuentra el Plan Cuatrienal.

Exigirá esfuerzos poderosos, pero algún día será una bendición para nuestro pueblo. Comprende la consolidación de nuestra economía nacional en todos sus sectores. Su realización está asegurada. Los grandes trabajos iniciados antes de concebir el plan continuarán haciéndose. Su finalidad consistirá en hacer al pueblo alemán más sano y su vida más agradable. Como testimonio externo de esta gran época del renacimiento de nuestro pueblo se procederá al desarrollo sistemático de algunas de las grandes ciudades del *Reich*. A la cabeza figura la transformación de Berlín como real y verdadera capital del *Reich* alemán. Para esto, he nombrado en el día de hoy, lo mismo que para la construcción de nuestras carreteras, un inspector general de construcción para Berlín, que tendrá a su cargo la estructuración de la capital y cuidará de llevar al caos del desenvolvimiento constructivo de Berlín aquella gran línea que se ciñe al espíritu del movimiento nacionalsocialista y al carácter de la capital germánica. Para la realización de este plan se ha previsto un período de veinte años.

¡Qué Dios todopoderoso nos dé la paz para poder terminar en ella esta poderosa obra! Paralelamente se procederá a la amplia transformación constructiva de la capital del movimiento, de la ciudad de los congresos del partido y de la ciudad de Hamburgo.

Esto no ha de servir más que de modelo para un desarrollo cultural general que deseamos al pueblo alemán como coronamiento a su libertad interior y exterior.

Y, finalmente, ha de ser misión del porvenir sellar para siempre, mediante una constitución, la vida real de nuestro pueblo tal como se ha desarrollado estatalmente, erigiéndola así en ley fundamental imperecedera de todos los alemanes.

Al dirigir una mirada retrospectiva hacia la gran obra que hemos realizado, comprenderán ustedes que mi primer impulso no puede ser otro que el de gratitud para con el Todopoderoso que nos ha permitido llevarla a buen término.

Él ha bendecido nuestro trabajo y conducido felizmente a nuestro pueblo a través de todos los peligros de que se hallaba sembrado este camino.

Tres amigos insólitos me han acompañado en mi vida. En mi juventud fue la miseria que me acompañó por espacio de muchos años. Cuando terminó la Gran Guerra fue el profundo dolor por la desgracia de nuestro pueblo el que se apoderó de mí y me señaló mi camino. Desde este 30 de enero de hace cuatro años he conocido como tercer amigo la preocupación. La preocupación por el pueblo y el *Reich* confiado a mi dirección. No me ha dejado desde entonces y seguramente me seguirá acompañando hasta el fin de mi vida. Más, ¿cómo podría sobrellevar un hombre esta preocupación si no contara, confiado en su misión, con la aquiescencia de quien está por encima de todos nosotros? Es él sino el que obliga a menudo a hombres con misiones extraordinarias a estar solos y abandonados. También quiero dar aquí las gracias a la Providencia por haberme permitido encontrar un puñado de colaboradores fidelísimos que han ligado su vida a la mía y que desde entonces luchan a mi lado por resucitar a nuestro pueblo. Me siento feliz por la juventud sana de nuestro pueblo, mi fe en el porvenir se convierte en grata y alegre seguridad. Y me compenetro fervientemente con el significado de la sencilla palabra que escribió Ulich von Hutten al tomar la pluma por última vez: *Alemania*.

Discurso por el XVII aniversario del alzamiento nacional

Discurso pronunciado el 24 de febrero de 1937

Compañeros y compañeras:

Si nuestro movimiento hizo posible una transformación tan gigantesca en Alemania, únicamente se debe a que primero cientos de miles y más tarde millones de personas creyeron ciegamente en este movimiento, con el que se sintieron unidos para bien y para mal. Ahora bien, lo que pudo poner obstáculos a la fe de estos millones en el movimiento estaba fundado precisamente en la magnitud única de su primitivo programa y, por consiguiente, en su conminación al combate, pues se comprende perfectamente que, cuanto menor sea el volumen y la hondura de un programa, tanto mayor será el número de los que acudan al movimiento y con tanta mayor facilidad se afiliarán a él; sin embargo, también se alejarán de él con la misma facilidad. Pero cuando las personas encuentran por fin la senda que les conduce a un movimiento que tiene un programa duro y maximalista, un programa que exige una fe inaudita y, al mismo tiempo, sacrificios, estas personas no se apartan ya con facilidad de un movimiento de tal naturaleza.

Es aplicable a esto la hermosa frase de que *los dioses protegen a quien exige de ellos lo imposible*. Y lo que nosotros pedimos en los años 1919 y 1920 y, por primera vez, en una noche como la de hoy hace diecisiete años, se salía tanto de lo normal, era tan tremendo, que sólo se podían sentir atraídas hacia tal movimiento las naturalezas realmente fanáticas, las almas llenas de fanatismo. Todo lo que era normal, burgués, pequeño, no podía encontrar en modo alguno el sendero que le condujera a nuestro movimiento. También dijeron todos en seguida: *“Es una empresa demasiado osada; el programa es una locura; no habrá mortal alguno que pueda cumplirlo. Además, ¿quiénes son los que se atreven a anunciar una cosa así?”* Gracias a Dios, en aquella época esta llamada inteligencia espiritual estaba lejos de nosotros (aplausos) En lugar de esa inteligencia, conseguimos algo de más valor, de mucho más valor; a saber: el afecto de un pueblo que tiene fe y un instinto seguro; de los miles, luego decenas de miles y más tarde centenares de miles de personas humildes que se sintieron atraídos por este programa, que no disponían de un tesoro de experiencias sobre el que fundar esos miles de objeciones que siempre aparecen. O que, por el contrario, quizá vinieron a nosotros por no haber pertenecido antes a partido alguno. Estas personas han formado en realidad la columna vertebral de nuestro movimiento. Todos los que ya habían pertenecido anteriormente a dos o tres partidos, demostraron por su actividad anterior, siempre cambiante, lo poco que se podía confiar en ellos; lo demostraron de manera suficiente (aplausos) Pero es que, sobre todo, habían pasado ya por demasiadas experiencias (aplausos); estaban ya un poco escaldados; carecían ya de una fe ciega y, por consiguiente, dudaban de cualquier movimiento mientras éste no demostrara lo contrario. Naturalmente que con gente así no se puede conquistar el mundo; con gente así no se puede ir al asalto de un Estado ni alcanzar el cielo. La grandeza de nuestro programa y, digámoslo también tranquilamente, la grandeza de nuestras profecías mantuvo en aquella época lejos de nosotros a aquella gente.

Si hoy, al cabo de diecisiete años, nos preguntamos: ¿estaba justificada en aquella época la magnitud de esta profecía?, creo que el presente nos da una sagrada absolución. Lo que prometimos entonces lo hemos cumplido ahora... (gritos de “¡Viva!”

y aplausos) Y eso que sólo llevamos cuatro años en el poder. Habrá enemigos que todavía alienten en secreto la esperanza de que no se cumpla del todo esto o aquello; pero a esos puedo decirles únicamente: *“¡Cálmense! No se llega a la cumbre con un paso, hay que andar un paso detrás de otro. Pero nosotros nos encontramos ya entre la mitad y las tres cuartas partes del camino de ascensión a ella. Llegaremos arriba, pueden ustedes estar completamente seguros”* (aplausos) Ha transcurrido un tiempo muy corto, y yo he calculado que llevará mucho tiempo realizar todo el trabajo de este movimiento. La imposición definitiva del programa durará en Alemania hasta que suba la nueva generación que actualmente está pasando por nuestras escuelas (aplausos) Pero lo que hemos alcanzado ya nos causa a menudo la impresión de ser casi un milagro. Todos tenemos conciencia de estar viviendo en una época infinitamente grande; y esta época es grande tan sólo porque son grandes las misiones que tenemos encomendadas, de una grandeza única. Y porque todos estamos a la altura de estas misiones; y porque hemos emprendido la realización de estas misiones; y porque estamos metidos de lleno en la realización de estas misiones históricas; y porque ya las hemos solucionado en parte.

Ahora, al volver la vista hacia el año 1933, tenemos muchas veces la impresión de que esta fecha ha quedado ya infinitamente atrás, porque, si consideramos los años pasados, nos damos cuenta del poco tiempo transcurrido. ¡Pero cuántas cosas han ocurrido en este corto espacio de tiempo! ¡Qué inconmensurable transformación la vivida por nuestro pueblo en su economía y su política interna! ¡Qué acontecimientos más revolucionarios los sobrevividos en Alemania! ¡Qué nueva imagen se nos ofrece hoy en su nueva formación política, en su cohesión, en la superación de los miles de antiguas causas de desunión y partidismo! En el aspecto económico, ¡cuán distinto es el aspecto que Alemania ofrece en la actualidad! De nuevo confianza y seguridad por doquier. Y todo este pueblo alemán se ha visto acometido ahora por la fiebre del trabajo: antes eran miles de fábricas paradas, en el país había muchos mendigos y aumentaba sin cesar el desempleo; pero actualmente apenas encontramos un obrero calificado.

Quizá en estos momentos oigamos muchas veces, como si fuera una señal, de que la economía no marcha bien, que no poseemos las suficientes materias primas. Tenemos muchas materias primas, muchas más que antes; pero también producimos hoy mucho más que antes. ¡Esa es la única razón! (vivos aplausos) ¿Creen ustedes acaso que nuestros altos hornos, que están volviendo a despedir humo sin descanso, creen ustedes que son alimentados - no lo sé - con ramas o cosas así? Se trata de carbón y de hierro. Se trata de minerales que sometemos a procesos de elaboración; pero en una cantidad distinta a la de antes. No necesito explicarles la razón; ya saben ustedes cuál es (fuertes aplausos) Y tampoco ha disminuido la producción agrícola. Naturalmente, si viene un año lluvioso o tenemos una mala cosecha, *nosotros* no podemos impedirlo. Y tampoco podemos impedir que haya en determinadas estaciones del año animales tan insensatos como para poner menos huevos o dar menos leche (risas) Pero lo decisivo es que consumimos mucho más que antes, pues estas 6 millones de personas a quienes hemos dado trabajo forman, con sus familias, casi un total de 20 millones de seres humanos que tienen un nivel de vida distinto al de antes. Y estas personas vuelven a comer. Y no hay duda alguna de que el pueblo alemán tiene hoy el aspecto de estar mucho mejor alimentado que hace cinco o seis años (vivos aplausos)

Pero este progreso nacional lo apreciamos con mayor fuerza aún si consideramos la ascensión de Alemania en el aspecto de la política exterior. Sé que unos años atrás habría sido considerada una fantasía el anuncio de lo que hoy se ha convertido en una

realidad, de lo que es un hecho irrefutable. Supone un gran orgullo pensar que hace pocos días hemos sido invitados a tomar parte en el bloqueo de un país con nuestros buques de guerra. ¡Nosotros, que hace cuatro años estábamos bloqueados! (fuertes aplausos) ¡Alemania se ha convertido hoy en un factor político que no puede dejar de ser tenido en cuenta! No sé si nos querrán, no lo supongo siquiera (débiles aplausos) Pero sí sé una cosa: qué ya no nos pueden mirar por encima del hombro, que ya no pueden atropellarnos y que ya no pueden dejar de tenernos en consideración; ¡eso es seguro! (aplausos) Y en los largos años en que les he hablado desde aquí a ustedes, compañeros y compañeras, les he dicho siempre que, en definitiva, no importa tanto conseguir el cariño de nuestros enemigos. En la vida política, el cariño es una cosa sujeta a cambios, y por lo general no gozan de amor quienes son particularmente valiosos para los pueblos. Por consiguiente, se puede renunciar a él. Ahora bien, siempre les he indicado que es necesario conquistar el respeto del mundo que nos rodea. Y poco a poco hemos ido reconquistando ese respeto.

¡Alemania se ha vuelto a convertir hoy en una gran potencia europea y en una potencia mundial! (aplausos prolongados) Ciertamente que esto no se debe al azar, no se funda, por supuesto, en la comprensión de nuestros antiguos enemigos o en una modificación de sus sentimientos. No, lo sabemos perfectamente: la causa es la reorganización de un gran ejército nacional alemán. Uno de los más atrevidos puntos del programa que anuncié entonces fue la reorganización de un ejército nacional. Y hemos conseguido este milagro en cuatro años escasos. Puedo decir con razón que es un milagro. Y el mundo del mañana calificará de milagro también este logro. En un mundo amenazador, rodeados de enemigos y peligros por todas partes, hemos creado, partiendo de los últimos restos del ejército imperial, un gran ejército nacional alemán, un ejército, además, nacionalsocialista; un ejército que actualmente protege a nuestro Estado y a nuestro *Reich*.

Y quizá haya uno u otro - no de la parte nacionalsocialista, sino de la otra - (débiles aplausos) que diga: "*Este rearme, este rearme incansable.*" ¡Sí, sí, sí, sí, querido amigo, ahí está la diferencia! ¡En su época armaron al extranjero con las reparaciones; y yo estoy armando ahora a Alemania! ¡He ahí la diferencia! (vivos aplausos) Y existe una diferencia entre mandar 50.000 ó 60.000 millones a Ginebra u otro sitio cualquiera y poner esos millones a disposición de nuestras fábricas y talleres (aplausos) favoreciendo con ellos a nuestros compatriotas. Son muchos en el extranjero los que dicen: "*Sí, precisamente eso es lo que queréis.... cañones en lugar de mantequilla.*" Bueno, pues la consigna no es ésta, no es ¡cañones o mantequilla!, sino que dice: ¡cañones o esclavitud! ¡No hay otra elección! Y a esto sólo puede haber una respuesta: "*Entonces... ¡mejor los cañones!*" (aplausos)

Vivimos actualmente en un mundo que continuamente dice hablar en lenguas internacionales. Así, tenemos los idiomas esperantistas de la paz, de la comprensión entre los pueblos, de la reconciliación entre las naciones. Como ustedes saben, el lugar de enseñanza y donde se cuidan esta clase de cosas se encuentra en Ginebra. Y hemos honrado suficiente tiempo con nuestra presencia estos lugares, que no nos han sentado particularmente bien. No nos han entendido. Nosotros procedíamos al desarme, mientras los otros no pensaban siquiera en él. Al contrario, incluso nuestro desarme sirvió para rearmar a los demás. Tampoco esto nos ha sido abonado jamás en cuenta. Y se ha demostrado que esta manera de hablar no es precisamente muy bien entendida internacionalmente. Sólo se nos ha vuelto a comprender desde que poseemos un ejército poderoso (aplausos) Ahora podemos comenzar a entendernos con los demás.

Y está completamente claro que nosotros queremos únicamente la paz, aunque, naturalmente, una paz que nos permita vivir y que, sobre todo, garantice nuestra libertad y nuestro derecho a la autodeterminación. Y no nos engañemos en una cosa: no estamos dispuestos a renunciar al menor de nuestros derechos vitales, pues tenemos la convicción de que *una* renuncia dará siempre pie a otra nueva. Y como ya no hay forma de detenerse una vez que se comienza a resbalar, lo mejor es decir al principio: “*¡No renuncio, sino que me afirmo en mi derecho!*” (aplausos)

Por lo demás, mis veteranos compañeros y compañeras, lo que estoy diciendo en estos momentos es tan sólo lo que hemos vivido todos en el interior de Alemania. También había partidos entre nosotros. Había partidos nacionalistas que decían: “*¿Sabe usted? No se puede luchar con los métodos que usted emplea; así no se puede llegar a la meta. Hay que trabajar sobre la base de la comprensión; hay que buscar el entendimiento pacífico; hay que trabajar en el sentido de que los demás vean que tenemos razón. Tenemos que hacerles ver las cosas. La lucha ha de ser, sobre todo, con armas espirituales. Lucha espiritual contra bolchevismo, explicaciones lógicas.*” En aquella época, mi pensamiento era el siguiente: “*¡Naturalmente que explicaciones lógicas! Pero cuando alguien se pone el puño en la frente, el espíritu no puede entrar en su cabeza a menos que le aparte el puño!*” (aplausos) Y ustedes lo saben, durante todos estos años no hemos hecho otra cosa que explicar e ilustrar; exactamente lo mismo que hacemos en el campo internacional. Creo que no pronunciamos un discurso que no tienda de algún modo a facilitar aclaraciones al mundo que nos rodea. Pero resulta beneficioso que, además de las explicaciones lógicas, se disponga de un escudo protector, de un ejército propio y de armas. Caso de que alguien considere una debilidad la explicación lógica, como ha sido efectivamente el caso en las luchas políticas internas, podrá comprobar entonces que existe la otra posibilidad, y seguramente le resultará más fácil convencerse de que no es en absoluto una debilidad. Por ello quisiera decir que vamos por este mundo con un ángel amante de la paz, pero acorazado con hierro y bronce (aplausos prolongados) Y si mantenemos el ramo de olivo en la mano derecha, tanto mejor será para que el enemigo vea nuestra espada en la izquierda (aplausos). Quizá ello le sirva únicamente para mostrar más deseos de tomar el ramo de olivo. Y eso es lo que deseamos, no otra cosa.

Y no es otra cosa tampoco lo que hemos querido dentro de nuestro país, pues también podríamos haber implantado un régimen de terror. Pero no lo hemos hecho, nos hemos ganado a nuestros compatriotas. Hay algunos locos, que no son muchos, y algunos otros - aparte de los criminales, que son los más - a los que no hay manera de convencer; pero tampoco nos molestan. Ya haremos entrar en razón a toda esta gente en el futuro. Igualmente que hemos sabido hacerlo en el pasado. Para ello hemos establecido un programa fundado en los conceptos de honor, libertad e igualdad de derechos. Este programa lo hemos defendido con fanatismo durante estos cuatro años y hemos obtenido con él un éxito resonante, pues Alemania ha vuelto a ser hoy realmente un país libre. Entre nuestros enemigos internacionales había no pocas personas que creían poder hacer del Tratado de Versalles una especie de nueva Paz de Westfalia, una ley sagrada de vida para la nación alemana. Hemos acabado con este tratado, que solo era una imposición. Todos estos puntos han desaparecido (aplausos)

Resulta muy fácil decirlo aquí ahora; pero pueden creerme ustedes que no fue tan fácil; fue una lucha muy, pero muy dura, que destrozaba los nervios. Hemos tenido que esperar al último año para verla terminada. El día en que volvió a ser ocupada nuevamente Renania y, finalmente, el día en que fue introducido el servicio militar

obligatorio de dos años, desde ese momento quedó realmente anulado el Tratado de Versalles. Para nosotros, ha dejado de existir. Lo único que resta de él es la vigencia de las relaciones fronterizas existentes, y en ese sentido siempre hemos manifestado que nuestra intención es la de entendernos pacífica y amistosamente con nuestros vecinos. Ahora bien, en adelante ya nadie meterá baza en nuestros asuntos internos. Quizá algunos periodistas, pero eso no nos molesta (aplausos); quizá también algunos diputados del parlamento; pero ya conocemos a la perfección a estos politicastros y no nos molestan. Nadie volverá a meter baza en nuestra vida estatal. Actualmente somos ya los dueños de nuestra casa y de ahora en adelante cuidaremos celosamente este derecho. Que el mundo se entere (aplausos)

Hemos vuelto a proponernos otro programa al que tenemos derecho, pues cuando en 1933 anuncié el primer programa, que tendría una duración de cuatro años, el programa era de una índole tremenda. Todos nuestros enemigos dijeron: *“No sólo no podrán cumplirlo, sino que dentro de unos pocos meses ya no se hablará de ellos.”* Ahora bien, no sólo hemos realizado este programa en un plazo muy breve, sino que hemos ido mucho más allá de lo anunciado. Si en 1933 hubiera declarado sin reservas todo lo que nos proponíamos hacer, probablemente me habrían tomado por loco. Por ello, y como medida de precaución, declaramos solo un poco de lo que teníamos previsto; así no asustaríamos al mundo.

Hoy tengo que establecer un nuevo programa, un nuevo programa ya conocido por ustedes en sus aspectos fundamentales. Por encima de todo está nuestra voluntad, nuestra firme decisión de continuar y continuar afianzando la seguridad del *Reich*. Y en este aspecto no me dejaré disuadir por nada y por nadie. Hay quien me dice: *“Sí, seguro, pero ¿y si la escasez de mantequilla adquiere proporciones alarmantes?”* A esos les puedo responder sólo de una forma: *“¿Cree usted de verdad que eso me preocupa? ¡Pues sí que está usted enterado de qué cosas me preocupan! Sí, he tenido preocupaciones, de índole muy distinta. Preocupaciones tales como: ¿cómo dar trabajo a 6 millones de personas?, ¿cómo buscar el pan de cada día para 6 millones de personas?, ¿cómo transformar un ejército de 100.000 hombres en un ejército nacional?, ¿cómo hacer que adquiera la libertad un pueblo que carece de ella?, ¿cómo se puede ir adquiriendo de nuevo, poco a poco, la soberanía sobre todo el territorio alemán?, y etc.”*

Sí, he tenido preocupaciones; pero nadie vaya a figurarse que voy a preocuparme siquiera lo más mínimo porque alguno me diga que recibe un cuarto en lugar de media libra de mantequilla. Esto me es completamente indiferente. ¡Esas no son preocupaciones! (aplausos prolongados) Tampoco yo hubiera podido salvar a Alemania con *esa* gente. La gente que ha salvado a Alemania ha tenido que hacer otros sacrificios que no han sido esas ridiculeces (aplausos) Y si, por lo que a mí hace, se quejan de la escasez de huevos, que se lo digan a las gallinas, ¡pero no a mí! (aplausos prolongados) Y ya saben ustedes que tenemos en Alemania a millones de trabajadores que se consideran felices de poder untar el pan simplemente con margarina. Eso es lo que me preocupa; pero el hecho de que actualmente haya en Alemania un 10 %, más o menos, de mantequilla me deja completamente frío. Tales objeciones no podrán disuadirme de mi propósito de fortalecer el *Reich*. Este fortalecimiento lo considero necesario, pues veo que es el signo de la época, y ustedes también lo ven, compañeros y compañeras de la vieja época. Por el mundo sólo puede andar tranquilo y confiado el que se sabe fuerte. ¡Y nosotros *no tenemos intención* de padecer las calamidades que ya hemos dejado atrás! (aplausos entusiastas)

Y aunque haya gente que me diga: “*Sí, pero... no se puede saber; a lo mejor, todo esto no es necesario.*” ¡Es igual que lo digan! Son otros muchos los que dicen: “*Piense usted en que todo pesa sobre las espaldas de los jóvenes alemanes. Primero al Servicio del Trabajo y luego al ejército, a servir dos años.*” ¡Pues puede sentirse contento de pasar por esta escuela! ¡La mayor parte de nosotros hemos sido soldados durante seis años, y de ellos, cuatro y medio en la guerra! ¡Eso es prestar servicio! No vacilaré lo más mínimo en exigir tal carga a la nación; tendrá que sobrellevarla. La libertad es más valiosa que dos años y medio de servicio (vivos aplausos) Y además, ¿qué nación no lograremos así? El muchacho que haya de hacer este sacrificio habrá de estar contento. Perderá dos años y medio, pero quizá le sean abonados en cuenta diez a cambio, pues terminará mucho más sano que cuando comenzó. El muchacho entrará en una buena escuela y se convertirá en todo un hombre. Y las muchachas habrán de estar contentas también, pues dispondrán de verdaderos hombres en lugar de antiguos mequetrefes (aplausos frenéticos) Cuando en el futuro se abran, todos los años, en el mes de octubre, las puertas de los cuarteles, saldrán 200.000 ó 300.000 hombres jóvenes, sanos como manzanas. Y todos se alegrarán de ello, lo mismo los muchachos que las muchachas. Y las muchachas se alegran realmente (risas) Siento curiosidad por saber a quién amarán más adelante nuestras muchachas, si a los que han prestado servicio o a los que no; pero lo sé de antemano (aplausos atronadores) Creo que los que no prestan servicio militar serán en Alemania una especie de invitados a quienes nadie saca a bailar (aplausos) ¡Todos ellos se quedarán sentados en los bancos!

Y si alguien me dijera: “*¡Pero qué sacrificios tienen que hacer! Eso no es ningún sacrificio.*” Entonces, ¿qué estoy haciendo yo? Aprovechar la capacidad de trabajo de los alemanes para mantener a nuestro pueblo y, a fin de cuentas, por consiguiente, valorar en beneficio de nuestro pueblo, para el futuro, esta capacidad de trabajo de los alemanes. Y en tal sentido no soy desconfiado hasta cierto punto: soy *siempre* desconfiado. Sólo tengo una creencia y es la creencia en mi pueblo, una fe que siempre he tenido. Pero, por lo demás, estoy lleno de desconfianza. Que salen bien las cosas... tanto mejor; que salen mal... pues ya se sabe: no nos puede pasar nada. Y esta es también una sensación maravillosa. Quien ha conocido la otra sensación, tal como la he conocido yo años y años, siempre preocupado por lo que pudiera ocurrir al día siguiente o al otro, por las desgracias que podrían sobrevenirle a uno, quien ha conocido alguna vez esta sensación, entonces comienza a saber perfectamente lo que significa: ahora somos fuertes y no se nos podrá llevar más por donde otros quieran. Ahora comienza a saberlo.

Créanme ustedes, pasarán los años - escribirán; pero me tiene sin cuidado lo que la prensa escriba -; pero no puede sucedernos nada más. Eso es lo maravilloso. Desde que Renania vuelve a ser nuestra; desde que hemos introducido el servicio militar obligatorio y ha vuelto a haber un ejército alemán; desde que Alemania está de nuevo protegida por poderosas escuadras de aviación; desde que poseemos nuestra propia arma de bombardeo (sic); desde que contamos con nuestra propia arma antiaérea; desde que tenemos nuestras propias divisiones acorazadas... desde entonces lo sé: ahora, a partir de este momento, podemos dormir tranquilos. Y esto beneficia a todos, esto fortalece realmente los nervios (vivos aplausos) Y en esto veo para el futuro la seguridad de lo que somos y lo que estamos consiguiendo con nuestros esfuerzos.

Partiendo de este programa, he anunciado, además, toda una serie de ellos. Lo saben ustedes perfectamente, lo he apuntado ya recientemente. Tengo la intención de cuidar de manera especial unas cuantas ciudades alemanas: Múnich, Berlín, Núremberg y

Hamburgo. Unos cuantos lugares en los que dejaremos el sello de nuestro genio, de nuestra gran época. Sé que cuando, hace siete años, compré la Casa Parda, esa pequeña Casa Parda que tenemos en la *Brienner Straße* (risas) e introduje después algunas reformas en ella, es decir, hice poner un estandarte delante, a la izquierda y a la derecha, e hice que la limpiaran un poco por dentro, el *Bayerische Kurier* escribió: “*Los del partido popular bávaro no tenemos comprensión alguna para tales explosiones de manía de grandeza cesárea.*” (risas) ¿Qué pensará esa gente al andar por su querido Múnich y verla aniquilada de tal suerte por la manía de grandeza cesárea? (risas) Pero sólo puedo decir a esa gente: “*Idos al otro mundo a tiempo, pues en pocos años no conoceréis a esta ciudad ni a otras ciudades.*” (aplausos prolongados) Reconstruiremos estas ciudades y las convertiremos en prototipos de una época grande. Y tengo el convencimiento de que con ello daremos el ejemplo para una evolución que continuará durante muchos siglos.

Y, además, he anunciado un gran programa al cual hemos de dedicar ahora nuestra total atención: el denominado Plan Cuatrienal. También a este respecto hay gente que dice: “*¿Por qué siempre nuevos planes y nuevos esfuerzos, siempre teniendo que hacer algo nuevo? No hay reposo jamás. Siempre está comenzando alguna cosa en cuanto termina otra, etc...*” Sí, sí, eso ya lo oía yo en el año 1919. Y en el 1920 y en el 1921. Si en aquella época yo hubiera hecho caso a la gente que estaba diciendo continuamente: “*A ver si tenemos reposo*”, probablemente Alemania sería a estas horas un cementerio. Creo que un pueblo sólo debe disfrutar de un reposo: el de la paz interior. Pero fuera de eso no puede haber otra cosa que esfuerzo, siempre y en todo momento esfuerzo. No se puede decir jamás: “*Ahora lo hemos alcanzado.*” No, hay que ponerse siempre nuevas metas tras las conseguidas. Pues sepan ustedes una cosa, y es que esta masa de millones de seres humanos pide alimentos. Ningún campesino puede decir: “*Bueno, ya tengo la cosecha bajo techado. El par de años venideros no haré nada. Ahora me tumbo a descansar tranquilamente.*” Eso no es así. No es posible en la vida privada; tampoco es posible en la vida de las naciones. Tenemos que volver a empezar una y otra vez el trabajo para nuestro pueblo. Y este Plan Cuatrienal es realmente el más grande de los trabajos en beneficio de nuestra nación alemana, pues con él nos independizaremos del extranjero en los campos vitales más importantes.

¿Saben ustedes lo que esto significa? Acaso existen economistas, es decir, hombres llenos de ciencia teórica y con muy poca experiencia práctica, que digan: “*¿Por qué no seguimos participando en el comercio mundial?*” No es culpa mía; yo quiero hacerlo en cualquier caso. Y también lo intensificamos sin parar. Pero la primera condición para una intensificación del comercio internacional, es que todos los pueblos y los Estados gocen de paz y orden para la producción. No puedo importar para Alemania monedas extranjeras, sino únicamente productos, exactamente en la misma forma que suministro al extranjero productos alemanes. Nosotros trabajamos de todos modos. Creo que cuando se inaugure en Francia la Exposición Mundial de París, seremos los primeros en estar listos. Trabajamos. Así, a secas. Pero los demás, desgraciadamente, no todos quieren trabajar, sino que en estos momentos, ¿saben?, están metidos en importantes discusiones burguesas: proletariado, burguesía, mientras otros grupos se pelean mutuamente y arruinan la economía con sus reyertas. Los unos hacen huelga, los otros obstaculizan la entrada al trabajo; la economía y el valor de la moneda se hunden; entonces viene la devaluación monetaria, se elevan los salarios, aumentan los precios, se vuelve a devaluar y de nuevo comienza el ciclo. Todo esto lo sabemos por experiencia. Y, tal como acostumbramos a hacer los alemanes, lo conocemos

a fondo (aplausos)

También antaño aumentamos nosotros los salarios, los aumentamos sin cesar. No al doble, eso es una ridiculez. Aumentar los jornales en un 10, un 20 ó un 50 %... no, nosotros aumentamos a 1.000 marcos el salario por hora. Y tampoco este aumento resultó suficiente. Lo elevamos a 10.000, 100.000, 1.000.000, 1000.000.000, hasta que las cosas acabaron debido a que no se podía contar ya, y la gente humilde no era capaz de salir adelante con las sumas. Ello hizo que se volviera entonces atrás y se comenzara de nuevo a contar en céntimos. Y ahora digo una cosa: que seguiremos con los céntimos, con nuestro marco, con nuestro buen y sólido marco alemán. ¡No volvamos jamás otra vez al camino de los millones! Contemplemos a los demás cómo se portan ellos ahora. Podemos perfectamente imaginarnos en qué forma terminarán.

Nosotros tenemos nuestra política económica nacionalsocialista, una política cuya consigna es: el hombre no vive del salario, sino de la producción. Lo decisivo es el aumento de la producción. Si hoy sucede que en Francia se aumentan los salarios en un 15 % y el tiempo de trabajo, medido en semanas y de acuerdo con el tiempo de vacaciones, se disminuye en tres meses exactamente, o sea, un trimestre, ello se traduce en un 15 % menos de producción. También es una política económica. Pero yo lo hago al revés. Yo digo: los mismos salarios, pero aumentando sin cesar la producción. Y si hoy hemos incrementado en Alemania nuestra producción, la de carbón, por ejemplo, en 30, 35 ó 40 millones de toneladas, sí, ¿quién, mis queridos antiguos compañeros, quién es el que consume todo este carbón? ¿Saben ustedes? Aunque un industrial fuera el diablo en persona a aguantar calor, no podría resistir en su habitación 2.000 ó 3.000 grados de temperatura (aplausos) Este carbón es consumido ahora por la masa de nuestro pueblo. Y lo que es aplicable al carbón puede ser aplicado al aumento total de nuestra producción.

Y también aquí tengo que romperme la cabeza. Ahí tenemos la cuenca del Ruhr. Miles, decenas de miles, cientos de miles de mineros de carbón aún no tienen trabajo. Y luego tenemos que importar gasolina, una gasolina que tenemos que pagar casi enteramente en divisas. Si podemos cubrir los gastos de nuestra gasolina y nuestro caucho con la extracción de carbón, quizá entonces yo pueda aumentar la extracción anualmente en otras 25 ó 28 millones de toneladas. Y además, daré ocupación, en las fábricas, para toda su vida, a unos 160.000 trabajadores alemanes; ¡160.000 trabajadores con sus familias! (aplausos) ¿Saben ustedes?, también esto es socialismo; pero no un socialismo insensato, sino un socialismo nacional, sensato. Y no hay duda en ningún aspecto; cualquiera que viaje por el extranjero y lo haga por Alemania se dará cuenta de la diferencia que hay.

En estos momentos tenemos un ejemplo magnífico. Está siendo montada en París una Exposición Universal en la que participaremos. También los rusos participan. Aunque sólo sea por ahorro de divisas, hacemos que sean nuestros obreros quienes construyan lo necesario; pero, además, ¿por qué razón no van a ver también París nuestros obreros? Que vean lo que ocurre por ahí: unos hacen huelga, otros cierran. Que lo vean con sus propios ojos, que vean lo que ocurre en las calles. Nosotros hemos hecho desaparecer en Alemania la porra; aquí es ya desconocida; hay que dirigirse a cualquier otra nación para verla (aplausos); para ver cómo actúa la educación burguesa o la educación de los Estados burgueses. Que lo vean, que lo vean. Y además, que vean también el nivel de vida, ¿por qué no? No sé, pero todos los obreros nuestros que marchan al extranjero con la organización Fuerza por la Alegría vuelven diciendo: “¡Dios mío, qué bien se está en Alemania! Ahora es cuando nos hemos dado

cuenta por primera vez de lo maravillosamente que se está en Alemania.” Cuanto más obreros exportemos (sic) al extranjero, tanto mejor para nosotros. Todos vuelven diciendo: “*¡Quita, quita, qué nos van a contar a nosotros; que vengan y lo vean!*”

Por lo tanto, como he dicho, nuestros obreros montan en París la exposición. La Rusia soviética no tiene en París un solo obrero que trabaje en ella. No porque no tengan obreros en Rusia para montar esta exposición que en sí no es tan famosa. Pero es que en Moscú les han contado que en todo el mundo no hay más que un ferrocarril metropolitano, y que éste es el de Moscú. Les han contado que el mundo entero está pasando hambre, que todos lo pasan muy mal, que... por lo tanto, nadie puede salir de Rusia, así como tampoco nadie puede entrar. En nuestra patria puede entrar todo el que quiera y mirar lo que le venga en gana; pero no así en Rusia. Créanme ustedes, nuestro socialismo es, en fin de cuentas, un socialismo auténtico, mientras que lo existente en Rusia es la mentira más grande que la humanidad ha contemplado jamás. Una mentira de la que jamás hemos dudado nosotros, los nacionalsocialistas; y por ello hemos luchado desde siempre contra esa banda.

Pero aún hay otra cosa digna de mención: y es que los individuos que lucharon durante años contra nosotros se cuelgan ahora unos a otros (exclamaciones) o se matan mutuamente. El señor Radek, léase *Sobelsohn*, pasó por ser un evangelista para nuestros comunistas alemanes; pero el antiguo evangelista es considerado hoy un traidor al socialismo, al comunismo; ha sido encerrado en la prisión y quién sabe lo que podrá ocurrirle. También es completamente indiferente para él (sic) Nosotros no tenemos compasión alguna para esto, pues los que se matan unos a otros son los componentes de una pandilla. Pero un socialismo de esta clase es una catástrofe. Frente a este socialismo, nosotros hemos implantado un socialismo alemán, un socialismo sólido que, si no conduce tan rápidamente a la meta como el ruso, lleva con seguridad a ella. Al aumentar la producción en todos los sectores, aumentamos el consumo; al aumentar todavía más el consumo - y tenemos que elevarlo, pues de otra forma no podríamos elevar la producción -, hacemos que cada vez participen más personas en los bienes de nuestra nación. Y esto es lo que persigue también el Plan Cuatrienal.

Este Plan Cuatrienal pretende hacer que nuestra economía se independice de las bases fundamentales de su producción y, por consiguiente, de nuestra existencia común. ¡Y este Plan Cuatrienal se llevará a cabo! No necesito decírselo. Saben ustedes, mis viejos compañeros, que siempre se ha realizado lo que he prometido. Pero hay en Alemania mucha gente que todavía no me conoce hasta tal punto (vivos aplausos) Acaso esos digan: “*¡Ah, quién sabe, a lo mejor se olvida!*” (aplausos) O bien: “*Quizá se harte al final; mejor será esperar un poco.*” ¿Por qué? Esto significa nuevos esfuerzos. Ahora tenemos que construir nuevos altos hornos, tenemos que instalar nuevas fábricas, tenemos que realizar nuevos cálculos; y así siempre, sin punto de reposo. Ahora tenemos, podríamos tener ya por fin, una existencia segura y unos pingües ingresos; ahora marchan ya las cosas. ¿Vamos a estar siempre comenzando nuevas cosas? Esos no me conocen, ninguno de quienes piensan así. Pueden tener el convencimiento de que se llevará adelante el Plan Cuatrienal y que, además, no necesitará de los cuatro años para su realización. Soy precavido, siempre digo un año más de los que calculo que necesitamos (aplausos); uno no sabe nunca lo que puede ocurrir. Pero el Plan Cuatrienal estará terminado por completo antes de acabar el tercer año (vivos aplausos) Las cosas marcharán entonces; mejor dicho: las cosas marcharán con más facilidad.

Naturalmente que esto necesita de una concentración increíble. Muchos dicen: “*Necesito hierro; pero, por desgracia, no lo recibiré hasta dentro de seis*

semanas, de dos meses o quizá de cuatro meses.” A este sólo puedo decirle: “Eso te molestará a ti; pero me alegra a mí, pues me digo: ¡fabuloso! Hemos llegado a un punto en que la producción apenas puede cumplimentar los pedidos.” Los almacenes estaban *antes* llenos, no se podía vender nada. Y ahora apenas podemos producir lo que nos piden. A mis ojos, esto es señal de una economía muy sana. Además, naturalmente, siempre irán por delante los cometidos más necesarios. Así, ahora construiremos alrededor - digamos - de cuarenta fábricas gigantescas para la producción de gasolina, caucho y productos similares, en los que se comprende todo lo posible. Esto quedará listo en dos años; entonces resultará ya mucho más fácil, pues nuestros depósitos de hierro nos irán suministrando todo el material suplementario que necesitemos. Entonces tendremos ya nuestras gigantescas fábricas alemanas de metal ligero, entonces tendremos ya nuestras fábricas de caucho y gasolina. Y entonces continuaremos mirando hacia adelante. Todavía no sé lo que haré durante los cuatro años, pero ya se me ocurrirá alguna cosa (vivos aplausos) a fin de que no nos oxidemos, a fin de que continuemos viviendo a medias por lo menos; pues solamente se está con vida mientras se es joven, y sólo se es joven mientras se puede trabajar.

Por eso hay que buscarse trabajo, para poder continuar siendo joven. Y para que la nación alemana continúe siendo joven como tal nación, sólo puedo desearle una cosa: ¡pueblo alemán, ten los ojos siempre puestos en la realización de nuevas tareas! Seguirás siendo joven mientras continúes realizando grandes proyectos. Cuando llegue la hora de que no puedas llevar a cabo grandes empeños, entonces, pueblo alemán, es que habrás envejecido y comenzarás a morir. Siempre ha sido así. Y por eso nuestro movimiento es un movimiento eternamente joven; por eso nuestro ejército es un ejército siempre joven, porque uno y otro se enfrentan continuamente con nuevas tareas, tienen, año tras año, nuevas misiones que cumplir. Por eso es eternamente joven el campesino, porque siempre tiene por delante nuevas tareas que realizar. Este es el secreto más grande de la salud humana.

Y todos sabemos perfectamente que, en última instancia, todo pueblo está vinculado a su espacio vital. Ciertamente que nuestros economistas nos han predicado otras teorías; pero en las horas más difíciles de nuestra vida hemos comprobado de una forma irrefutable hasta qué punto una nación depende de la base sobre la cual se asienta, de su suelo. Si antaño hubiéramos tomado las medidas que hoy estamos tomando, Alemania no habría llegado a la situación que más tarde tuvo que sufrir. Por ello tengo el convencimiento de que los compañeros del partido, ese ejército de millones de hombres de auténticos nacionalsocialistas, serán, cada uno en su puesto, fanáticos defensores de los nuevos objetivos y proyectos. Tengo la convicción de que será precisamente el partido el que empujará por doquier en este sentido, apartando del camino a cualquiera que venga con estúpidas criconerías o niñerías. ¡Eso lo hemos vivido todos! Continúan siendo los mismos fenómenos. Ancianos de veinte, veinticinco o treinta años, ya fatigados al extremo; gente que siempre nos ha dicho: *“Eso no marcha, ni aquello, ni lo de más allá.”* ¡Los conozco de siempre! Siempre me han profetizado que no resultaría. Si hubiera hecho caso a gente así, Alemania estaría hoy perdida por completo. Nosotros, los nacionalsocialistas, siempre hemos tenido fe en una posibilidad: las cosas resultan cuando se quiere que resulten. Y nosotros lo queremos, estamos decididos a ello (vivos aplausos) Y ahora resultan las cosas más fáciles que antes.

Ahora bien, quisiera repetirles una vez más: duros fueron los años que teníamos por delante. Duras fueron las decisiones a tomar, tratando, sin poder ni medios coercitivos, de que un pueblo volviera, poco a poco, a conquistar su posición en el mundo. Con

frecuencia tuvimos semanas muy duras. Y días. Y horas. Y creo que habrá resultado más fácil leer las conclusiones o escucharlas, que adoptarlas o llevarlas a cabo. A menudo costaba muchísimo trabajo, muchísimo; nos ha costado a todos incontables noches de insomnio. No era la preocupación, ¿saben ustedes?, por un par de ridículas libras de mantequilla, sino la preocupación por la existencia o el hundimiento de la nación alemana, por su futuro, por la paz de nuestro pueblo. Así transcurrieron las semanas, meses y años que ahora hemos dejado atrás, una época llena de preocupaciones, durísima. Pero ya ha quedado atrás. Hoy contemplo el futuro con tranquilidad y confianza. Sé que hemos vuelto a ser una potencia de categoría mundial. Nadie puede buscarnos pendencia y nadie nos la buscará. No es que quizá no trataran, en ciertas ocasiones de bienquistarnos; no tienen sino que leer los periódicos. Pero es que ya no pueden meterse con nosotros. Y es aquí, creo yo, donde vuelve a aparecer auténticamente nuestra vieja misión nacionalsocialista: la de continuar siendo, *sin descanso*, el soporte de la fe en el futuro alemán y, por lo tanto, del trabajo necesario para este futuro.

Esta ha sido siempre la vieja misión nacionalsocialista, pues ustedes saben bien que aspecto tenía Alemania cuando ocupé por vez primera este sitio. ¡Qué fe y qué ganas de trabajar suponía en aquella época comenzar siquiera este trabajo! Ahora han transcurrido desde entonces diecisiete años. Y ha sido logrado este milagro increíble. Lo hemos logrado con nuestra unión, con nuestras peleas y luchas que no han cesado un momento, persiguiendo siempre metas nuevas; sólo a ello tenemos que agradecer el resurgimiento de la nación alemana. Creo que esta época de pasadas luchas es para nosotros, los nacionalsocialistas, la mejor enseñanza para nuestro comportamiento en el futuro.

Cada vez que vengo a esta sala para celebrar este día, me siento lleno de agradecimiento para con el incontable número de personas que antaño encontraron el camino para unirse a mí. Es una cosa maravillosa que en la dura época de lucha de los primeros años de nuestro movimiento fuera encontrado el camino que conducía hacia él. Es una cosa maravillosa. Quizá más adelante ya ni siquiera pueda comprenderse qué fue lo que en aquella época atrajo a las personas para unirse a mí; cómo pudimos encontrarnos entonces. He ahí que se alza predicando una nueva fe en Alemania un hombre que no tiene nada detrás de él: ni nombre, ni bienes, ni prensa; nada, en definitiva nada. Y entonces se unen a él; se le unen mujeres y muchachas que ascienden con este hombre por el empinado camino que parecía conducir a la luz. Fue algo milagroso. Todos pensamos en esta época, yo pienso también con mucha frecuencia en esta época maravillosa de nuestra lucha. A pesar de los éxitos alcanzados hasta hoy, ¡cuán a menudo se acuerda uno, de pronto, de que, en realidad, la época más hermosa fue la de entonces! (vivos aplausos) La época en que se sabía que, cuando uno venía a nuestro movimiento y no tenía que ser expulsado de él por soplón, era y *tenía que ser* necesariamente una persona decente; pues en otro caso no podría haber venido en modo alguno. ¿Qué podría buscar nadie en aquella época entre nosotros? ¿Qué podría ganar, qué perspectivas siquiera podría tener de alguna ganancia? ¡Ninguna en absoluto! A lo sumo, que le persiguieran, o se rieran de él, o fuera objeto de burlas, o se le expulsara del lugar de trabajo. Esta fue la época maravillosa, la época de la vieja guardia del partido nacionalsocialista, la época que reunió a hombres de acero venidos de todas partes: de la ciudad y del campo, del torno y del arado, de la oficina y de la universidad; la época de los viejos soldados del frente, soldados y oficiales; todos se fundieron en una hermandad y marcharon juntos. Tal fue el maravilloso tiempo del comienzo de

nuestro alzamiento alemán.

¡Con cuánta frecuencia decíamos en aquella época: “*Alemania en su más honda humillación*”! Y, sin embargo, en la época de la más honda humillación de Alemania se llegó al punto culminante del levantamiento alemán, pues en aquella época volvió a brotar la fe del corazón alemán, la decencia del alma alemana. Fue en aquella época cuando comenzaron a alzarse miles primero y cientos de miles después, llenos de una nueva fe, la mirada fija en este nuevo *Reich* que comenzaba entonces. Y entonces lo sabíamos todos: esta Alemania tiene que ser más hermosa que la anterior; tiene que ser mejor que la anterior; tiene que ser más fuerte que la anterior. Y hoy es más hermosa, mejor y más fuerte. ¡Intenten ustedes medir mis sentimientos! ¿Qué podía hacer un hombre que no encontrara partidarios? ¡Sería un predicador en el desierto! Que los primeros acudieran a mí; que se unieran a mí; que tuvieran en aquella época la fe ilusoria que parecía no tener fundamento alguno, *la fe en mí y en mi persona*; que después me siguieran año tras año; que luego continuaran conmigo cuando las cosas empezaron a ponerse realmente malas... eso es lo maravilloso y ese es el motivo de nuestro éxito. Y eso es hoy y siempre para mí lo que me hace sentir o la causa de que yo sienta una honda emoción.

Siempre vuelvo a pensar, sobre todo cuando entro en esta sala, en aquel tiempo maravilloso de la gestación, fundación y auge del partido nacionalsocialista. Todos sabemos una cosa: si nuestro partido no se hubiera fundado, Alemania no habría resurgido, sino que se habría perdido por completo; pues no se puede estar sujeto eternamente a la servidumbre sin terminar por volverse uno mismo un esclavo. Nosotros estuvimos muy cerca de ello; eran muchos ya los sectores que se habían conformado con este destino. Hoy resulta maravilloso saber que este gigantesco y magnífico desarrollo nació de aquel 20 ó (sic) 24 de febrero de 1920. Y todos nosotros tendremos ahora un sentimiento, lo tendremos todos y cada uno de nosotros, un sentimiento experimentado, ora por uno, ora por otro: es una pena que no vivan para verlo tantos que antaño pelearon por ello *con fanatismo* a nuestro lado. Siempre digo que todos los que han podido ser testigos del resurgimiento de Alemania tienen en ello la recompensa por la lucha de aquella época. Tal como les profeticé en aquella época, todos hemos tenido la recompensa de este resurgimiento nacional. Sabemos que, por desgracia, muchos no han obtenido esta recompensa; que muchas almas leales fueron arrancadas de nuestro lado antes de que llegara este 30 de enero y, sobre todo, antes de que diera comienzo y terminara de una manera definitiva el resurgimiento de Alemania, rompiendo las cadenas que le pusieron en Versalles. Esto es lo único que quizá nos haga sentir pena y dolor una y otra vez cuando llegan estos días.

Por lo demás, los nacionalsocialistas tenemos razón para estar sumamente orgullosos, orgullosos de nuestro movimiento y de nuestro pueblo alemán; pues realmente son dignos de admiración un movimiento y un pueblo que en tan pocos años se han alzado de tal derrota. Y merecen también ser admirados por la posteridad. Nosotros, los que tuvimos la suerte de dirigir esta lucha de grandeza histórica por el resurgimiento interior de Alemania, de luchar por ella y, debo decirlo, de sufrir por ella, nosotros estamos todos llenos de felicidad. Hoy no podemos sino volver la vista atrás y contemplar a este pueblo en los años de una ascensión incomprensible, y no podemos menos que dar las gracias a todos los que nos han ayudado en esta ascensión. Pueden todos los sacerdotes ponerse contra nosotros, pero hay una cosa que no podrán rebatir: ¡El Señor ha estado con nosotros, él nos ha guiado! (aplausos atronadores) Se ha puesto de parte de la única iglesia realmente confesional que existe, o sea el movimiento nacionalsocialista, que

tiene este credo: creemos en Alemania y en nuestro pueblo y en nuestro (aplausos atronadores) Dios, que no nos abandonará si no somos desleales para con nuestro pueblo y nuestra misión (aplausos)

Y esta lucha ha obtenido las bendiciones del Señor. Pues si realmente el Todopoderoso hubiera estado en contra nuestra, entonces, ustedes lo saben, yo no estaría hoy aquí ni ustedes estarían ahí. Mientras las bendiciones del Todopoderoso estén con nosotros, podré sostener la lucha del hombre débil e insignificante.

Esto tuvimos que decírnoslo siempre una y otra vez durante los largos años de lucha, y volvemos a decírnoslo hoy. Y por ello les ruego que hoy, al celebrar el decimoséptimo aniversario del comienzo del resurgimiento de nuestro pueblo, me acompañen una vez más al lanzar nuestro viejo grito de combate: ¡Viva nuestra Alemania y el movimiento nacionalsocialista! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Discurso a los kreisleiter ⁽⁷⁾ del partido en la Fortaleza de Vogelsang

Discurso pronunciado el 29 de abril de 1937

¡Compañeros! No siempre se da el caso de que las generaciones se encuentren en el centro de grandes acontecimientos históricos. Con frecuencia suelen transcurrir siglos sin que en este mundo se anuncie, prepare o realice algún acontecimiento de grandeza claramente evidente. Puede que en tales épocas la vida sea indeciblemente agradable para todo burgués normal. Se hacen negocios, se gana dinero, se vive, se come, se bebe, se duerme, se tienen niños y se muere con la tranquila seguridad de que la generación siguiente tendrá igualmente tan pocas inquietudes como la anterior, la propia (leves risas) Acaso haya personas a quienes una existencia así les procure alegría. Creo que el pueblo alemán no se ha encontrado interiormente muy a gusto en tales épocas. Quizá tengamos también en el presente algunos pueblos, algunas naciones, que todavía no se acaban de dar clara cuenta de la magnitud del movimiento actual, de trascendencia histórica mundial. He ahí, por ejemplo, a los ciudadanos de pequeños países que nos rodean, cual es el caso de Escandinavia: pescan sardinas, venden sardinas, comen sardinas y hacen un medio de vida de la pesca de sardinas, de su transporte, etc. La gente, come, bebe, se viste, toma parte en unas cuantas diversiones y se queda satisfecha al pensar que la generación siguiente disfrutará de la misma tranquilidad contemplativa y llevará también la misma existencia contemplativa, si Dios quiere. No creo que todas las personas de incluso estas naciones que nos rodean sean felices con esta vida. Al contrario, siempre estoy viendo como la juventud se siente atraída por nosotros, cómo después de una breve permanencia en Alemania apenas si quiere ya regresar a su tierra, cómo les emociona el saberse aquí partícipes de un movimiento histórico mundial, pues no existe duda alguna en tal aspecto: el mundo se encuentra actualmente en una evolución caracterizada por las crisis.

La que estamos viviendo es, sobre todo, la crisis de la democracia. Y por consiguiente, también la crisis de los Estados, de las formas estatales en sí, pues lo que hoy comprendemos bajo la palabra *Estado*, lo que se nos muestra como realidad bajo el concepto *Estado*, es la antítesis más natural del concepto *democracia*. Este Estado, al igual que todos, ha surgido por la eliminación de los puros intereses del capricho y también del egoísmo del individuo. La democracia aspira a colocar al individuo en el centro de todo el acontecer nacional. Por lo tanto, es imposible que a la larga pueda escapar a la crisis que ha de resultar de tal disparidad de criterios.

En la actualidad, estamos viendo la crisis en el mundo que nos rodea. Dirijan la vista a Francia. El Estado francés no ha nacido de una libertad de establecimiento democrática, pero será esta libertad de establecimiento democrática la que hunda a este Estado si no aparece alguna otra nueva forma de gobierno. También nosotros hemos vivido en Alemania este problema y hemos terminado por salir de tal crisis. Nosotros hemos sabido solucionarla de mano maestra. En Alemania, esta forma democrática ha sido sustituida por el Estado nacionalsocialista. En otros países es el comunismo el que vence, según se aprecia; pero también el comunismo acaba con la democracia. En fin de cuentas, de lo que se trata en esto países es del establecimiento de un judaísmo internacional dominador que, haciendo uso de los medios de violencia más brutales se injerta en los pueblos y los gobierna posteriormente. Hay otros países donde esta lucha está ya en período de gestación; en otros ha estallado ya claramente; en otros se está

anunciando.

Ahora bien, hay algo que hemos de admitir como seguro: esta lucha que yo califico de crisis de las democracias es una lucha inevitable, y terminará por surgir en todas las naciones del mundo, surgirá sin remedio, sin que tenga importancia en sí el tiempo que transcurre hasta dicho momento. Lo mismo si esta lucha estalla en Francia en 1937, o en 1940, o en 1970, el plazo no tiene importancia alguna. Tampoco la tendría aunque el estallido se produjera en el año 2000. Lo que es seguro es que, a la larga, el Estado no puede existir cuando está dirigido por una democracia parlamentaria. Esto es seguro. Y también lo es que del contraste existente entre el Estado y esta democracia parlamentaria nacerá un día una situación de crisis que conducirá a un estado de tensión, tras el cual, como es lógico, vendrá una distensión. Lo que no es seguro es la forma en que los diversos Estados solucionarían particularmente este problema. Los unos lo solucionarían siendo víctimas de una dominación extranjera, digamos de una capa superior judía, es debido a que las fuerzas nacionales son demasiado débiles para una regeneración propia, para, digamos, vencer por sí mismas; otros pueblos tengan, quizá las energías suficientes para salir sin ayuda extraña de este problema, para resolverlo por sí mismos. El pueblo alemán ha resuelto esta cuestión. Nosotros hemos moderado la libertad del individuo al poner en el lugar de esta libertad desenfrenada individual la libertad refrenada de la comunidad, es decir, al establecer una disciplina, una autoridad, etc., necesarias desde un más alto punto de vista. De esta manera, el Estado ha vuelto a cobrar en Alemania una dirección orgánica.

Al considerar esto, todos nos damos perfecta cuenta de que este Estado es la fuente de todo nuestro rendimiento. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos hallado una definición concreta para el Estado; decimos que el Estado no puede ser una organización, llamémosla x de un número, también x de personas, sino que únicamente tiene sentido cuando su cometido fundamental es el mantenimiento de una nacionalidad viva. Ha de ser no solamente el mantenedor de la vida de un pueblo, sino, sobre todo, el mantenedor del carácter, el mantenedor de la raza de un pueblo. De lo contrario, el Estado no tendrá, a la larga, sentido alguno, pues carece de sentido formar una organización por la organización en sí. Tal organización, que, como todas las organizaciones, llevan connatural en alguna forma, digamos, una sujeción de la libertad individual; tal organización, pues, sólo puede tener sentido cuando colabora en el mantenimiento de la vida de la totalidad de estos individuos, de su vida en este mundo; y sólo es imaginable cuando el Estado mismo se afina en las realidades nacionales. El Estado tiene la misión de garantizar la existencia de la nacionalidad como tal y, por lo tanto, de garantizarla para el futuro. Así, pues, no conocemos un Estado con objetivos inconcretos, sino con objetivos claramente delimitados. Sólo que - y esto lo sabemos todos - cualquier rendimiento efectivo sólo es imaginable a condición de que tal Estado exista; es decir, sólo mediante la agrupación de todas las energías presentes en esta organización es posible llevar a cabo realizaciones realmente grandes y comunes.

Por ello, para nosotros no puede haber motivo alguno de discusión en la cuestión de, digamos, primacías en el Estado. O sea, para citar un ejemplo concreto: jamás toleraremos que, en el Estado nacional, se ponga nada por encima de la autoridad de este Estado. Sea lo que fuere, ¡ni siquiera una Iglesia! (aplausos atronadores) También tiene aplicación aquí este principio inmutable: la autoridad de este Estado, es decir, de esta comunidad nacional viva, está por encima de todo; todo lo demás tiene que subordinarse a esta autoridad. El que intente colocarse frente a esta autoridad terminará siendo doblegado, de una forma u otra, por el peso de ella (aclamaciones) Sólo es

imaginable una autoridad, y ésta sólo puede ser la del Estado, presuponiendo que el fin primordial de este Estado sea la conservación, protección y permanente mantenimiento de una nacionalidad definida. Tal Estado es entonces la fuente de todas las realizaciones.

Lo que estamos viendo a nuestro alrededor, sólo es imaginable mediante el concurso de la capacidad de trabajo de millones de personas. Todos, en una forma hasta cierto punto natural, han experimentado una mejora por este freno puesto a su libertad personal. Puede que al individuo esto le moleste un poco, pues creo que en toda persona alienta siempre, de un modo espontáneo, el leve vestigio de un anárquico impulso de resistencia; sólo que esto no sirve de nada. Si creemos en la existencia de una misión humana, tenemos que creer en que el hombre ha de fundamentar y fortalecer tal misión por medio de realizaciones. Y si tenemos la esperanza puesta en las realizaciones humanas, habremos de darnos cuenta de una cosa: de que estas realizaciones sólo pueden ser obra de la comunidad. Y si pensamos en realizaciones de tipo comunitario, entonces habremos de reconocer que todas las realizaciones en común exigen de algún modo la concentración de las fuerzas de todos; que no se puede pensar sólo en decir: *“Id y haced lo que tenéis pensado hacer”*, sino que será necesario dar la orden: *“Id y haced lo que os dicte la voluntad.”*

Esta voluntad ha de brotar del pueblo, ha de tener su fundamento en el pueblo. Quisiera, a este respecto, hablar de una condición previa. Se habla con mucha frecuencia de la necesaria concentración del trabajo; pero tal concentración del trabajo es imaginable únicamente cuando antes ha existido ya una concentración de la voluntad. En la misma forma que, al realizar un trabajo, hemos de partir de una cierta uniformidad en los rendimientos, al referirnos a la voluntad hemos de intentar que exista una cierta uniformidad de pensamientos y, con ello, de proyectos, intenciones y decisiones. Sin esto, el pueblo incluso más eficiente es totalmente incapaz, como puro material humano (sic), de llevar a cabo grandes realizaciones.

Estamos comprobando hasta la saciedad un hecho verdaderamente lamentable: la mayoría de las personas carecen de capacidad para trasladar a grandes realizaciones los conocimientos que la vida diaria ofrece en multiplicidad de formas y facetas. Se sabe perfectamente que no se puede construir una casa si no existe quien haga el plano, si no hay un hombre que dirija la construcción del edificio; eso se sabe a la perfección. En cambio, la gente se figura que la formación de un Estado y el logro de las gigantescas realizaciones de una comunidad nacional pueden llevarse a cabo desde otros puntos de vista. Pero sólo pueden llevarse a cabo desde unos puntos de vista exactamente iguales. También en este caso ha de existir alguien que proyecte un plano, alguien se ha de preocupar de la realización de este proyecto y ha de haber una comunidad que sea utilizada unitariamente para la puesta en práctica de tal proyecto. En caso contrario, no habría realización posible. De este proceder ha sido de donde han surgido en el pasado todas las realizaciones verdaderamente grandes de la humanidad, y es lógico que, al final y de una forma natural, la suma total de esfuerzos comunes se refleje en cada uno de los individuos; que, por consiguiente, cuando la totalidad marcha en formación cerrada hacia delante, también cada individuo modifica su posición. También él avanza.

No es que yo ponga una mordaza a la libertad del individuo al decir: *“A agruparse y a marchar hacia delante”* y que, por consiguiente, el individuo sólo pueda marchar cuando está integrado en una formación. ¡No! No es sólo la comunidad la que avanza: el individuo avanza con ella también y, además, con mucha mayor decisión y seguridad

que si cada uno fuera por su lado. Pues si a la totalidad de la masa de una nación se le dejara marchar con arreglo a la manera de pensar de la libertad democrática, entonces, compañeros, podemos imaginarnos qué aspecto ofrecería un pueblo así. No hay, pues, sino la dura alternativa: lo uno o lo otro. Creo que un hormiguero sería en tal caso un milagro de organización y trabajo disciplinado, pues también tiene leyes que han de ser obedecidas. Pero si a los hombres se les dejara marchar a su antojo, si en la época actual se estableciera el principio de que cada uno hiciera lo que considerase justo, razonable, equitativo, etc., la humanidad, en el camino del goce de su libertad, no marcharía hacia delante, sino que, por el contrario, perdería en poco tiempo, al destruirlo, todo lo que los hombres han alcanzado a través de los siglos por medio de un trabajo en común y disciplinado (aplausos) Este trabajo en común ha sido útil a todos, ha hecho avanzar a todos; al fin y a la postre, toda realización de la comunidad redunda en beneficio de cada uno de sus componentes.

No necesito afirmar que poseemos en el partido el mejor ejemplo de lo expuesto. Se podría decir: *“Sí, vea usted y compare, ahí tiene usted el partido demócrata, ahí es donde se encuentra precisamente la libertad; cada uno hace lo que quiere.”* Aquí tiene ahora una organización coercitiva donde cada uno hace lo que se le manda. ¿Vemos que estos demócratas irradian una dignidad personal completamente distinta? ¿Que representen algo totalmente distinto? No, al contrario, lo que veo es que están todos completamente echados a perder, que carecen de valor, incluso considerados individualmente. No es sólo que no sirvan para nada como organización, precisamente porque no tienen organización alguna; no, tampoco tienen presencia como personas, ni porte ni apariencia. Ya su aspecto exterior delata que no sirven para nada, que no tienen capacidad alguna de resistencia frente a la vida, etc., que se han afeminado.

Si hoy digo: *“He aquí un ejército y consideramos que este ejército se basa en una brutal represión de la voluntad individual”*, ¿qué ocurriría con todos esos pobres soldados que lo constituyen? Todos tienen que obedecer: tiene que obedecer el soldado raso, tiene que obedecer el cabo primero, tiene que obedecer el suboficial, tiene que obedecer el teniente. ¡Qué tristeza de hombres! ¡Pues no! Si hoy saco a estos hombres de sus puestos militares y pongo frente a ellos otros hombres que jamás hayan obedecido, el hombre que lo será realmente será el que sabe lo que es obedecer, mientras que el otro no será nada, ni siquiera considerado individualmente (aplausos)

Los otros no han conseguido nada, son únicamente un confuso montón.

Todas las realizaciones logradas mediante esta voluntad, resultante del concurso de voluntades, redunda en beneficio del individuo. Participa de tales realizaciones. Mientras, digámoslo sin empacho, mientras obligo a millones de hombres y mujeres a trabajar, mientras les obligo a estar en las fábricas de tejidos, les estoy dando al mismo tiempo ropas para vestirse; al obligarles a que construyan casas, les facilito medios con que tener la suya; al obligarles a cultivar el suelo, tienen todos asegurados su trabajo; al obligarles a construir ferrocarriles, al obligarles a observar el horario de servicio, al obligarles a cambiar las agujas en el momento preciso, todos pueden viajar. Considerada en total, la vida humana es cada vez más hermosa, adquiere ininterrumpidamente mayor riqueza. Por ello es necesario comprender que no basta con hablar de una concentración del trabajo, sino que lo más importante es la concentración de las voluntades.

La concentración de las actividades humanas no es, al fin y al cabo, otra cosa que un mandamiento de la razón. Y por ello, la condición previa para una tal concentración, o sea el establecimiento de una autoridad, es simplemente un mandamiento de la razón o

la razón a secas. Frente a esto quisiera decir que la democracia es, en sus últimas consecuencias, la destrucción de la concentración. Y por consiguiente, lo contrario de la razón: la locura. Podemos sentar el siguiente axioma. En el principio está siempre el pensamiento, la idea. Tras el pensamiento y la idea viene la palabra, que sirve para transmitir el pensamiento. Y luego viene el hecho, la realización. Si se invierte esta sucesión y se coloca la palabra a la cabeza, entonces la palabra acostumbra a matar al pensamiento y *jamás se llega a la acción*.

Ahora se me dirá: “Sí, *¿pero por qué no puede ser el primero también el pensamiento en las democracias?*” El pensamiento no anida en la gran masa; esto es algo que tenemos que reconocer, algo que está completamente claro. Siempre que cualquier logro humano represente una mayor realización que la existente, hay que admitir que alguien tiene que haber dirigido el camino hacia ella. Y este alguien que va por delante es el portador del pensamiento, y no la gran masa que está detrás de él. El pionero es él, y no lo que le sigue. Y por ello sólo puede ser lógica y sensata toda organización que persiga de antemano colocar los cerebros más inteligentes en todos los campos decisivos para que todo el mundo obedezca después las directrices importantes señaladas por estos hombres.

Naturalmente, quizá esto sea duro. Lo es para el individuo aislado y, particularmente - esto lo recalco con fuerza -, para el hombre débil. Y horroroso para el ser antisocial. Siempre resulta duro cuando se dice: “*Sólo uno puede mandar; uno ordena y los demás obedecen.*” Porque entonces dicen: “*¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es eso de que yo tengo que obedecer? ¿Por qué?*” ¿Por qué? Porque sólo de esta forma se puede conseguir alguna cosa, y porque somos lo bastante hombres para darnos cuenta de que ha de ocurrir lo que es necesario. Y porque no se va a discutir con cada uno de los individuos. No tiene sentido alguno andar diciendo, a cada una de las personas: “*Naturalmente, si tú no quieres, claro que no tienes por qué obedecer.*” ¡No, así no se puede ir a ningún sitio! La razón tiene un derecho y, por consiguiente, también un deber: el derecho de llegar a la fuerza dictatorial y el deber de obligar a los demás a obedecerla.

Por ello, quisiera recalcar que nuestro Estado no está edificado en modo alguno sobre el plebiscito, sino que nuestro deseo es convencer al pueblo de la necesidad de lo que está ocurriendo. Porque de esta forma haremos brotar continuamente en el pueblo nuevas y nuevas fuerzas que, por su parte, quizá no sólo se den cuenta de lo que he dicho sino, que acaso continúen pensando independientemente, siendo posible que estas fuerzas lleguen un día a manifestarse a su vez como auténticos talentos. Ahora bien, caso de que no fuera comprendida cualquier decisión necesaria, no se dirá entonces que no se lleva a cabo porque no es comprendida, sino que entonces entra en acción la autoridad de la razón y dice: “*¡No se entenderá, pero se hace! ¡Se acabó!*” (aplausos) Esto no tiene que proporcionar ninguna fe.

Considero que cuando un hombre tenga un pensamiento, cuando se dé cuenta de una necesidad, hable entonces de ella con las personas que, por conveniencia (sic), hubieran de conocer tales problemas en alguna forma; que hable con ellas sobre lo que piensa al respecto, que les informe, que escuche sus objeciones. Así, al oír objeciones, revisará y podrá dar mayor fuerza a sus argumentos. Ahora bien, llega el momento de poner en práctica el pensamiento.

Y aquí, en nuestro movimiento, se ha de observar siempre este principio fundamental: jamás un pensamiento saldrá fuera del círculo que pueda ser considerado más o menos competente para el estudio y puesta en práctica de tal pensamiento. Jamás un

pensamiento será puesto a la llamada discusión pública; cuando alguien que esté situado en un puesto de responsabilidad crea que algo es necesario, entonces tendrá que hablar única y exclusivamente con las personas que, colocadas en puestos clave, sean necesarias a su vez para la realización de esta idea. Entonces podrá formarse un juicio. Sin embargo, el axioma es: el pensamiento, si es posible su realización, ha de convertirse en un hecho, es decir, ha de llegar a una decisión. Y en el momento en que tal decisión es manifestada, se acaba toda discusión. Este axioma entraña otro principio fundamental: que no se puede fatigar al pueblo con lo que ha estado ya rompiendo la cabeza a los mejores hombres de la nación.

Voy a citarles sólo un ejemplo. Supongamos que un jefe del partido ande dándole vueltas en la cabeza a una decisión sobre la que no han podido ponerse de acuerdo los mejores cerebros, y que este jefe hable de tal decisión con sus colaboradores más próximos, los cerebros a que me refiero. Y de pronto, este jefe somete a la consideración del pueblo el problema sobre el que no ha podido ponerse de acuerdo con sus mejores colaboradores. O sea, en otras palabras: este jefe supone que la gente del pueblo es más inteligente que él y todos sus colaboradores escogidos, pues tal es el sentido que solamente puede tener una discusión de esta índole. No, esto es imposible.

A este respecto, voy a exponerles un ejemplo sacado del acontecer histórico: el año pasado, a finales de febrero, vi claramente la necesidad de aprovechar con rapidez la situación histórica surgida y llevar a cabo en seguida la ocupación de la antigua zona desmilitarizada, ocupación prevista para más adelante. No hace falta decirles que la decisión tenía un alcance sumamente importante. Y, naturalmente, esta decisión fue consultada a todos los departamentos competentes. No vayan ustedes a imaginarse en absoluto que las opiniones fueran unánimes a este respecto, pues el alcance de la acción era enorme e imprevisibles las consecuencias. Era natural que hubiera toda clase de objeciones y argumentos en contra que llegaran incluso a modificar la propia opinión. Pero era necesario actuar de una y otra forma en un tiempo relativamente corto si no se quería dejar la acción para otro momento futuro. Según el antiguo modo democrático, la cuestión tendría que haber sido primero sometida al parlamento, discutida después en el parlamento, llevada después a la asamblea popular y discutida en la asamblea popular. En otras palabras: los hombres de la calle habrían tenido que decidir al final sobre una cuestión en la que quizá no hubieran podido llegar a un acuerdo los cerebros más inteligentes de la nación, una cuestión de interés vital para la existencia de ésta. Pero esta gente humilde no está en modo alguno en situación de emitir juicios. El asunto habría sido llevado a la asamblea popular; la prensa habría escrito sobre él: se habrían escrito artículos editoriales, tal como ocurre en los otros países. Ahora imagínense ustedes qué fatigas se echan sobre las espaldas de un pequeño gusano humano que un día tras otro está sujeto a la carga de su trabajo, que, por su instrucción, por sus alcances, por su concepción de la vida no puede en modo alguno estar en situación de ponderar de algún modo la importancia y trascendencia de estos problemas. ¡Pues sólo falta que también arrojen sobre él la carga de buscar una solución en este sentido!

A lo mejor me dicen: “*Sí, pero usted ha hecho también un plebiscito.*” Sí, pero antes he actuado. Lo primero que he hecho ha sido actuar. Después, no he querido otra cosa que mostrar al mundo entero que Alemania está detrás de mí; eso era lo que pretendía demostrar. Si hubiera tenido el convencimiento de que el pueblo alemán quizá no me siguiera en este camino, habría actuado de todos modos: pero entonces no habría hecho plebiscito alguno (fuertes aplausos) En tal caso, habría dicho: “*Eso corre por mí*

cuenta.” Hay algo que no ofrece lugar a dudas: alguien ha de tomar la decisión, alguien ha de hallar la fuerza necesaria para adoptar una resolución. Y eso es aplicable a la vida entera, desde lo más pequeño a lo más grande. Yo no puedo echar la carga de tales decisiones sobre las espaldas de gentes que ni por su posición, ni por sus conocimientos, ni por sus alcances están ni pueden estar en condiciones de resolver problemas de esta índole.

En un verdadero Estado orgánico, el honor del que manda es la responsabilidad que con el mundo contrae. Todas las organizaciones verdaderamente grandes del mundo están basadas en tales puntos de vista, se asientan sobre tales principios. Todas. Siempre ha de existir uno que acepte la responsabilidad de la decisión. Y no puede andar convocando continuamente plebiscitos. Cuanto más simples son los acontecimientos, con tanta mayor claridad se aprecia la insensatez de estas democracias parlamentarias. Imaginémonos que la democracia parlamentaria, o sea ese revoltijo escogido que procede de la votación de la mayoría, es el que ha de decidir sobre los problemas de mayor importancia. Consideremos la vida cotidiana. Consideremos la casa esa que están haciendo allá abajo y hagamos construirla a base de votación de la mayoría, hagamos primero que la votación de la mayoría apruebe el plano y luego reunamos a obreros e inquilinos y que todos éstos voten sobre el plan aprobado. ¿Qué proyecto es el acertado? Claro, ustedes se echarán a reír, ustedes dirán que este proyecto es una idiotez. ¡Naturalmente que es una idiotez! ¡Naturalmente que no se puede dejar que los inquilinos ni los trabajadores voten sobre el plano de la casa! Eso lo sabemos todos. Pero, al parecer, es una cosa cargada de razón dejar que voten sobre la construcción, digamos, de un Estado, de un *Reich*, porque, esto, naturalmente es *mucho más fácil* de entender. Sí, es mucho más fácil gobernar a un pueblo de 68 millones de personas.

Veán un ejemplo práctico: la entera evolución del pasado año y la visión del futuro han sido las que me han hecho establecer este Plan Cuatrienal. ¿Creen ustedes que habría sido posible someter a la discusión de la nación este Plan Cuatrienal? Inmediatamente les voy a explicar cuál habría sido el resultado. En primer lugar, todos los que actualmente funden hierro con una riqueza del 46 % y que en el futuro habrán de fundir hierro con un 29 % de riqueza, vendrían a decirme: “*Eso no puede ser.*” ¿Por qué no puede ser? Ha podido ser miles de años. “*Sí, pero no ahora, porque precisamente nuestro hierro tiene una riqueza del 46 %.*” Yo podría haberles dicho a este respecto: “*Dentro de poco ya no lo tendrán, pues el mundo entero se volcará sobre el mercado del hierro.*” Y entonces me habrían replicado: “*No lo creemos.*” Y entonces tendría que haberles ofrecido una demostración. ¿Cómo podría habérselo demostrado? Pues tendría que haberles informado de cosas sobre las que precisamente no puedo hablar. Probablemente ello habría dado motivo a una mutua argumentación que no sólo habría asombrado, sino que quizá también habría sido del máximo interés para el mundo que nos rodea. Naturalmente, esta argumentación habría explicado cómo los alemanes fundamentamos las cosas. Entonces habrían acudido otros diciendo: “*¡Naturalmente que no podemos hacer esto!*” Y también fundándose en razonamientos perfectamente claros, pues no podemos exigir que un fabricante de nitrógeno diga de repente: “*Considero más razonable y lógico dar desde ahora el producto un 20 % más barato.*” No, no podemos exigir tal cosa. Lo único que se puede hacer es considerarlo necesario desde un punto de vista más elevado y decir entonces: “*Tiene que hacerse.*” Pero no podemos exigirselo a cada uno, pues cada uno se considera con razón sobrada para exponer sus razonamientos. Y dirá: “*A mi*

entender, eso es una locura; lo considero imposible.” O supongamos el caso de que yo pida a otro que apruebe la fabricación de combustible en Alemania, siendo así que precisamente este hombre se gana la vida comerciando en combustibles. No, no pueden ustedes pedir que este hombre diga: “*Creo que es una idea fabulosa que sea Alemania misma la que se fabrique su combustible.*” O que un comprador o negociante internacional en caucho vote sobre la construcción de fábricas de buna en Alemania. Naturalmente que dirá: “*Eso es una locura, es completamente imposible.*” Y lo dirá de todo corazón, según su leal saber y entender. Y me estoy refiriendo sólo a la flor y nata de la inteligencia nacional. Pero da la casualidad de que en la nación no tenemos sólo inteligencias privilegiadas (risas); también tenemos gente que no cuenta con tanta inteligencia, tenemos gente modesta, etc. ¿Qué dirán éstos? ¿Creen ustedes que el Plan Cuatrienal habría dado hasta hoy *un* paso siquiera? No se habría hecho nada en absoluto. Pero ya en este invierno tendremos listas las dos primeras fábricas gigantescas de buna con las que podremos cubrir todo nuestro consumo de caucho. El año que viene podremos cubrir con nuestras propias fábricas todo nuestro consumo de gasolina. ¡Esto sólo es posible cuando se *actúa*! (las palabras quedan ahogadas por aplausos delirantes)

Estos son grandes problemas con los que nos enfrentamos y que han de ser resueltos. Y acaso estos grandes problemas sean los que con mayor claridad nos muestren que es imposible, *por principio*, someter a discusión tales cosas. Supongan ustedes que la nación, por intermedio del ejército, sometiera a los soldados la discusión de un plan de guerra, de un plan de campaña, pues, naturalmente, también sobre esto puede haber opiniones completamente distintas. Pero hay una norma en el ejército, y es que sólo sea uno quien diga la última palabra, y que este uno sea siempre el entendido y jamás el incompetente. El entendido es el que tiene la última palabra, es *quien* determina. Puede que antes sea discutido y se delibere sobre ello; pero sólo uno toma la última decisión, y esa es la que vale. Y entonces no se habla más. Si tomáramos el otro camino, entonces comenzarían las discusiones. Unos cuantos no estarían conformes, y otra parte diría: “*Bueno, pues entonces hay que someter el asunto a la consideración de la nación*”; me refiero al caso de los soldados. Así, pues, en las cantinas o en sitios por el estilo se discutiría sobre el plan de campaña, o sobre la adopción de una nueva máscara de gas, o sobre temas similares. ¡Interesantes temas de conversación para los soldados! Ahora bien, me temo que no se sintieran muy felices en tales momentos. Basta con imaginarse a un bravo mozo campesino de Baviera cuando es llamado a filas. Primero resulta muy difícil enseñarle a marcar el paso y formar correctamente. Y encima tiene que decidir sobre un plan de campaña. (risas) ¡Sí, pueden ustedes reírse; pero eso es la democracia, en eso se basa precisamente la democracia! (risas y aplausos atronadores)

Imagínense ustedes una cosa: si el Plan Cuatrienal hubiera tenido que ser realizado en un Estado democrático, empleando medios democráticos y a base de parlamentos democráticos, ¿qué habría tenido que hacer yo? Primero, el asunto habría ido a parar a las fracciones parlamentarias, que al instante se habrían preguntado: “*¿Cómo podemos poner una zancadilla al gobierno? ¿Qué podríamos sacar con esto?*” Entonces habría comenzado la lucha. Los señores diputados - no es que los diputados sean idiotas, pero tampoco genios, según la experiencia que el pasado ha demostrado -, así, pues, los señores diputados comenzarían ahora a estudiarlo. Y como, en general, el número de personas menos inteligentes es siempre algo mayor que el de los inteligentes de verdad, el número de los menos inteligentes, es decir, de las personas negativas en principio,

habría sido seguramente mayor que el de los inteligentes, o sea de los positivos. Posiblemente la discusión habría dado lugar a una disolución del parlamento. Y en tal momento es cuando el asunto comenzaría de verdad a entrar en acción. La prensa escribiría sobre ello y todo sería sometido a la consideración de la nación entera. Pero, ¿qué significa esto de la nación entera? Que el asunto habría sido llevado hasta la última aldea campesina; que la elección de los diputados se efectuaría a base de estar *a favor* del Plan Cuatrienal o *en contra* del Plan Cuatrienal. Un Plan Cuatrienal es una cosa muy seria; probablemente habría costado hasta la disolución de tres parlamentos. ¿Y quien elige a los diputados? Pues nuestros conciudadanos y conciudadanas. Cuando pienso en una, digamos, una buena muchacha que cuida de las vacas en la Alta Baviera, una muchacha sencilla, honrada, decente, etc., teniendo que decidir con su voto el Plan Cuatrienal... (risas) En tal caso, sólo puedo decirles una cosa: “*Dios se apiade del pueblo que cometa tal estupidez ¡una cosa así es únicamente cosa de los judíos! ¡Son los judíos quienes han ideado tal idiotez!*”

Es verdad que me podrían decir: “*Usted no tiene derecho a actuar sin consultar al pueblo. ¿Sabe usted? Creo que el pueblo no lo quiere en modo alguno.*” Pues el pueblo es hoy más feliz en Alemania que en cualquier otra parte del mundo. Únicamente se siente inseguro cuando carece de dirección. Pero en el momento en que cuenta con esa dirección, en ese momento es feliz del todo, pues, sabiendo con exactitud que ciertas cosas no las comprende en modo alguno, tienen todos la siguiente sensación: “*Señor, podemos confiar en nuestra jefatura; ya sabrá cómo hacerlo bien.*” Jamás con mayor intensidad que en la guerra he visto que es una estupidez la creencia de que el hombre no quiere por principio tener quien le mande. Hagan ustedes que una compañía tenga que enfrentarse con una situación crítica, y entonces esa compañía no tendrá sino un deseo: un jefe competente. Y todo el mundo descansará en él. Y cuando el que manda es un hombre como debe serlo, todo un hombre, entonces sus hombres irán detrás de él como uno solo, sin que ninguno pregunte: “*¿Por qué no nos piden nuestra opinión?*” ¡Ni uno solo piensa en ello! Al contrario, no quieren que les pregunten, lo que quieren es un jefe que les dirija y les dé órdenes que obedecer (gritos de “¡Viva!” y atronadores aplausos)

Ahora tenemos una capa intelectual que carece por completo de valía, una capa superficial, malformada en su educación, judaizante en parte. Naturalmente, esta capa social dice: “*No podemos hacer eso.*” Poseo la suficiente experiencia con esta gente para saber que no tiene importancia alguna, que cualquier obrero de la calle tiene realmente mil veces más valor, pues éste trabaja y realiza algún cometido útil, en tanto que esa gente no hace más que charlatanear, no haciendo nada en realidad. Cuando uno pone a esta gente en cualquier sitio y les dice: “*Bueno, haga usted alguna cosa, déjese ya de hablar y haga algo*”, entonces se lleva uno los mayores desengaños. Lo he comprobado cientos de veces en la vida real. No son ni serían capaces de llevar la jefatura del más pequeño grupo local; carecerían de toda facultad para ello; lo único que puede hacerseles es ponerles un bozal y decirles: “*¡Usted, a callar; déjese de hablar, póngase detrás y en marcha! ¡Vamos, adelante!*” (fuertes aplausos)

Créanme ustedes: la crisis de la época presente sólo se puede dominar con un Estado que disponga de una auténtica jefatura. Al hablar de esto se comprende con toda claridad que el sentido de tal jefatura estriba en el intento de buscar en el pueblo, por un proceso de selección natural, y colocar en los puestos clave del Estado a los hombres aptos para desempeñar tal jefatura. Y esta es la más hermosa y a mis ojos la más germánica (sic) de las democracias. ¿Pues qué otro pensamiento más hermoso puede

haber para un pueblo sino tener conciencia de esto: sin consideración al nacimiento, procedencia o cualquier circunstancia similar, de nuestras filas pueden elevarse los más capaces hasta ocupar los puestos más altos de la nación. Lo único que necesitan es la capacidad para desempeñar los cometidos. Nos esforzamos en encontrar los hombres más capaces, siéndonos completamente indiferente lo que hayan sido sus padres o sus madres. Si son personas competentes, el camino está abierto para todos. Lo único que han de demostrar entonces es que aceptan con alegría la responsabilidad inherente a su cargo, o sea, han de demostrar que tienen realmente madera para el mando. No vale simplemente con poseer inteligencia, se ha de tener también ánimo para traducirla en hechos. Si a alguno se le coloca en su puesto, también habrá de tener coraje para decir: “*Sí, tiene que ser hecho ahora; lo veo.*” Tendrá que discutirlo con sus hombres, con los responsables, con el de la puesta en práctica de la idea; pero al fin y a la postre será él quien precisamente responda de su pensamiento y su realización. Él ha de adoptar la decisión.

Esta es la forma de democracia más hermosa que existe. A mi modo de ver, es una felicidad para cada hombre y cada mujer, pues ninguno de ambos puede saber en modo alguno a qué estará destinado el hijo nacido de ellos. Sólo pueden saber una cosa: que llegará a la categoría y desempeñará el cargo inherente a sus méritos. Quizá pueda haber nacido para llegar al lugar más elevado. La situación de los padres no será obstáculo alguno para que el hijo llegue a un puesto de lo más alto. Acaso quede también detenido en una posición intermedia; pero siempre será empleado en el puesto donde pueda rendir y rinda mayor servicio a la nación. Y no se verá importunado en su trabajo por otros que no están iniciados, que no pueden realizarlo, que no tienen responsabilidad alguna, que no hacen otra cosa que parlotear. Este es el sentido de una tal jefatura.

Y es el partido el que ha asumido ahora la tarea de formar a esta jefatura. Es su misión la de sacar del pueblo alemán un estrato dirigente capaz políticamente de gobernar a la nación, con dureza, sí, pero también con seguridad en el camino de su existencia. Naturalmente, la época de lucha en sí implica siempre la selección de los mejores. El valiente, el animoso, el honrado, el idealista son precisamente los que acudieron a formar en las filas del partido; los restantes permanecieron alejados de él. Y luego, tengo que decirlo, se pelearon también por la responsabilidad, pues en aquella época la responsabilidad era algo todavía arduo. Iba unido a menguas de ingresos, a los negocios, etc. ¡Qué jefes más valientes y decididos los de aquella época! Ahora, al mirar hacia el futuro, hemos de intentar seguir, de una forma en cierta manera ideológica, este proceso que antaño fue favorecido naturalmente por la lucha del movimiento por la conquista del poder. Y hemos de continuar este proceso de una forma ciertamente similar.

Naturalmente que en el futuro no iremos a hacer artificialmente una oposición con el exclusivo objeto de ver quién es valiente o quién sale adelante. Al contrario, no toleraremos oposición alguna. A este respecto, aunque quizá apartándome un poco del tema principal, tengo que hacer una observación: muchas veces - particularmente los periodistas lo hacen con gusto -, algunos escriben: “*Pues sería conveniente tener una oposición.*” La oposición la ha de llevar cada uno en su interior, es decir, ha de tener tan gran sentido de la responsabilidad que, cuando adopte una resolución, se pregunte: “*¿Se debe hacer? ¿No se debe hacer? ¿Es acertado o no? ¿Qué consecuencias tiene?*”, etc. Segundo, ha de preguntar a las personas en quienes busca colaboración: “*¿Tiene usted algo que exponer al respecto? ¿Cree usted que hay algo equivocado? Dígame su opinión contraria a este asunto.*” Nuestra conducta sistemática en este sentido ha de

ser que cada uno, cuando sea preguntado, conteste: *“Sí, tengo mi opinión y considero que esto está equivocado.”* Pero tan pronto como el otro dice: *“Bien, ya he oído todas las opiniones y tomado buena nota de ellas; he resuelto que se haga”*, entonces todo el mundo deja de formular objeciones inmediatamente y en seguida comenzará a colaborar para la realización del acuerdo tomado. Pero nosotros no podemos tolerar oposición alguna que no sea ésta, pues la oposición no haría sino actuar destructivamente una y otra vez. Ahora bien, con ello nos falta la posibilidad de averiguar de una manera normal, o sea por medio de la lucha quién es el realmente nacido con aptitudes especiales en tal o cual aspecto.

Así, pues, debemos emplear otro procedimiento. El proceso de selección natural para el futuro comienza con nuestra juventud. O sea, que ya juzgamos al muchacho de dos maneras. Uno de los juicios es el del profesor, que dice: *“Conoce el abecedario, aprende, se sabe tal y tal cosa de memoria, ha aprendido tal cosa, etc.”* También puede decir: *“El muchacho es totalmente perezoso; por ejemplo, no quiere aprender francés o no estudia las matemáticas, etc., y cosas así.”* Este es uno de los juicios. Está completamente claro que, naturalmente, no voy a hacer un profesor de francés de un muchacho que da la casualidad de que no quiere en absoluto aprender ese idioma. Eso es algo que se comprende sin necesidad de explicación. Sin embargo, no podemos aceptar en modo alguno el juicio que antiguamente emitía el profesor en un caso así: que, debido a esta causa, el muchacho era un muchacho subnormal, inútil en general para convivir en la sociedad. Se comprende que el profesor de francés, que todo lo ve a través de su prisma diga: *“Toda mi vida enseñando francés y ahora resulta que este muchacho no quiere aprenderlo. ¿Acaso el muchacho vale para algo?”* O que el profesor de matemáticas diga: *“Las matemáticas son mi vida, tienen que serlo, pues las enseño cada día. Y mira tú por dónde me sale una bala perdida que no quiere aprender matemáticas. Ese no sirve para la sociedad, ese terminará un día en la cárcel.”* (risas) Sí, todos conocemos tales opiniones, ¿no?

Como he dicho, esto no es para nosotros la valoración única y determinante del muchacho, sino que, de paso, tenemos las Juventudes Hitlerianas, los cadetes. Y en la organización juvenil se dirige la mirada en otro sentido, a saber: la facultad de cada uno para mandar. Y ocurre con mucha frecuencia este caso: ahí tenemos un muchacho que a lo mejor no es capaz en absoluto de aprender a calcular, pero que es un jefe nato. Ya tiene un pequeño grupo que depende de él. Y en el futuro se juzgará no únicamente con arreglo a una faceta, sino también teniendo en cuenta la otra. Ahora quisiera decir sólo una cosa: que cuando alguien pretende ser en el futuro un profesor de matemáticas, naturalmente que sólo al profesor de matemáticas corresponde juzgar en tal asunto y no al jefe de las Juventudes Hitlerianas; eso está completamente claro. Pero cuando se trata de formar políticamente al muchacho para dirigir al pueblo, entonces vuelve a quedar atrás el profesor de matemáticas y se coloca más y más en primer término, en cuanto a juzgar la capacidad del muchacho, la dependencia directiva (sic) de la juventud. Así tendremos una visión total de lo que es nuestra juventud. Claro que esto está comenzando ahora, y dentro de diez años se encontrará mejor que en estos momentos. Y con seguridad que ya estará acabado dentro de cien. Sabemos cómo hacerlo, los alemanes lo hacemos todo a fondo, y también esto lo haremos completamente a fondo. Dentro de cien años, estará todo esto completamente claro; ocurrirá como entre los militares, donde se sabe con precisión quien puede mandar un grupo y quién no. Tampoco en el ejército se pregunta en absoluto si ha estudiado matemáticas uno que se pretende sea suboficial o similar, sino que se pregunta si es capaz de mandar un

grupo o si está en situación de mandar una sección. Se partía de unas suposiciones completamente distintas. Y eso es lo que sucederá en nuestro caso. De la suma total de muchachos que se ve son capaces en el aspecto político, iremos extrayendo individualmente a los que iremos sometiendo a pruebas de gran dureza, la primera y principal de las cuales será la hombría, la hombría personal, pues protesto contra la opinión de que los debiluchos que utilizan paraguas puedan llegar jamás a ser jefes políticos (aplausos)

Por desgracia, en el Estado democrático, donde la selección se hace de forma completamente inversa, ha llegado a ser cosa corriente decir: *“El heroísmo es una cosa insensata, una necesidad; pues, naturalmente, la democracia se basa en la sobreestimación del individuo aisladamente considerado, y para el individuo aisladamente considerado que se consagra al heroísmo, éste supone, naturalmente, un, digamos, perjuicio.”* Por ello, la heroicidad, el espíritu de sacrificio o cualquier otra cosa así, y también el sentido de responsabilidad, son a los ojos de la democracia casi un vicio que perjudica al individuo. En la democracia, el conjunto queda relegado a segundo término al comparársele con el individuo Y cuando alguien está manchado por este vicio de la heroicidad, entonces tiene que ser malo, o a lo menos necio. Pues no es ni más ni menos que una necesidad exponerse al peligro para salvar a otro, o a otros, o quizás a todos; esto es una necesidad. Por ello, la institución más necia a los ojos de la democracia ha sido siempre el ejército, pues está compuesto por hombres que han tenido la insensata ocurrencia de dejarse matar en beneficio de los demás. Un demócrata auténtico es siempre pacifista, y un pacifista no hará nunca tal cosa, aunque ciertamente abraza la esperanza de que haya tontos que lo hagan por él (risas) Y por lo tanto, no se verá obligado a tener que hacerlo. Y así se ha ido formando poco a poco la opinión de que los tontos - tiene que haberlos, son los funcionarios de policía, lo son también los soldados, hombres que, naturalmente, han de atrapar a delincuentes y gente así -, estos tontos, son los obligados a ser héroes, pues precisamente el heroísmo es cosa de tontos y, por lo tanto, son éstos los que se sacrifican por los demás. Ahora bien, el jefe político ha de ser un hombre inteligente, y todo hombre inteligente ha de ser cobarde, pues el hombre inteligente es cobarde, tanto más cuanto más inteligente; y, por lo tanto, el jefe político ha de ser, en lo posible, un cobarde. Además, naturalmente, no se encuentra uno después rodeado de gente extraña. Especialmente entonces es cuando el elemento judío se encuentra a sus anchas.

Hay que acabar de una vez y radicalmente con esta forma de pensar, pues la jefatura política es en todas las épocas la que determina por entero el derrotero de las naciones, es decir, la que decide sobre la forma de vivir y luchar. Y, sobre todo, decide la entrada de un pueblo en la guerra, pues ella es la que da la señal para la guerra. Es insoportable que los que hayan de dar la señal sean unos cobardes, mientras que los otros, los que han de llevarla a la práctica, hayan de ser los valientes; eso es insoportable. Es necesario que la jefatura política esté constituida por hombres valientes, también valerosos físicamente, eso es necesario. Y es en este aspecto donde tenemos también la posibilidad de hacer pruebas para el futuro. Podrán decirme: *“Pero, escuche, a lo mejor puede que en el futuro sea un jefe político y, sin embargo, no tuvo valor para arrojarse en paracaídas o hacer algo por el estilo.”* Entonces tendré que decir: *“¡No, no, no, no! ¡No, no! No tengo nada contra ese hombre; por mí puede ser jefe de una asociación de pasteleros o algo por el estilo, no tengo nada en contra de ello. Pero sólo será jefe político si es valiente.”*

En la época de lucha, entonces sí que había oportunidad para averiguar esto. Entonces

podía yo decir: “¡A la reunión! Ahí fuera hay 10.000 comunistas gritando y arrojándole piedras; ahora es cuando puede saltar en paracaídas para caer en medio de la reunión.” Pero, por desgracia, ahora no puedo hacer esto; ahora el hombre ha de demostrar de otra manera que es de verdad un hombre, que es valiente, que es decidido, que posee valor; eso es necesario. Solamente por este camino de una selección sistemática, de un llamamiento absoluto a la hombría, lograremos para el futuro una jefatura política que sea realmente dura y que - pueden ustedes estar seguros - será también respetada por la nación. Será especialmente respetada. Toda la nación alemana depositará mayor confianza cada vez en esta jefatura política, pues sabrá que la jefatura política está formada por entero por auténticos hombres. Hombres duros, hombres realmente valientes. Incluso aunque alguno de ellos puede que haga en alguna ocasión una tontería. ¿Quién no ha hecho alguna? Creo haber cometido personalmente la mayoría de las tonterías, pues, naturalmente, hube de hacer yo la mayor parte de las cosas (ligeras risas) Los hombres que hacen muchas cosas cometerán siempre errores. Pero eso no importa en absoluto. Me serán perdonados al final. Lo decisivo es que detrás de cada resolución haya realmente un hombre de verdad: la nación tendrá entonces una confianza absoluta y seguirá a estos hombres aunque cometan equivocaciones. Cuando es una agrupación compacta y unida la que está detrás del guía, un error supone una ventaja mayor que esas llamadas verdades que ningún cobarde es capaz, sin embargo, de defender.

Hay un principio que ha de ser mantenido por encima de todo en el futuro, un principio que dice: esta hombría se demuestra con la disciplina y la obediencia. Créanme ustedes si les digo que es una sabia y eterna máxima en el gobierno de los demás. Siempre oirán ustedes preguntar: “Pero, ¿es que no hay limitaciones en tal sentido?” Y tendré que contestar: “¡No! Podemos citar de nuevo los grandes ejemplos que suministra la Historia. ¿Adónde iría a parar un ejército que se rigiera en este aspecto por limitaciones, quizá únicamente debido a que antaño hubiera un Napoleón o a que quizá pudiera nacer otro en el futuro? Lo primero que tengo que hacer al formar la organización es contar con que dentro de ella no hay tal o tales Napoleones, sino que los Napoleones son los jefes y los demás son los fusileros. Así tiene que ser. Y esto es aplicable desde el primero al último, de arriba a abajo. Caso de que entre la masa se encontrara realmente un genio, ya se hará ostensible alguna vez de una manera completamente normal.”

Y el Estado orgánico no necesita tener miedo de los genios: en esto se diferencia de la democracia. Si en la democracia uno fuera *gauleiter*,⁽⁷⁾ por ejemplo, habría de tener un miedo cerval de que entre sus inferiores pudiera haber un talento terrible del que tuviera que decir: “Si el hombre continúa así, dentro de poco tiempo se habrá ido todo el mundo con él y entonces me sustituirá. ¡Zas! Ese será el pago de todo el trabajo que he hecho.” Así, pues, hay que vigilar para que en la democracia no surjan talentos. Cuando en algún sitio aparece un talento hay que eliminarle con toda rapidez. En tal sitio, a eso se le llama instinto de conservación (risas) Este no es absolutamente el caso en el Estado orgánico, pues se sabe perfectamente que no se puede eliminar a nadie por mucho talento que se tenga. Al contrario, si pretende eliminar al otro peca contra la disciplina y la obediencia, con lo que demuestra que es apto para mandar. Y esto supone su fin.

Por ello, en el Estado orgánico existen muchas más probabilidades de que surjan talentos. No pueden resultar peligrosos para ningún jefe; al contrario, el jefe se apoya en ellos, se procura así colaboradores clásicos (sic), brillantes. Y de estos colaboradores,

sólo podrá pensar en llegar arriba, a ser algo, el que sea a su vez absolutamente leal y obediente, pues sólo así demuestra que él es el único capaz de llegar realmente un día a mandar. ¿Pues adónde iríamos a parar si el que no es capaz de ser leal y prestar obediencia pretendiera pedir más tarde lealtad y obediencia a él? Porque más tarde tendrá que pedir las; sin ellas no se va a ningún lado. Esas son unas leyes férreas que han de ser observadas a todo trance.

Por principio no existe en el partido exigencia alguna, eso no existe. ¿Qué quiere decir en el partido la expresión *exigir*? Por ejemplo, hace un par de días leí un artículo en un periódico - tendré que llamar al hombre para hablar con él unas brevísimas palabras sobre el asunto -; leí lo siguiente: “*Exigimos que haya un distintivo en los establecimientos judíos.*” Y eso en el *periódico*: ¡exigimos! Y ahora digo yo: “¿A quién se lo exige? ¿Quién puede ordenar tal medida? Sólo yo.” Así, pues, el señor periodista, en nombre de sus lectores, exige que yo lo haga. En primer lugar, mucho antes de que el señor periodista tuviera siquiera sospecha de lo que significaba la cuestión judía, estaba ya yo tratando a fondo esta cuestión; segundo, este problema del distintivo se ha venido estudiando desde hace dos o tres años y, naturalmente, un día será implantado. Para todos nosotros, la meta final de nuestra política está muy clara. En mi caso, lo único que me guía siempre es no dar un paso que después quizá haya que retroceder, ni dar paso alguno que nos perjudique. Sepan ustedes que siempre llego hasta la frontera más extrema de la osadía, pero jamás la traspaso. Sólo es necesario tener olfato para, como quien dice, oler las cosas. ¿Qué puedo hacer todavía? ¿Qué no puedo hacer? (grandes aplausos y risas) Lo mismo en la lucha contra el enemigo. Yo no me lanzo de repente contra un enemigo retándole con violencia a combatir; yo no digo: “¡Lucha!”, por el hecho de que no quiera luchar, sino que digo: “*Te voy a aniquilar.*” Y ahora, astucia, ayúdame para que pueda reducirle de manera que él no pueda lanzar el golpe y que sea él quien recibe el golpe en el corazón. ¡Así es! (gritos de aclamación)

Pero esto no lo puede decir la masa. Al fin y a la postre, hay que tener fe en que la jefatura que se ha propuesto una meta aspirará también a la realización de sus objetivos. Y entonces hay que observar un principio fundamental: que todo jefe del partido, sea el que fuere el puesto que ocupe, ha de exigir de sus inferiores que sean los expertos quienes se ocupen del caso correspondiente. Podría darse el caso, por ejemplo, de que alguien que estime pertinente tal o cual cosa se dirija al departamento competente, o que quizá tramite él personalmente el asunto y diga: “*Creemos que acaso sea ahora necesario que esto se lleve a cabo.*” Entonces le contestarían: “*No, todavía no es el momento.*” Pero está descartado que en este movimiento se emplee la masa como elemento decisivo, ni siquiera como arma de presión. Nada de eso. Si *resbalásemos aquí una vez*, entonces no habría ya detención posible, compañeros. Y ustedes, como *kreisleiter*, no deben tolerarlo en absoluto; eso por sistema. Siempre es uno el responsable, hay uno que decide. Cuando un jefe local o un jefe de barrio tengan una opinión, pueden dirigirse a su jefe inmediato; pero no puede reunir a los hombres de su grupo local, de su barrio, o de su célula, y decir: “*Ahora vamos a exigirselo al kreisleiter.*” Igualmente tampoco pueden los *kreisleiter* ir con exigencias a los *gauleiter*, ni un *gauleiter* con todo su séquito venirme con exigencias a mí.

Estos principios han de ser fundamentales. Resumiendo, en el movimiento no existe llamamiento alguno a la masa, salvo el de las esferas competentes. Entonces, nuestro llamamiento no se ha de hacer para estimular a la masa a que exija algo, sino para hacer comprensible a la masa alguna realización o prepararla para algo que va a ser realizado. Está perfectamente claro que nosotros deseamos mantener con el pueblo una

relación lo más estrecha posible, sabiendo que toda resolución produce únicamente su máximo impacto cuando tiene detrás de ella la masa más grande posible de la nación, y que, por consiguiente, resulta conveniente formular las decisiones de una forma tan lapidaria que el pueblo las entienda, que el pueblo diga: *“Naturalmente, esto tiene que ser; sí, tienen toda la razón al hacerlo; sí, están acertados, que lo hagan; también nosotros lo queremos.”* Pero, más bien, cuando se adopte una resolución de tal naturaleza, el pueblo tiene que decir: *“Hombre, hacía ya mucho tiempo que estábamos barruntando eso (risas) Tenía necesariamente que ocurrir; gracias a Dios, es lo que tenía que ser.”*

También hay que estimular a la prensa a que se someta exactamente a estos mismos principios. Esto es todavía más importante en este campo, pues precisamente el periodista no tiene responsabilidad alguna. Es la profesión menos responsable de todas las de hoy (risas) Escriben, pero sin aceptar responsabilidad alguna. Y si las cosas salen al revés, entonces al día siguiente escriben lo contrario (risas) Esto lo estamos viendo en otros países. Verán ustedes, haré una comparación hablándoles de Francia. Y hablo de Francia porque siempre empleo ejemplos de gran envergadura, que tienen que saltar a la vista, porque cuando se está tan, tan, digamos, tan impertinente en los ejemplos grandes, entonces es cuando uno puede imaginarse cómo se será en lo pequeño. Vayamos al caso: en 1933 ó 1934 propuse a los franceses un ejército de 300.000 hombres. 300.000 hombres les digo... No necesito decirles que mi más ardiente esperanza era, naturalmente, la de que mi propuesta no fuera aceptada (grandes risas y fuertes aplausos) Pero en aquella época tenía que andarme con pies de plomo, pasito a pasito, para no aparecer como un culpable delante del mundo entero. Así, pues, hice la propuesta. Y la prensa francesa se precipitó entonces sobre el asunto y empezó a escribir: *“Imposible, eso sería una traición, etc. Eso no se puede tomar en consideración en modo alguno.”* Total, vociferaron lo que quisieron. Quizá en aquel momento es cuando Francia hubiese tenido necesidad de un gobierno que interviniera enérgicamente. Si yo hubiera estado en aquella época en Francia, habría pensado de esta forma: *“Nosotros tenemos tantos hombres, Alemania tiene tantos; son brutales y decididos; nadie puede saber... Mejor será aceptar la propuesta por lo que pudiera pasar. Quizá más adelante podamos de nuevo algún día cambiar...”* Creo que yo hubiera procedido de forma similar a esta (aplausos) Pero no, la prensa francesa rugió a su gusto, todos los escritores escribieron. No aceptaron. Un año después anunciamos la implantación del servicio militar obligatorio. Y la misma prensa, sí, los mismos periódicos, van y escriben ahora: *“Fue una auténtica locura no haber aceptado hace año y medio la oferta de los alemanes (risas) ¡Aquel hubiera sido el momento oportuno! ¡Tendría que haber sido aceptada! ¿Por qué el gobierno...? ¡Exigimos una comisión investigadora!”* (risas) ¡Escribientes sinvergüenzas, descarados! (risas y aplausos atronadores) Pues, ¿saben ustedes?, esto está ocurriendo todos los días. Por ejemplo, la prensa francesa, ¿saben?, escribe en favor de la elevación de los jornales; entonces se queja de la elevación de los precios y después acusa al gobierno de la depreciación de la moneda.

Naturalmente, no me comprendan ustedes mal, yo sólo lucho contra tales vicios en Alemania (risas y vivos aplausos) Por principio, yo deseo la democracia para todos los demás países (fuertes aplausos) Y pueden ustedes tener la seguridad de que si alguna vez, en el futuro, miro con simpatía, tratándose de algún Estado que quizá pudiera colocarse de algún modo enfrente de Alemania, si miro con simpatía - nada de apoyar a nadie, pues tal cosa sería una intromisión - a uno de esos jefes que se dan en llamar

revolucionarios, será porque tenga el convencimiento de que tal jefe no llegará nunca al poder ni logrará imponerse jamás (risas) Si estuviera convencido de haber uno que llegara a imponerse, entonces me pondría enteramente de parte del gobierno democrático y legal (risas) Nosotros tenemos sólo un deseo: el de impedir que en parte alguna se decida antes de tiempo esta crisis en beneficio de la sensatez; sino que nos basta con que los alemanes hayamos resuelto esta crisis y que hoy estemos muy por delante de los otros y esta distancia aumentará naturalmente de año en año. Y espero que esta distancia llegue a ser tan grande que después, digamos, los que defiendan en otras naciones nuestro punto de vista duden de la posibilidad de llevar a término la tarea al vernos tan por delante y al verse ellos tan atrás.

Creo que es completamente necesario que cuidemos de que la prensa observe exactamente el mismo rumbo. Como organismo de dirección vivo, el partido tiene que regirse únicamente por las enseñanzas de la Historia. ¿Dónde iríamos a parar si hubiera periódicos militares en los que periodistas que no sean soldados formulen exigencias de carácter militar? ¿Dónde iría a parar la Iglesia si existieran periódicos eclesiásticos en los que los redactores o directores formularan exigencias, siendo así que tales hombres ni siquiera pertenecen a la Iglesia y en modo alguno son adalides de la fe? Por lo que se refiere a la Iglesia ¡qué más quisiera yo sino que ocurriera esto! (agitación y risas); pero con seguridad que no es el caso, que tal cosa no ocurre. En una evolución milenaria han aprendido lo que puede ser y lo que no debe ser, lo que es imposible. Y nosotros tenemos que aprender también de esta Historia milenaria, tenemos que estar decididos a amonestar a los pecadores tan pronto han cometido la falta, a hacerles ver la imposibilidad de su proceder. Y en caso necesario, a eliminarlos inmediatamente.

Bueno, quisiera una vez más resumir lo dicho. Entre nosotros, el primer mandamiento ha de ser siempre: ante todo, pensar. Y han de ser los entendidos los que piensen; ellos no pueden decir: *“Dejemos que la masa piense por nosotros.”* No, el honor y el privilegio de los jefes de una nación, sea cualquiera el puesto que desempeñen, es precisamente que *ellos* son los que han de pensar. Después, se deliberará en las esferas correspondientes, y a continuación habrá que actuar. Ahora bien, estimo imposible que se comunique al pueblo cualquier problema mientras está en fase de deliberación, o sea cuando está tomando forma. Nuestra fuerza ha radicado siempre en que, cuando se ha dado algo al público, ya estaba todo previamente aclarado en sí. Pueden ustedes estar seguros de que, cuando hace un par de meses, el 30 de enero, se dio la noticia de que Berlín va a ser ensanchado, esta comunicación iba ya precedida de un trabajo de dos años y medio. El proyecto está ya terminado y se encuentra en marcha la más grande de las realizaciones. Al decir que Hamburgo va a ser ensanchado, puedo decirles que se está edificando ya, que ya están siendo preparados los pilares del puente más grande del mundo, cuya construcción se ha comenzado ya. No se pueden hacer las cosas dando a conocer primero el problema, discutiéndolo después y decidiendo posteriormente si se lleva o no a la práctica. Tiene que estar aclarado ya cuando llega a conocimiento de la masa. Y esto tiene que ser así hasta en las esferas más pequeñas.

Y a este respecto quisiera mencionar algo completamente muy especial, a saber: es necesario que todos los que dirigen posean una cierta tranquilidad interna, que tengan nervios firmes, que no sean exaltados - ello no tiene nada que ver con la energía -, que, sobre todas las cosas, no se lo tomen todo por lo trágico de buenas a primeras. Lo que quiero decir con esto es que hay miles de cosas que se toman por lo trágico y que en absoluto resultan trágicas en la vida práctica. Cuando estas cuestiones se contemplan desde una atalaya muy elevada, tiene uno que comprobar una y otra vez: *“¡Señor, pero*

si eso no es importante, si eso se resuelve por sí solo!” Hay gente que me dice: “Bueno, ¿sabe usted? Si al jefe se le dice todo por escrito, parte de ello llegará a realizarse realmente.” Bueno, si se llevara a efecto todo lo que se me escribe, ¿creen ustedes que las cosas irían mejor? Todo andaría de cabeza. Cuando un hombre disputa con otro en el ejército, o tiene algún motivo de queja, ha de esperar veinticuatro horas, o al menos así tenía que hacerlo - pues creo que actualmente incluso se ha alargado el plazo -, para presentar la queja, pues se estimaba que las cosas adquirirían un aspecto totalmente distinto después de transcurridas veinticuatro horas. Pero esto son trivialidades. Cuando se trata de cosas grandes, entonces hay que consultarlas con la almohada tres semanas o tres meses, o incluso seis meses. Así, cuando vienen a verme jefes, por ejemplo, con asuntos que no tienen entre sí ninguna relación (sic), he de suponer que no lo han consultado adecuadamente con la almohada. Y por lo tanto, habrán de permitirme que entonces yo subsane tal omisión y que sea yo quien lo consulte adecuadamente con la almohada (risas y aplausos) Ello se debe a que yo no quisiera caer en el mismo error, sino que me tomo siempre el tiempo necesario cuando me llega algo de alguien que sé que lo ha escrito con tremendo apasionamiento en un momento de máxima excitación. Lo tomo, lo pongo a un lado y después digo: “Querido Brückner, vuelva a presentármelo dentro de dos meses; volveré a examinarlo dentro de dos meses, antes no.” Por lo general, al cabo de dos meses el asunto ha cambiado por completo de cariz. Al cabo de dos meses veo de repente que ambos caballeros pasean tomados del brazo (risas) Y así, sin más, el caso queda resuelto.

Yo les suplicaría que actuaran ustedes sistemáticamente de esta manera. Hay que tener un temple de acero. Nueve asuntos de cada diez se solucionan de la misma manera: precisamente dejándolos correr. Se solucionan solos. Lo decisivo es lo que verdaderamente vale en lo fundamental. Es decir, que cuando se peca en algún sitio o de alguna forma contra lo fundamental, hay que proceder con la mayor energía. Si unos caballeros se lanzan a la cara unas cuantas observaciones desagradables, si se pelean por alguna cosa concreta, esto me tiene completamente sin cuidado Y en general me tiene sin cuidado el hecho de que alguien pueda cometer una falta. Pero no cuando alguien atenta contra la disciplina, atenta contra una cosa fundamental. Y, en ocasiones, eso le puede costar el cargo, la posición y todo lo que tenga. Siempre procederé en tal caso. Hay que ser duro en este aspecto, aunque ciertamente he de rogar que cuando se valore a un hombre no se ha de echar en el platillo únicamente lo negativo, sino también lo positivo, y que hay que ser ante todo increíblemente generoso en lo tocante a la condición humana. Cuanto más generoso sea el jefe, cuanto más humano, desde lo mínimo hasta lo máximo, tanto más fácil le resultará el trato con los inferiores a él confiados. Podrá comprobar entonces que muchas cosas no tienen la intención que parece, que se hablan muchas cosas que después se piensan de otra manera, etc. No siempre son tan malas las cosas. Y, sobre todo, al valorar a un hombre hay que echar siempre en el platillo de la balanza la parte positiva derivada de sus actuaciones. Hay que tener también en cuenta las circunstancias, porque con frecuencia se escapan palabras sin pensar; hay que considerar las condiciones en que se ha realizado la acción, cómo ha ocurrido, etc. Y entonces se llega con frecuencia a una valoración distinta. Sólo cuando alguien intenta minar los principios de la disciplina, es decir, cuando, por ejemplo, intenta llevar a cabo una especie de exigencia de aire democrático, entonces hay que decirle: “¡Alto! Termine usted enseguida, pues de lo contrario sale usted volando instantáneamente. Si esto no es suficiente, márchese volando a otra parte cualquiera.”

En relación con esto hay una cosa particularmente importante. Y lo dice un jefe político con experiencia de la vida: ¡jamás se ha de consignar por escrito, nunca, todo lo que pueda ser solucionado con la palabra! Siempre siento miedo cuando viene a verme un caballero diciendo: *“Tengo que formular una queja, he recibido esta carta.”* En la mayoría de los casos él ha escrito también una carta, pues la correspondencia epistolar es de carácter recíproco. Y he observado siempre una cosa: lo que jamás ocurriría de palabra cuando dos hombres pretendieran enfrentarse, ocurre con suma facilidad por medio de las cartas. Pasean por el despacho con aires de importancia, dicen a la taquimecanógrafa que se siente y comienzan a mostrarse enérgicos. Además, así se queda muy bien (risas y aplausos) Y una nueva frase y una nueva provocación, mientras calculan ya el berrinche que se llevará el otro. Al otro, ciertamente, se le subirá la sangre a la cabeza, se sentará inmediatamente a la mesa, llamará a su taquimecanógrafa, que, como es lógico se habrá enterado, pues la entrada... Y no hace falta decir que está obligado, aunque no sea más que por decencia... (risas) a no ceder y a responder exactamente con la misma energía. Señores lo que ocurrirá al final - ya que no pueden escaparse de este mundo, no pueden irse de él - es que quizá se encuentren un día delante de la USCHIA, ⁽⁹⁾ o quizás en cualquier otro sitio. Y se darán explicaciones uno al otro. Quizá delante de mí. Pero les habría resultado más sencillo haberse dado antes estas explicaciones. Estamos viviendo en la era moderna, en la época de las comunicaciones técnicas, del teléfono. Pero no para pasar el rato hablando por teléfono, sino para concertar citas a través de él. Si los dos caballeros se reunieran, la mayoría de los conflictos no llegarían a producirse. Hablarían entonces de manera completamente distinta al darse cuenta repentinamente de una cosa: *“¡Pero si los dos somos antiguos combatientes, si todo esto es ridículo, si sólo se trata de diferencias de opinión!”* Señores, cuando no se llega a un acuerdo en cuanto a diferencias de opinión, pues entonces se puede siempre decir: *“Bueno, amigo mío, yo tengo otra opinión. Consultaremos a nuestros superiores y que sean ellos quienes decidan. A mí me es completamente indiferente, pero mi opinión en este sentido es otra.”* Y entonces el superior inmediato ha de adoptar precisamente la resolución. Pero tampoco esto tiene importancia, esto es cosa que puede ocurrir miles de veces.

Esto es aplicable también, sépanlo ustedes, a toda la jefatura nacional en sí. Se escribe demasiado. Se comienza escribiendo cartas de amor y se termina redactando cartas políticas (risas) Siempre hay algo lesivo en tales asuntos (risas) y es mucho mejor que las cosas se solucionen de manera directa (risas), cara a cara, hablando como se debe. Por lo general, se encuentra entonces un camino mucho más fácil. No hay que andar con tantos escritos; hablando, hay mucha más posibilidad de aclarar un asunto, de eliminar obstáculos, etc. Además, se conocen mucho mejor las razones del contrario. Si yo hubiera tenido que escribir todo lo que he hablado durante mi vida... ¡Oh Dios mío, qué no habría tenido que escribir! Y también es una completa equivocación cuando se oye decir: *“Tengo que escribir tal cosa, así quedará fijada para siempre.”* Créanme ustedes, llevamos ya cuatro años en Berlín; seguramente llegará el momento en que resulte muy interesante, desde el punto de vista histórico, que yo hubiera hecho consignar en acta cada una de mis entrevistas y conversaciones. También se podría decir que yo debería haberlo hecho para establecer de una manera concreta quién hizo tal y tal cosa, etc. Pero no es eso lo que importa. Lo decisivo es que las cosas se hagan bien. Todo nos será cargado en la cuenta común. Si gobernamos con acierto a la nación, nos será sentado en cuenta. Al final se dirá: *“Esto es lo que el nacionalsocialismo ha hecho de Alemania.”* Cada fábrica que eche humo - la forma en que se ha conseguido

que eche humo no tiene importancia después, lo decisivo es que lo eche, que se trabaje en ella - se reflejará más adelante en el haber de nuestra cuenta común. Ese ha sido el resultado del nacionalsocialismo, que ha aportado a Alemania este cambio hacia la razón.

Considero, además, necesario que los jefes del partido procuren en todo momento establecer con el pueblo una relación viva, la más viva de las uniones. No porque necesiten de tal enlace para adoptar decisiones o para imponerlas, sino porque es necesario poseer un conocimiento profundo del alma popular, de sus necesidades, etc. Y eso es lo maravilloso en nuestra organización: que, gracias a sus ramificaciones, puede penetrar hasta en el último taller y la última vivienda, que, mediante esta ramificación, ha creado, diría yo, un torrente circulatorio por cuyas miles de arterias fluye continuamente sangre viva hacia arriba y, con ella, también conocimiento hacia arriba. Y, recíprocamente, hacia abajo fluye energía, decisión y fuerza de voluntad y, sobre todo, comprensión. Nunca se puede cuidar lo bastante la unión con el pueblo modesto. A menudo lamento no estar ya, como antes, en situación de viajar sin descanso por toda Alemania, especialmente también en coche; pero ya no llego a tiempo a parte alguna. No es posible en modo alguno explicar lo que aprendí en los millones de kilómetros que hice atravesando Alemania de norte a sur y de este a oeste durante aquellos largos años.

Otra cosa que considero necesaria, particularmente en una organización que crece ininterrumpidamente, que cada día es mayor, es que los jefes del partido vuelvan de vez en cuando al pueblo. Y tenemos la intención también de establecer que los jefes integrantes de nuestro, diría yo, Estado Mayor - sistemáticamente y más tarde, con seguridad, por un tiempo más largo - vuelvan a ser destinados - ahora ya en algunos campo - a prestar servicio. Es decir, mandados de nuevo a una fábrica, a un campo de labranza, a un astillero o a cualquier otro sitio con el fin de vivir por entero en el ambiente de la gente humilde. Han de volver a verlo y oírlo todo, a vivirlo de nuevo, para conocer el alma del pueblo y poder dominarla otra vez. No tenemos que capitular delante del alma del pueblo; pero tenemos que conocerla *a la perfección*, ha de ser para nosotros un instrumento del que poder arrancar melodías. En cuanto a la propaganda, no hemos de dar un sólo paso que pudiera ser interpretado erróneamente en el exterior; eso es necesario. Tampoco debemos olvidar una cosa: constituimos un círculo, somos una comunidad. Y significaría un gran peligro que en esta comunidad, que naturalmente tiene pensamientos y experiencias, etc., comunes; sería un gran peligro que en esta comunidad no entrase nada procedente del exterior, quisiera decir. No debe salir nada de ella, nada que sea decisivo; pero tiene que poder absorberlo todo. Y del exterior ha de conocer todo lo que ocurre en realidad, ha de tener conocimiento de la que es el alma popular. No quiero decir con esto que resulte más conveniente, cuando uno haya de tomar una resolución importante, meterse dentro del campo oportuno para llegar allí a la solución por medio de la discusión. Pero si resulta conveniente que el jefe abandone las alturas, pues ha de estar en posesión de la grandeza para adoptar después decisiones, tanto en lo pequeño como en lo muy grande.

También es importante otra cosa: *jamás* deberá el partido descuidar la disposición de sus hombres a asumir la responsabilidad, y no sólo en un puesto, sino a través de la nación entera; pues solamente por medio de la disposición a asumir la responsabilidad se puede establecer en qué medidas las personas son realmente aptas para ejercer un cargo de dirección elevado. Somos una organización joven. La carga del Estado es muy pesada en este aspecto, tengo que manifestarlo expresamente, pues el Estado tiende en

general a la centralización, es decir, a reglamentarlo todo de arriba a abajo. Ya he introducido muchas mejoras en tal sentido, pero todavía queda infinitamente mucho por hacer. Comienza con nuestra legislación. Hacemos leyes; pero, en realidad, buena parte de nuestras leyes son actualmente disposiciones para la ejecución de las mismas que no tienen en absoluto nada que ver con la ley. Ahora bien, se han mejorado muchas cosas y otras se irán mejorando en el transcurso de los años. Resulta muy difícil lograr que nuestra burocracia, particularmente la alta burocracia, se adapte a nuestro nuevo mundo de pensamientos. Antes, habían aprendido que cuando se hace una ley, esta ley ha de tener en consideración todo lo habido y por haber. Y antes, sobre todo antes de nosotros, mostraban todo su orgullo cuando podían decir: la nueva ley tiene dos mil seiscientos cuarenta y un artículos. Hubiera sido mucho mejor que sólo hubiese tenido seis artículos, y el resto hubieran sido disposiciones complementarias. Pero es que en aquella época teníamos el parlamento, y el parlamento quería también meter baza en la legislación, pues de otra forma no tendría voz ni voto en la ejecución de la ley. Por consiguiente, la ejecución tenía que estar contenida en la ley para, de esta forma, establecer ya también las disposiciones complementarias.

Es imprescindiblemente necesario que vayamos poco a poco abrumando a todos y cada uno con el peso de la responsabilidad. A veces vienen a verme personas que me dicen: *“Tengo tanto trabajo que no sé por dónde empezar.”* Por principio, esto no debe ocurrir; este hombre ha de descargarse siempre de una parte de su responsabilidad para traspasarla a los demás. No se ha de ser tan egoísta ni mezquino como para querer asumir uno solo toda la responsabilidad. Basta con que asuma la importante. Así, pues, dirá a los demás: *“Bueno, he dispuesto que se haga así. Ahora, haga usted esto, y usted haga esto, y usted esto.”* Todos los que son realmente hombres disfrutan asumiendo una responsabilidad y a los alemanes les agrada estar siempre haciendo alguna cosa.

Créanme ustedes si les digo que todo el secreto de los logros de nuestro partido radica, puedo decirlo ya, en que siempre me he descargado de mucha parte de responsabilidad. Entre nosotros, un *gauleiter* es también un hombre, tiene una responsabilidad. Y tengo en el partido muchos jefes con una responsabilidad enorme. Hay quien se figura que estos jefes han de presentarse a mí todas las semanas; que el director de la Editorial Central, tendría que presentarse a mí por lo menos una vez cada semana... Pero yo no soy un presidente de consejo administrativo. A mí me basta con que, durante el año, se me informe en general una o dos veces de cómo marcha el asunto. Si fuera mal, ya acudiría de todas maneras (risas), eso lo sé a conciencia. Y además, el hombre ha de tener una responsabilidad. Tiene que ser al fin y al cabo un hombre también: y no sentirá placer alguno si... ¿cómo voy, en definitiva, a contar realmente con hombres si no asumen responsabilidades...? Si yo dijera: *“Señor, tiene usted que presentarse a mí todos los días a las diez menos cuarto de la mañana para la firma. Seré yo quien firme todo. Usted me expone todos los asuntos, etc.”* ¿Qué les parece? ¡Yo no estoy en modo alguno para eso! O si, por ejemplo, ordenara que se me presentara todos los días el director del Frente del Trabajo y le dijera: *“Me tiene usted que informar todos los días con todo detalle...”* Hay cosas que de todos modos las decido yo; eso está precisado. Además, en el pueblo alemán hay también tanto sentido de responsabilidad por el lado contrario, que de todos modos cada uno viene y dice: *“¡Alto! Esto va ya demasiado lejos: esto tiene que decidirlo otro.”* Y hay cosas de las que el hombre tiene que responder; eso es imprescindible. Si no se *atreve* por no tener confianza en sí mismo, entonces lo siento por él; pero es que no sirve. Esto hay que observarlo desde arriba hasta abajo. Además, resulta muy beneficioso para los

nervios. Por ejemplo, este año están ocurriendo muchas cosas; tengo que hacerme otra cura de nervios. Durante el año pasado, durante los años anteriores, he tenido que hacer tantas cosas ilegales y contrarias a la Sociedad de Naciones (ligeras risas), que no es de extrañar que tenga ahora los nervios un poco desquiciados (risas) Esto está completamente claro. Preocupaciones, preocupaciones, espantosas preocupaciones; todo ello, realmente, una espantosa carga de preocupaciones. Pero ahora voy a transferir a los demás muchas de mis preocupaciones; tengo que cuidar de mis nervios. Y lo que me ocurre a mí les ocurre exactamente igual a los caballeros que me rodean. Hay muchos que se destrozan los nervios únicamente por hacer demasiadas cosas que no tienen por qué hacerlas ellos. Que se las confíen a otros, y entonces no tendrán ya de qué preocuparse. Si uno de estos hombres dijera: “*¡Pero es que no puedo confiárselo a otro!*”, es que entonces no se ha rodeado de los colaboradores idóneos. Tenemos en nuestra nación mucha gente deseosa de asumir alguna responsabilidad. Estos hombres experimentan una gran alegría, resucitan cuando se les encarga alguna cosa y se les dice: “*A ver cómo hace esto. Dentro de un año a más tardar vuelva usted a decirme cómo anda el asunto.*” Estos hombres son mucho más felices que si se les dice cada día: “*Ya ha vuelto a hacer usted otra cosa sin haber consultado en absoluto.*” Si yo procediera así, no podría confiar a nadie misión alguna.

Realmente hay que examinar con todo detenimiento qué es lo que se ha de guardar para uno mismo, lo que necesita de una última decisión, y lo que se puede confiar a los demás. Y entonces hay que ser generoso con éstos, hay que dejarles gozar de una posición en cierto modo soberana. Es una cosa comprensible, compañeros, que esto no puede realizarse de la noche a la mañana. El camino histórico, el naturalmente necesario al principio, es en general el de lograr, por medio de una cierta centralización, el desarrollo de una misma forma de pensar, de conseguir una uniformidad de opiniones. Hay cosas que, en general, se han de hacer de una forma completamente unitaria, cual es, por ejemplo, el adoctrinamiento, que ha de ser dirigido de una manera absolutamente unitaria. Sólo cuando las personas han sido formadas a base de una instrucción de carácter completamente unitario, pueden asumir responsabilidades; es decir, entonces pondrán en práctica lo que han aprendido. Ello hace que siempre haya al principio un cierto periodo de centralización; luego se ha de pasar a la descentralización, para disponer de hombres con ánimo de asumir responsabilidades. Estos hombres han de disponer de su propio campo de acción, y poder trabajar en él a su completa satisfacción.

Por lo tanto, no se ha de reglamentar por sistema todo lo que se *pueda* reglamentar, sino únicamente lo que se *tiene* que reglamentar. Este es un axioma que *ustedes* tienen que hacer también suyo. Hay que dejar sitio a la vida. Las cosas que no tienen que ser reglamentadas hay que dejarlas correr; ya se ajustarán por sí solas. Hay gente que dice: “*¿Sabe usted? Este es un departamento cuya misión es averiguar todo lo que pueda ocurrir en los garajes. Recibimos informes de toda Alemania. O sea, lo mismo robos con fractura, que incendios, que colisiones dentro de los garajes, etc. Por consiguiente, tenemos ahora que dictar disposiciones muy detalladas en lo referente a construcción de garajes. Como se ha robado en determinados garajes, de ahora en adelante no deberá haber tal y tal cosa en los garajes. Como en algún garaje han chocado un par de vehículos al salir, de ahora en adelante tendrá que haber tal y tal cosa en todos los garajes. Como en un garaje ha estallado en alguna ocasión un bidón de gasolina, de ahora en adelante en los garajes... Si en algún garaje se ha declarado un incendio, por ello en los garajes...*” ¡Y así surge una lombriz solitaria de

disposiciones que no tienen fin! Y nosotros hacemos estas cosas a la perfección. Cuando a los alemanes les da por inclinarse al lado insensato, lo hacen también a fondo, ¡pero que muy a fondo! (risas) Hoy es imposible construir en cualquier parte un garaje sin licencia. Por ejemplo, tenemos que, en una casa, el garaje está un poco bajo y los coches tienen que bajar. Un día llueve a cántaros, se atasca el sifón de depósito, se remansa el agua y tienen que ser avisados los bomberos para extraer el agua acumulada en el garaje. Y entonces: disposición del ayuntamiento de Múnich: “...*en lo sucesivo no se edificará garaje alguno donde haya que bajar a nivel inferior al de la calle.*” ¡Una completa insensatez! (risas) Un locura. Y menciono sólo ejemplos aislados de adónde puede llevar esta reglamentación por la reglamentación en sí (sic) Esto es para volverse loco.

Quisiera decir que, de hecho, hemos de permitir en este aspecto una cierta esfera de acción al criterio individual. Lo que no tiene que ser hecho, no debe ser hecho. Y no hay por qué molestar innecesariamente a nadie. La gente tiene también derecho a su libertad. Jamás diré: “*Por regla general, hay que privar a todo el mundo de cada hora que tenga libre.*” ¡No, no y no! Le quito únicamente el tiempo que considero necesario para llevar a la gente a que piense y actúe, etc., de la misma manera. Por lo demás, me satisface ver que la gente no esté sobrecargada; que gocen de libertad.

Esto, compañeros, lleva poco a poco a una cierta seguridad en sí mismo, y esto es lo que una jefatura política ha de poseer desde el primero al último: una absoluta seguridad en sí misma. Sé que esto tendrá importancia especial en el futuro, pues los jefes veteranos, los procedentes de la época de lucha, esos están totalmente seguros de sí, han alcanzado y conquistado su puesto; sí, su seguridad es absoluta. Pero este será un cometido importante en el futuro, y todos ustedes, como educadores, han de lograr que cada jefe, sea cualquiera el puesto que desempeñe dentro del partido, adquiera seguridad en sí mismo. Tiene que estar seguro de sí mismo, tener confianza en sí mismo. Ha de tener este convencimiento: “*Lo que hago, es que puedo hacerlo; y lo que puedo hacer, lo hago.*” Y no habrá cosa que me haga perder la calma sobre el particular. Ahora bien, tal jefatura ha de saber igualmente ser la primera en los restantes órdenes de la vida. Nosotros hemos pasado por una época de lucha muy dura y, naturalmente, nos hemos vuelto un poco ásperos; es una cosa totalmente comprensible. Teníamos muy malos enemigos y había que hacerles frente. Por lo tanto, las palabras, el tono de ellas y el porte nuestro no fue siempre, digamos, a propósito para salones elegantes. Me imagino perfectamente que, por ejemplo, en los años 1920, 21, 22, 25 ó 26, muchos ciudadanos en sí muy decentes se estremecieran de tal modo al entrar en una de nuestras reuniones (risas), que hubieran de decirse: “*Sí, claro que me gustaría a rabiarse; pero no puedo.*” Eso lo sabemos todos, ¿no es verdad? Por lo demás, en aquella época dábamos valor a tales procedimientos porque precisamente no queríamos destacar por la elegancia de nuestros nobles modales; al contrario, queríamos conquistar la confianza de las masas, existiendo, como existía, un cierto ambiente favorable. Pero aquella época pasó.

El pueblo alemán entero se viste hoy con mucha elegancia. Si pasan ustedes por cualquier ciudad en domingo, verán a los muchachos que andan acicalados y a las muchachas vestidas con gran pulcritud, etc. El pueblo alemán ha vuelto a sentir la alegría de vivir Y nosotros tenemos precisamente un nombre para ello, para esa alegría... Ahora bien, naturalmente que la jefatura política ha de ser al mismo tiempo, digamos, una clase modelo también en cuanto a costumbres. Eso es imprescindible necesario. Sé perfectamente que a muchos no les resultará fácil

cambiar ahora de modales para incorporarse a la vida actual. Pero no tiene otro remedio que ser así. Y particularmente a los que van creciendo ha de enseñárseles que los buenos modales no tienen por qué estar reñidos en absoluto con la energía ni con la decisión. Nuestra intención es la de educar en este aspecto al pueblo alemán. Particularmente, también en lo que afecta a los buenos modales para con las mujeres.

Oigo muchas veces que todavía existe la opinión de que la cortesía para con las damas es una especie de debilidad. Nada en absoluto. Vean ustedes: en toda mi vida política no me he dejado influir lo más mínimo por ninguna mujer, ¡pero que ni lo más mínimo! Pero, en otros terrenos, naturalmente que vamos a conceder a la mujer el derecho que tiene, claro que sí. Y además, las respetaremos y las trataremos con toda la cortesía que se merecen. Hemos de educar en este sentido a la juventud. Ello no significa en modo alguno debilidad; al contrario, hemos hecho una separación bien delimitada. No tenemos *kreisleiter* femeninos (risas), ¿verdad?, ni cosa que se le parezca. Todo esto está ya decidido así como así. Tampoco espero, hablando en sentido figurado, que esto llegue a darse en el partido (risas y aplausos), que tengamos una cosa así. Al contrario, creo que se correrá tanto menos riesgo de ello, cuanto más - bueno, digámoslo, utilicemos la vieja expresión -, cuanto más galantes sean los señores de la creación para con las perlas de la creación. Cuanto más corteses y educados sean los jóvenes con las mujeres, tanto mayor será el derecho de que gocen en todos los asuntos masculinos, el derecho de ser hombres y absolutamente hombres. Y, sobre todo, así apartamos a las mujeres de todos los asuntos masculinos. En lo más profundo de su ser, toda mujer siente el deseo, la necesidad de agradar al hombre, y nosotros no vamos a hacer que sientan repulsión.

He luchado siempre contra la forma de vestir demasiado puritana de las muchachas de nuestra sección femenina, etc. Siempre he sostenido la opinión de que no hemos de hacer repulsivas a nuestras mujeres, sino atractivas (risas y aplausos) Han de dar la impresión de que están *sanas*; pero no deben dar la impresión de ser, digamos, demasiado primitivas. En el vestir, no hay que retroceder de pronto a la Edad de Piedra (aplausos); hay que mantenerse precisamente en la época en que vivimos. Mi opinión es que, si se ha de confeccionar un abrigo, también este abrigo se puede hacer elegante, que no por ello va a resultar más caro. Y una blusa puede tener también un corte bonito. ¿Por qué una muchacha que le guste ir bien vestida ha de encontrar en mí dificultades para que...? ¿Es que realmente hay algo repugnante en el hecho de que se vista para aparecer bonita? Para ser sinceros, hemos de decir que a todos nos agrada verlas bonitas (aplausos) Y creo que, precisamente por tratar a la mujer con delicadeza, la llevamos de antemano así a su esfera más natural; así las llevamos al terreno que les corresponde. Al fin y al cabo, su misión no consiste sólo en *embellecernos* la existencia, sino que llegará el día en que traigan también al mundo niños hermosos, con lo que serán la promesa más segura de que mañana tengamos un pueblo sano.

Y los niños, desde luego que no se afeminarán. Los chicos, ténganlo en cuenta, se largan de todos modos, llega un momento en que se largan de casa. Y luego ingresan en nuestras agrupaciones de cadetes, que se preocupan de que los muchachos se conviertan en jóvenes enteros y verdaderos, como debe ser. Y en cuanto a las chicas, ellas tienen que seguir siendo precisamente chicas. No pretendemos que se aproximen mutuamente ambos sexos a base de equipararlos, sino que pretendemos que tal acercamiento se lleve a cabo a base de una estimación mutua. Queremos para las chicas unos muchachos irreprochables, fuertes, crecidos sin tacha, valientes; y para los muchachos queremos

unas chicas fabulosamente hermosas... bueno, y todo lo demás (risas) Eso es lo que pretendemos. Creo que también aquí el movimiento ha de ser el que dirija cada vez más. Y tampoco debe dejarse disuadir en tal sentido por quienes, a lo mejor invocando la moral, se ponen en contra de una tal alegría de vivir sana y natural. Lo que son estas gentes y lo que hay detrás de esa moral, lo están viendo ustedes en los procesos que, tras largas luchas interiores, pero acuciado por el afán de justicia, he ordenado incoar (aplausos atronadores y prolongados) Precisamente es eso lo que no queremos, sino que pretendemos forjar una nación sana hasta la médula, de hombres firmes y mujeres absolutamente femeninas. Esa es nuestra meta.

Y esto lleva inherente otra cosa: que de esta forma somos los representantes de un estilo de vida realmente sano y, por consiguiente, también de una sana cultura física y moral. Nos estamos esforzando por conseguirlo y avanzamos de manera ejemplar en todos los sectores. ¿Saben ustedes? No podemos imaginarnos en modo alguno cómo sería nuestro pueblo si muchas, muchas décadas antes de nosotros no hubiera existido ya la educación militar. No hay duda alguna de que la educación militar ha inculcado un cierto hábito de limpieza en el muchacho. Hay cierta época en que todo joven - creo que es debido al atavismo, al retroceso atávico... así como así, bueno, al tiempo de la época de las cavernas, etc., al pasado - en que todo joven es un poco sucio. El muchacho no se lava. A lo sumo cuando llega a cierta edad y tiene interés en causar impresión o despertar el interés de alguien, entonces es cuando quizá comienza a cambiar algo. Así, pues, hay cierta época en que los jóvenes son bastante descuidados en su aseo personal. Y ahí es donde el ejército ha dado un resultado maravilloso. Poco a poco ha ido acostumbrando al joven a que se lave todos los días, a lavarse todo el cuerpo de cintura para arriba, a mantenerse limpio, a lavarse los dientes, a cortarse el pelo. Estoy convencido de que nuestro pueblo andaría por ahí como una comunidad de apóstoles (risas) si el ejército no le hubiera metido en el cuerpo la costumbre de la limpieza.

Sí, ¿saben ustedes?, en otros países - no digan esto por ahí fuera, pero está Inglaterra, por ejemplo - el grueso de la masa no es tan limpia como nosotros, los alemanes. Esto tenemos que agradecerlo a nuestra educación. Y seguimos adelante por todas partes en este aspecto; por ejemplo, ahí está la construcción de nuevos buques para la Fuerza por la Alegría; por todas partes se está extendiendo la preocupación por la limpieza, etc. Nuestra intención es la de educar a todo el pueblo alemán con estilo. Pretendemos hacer de él un pueblo cada día más ordenado, más ejemplar, más correcto. Y para ello pretendemos introducir un nuevo estilo de vida.

Y en este particular no vayamos a figurarnos que el estilo de vida consiste en andar viniendo cada día con innovaciones y novedades en todos los campos. Lo primero es encontrar una plataforma. Después hay que continuar en ella, pues, de lo contrario no se logra ningún estilo de vida. Tampoco puede ser que en el campo del arte lleguen payasos diciendo: *"Tengo una idea; veré que esta nueva idea..."* A ése le diría yo: *"¡So asno! ¡Ideas nuevas! ¿Qué sabrá usted de las ideas nuevas que ha habido ya en este mundo? Bien pequeña es la cantidad de personas que han tenido ideas realmente nuevas. Lo que tiene que hacer usted es regirse por las ideas existentes."* En resumidas cuentas, mostrémonos contentos de tener bases que merecen la pena de que se las generalice. Únicamente de esta forma forjaremos un estilo de vida, un estilo cultural, un estilo artístico, es decir, una lenta y gradual legislación sobre esta vida y sobre las formas de vida que necesitamos como pueblo; exactamente en la misma forma en que utilizamos un lenguaje y no vamos por ahí todos interpretando sueños así como así... ni diciendo como un dadaísta: *"He hecho un nuevo invento, tata, toto, o cualquier cosa"*

por el estilo.” (risas) También en este campo nos servimos de un idioma que hemos recibido en herencia. No todos se sirven igualmente bien de este idioma, en cuyo aspecto se puede aprender muchísimo. Es necesaria una mejora gigantesca. No es que con esto hable en favor del club actual de refinamiento de la lengua, pues leo muchas veces a fondo los periódicos y siempre tengo la impresión de que es más mala en ellos... la lengua que se habla, el más malo de los alemanes. No, lo que nosotros únicamente queremos es que el pueblo alemán tenga en lo cultural un estilo concreto y correcto.

Y ahora quisiera añadir algo, a saber: se habla de muchas clases de arte; pero hay *uno* del que nunca se hablará con la estimación suficiente. Me refiero al arte del silencio, al arte de no hablar, cuando es necesario, de cosas de las que precisamente no se debe hablar. Esto comienza siempre por las pequeñeces habituales: hay cosas de las que no se tiene por qué hablar. Y termina en las cosas grandes. Desde mi punto de vista, los maestros más grandes en este campo son los ingleses. Cuando los ingleses movilizaron la Sociedad de Naciones en contra de Mussolini, apostaría yo a que ni uno solo de los 30 millones de ingleses adultos dijo *una vez siquiera* en aquella época: *“En fin de cuentas, esto lo hacemos por nosotros.”* Esto lo doy por descontado, incluso aunque estuvieran entre amigos. Todos ellos decían: *“No tenemos interés alguno en Abisinia. Es asunto sólo de la Sociedad de Naciones; lo único que nosotros hemos hecho ha sido firmar para que haya paz; sólo para eso hemos dado nuestra firma, para mantener la paz, pues no tenemos interés alguno. De no ser por la Sociedad de Naciones, ¿qué nos va ni nos viene a nosotros Abisinia?”* Esto es demostrar gran inteligencia. Hay cosas, todos lo sabemos, de las que no se tiene por qué hablar jamás; no es necesario que demos explicaciones sobre esto.

Por consiguiente, no quisiera hoy dar una explicación de índole especial en relación con estas cosas. Ustedes ya lo saben de todos modos, todos ustedes saben a qué me refiero. Si arreglamos y reorganizamos determinadas cosas en Alemania, ¿es necesario que expliquemos por qué, por cuál razón, etc.? Sabemos perfectamente que, si reorganizamos nuestro ejército, es sólo para garantizarnos la paz. Y realizamos el Plan Cuatrienal, para, digamos, poder subsistir económicamente. Únicamente *así* se habla sobre el particular, eso lo sabemos todos y cada uno de nosotros. Hay otros pensamientos que jamás se traducen en palabras, y ello es aplicable también a otros campos, muchísimos. Este principio se ha de observar férreamente. Cada uno puede mirar a los ojos de los demás, en los que leerá que el otro piensa exactamente igual que él y que sabe exactamente lo mismo que él. Y a este respecto quisiera decir en general que el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores, el partido como tal, debe ser, considerado en el fondo, una comunidad del saber, de un saber determinado que ha de tener mayores y mayores vuelos a medida que transcurre el tiempo, de un saber que se enseña y que también se vive, de un saber asentado sobre experiencias y conocimientos eternos, etc. O sea, una comunidad que ha conocido la existencia de determinadas directrices fundamentales y las lleva entonces a la práctica. Esta comunidad del saber es también al mismo tiempo, ciertamente, la más grande camaradería de la acción.

Y entonces el pueblo alemán sabrá una cosa: que puede sentirse absolutamente seguro al estar guiado por una jefatura tal. Y se sentirá realmente feliz y contento. Cuando el pueblo alemán dirige hoy la vista al exterior, se da perfecta cuenta de cómo son gobernados los demás pueblos. Y ve estos derrumbamientos, estos terribles actos de locura en el terreno de la economía. ¿No es ciertamente una maravilla que los Estados que poseen las mayores reservas de oro tengan una moneda depreciadísima, mientras

nosotros, sin divisas, sin oro, tenemos una moneda de lo más estable? Créanme ustedes si les digo que el pueblo alemán se irá dando cada vez más cuenta de lo que tiene que agradecer a esta jefatura, a través del movimiento. Irá dándose perfecta cuenta de que esta jefatura ha sacado prácticamente a la nación de un abismo sin fondo, de un abismo hacia el que los otros caminan a ciegas. No es nuestra intención impedir que los demás se precipiten en el abismo; no, que ellos también lo experimenten y saquen conclusiones. Pero el pueblo alemán sabe que ha sido salvado de caer en ese abismo. El pueblo alemán tiene hoy confianza absoluta en el movimiento; puedo decir tranquilamente que está detrás del movimiento en un cien por cien. Los únicos que no están detrás del movimiento son los elementos que estamos descubriendo ahora en estos procesos, o los inquilinos de nuestros campos de concentración, o los reclusos, los presidiarios, los antiguos reclusos y antiguos presidiarios, o el montón existente de locos, necios e idiotas. El resto del pueblo alemán está en un cien por cien detrás del movimiento y se siente feliz contando con esta jefatura.

Esta confianza inmensa del pueblo alemán debiera ser para nosotros un deber común: el deber de cumplir lealmente nuestras obligaciones, de obrar con lealtad entre nosotros, de ser siempre leales, fanáticamente leales. En realidad, quisiera terminar diciendo que todo lo que construyamos créanme ustedes que lo habremos construido sobre arena si en nuestra edificación no ponemos como el más fuerte de los cimientos una ilimitada lealtad recíproca, una increíble fidelidad mutua, una gran camaradería. Esto es lo decisivo. Ha de ser de manera que este Estado se distinga de los demás en que todos y cada uno, obrando de buena voluntad, sepan que de antemano cuentan con una lealtad sin límites; está descartado que en este Estado, donde todo se basa en la decencia, nadie intente sorprender a los demás; que nadie intente obtener mayores ventajas, aprovechar un momento de debilidad, etc. Eso no debe ser en modo alguno. Y cuando particularmente se ha de mostrar siempre lealtad es cuando exista la posibilidad de ser desleal.

Al hablar de esta lealtad en el sentido del movimiento, entiendo que cada uno de sus miembros obre lealmente con los demás, que jamás intente aprovechar un momento de debilidad, que jamás intente actuar deslealmente respecto a los otros. Créanme ustedes que esto tiene al final su recompensa, una recompensa del ciento por uno. Precisamente desde el año 1933, quizá hayamos visto en un sector adónde nos ha conducido y qué nos ha dado y regalado esta gran lealtad. Piensen ustedes en esto: cuando llegamos al poder, llegamos como un movimiento poderoso, que dominaba a toda la nación. Este movimiento que realmente dominaba a toda la nación era de hecho una revolución, una revolución tremenda. El resto del mundo estaba enfrente de nosotros. También en nuestras filas hubo en aquella época un hombre que creyó poder obrar deslealmente en un campo. Sintiéndolo mucho, tuve que acabar con este hombre, aniquilando en aquella ocasión a él y a todos los que le siguieron.

Ahora bien, ¿saben ustedes en lo que se ha traducido la lealtad que entonces y desde entonces ha sido la dueña y señora? A esa lealtad debemos el resurgimiento de Alemania, pues el partido por sí solo no habría podido conseguirlo. ¿Qué podría ser Alemania si tuviera sólo el partido, si al lado del partido no estuviera la fuerza? En primer lugar, sin el ejército no estaríamos aquí ninguno, pues todos salimos años atrás de esa escuela. Yo no sería hoy el *Führer* del pueblo alemán si no hubiera sido primero soldado. Todos los buenos principios que hoy defiendo fueron haciéndose poco a poco parte de mi ser durante mi permanencia en el ejército; a él debo la dureza que ha templado mi espíritu, toda la dureza de que dispongo. Y ustedes, los más veteranos de

mis compañeros de lucha, todos ustedes han pasado por esa institución. Y todos tenemos realmente motivos para estar infinitamente orgullosos de esta institución de nuestro pasado histórico, lo mejor que Alemania ha tenido jamás hasta la fundación del partido nacionalsocialista. Hoy hemos conseguido que esta institución vuelva a ser grande y poderosa ¿Cuál sería la vida de este pueblo si no se observara rígidamente el precepto de la lealtad más brutal? ¿Dónde estaríamos hoy? Quizá antaño *podríamos* haber emprendido el otro camino. ¿Qué tendríamos hoy? No exagero si afirmo que dispondríamos de un desordenado revoltijo carente de todo valor militar. Sepan ustedes que yo no tengo fe en la denominada *levée en masse*; ⁽⁹⁾ no creo que la guerra se pueda hacer únicamente con la movilización, digamos, del entusiasmo, etc. No puedo saber si en tales momentos aparecerá o no un Napoleón en la nación; pero lo que sí sé es que un Napoleón golpeará con tanta mayor eficacia cuanto mejor sea el instrumento de que disponga (aplausos) No podemos confiar en que el entusiasmo por sí solo pueda llevarnos un día a la victoria. El entusiasmo será tanto más beneficioso cuánto más expresión encuentre en una organización militar ordenada, limpia, brillante. Pero esto es únicamente posible cuando en tal Estado la lealtad es absoluta. Y esto es lo que hemos impuesto. Y a esto tenemos que agradecer también el hecho de que hoy estemos aquí, de que podamos estar aquí, de que pueda estar aquí esta fortaleza, de que podamos celebrar en ella esta reunión. De lo contrario, no estaríamos aquí; de lo contrario, podríamos pensar que serían otros los que estuvieran; es muy fácil que fuera posible. Esto ha de ser para todos nosotros un gran ejemplo de lo necesario que es elevar este mandamiento de la lealtad a la categoría de fundamento *indestructible* por sistema. En este campo no existe ninguna discusión ni ninguna consideración, etc., pues, a fin de cuentas, en ello estriba todo, nuestra existencia entera, nuestro presente y sobre todo, también nuestro futuro como alemanes.

Y si de alguna cosa lograda en mi vida estoy orgulloso, esta cosa es haber conseguido - en este Estado nacionalsocialista arropado por el símbolo del nuevo *Reich*, de la nueva ideología, de la nueva idea, de nuestro viejo partido - reorganizar el nuevo ejército alemán, haber creado las premisas políticas y generales necesarias para ello y haber establecido entre el ejército y el partido una unión cuyos resultados, estoy convencido, serán mejores y mejores a medida que pase el tiempo. No en balde tengo el convencimiento de que en Alemania pueden existir sólo dos organizaciones: la organización política dirigente y la organización militar. Si estas dos organizaciones nuestras permanecen sanas y fuertes, entonces veo al pueblo alemán, respaldado por ellas, caminar hacia un futuro de grandeza. El resto del mundo marcha de cabeza hacia la crisis. Nosotros la hemos superado ya. La Providencia ha de decidir todavía cuándo ha de sonar la hora en que, de la discrepancia y las debilidades de los demás y de la fortaleza de nosotros, nuestro pueblo obtenga por fin en este mundo lo que tenemos justificación para exigir. Ahora bien, hay una cosa segura, y es que este logro sólo será una realidad cuando por encima de los símbolos de nuestro *Reich*, de todas las banderas y de todos los estandartes y de todos los guiones de campaña estén siempre las palabras *fidelidad y lealtad*. Esta es la condición primordial.

Para terminar, quisiera decir a ustedes en qué forma veo yo actualmente el mundo. Todos ustedes saben que nuestra posición respecto a España no es sólo la de unos espectadores desinteresados; y es así porque no nos es indiferente que este país pueda llegar a ser bolchevique y, con ello, antes o después, un secuaz de Francia. Al contrario, tenemos que desear que esta nación conserve a todo trance su postura de independencia. Por lo demás, nos es indiferente quién pueda gobernarla o qué principios

y qué pensamientos puedan dominar en ella. No tenemos intención de propagar en esta nación el nacionalsocialismo; lo estimo imposible, superfluo e inimaginable del todo. Lo único deseable para nosotros es que no haya en España un Estado bolchevique que constituya una cabeza de puente entre Francia y África del Norte; este es nuestro deseo. Y nuestro interés se regula por tales consideraciones. Y como soy uno de esos hombres que en tales casos no se contentan con hablar, sino que también actúan, he dado a nuestro interés una expresión cuya medida me ha parecido conveniente y soportable por Alemania. No necesito decirles más sobre el particular. Pero todos ustedes saben que si un alemán presta servicio allí es porque es necesario para Alemania - visto a largo plazo -. Y que si alguien puede morir allí, muere por Alemania. Y si actualmente mueren por Alemania 7.000 personas todos los años a causa de los accidentes de tráfico; y si la lucha por el triunfo del movimiento ha costado cientos de caídos, y si en la lucha por Alemania cayeron 2 millones de personas; y si han muerto muchos miles durante las luchas causadas por los disturbios en el interior, también en el futuro tendrán que seguir muriendo alemanes. ¡Ay del pueblo en donde los hombres no se muestren ya dispuestos a seguir sacrificándose por la comunidad necesaria y por los intereses de esa comunidad!

Sin embargo, por encima de esto tengo el convencimiento de que, para nosotros, no es conveniente que estalle demasiado temprano una catástrofe mundial que amenace con explotar. Ello hace que yo, con el pleno convencimiento de que todo suceso histórico incita a la imitación, no considere oportuno ni conveniente un derrumbamiento de España en estos momentos, porque un derrumbamiento de los restantes Estados europeos en estos momentos no sería oportuno ni conveniente tampoco para nosotros. Esto es producto de reflexiones completamente frías y de índole práctica. Ahora bien, ello no significa, a fin de cuentas, que de esta forma pueda demorarse el derrumbamiento europeo; no, no es ese el caso. La lucha entre democracia y Estado es inevitable; a la larga no puede haber Estados democráticos, pues el Estado es el vivo contraste de la democracia. Y una de dos: o vence la democracia, en cuyo caso se hunde el Estado, o la democracia tendrá que hundirse si los Estados pretenden subsistir. No hay compromiso alguno a este respecto. Por ello tendrá que venir la lucha de todas maneras. Lo único que esperamos es que esta lucha no se produzca hoy, sino que transcurran todavía años antes de que comience, y cuanto más tarde, tanto mejor. Pues la crisis de los demás se irá agravando a medida que Alemania se vaya, precisamente, fortaleciendo. De todos modos, nuestra situación hoy con respecto al resto del mundo permite no pensar absolutamente en una amenaza para Alemania; es decir, es imposible que haya hoy quien nos ataque o nos obligue a emprender una actuación que nosotros no deseemos emprender. En relación con los años pasados, esto supone un avance y un progreso cuya importancia no resulta en estos momentos muy difícil de establecer detalladamente. En cuanto a tranquilidad de los nervios, esto supone infinitamente mucho para la jefatura de la nación.

Otra cosa que considero descartada es que se forme en Europa una coalición contra nosotros, la cual, mediante la unión de fuerzas de distintas procedencias, estuviera en situación de forzarnos a hacer alguna cosa en contra de nuestra voluntad. También esto lo considero descartado. Las relaciones que hemos establecido con toda una serie de Estados nos garantiza, al menos, la seguridad del mantenimiento de la paz, la cual no tenemos absolutamente interés alguno en que desaparezca. Al contrario, nuestro máximo interés, hoy y de ahora en adelante, ha de consistir en disponer, tras la supresión de las peores repercusiones del Tratado de Versalles, de la *época de*

tranquilidad necesaria para alcanzar la madurez política, interior y militar del pueblo y el *Reich*, o sea, el fortalecimiento de ambos.

En el aspecto económico, no habrá nada que nos coaccione. El Plan Cuatrienal será llevado a vías de hecho. Este plan nos independizará del extranjero en los campos vitales más importantes. Los requisitos exigidos a nuestra economía son grandes, porque está completamente claro que han de ser satisfechos. A este respecto, sólo quisiera que ustedes reflexionaran sobre una cosa: la condición indispensable para el mantenimiento de una economía sana es su estabilidad y, sobre todo, la estabilidad de su moneda. Esta estabilidad de la moneda estará garantizada mientras toda persona pueda comprar, con el salario que recibe por su trabajo, los productos del trabajo de los demás; es decir, en otras palabras: mientras exista un equilibrio de salarios y precios. Ahora bien, si la balanza ha de estar equilibrada por la igualdad de salarios y precios, otra cosa hay que considerar: nuestro deber como alemanes, es, hoy, el de poner de nuevo a la nación en posesión de los necesarios medios militares. Esto implica la ocupación de millones de alemanes en un trabajo no productivo en sí en el sentido de que los otros trabajadores no pueden comprar el resultado de este trabajo. O sea, que actualmente tienen que trabajar millones de alemanes sin que lo que elaboran - cañones, fusiles, ametralladoras, municiones, etc. - pueda ser lanzado al mercado como producción comercial. Por lo tanto, la otra parte de la nación ha de forzar la marcha de su actividad productora; pues sólo a base de fomentar extraordinariamente la producción de artículos de consumo aumentando la actividad de los otros, ha de ser posible que los que perciben un salario por su trabajo en la producción de armamentos puedan comprar también otros productos aunque ellos no echen producto alguno de consumo en el plato común de la producción nacional, sino únicamente los valores, más elevados, inherentes a la independencia nacional y a una posterior y mayor seguridad de la vida alemana.

Por ello, hoy no puede pensarse siquiera en que tengan que hacerse cesiones en este sector. Si hoy me preguntaran: “¿No podría al menos quitar las horas extraordinarias? ¿No podría moderar un poco la intensidad del trabajo?”, tendría que contestar a tales preguntas con un *no* rotundo. Esto lo podré hacer, o lo podremos hacer, cuando los millones de obreros que actualmente trabajan en la industria de producción de armamentos hayan pasado a un campo de producción de artículos de consumo, de manera que su trabajo pueda ser aplicado también al mercado común de la producción nacional. Sólo cuando llegue ese momento podrá ser posible, antes no.

Pero nadie puede dudar un solo instante de que será llevado a cabo este trabajo del rearme nacional. Será llevado a cabo hasta sus últimas consecuencias. Yo no hago las cosas a medias. ¡Quiero que, ya que Alemania soporta en general esta carga, nuestro pueblo no sea en este aspecto el que ocupe el segundo o tercer lugar, sino que sea en definitiva el pueblo más fuerte de Europa! ¡Tal es mi voluntad, compañeros! (aplausos atronadores y prolongados) De esa forma recompensamos también el sacrificio de todos los que han muerto por esta Alemania, por esta Alemania eterna. No han caído por una Alemania a medias, sino por una Alemania entera. Y si antaño pudo parecer que el sacrificio de estos caídos era estéril, no ha sido éste a mis ojos el último capítulo de la historia alemana, sino el penúltimo. ¡El último lo escribiremos nosotros! (aplausos y aclamaciones)

Discurso a los trabajadores de la construcción en Berchtesgaden sobre la política económica nacionalsocialista

Discurso pronunciado el 20 de mayo de 1937

(Aplausos y aclamaciones)

Queridos compatriotas, hombres y mujeres:

He sentido recientemente un gran pesar al no poder hallarme aquí, en contra de lo previsto en el momento de ser inaugurada esta sala que temporalmente está en este lugar y más tarde estará en cualquier otro mientras siga en pie. Pero después pensé que también pueden ustedes asistir al cine sin necesidad de mi presencia, y que acaso fuera mejor para ustedes que les dirigiera posteriormente la palabra. Para mí supone una gran cosa, pues obligado por las circunstancias a hablar mucho, pero siempre en círculos muy concretos y escogidos, o sea delante de diplomáticos, políticos, economistas, científicos y toda la restante clase de personas que se ha convenido en llamar intelectuales, disfruto ahora de la gran suerte de tener la ocasión de volver de vez en cuando al lugar de donde procedo, o sea al pueblo. Para mí es también maravilloso dirigirme a la gran masa, a las personas desprovistas de instrucción, pues ello me obliga a expresar de manera llana problemas en sí acaso complicados, y porque uno se ve obligado así a pensar de una forma sencilla, y porque este pensamiento sencillo es la base de todo conocimiento real.

Resulta verdaderamente trágico, compatriotas, imaginarnos a millones de alemanes que leen todos los días el periódico y se ven obligados a tomar posición sobre no sé cuántas clases de problemas sin que puedan hallarse en situación de comprender tales problemas, siquiera de una forma aproximada. Se hace aquí demasiado uso de consignas, de expresiones que quizá en muchas ocasiones signifiquen algo para los científicos, aunque no siempre; pero que resultan incomprensibles para los individuos que integran la gran masa popular. Se trata de denominaciones teóricas, etc., que en realidad no dicen por de pronto absolutamente nada; pero que se leen día tras día, por lo que se comprende perfectamente que mucha gente pase por encima, sin más, la sección que se ocupa de estos asuntos, diciéndose: “*¡Pero si yo no entiendo nada de eso!*” Más precisamente nuestra meta y nuestra intención es la de hacer que incluso la gente humilde comprenda con claridad los problemas y cometidos en apariencia tan complicados. Y ello también resulta beneficioso para los llamados gobernantes, pues también éstos aprenden a ver de manera totalmente sencilla estos problemas en apariencia muy complicados. Y entonces suele ocurrir que lo que en apariencia parece tan difícil, es muy sencillo en la realidad; que la dificultad ha sido originada al correr de los siglos por los hombres mismos, muchas veces, digamos, por un cierto orgullo, debido a que consideran magnífico hablar de ciertas cosas no comprendidas por todos.

Como nacionalsocialista, hace ya muchos, muchos años me propuse ver, hablar y considerar los problemas aparentemente más complicados de manera que pudieran ser comprendidos, dentro de lo posible, por cualquiera que, a fin de cuentas, tuviera voluntad de colaborar. Y hoy me he señalado un cometido: quisiera, compatriotas, hablar a ustedes sobre lo que en estos momentos tiene inquieto al mundo entero. Y hablarles de forma que, cuando tomen un periódico, descubran ustedes al instante que lo que en apariencia es un secreto intrincadísimo, es en realidad tan simple como todos los

procesos naturales de la vida. Si toman ustedes hoy un periódico, escuchan la radio o toman una revista entre sus manos, se enterarán ustedes de la existencia de grandes luchas económicas en el mundo. Estas luchas están desarrollándose por doquier: América, Inglaterra, Francia, en todos los países de la Tierra. Verán ustedes que se escribe sobre luchas económicas. Y en otras columnas podrán ver ustedes teorías económicas. Existen hoy tópicos innumerables en estos campos de la política y las teorías económicas que parecen estar continuamente en conflicto entre sí en todo el mundo. Y naturalmente, también en Alemania habremos de tener en cuenta estos factores, digámoslo así, debido a que tienen en movimiento al resto del mundo. Sabemos, porque lo oímos una y otra vez, que el número de tales teorías económicas es incontable. Hay teorías económicas liberales; también hay, digamos, teorías económicas marxistas; también existen las teorías de protección arancelaria y las teorías de librecambio, etc. El número de teorías es incontable, incontable.

Al hablar a ustedes de este problema, compatriotas, quisiera al mismo tiempo dar por sentada una cosa: no pretendo decirles que yo vaya a poner una teoría económica nacionalsocialista en lugar de las teorías económicas de los otros. No. Quisiera incluso evitar el empleo de la palabra teoría; incluso quisiera decirles, ni más ni menos, que la exposición que yo les haga hoy no pretende en modo alguno pasar como una teoría. Pues si admito un dogma en las cuestiones económicas, el único dogma es que en el campo económico no existe dogma alguno, que en este campo no existe teoría alguna, sino única y exclusivamente conocimientos. Y por ello quisiera hablarles hoy de los conocimientos adquiridos por nosotros en el transcurso de los años, desde hace muchos de ellos; conocimientos que nos han enseñado a ver y juzgar ciertos procesos de la vida económica en forma distinta, digamos, a como acostumbra a ser el caso. Así, pues, lo que hoy les expongo no es una teoría económica, sino una suma de conocimientos, de experiencias, de principios fundamentales muy concretos y simples que me esforzaré en explicar con tanta sencillez que todos ustedes puedan comprenderlos si es posible. Y entonces se reirán de muchas cosas de que ya habían oído hablar; y habrá muchos tópicos que les parecerán risibles y comprenderán en seguida muchas cosas de lo que ocurre entre nosotros; y se sentirán maravillados de lo que ocurre en otros lugares. Y entonces se dirán: *“¡Vamos, que no sean capaces de comprender esto!”*

Pero antes quisiera añadir lo siguiente: estos conocimientos, camaradas, no son, naturalmente, de mi exclusiva propiedad, sino producto del pensamiento de innumerables personas. Es el resultado del pensamiento de muchos hombres inteligentes, de otros hombres que han seguido siendo fieles a sí mismos y que, digamos, han visto las cosas desde un punto de vista sensato y natural. O sea, que es el resultado de la experiencia. Mi mérito y el mérito del movimiento nacionalsocialista consiste en haber reunido y defendido estos pensamientos dentro del marco de un programa y haber impuesto su realización en el campo práctico. Ese es nuestro mérito. Ha transcurrido ya mucho tiempo desde la fecha en que tanto yo como mis colaboradores tuvimos conciencia de estos conocimientos. Ya en parte hubo, antes de la guerra, quien expuso sus ideas sobre el particular. Después, la guerra puso en sazón una gigantesca cantidad de experiencias prácticas, y la época de la postguerra hizo el resto en la demostración, a través de la realidad, diría yo, de la estupidez de muchas cosas que antes habían sido consideradas artículo de fe. Naturalmente, luego vinieron los estudios propios, las consideraciones. Tuve tiempo para estudiar, pues el gobierno de Baviera me encerró durante trece meses. Y no hace falta decir que durante esos trece meses he proseguido sin interrupción una cosa: pensar. Y así ha ido naciendo lentamente el

conocimiento que constituye el fundamento de nuestra entera actividad desde el año 1933.

Al hablar a ustedes de estos conocimientos, compatriotas, quisiera poner en la cabeza de todos un principio fundamental: la economía es sólo un medio para llegar al fin, es decir, que el hombre no vive para la economía, sino que es la economía la que está al servicio del hombre, facilitándole la vida, haciéndosela lo más agradable y cómoda posible. Eso significa que yo juzgo la economía desde el punto de vista del provecho que proporciona y no partiendo de una teoría. Así, pues, si alguien me dijera: *“Oiga, tengo una teoría económica maravillosa”*, yo le respondería al instante con esta pregunta: *“¿Qué provecho se le puede sacar? Eso es lo decisivo. La teoría no me interesa en modo alguno, me interesa únicamente el provecho, pues las personas no están al servicio de la economía, sino la economía al servicio de las personas. Y cuando una teoría económica no sirve para nada, no resulta práctica; entonces no me hable de ella en modo alguno, entonces no me diga nada, que no me interesa.”* Esto es lo primero y principal: la economía es un medio para conseguir un fin. Y el fin es la vida del ser humano.

Y si ahora avanzo un paso más en este campo, tengo entonces que preguntar, haciéndolo de una forma totalmente primitiva: ¿qué espera el hombre de la economía? Espera, primero, que le dé el pan de cada día. Me refiero únicamente ahora a lo más primitivo, ya verán ustedes más tarde por qué. Pero es que esto es lo primero, todas las teorías no sirven para nada cuando no hay qué comer. Por lo tanto, lo primero es comer. Y naturalmente, al hablar del pan de cada día nos referimos a la gran suma de artículos alimenticios necesarios para nutrir a la nación. Si acaso alguien me preguntara: *“Bueno, ¿hasta dónde abarca usted al decir el pan de cada día?”* A ese tendría que contestarle diciendo: *“¿Sabe usted? Al hablar del pan de cada día me interesa todo lo necesario para alimentar a la masa de un pueblo.”* Yo no puedo alimentar a la masa de un pueblo con caviar, ostras ni espárragos. Tengo que alimentar a una nación en masa, y sólo puedo alimentarla con productos que puedan ser obtenidos en masa también, pues si, por ejemplo, me sirvo para el caso de un pueblo como el alemán, entonces se trata de 68 millones de bocas que piden su alimento cada día. Y para la masa sólo entran en consideración los grandes artículos de consumo: pan, patatas, carne, grasas, etc. Eso es lo decisivo. Así, pues, lo primero que el ser humano espera de la economía es que ésta le haga posible la vida por medio de la alimentación.

Entonces avanzamos otro paso. Somos personas civilizadas y decimos, además, que también queremos ir vestidos. Todos quieren tener algún traje. Por lo tanto, lo segundo es vestirse. Ello es, por una parte, cosa de buen tono y, por otra, algo necesario entre nosotros para resistir durante el invierno. Y en este aspecto he de decir nuevamente que lo decisivo no es que haya quien se vista de seda, pues no hay gusanos de seda suficientes como para vestir de seda a todo el pueblo alemán, sino que de nuevo he de tener la masa en consideración. Y esta masa la forman los tejidos de algodón, de lana o cualquier otro material, y la forman las pieles empleadas en la fabricación de calzado. Ese es, pues, el problema con que se ha de enfrentar la economía.

Y ahora llego a otro campo fundamental, un tercer campo importantísimo: el de la vivienda. No es este capítulo un lujo entre nosotros, sino una necesidad impuesta por las condiciones climáticas. Necesitamos una vivienda. Así, pues, ésta es la base de la vida, quisiera decir, de la gran masa de una nación. Y esto es lo que me interesa en primer lugar, pues éstos son los problemas difíciles de resolver.

Créanme ustedes, compatriotas, si les digo que resulta fácil procurarse caviar en

Alemania para que lo coman 10.000, 20.000 ó 50.000 personas; no tiene gran importancia que 10.000 personas consuman caviar. Pero procurar patatas a 68 millones de personas, procurar grasa a 68 millones de personas, eso sí que son problemas, eso sí que le hace a uno andar preocupado. Permítanme que les ofrezca sólo un ejemplo: si alguna vez careciéramos de caviar, la cosa no tendría ninguna importancia; sería también totalmente indiferente que la cosecha de espárragos sea mala, o, por mí, que no haya alcachofas, que no puedan venir mandarinas o no lleguen limones; todo esto es secundario por completo. Pero si nuestra cosecha disminuye en un 10 %, ello significa aproximadamente 2,5 millones de toneladas en un consumo anual de 23 millones de toneladas por año, lo que se traduciría en que todo el pueblo alemán carecería de pan durante un mes entero. Y si nuestra cosecha se reduce en un 20 % serán dos meses los que estará sin pan el pueblo alemán. No hace falta decir que esto es aplicable igualmente a otros campos. Estas sí que son preocupaciones.

Al partir de estos grandes puntos de vista, los únicos que preocupan - todo lo demás es secundario y no tiene importancia alguna, ya diré más tarde la razón -, al partir de estos grandes puntos de vista tengo que llegar, sobre todo, a un conocimiento fundamental: que la economía de un pueblo, o sea la vida de un pueblo, no está condicionada generalmente en primer lugar por, digamos, teoría alguna, ni siquiera por una forma especial de llevar la economía, sino, ante todo, por el suelo en que se vive. Esto es, al parecer, una cosa completamente comprensible; pero por desgracia, han transcurrido muchos decenios sin que se la haya tenido en consideración. Y quienes menos la han tenido en consideración han sido los ideólogos marxistas. El suelo en donde se vive es quizá el más importante de todos los conocimientos fundamentales. Por ello quisiera detenerme un rato en el examen de este conocimiento fundamental y quisiera, con objeto de que todos ustedes, compatriotas, se dieran cuenta perfecta del problema, referirme a nuestra vida interior y mostrarles, a base de ejemplos internos nuestros, la importancia que el suelo tiene en sí para la vida de cada uno de los individuos que lo pueblan.

Ustedes saben que en nuestro propio pueblo y en nuestra propia patria hay comarcas de las que decimos que son ricas y que hay otras de las que decimos que son pobres. Eso significa, pues, que entre nosotros sabemos con toda exactitud qué suelo es aquel donde no crece nada. Y ello no es una teoría, sino que en seguida vemos cuan pobre es su población. Pero tenemos otros territorios sumamente fértiles, lo cual apreciamos en las personas que viven en ellos, pues viven de una forma completamente distinta. Sí, incluso lo apreciamos ya en su aspecto exterior: todos tienen aspecto de salud. Créanme ustedes que esto es aplicable exactamente a lo grande. Si yo diera a un pueblo un territorio de 1.000.000 de kilómetros cuadrados de desierto del Sahara y ese pueblo tuviera que vivir de los productos del suelo, se moriría de hambre; pero si a ese mismo pueblo le diera 1.000.000 de kilómetros cuadrados de, digamos, del delta del Mississippi, entonces ese pueblo - presuponiendo, claro está, que no hubiera inundaciones - viviría nadando en la abundancia, porque el suelo da la vida. Eso no tiene nada que ver con teorías, sino que es la *tierra eterna* de la que los hombres viven; esa es la base de la existencia.

Y voy ahora a avanzar un paso más. No es en modo alguno indiferente la extensión del suelo. Tenemos en Alemania comarcas donde sólo existen modestos campesinos que apenas pueden vivir del producto de sus cosechas, debido a la pequeñez de sus fincas. En otras comarcas tenemos campesinos bien situados, pues tienen terreno suficiente para alimentar a quienes lo poseen y cultivan. Y lo mismo sucede en la vida

de la nación. No es indiferente que en un pueblo haya veinte habitantes por kilómetro cuadrado, por ejemplo, o que haya cincuenta o cien o, como ocurre en Alemania, ciento treinta y seis. Piensen ustedes sólo en esto: si tenemos una mala cosecha, ello supone quizás un 10 % de merma. Al considerarlo, no deben ustedes olvidar que nosotros trabajamos el suelo como no lo hace ningún otro pueblo del mundo. Y ello es lógico, pues aquí viven por kilómetro cuadrado ciento treinta y seis personas, frente, por ejemplo, a las once de Rusia o a las nueve de América del Norte. Es completamente lógico que nosotros labremos el suelo hasta el máximo para, en fin de cuentas, sacar para vivir. Ahora bien, si, a pesar de nuestro cultivo, tenemos una merma de un 10 % en la cosecha, el resultado es una catástrofe. Ello significa esforzarse, romperse la cabeza tratando de ver la forma de conseguir divisas, es decir, considerando qué podemos exportar para importar con el producto de las exportaciones los alimentos que nos faltan. Y entonces hay que depender de los precios mundiales y de todos los posibles especuladores, etc. Y todo son preocupaciones y quebraderos de cabeza. Si tuviéramos simplemente un 10 % más de territorio, tales preocupaciones casi desaparecerían, y con un 20 % más, serían pequeñísimas. Supongamos ahora que sólo hubiera sesenta alemanes por kilómetro cuadrado. Entonces, considerando nuestra inteligencia y nuestra aplicación, este problema no volvería en definitiva a representar papel alguno.

Si ahora pasamos revista a los países del mundo, veremos, por ejemplo, que Rusia tiene por cabeza un terreno dieciocho veces mayor que Alemania. Inglaterra, con sus 47 millones de habitantes en la metrópoli, es dueña de casi la cuarta parte de la superficie terrestre. Bélgica, con una población de 8,5 millones de habitantes escasos, tiene un territorio colonial que llega casi a los 3.000.000 de kilómetros cuadrados, un territorio casi ocho veces mayor que Alemania entera. Y así sucede con la mayoría de los demás países, eso es lo que sucede con Francia, eso es lo que ocurre en América - a Rusia la he mencionado ya -, eso es lo que ocurre con los Estados más pequeños; todos estos Estados disponen de grandes territorios. Si, a pesar de ello, en todos estos países pasan actualmente estrecheces, hay que atribuirlo únicamente a la espantosa incapacidad de quienes gobiernan la economía de estas naciones. Si esa gente trabajara en la forma en que lo hacemos nosotros, no hace falta decir que no podrían en modo alguno consumir lo que produjeran.

Y así llego a la segunda consideración: si el suelo y la extensión del mismo tienen gran importancia, no la tiene menos lo que el suelo contiene, pues si no puedo sustituir 2.000.000 ó 3.000.000 de kilómetros cuadrados con una teoría, tampoco podré sustituir con una teoría las materias primas, los metales que ese terreno contiene, si no los hay en el suelo. Si un pueblo carece de tales materias primas, no puede haber entonces teoría alguna que las sustituya, por muy teoría económica que sea. Tienen que ser buscados otros remedios y, ciertamente, remedios prácticos para arreglar la situación.

Y con esto llego a una tercera y decisiva consideración, a saber: si por un lado veo que lo decisivo es el suelo, porque es del suelo de lo que se vive y no de las teorías, por otro lado lo decisivo es el trabajo, tanto el hecho con la cabeza como el hecho con las manos; pues si los alemanes no fuéramos de tal modo geniales en nuestro trabajo, y si el alemán mismo no fuera tan diligente, no podríamos en modo alguno vivir del producto de nuestro suelo. Pueden ustedes imaginarse esto: cada persona dispone en Rusia de un terreno dieciocho veces mayor que cada uno de nosotros en Alemania. En los últimos dieciocho años han muerto de hambre en Rusia casi 26 millones de personas. Si nosotros, que disponemos de un terreno dieciocho veces menor, no fuéramos - tengo que decirlo - mil veces más listos, más inteligentes, y si - también tengo que decirlo - no

fuéramos más enérgicos en nuestro trabajo, no podríamos, con el terreno que tenemos, alimentar siquiera a 10 millones de personas, por no hablar ya de 68 millones.

Así, pues, tenemos en segundo lugar el problema del trabajo, un problema tanto de inteligencia como de rendimiento. Inteligencia significa habilidad para afrontar los problemas. Por ejemplo, ¿por qué produce nuestro suelo tanto y tanto? Pues porque hemos introducido en Alemania el uso de los abonos artificiales. Sí, ¿pero por qué hemos introducido el uso de los abonos artificiales? Pues porque personas de gran inteligencia han tenido esa idea. Esto significa un tremendo trabajo científico. ¿Y cómo es que nosotros lo abonamos todo con abonos artificiales? Pues porque el alemán, por otra parte, es diligente para hacerlo; porque cada trocito de terreno es cultivado de alguna forma; porque trabajamos sin descanso; porque continuamente estamos reflexionando y estudiando, etc.; están siendo hallados sin cesar métodos nuevos y se experimenta sin descanso para mejorarlo todo. A este trabajo del cerebro por un lado y de las manos por otro, es al que, en definitiva, hemos de agradecer que podamos vivir en nuestro suelo, no a una teoría. Las teorías serían inútiles. Si hoy cediera en nosotros la inteligencia o las ganas de trabajar, entonces sería nuestro final, bien sabe Dios que entonces podrían venir con las teorías que quisieran. Ya hemos experimentado un proceso semejante.

Por ello, lo segundo en importancia que hay que reconocer es: al lado del suelo, el trabajo en sí, el rendimiento del trabajo. Este rendimiento es quizá en nuestro pueblo - eso los alemanes lo podemos decir con seguridad - el máximo, el más intensivo; y ésta es únicamente la razón, a fin de cuentas, que nos permite alimentar, vestir y dar una vivienda a 68 millones de personas dentro de un espacio tan limitado, y vestirles mejor, darles una mejor vivienda y alimentarles mejor de lo que se visten, viven y alimentan otros que tienen una superficie diez, doce, quince o dieciocho veces más grande. Y, fíjense ustedes, me dicen con mucha frecuencia: *“¡Bah! ¡Eso de la Fuerza por la Alegría lo hace usted únicamente para que la gente esté contenta!”* Pues bien, tienen algo de razón también. ¿Saben ustedes lo que considero más importante? Que nuestros trabajadores vean el mundo. Que vean el mundo de los demás y puedan así tener una pauta; que vean cómo viven los otros, cómo está su propio pueblo y cómo le va a los demás. Para mí no hay mejor cosa que ver a los obreros alemanes saliendo a millones al extranjero. Así ven el mundo de los demás y después, al regresar, se darán cuenta de lo que nosotros rendimos y en qué circunstancias se rinde; de lo fácil que sería para los demás, que tienen de todo y, sin embargo, no son capaces de progresar en comparación con nosotros, que tenemos que rompernos la cabeza para obtener todo lo que es necesario para vivir.

Como antes he dicho, las preocupaciones no estriban en absoluto en ver la forma de procurar satisfacer a esos 10.000 de arriba; eso no tiene importancia alguna. Vean ustedes, voy a citarles sólo un ejemplo: si tomo uno de los artículos de gran consumo de un pueblo, veremos una cosa curiosa y es, precisamente, que este artículo y otros como él no pueden ser aumentados en sí en modo alguno. Eso significa, por consiguiente, que si una persona come diariamente setecientos gramos de pan, pongamos por ejemplo, yo podría decir: *“Bueno, come setecientos gramos de pan porque gana tan sólo tanto y cuanto.”* Pero supongamos que al lado de esta persona hay otra que gana el doble. ¿Creen ustedes que esta persona, por esta sola razón, puede comer un kilo cuatrocientos gramos de pan al día? Y ahora supongamos que se trata de un millonario. ¿Creen ustedes que un millonario puede comer diez kilos de pan diarios? No puede, por muy avaricioso y muy comilón que pudiera ser. Y eso es lo decisivo: la

capacidad adquisitiva no juega en general papel alguno en los artículos de gran consumo. Ustedes se dirán: *“Bueno, a lo mejor yo me tomo medio litro de leche o un cuarto de litro, mientras el otro quizá se tome dos litros.”* Eso no significa nada, pues incluso aunque tuviéramos en Alemania 4.000 millonarios, ello se traduciría en cuatro mil litros, lo cual no significa nada, absolutamente nada, no desempeña, en definitiva, papel alguno. Por otra parte, este hombre no se tomará todos los días sus tres, cuatro o cinco litros, si además ha de comer todos los días un par de kilos de pan y - si una persona normal come, supongo, quizás ciento cincuenta o doscientos gramos de carne al día - dos, tres o diez kilos de carne. ¿Saben ustedes? En los artículos de gran consumo *eso no juega, en definitiva, papel alguno*. Esto es cosa de campos completamente distintos, del campo, digamos, de pianos o de cuadros; y todos tenemos el convencimiento de que no podemos producirlos en masa así como así, que lo único que podremos hacer poco a poco es facilitar su posesión a sectores más amplios, quizá dando ciertos rodeos. Pero, en lo esencial, los artículos de gran consumo, los de primera necesidad para la vida diaria no juegan papel alguno en la relación de capacidades adquisitivas.

Vayamos a otro capítulo: desde hace unos cinco años estamos extrayendo alrededor de 30 millones de toneladas de carbón más por año. Créanme ustedes: estos 30 millones de toneladas no pueden ser consumidas por nuestros millonarios, pues incluso un millonario no puede poner sus habitaciones a una temperatura de 3.000 ó 4.000 grados. Eso no juega papel alguno. No, esto va a otro sitio; sólo la Obra de Auxilio de Invierno se lleva toneladas y toneladas. Son más de 60 millones de quintales los que la Obra de Auxilio de Invierno suministra. Y los suministra de manera que llegue a millones de hogares.

También tiene aplicación lo dicho en el campo de las ropas. Por mí, un hombre puede tener dos o tres trajes y decir: *“Sí, pero ese tiene cinco o seis.”* Bueno, pues aunque tenga diez. Se trata de pocos hombres. Y aunque tenga veinte tampoco juega papel alguno en absoluto. En primer lugar, tiene que desprenderse de ellos también, pues no puede estar comprándose ininterrumpidamente veinte trajes cada año, pues de lo contrario al cabo de poco tiempo necesitaría un palacio para guardar sólo los trajes. Así que, de todos modos, los ha de volver a dejar. Por otra parte, tampoco puede llevar puestos cinco trajes a la vez, sino que únicamente podrá llevar uno. Esto no juega papel alguno en los artículos de consumo de un pueblo, y únicamente son estos artículos de consumo los que producen quebraderos de cabeza, los que causan mayores dificultades. Pan, carne, leche, patatas, carbón, leña, vestido, etc., esas son las cosas que tienen importancia pues afectan a la gran masa de la nación. Y estos artículos de gran consumo no son un regalo del Señor, sino que hemos de obtenerlos a base de trabajo. Para que todos y cada uno tengamos ese pedazo diario de pan, millones de campesinos alemanes han de estar todos los días trabajando sin cesar. E, inversamente, para que los otros consigan su carbón, cientos de miles de mineros tienen que trabajar todos los días extrayéndolo. Y para que los demás puedan obtener ropas, millones de personas tienen que estar cada día trabajando en la industria del vestido, etc.

Y así llegamos ahora a un conocimiento económico fundamental, muy simple, pero nacionalsocialista, a saber: el consumo de un pueblo se encuentra directamente relacionado con la producción. Eso se traduce en que, si yo deseo que el individuo consuma más en un campo, los demás habrán de producir más en este campo; eso es lo decisivo. No puede haber un aumento de consumo de carne, o, por ejemplo, de carbón, o de pan, o de prendas de vestir, si, por su parte, estos campos no aumentan

respectivamente la producción. Y con ello - también de acuerdo con nuestra experiencia nacionalsocialista de la economía -, el dinero es tan sólo un elemento regulador entre el consumo y la producción, o, mejor dicho, primero la producción y luego el consumo. Dicho aún de otra forma, el dinero en sí *no juega en definitiva papel alguno*. El dinero es papel y puedo imprimir tanto como quiera. Lo decisivo es: ¿qué puedo obtener a cambio de ese dinero? Pues únicamente lo que ha sido producido para la venta; o sea, que el campesino, cuando vende sus productos y obtiene dinero por ellos, el dinero tiene para él un valor en la medida en que pueda comprar a su vez los productos fabricados por la industria. Y el obrero de la ciudad vende su trabajo por dinero; pero este dinero sólo tiene valor para él en cuanto le permite a su vez adquirir productos, artículos de consumo y, sobre todo, productos alimenticios.

Por consiguiente, uno de los primeros fundamentos de la dirección económica nacionalsocialista es que el salario ha de ser considerado siempre desde el punto de vista de su relación con la producción. Ello significa que el aumento de los salarios sólo tiene sentido cuando al mismo tiempo hay un aumento de la producción. Si aumentamos los salarios sin aumentar la producción, eso quiere decir que el trabajador recibe un papel con el que no puede adquirir ningún artículo. Eso es lo que está ocurriendo actualmente en todo el mundo, esa es la mayor estafa que existe. Naturalmente, la estafa tiene un fin, precisamente buscado por los organizadores de la estafa, pues al aumentar los salarios sin que aumente la producción desvalorizan los productos, pues la producción tiene sólo un valor intrínseco. Y, como es lógico, desvalorizan al mismo tiempo el dinero, pues el trabajador no puede adquirir nada con el dinero que recibe a cambio de su trabajo. Así, pues, el dinero pierde valor, y entonces esta banda internacional de especuladores puede comprar por cuatro cuartos el rendimiento de la producción. Lo que nosotros hemos vivido en Alemania en la época de la inflación está siendo casi de actualidad en el mundo entero, y quizá el caso más clásico sea Francia. Y, utilizando este ejemplo, voy a mostrar a ustedes la total insensatez de esta orientación económica. O digamos mejor: teoría económica.

Hace unos nueve meses, se procedió en Francia a elevar los salarios con carácter general en un 15 %. Esta elevación de salarios habría tenido sentido si, por el otro lado, se hubiera producido un aumento del 15 % también en la producción, pues por cada 15 % más de salario se habría adquirido un 15 % más de artículos de consumo. Pero, en lugar de ello, la producción se ha visto disminuida en un 25 % aproximadamente, debido, precisamente, al menor rendimiento, reducción de la jornada laboral, etc. ¿Cuáles son las consecuencias? Las consecuencias han sido que el salario ascendente ha dejado de estar en relación con una producción cada vez menor, por lo que, si por una parte se ganaba más dinero, por otra el dinero carecía de poder adquisitivo. Y el resultado ha sido la devaluación del dinero, o sea la elevación de los precios. Pues cuanto menor es el valor del dinero, calculo en ello que he de gastar tanto más para comprar algo. En otras palabras: el obrero francés recibe un 15 % más de salario, 15 % que tiene que aplicar a igualmente el mismo porcentaje de aumento de los precios, al cual ha de sumar un 25 % de reducción en la producción, lo que significa en total de un 40 a un 44 % de aumento de los precios. Dicho de otra forma, con su dinero obtiene menos, aproximadamente, en la misma medida que se reduce la producción.

Para nivelar este desequilibrio, se ha procedido hace medio año a la llamada devaluación. No necesito explicarles esto detalladamente, compatriotas, pues se trata de un proceso a menudo complicado. Lo que se persigue únicamente con la devaluación es adaptar en el exterior el valor de la moneda al menor poder adquisitivo que tiene en el

interior. Y el menor poder adquisitivo de la moneda en el interior viene a estar, a su vez, condicionado por la elevación de precios, de un lado, y la desvalorización del dinero, inherente a lo anterior, por otro. Cuando llegó este momento, hubo también entre nosotros personas que preguntaron: “*Bueno, ¿no tendría usted que devaluar también?*” Me eché a reír. ¿Devaluar nosotros? ¿Y por qué? Los franceses, con esta medida, esperaban estar a los tres meses en disposición de competir de nuevo en los mercados mundiales. Pero yo dije en aquella ocasión: “*No sólo no estarán dentro de tres meses en disposición de competir, sino que su capacidad competitiva será menor todavía.*” Y esto es una cosa evidente: el franco no tiene ya valor ni en su propia tierra, y los franceses tienen una nueva devaluación en puertas. Esto no lo haremos nosotros. Que los demás devalúen todo lo que quieran; nosotros nos regimos por otro principio totalmente distinto. Y este principio nuestro es: aumento de los ingresos de nuestro pueblo paralelamente a la producción total de nuestro pueblo.

Quisiera aclararles esto a base de unos sencillos ejemplos. Si por un lado aumento los salarios de toda la nación, por el otro tengo que aumentar, paralelamente, los artículos de que antes he hablado, los que entran sobre todo en consideración para la masa de la nación. Pues, al aumentar los salarios, un trabajador no podrá comprarse tampoco un piano o un Tiziano o cualquier otro objeto por el estilo, o una pintura valiosa, sino que comprará ante todo los productos necesarios para su sustento. Por tanto, si les entrego más dinero, tengo que entregárselo para que puedan comprar más cosas, lo cual implica, por otro lado, la necesidad de que hayamos producido más. Dicho en otras palabras: si le doy más dinero, tengo, por lo tanto, que producir más carbón; si le doy más dinero, tengo que producir más alimentos; si le entrego más dinero, tengo que producir también más vestidos, más viviendas, etc.; más alimentos y más artículos de consumo. Solo entonces tendrá sentido. De no hacerlo así, el dinero que le entregue será una mentira. Eso es muy fácil de hacer; lo único que necesito es dar una orden a una fábrica de papel: suministren más papel al *Reichsbank* y dar a este banco una segunda orden, impriman ustedes más billetes. Y dar a los centros de trabajo la tercera: paguen ustedes más. Y todos tendrán su papelucho; pero ninguno obtendrá nada con ellos, debido a que la producción no ha aumentado.

Por consiguiente, este conocimiento significa en nuestro caso, por sistema: aumento de salarios, aumento de producción. No puedo dejar que ambos procesos discurren independientemente. Toda elevación en uno de ambos campos lleva anexa una elevación en el otro; de lo contrario todo será una estafa, sólo eso. Ahora se me preguntará: “*Bueno, pero ¿es que existe tal aumento realmente?*” ¡Claro que sí, naturalmente! ¿Y con qué medios se logra este aumento de la producción? Yo diría entonces: primero por la mejor aplicación de nuestra capacidad de trabajo, por la utilización adicional de la capacidad de trabajo, por los nuevos métodos de aprovechamiento de esta capacidad de trabajo en relación con el aumento de la producción; pero, sobre todo, por tener en cuenta todo lo que la experiencia humana aconseja resultar beneficioso en la mejora de la producción en sí. Por ejemplo, yo digo a la industria alemana: “*Tenéis que hacer esto y lo otro y lo de más allá*”, pensando en la realización del Plan Cuatrienal. Si la industria alemana me contestara: “*No podemos hacerlo*”, entonces le diría yo: “*Bien, pues entonces me haré cargo personalmente de ello, porque esto hay que hacerlo.*” Pero si la economía alemana me responde: “*Lo haremos*”, entonces me alegra mucho no tener que hacerme cargo personalmente de ello.

¿Y por qué, compatriotas? Vean ustedes: se habla mucho de economía privada y de

economía colectiva, de economía socializada y de economía basada en la propiedad privada. Créanme ustedes que lo decisivo aquí no es la teoría, sino el rendimiento de la economía. Si nosotros hiciéramos lo que en Rusia, o sea explotar el suelo a través de la dirección del Estado, probablemente nos ocurriría lo que en Rusia: que el rendimiento alcanzaría un 10 o un 15 % del que tenemos en la actualidad, y que nos moriríamos de hambre. Y si ustedes me preguntan: pero ¿por qué tiene que ser así?, yo les contestaría diciendo: *“Porque todo esto tendría que hacerlo con funcionarios. Y si tengo que poner un funcionario al frente de toda finca campesina, pueden ustedes estar seguros de que la nación alemana entera se hundiría en muy poco tiempo.”* Tengo alguna experiencia en este terreno, sé qué se puede hacer con funcionarios y qué no se puede hacer con ellos. El funcionario, ¿saben ustedes?, no vive como un aldeano. El campesino se levanta a las tres o las cuatro de la mañana en verano y trabaja sin interrupción. El funcionario se levanta a las siete, sale a las ocho y termina a las doce, vuelve a salir a las dos y termina de nuevo a las seis. Y además, el funcionario se gana su posición con los años. Así, pues, cuando tengo un alto funcionario, en general es que ha llegado a tal sitio por medio de ascensos, o sea que la categoría la ha logrado con el paso de los años.

Todo esto es completamente distinto en la economía: cuando uno no puede salir adelante, entonces se va al fondo y los demás no se preocupan en absoluto de él. La economía es brutal. Se ve al que ha conseguido llegar a algún sitio, pero nadie ve a los miles de hombres que se han hundido. Y el interés del pueblo exige que su economía sea dirigida por cerebros competentes y no por funcionarios. Pueden ustedes tener la seguridad de que la economía alemana iría a la catástrofe si estuviera dirigida por la burocracia. ¡No tendríamos una décima parte de la producción con que contamos actualmente! Claro que existen campos de los que se puede afirmar que están maduros para la socialización, campos en los que sé que no puedo usar para nada la competencia comercial, campos en los que ya ha pasado en general el tiempo de las invenciones y donde, sobre todo, se ha ido formando, poco a poco, al correr de los años, una burocracia celosa de su deber. Y donde, sobre todo, no hay competencia alguna, como, por ejemplo, en las comunicaciones, etc.

Pero por encima de todo hay en este campo un axioma, a saber: que lo que haya de ser inventado y donde haya que ser inventado no será jamás cosa de los funcionarios, pueden tener ustedes el convencimiento absoluto de ello. Por sistema, los funcionarios no están destinados por la naturaleza a realizar invención alguna; no saben ni pueden. Pero ¿por qué tienen los funcionarios que realizar inventos? Eso compete a los demás... Si hoy visito una fábrica, veo humildes obreros junto al torno, junto a la fresa; ellos pueden terminar inventando algo. ¡Y cuán grande ha sido el número de inventores que así han surgido, cuán grande el número de personas que han ido subiendo poco a poco hasta alcanzar una posición privilegiada! Ahora se me puede preguntar: *“Pero, ¿y si más tarde no sirven para nada?”* Pues en tal caso, que se hundan.

Y vean ustedes, voy a examinar de nuevo las cosas desde otro punto de vista. Cuando, en el año 1933, llegamos al poder, el gobierno que nos había precedido, el gobierno de Franz von Papen, había implantado un sistema de subvención a las empresas, o sea, que cada empresario recibía 400 marcos por cada obrero que empleaba. Como quiera que tales asuntos necesitan un cierto tiempo de permanencia en el parlamento antes de llegar a vías de hecho, y dado que siempre son conocidos antes de tiempo, resultó que tuvimos una innumerable cantidad de astutos empresarios que despidieron primero a sus trabajadores para readmitirlos posteriormente, lo que se tradujo en una ganancia de

400 marcos por cada obrero. Yo consideré *idiota* tal forma de llevar la economía y suspendí en seguida la disposición. Seguí el camino opuesto y ordené pedidos. Entonces me dijeron: “*Bueno, pero dése usted cuenta: si usted no hace esto, ¿cómo pretende que los directores de nuestra economía, cómo pretende que tal y tal fábrica respondan?*” Y dije a los caballeros: “*¿Qué? ¿Que no pueden responder? Mire usted: cuando alguien recibe un pedido y no puede cumplirlo, pues entonces que se hunda, le estará muy bien empleado; ya habrá otro que lo haga. Yo no estoy aquí para facilitar subvenciones estatales a economistas incapaces. Yo hago pedidos y me es indiferente quien los cumpla. Si usted me dice que se hundirán mil porque no le subvenciono a usted, húdase usted.*” Así es como tiene que ser. Los inútiles y los incompetentes tienen que irse al fondo. También se hunde un obrero cuando no rinde. Y si los economistas no saben actuar, pues que se hundan. Tal es la férrea ley de la economía (aplausos)

Sí, son muchos los que se han ido al fondo, aunque otros no. Pero, en cualquier caso, la producción ha aumentado enormemente. Si esto lo hubiera hecho con intervención de los funcionarios, créanme ustedes - tienen ustedes que creerme de verdad, pues tengo experiencia en este sentido -, créanme ustedes que toda Alemania sería hoy un ministerio único (risas) Tendría millones de funcionarios, pero probablemente andarían escasos de ideas. Sin embargo, tampoco se puede recriminar a este respecto. El hombre tiene que acreditar lo que vale, tiene que haber aprendido esto, tiene que demostrar su capacidad. Y cuando consigue algo, entonces habrá también de obtener la recompensa por lo conseguido. ¿Por qué no voy a dar más a un inventor, siendo así que la nación entera vive de él? Piensen ustedes en el hombre que ha inventado para nosotros el caucho sintético. Economiza a nuestro pueblo más de 130.000.000 de marcos anuales que tendríamos que dar al extranjero; ahora los alemanes lo producen en el interior. ¿Qué importancia puede tener que yo a ese hombre...! Por mí, puedo darle lo que... Si alguien me dijera: “*Sí, pero es que come más patatas que nosotros.*” Pues dejadle que se hinche de comer. ¿Qué importancia puede tener, qué significa tal cosa en definitiva? (aplausos) Y por mí, si se construye una casa, eso tampoco le importa nada a nadie, pues considerado en relación con la gran masa no juega papel alguno. Al contrario, éstos son los pioneros de la cultura humana, y a lo que tendemos es a que los demás vayan poco a poco alcanzando un nivel más elevado de vida. Pero esto no se consigue por medio de teorías, sino a través de una mejora continua de la producción, a través de un aumento continuo del rendimiento en todos los campos, para que así participen todos de los beneficios obtenidos.

Lo que nosotros necesitamos son inventores, son constructores, son organizadores; pero ningún funcionario. Una economía socializada pierde toda capacidad de moverse elásticamente; se vuelve perezosa y acaba por sucumbir. Es una ley inevitable. Y precisamente mi punto de vista es el de no permitir que la economía se hunda, sino que se hunda únicamente el que no sirva para nada. Desde luego, en ese aspecto no tengo compasión alguna, en ese sentido soy implacable. “*Bueno - me digo -, si usted no es capaz de hacerlo, no soy yo precisamente quien le pueda ayudar. Usted no tiene en absoluto por qué dirigir unas hilaturas, o unas minas, o poseer una fábrica. ¿Por qué? Eso puede hacerlo otro. Si usted no es capaz de salir adelante, si usted no es lo bastante hábil, si usted no es capaz de encontrar pedidos, si usted no encuentra salida para sus artículos de exportación, entonces, bueno, ¡entonces húdase! Los obreros de usted encontrarán trabajo en cualquier otra empresa dirigida por gente más capaz, que sabrá salir adelante. Yo no puedo ayudarle.*” También tendré que decir al individuo en cuestión: “*Le doy a usted la ocasión, le facilito posibilidades de obtener beneficios,*

bien lo sabe Dios; pero tiene usted que dar algún rendimiento. Si usted no puede dar ningún rendimiento, bueno, pues no puedo remediarlo, no lo necesito. Es exactamente lo mismo que hace usted con sus obreros: si uno no rinde, pues entonces tampoco lo necesita usted.” Esta es una ley de la economía y una ley muy sana, pues de esta forma logramos una continua mejora de la selección y alcanzamos un aumento de nuestra producción, como es hoy realmente el caso de Alemania. Por ello quisiera decir lo siguiente: el rendimiento y el salario que se paga por tal rendimiento redundan siempre, al fin y al cabo, en beneficio de la comunidad. Y solamente en esto se puede fundamentar una orientación económica lógica; todo lo demás es teoría, fraseología y ridiculeces. Otros han trabajado antes de nosotros con teorías; de eso ya tenemos experiencia.

Al decirles esto y al hablarles de estos conocimientos, puedo afirmar que, en la Historia Mundial, soy uno de esos hombres que han tenido la posibilidad - todos no la tienen - de poder probar históricamente los conocimientos y las ideas en gran medida. Y ello lo estoy probando desde hace cuatro años y medio. Cuando en 1933 llegamos al poder, encontramos a Alemania en una situación que bosquejaré a grandes rasgos. Se acababa de emprender en Alemania el camino de la inflación, es decir, se aumentaban sin cesar los salarios mientras la producción seguía estacionaria. La consecuencia era la desvalorización del dinero: ustedes saben que, en definitiva, la hora de trabajo llegó a pagarse a un millón, luego incluso a un billón, y yo no sé a qué monstruosas cantidades de dinero; pero no se podía comprar nada con él. Entonces se emprendió el camino opuesto, o sea el de la deflación, es decir, empezaron las escaseces por todos lados; pero también fue un fracaso al no ser posible aumentar la producción; pues el aumento de la producción es siempre el punto de partida. Así, pues, la situación de Alemania en el año 1933, o digamos mejor en el año 1932, era la siguiente: salarios muy bajos, muchísima jornada reducida, una producción muy pequeña y 7 millones de desempleados. Estos 7 millones de desempleados recibían un promedio de 40 marcos mensuales por desempleo, en concepto de subsidio, a todo lo largo y ancho del *Reich*. Ello significa, por consiguiente, que podíamos bastarnos con nuestra reducida producción, debido a la falta de poder adquisitivo del pueblo. En primer lugar, había 7 millones de alemanes adultos, o sea, unas 20 millones de personas si calculamos también los familiares, que tenían unos ingresos de 40 o 45 marcos al mes, es decir, una capacidad adquisitiva pequeñísima. A continuación venían los trabajadores de jornada reducida, también con un poder adquisitivo muy pequeño. Y luego el resto de la masa de la población, también con salarios muy bajos. Dispongo de datos estadísticos. Y ellos me permiten demostrar, por ejemplo, que la fábrica Krupp tenía en 1932, antes de nuestra llegada al poder una plantilla de 13.000 hombres con un salario medio mensual de 111 marcos. Hoy tiene una plantilla de 63.000 hombres sólo en Essen. Y los ingresos medios por cabeza son de 187 marcos mensuales.

Como acabo de decir, en aquella época la producción era suficiente debido al pequeñísimo poder adquisitivo. Pero la consecuencia lógica fue que nuestro pueblo iba careciendo poco a poco de la alimentación adecuada. Así cuando llegamos al poder, en extensas comarcas de Turingia había niños de tres y cuatro años que aún no habían echado los dientes, debido a que estaban subalimentados; unas comarcas donde reinaba la miseria. También fue decayendo a ojos vistas la población de Baviera, del bosque de Baviera, etc.; luego, Silesia y toda la cuenca del Ruhr. Ustedes lo saben perfectamente bien. Unas cifras gigantescas de desempleados por todas partes, ningún poder adquisitivo por un lado y una producción muy reducida por el otro.

¿Cuál había de ser nuestra primera tarea? La primera tarea consistía, como dije entonces, en incorporar a estos 7 millones de desempleados al proceso de trabajo, lo que significaba, en realidad, dar a cada obrero 90, 100, ó 120 marcos en lugar de los 45 que habían estado recibiendo por cabeza; dar 160 marcos a los capataces, y 200 ó 250 a los maestros de taller, etc. Pero esto sólo podía tener aplicación cuando, como contrapartida, la producción aumentara inmediatamente de una manera extraordinaria, pues de lo contrario, la gente tendría dinero, pero no podría comprar nada. Y ello significa la desvalorización del dinero y el aumento del precio de los artículos. Es un fenómeno que se regula automáticamente. Así, pues, el siguiente paso consistía, obligadamente, en procurar rápidamente el aumento de la producción con todos los medios a nuestro alcance.

Esta política ha conducido por fin a la situación actual: el número de desempleados es hoy inferior al de tiempos de paz; en la paz, teníamos un promedio anual de 800.000 desempleados. El número de desempleados en el mes actual se encuentra ya prácticamente por debajo de esta cifra. Segundo: los ingresos por salarios han aumentado en más de 12.000.000.000 o 13.000.000.000 de marcos. En su virtud, hemos aumentado la producción de estos valores, pues durante este tiempo se ha mantenido casi estacionario el índice total de nuestra evolución de precios, excepción hecha de un par de sectores de productos agrícolas, cuyos precios no han podido ser mantenidos, pues ello habría significado la ruina de todo el campesinado alemán. Los precios han vuelto a bajar en otros muchos sectores, por lo que de hecho... Sólo necesitan considerar, por ejemplo, los precios del pan, que han permanecido prácticamente invariables, mientras que en otros países han sufrido aumentos del 40, 60, 100 y 120 %. Esto es cosa que la estábamos viendo. Por ejemplo. A nuestros obreros de París, los que trabajan en la Exposición Internacional, ha habido que enviarles casi todos los meses un suplemento, debido a la enorme elevación experimentada allí por los precios, que en parte alcanza mensualmente hasta el 70 % en muchos productos. Y, ciertamente, en artículos de primera necesidad, pues me estoy refiriendo al pan, no a artículos de lujo.

Naturalmente, todo esto no ha sido tan fácil de hacer como decir en estos momentos. Naturalmente, hay también entre nosotros muchos hombres de bien que - creo - dicen “¡Viva!” cuando paso por delante de ellos; pero acto seguido se preguntan: “Señor, ¿no podría emplear esto para hacer un poco más de negocio, para obtener más beneficios, etc.?” Para tales románticos tenemos los comisarios de precios. Y procedemos de acuerdo con las necesidades. Y cuando las cosas se ponen mal, nosotros también procedemos con la máxima dureza: para eso hemos creado los campos de concentración. A este respecto, no puedo andar con tribunales judiciales ordinarios. Con los tribunales, ¿saben ustedes?, estas cosas duran meses y meses; no puede ser. Si, por ejemplo, uno aumenta de la noche a la mañana el precio de los hilos, entonces tengo que decirle: “Pero oiga, ¿cómo se le ha ocurrido? ¿A qué se debe eso?” Y él me dirá: “Hombre, es que he oído que la falta de hilos...” “Bueno - le replicaré -, ¿y cómo se le ha ocurrido la idea de aumentar el precio?” Entonces no tengo más remedio que actuar brutalmente. Habrá otro que, al oír que se habla de una posible escasez de harina, diga: “Aumentaré en seguida el precio de la sémola.” Entonces tengo que decir: “¿Cómo se le ha ocurrido? ¿Qué justificación tiene usted para aumentar los precios?” Como he dicho, tengo, naturalmente, que intervenir siempre con dureza. Es lógico que esto moleste a muchos, pero es precisamente lo que se debe hacer.

En líneas generales, hemos mantenido esta política, y conseguido, realmente, incorporar más de 6 millones de personas al proceso de la producción, con lo que, al mismo tiempo, hemos puesto a disposición de esos 6 millones de seres humanos una producción paralelamente aumentada. Hemos incrementado los ingresos de nuestro pueblo en más de 13.000.000.000 de marcos, y todo el mundo puede adquirir cosas con el dinero que recibe. No hay escaparates vacíos.

Cierto que, naturalmente, el aumento de la producción no es posible en todos los sectores. Y con ello llego al punto decisivo, a lo que hoy deseaba tratar: yo puedo aumentar de pleno la producción de, digamos, bueno, de bombillas, o la producción de receptores de radio, o la producción de un número incontable de artículos. Pero existe un campo donde el aumento de la producción apenas es ya posible, por mucho que hagamos; y este campo es el de suministro de víveres. Yo no puedo agrandar la extensión de las superficies de cultivo de cereales. De todos modos, en la actualidad producimos ya tres o cuatro veces más por hectárea que otras naciones. Pero todo tiene un límite. Ciertamente estamos haciendo siempre nuevos experimentos, que tenemos calidades magníficas, que fabricamos nuevos y nuevos productos para abonar la tierra; pero hay un momento en que se llega al límite. Ustedes saben muy bien que hemos bajado el precio de los abonos, y si hay gente que se resiste a emplearlos, pues entonces les obligamos a que los empleen y se los enviamos, cargándoselos en cuenta, como es lógico. Y esta gente tiene que esparcir los abonos para que también aumente la producción en este sector. Pero no nos engañemos: también esto tiene un límite, pues la superficie de las tierras no aumenta. Tampoco puedo hacer que aumente la superficie dedicada al cultivo de las patatas, ni hacer más grande la superficie dedicada al trigo, pues si aumento la superficie en algún lado tengo que reducirla en otro, pues no es que dispongamos de espacio alguno vacío. En otras palabras: aquí hay un límite.

Y en esto se centra, al fin y al cabo el Plan Cuatrienal. El pasado año, aquí, en la montaña, reflexioné sobre todos estos problemas y he adoptado esta grave decisión. Por eso he venido a la montaña. No he venido para estarme de brazos cruzados, sino que he venido a pensar. Habrán de saber ustedes que también se necesita tiempo para pensar, y en Berlín no se puede pensar tan bien como aquí, pues el teléfono está sonando sin parar y siempre está acudiendo gente; el uno quiere esto, el otro quiere lo de más allá, etc. Un ajetreo que comienza a primera hora y acaba al llegar la noche. Y así no hay manera de pensar. Pero como el pensar es también importante, pues entonces me retiro a esta montaña. Y me siento feliz cuando dispongo de un poco de paz para reflexionar sobre los problemas. El pasado año estuve reflexionando sobre este problema y llegué a la conclusión siguiente:

Primero: en algunos sectores, puedo elevar la producción indefinidamente; en otros, este aumento puede ser sólo muy reducido. Por consiguiente, he de ver la forma de emplear las divisas que obtengo, o sea la contrapartida por los productos que exporto al extranjero, en la compra de artículos cuya producción no puedo aumentar en Alemania, artículos que son alimentos en su mayoría. Por consiguiente, he de producir todas las cosas que sean factibles de ser producidas en Alemania. Además, me dije que éste es el mejor medio que puedo emplear para trasladar a un sector de producción sólido y estable las masas humanas que vayan quedando sin ocupación en el campo de la producción de armamentos. Y así, durante el pasado año, aquí en la montaña, concebí el proyecto de crear en cuatro años una base totalmente nueva para la economía alemana, al hacerla, en primer lugar, independiente de todos los productos que nosotros podamos lograr de algún modo; y en segundo lugar, al ponerle así en la mano los medios con que

comprar más fácilmente lo que nosotros no podemos producir.

¿Cuál es ahora el sentido de toda esta actividad? Poco más o menos el siguiente. Me dije: *“Estamos importando gasolina y aceites, es decir, aceites para motores, etc., aceites pesados, aceites lubricantes, etc., por un valor de más de 400.000.000 de marcos anuales.”* Así que entonces pensé: “Impondré a la economía alemana la tarea de ahorrar estos 400.000.000 en el transcurso de cuatro años. Tendremos que conseguirlo; y, ciertamente, partiendo de nuestro carbón. Tengo todavía en la cuenca del Ruhr a 100.000 hombres desocupados. El carbón es inagotable, y la capacidad existe. Daré ocupación a estos 100.000 obreros, y transformaremos este carbón en aceites lubricantes, en grasas lubricantes, en todos nuestros aceites en bruto, en nuestro gasoil, en nuestra bencina. ¡Una gran tarea! Ello significa el ahorro de 400.000.000 en divisas, y podremos emplear estos 400.000.000 millones en comprar otros artículos para nuestro pueblo.

Segundo: actualmente estamos invirtiendo 130.000.000 de marcos en la compra del caucho, cantidad que aumentará en poco tiempo a 150.000.000 ó 200.000.000 de marcos. Hablando con propiedad, quisiera decir que los inventores alemanes habían dado ya con el truco al finalizar la guerra. ¿Saben ustedes? Parece una cosa muy sencilla cuando se dice: *“¡Caucho, nada más sencillo! Toma usted carbón y toma usted cal y ya tiene caucho.”* Eso es muy fácil de decir. ¡Pero qué trabajo, qué esfuerzo científico y qué dedicación intelectual exige esta obra genial, lo más genial que los hombres han logrado jamás en este campo! Y yo he dado ahora la orden de que se produzca en Alemania todo el caucho que necesitamos. Leerán ustedes estos días, habrán leído hace un par de días, que en Trípoli, por ejemplo, hemos participado en una carrera con nueve coches de fabricación alemana. Uno de los coches tuvo la mala suerte de que una piedra le averiara el radiador; pero los ocho coches restantes que participaron en la carrera han ocupado los ocho primeros puestos en lucha con todas las marcas internacionales. Y todos estos coches han corrido sobre ruedas con neumáticos de caucho sintético (aplausos) Y este mismo invierno estarán listas las dos primeras fábricas *gigantes*, que cubrirán el consumo entero de caucho en Alemania. Y el año que viene estará acabada la tercera, que trabajará ya para la exportación alemana (aclamaciones y aplausos) Pero al hablarles de tales fábricas, no vayan a pensar ustedes en que se trata de fabriquititas. Son fábricas como la Leuna-Werk, instalaciones gigantescas que devoran ahora cientos de miles de toneladas de acero, y que producirán incontables decenas, centenas de miles de toneladas de caucho para nosotros. Y emplearé en estas fábricas a obreros alemanes. Y son obreros alemanes los que tengo trabajando en las minas dándoles a todos un medio de vida estable, pues el pueblo alemán es también un consumidor estable. Y así consigo que nos independicemos del extranjero (aplausos)

Y una tercera cuestión: necesitamos grasas, disponemos de muy pocas grasas. Ustedes saben que nuestra margarina procede fundamentalmente del aceite de ballena. Y además, dicho sea de paso, la mejor, pues la peor procede de aceites de semillas. En segundo lugar, tenemos que importar, para nuestro consumo de grasa, grandes cantidades de pepita de palma y, sobre todo, tenemos que importar cantidades enormes de semilla de soja. Sólo la procedente de Manchuria nos cuesta anualmente más de 120.000.000 de marcos. Así que he dado a los industriales alemanes la orden, primero, de construir una flota de barcos balleneros, pues lo que los noruegos hacen lo podemos hacer nosotros también; a decir verdad, antes no pescábamos en Alemania sino ballenas, en lo que íbamos por delante de los demás. Hace pocos días que ha regresado el primero de estos buques gigantes, cargado hasta el tope de aceite. Actualmente ha sido botado

un segundo buque de esta clase, que será puesto en servicio inmediatamente. Son gigantescas fábricas flotantes con una cabida de 25.000 toneladas, que cuentan con ocho a nueve buques pesqueros y, además, con buques de transporte. Transformaremos todos los productos de la ballena, todos. Y dentro de poco tomaremos nosotros mismos de un 30 a un 40 % de todas las ballenas que entran en aguas de Alemania, porcentaje que irá ascendiendo continuamente. Esto por un lado. Por otro, tenemos que hasta ahora están siendo destinados en Alemania aproximadamente 5.000.000 de toneladas de patatas para la obtención de alcohol. Pero, entretanto, hemos hallado un procedimiento - inventado por nuestros científicos - que nos permite obtener azúcar del carbón y transformar dicho azúcar en alcohol. Y ahora he cambiado al sector del carbón toda la obtención del alcohol, con lo que los 5.000.000 de toneladas de patatas están siendo empleadas para el engorde de los cerdos, lo cual se traducirá en un aumento de las grasas disponibles en Alemania (aplausos) Finalmente, todos nuestros artículos de perfumería, o sea el jabón y todo lo demás, los hemos fabricado hasta ahora con aceites de importación; pero, entretanto, hemos logrado fabricar todo esto partiendo del carbón, por otra parte, de excelente calidad, pues no hay quien pueda distinguir entre una clase y otra. Como ocurre con las demás cosas, no transcurrirá mucho tiempo hasta que estos productos sean mejores que los importados del extranjero. Y ello nos permitirá también ahorrar grasas. Además, tenemos este nuevo azúcar, elaborado en forma de melaza, que emplearemos como pasto concentrado. Y, además, emplearemos al principio, como pasto concentrado, también la carne de ballena, hasta que logremos resolver por completo el problema de su conservación, un problema que nos llevará pocos años, que incluso quizá sea cosa de meses.

Hay otro campo, que es el de los minerales. Durante mil años hemos vivido en Alemania de nuestros propios minerales y hemos exportado siempre mineral, hasta que, de pronto, no pudimos seguir. La transformación de mineral de hierro en Alemania ha bajado a 2.700.000 toneladas por año. Por lo tanto, he dado la orden de elevar a 25.000.000 de toneladas por año la extracción de mineral de hierro. Actualmente hemos conseguido ya extraer 14.000.000 de toneladas, y la cifra de 25.000.000 será alcanzada en dos años. Además, hemos vuelto a explotar nuestras viejísimas minas de cobre, que estaban completamente abandonadas, y hemos emprendido ante todo el gigantesco camino de los nuevos materiales. Los obtenemos de nuevos metales ganados a partir de nuestras arcillas. Antes teníamos que importar bauxita. Ahora hemos descubierto un procedimiento que nos permite alcalinizar esta arcilla, y entonces los metales ligeros son obtenidos a partir de esta arcilla alemana. Disponemos actualmente de metales ligeros que no ceden en belleza a los más maravillosos de los otros, cuya única ventaja consiste en que no cambian de color.

Son gigantescas las industrias que están surgiendo. Sólo en el transcurso de pocos años serán levantadas en Alemania cuarenta y tres *gigantescas* fábricas, casi todas las cuales serán de la magnitud de la Leuna, lo que nos permitirá independizarnos del extranjero en el aspecto económico, pues no hay forma de gobernar en modo alguno un Estado cuando está uno continuamente frente a la amenaza: “*Si no hacéis esto, entonces apretamos la cuerda; si no hacéis lo otro, tiraremos por este lado de las riendas; si no hacéis lo de más allá, cerraremos el grifo, etc.*” Eso es insoportable y no puede ser. Nos veremos libres de esta coacción dentro de pocos años. Hoy, compatriotas, resulta difícil pronosticar qué importancia podrá tener esto en la libertad y el futuro de Alemania; pero la importancia real que posee pueden ustedes deducirla del hecho de que el extranjero lleva poco más o menos un año gritando sin cesar: “*Tienen que abandonar el Plan*

Cuatrienal.” Pero tengan la seguridad de que no será abandonado. Será realizado (fuertes aplausos) hasta sus últimas consecuencias.

También hemos empezado a ocuparnos en el campo de los materiales textiles. Al terminar la guerra estuvimos a punto de resolver el problema, para luego darlo de lado, pues la producción extranjera resultaba más barata y preferíamos pagar a unos millones de desempleados alemanes. Pero yo siempre he defendido el punto de vista de que los precios interiores no juegan papel alguno, que lo decisivo es que no tengamos obreros desempleados. Ahora, utilizando sustancias alemanas, estamos obteniendo productos textiles que nadie puede distinguir de los naturales, y que en muchos campos incluso son mejores. También en este sector nos independizaremos dentro de poco tiempo. Luego, hemos descubierto un nuevo material: la resina sintética. Empleando resinas sintéticas, fabricamos actualmente ruedas de engranaje cuya dureza es superior incluso a la del mejor acero y que no se desgastan en modo alguno.

Es este un campo gigantesco, el campo que estamos cultivando actualmente, del cual les he expuesto muy superficialmente sólo un par de cosas. Y si alguien me preguntara hoy: “*¿Cómo calificaría usted todo esto?*”, pues tendría que contestarle diciendo: “*Amigo mío, ¡esto es una política económica nacionalsocialista, esto no son teorías! Los demás formulan teorías, pero nosotros estamos trabajando por todas partes en fábricas gigantescas.*” Quizá haya también quien me diga: “*Sí, muy bien, pero, ¿por qué esas obras tan grandes? ¿Por qué esas carreteras tan enormes?*” Pues porque miro hacia el futuro y, sobre todo, porque me digo que siempre resulta más barato realizar estas obras gigantescas que tener a la gente sin trabajo. Y además, ello me trae visitantes del extranjero. Volveré a recuperar lo empleado. Ustedes tendrán aquí dentro de poco un gran hotel. Espero la venida de muchos extranjeros con ánimo de conocer Alemania. Y esos extranjeros dejarán su dinero aquí. Se me dirá: “*Hombre, pero, ¿encuentra usted lógico eso?*” (aplausos) “*¡Pues claro que lo encuentro lógico!*”, tendría yo que contestar. ¿Acaso sería más lógico que la gente se dejara el dinero en el extranjero? Nosotros lo necesitamos imperiosamente. ¿Es que quizá nos hace algún daño que dejen su dinero aquí? Esta es una montaña preciosa. Que vengan, se queden aquí descansando y gasten aquí su dinero (aplausos)

Y de paso edificaremos para recreo de nuestros compatriotas, también edificamos para ellos. ¡Por todas partes lo estoy haciendo! Construimos hoteles maravillosos, pero de paso levantamos también colosales hoteles de la Fuerza por la Alegría. Esta es, ¿saben ustedes?, la diferencia de nuestra economía respecto a las otras. El marxismo habría despedazado y deshecho en seguida el *Europa* y el *Bremen*, esos maravillosos vapores rápidos. Cada mes me presentan las cuentas, según tengo ordenado. ¿Quién viaja en ellos? ¿Viajan muchos americanos en estos barcos? ¡Estupendo! ¿Viajan muchos... también alemanes? El que tenga mucho dinero, que se lo gaste. ¡Eso es magnífico! Pero es que también construyo tales barcos para el pueblo alemán. Ahora está siendo botado un buque que desplaza 25.000 toneladas, un fantástico y gigantesco buque. Y dentro de cuatro meses será botado otro. Y el año próximo se pondrá la quilla a otros dos. Yo no destruyo nada, sino que construyo.

O vayamos a otro campo. Existen otros países donde se dice: “*Los baños de mar... bueno, eso es únicamente para capitalistas.*” Pero yo digo: “*Déjenlos; lo único que hacen es encarecerlos lo más posible con el fin de que la gente deje su dinero con la mayor rapidez posible.*” ¿De qué se quejan, pues? En cambio, nosotros estamos organizando para el pueblo alemán grandes viajes de placer y construyendo en Rügen un balneario marítimo con una cabida de 22.000 personas, el balneario marítimo más

grande del mundo. Y ya hemos calculado los precios, eso lo hace el camarada Robert Ley. Ha calculado ya, por ejemplo, que un viaje de ida y vuelta a este balneario desde Berlín, con una duración de ocho días, incluidos los seis días de permanencia en el balneario, costará 18 marcos y 60 céntimos de marco (aplausos) Ahora se me dirá: “*Sí, pero sólo van unos pocos.*” Naturalmente que al comienzo fueron sólo unos pocos. En el primer año fueron 2 millones; al año siguiente fueron 3 millones; el año pasado fueron 7 millones; el año que viene irán seguramente 9 millones. Y llegará un día en que vayan todos. Tengan en cuenta que sólo llevamos cuatro años y medio en el poder. Hay que darme tiempo.

Dentro de diez años, de quince, todo habrá sufrido una transformación tremenda en este aspecto. Estoy convencido de que todos los alemanes irán al mar, y todos sabrán a la perfección cómo es el Mar del Norte y cómo es el Báltico, qué aspecto tiene uno y qué aspecto tiene otro. Y también vendrán a la montaña y contemplarán esto. Y entonces el pueblo alemán se aproximará recíprocamente más y más, pues este pueblo alemán es, en realidad, una comunidad de destinos, y nadie en el mundo le ayudará si no se ayuda a sí mismo.

Y también es este el sentido de nuestra política económica: educar al pueblo para que se ayuden mutuamente. Un gigantesco problema educativo y una empresa educacional que quizá necesite de decenios; pero también la vida de un pueblo dura algo más de tres o cuatro años. Esto no se reconocía antes, pues en las épocas en que los gobiernos cambian cada dos o tres meses no se cree que la vida de los pueblos sea más larga. Pero los pueblos tienen una larga vida. Y es beneficioso que los gobiernos duren largo tiempo, pues en tal caso tienen largo tiempo de que disponer.

Claro que siempre hay gente que dice: “*¿Cómo puede ese hombre dar comienzo a un programa así de construcción de carreteras? ¿Pero si antes de diez años no podrá estar listo...!*” Pues porque tengo el convencimiento de que el nacionalsocialismo durará mil años. Y si ustedes me preguntan: “*¿Cómo, que tiene usted en Berlín un programa que necesitará veinte años para su terminación?*” “*Pues sí - les responderé -, estará acabado dentro de veinte años.*” Y si precisamente podemos hacerlo así, es porque estoy convencido de que, dentro de veinte años, Alemania será todavía más nacionalsocialista que lo es hoy. Para entonces habrán muerto ya los descontentos de hoy (aplausos) Será menor el número de cabezotas. Y los que ponen reparos a todo serán tan viejos que ya no tendrán un diente y no habrá nadie que los escuche (aplausos) Y entonces dispondremos de una nueva juventud a la que, desde muy pequeña, adiestraremos en los principios del nuevo Estado (aplausos) Le inculcaremos de antemano nuevos pensamientos, la educaremos, haciéndola olvidar todos los prejuicios y presunciones de clase, en un socialismo cuya máxima expresión sea la de organizar un Estado en el que *todos y cada uno* de los ciudadanos tengan en la mochila el bastón de mariscal, es decir, que cada uno sea medido con arreglo a *su* valía, con arreglo a lo que signifique para sus semejantes, y que todos gocen de la misma estimación y respeto.

Esto no puede lograrse de repente. ¿Qué quieren ustedes? Cuando se lleva mil años educando a un pueblo de forma insensata, rigiéndose por la vanidad de la clase social, el origen, los conocimientos, la instrucción, las tradiciones, las confesiones religiosas, los partidos y Dios sabe cuántos diablos más, bueno, pues entonces no hay manera de extirpar todo esto en cuatro años. Ustedes no lo comprenderían en modo alguno. Si tomo a un antiguo miembro del partido comunista alemán, me dirá: “*¡Oiga, no quiero saber nada; déjeme tranquilo!*” Y, naturalmente, si me dirijo a un viejo burgués, me

dirá también: *“No querrá usted que vaya yo con esa gente... porque yo he nacido siendo el señor de tal y de cual...”* Entonces no me queda sino decir: *“Pues quédese en la cuneta, no le necesito”* (aplausos) No se puede hacer nada con esta gente, créanme; hay que esperar a que se mueran (risas) No hay forma de conseguir que cambien de pensamiento; eso resulta difícilísimo. En cambio, nosotros educamos ahora a nuestro pueblo de manera que se sienta más unido cada vez, aprovechando para ello tales viajes.

Cuando últimamente asistí en Hamburgo a la botadura de este barco gigantesco, sentí una sensación honda y distinta al verle deslizarse por las gradas. Es un acontecimiento que tiene lugar por vez primera en el mundo el de que se haya construido una cosa así para la gran masa de un pueblo, para trabajadores, empleados modestos, etc. Y cuando vi después pasar a estos seis vapores con las 7.000 personas en sus cubiertas, y todo el mundo expresando su júbilo, pensé para mí: *“Fíjate, allí están todos, son maestros de taller, obreros, empleados y funcionarios. Ahora viajarán juntos durante diez días, y poco a poco se irán aproximando mutuamente. Si esto se hace durante cien años, todos se irán sintiendo poco a poco un sólo pueblo cada vez más. Ya podrá haber quien chille todo lo que quiera, ya puede haber quien incite; los unos, gritando por confesiones religiosas; los otros, por esto y aquello y lo de más allá; y los demás, por partidos y por ideologías... al final, habremos logrado que el pueblo alemán sea un verdadero pueblo, un pueblo en el que se comprenden unos a otros, un pueblo que no sea una torre de Babel, donde las personas hablan y no se entienden, o no se quieren entender mutuamente.”*

Esta es una gran tarea que - y ahora quisiera llegar a la conclusión - ciertamente sólo tiene sentido cuando el poder está por encima de todo y por delante de todo. No tengo por qué hablar con un comunista que me diga: *“Usted lo que quiere es la guerra.”* A este le podría decir sólo una cosa: *“¡Amigo mío, lárguese con viento fresco a la Rusia soviética y vea de conseguir primero la reducción del ejército rojo! ¡Es muy fácil! ¿Por qué no nos enseñáis cómo se hace? ¡Estáis continuamente gritando: nunca más la guerra, pero estáis organizando un ejército potentísimo! ¿Para qué entonces? ¡Ni el diablo quiere nada con vosotros! No tenéis absolutamente nada que se pueda apetecer. ¡Vivís tan sucia y miserablemente que no hay persona que quiera nada con vosotros!”* (aplausos) Pero también hay otra clase de personas, las beatas, que dicen: *“Hombre, no hay que proceder con violencia, sino que es mucho mejor confiar en las oraciones.”* Pues muy bien, seguramente que en España habrán rezado también; pero no parece que les haya sido de mucha utilidad (risas) El Señor no protege únicamente al que sólo reza, sino al que también trabaja y lucha al mismo tiempo (aplausos atronadores) Eso es lo decisivo. No vayamos a que los vagos y holgazanes se digan: *“Bueno, como hay que trabajar y rezar, yo rezaré mientras los demás trabajan.”* (risas) No, no, lo uno y lo otro tienen que ir absolutamente de la mano. También el trabajo puede ser una oración. Quien trabaja (aplausos) por un pueblo (aclamaciones) y se mata trabajando por un pueblo, rinde más y hace más a los ojos de la Providencia por ese pueblo que quienes no mueven en realidad un dedo y lo único que hacen siempre es andar de aquí para allá escurriendo el hombro.

Y lo mismo he de contestar a los otros que dicen: *“¿Sabe usted? Yo rechazo toda violencia, confío únicamente en el derecho, etc.”* ¡Ja, ja! Sabemos lo que es el derecho. Hemos estado quince años en Alemania sin saber lo que es la fuerza. ¿Dónde había quedado nuestro derecho? Créame usted que la posición que Alemania ocupa hoy en el mundo es distinta a la de entonces. También puede que me echen a veces en

cara: “*¡Sí, pero no nos quieren!*” Bueno, en lo que se refiere al cariño, renuncio a él, ¡lo que quiero es que me respeten! y quiero que se respeten los derechos de Alemania (vivos aplausos) Ni yo ni ninguno de nosotros necesitamos que nos quieran; este es un sentimiento que no se puede traducir en dinero, esto significa que, si, por ejemplo, leo en un periódico francés que nos quieren, sólo habré de preguntar en tal caso: “*¿Qué logramos a cambio?*” (aplausos) O si lo leo en un periódico inglés. ¡Cariño! Hombre, si todavía dijeran: “*¡Os queremos mucho y por ello os damos las colonias!*” Hombre, magnífico, con mucho gusto por nuestra parte (risas) Pero lo primero que dicen siempre es: “*Si pretendéis que os queramos, entonces no nos reclaméis las colonias.*” Y yo digo: “*No, entonces prefiero renunciar a vuestro cariño; lo que queremos son nuestras colonias, porque las necesitamos* (aplausos) *No porque me divierta tener allí un par de negros; todavía tenemos salvajes entre nosotros, y no hay necesidad de ir a buscarlos a África, ¿verdad?*” (risas)

No, no, lo que a mí me interesa no son los negros, sino pura y simplemente las semillas de soja, o los cacahuetes, o los cocos, o la madera, todas esas cosas que necesitamos; eso es lo que me interesa. Y no, claro está, para mí personalmente. Yo no soy ningún accionista, no tengo participación en ninguna empresa, no tengo familia; cuando cierre los ojos definitivamente, todo lo que posea volverá de nuevo a la comunidad nacional. ¡Lo quiero para el pueblo alemán! ¡El pueblo alemán es el que lo necesita! Lo necesitan estos millones de personas si quieren vivir. No se les puede dar de comer con teorías ni con frases, sino que necesitan obtener esto para alimentarse, vestirse y sostener una familia. Para estos fines es necesario aquello. Y como estamos viendo que el mundo respeta únicamente al que tiene la fuerza, pues entonces digo: “*Bueno, pues prefiero ser fuerte.*” Y si alguno me dijera: “*Pero, ¿no os produce dolor el rearme?*”, a ése le contestaría: “*¡Bah! Lo vamos soportando bien. Si ustedes lo resisten, también lo resistiremos nosotros.*” (aplausos) Y cuando alguno me diga: “*Bueno, ¿por qué no abandonamos la carrera de armamentos?*”, le contestaré con esto: “*Bueno, pues abandónela usted primero, que yo la abandonaré también. Esta vez lo vamos a hacer al revés. Últimamente fuimos nosotros los primeros en abandonar, pero ustedes no lo hicieron. Ahora abandonen ustedes y después lo haremos nosotros.*” (aplausos)

Lo que ahora pretendemos es defender los intereses de nuestro pueblo con absoluta frialdad y desapasionamiento. Los alemanes han estado soñando quince años con la ciudadanía mundial. ¿Han conseguido algo? ¡Nada en absoluto! ¿Se ha preocupado de ellos el mundo? ¡Sería ridículo pensarlo! Ni un dedo ha movido el resto del mundo; al contrario, azuzan contra nosotros siempre que pueden, no pensando en hacer un sacrificio práctico. ¡Valiente estupidez estas habladurías de solidaridad y hermandad, que sólo se oyen cuando se reúnen un par de archiestafadores para envolver a los pueblos en la niebla y el humo de sus palabras! ¡Mejor es que dieran algo! ¿Qué quiere decir hermandad cuando hay una nación que tiene 7 millones de desempleados y los otros no tienen nada que comer? ¿Quién nos ayudó en tales circunstancias? ¡Ni uno vino en nuestra ayuda! A mí no me toma el pelo ninguno de estos charlatanes; lo único que puedo hacer es pedir al pueblo alemán que no se deje nunca engañar por las frases estúpidas, necias, falsas de estos judíos internacionales. Pues son en realidad judíos los que propagan esta estafa por todo el mundo. Por desgracia, fueron muchos los alemanes que creyeron estas mentiras, unas mentiras que nos llevaron a la catástrofe.

Y se diga lo que se quiera, a la vista de los resultados generales de hoy no queda más remedio que confesar que nuestra posición actual es distinta de lo que fuera

antaño. Nuestra posición es distinta en lo político, en el poder, en el precio y también en lo económico. Y hemos alcanzado esta posición únicamente porque hemos aunado las voluntades de toda la nación, porque hemos terminado con los conflictos internos. Sí, sé que muchos se han quejado, que uno se quejaba así: *“¡Llevaba tanto tiempo en el partido popular bávaro y ahora lo tienen que disolver...!”* “Sí, cállate - tengo que responder -, *también los otros han perdido su causa, es así...*” Y otro dice a su vez: *“La vieja bandera...”* a lo me toca replicar: *“Sí, hace mucho tiempo que los demás tienen una bandera, en Francia, en América, en Inglaterra, en todas partes. Pero es que nosotros hemos marchado detrás de cincuenta banderas. Ahora, ya las hemos eliminado todas. Y con ello el pueblo alemán tendrá por vez primera conciencia de su poder y de su fortaleza real. Así podrá imponer en el mundo sus derechos de otra forma a como lo hiciera antes. Y sobre todo, ¿cómo se podrían, al fin y al cabo, realizar los planes grandiosos?”*

Lo que antes les he esbozado de una forma tan superficial, son realmente empresas enormes, son en verdad empresas gigantescas. Dense ustedes cuenta de una cosa: ¿cómo se van a realizar estas empresas si no se cuenta con un pueblo y no se tiene decisión, energía y voluntad? ¿Cómo se podría hacer de otra manera? O si no, ¿por qué no lo han hecho los que han gobernado antes que nosotros? Porque con la ridícula banda que eran no se podía hacer absolutamente nada; eso sin tener en cuenta que aquella gente no tenía en modo alguno inteligencia para hacerlo, y que los judíos de entonces no querían tampoco hacerlo. No, hemos de tener siempre presente una cosa: que en el mundo sólo cuenta quien está asentado en un sólido terreno propio, tanto en el aspecto político como en el económico, y también en el de las armas, en el militar. Si alguien me dijera: *“Bueno, pero es que alguna vez tendrá que cambiar”*, debería entonces contestarle: *“Bueno, pues yo, mientras tanto, espero; no creo que viva para entonces. Tampoco usted vivirá y tampoco lo verán nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos. Habrán de transcurrir todavía algunos miles de años antes de que se cambie en este sentido. Y si no, al tiempo.”* Y tampoco el cambio será - cuando llegue - como algunos se lo figuran, pues una cosa es completamente segura; la primera ley que gobierna al mundo es la ley de la selección: el más fuerte y el más sano tiene concedido por la naturaleza el derecho a la vida. Y es justo que sea así. La naturaleza ignora al débil, al cobarde, ignora al mendigo, etc. La naturaleza conoce sólo al que está sobre un suelo firme, un suelo propio, al que sabe vender su vida y, además, venderla cara (aplausos), y no al que la regala. Esta es una ley eterna de vida. Ustedes la observarán si dirigen la vista al bosque, si contemplan la vida de la pradera; verán ustedes en lucha a los seres que pueblan el mundo. Y esto lo verán ustedes a través de todos los siglos de la vida de la humanidad, y esto lo verán ustedes hoy también, dejando aparte toda fraseología inútil: *“¡Ay del débil! ¡Ay del que no tiene un suelo propio!”* Que no espere ayuda de nadie; para lo único que servirá es para que se aprovechen de él. Y yo quisiera que, en Alemania, por excepción, no fuéramos víctimas de tal explotación, sino que lo que pretendo es que dispongamos de nuestro propio suelo y podamos establecer nuestro derecho y, con ello, dar forma propia a nuestra manera de vivir.

Así ha sido posible imaginar la realización de esta gran obra en estos cuatro años. Se trata de principios simples, de conocimientos totalmente desapasionados, escuetos. No hay nada de especial en ello, es lo aplicable a la vida privada, a la vida social, lo aplicable a la economía y a la naturaleza entera. No es en realidad una teoría, sino - quisiera decir - un conocimiento natural, un conocimiento, digamos, de las leyes y condiciones primitivas de la vida; significa tener en cuenta las experiencias derivadas de

la vida, nada más. Esta es la teoría económica nacionalsocialista y, por consiguiente, la realización práctica de la economía nacionalsocialista: los éxitos que ustedes están viendo hoy, y los que habrán de ver todavía dentro de pocos años. Nuestros enemigos se enojan por ello, lo cual me parece muy bien, pues con arreglo al enojo de nuestros enemigos calculo el éxito de nuestra labor (aplausos)

Ahora, al terminar, silenciaría algo si no les dijera que, lógicamente, hemos de poner, como exigencia de nuestro derecho, la condición de que se nos dé lo que nos pertenece. En contra de lo que se imaginan algunos políticos ingleses, hoy ya no vale decir: *“Claro, nosotros somos 47 millones de ingleses y necesitamos para vivir la cuarta parte del mundo. Y los rusos, naturalmente, necesitarían una extensión gigantesca para poder vivir. Y también los franceses han de tenerla, y así mismo los americanos. Y, naturalmente, también el Japón ha de poseer un territorio de expansión. Y Francia, por supuesto. Y también Bélgica ha de tener sus colonias. Y también España. Pero Alemania en modo alguno.”* ¡Esto no puede ser! Y en este aspecto, continuamente y cada vez con mayor energía, presentaré al mundo nuestra exigencia: *“¡También nosotros reclamamos nuestro puesto en la vida y en las posibilidades de vivir!”* (aplausos atronadores) Y he de obrar así porque tengo la vista puesta en el futuro, más allá de nuestra generación, porque veo crecer a los niños y sé que llegará el momento en que ello sea imprescindible, necesariamente imprescindible.

Y sé que alcanzaremos nuestra meta con tanta mayor facilidad cuanto más unida esté la nación que marche detrás del que exige. Pues cuando es sólo un hombre el que presenta al mundo tal exigencia, este hombre no significa absolutamente nada. Pero si detrás de él hay 68 millones de personas que gritan con él, el clamor se oye entonces a gran distancia. Y cuando además marcha detrás un ejército de millones de hombres, entonces llegará el día en que los otros digan: *“Señor, a ver si de una vez nos dejan en paz con esta continua... Vamos a ver, ¿qué hay que hacer?”* Llegará el momento en que participemos en la configuración de los acontecimientos, tengan ustedes la seguridad de ello. Pues al final terminarán por decirse: *“Siempre será mejor darles un pedazo que estar escuchando este griterío continuo y, además, vernos expuestos a este peligro, a esta amenaza.”* Llegará el día en que los otros hablen con ellos mismos, y será entonces cuando la orientación económica nacionalsocialista habrá creado para el futuro y dado forma a las bases para la alimentación del pueblo alemán. Pero, como antes he dicho, esto no puede conseguirlo sólo un hombre - que tiene que marchar siempre en cabeza -, sino que ha de ser todo el pueblo que camine detrás de ese hombre. Y para este fin hemos creado la comunidad nacional alemana, esta comunidad indestructible que hará posible que alcancemos con facilidad en el mundo lo que un hombre solo jamás podría lograr. Al final, todos participaremos de alguna forma en los beneficios de esta actuación.

Y creo que todo el trabajo restante que llevemos a cabo no será un castillo edificado sobre arena, sino que un día llegará a tener su valor. Pues frente a nosotros se alza como objetivo inmovible la consecución de un gran *Reich* con un pueblo libre, con una cultura elevada, pero, sobre todo, con una firme unión interior y una camaradería insuperable, una auténtica comunidad del pueblo. Esta es nuestra meta futura. ¿Qué clase de hombre sería el que no trabajara persiguiendo una meta que está en el futuro? Cuando muchos digan: *“Es usted un iluso”*, a esos sólo les podré responder: *“¡So idiota! Si no hubiera sido siempre un iluso, ¿dónde estaría usted ahora y dónde estaríamos hoy todos nosotros? Yo he creído siempre en el futuro de Alemania. Usted me dijo antaño que yo era un iluso. Yo he creído siempre en el*

resurgimiento del Reich alemán. Usted dijo siempre que yo era un loco. Yo he creído siempre en el resurgimiento del poderío alemán. Usted dijo siempre que yo era un insensato. Yo he creído en la eliminación de nuestra penuria económica. Usted dijo que ello era una utopía. ¿Quién tiene ahora la razón? ¿El iluso o usted? ¡Yo he tenido razón! ¡Y también la tendré en el futuro!” (aplausos atronadores)

Discurso de Adolf Hitler en la inauguración de la Primera Gran Exposición del Arte Alemán

Discurso pronunciado el 19 de julio de 1937

Cuando hace cuatro años celebrábamos la solemne colocación de la primera piedra de este edificio, todos estábamos persuadidos de que no sólo se había puesto la piedra de una nueva sede, sino que acababa de ser fundamentado el presupuesto de un nuevo y auténtico arte alemán.

Se hacía necesario realizar un giro en el desarrollo de toda la producción cultural alemana. Difícil había sido para muchos renunciar al nombre de Palacio de Cristal de Múnich, así como descubrir un nuevo nombre para el nuevo edificio. Sin embargo, nosotros consideramos lícito bautizar la Casa que debía acoger en sus aulas la continuación de aquella que era la más famosa exposición del arte alemán, no con el nombre de Nuevo Palacio de Cristal, sino con el de Casa del Arte Alemán.

Efectivamente, era necesario demostrar, incluso de esta manera, que un arte alemán existía todavía.

El hundimiento y la disolución general de Alemania no le afectaron sólo en el plano económico y político, sino también - y quizá en medida superior - en el plano cultural. Este proceso, además, no era posible interpretarlo únicamente a la luz de la derrota bélica. Catástrofes del mismo género han golpeado a menudo a pueblos y Estados y, precisamente, han representado el estímulo para una purificación y una elevación interior. Aquel torrente de fango y de inmundicia que 1918 había vomitado en la superficie de nuestra existencia no había salido de la derrota de la guerra: solamente había sido liberado por ella. Un organismo ya descompuesto en sus fibras más íntimas sólo mediante la derrota sentía toda la extensión de una descomposición interna. Desde entonces, tras el colapso de las anteriores formas sociales, estatales y culturales que todavía componían un orden aparente, se iniciaba el triunfo de aquella vulgaridad desde tanto tiempo emboscada en el fondo de todos los sectores de nuestra vida.

Naturalmente, la disolución económica fue la más sentida, ya que solamente ella podía ser constatada por la gran masa en su impresionante incidencia. La disolución política, fue por el contrario, simplemente negada o, al menos, no fue reconocida, mientras que la disolución cultural no fue ni constatada ni comprendida por una gran mayoría de nuestro pueblo.

Es interesante advertir cómo el triunfo de los eslóganes y de las frases hechas se inició propiamente en este periodo de colapso general y de disolución. Pero con el paso del tiempo resultaba bastante difícil combatir a través del cáncer de pálidas teorías contra el colapso económico general. En efecto, se dio un discurrir interminable de modernas conquistas de contenido socialista o comunista, de teorías económicas liberalistas, de las eternas leyes a las cuales vienen subordinadas las realidades o los límites de la economía nacional ni, sobre todo, la pobreza provocada por la desocupación de millones de individuos; ni sus efectos eran tales para persuadir de lo contrario al que se sentía atracado. Se reveló, por consiguiente, bastante más arduo ocultar mediante eslóganes o frases vacías el desastre económico de la nación como si había sido posible hacerlo en lo tocante al desastre político.

Los de la república de noviembre estuvieron en condición - por lo menos en un cierto periodo tras su constitución, mediante la difusión de eslóganes democráticos y marxistas y también mediante continuos llamamientos a los diversos artífices de la

solidaridad internacional, al trabajo de organismos internacionales, etc. - de oscurecer la inteligencia del pueblo alemán en lo referente a un colapso o una disolución política jamás verificados hasta entonces, o por lo menos de impedir que aquel midiese toda la extensión de este desastre.

Pero con el tiempo la frase hecha del peso de la coyuntura fue abatida, por otra parte, sólo en virtud de la clarificación nacionalsocialista. Cada vez eran más numerosos los hombres favorables a admitir que la progresiva desmembración, en términos de idea del mundo y del Estado, suscitada por el marxismo democrático-parlamentario estaba destinada a conseguir una progresiva disolución del sentimiento unitario del pueblo y, por ello, de la comunidad nacional, y como efecto, la parálisis de la fuerza vital - interior y exterior - de nuestro pueblo. Y tal debilitamiento del órgano nacional alemán provocó en el plano internacional aquella iniquidad que alcanzó su expresión en política externa, con el rechazo a reconocer a Alemania sus derechos. Tan sólo a la confianza en la falta de memoria de los hombres se debe el hecho de que hoy se intente tan a menudo, por parte de políticos o de diplomáticos extranjeros, suscitar la impresión de ser favorables a regalar, o cuanto menos a garantizar, a una Alemania democrática - lo cual significa una Alemania gobernada a la manera democrático-marxista-parlamentaria - Dios sabe qué intereses vitales en este mundo.

Pero, propiamente, tal forma de gobierno democrático-parlamentario, tomada e imitada del exterior, no consiguió impedir, hace unos años, el pisotear, exprimir y desangrar a la Alemania de entonces hasta los límites en los cuales le quedaba a nuestro pueblo poca cosa que exprimir. No, a pesar de que nuestros enemigos interiores y exteriores procuraron, por razones más bien evidentes, ocultar la debilidad alemana mediante un velo formal de frases demagógicas, en el plano internacional, la dureza de las condiciones reales empujó al pueblo alemán a educarse y a abrir los ojos sobre la vastedad de la ruina y de la disolución que - con el favor de sus ideólogos de la Sociedad de Naciones dirigidos por el mundo oriental - había sufrido.

Mayor éxito tuvo sin embargo, y sobre todo resultó más constante, la confusión de ideas sobre la esencia de la cultura, en general, y de la vida y de la destrucción cultural alemana en particular, provocada mediante eslóganes y frases vacías de sentido.

Es necesario decir que:

1) La esfera de aquellos que se interesaban con conocimiento de cuestiones culturales no es, ciertamente, tan vasta como aquella de los que debían interesarse de cuestiones económicas.

2) En esta esfera el judaísmo había tomado posesión - más que en cualquier otra - de aquellos instrumentos e instituciones que crean y a la postre mueven la opinión pública. El judaísmo, haciendo palanca de modo particular con su posición en la prensa, procuraba no sólo desconcertar progresivamente, con la ayuda de la denominada crítica de arte, las opiniones naturales acerca de la esencia, los deberes y el fin del arte, sino cortar la sensibilidad general que permanecía todavía sana en este sector. La inteligencia natural y el instinto humano fueron sustituidos por determinados eslóganes que, mediante su continua repetición, dejaron inseguros o cuando menos temerosos a gran parte de aquellos que se interesaban por cuestiones artísticas o debían juzgar acerca de sus objetivos, de forma que éstos no tuvieron el coraje de combatir leal y claramente el continuo flujo de sofismas. Manipulando consideraciones de carácter general - como por ejemplo aquella según la cual el arte es internacional -, hasta el análisis de la

creación artística en alguna de sus manifestaciones sustancialmente faltas de significado, se desarrollaba continuamente la tentativa de turbar la recta orientación y el sano instinto humano. Mientras por una parte se hacía pasar el arte por experiencia colectiva internacional, y por tanto todo reconocimiento de su ligazón con el pueblo venía negado, por otra parte se le vinculaba siempre más a la época, es decir, no existía un arte del pueblo, o mejor, de una raza, sino tan sólo de vez en cuando un arte de la época.

Según esta concepción los griegos no crearon el arte griego, sino que es una determinada época la que la suscitó como propia manifestación. Lo mismo vale obviamente para el arte romano, que únicamente por casualidad viene a coincidir con el gran desarrollo del Imperio romano.

De modo análogo los sucesivos estadios artísticos de la humanidad no fueron obra de árabes, germanos, italianos, franceses, etc., sino, una vez más, fenómenos propios de la época. Tampoco en el día de hoy existe, por tanto, un arte alemán o francés, o japonés o chino: existe sólo un arte moderno. Por consiguiente, el arte en cuanto tal no sólo resulta absolutamente desarraigado de toda fuente de procedencia nacional, sino que se revela como la expresión de un determinado tiempo que hoy viene definido con la palabra *moderno*, *a la moda*, por lo que mañana resultará, obviamente, *no moderno* y como tal *fuera de moda*.

Por lo tanto, mediante una concepción de este género, el arte y la actividad artística resultan en sus fines equiparables al artesano de nuestras modernas sastrerías y de los talleres de moda.

Y esto siguiendo precisamente el lema: cada año una cosa diferente.

Primero impresionismo, futurismo, cubismo, quizá también dadaísmo, etc. Resulta claro, entonces, como también para las tendencias más locas se han encontrado miles de expresiones para denominarlas. Si bajo un cierto aspecto no fuese tan envilecedor, podría resultar casi divertido ponerse a contar los eslóganes y las frases huecas con las que los sedicentes *estudiosos de arte* han descrito y explicado en los últimos años sus miserables productos.

Pero no menos envilecedor se reveló al constatar cómo, mediante estos eslóganes y estas idioteces, no solamente se indujo progresivamente una general sensación de incertidumbre en el juicio sobre la producción o sobre los empeños artísticos, sino como todo esto contribuyó a suscitar y a extender esa vileza y ese temor que obligaron a hombres cualificados a no contradecir este bolchevismo de la cultura, o a no oponerse a los innobles propagandistas de esta degeneración carente de contenido cultural. Ya he indicado la circunstancia de que la prensa se puso al servicio de la propaganda de este pestilente contagio de nuestra sana sensibilidad cultural y artística. Pero el hecho de mayor relieve fue que aquella corrompió progresivamente y hasta tal punto la sensibilidad de los propios lectores, que estos, sea por incertidumbre, pero sea también por vileza, no tuvieron la audacia de oponerse a esta forma de corrupción artística. Sólo entonces los astutos mercaderes judíos del arte consiguieron ofrecer - y sobre todo valorizar -, de un día para otro, excelsos garabatos como producciones de su nuevo, y por consiguiente, *moderno* arte, mientras obras de gran valor eran prontamente descartadas y sus autores silenciados como extraños a la *modernidad*.

Es, en efecto, sobre este vocablo *moderno* sobre el que se basa la liquidación de todo aquello que no concuerda con tales aberraciones. Y así como desgraciadamente los vestidos no son hoy valorados en referencia a su belleza, sino a su modernidad - y por consiguiente no refiriéndose al específico valor de belleza que ellos expresan -

igualmente los viejos maestros son rechazados, desde el momento en que ya no es moderno, a la moda, llevarlos ni adquirirlos. Es obvio que el artista realmente grande se rebelará contra una concepción de este género. Pero ¿cuántos artistas grandes y auténticos han aparecido en cada época? Los grandes genios que el pasado nos ha transmitido resultaron también en su época los únicos elegidos entre los innumerables llamados. Todavía estos pocos, haciendo apelación a su valía, aún se habrían opuesto - como hacen también hoy - a los conceptos de *moderno* y *no moderno*. De hecho, el arte auténtico es y permanece siempre en sus creaciones como un arte eterno, por tanto, sin someterse a la ley de la valoración estacional de las producciones de sastrería. Recibe reconocimiento en cuanto inmortal expresión que nace de la naturaleza íntima de un pueblo. Pero es evidente y comprensible que, comparados con esos gigantes, que deben ser considerados los verdaderos creadores y portadores de una superior cultura humana, los espíritus inferiores respiran con alivio cuando se les sustrae del peso opresivo de semejantes titanes y se reconoce en sus obras al menos la momentánea importancia que el mundo contemporáneo concede fácilmente.

El espíritu no está destinado por sus propias creaciones a la eternidad, no admite de buen grado la eternidad. Por el contrario procura oscurecer en lo máximo posible a los gigantes contemporáneos que desde el pasado se proyectan en el futuro, para tener el modo de ser descubierto - también en los límites de una débil luz - por la búsqueda de los contemporáneos. Este mezquino garabateador, en el mejor de los casos, representa tan sólo una experiencia momentánea. ¡Ayer inexistente, hoy a la moda, pasado mañana ya olvidada! Y fueron precisamente estos judíos, ínfimos productores artísticos, los que saludaron con alegría la invención de la relación del arte con la época.

Efectivamente, sus producciones, si - por falta de cualquier tipo de vocación - no tenían ninguna posibilidad de convertirse en manifestaciones eternas, tenían sin embargo la posibilidad de permanecer al menos como fenómeno contemporáneo.

Nada más natural, por tanto, que precisamente esta ralea de pequeños fabricantes de arte contemporáneo, procurase por todos los medios posibles de:

- 1) Liquidar la fe en el vínculo con el pueblo y la nación y por tanto en la eternidad de una obra de arte.
- 2) Evitar a la propia obra artística la confrontación con las creaciones del pasado, y estar por tanto en condición de imponer su derecho a la existencia al menos en el mundo contemporáneo.

Además la revolución de noviembre hizo lo posible para que, siempre en la dirección de la auspiciada disolución, estas ínfimas libélulas del arte pudieran ingresar en las academias y en las galerías, así como que las nuevas promociones resultaran de la misma - o sea ínfima - estatura.

En efecto, estos espíritus son tan pequeños cuanto mayor es su rencor, no sólo respecto a las creaciones de los grandes del pasado, sino también respecto a toda personalidad de elevada estatura que se proyectara en el futuro. Y son precisamente estos enanos del arte, que exigen tolerancia en la valoración de su producción, los que ejercitan la propia intolerancia en la valoración de las creaciones de los otros, y no sólo las de los artistas del pasado, sino también en la de artistas contemporáneos. Igual que ocurrió en la política, se formalizó una conjura: del insuficiente y del mediocre en

relación con el mejor pasado y el mejor presente - temido - o del mejor futuro - sólo hipotecado.

Cuán poco de positivo demostraron estar en grado de hacer semejantes individuos que maltrataron el arte que, precisamente por esto, elaboraron su léxico de eslóganes y de frases faltas de significado.

¡Ciertamente se mostraron competentes en este campo! No hay obra de arte que carezca de una interpretación (específicamente impresa) de su significado, el cual de otro modo hubiera quedado incomprensible. A favor de estos universales fanfarrones del artes interviene una vez más la poltronería de nuestra denominada burguesía acomodada, y en no menor medida, la falta de seguridad de aquellos que, enriquecidos fácil y rápidamente, se encontraban tan poco cultivados como para, en general, encontrarse en situación de valorar las obras de arte, que precisamente por ello vivían en el temor de cometer despropósitos y por tanto de quedar sorprendidos de improviso por su falta de cultura. Esta ralea de productores y mercaderes de arte no encontró nada mejor que hacer los unos el juego de los otros y marcar desde el primer momento a todos los que descubrían el juego o que no querían tomar parte en él como *pequeños burgueses incultos*. Pues este era el modo más seguro, por lo que se refiere al *parvenu*,⁽¹¹⁾ para abatir aquel sentimiento de oposición que instintivamente aún estaba latente, ya que desde el principio se subrayaba, en primer lugar, que la obra de arte en cuestión era de difícil comprensión; en segundo lugar que precisamente por eso su precio era bastante elevado. Ninguno de estos *parvenus* interpretadores de arte quería, por razones fáciles de intuir, que se le dijera claramente que él no disponía de ninguna sensibilidad artística, ni así mismo del dinero para comprar una obra.

Sí, podemos casi afirmar que por otra parte de este tipo de compradores lo elevado del precio demandado se convertía a menudo en la mejor garantía de la bondad del producto. Y por tanto más fácilmente se conseguía que el comprador sacara el dinero perdido si a la alabanza de tal idiotez venían unidas frases incomprensibles, desde el momento en que éste tenía siempre la secreta esperanza de que aquello que él mismo no comprendía, no podía, desde luego, ser comprendido por el vecino, por lo que quedaba para siempre la satisfacción de estar en evidente ventaja respecto al querido competidor económico también desde el punto de vista de la comprensión del arte moderno. De todas formas él no podía suscitar de esta manera la sospecha de ignorar una cosa.

Y a veces ocurre lo contrario: desde el momento en que la cosa es por sí misma incomprensible, ¡que notable personalidad muestra con esa actitud de reingresar entre aquellos que con su inteligencia saben resolver asimismo tan difíciles cuestiones! Sí, pronto nuestros corruptores judíos comprendieron demasiado bien a sus estúpidos burgueses, ¡y los modernos críticos de arte que les flanquean comprendieron igualmente y con bastante rapidez lo que sucedía!

Querría por lo tanto realizar hoy en este lugar la siguiente precisión: hasta la ascensión del poder del nacionalsocialismo existían en Alemania un arte considerado *moderno* o, más bien, como propiamente revela la esencia de este término, un arte diferente cada año. Pero la Alemania nacionalsocialista exige un arte nuevamente *alemán*, y ese debe ser y será, como todos los valores creativos de un pueblo, un arte eterno. Si en vez de eso se revelase falto de tal valor eterno para nuestro pueblo, ya hoy mismo resultaría carente de un valor superior.

Cuando se puso la primera piedra de esta Casa, se inició la edificación de un templo no del llamado arte moderno, sino de un auténtico y eterno arte alemán. O mejor aún: se edificaba una sede para el arte del pueblo alemán, y no para un cierto arte internacional

de 1937, 1940, 1950 o 1960.

En efecto, el arte no encuentra su fundamento en el tiempo, sino únicamente en los pueblos.

Por consiguiente el artista no debe elevar un monumento a su tiempo, sin a su pueblo, ya que el tiempo es cosa mutable, y los años sobrevienen y transcurren. Aquel que viviera sólo en virtud de una determinada época debería venir a menos con ella. Tal carácter de caducidad debería golpear no sólo a aquel que ha nacido antes que a nosotros, sino también a aquel que hoy nace ante nuestros ojos o que sólo en el futuro alcanzará su expresión.

En cambio, nosotros, los nacionalsocialistas, conocemos solo una caducidad: la caducidad del pueblo mismo. Sus causas han sido apuntadas. Pero cuando un pueblo existe, él permanece como polo fijo en medio del devenir de los fenómenos. ¡Él es aquello que es y que permanece! El arte, por consiguiente, en cuánto expresión de la esencia de tal realidad, constituye un monumento eterno, que igualmente es y permanece, y no forma por lo tanto un parámetro de ayer o de hoy, de modernidad o de no modernidad, sino que forma sólo un parámetro de aquello que resulta *falto de valor* o *válido*, o, lo que es lo mismo, *eterno*, *transitorio*. Y esta eternidad es inherente a la vida de los pueblos, en cuanto que éstos permanecen eternos, o sea existen.

Por lo tanto, cuando yo hablo de arte alemán - al cual esta Casa está destinada - percibo el parámetro de su valor en el pueblo alemán, en su naturaleza y vida, en su sentimiento, en su modo de distinguir, y percibo su desarrollo a través del desarrollo del pueblo alemán.

Está pues instalado en los límites de existencia de este pueblo también el parámetro del valor o del contravalor de nuestra vida cultural y por consiguiente de nuestra producción artística.

Por la historia de nuestro pueblo sabemos que éste se constituyó por un cierto número de razas más o menos distintas, que bajo la influencia formadora de un núcleo racial dominante han suscitado el curso de los siglos este compuesto que nosotros tenemos ante nuestros ojos ahora mismo como nuestro pueblo.

Esta fuerza que un tiempo atrás formó el pueblo, que después actuó en todo momento, resulta inherente a la misma humanidad aria que nosotros reconocemos no sólo como depositaria de nuestra cultura específica, sino también de las antiguas culturas que nos precedieron.

Es tal fórmula de composición de nuestro carácter nacional la que fija la multiformidad de nuestro típico desarrollo cultural, así como el natural parentesco que se deriva con los pueblos y con las culturas de los núcleos raciales afines que forman parte de la familia de los pueblos europeos.

Nosotros, por otra parte, que reconocemos en el pueblo alemán el resultado final de este desarrollo histórico gradual, auspiciamos un arte que se adhiera siempre muy íntimamente al proceso de unificación de esta cohesión racial y revele pues una orientación orgánica y homogénea.

A menudo se ha planteado la cuestión de lo que significa específicamente *ser alemán*. A mí me parece que la más cualificada - entre todas las definiciones que en el curso de los milenios y por parte de muchos hombres se han dado sobre este asunto - es aquella que no intenta en absoluto establecer en primer plano una afirmación, sino que intenta más bien fijar una norma. La norma más hermosa que yo puedo escoger para significar a mi pueblo su tarea vital ya fue fijada un día por un gran alemán: ¡ser alemán significa ser claro! En este caso ser alemán, significa, lógicamente y sobre

todo, ser veraz.

Una norma grandiosa, que exige la adhesión y por tanto la realización por parte de cada uno. A la sazón nosotros deducimos de esta norma un parámetro generalmente válido para establecer la justa - porque ella corresponde a la ley vital de nuestro pueblo - esencia de nuestro arte.

Siempre ha permanecido viva en nuestro pueblo la íntima aspiración a un auténtico arte alemán, en el cual han sido naturales los rasgos de esta norma de la claridad. Ella ha permeado a nuestros grandes pintores, a nuestros escultores, a aquellos que dieron forma a nuestra arquitectura, a nuestros grandes poetas y pensadores, y sobre todo, a nuestro músicos. En aquel infausto 6 de junio de 1931, cuando el viejo Palacio de Cristal pereció entre el fuego y las llamas, desaparecía con él el inmortal tesoro de aquel auténtico arte alemán. Románticos se llamaban, y ellos representaban los mejores exponentes de este estilo alemán de descubrir la forma auténtica y concreta de nuestro pueblo y la cualificada y clara expresión de esta ley vital percibida interiormente.

No eran únicamente los temas elegidos para ser representados los que se mostraban decisivos, por su idoneidad en expresar la naturaleza alemana, sino que sucedía lo mismo por la forma clara y sobria en la cual se expresaban tales impresiones.

No es casual, por tanto, que precisamente estos maestros fueran los más cercanos a la parte más alemana, y por tanto más neutral, de nuestro pueblo.

Estos maestros eran y permanecen todavía hoy inmortales, pues aunque muchas de sus creaciones no subsistan ya en el original, sobreviven reproducidas egregiamente en copias o en reproducciones.

Como era distinto el obrar de estos hombres respecto del penoso actuar de muchos de nuestros modernos sedicentes *creadores de arte* o de sus antinaturales garabatos y pegotes - que han encontrado el modo de ser nutridos, sostenidos y consentidos sólo en virtud de una actividad literaria igualmente carente de carácter y de pudor - éstos últimos siempre se volvieron íntimamente extraños al pueblo alemán en su sano instinto, como si fueran una cosa realmente monstruosa.

No pensaban en absoluto, nuestros románticos alemanes de la época, en parecer viejos o modernos. Ellos sentían e intuían como alemanes, confiando consecuentemente en una duradera validez de su obra, duradera como la vida del pueblo alemán.

¡Qué tragedia, por tanto que sus obras se quemaran mientras que las obras de nuestros modernos fabricantes de arte, que han sido hechas pasar como obras ligadas a la época, se hayan conservado por demasiado tiempo! De todas formas, nosotros nos propusimos interesarnos también por ellas como documento de la más íntima disolución de nuestro pueblo y de su cultura. Con este propósito fue organizada la exposición del periodo de la disolución, que en estos mismos días inauguramos y proponemos a la atención de los camaradas alemanes. Para muchos representará una útil enseñanza.

Durante los largos años en los que veníamos ideando y por tanto construyendo en la mente y prefigurando el nuevo *Reich*, a menudo fui llevado a considerar las exigencias que el renacimiento de la nación nos iba a imponer en el orden específico de la restauración de su cultura.

Alemania, de hecho, debía renacer no sólo en el plano político o económico, sino sobre todo en el cultural. Sí, yo estaba y estoy persuadido de que este último plano asumirá en el porvenir un relieve aún más incisivo que los otros dos. Siempre he combatido y rechazado la opinión de los reducidos cerebros que evitaban cualquier gran plan cultural o cualquier gran plan arquitectónico de amplias alas solo por la razón de que, según ellos, a un pueblo inmerso en una situación de ruina política económica no

se le podía imponer la carga de planes de ese género.

Tras nuestra ruina, yo, por el contrario, estaba animado por el convencimiento de que precisamente aquellos pueblos que en un determinado momento tropiezan y se encuentran pisoteados por todos sus vecinos, se impone el preciso deber de poner de relieve y de expresar, con mucha más radical decisión, contra sus opresores, sus valores.

Pues el más grandioso documento del superior derecho a la existencia de un pueblo está constituido por sus inmortales creaciones culturales.

Estaba por tanto determinado - si el destino nos daba la fuerza - a no cuestionar tal cosa, sino a tomar decisiones también en este campo. De hecho no a todos les es permitido comprender exigencias tan elevadas.

Carece de sentido discutir con mentes estrechas y mezquinas sobre cuestiones que éstas simplemente no comprenden porque superan con creces los límites de sus horizontes.

Pero todavía más equivocado hubiera sido dejarse desviar por aquellos que, siendo por principio enemigos de un renacimiento nacional, conocían la enorme importancia de la elevación cultural y precisamente por ello intentaban en cada momento desbaratarla e impedirla.

Entre los numerosos proyectos que afloraron a mi mente durante la guerra y la subsiguiente época de disgregación, yo tuve también aquel de realizar en Múnich, la ciudad con la más rica tradición en exposiciones artísticas un nuevo y gran palacio para la exposición del arte alemán a causa del infeliz estado del viejo edificio.

También en el lugar que enseguida se eligió pensaba yo hace muchos años.

Pero cuando el viejo Palacio de Cristal encontró de imprevisto un fin tan terrible, aparte del dolor por la insustituible pérdida de los valores más elevados de la cultura alemana, se encontraba la amenaza de que un empeño que hace muchos años yo ya había confiado al nuevo *Reich* como empeño entre los más importantes fuese ejecutado por los exponentes de la peor desfiguración artística existente en Alemania.

En 1931 la asunción del poder por parte del nacionalsocialismo aparecía todavía como una perspectiva un tanto incierta y lejana, por lo que bien escasa era la posibilidad de reservar a este III *Reich* la edificación del nuevo Palacio de Exposiciones.

Por algún tiempo, pareció que los *hombres de noviembre* tuvieron la intención de dotar a la Exposición de Arte Alemán de Múnich de un edificio que, si bien poco tenía que ver con el arte alemán, habría en cambio reflejado las condiciones y el espíritu bolchevique de aquellos tiempos. Tal vez alguno de vosotros se acuerda de los proyectos de la sede, prevista en el viejo Jardín Botánico, ahora tan espléndidamente arreglado.

Un objeto muy difícil de definir: ¡un edificio que excelentemente habría podido ser una hilandería sajona, o quizá el mercado cubierto de una ciudad de medianas dimensiones, o también una estación ferroviaria, pero en el fondo también una piscina! No es necesario que os diga cómo sufría yo entonces con el pensamiento de que a una desgracia se hubiera unido la otra. Y cómo quedé verdaderamente contento, feliz más bien, por la temerosa falta de decisión por parte de mis adversarios políticos de la época. Quizá sólo en ella reposaba la esperanza de poder confiar todavía al III *Reich*, como su primera obra grandiosa, la edificación de un palacio para las exposiciones de arte en Múnich.

Todos vosotros comprenderéis por qué un dolor sincero e intenso me ocupa en estos días, por el pensamiento de que la Providencia no nos ha permitido vivir este día junto

al hombre - uno de los más grandes arquitectos alemanes - que inmediatamente después de la toma del poder puso a punto los proyectos de esta obra. Cuando me presenté al profesor Ludwig Troost, que ya había proyectado los edificios del partido, con la demanda de construir un edificio de exposiciones en este lugar este hombre fuera de lo común ya había preparado una serie de bosquejos generales para un edificio de este tipo - sobre la base de las prescripciones de las leyes de entonces - situado en el área del viejo Jardín Botánico.

¡También estos proyectos revelaban su arte eminente!

No obstante esto, él no comunicó de ninguna manera al jurado de entonces como proyecto para el concurso, convencido en efecto - como me dijo amargamente - de que habría resultado inútil presentar tales trabajos al juicio de una comisión en la que todo arte cualificado y eminente era considerado una monstruosidad, y para la cual la bolchevización - o sea la disgregación en el caos de toda nuestra vida alemana, incluida la vida cultural - se convertía en el objetivo más elevado y en el fin último. Así que la opinión pública no llegó a saber nada en torno a estos proyectos. Sólo después ha sido conocido el nuevo proyecto que ahora surge ante vosotros en estado de ejecución.

Y esta nueva idea arquitectónica - me lo debéis reconocer todos - que representa una obra realmente artística y elevada constituye una entidad casi única y original, que no puede ser confrontada con ninguna otra.

No es ningún edificio respecto del cual se pueda afirmar que aquel es el modelo del cual este representaría la copia. Como todas las creaciones arquitectónicas realmente grandes, esta Casa se revela como única e inolvidable, y no sólo queda impresa en la memoria de cada uno por su originalidad, sino que con ella ha nacido un monumento: sí, bien puedo afirmarlo, un auténtico monumento para esta ciudad y para el arte alemán.

Esta obra magistral, además, es tan elevada en su belleza como funcional en sus aparejos y dispositivos, sin necesidad de elevar al séptimo cielo cualquier útil exigencia técnica. ¡Es un templo del arte, no una fábrica, no una central de calefacción, ni una estación ferroviaria, ni una central eléctrica!

Pero al objetivo propuesto y a las condiciones requeridas son conformes no sólo este grandioso y único proyecto artístico, sino también el noble material adoptado y la rigurosa y responsable ejecución. Y precisamente la rigurosa ejecución distingue la gran escuela del maestro desaparecido, el cual quería que esta Casa resultase no un mercado cubierto de mercancías artísticas, sino un templo del arte. Y su sucesor, el profesor Gall, ha mantenido con fidelidad y llevado adelante genialmente en esa dirección la herencia de esta obra, aconsejado y asistido por una mujer que con justo orgullo porta no sólo el apellido, sino también el título de su esposo. Y es necesario añadir en tercer lugar al arquitecto Heiger. Lo que ellos han proyectado, los trabajadores y artesanos alemanes lo han ejecutado con su bien hacer y su arte.

De aquí ha salido una sede cualificada para ofrecer a las producciones artísticas más elevadas la ocasión de manifestarse al pueblo alemán. La edificación de esta Casa debería, por tanto, constituir un revulsivo y debería representar el fin del modo caótico y desordenado de construir que hemos cargado sobre nuestras espaldas. Un primer y nuevo edificio que puede ser dignamente inserto en el conjunto de las inmortales creaciones que han dado vida a la historia del arte alemán.

Ahora comprenderéis que no basta con proveer al arte alemán de una sede que expresa tanta dignidad, claridad y veracidad - por lo cual justamente hemos podido designarla con el nombre de Casa del Arte Alemán -, sino que es necesario lo que de ahora en

adelante la muestra misma constituya un giro respecto al proceso de disolución artística, pictórica y plástica que hemos visto.

Si me atribuyo el derecho de expresar un juicio, de manifestar mis opiniones y de actuar consecuentemente, yo invoco un derecho que no proviene sólo de mi postura respecto al arte alemán, sino también, y sobre todo, de mi específica contribución a la restauración del arte alemán. De hecho solamente este Estado actual - que yo, junto con mis camaradas, hemos conseguido construir a través de una larga y áspera batalla contra oleadas de opositores - ha provisto también al arte alemán de grandiosos presupuestos para un nuevo y vigoroso florecimiento.

No han sido, en verdad, los pintores académicos bolcheviques o sus satélites literarios quienes han puesto los fundamentes para la existencia de un nuevo arte, o más simplemente garantizar la supervivencia del arte en Alemania, sino nosotros, nosotros que hemos hecho surgir este Estado y desde entonces proveemos el arte alemán de los potentes instrumentos de los que tiene necesidad para existir y desarrollar su propia actividad creadora. Y sobre todo nosotros, desde el momento en que hemos dado al arte nuevos y grandiosos objetivos.

Si en toda mi vida no hubiese hecho otra cosa que promover la realización de este edificio, habría ya hecho a favor del arte alemán más que todos los miserables escritos de nuestros periódicos judaizantes o que los pequeños pintores de brocha gorda que, previendo su propia caducidad, no encontraban otra razón idónea para apoyar las propias creaciones que la exaltación de su modernidad.

Pero estoy seguro de que, aún sin contar esta nueva obra, el nuevo *Reich* alemán hará surgir un florecimiento sin precedentes del arte alemán, porque nunca hasta ahora le habían sido propuestos a éste objetivos tan elevados, como hoy ocurre en este *Reich* y como sucederá en el futuro. Y nunca como en la Alemania nacionalsocialista el arte ha sido dotado de medios tan grandiosos.

Verdaderamente, si hoy hablo ante vosotros, hablo también como representante de este *Reich*, y así como estoy persuadido de la eternidad de este *Reich* - el cual no es otra cosa que el organismo viviente de nuestro pueblo -, estoy también persuadido de la eternidad del arte alemán, y por tanto de la necesidad de actuar en su favor. Por consiguiente el arte de este nuevo *Reich* no será valorado en referencia a criterios de viejo o de moderno, sino que deberá, como arte alemán, adquirir la propia inmortalidad ante nuestra historia. Porque el arte no es una moda. Igual que mudan poco la esencia y la sangre de nuestro pueblo, en la misma medida el arte debe abandonar el carácter de la caducidad, para resultar en cambio, en sus mejor creaciones, la expresión viva y digna del ritmo vital de nuestro pueblo. Nada tienen que ver con nuestro pueblo el cubismo, el dadaísmo, el futurismo, el impresionismo, etc. Todas estas concepciones no son ni viejas ni modernas: no constituyen otra cosa que el falso balbucear de hombres a los que Dios ha negado la gracia de una auténtica capacidad artística, concediéndoles por el contrario la capacidad del chismorreo y el embrollo.

En este momento quiero declarar que es mi radical e inmutable intención desembarazar de ahora en adelante - así como con el desorden en el campo político - la vida artística alemana de las frases vacías.

Obras de arte que no logran ser comprendidas por sí mismas, si no que exigen antes de nada sofisticadas instrucciones de uso - a fin de justificar la propia existencia -, con el objetivo de engañar a la persona timorata que supinamente acoge una vacuidad tan insulsa e impúdica, ¡no encontrarán más, de ahora en adelante, el camino del pueblo alemán!

Todos estos eslóganes: “*Experiencia interior*”, “*Sentimiento potente*”, “*Voluntad robusta*”, “*Percepción cargada de futuro*”, “*Interioridad emblemática*”, “*Cronología vivida*”, “*Genuísmo*”, “*Primitivismo*”, etc., todas estas expresiones estúpidas y artificiosas, estas frases hechas y estos charloteos vacuos no representarán ya ninguna justificación - ni, por añadido, una señal - para productos absolutamente desprovistos de valor y que llevan la marca de la impotencia.

Si alguno posee una *voluntad robusta* o una *experiencia interior*, puede expresarlo mediante sus obras y no mediante el parloteo.

A todos nosotros nos interesa mucho más la capacidad que la denominada voluntad.

Por lo tanto, el artista que tenga intención de exponer en el futuro en esta Casa o en Alemania, en general, debe apostar sobre la propia capacidad, ¡la voluntad está descontada *a priori*!

Sería el colmo, en efecto, si un hombre cargara a los propios connacionales con obras con las cuales en el fondo él no quisiera expresar nada. Si estos charlatanes huecos intentan dar ahora a sus obras un estilo para expresar una nueva época, podemos desmentirles afirmando que no es el arte el que determina una nueva época, sino que es la vida general de los pueblos la que se manifiesta en términos nuevos y tiende por ello a nuevos módulos expresivos. Pero todo aquello que en Alemania, en los últimos decenios se refería a arte nuevo no ha sido comprendido en los nuevos tiempos alemanes. Los forjadores de los nuevos tiempos, en efecto, no están representados por los literatos, sino por los combatientes: son aquellos que forman y guían al pueblo y que por ello hacen la Historia.

Pero se trata de méritos que artistas y plumíferos miserables y desordenados difícilmente llegarán a reconocer en sí mismo.

Es en todo caso impudicia o idiotez difícilmente comprensible, proponer en los tiempos actuales obras que tal vez habrían podido ser ejecutadas hace diez o veinte mil años o más por un hombre de la Edad de Piedra.

Estas se refieren a un primitivismo artístico olvidado totalmente, a no ser que el objetivo del arte sea retroceder en desarrollo de un pueblo, o que su único objetivo sea el de traducir en símbolo este desarrollo viviente.

La nueva época en curso considera la creación de un nuevo tipo de hombre. En innumerables campos del vivir enormes esfuerzos se han consumado para elevar al pueblo, para formar en un sentido más sano y, por consiguiente, más bello y más robusto, a nuestros hombres, jóvenes y niños, a nuestras mujeres y muchachas. Y un nuevo sentimiento del vivir, una nueva alegría de vivir brotan de esta fuerza y de esta belleza. La humanidad no se encontró nunca como hoy tan cercana al mundo antiguo en sus manifestaciones exteriores y en su sentir. Juegos deportivos, competiciones y carreras fortalecen millones de cuerpos jóvenes y ofrecen a nuestra mirada formas e imágenes que en varios milenios no habían sido admiradas ni tampoco figuradas.

Asistimos al nacimiento de un tipo humano admirablemente bello, que tras las más altas obras de trabajo celebra la máxima antigua: *¡áspera semana, pero fiesta gozosa!*

Este tipo humano que ha aparecido ante el mundo entero por primera vez el pasado año, durante los Juegos Olímpicos, en su espléndida, orgullosa fuerza y salud. Este tipo humano, queridos balbuceadores prehistóricos del arte, representa el tipo de la nueva época. Y vosotros ¿qué producís? ¡Lisiados deformes e idiotas, mujeres que suscitan únicamente horror, hombre más semejantes a las bestias que a los hombres, niños que, si viviesen en el modo en el que han sido figurados, se creerían simplemente una maldición de Dios! Y estos espantosos diletantes tienen la osadía de mostrar todo esto al

mundo contemporáneo como arte de nuestra época, más bien como manifestaciones de aquello que forma la época actual y a ella impone el propio sello.

No se me vaya a decir que estos artistas imaginan en estos términos. He visto entre las obras enviadas algunas pinturas respecto a las que es necesario suponer que el ojo señala a determinados individuos las cosas de modo diverso al real; o hay que suponer que efectivamente existen individuos que ven las actuales figuras de nuestro pueblo como auténticos idiotas y que perciben - o como ellos afirman: experimentan - los campos esencialmente azules, el cielo verde, las nubes de color azufre, etc. No tengo la intención de dejarme implicar en una discusión para valorar si estos ven o perciben verdaderamente de este modo, o si no, pero puedo impedir, en nombre del pueblo alemán, que estos desgraciados merecedores en verdad de compasión, los cuales sufren evidentemente de trastornos en la visión, intenten imponer violentamente al mundo contemporáneo, como realidad, los efectos de sus desviaciones perceptivas o quieran proponerlos como *arte*.

No, aquí, sólo hay dos posibilidades: es admisible que estos sedicentes *artistas* vean realmente las cosas de esta manera y estén por eso convencidos de aquello que representan; y en tal caso sería necesario investigar si sus desviaciones visuales han sobrevenido por vía mecánica o a consecuencia de factores hereditarios. En la primera hipótesis estamos sinceramente entristecidos por estos desgraciados; en la segunda hipótesis, el hecho tiene relevancia para el ministerio del Interior del *Reich*, que debería preocuparse de impedir cuanto menos una ulterior transmisión hereditaria de alteraciones tan atroces. O tal vez ellos no crean de hecho en la realidad de estas impresiones, pero por otras razones procuran atormentar a la nación con semejantes charlatanerías; en tal caso es cuestión de un comportamiento que cae en el ámbito de aplicación del derecho penal.

Esta Casa, de todos modos, no ha sido ideada ni realizada pensando en las obras de esta chusma de impotentes o de estupradores del arte.

Sobre todo, aquí no se ha trabajado cuatro años y medio, no se ha pretendido de miles de trabajadores prestaciones de elevada cualidad, para exponer producciones de individuos que por otra parte resultaban tan perezosos como para ensuciar una tela en cinco horas, con el convencimiento de que la desvergonzada exaltación de ésta como parte fulminante de semejante genio habría ciertamente hecho efecto y puesto las premisas para su acogida. No, a la escrupulosidad del constructor de esta Casa y a la escrupulosidad de sus colaboradores debe acomodarse también la escrupulosidad de aquellos que quieran estar representados en esta Casa. ¡No me importa absolutamente, por ende, que estos pseudo-artistas cloqueen alternativamente alrededor de los huevos que han puesto, o que expresen sus opiniones o que se abstengan!

¡El artista, en efecto, no crea sólo para el artista, sino que crea, como todos, para el pueblo! Y por esto de ahora en adelante debemos hacer de modo que sea precisamente el pueblo el llamado nuevamente a valorar su arte.

Y que no se nos vaya a decir que probablemente el pueblo no dispone de la necesaria sensibilidad hacia un auténtico y elevado enriquecimiento de la propia vida cultural. Mucho antes de que los críticos reconociesen según la justicia el genio de un Richard Wagner, éste tenía ya al pueblo consigo. Por el contrario, el pueblo no ha tenido en estos últimos tiempos nada que ver con el sediciente arte moderno que le era propuesto, no tenía con él vínculos de ningún tipo. En algunas ocasiones visitaba las muestras de arte con una actitud de total distanciamiento, pero sobre todo permanecía alejado. A través del propio sentir sano, la masa discernía en todos estos garabatos lo

que en efecto son: el parto de una presunción desvergonzada y descarada o de una ineptitud impresionante. Millones de seres que forman parte de este pueblo saben con instinto profundo y segura percepción que el balbuceo artístico de estos últimos decenios - afín a las toscas creaciones de los niños de ocho o diez años carentes de ingenio - no podía ser de ninguna manera considerado como expresión de la época actual o hasta de la Alemania futura.

En cuanto sabemos que cada hombre en singular refleja la evolución de millones de años, recogida en pocos decenios, tenemos la demostración de que una producción artística que no supere el estadio de las creaciones de niños de ocho años, no resulta moderna, y mucho menos, densa de futuro, sino por el contrario, absolutamente retrasada.

Efectivamente, se coloca mucho más atrás del periodo en el cual los hombres de la Edad de Piedra grababan sobre las paredes de las cavernas el campo visual circundante. Estos ineptos no son de hecho modernos, son decrepitos, mezquinos atrasados para los cuales no hay lugar en la época actual.

Yo sé también que, cuando el pueblo alemán visite estas salas, verá una vez más en mí a su portavoz y su consejero. Él estará en posición de verificar que por primera vez en varios decenios es posible descubrir no el fraude artístico, sino la creación auténticamente, francamente artística. Así como ya ha demostrado su aprobación a nuestros edificios, él expresará la propia y gozosa adhesión - junto con una espontánea liberación - también respecto a esta purificación del arte.

Y esto representa el elemento decisivo, ya que un arte que no está en condiciones de apoyarse sobre el más gozoso y espontáneo consenso de la masa, sana masa popular, sino que se apoya sólo en cerradas pandillas - movidas en parte por el interés, en parte por el tedio - resulta insoportable. Éste mira a turbar la sana, instintiva sensibilidad de un pueblo, antes que a tonificarla. Por tanto suscita sólo desdén y aversión. Estos miserables individuos querrían invocar el hecho de que también los grandes maestros del pasado no habían sido comprendidos en su tiempo. No, eran más bien los críticos mezquinos - esto es literatos cultos, una vez más - los que al importunar y vejar a aquellos genios los alejaban de su pueblo.

De todos modos tenemos la certeza de que el pueblo alemán estará nuevamente en situación de acoger con profunda y total simpatía a los auténticos grandes artistas alemanes que harán en breve su aparición.

Él volverá sobre todo a estimar el digno trabajo y la disciplinada diligencia, la tensión en el ir al encuentro del ser en función del sentimiento de nuestro pueblo, inspirándose en el más íntimo sustrato alemán. Así debe ser el empeño de nuestros artistas. Ellos no deben trabajar lejos de su pueblo, si no quieren que su camino les conduzca rápidamente al aislamiento.

Esta exposición representa hoy un inicio.

Pero un inicio - estamos persuadidos - necesario y prometedor, que mira también en este sector a provocar el beneficio revulsivo que ya en tantos otros sectores ha tenido éxito.

Sobre este punto, en efecto, nadie debe alimentar ilusiones: el nacionalsocialismo ha asumido ir irrevocablemente al empeño de liberar al *Reich* alemán - y, por tanto a nuestro pueblo y a su vida - de todas las influencias que se manifiestan como nocivas para nuestra existencia, y aunque esta obra de restauración no se realizara en un sólo día, ninguna manifestación referente a tales influencias corruptoras podrá alimentar ilusiones respecto al hecho de que más pronto o más tarde también para ella sonará la

hora del fin.

Mediante la apertura de esta muestra el fin de la demencia artística, y por tanto de la disgregación de la cultura de nuestro pueblo, ha comenzado.

Desde este momento nosotros promovemos una implacable lucha de restauración contra los elementos residuales de la descomposición de nuestra cultura.

Si existía alguno entre ellos que esperaba ser destinado a algo más elevado, ha dispuesto de cuatro años para demostrarlo. Pues cuatro años nos resultaban así mismo suficientes para estar en grado de emitir un juicio definitivo. Ahora - yo os lo aseguro - todas aquellas pandillas de jactanciosos, diletantes y estafadores del arte que sacaban su sustento del hecho de asociarse las unas a las otras, han sido desalojadas y sofocadas. Estos hombres de cultura de la Edad de Piedra, estos artistas en edad del balbuceo, pueden, por nuestro gusto, retornar a las cavernas de sus antepasados y realizar allí sus primitivos garabateos cosmopolitas.

La Casa del Arte Alemán de Múnich ha sido edificada por el pueblo alemán para el arte alemán.

Con gran alegría puedo advertir como desde ahora - junto a muchos maestros cualificados pero no más jóvenes, impedidos y aterrorizados hasta hace poco tiempo, pero que han permanecido constantemente y esencialmente alemanes - nuevos maestros se están revelando entre nuestros jóvenes. Una visita a esta exposición os permitirá descubrir muchas obras que nuevamente expresan el lenguaje de lo bello y de lo sobrio, que os agradarán y que reconoceréis como válidas. En modo particular, el nivel de las obras gráficas enviadas hasta ahora, resulta extraordinariamente elevado y nos deja satisfechos. Muchos de nuestros jóvenes artistas, en cada caso, sabrán encontrar el camino justo partiendo de aquello que se expone y lograrán quizás obtener de la grandiosidad de la época en la cual todos nosotros vivimos nuevos motivos inspiradores, pero sobre todo el ardor para un proceder riguroso y, por tanto, eficaz en sus consecuencias.

Y si al fin también en este sector el sacrosanto bien hacer reencuentra su plena carta de naturaleza, estoy seguro de que el Omnipotente suscitará nuevamente, en el conjunto de estos cualificados creadores artísticos, alguna singular personalidad, elevándola al firmamento de los artistas geniales e inmortales de las grandes épocas.

¡En efecto, nosotros no creemos que el tiempo de la energía creadora de las singulares personalidades de genio se haya agotado con los grandes hombres de los siglos pasados y que estemos asistiendo al surgir de una época marcada por légamo de lo colectivo! No, estamos convencidos de que precisamente en este tiempo, en el que notamos el nacimiento de las más elevadas creaciones individuales en tantos sectores, los más elevados valores de la personalidad se revelarán nueva y victoriosamente también en el sector del arte. No puedo por tanto expresar otro auspicio, en este momento, sino aquel de que en los siglos futuros esta Casa estará nuevamente en disposición de mostrar al pueblo alemán, en sus salas, numerosas obras de grandes artistas, así como de colaborar no sólo a la gloria de esta verdadera ciudad del arte, sino también al honor y al rango de toda la nación alemana.

Declaro por tanto abierta la Gran Exposición del Arte Alemán de Múnich.

Discurso con motivo de la visita de Benito Mussolini a Alemania, en el Campo de Mayo

Discurso pronunciado el 28 de septiembre de 1937

Esto no es una reunión del pueblo, sino una manifestación del pueblo. Su significado más profundo es el sincero deseo de garantizar a nuestros países la paz, que no es el premio de la vileza renunciadora, sino el resultado de una consciente defensa de nuestros valores espirituales, materiales y culturales. Por ello nosotros creemos servir del modo mejor a aquellos intereses que más allá de nuestros pueblos deberían ser verdaderamente los intereses de toda Europa.

Esta manifestación es exacta medida del camino recorrido. Ningún pueblo puede desear la paz más que el pueblo alemán, porque ningún pueblo mejor que el pueblo alemán tiene conocimiento también de las terribles consecuencias de la doblez y de la ciega credulidad.

Quince años han transcurrido antes de la llegada del nacionalsocialismo al poder, y representan una cadena sin fin de opresiones, de chantajes, de repulsas a reconocer nuestros derechos, y por último un período de indecible miseria moral y material. Los ideales del liberalismo y de la democracia de nuestro país no han salvado a la nación alemana de las más graves violencias que la Historia recuerda.

Así el nacionalsocialismo tuvo que erigir un ideal diferente y más eficaz para restituir a nuestro pueblo aquellos elementos directivos que, después de un decenio, le han sido negados.

En aquel período de amarguísimas pruebas - y esto debo proclamarlo delante del pueblo alemán y de todo el mundo - Italia, y en especial, la Italia fascista, no han tomado ninguna participación en las humillaciones infligidas a nuestro pueblo. Ella supo, en aquellos años, mirar con comprensión las reivindicaciones de una gran nación que pedía la paridad de los derechos como necesarios a nuestra vida material y también a nuestro honor nacional. Esto nos ha colmado ahora de sincera satisfacción, al ver llegar el momento en el cual podemos recordar esto, como yo creo lo hemos recordado.

De la comunidad en la revolución fascista y la nacionalsocialista ha nacido una comunidad no sólo de ideas, sino también de acción. Esto es una fortuna, en un tiempo y para un mundo en el cual está por todas partes visible la tendencia a la destrucción y a la deformación.

La Italia fascista, por obra de la genial actividad creadora de su constructor, ha llegado a un nuevo imperio. Benito Mussolini habrá constatado, por otra parte, con sus propios ojos, en estos días, que con el Estado nacionalsocialista también Alemania ha vuelto a ser, con su economía nacional y con su fuerza militar, una potencia mundial.

Las fuerzas de estos dos países constituyen hoy la más segura garantía para la conservación de una Europa que posee todavía el sentido de su misión civilizadora y que no está dispuesta a desaparecer disuelta por obra de elementos destructores.

Los que estamos aquí reunidos en esta hora, o los que en el mundo nos escuchan, deben reconocer que nuestros dos regímenes nacionales se han encontrado con una recíproca fe y solidaridad, al mismo tiempo que las ideas internacionales, marxistas y democráticas en todas partes ofrecen, sobre todo, manifestaciones de odio y con él la división de los espíritus.

Toda tentativa de querer distanciar o escamotear esta comunidad de pueblos

intentando, con maniobras, dirigir a uno contra otro sospechas o con insinuaciones de falsos objetivos, está destinada a chocar contra el deseo de 115 millones de hombres, que dan la vida, en estos momentos, a esta manifestación y también, especialmente, contra la voluntad de dos hombres que aquí están y hablan.

Hacia la consolidación de Europa

Discurso pronunciado el 20 de febrero de 1938

¡Diputados! ¡Hombres del parlamento alemán!

Ya sé que vosotros, y con vosotros el pueblo alemán, esperabais que se os convocase para la conmemoración del quinto aniversario de la toma del poder y celebrar conmigo como electos representantes del *Reich*, el comienzo, tan cargado de recuerdos para los nacionalsocialistas, de un nuevo resurgimiento histórico de nuestro pueblo.

El haber convocado el parlamento para hoy se debe a dos causas: me pareció mejor verificar una serie de cambios en los altos cargos no antes sino después del 30 de enero, y consideré preciso primero, que se aclarasen con urgente necesidad determinados aspectos de nuestras relaciones exteriores.

Porque todos esperáis con razón que en tal día no sólo miremos retrospectivamente al pasado sino que abarquemos también el futuro.

Ambas cosas van a ser objeto y contenido de mi discurso.

Cuando hace cinco años, el 30 de enero, a mediodía, me confió el presidente del *Reich*, el Mariscal von Hindenburg, la cancillería y por lo tanto la gobernación del *Reich*, a los ojos de los nacionalsocialistas se iniciaba un cambio trascendental en el destino alemán.

A nuestros enemigos les pareció este hecho igual quizá que otros muchos análogos, en que un hombre era nombrado canciller para dejar el puesto pocas semanas o pocos meses después a su impaciente sucesor.

Por eso, lo que a los nacionalsocialistas nos pareció una hora histórica de trascendencia única, les pareció a los demás una solución temporalmente limitada de fenómenos transitorios.

¿Quién, diputados, ha conocido exactamente la significación de esa hora?

Cinco años han transcurrido desde entonces. ¿Nos autorizan los acontecimientos de este tiempo a emitir un juicio sobre la trascendental significación de aquella hora o no son más que una confirmación del pensamiento de nuestros adversarios que creían entonces encontrarse sencillamente frente a un gabinete más en la inacabable serie de los que se habían sucedido?

Si en el pueblo alemán no hubiese otra unidad, por lo menos la habría en la apreciación de un acontecimiento histórico. Y ni nuestros adversarios de entonces se atreverán apenas a contestarla.

El día que entré en la casa de la Wilhelmplatz, como jefe del mayor partido de oposición alemán y salí como *Führer* y canciller de la nación, fue un día decisivo en la historia de nuestro pueblo entonces, ahora y para siempre.

Esto nadie lo pondrá en duda.

El 30 de enero de 1933 cierra una época e inicia una nueva. Tan incuestionable, tan natural es este hecho que ya hoy se habla de una historia alemana anterior a la toma del poder y de otra posterior a ella.

No es mi propósito trazaros hoy a vosotros, diputados, un cuadro del caótico estado de la época que precedió a la toma del poder. Los que hoy son hombres lo tienen todavía vivo en el recuerdo y la juventud apenas comprendería la Alemania de entonces a pesar de esa descripción. Para caracterizar esa trágica época de la historia de nuestro pueblo voy a hacer únicamente algunas manifestaciones generales.

Después del derrumbamiento del antiguo *Reich*, y especialmente de Prusia, a comienzos del siglo pasado apareció, editado por el librero de Núremberg, Palm, un trabajo profundo y digno de nota: *Alemania en su mayor humillación*.

El pequeño folleto sacudió de tal manera el país que Napoleón se decidió a fusilar al autor o, por lo menos, al editor. Al extinguirse el gran momento histórico cayeron libro y autor en verdadero olvido. Un nuevo *Reich* había surgido. Llenas de gloria tremolaban sus banderas sobre numerosos campos del honor y de la fama. Como lejano recuerdo palideció la Gran Guerra de liberación ante los brillantes actos de una actualidad tan grande y consciente.

Y luego, al final de una lucha gigantesca y heroica vino aquel derrumbamiento incomprensible que de un golpe hace comprensible también en nuestro tiempo la obra escrita hace más de cien años en momentos de profunda angustia de la patria, *Alemania en su mayor humillación*. Desde noviembre de 1918 hemos vivido todos el conmovedor tema de esa obra.

Durante década y media se cernió sobre nuestro pueblo la torpe pesadez de las consecuencias del mayor desmoronamiento en nuestra historia. No el desmoronamiento de nuestro ejército ni el de nuestra economía sino el desmoronamiento de nuestra actitud, de nuestro honor y de nuestro orgullo y por último, también de nuestra libertad.

Durante quince años fuimos juguetes sin voluntad y desvalido de una opresión internacional que mientras hablaba de humanidad en nombre de ideales democráticos, flagelaba despiadadamente a nuestro pueblo con un egoísmo verdaderamente sádico.

En esta época de nuestra humillación y de nuestra calamidad, empezó el espíritu indagador a buscar las causas de este fenómeno.

De mil hechos del pasado y del presente se fue formando lentamente un concepto preciso.

Lo que en la abundancia de los años de paz se hubiera ridiculizado quizá como insensato o cuando menos se hubiera interpretado falsamente, a impulsos de la necesidad se hizo conocimiento y fe de muchos buenos alemanes. Empezó un examen profundo y serio de los fundamentos de nuestro ser histórico, de las leyes de nuestro origen y de nuestro desarrollo, de las causas de nuestro esplendor y de nuestra decadencia y, por lo tanto, de las condiciones necesarias para un resurgimiento alemán.

Llegóse a una escisión de espíritus en nuestro pueblo porque, como siempre, tras la descomposición política vino la económica. Pero mientras el burgués de mentalidad puramente comercial, veía en aquella lo esencial de nuestro infortunio, iba alejándose cada vez más de aquellos combatientes que a través de la necesidad económica sentían una mayor calamidad política y moral.

Sólo de sus filas podía venir la salvación de Alemania. Esos combatientes presentaron frente al lema mezquino y burgués de la salvación del Estado por la economía, la salvación del Estado y de la economía mediante la elevación interna y externa del pueblo.

Quizá por primera vez en la historia de Alemania no cayó en ese tiempo la mirada del alemán vidente sobre el Estado ni sobre la economía como los fenómenos y funciones más esenciales de la vida del hombre, sino sobre la esencia y el carácter de la sustancia eterna que es soporte del Estado y por lo tanto naturalmente también de la economía.

Sobre los ideales políticos y económicos de tiempos pasados se alzó imperiosamente uno nuevo: el movimiento nacional *völkisch*.⁽¹²⁾

Por primera vez se tenía la base para un examen soberano verdaderamente independiente, de las auténticas causas de nuestra decadencia y también de nuestra situación verdadera.

Todos aquellos vínculos que en épocas anteriores podían turbar, confundir y paralizar la clara visión de las necesidades nacionales perdieron desde entonces su influencia y por consiguiente su significación. Frente al conocimiento del ser determinado y ligado por la sangre, como sustentador de toda vida nacional, palidecieron todas las ideas dinásticas, confesionales, partidistas y políticamente formalistas.

Cualquiera que sea en particular la última causa externa del derrumbamiento, el innegable fracaso de la suprema dirección en la hora de la mayor necesidad y, por lo tanto, de las mayores exigencias, la visible debilidad de la organización interior de nuestra vida política, la burocratización sin alma de nuestra administración, las crisis de nervios de algunos hombres, como se decía, o la vesánica ceguera de amplias masas, todo retrocedía ante el profundo conocimiento de que esas debilidades eran a lo sumo síntomas externos. Pues frente a ello se alzaba el hecho impresionante de que el pueblo alemán como tal no estaba siquiera constituido, y que el Estado alemán había quedado incompleto.

Mientras Bismarck se afanaba en constituir un imperio con tribus y países alemanes, ese pueblo que era soporte del Estado se desmembró en clases y, por consiguiente, destruyó los grandes elementos básicos de su devenir de pueblo.

Mientras se alzaba sobre las estirpes alemanas un poder imperial teórico, convertíase éste en polizonte de grupos de intereses locales, de clase o confesionales.

Tan grave era esta decadencia interior que en la época en que mayor peligro corría el *Reich*, podía propagarse abiertamente la idea de que por razones políticas, clasistas y confesionales, la derrota sería un bien mayor que la victoria para la nación y para el *Reich*. Un sector gobernante caduco, con frecuencia externa y socialmente culto, pero sin raigambre nacional y étnica, no tuvo ni comprensión, ni fuerza para oponerse con la dura y necesaria energía a semejante traición.

Por eso, tampoco pudieron conjurar los resultados que trajo consigo su propia debilidad.

Paréceme, por lo tanto, necesario recordar otra vez al pueblo alemán en el día de hoy un hecho: cuando el 30 de enero de 1933 entré en la cancillería no era yo el primero a quien se llamaba para salvar al pueblo alemán, sino el último. Es decir, que detrás de mí no había nadie más sino, a lo sumo, el caos.

Porque antes que yo, habían hecho ya su experimento todos los que desde hacía decenios se declaraban llamados a ser guías y salvadores del pueblo alemán. Y no una sola vez sino dos y tres y más todavía, por la escasa memoria del pueblo, pudieron presentarse constantemente los personajes de esos partidos como cancilleres y ministros para salvar una situación que ellos mismos habían provocado. La socialdemocracia y el centro se relevaban continuamente. Liberales y demócratas prestaban su auxilio y los partidos burgueses reformistas y económicos tomaban parte en esa acción parlamentaria de salvamento como representantes de los llamados *círculos derechistas*. Hasta el día en que el General Schleicher abandonó la cancillería, todos los *prominentes* de nuestro mundo de partidos marxistas, centristas y burgueses, habían combatido teóricamente el sufrimiento alemán y le habían aumentado prácticamente con su obra de gobierno.

Según las reglas de la tan decantada democracia parlamentaria, habría debido entrar en el gobierno el partido nacionalsocialista el año 1930.

Pero dada la falacia natural en ese mundo de partidos democráticos, era comprensible

que se privase hasta última hora al movimiento de ese derecho y con ello a la nación alemana de la salvación.

Cuando por fin se me confió la gobernación del *Reich*, se hizo en un momento en que había fracasado el último intento de salvación del *Reich* y en que el partido era el único factor en que aún podía pensarse para esa obra.

Esas largas vacilaciones trajeron ciertamente para el movimiento, y por consiguiente para Alemania, ventajas que no se vieron hasta después.

Porque en los quince años de lucha por el poder, en medio de una persecución y de una opresión continuas creció no sólo la interna fuerza moral del partido sino también y ante toda la fuerza externa de resistencia.

Así logramos en el transcurso de quince años hacer de los pequeños principios iniciales una organización política como Alemania no había visto jamás hasta entonces. Y por eso pude tener en cuenta el proceso de selección, producto de los largos años de lucha, para proveer los puestos directores del partido.

Y así pudo incautarse del poder el nacionalsocialismo no sólo como organización compacta sino también como rico depósito de aptas personalidades. Lo que en los años de lucha, y hoy también, me llena de verdadera satisfacción es el saber que mi obra no es sólo mía. Lo que al enemigo se le ocultó del todo fue el hecho de que en ninguna época de nuestra historia hubo tal plenitud de hombres capaces y, sobre todo, enérgicos, en el campo político, como en la época de la conquista nacionalsocialista del III *Reich*.

Correspondía perfectamente al pequeño horizonte y a la carencia de visión de los burgueses que nos criticaban, y a su recíproca garrulería, el reproche de que el movimiento tenía efectivamente masas, pero no cabezas. Cuando la realidad es que el movimiento atrajo a las masas únicamente porque éstas descubrieron instintivamente en él a sus caudillos del día de mañana. No es la verdadera prueba de la existencia de una cabeza política el no tener partidarios sino la prueba más bien de que de la falta de masas se puede inferir que no hay cabezas. Es seguramente más fácil y, desde luego, menos trabajoso, ir por el mundo como un hombre de espíritu solitario reputándose en el fuero interno por una gran figura de la Historia, que reunir a los hombres con los cuales únicamente puede hacerse Historia. Durante quince años no hizo este partido más que reunir hombres, organizarlos, formarlos de tal modo que cuando por fin llegó la hora de la toma del poder pudo llegar al gobierno con estricta legalidad, incluso según la ley de la democracia.

El programa de nuestro movimiento significaba una revolución en todas las esferas de conceptos y principios sociales, políticos y económicos que hasta entonces habían existido. La misma entrada en el poder fue una revolución en la superación de lo que se conocía. Como siempre cabía aquí el peligro de que en virtud de los muchos años de opresión del movimiento saltasen las cadenas que se le habían puesto y no pudiese hacer un uso razonable de la libertad ganada. Pero para todos nosotros es un sentimiento de orgullo el haber presenciado el entusiasmo con que nuestro movimiento realizaba la revolución de 1933.

Y una satisfacción tan grande para nosotros es la de poder comprobar que en todo este tiempo no padeció la férrea estructura de nuestra organización ni, sobre todo, la disciplina del movimiento nacionalsocialista en lo que tenía de ímpetu. ¿Cuándo se ha conquistado jamás un Estado en tales circunstancias y con tal seguridad y quietud?

La mayor revolución en la historia de nuestro pueblo, un hecho cuya significación, empieza a abrirse campo poco a poco incluso en el mundo de sus contrarios, se verificó sin la menor destrucción de bienes materiales y sin los sangrientos excesos que en otros

países están frecuentemente a la orden del día con ocasión de cualquier disturbio insignificante.

Y esto no fue así porque los jefes nacionalsocialistas no hubieran podido soportar el derramamiento de sangre. No. Todos hemos sido soldados en la guerra, todos presenciamos la contienda más espantosa y vimos innumerables muertos. Muchas veces afrontamos la muerte cara a cara y la esperamos.

La revolución nacionalsocialista transcurrió sin sangre porque todos estábamos decididos a acentuar en el curso de esa revolución también nuestro carácter alemán y germánico. Con un mínimo de sufrimiento queríamos alcanzar un máximo de eficacia.

Al rememorar hoy el primer quinquenio de la revolución nacionalsocialista, tengo que comprobar que el número de muertos entre nuestros adversarios no es siquiera la mitad de los nacionalsocialistas asesinados antes por ellos. Y asimismo, que estos muertos fueron a su vez víctimas de nuevos ataques a la revolución nacionalsocialista.

Por lo demás, hemos sabido proteger por otros procedimientos al Estado contra aquellos que se creían en la obligación de sabotear el resurgimiento nacionalsocialista en parte por instinto criminal, en parte por determinados intereses económicos o políticos.

A pesar de esta disciplina y de esta moderación verdaderamente sin ejemplo que el movimiento nacionalsocialista observó en la realización de su revolución, hemos podido ver cómo cierta prensa extranjera derramaba sobre el nuevo *Reich* una verdadera oleada de falsedades y calumnias. Especialmente en los años de 1933 y 1934 pudimos ver constantemente que estadistas, políticos o periodistas de nuestros llamados *países democráticos* se sentían llamados a criticar los métodos y las medidas de la revolución nacionalsocialista. Era una extraña mezcla de soberbia y de lastimosa ignorancia la que más de una vez se atrevió a ser juez sobre los acontecimientos de un pueblo que habría podido servir a lo sumo de ejemplo precisamente a esos apóstoles democráticos. Porque ¿cuándo se ha verificado jamás en esos países una revolución interna semejante en condiciones análogas?

¿Tengo quizá que recordaros el gran ejemplo de todas las revoluciones donde la guillotina celebró sus sangrientas orgías durante un lustro, precisamente el tiempo que ha durado nuestra reconstrucción? ¿O esa revolución bolchevique que mató millones y millones de hombres y cuyos asesinos cubiertos de sangre ocupan puestos prestigiosos en el consejo de las instituciones democráticas? ¿Tengo que recordar la carnicería de la chusma marxista en España cuyas víctimas según cálculos de hombres ponderados procedentes de los mismos países democráticos se acercaría y más bien pasaría de medio millón? Ya sabemos que estas matanzas no han conmovido hasta ahora lo más mínimo a los buenos espíritus democráticos de nuestros pacifistas. Es natural. Tras de su hipócrita máscara, no se oculta generalmente más que la voluntad de la violencia más brutal. No digo esto con la idea de convertir de algún modo a ciertos difamadores y calumniadores notorios del judaísmo internacional sino para demostrar al pueblo alemán la sin igual moderación con que procedió en Alemania la revolución nacionalsocialista y la sin igual desfachatez con que se habló y se escribió y todavía se habla y se escribe sobre ella. La mejor prueba de la falsedad de todas esas afirmaciones está en el innegable éxito. Porque si en esos cinco años hubiésemos obrado por el estilo de los buenos ciudadanos soviéticos de origen *ruso* o *español*, es decir de raza judía, no habríamos podido hacer de esa Alemania destrozada materialmente un país de orden material y de resurgimiento general. Y precisamente, porque es así y porque debe ser así, reclamamos el derecho de dar a nuestra labor la protección para que las naturalezas

criminales o insensatas no la perturben.

Y al rendiros hoy cuentas a vosotros, diputados del parlamento y a todo el pueblo alemán, puedo aludir a la obra gigantesca y única que en sí misma lleva la máxima justificación de los métodos que hemos seguido y por consiguiente también de la seguridad de dicha obra. Como ya dije la situación alemana en 1932 había ido cayendo económicamente también en tan profunda depresión que para muchos precisamente para los hombres más preparados en este terreno no parece existir esperanza alguna de mejora.

Cuando el 30 de enero me encomendó la cancillería el presidente del *Reich*, la situación de Alemania era casi desesperada en este aspecto.

Las mejores cabezas habían fracasado en el intento de poner remedio.

Todos los métodos económicos tradicionales se habían revelado aquí como inútiles. De nuestro pueblo se había apoderado un negro fatalismo. Cada vez más parecían imponerse los que predicaban que primero debería destruirse todo antes de pensar en una reconstrucción.

Teoría fatal pues la salvación de la nación era únicamente posible para el hombre mientras existiese en cada ciudadano el deseo de un mejor nivel de vida. Y la precipitación en el caos tenía que conducir a un aniquilamiento del último resto de un razonable nivel de vida y por consiguiente a la extinción de una aspiración que partiendo de una base material, todavía existente pretende mejorarla. El culto bolchevique del primitivismo destruye con mortal seguridad las fuerzas latentes en el hombre de aspiración hacia una mejora del nivel de vida y, como condición precisa para ello, la elevación de su rendimiento.

Estos reprobables apóstoles del caos se encontraron frente a aquellos egoístas burgueses para los cuales la salvación económica de la nación no era otra cosa que la seguridad de una ganancia sin esfuerzo y sin consideración a los intereses de la generalidad. Como en todas las épocas de crisis también aquí trató una especulación vil de convertir la carencia general en provecho personal, es decir, de aprovechar la necesidad para manipulaciones explotadoras y operaciones engañosas.

El pueblo por su parte, no tenía idea clara del posible camino de salvación sino la torpe sensación de una miseria más o menos fatal.

Por esto, estaba inclinado fácilmente a seguir a quienes le decían que aquello era el resultado de un proceso inevitable o a los que con cualquier fórmula engañosa prometían una salida lo más sencilla y lo más cómoda posible de una situación que se había hecho insoportable.

Y el tiempo iba apremiando tanto más cuanto que no sólo había entrado el desorden en los ingresos de los particulares sino que también la economía de las corporaciones de la vida pública y privada estaba ante la quiebra definitiva. En este momento, pues, me encargué como canciller de la gobernación del *Reich* y eché sobre mí la responsabilidad.

Frente a tan catastrófica situación era necesario empezar con medidas totales y obrar instantáneamente.

Ni había tiempo que perder ni podía esperarse que al seguir obrando a medias se llegase a otros resultados que a los que se había llegado antes. Lo que podía esperar la nación, si es que había posibilidad siquiera de salvarla, era el valor de la acción y no el valor de la palabra o de la crítica.

Cuando en un país centenares de miles de campesinos se encuentran ante la pérdida de sus haciendas y de sus casas de labor; cuando centenares de miles de obreros

industriales pierden su pan; cuando decenas de miles de empresas cierran sus puertas y se ven en la calle empleados y obreros; cuando sobre la hacienda del *Reich*, de los Estados y de los municipios pesa un ejército de más de 6 millones de desempleados que sigue aumentando y que, por otra parte, a pesar de todos los subsidios no puede comprar lo más indispensable y para el cual la cultura adquirida es maldición y no bendición; cuando florecientes ciudades industriales se despueblan; cuando grandes regiones empiezan materialmente a perecer por falta de mercado para sus productos; cuando en otras los niños de tres y de cuatro años no tienen dientes todavía como efectos de una miseria que llena de espanto y de la consiguiente depauperación; cuando no hay para ellos ni pan ni leche; cuando las palabras de un despiadado enemigo que dijo que en nuestro pueblo alemán sobraban 20 millones de hombres empieza a hacerse horrenda realidad, entonces un pueblo no clama por plumas de periodistas o por gárrulos parlamentarios, no clama por comisiones de investigación, por debates internacionales, por votaciones ridículas o por las endeble fórmulas de los llamados *estadistas* nacionales o extranjeros. No. Clama por aquella acción que, más allá de los sofismas y necesidades periodísticas, procura la salvación. No tiene interés alguno en los trabajos literarios de los corresponsales internacionales, bolcheviques de salón, sino que su interés está únicamente en la ayuda que le libre del extremo infortunio. Y, sobre todo: el que se siente obligado a la misión de encargarse en una hora así de la gobernación de un pueblo, no es responsable ante las leyes de los usos parlamentarios o de una determinada concepción democrática sino exclusivamente ante la misión que se le ha impuesto. Y el que perturba esta misión es un enemigo del pueblo y lo mismo da que la perturbe como bolchevique, demócrata, terrorista revolucionario o reaccionario soñador. En un tiempo de crisis no obra tampoco en nombre de Dios el que anda por el país indolentemente con sentencias bíblicas y pasa el día parte en la inacción, parte en la censura de la obra de los demás, sino el que da a su oración la forma más excelsa que une al hombre con su Dios: la forma del trabajo.

Y al rendir hoy al pueblo alemán estas cuentas, puedo mirar orgullosamente cara a cara a los cientos de miles y a los millones que ganan en la ciudad y en el campo su honrado pan con el sudor de su rostro. Durante estos cinco años he sido yo también un trabajador. Sólo que mis cuidados personales estaban aumentados por los cuidados del hoy y del mañana de otros 68 millones de hombres.

Y así como esos otros prohíben con razón que les perturben en su trabajo los incapaces o los ociosos así prohíbo yo que me impidan trabajar los ignorantes, los bribones, los malintencionados o los indolentes. Yo tenía derecho a volverme contra todo el que en vez de ayudar consideraba su misión el examen crítico y el juicio sobre nuestro trabajo. Tampoco la fe exime de la obligación de unirse a la labor de los que están salvando la nación. Y el derecho que yo tenía a proteger mi labor y la de todos nosotros de esos perturbadores públicos quiero apoyarlo únicamente en los resultados de ese trabajo. Esos resultados son incuestionables y son más de tener en cuenta porque en la mayoría de los casos no dispuse del ejemplo de algo realizado anteriormente sino tan sólo del propio y sano sentido común y de la sincera voluntad de no capitular jamás ante los obstáculos sino desafiarlos animosa y valientemente. Y aquí quisiera añadir todavía esto: si Alemania está hoy salvada económicamente se lo debe el pueblo alemán nada más que a su propio gobierno y a su propio trabajo. El extranjero no ha contribuido para ello en nada. Fuera de la repulsa llena de odio o de la censura torpe no sabemos de nada que pueda valorarse siquiera como positivo interés por Alemania. Y no hablemos de ayuda.

Jamás esperé tampoco otra cosa. Para los nacionalsocialistas el *abc* de nuestro credo político y económico es que la salvación no está en una ayuda extranjera cualquiera que sea, ya política, económica o financiera, sino que esa ayuda hay que buscarla exclusivamente en la órbita de la propia visión y de la propia fuerza.

Lo decisivo aquí era el conocimiento de que el nivel de vida de una nación, debe ser el exclusivo resultado de una producción total de bienes vitales, es decir, que todo salario y todo sueldo pagado en Alemania no tienen más valor real que el que les da el trabajo realizado como cosa producida. Impopular teoría en una época en que resuena el grito de: “¡Más salario y menos trabajo!”

Cuando me encargué de la gobernación del *Reich*, el número de los desempleados había pasado en mucho de los 6 millones y el de los miembros de tus familias los 15,5 millones. Por esto la solución de este problema no era sólo dar a esos 15 millones de seres el dinero para la vida sino, ante todo, producir aquellos bienes que pudieran comprarse con ese dinero. Por eso, el programa económico del nacionalsocialismo no es ni mucho menos un programa de dinero sino un programa de producción. Cuanto mayor es la suma total de producción tanto mayor será la participación que en su disfrute corresponde a cada uno. El dinero en sí no es más que un recurso para la distribución de los bienes de producción. Pero a la vez, para procurar a la nación en el mundo la posición que necesita para la realización de sus fines vitales había que lograr una producción adicional que, en concepto de armamento nacional, beneficié al pueblo no directa sino indirectamente. Claro que no había que identificar la salvación alemana con engañosas manipulaciones de moneda; es decir, no había que engañar a nuestros compatriotas con el salario variable y, por lo tanto, con la escala de precios, sino que era necesario asegurar por medio de una producción acrecentada la misma fuerza adquisitiva para los ingresos también acrecentados del pueblo.

Permitidme que con secas cifras, en breves extractos de nuestra vida económica, documente hasta qué punto ha resuelto este problema el nacionalsocialismo:

En el año de 1932, vale decir, antes de la toma del poder, la renta del pueblo alemán era de 45.200 millones de marcos. Ya en 1933 subió a 46.600 millones para alcanzar en 1937 la suma redonda de 68.000 millones.

Frente a ese aumento de los ingresos se encuentra el nivel casi completamente igual del índice de vida que en el año 1932 fue de 120,6 y en 1937 de 125,1.

Es decir que mientras que los ingresos de la nación se elevan en un 50 % aproximadamente, la elevación del índice del costo general de vida no es más que del 4 %.

Sus causas están en el desarrollo de nuestra producción.

El valor de la producción industrial fue el siguiente:

- 1) En 1932 de 37.800 millones.
- 2) En 1933 de 39.900 millones.
- 3) Pero, en 1937 pasaba de 75.000 millones.

A esto responden también las cifras de venta en los oficios que:

- 1) En 1932 fueron de 9.500 millones.
- 2) En 1933 de 10.100 millones.
- 3) En 1937 de 22.000 millones.

Para comparación querría citar aquí todavía las cifras de venta del comercio al por menor que fueron los siguientes:

- 1) En 1933 de 21.800 millones.
- 2) En 1937 de 31.000 millones.

Pero también la producción agrícola, a pesar de un cultivo ya sumamente intensivo muestra un incremento y fue en el año 1932 de 8.700 millones y en el año 1937 de más de 12.000 millones.

Y no se trata aquí únicamente de un problema de formación de precios sino de un problema de aumento de producción como lo prueba el que a pesar de la mayor capacidad adquisitiva del pueblo alemán y, por consiguiente, de la mayor afluencia al mercado, especialmente de víveres, el auto-aprovisionamiento que en el año de 1932 cubrió el 75 % con la producción propia, subió ya en 1936 al 81 %.

Especifiquemos con algunos ejemplos el aumento de la producción industrial cuyo valor pasó de 37.800 millones a 75.000 millones. En los cinco años de economía nacionalsocialista aumentó:

- 1) La fabricación de papel en un 50 %.
- 2) La fabricación de aceite Diesel en un 66 %.
- 3) La fabricación de hulla en un 68 %.
- 4) La fabricación de aceites para combustiones en un 80 %.
- 5) La fabricación de petróleo en un 90 %.
- 6) La fabricación de seda artificial en un 100 %.
- 7) La fabricación de aceite para el alumbrado en un 110 %.
- 8) La fabricación de acero en un 167 %.
- 9) La fabricación de lubricantes en un 190 %.
- 10) La fabricación de bencina y otros carburantes en un 470 %.
- 11) La fabricación de aluminio en un 570 %.
- 12) La fabricación de lana de celulosa en un 2500 %.

Estas producciones nacionales gigantescamente intensificadas han creado aquellos valores que aseguraron al Estado alemán la capacidad adquisitiva y, por consiguiente, su estabilidad a pesar de que en el mismo tiempo respondiendo a este incremento de producción el número de desempleados bajó de más de 6,5 millones en el momento de la toma del poder a unos 470.000 a principios de octubre de 1937.

Pero el número de las personas reincorporadas al proceso de la producción es todavía de 2 millones más.

Esta enorme actividad económica encuentra expresión también en las cifras del comercio exterior. Sin participar en conferencias económicas internacionales, sin estar en posesión de esas gigantescas posibilidades económicas de otras potencias mundiales, hemos conseguido que la importación de nuestro comercio exterior pase de 4.200 a 5.500 millones y la exportación de 4.900 millones en 1933 a 5.900 millones en 1937.

A esto responde también la confianza del pueblo alemán en su política económica, confianza que encuentra su expresión en el aumento de las imposiciones del ahorro. En las cajas de ahorro del Estado aumentaron las imposiciones desde 11.400 millones de marcos en 1932 a 12.100 millones de marcos en 1933, 14.600 millones de marcos en 1936 y 16.100 millones de marcos en 1937.

Fenómeno que acompañó a esa economía nacional planificada fue la reducción orgánica del interés que bajó del 2,93 % en el año 1937 para los créditos a corto plazo al 6,23 % en el año 1932 y del 8,8 % en el año 1932 al 4,5 % en el año 1937 para los créditos a largo plazo.

Los ingresos del *Reich* fueron los siguientes:

- 1) En 1932 de 6.600 millones.
- 2) En 1933 de 6.800 millones.
- 3) En 1934 de 8.200 millones.
- 4) En 1935 de 9.600 millones.
- 5) En 1936 de 11.500 millones.
- 6) En 1937 de 14.000 millones.
- 7) Y en 1939 pasarán de 17.000 millones.

De la copia de datos que prueban este gigantesco incremento de la producción alemana y, por consiguiente, el impulso de la economía, no voy a citar más aquí que unas cuantas cifras.

Una de las bases principales de nuestra economía nacional está en nuestra riqueza carbonífera.

La extracción de hulla fue:

- 1) En 1932 de 104,7 millones de toneladas.
- 2) En 1933 de 109,7 millones de toneladas.
- 3) En 1934 de 124,9 millones de toneladas.
- 4) En 1935 de 143 millones de toneladas.
- 5) En 1936 de 158 millones de toneladas.
- 6) En 1937 de 184,5 millones de toneladas.

También la extracción de lignito ofrece un cuadro análogo:

- 1) En 1932 fue de 122,65 millones de toneladas.
- 2) En 1933 fue de 126,79 millones de toneladas.
- 3) En 1934 fue de 137,27 millones de toneladas.
- 4) En 1935 fue de 147 millones de toneladas.
- 5) En 1936 fue de 161,37 millones de toneladas.
- 6) En 1937 fue de 184,7 millones de toneladas.

Diputados pueblo alemán: este incremento anual de 80 millones de toneladas en la extracción de hulla y de 62 millones de lignito es factor de valoración distinto del de las tan alabadas democracias, en las que aumenta el dinero en circulación en tantos miles de millones sin contravalor alguno.

Un cuadro no menos imponente lo proporciona la producción alemana de acero y fundición así como la extracción del hierro, como sigue:

- 1) En 1933 la producción de acero fue de 9.660 millones de toneladas.
- 2) En 1934 fue de 13.555 millones de toneladas.
- 3) En 1935 fue de 16.010 millones de toneladas.
- 4) En 1936 fue de 18.614 millones de toneladas.

5) En 1937 fue de 19.207 millones de toneladas.

En el mismo tiempo aumentó la producción de fundiciones desde 1,4 millones de toneladas hasta 3,7 millones.

Estos son los resultados de un proceso de producción cuyos signos exteriores son los millares y millares de altos hornos y chimeneas, las miles y miles de fábricas y talleres donde han encontrado otra vez pan y trabajo esos millones de alemanes, que el nacionalsocialismo arrancó al desempleo forzoso.

Después de los Estados Unidos ha vuelto a ser Alemania hoy el principal productor de acero del mundo.

La producción de mineral de hierro fue en 1932 de 1,3 millones de toneladas y subió:

- 1) En 1933 a 2,6 millones de toneladas.
- 2) En 1934 a 4,3 millones de toneladas.
- 3) En 1935 a 6 millones de toneladas.
- 4) En 1936 a 7,5 millones de toneladas.
- 5) En 1937 a 9,6 millones de toneladas.

Hasta 1940, en virtud de las medidas ya adoptadas subirá hasta 20 millones de toneladas y a esto hay que añadir la explotación adicional dentro del Plan Cuatrienal donde sólo la Empresa Nacional Hermann Göring figurará con una producción que en 1940 pasará de los 21 millones de toneladas. Por consiguiente, la producción de mineral de hierro de Alemania será en total de 41 a 45 millones de toneladas por lo menos, frente a 1,3 millones en 1932.

Aquí puede ver el pueblo alemán que su crisis está vencida no con palabrería sino con medidas gigantescas y únicas.

Análogo es el resurgimiento de nuestra producción en otra serie de campos.

Por ejemplo:

- 1) La producción de bauxita subió de 1.360 toneladas en 1932 a 73.280 en 1937.
- 2) La de magnesita, de 0 a 21.000 toneladas.
- 3) La de fluorita de 36.000 a 127.000 toneladas.
- 4) La de espato pesado de 110.000 a 423.000 toneladas.
- 5) La de grafito de 21.000 a 24.000 toneladas.
- 6) La de cemento de 33.000 a 109.000 toneladas.
- 7) La de mineral arsénico de 2.800 a 26.400 toneladas.
- 8) La de piritas de 165.000 a 420.000 toneladas.
- 9) La de mineral de níquel de 0 a 87.000 toneladas.
- 10) La de mineral de plomo y de cinc de 1,18 a 2,4 millones de toneladas.
- 11) El beneficio de sal de potasa en bruto subió de 6.415 millones de toneladas en 1932 a 14,46 millones.
- 12) La extracción de petróleo subió de 238.600 toneladas en 1933 a 453.000 en 1937.
- 13) La producción de carburantes ligeros, es decir, bencina, etc., subió de 386.000 toneladas en 1933 a 1,48 millones en 1937 y excederá ahora de 1,7 millones, aunque todavía no han entrado en acción las grandes explotaciones del Plan Cuatrienal.
- 14) La producción de aceites para motores Diesel subió de 60.000 a 120.000 toneladas.
- 15) La de aceite lubricante de 45.000 a 140.000 toneladas.
- 16) La de aceite de combustión de 167.000 a 320.000 toneladas.

- 17) La de aceite de alumbrado de 19.000 a 40.000 toneladas.
- 18) La producción de lana subió de 4.700 a 7.500 toneladas en 1937.
- 19) La de lino de 3.100 a 24.000 toneladas.
- 20) La de cáñamo de 210 a 6.000 toneladas.
- 21) La de lana de celulosa de 4.000 a más de 100.000 toneladas.
- 22) La de seda artificial de 28.000 a más de 57.000 toneladas.

Podría prolongar esta serie con otros ejemplos que dan todos testimonio de un trabajo como jamás se ha realizado en nuestro pueblo.

A estos éxitos se añadirá dentro de pocos años el gigantesco resultado adicional del Plan Cuatrienal. ¿Qué quieren frente al record único en el mundo las insulsezas de los censores nacionales y extranjeros, las elucubraciones de periodistas torpes o malvados o de impotentes o ineptos parlamentarios? ¿No es, finalmente, una ironía de la Historia que precisamente los países que no tienen más que crisis, crean que deben criticarnos y darnos sanos consejos?

Sin consejo, y, sobre todo, sin ayuda de los demás, hemos intentado dominar una crisis frente a la cual están hasta ahora desarmados algunos Estados.

Ahora quisiera presentar al pueblo alemán los resultados en otras esferas de nuestro trabajo:

- 1) En 1932 el volumen de operaciones de la industria de la maquinaria alemana fue de 37,1 millones de marcos.
- 2) En 1933 de 42,1 millones de marcos.
- 3) En 1934 de 55,8 millones de marcos.
- 4) En 1935 de 73,3 millones de marcos.
- 5) En 1936 de 88,7 millones de marcos.
- 6) Y en 1937, en los primeros tres trimestres, de 111 millones de marcos.

En vehículos de motor se concedieron las siguientes licencias:

- 1) En 1932: 56.400 motocicletas.
- 2) En 1937: 234.000 motocicletas.
- 3) En 1932: 41.100 coches.
- 4) En 1937: 216.000 coches.
- 5) En 1932: 7.000 camiones.
- 6) En 1937: 56.600 camiones.

En total tenía Alemania hace cinco años y medio 1,5 millones de vehículos de motor y hoy 3 millones aproximadamente.

El auto popular aparecerá aquí, dentro de pocos años, con otras cifras completamente distintas.

Si en 1937 se han concedido cinco veces más licencias de camiones que en 1932, la exportación de automóviles ha aumentado casi ocho veces respecto a 1932.

Paralelo a este incremento del tráfico motorizado va el incremento del tráfico en general.

La navegación fluvial transportó en 1932 unas 73 millones de toneladas y en 1937 unas 130 millones de toneladas.

La gran regulación de ríos y construcción de canales completará la ya hoy inmensa

red de vías de navegación interior determinando un incremento del tráfico.

La navegación marítima alemana transportó en 1932 unas 36 millones de toneladas y en 1937 unas 61 millones de toneladas.

Los *cementerios de barcos* del Elba y del Weser, de 1932, y de otras regiones costeras alemanas han desaparecido.

A esto responden también las nuevas construcciones de nuestros astilleros.

En 1932, los astilleros alemanes tenían 22.000 toneladas de pedidos únicamente del país. Pedidos del extranjero, podía decirse que no había.

A fines de 1937 el cuadro es el siguiente: se han botado 370.000 toneladas para la nación y 350.000 toneladas para el extranjero. Todavía no se han botado otras 400.000 toneladas.

Esto arroja un total de 1,12 millones de toneladas.

Aquí no están incluidas las construcciones de la marina de guerra. Es decir, que los astilleros alemanes que en 1932 tenían pedidos por 22.000 toneladas trabajan actualmente en pedidos de 1,12 millones de toneladas exclusivamente para la marina mercante.

El número de vagones de los ferrocarriles alemanes para el tráfico de mercancías fue en 1937, por término medio, un 47 % mayor que en 1932. A esto correspondían los ingresos del tráfico de mercancías. El año 1937 presentó, un 70 % más de ingresos que 1932, un 78 % más de toneladas y un 83 % más del toneladas por kilómetro.

El número de camiones de mercancías de los ferrocarriles alemanes aumentó de 217 en 1932 a 3.137 en 1937; el número de líneas de autobuses de 53 a 1.131, y la longitud de las líneas de 1.321 kilómetros a 46.615 kilómetros. En la misma medida aumentó el tráfico con los coches rápidos.

El número total de personas transportadas por los ómnibus de la *Deutsche Reichsbahn* ⁽¹³⁾ subió de 480.000 personas en 1932 a 2,5 millones actualmente.

Los rendimientos de la *Deutsche Reichsbahn* los revela también el aumento del número de kilómetro por tonelada de explotación que de 178.000 millones se eleva a 274.000 millones y por consiguiente en un 54 %. En otros aspectos del tráfico de nuestros ferrocarriles se ve un incremento análogo que encuentra su última expresión en los ingresos que en 1932 son de 2.234 millones y en 1937 se elevan ya a 4.480 millones de marcos.

El aumento de la comunicación postal confirma este imponente esplendor general de nuestra vida económica.

El número de cartas subió de 5.600 a 6.400 millones en 1937.

El número de paquetes de 227 a 296 millones.

El número de cuentas postales de 1.021.819 a 1.119.372. Los haberes por término medio anual, de 461 a 729 millones de marcos.

Los registros de cheques postales, de 703 a 904 millones. El volumen de operaciones del cheque postal, de 103.000 a 161.000 millones. El número de abonados de teléfono, de 2.960.000 a 3.578.000. El número de envíos postales aéreos de 135.000 a 3,6 millones de kilogramos.

Los ingresos totales, de 1.658 a 1.940 millones.

Las líneas de autobuses del correo transportaron en 1933 a 60 millones y en 1937 a más de 80 millones de personas.

La longitud de las líneas postales aéreas subió de 31.000 a 62.000 kilómetros. El recorrido anual, de 9 millones de kilómetros a 18 millones de kilómetros. El número de pasajeros de 100.000 a 326.000. El número de aeródromos aumentó desde 1933 en más

de 100, a los cuales hay que añadir 62 campos de aterrizaje para tráfico y fines industriales.

Desde 1933, la Federación Alemana de Vuelo Deportivo comprende 600.000 miembros. En 1937 contaba el cuerpo de aviadores nacionalsocialista 3 millones de miembros de los cuales 50.000 activos con 6 escuelas de vuelo de motor y 22 de vuelo a vela y 400 aviones de motor y 4.600 de vela.

Enorme es el desarrollo de la construcción de carreteras alemanas. Para la conservación y construcción de carreteras alemanas incluyendo las autopistas se gastaron:

- 1) En 1932: 440 millones de marcos.
- 2) En 1933: 708 millones de marcos.
- 3) En 1935: 1.325 millones de marcos.
- 4) En 1937: 1.450 millones de marcos.

Pusiéronse en construcción 2.300 kilómetros. La red de autopistas es la mayor construcción del mundo y con 240 millones de metros cúbicos de tierra removida excede ya en mucho a las obras del canal de Panamá.

En las carreteras alemanas se ampliaron de 1934 a 1937 unos 10.000 kilómetros hasta 6 metros de firme y de 8 a 10 metros en total. Unos 7.500 kilómetros fueron provistos de firmes duros o semiduros. Se renovaron o se construyeron nuevos 344 puentes, se hicieron desaparecer centenares de pasos a nivel y se realizaron desvíos de carreteras en los pueblos.

Al mismo tiempo se ensancharon 6.000 kilómetros de carreteras de primero y segundo orden, se dio a 5.000 kilómetros un firme duro o semiduro. Se renovaron o se construyeron para ellas unos nuevos 600 puentes y asimismo se hicieron desaparecer muchos pasos a nivel y se realizaron desvíos de carreteras en los pueblos.

Se construyeron los siguientes grandes puentes: seis en el Rin, cuatro en el Elba, dos en el Oder, tres en el Danubio, uno en el Weser y uno en el Pregel.

En las autopistas se construyeron además 3.400 puentes en números redondos.

Al enorme incremento de la obra realizada en éste y en otros terrenos, corresponde, el de la actividad en la construcción de la vivienda que alcanza en 1937 la cifra de 340.000, o sea más del doble que en 1932.

En total, desde la toma del poder por el nacionalsocialismo se añadieron al mercado 1,4 millones de nuevas viviendas.

Quisiera completar todavía esto diciendo algo sobre nuestras grandes organizaciones y sobre nuestra obra de Previsión Social.

El número de miembros del Frente Alemán del Trabajo fue en 1937 de 17.913.000. Con los miembros corporativos se eleva el número a más de 20 millones. No están incluidos aquí los miembros de la Cámara Nacional de Cultura y los del Departamento de la Alimentación.

Y he aquí lo que se ha hecho en favor del trabajador:

El ordenamiento de tarifas:

- 1) Antes de la toma del poder puede caracterizarse *grosso modo* ⁽¹⁴⁾ de esta manera: 13.000 contratos de tarifa, lucha de grupos de intereses, esquematismo de tarifas, nivelación de las condiciones de trabajo, salarios bajo tarifas, forcejeos, huelgas y

cierres patronales, descontento general.

2) A los cinco años de reconstrucción nacionalsocialista: 7.000 reglamentos de tarifas, orden en las relaciones jurídicas, en lugar de esquematismo de tarifas y condiciones mínimas, organización del salario de rendimiento, desaparición de las luchas de clases y del salario bajo tarifa, eficaz protección de todas las exigencias sociales, compensación social mediante el Frente Alemán del Trabajo, paz social en general.

Las vacaciones:

1) Antes de la toma del poder: las vacaciones son generalmente a costa del trabajador, no hay derecho legal a ellas, largo tiempo de espera hasta que se conceden por primera vez, insuficiente duración de vacaciones que, a lo sumo, alcanzan a cinco días.

2) A los cinco años de reconstrucción nacionalsocialista: todo alemán que trabaja tiene derecho a unas vacaciones retribuidas, en lugar de unas vacaciones máximas, vacaciones mínimas, graduación de las vacaciones por el tiempo de servicio en la empresa, por la edad, la edad profesional y la intensidad del trabajo, escaso tiempo de espera que por regla general es de seis meses hasta el primer permiso de vacaciones, mayor duración de vacaciones, hasta dieciocho días para los jóvenes, vacaciones también para los trabajadores temporarios, sano descanso mediante los viajes de bajísimo costo de la organización del Frente Alemán del Trabajo, la Fuerza por la Alegría.

La política de salarios:

1) Antes de la toma del poder: el salario igual al precio del producto *trabajo*, esquemático salario máximo, influencia del desempleo en el salario, salario bajo tarifa, quitas de salarios de acuerdos y pasividad en el rendimiento, inseguridad del ingreso, pérdida de salario los días festivos.

2) A los cinco años de reconstrucción nacionalsocialista: seguridad del derecho al trabajo, seguridad de un mínimo de ingresos, aumento del salario con el aumento de la producción, vinculación del salario al rendimiento, seguridad del ingreso, medidas para compensación de las cargas de familia, pago de los días festivos, etc.

Respecto del cuidado de la salud del pueblo, y conociendo que la conservación de la salud del hombre trabajador es de gran importancia para el pueblo y para el *Reich*, el Frente Alemán del Trabajo prestó especial atención a este punto como lo demuestran las siguientes cifras de 1937: sobre los reconocimientos higiénicos de las empresas e inspecciones, en números redondos, 17.000, sobre los reconocimientos médicos de personal de las empresas con tratamiento en caso de enfermedad, 620.000. Se realizaron unas 36.000 visitas de inspección de empresas. La suma invertida en mejoras de orden social por las empresas pasa de 600 millones marcos desde 1933.

Todo esto se perdía antes en huelgas y cierres patronales.

Especificando, se realizaron mejoras o se erigieron nuevos: 23.000 salas de trabajo, 6.000 patios de talleres, 17.000 comedores y salas de estar, 13.000 lavatorios y guardarropas, 800 casas de camaradería y 1.200 campos de deportes.

Se realizaron además mejoras para el alojamiento de las tripulaciones en 3.600 barcos. En la obra de Embellecimiento de los Pueblos han tomado parte hasta ahora 5.000 de ellos.

La obra de Educación del Pueblo permitió al trabajador asistir a 62.000 actos culturales, conferencias, cursillos, trabajos de educación en las empresas, ciudades y pueblos, comunidades de trabajo, guías, excursiones, instructivas, exposiciones, etc.

Estos actos culturales fueron visitados en 1936 por más de 10 millones de personas. También 48.000 representaciones teatrales alcanzaron 22,1 millones de espectadores; 47.000 proyecciones cinematográficas, más de 18,6 millones; 11.000 conciertos, 5,6 millones; 1.300 exposiciones en las fábricas, unos 3,3 millones; 121.000 actos culturales, en números redondos, un total de 50 millones de personas. A la vez se atendió a unos 600 campamentos de Comunidad de Trabajadores (campamentos de las autopistas, campamentos de las carreteras alpinas, campamentos de las construcciones para el ejército, etc.) con un personal de más de 180.000 hombres. En más de 300 espectáculos especiales se proporcionó esparcimiento a 190.000 soldados y jóvenes del Servicio de Trabajo. Unos 74.000 hombres participaron en los viajes por tierra y por mar, etc. Hubo más de 30 actos de comunidad entre el ejército y el Servicio de Trabajo con 225.000 participantes. Unos 48.000 conciertos en fábricas con bandas militares y del Servicio de Trabajo fueron oídos por más de 500.000 compatriotas. En total se dio a más de 2 millones de personas ocasión de esparcimiento y recreo.

En el deporte tomaron parte desde 1934 unos 21 millones de personas en más de 1 millón de horas de ejercicio. En las playas se atiende deportivamente a 350.000 compatriotas. La dirección del deporte está encomendada a 4.500 profesores. ¿Cuándo se ha hecho tanto por el trabajador?

Desde 1934 se realizaron 384 cruceros marítimos en los que participaron 490.000 personas, más de 60.000 viajes por tierra con más de 19 millones de participantes, 113.000 excursiones en las que figuraron 3 millones de personas. El Frente Alemán del Trabajo dispone de 9 transatlánticos, de ellos 4 propios. Solamente los gastos realizados hasta ahora para la flota de la Fuerza por la Alegría ascienden a 21 millones de marcos. Los gastos totales para la Fuerza por la Alegría sin contar las inversiones de capital y las construcciones de barcos, importan desde 1934 unos 77 millones de marcos. Desde la creación de la organización Fuerza por la Alegría en 1934 se han contado 155 millones de participantes en los diferentes actos, viajes, etc., organizados por ella.

Una institución completamente nueva y genuinamente nacionalsocialista es el Servicio del Trabajo. En 1933 había en el Servicio del Trabajo una docena de grandes asociaciones y unas cien más pequeñas. Al año y medio, y paulatinamente, se había asegurado en lo esencial la organización del nuevo Servicio Femenino del Trabajo que cuenta con 25.000 jóvenes. Desde 1933 han pasado por la escuela del Servicio del Trabajo 1,85 millones de hombres y más de 120.000 mujeres.

También el cuadro de la educación alemana de la juventud es imponente.

Antes de tomar el poder, la juventud alemana estaba disgregada en numerosas asociaciones.

Hoy en día, en cambio, en todo el territorio del *Reich* hay una sola organización para la juventud, la Juventud Hitleriana y la Liga de Muchachas Alemanas. Contaba en 1937 con más de 7 millones de socios. Al servicio de esta enorme organización moderna de la juventud están los siguientes de jefes:

- 1) 59 jefes territoriales y jefes superiores.
- 2) 1.365 jefes femeninos de sección, de sección juvenil y regionales.
- 3) 9.000 jefes femeninos de sub-sección y de distrito.
- 4) 550.000 subjefes y jefes femeninos.

El número de participantes en competiciones profesionales del *Reich* fue el siguiente:

- 1) En 1934 de 500.000 jóvenes.
- 2) En 1935 de 750.000 jóvenes.
- 3) En 1936 de 1.036.000 jóvenes.
- 4) En 1937 de 1.800.000 jóvenes.

Un cuadro análogo ofrecen los concursos deportivos del *Reich* en los que tomaron parte:

- 1) En 1932: 1,6 millones de participantes.
- 2) En 1934: 2,5 millones de participantes.
- 3) En 1935: 3,7 millones de participantes
- 4) En 1936: 5,8 millones de participantes.
- 5) Y en 1937: 6,1 millones de participantes.

La Juventud Hitleriana de marina cuenta con 45.000 jóvenes. La Juventud Hitleriana motorizada 60.000. Al servicio del perfeccionamiento de aviación fueron instruidos para labores comunes en la sección de vuelo sin motor 55.000 afiliados a la juventud alemana.

Unos 74.000 jóvenes están organizados en las unidades de aviación de la Juventud Hitleriana. Sólo en el año 1937, 15.000 jóvenes aprobaron el examen de vuelo sin motor.

En la instrucción de tiro de pequeño calibre hoy en día se preparan regularmente 1,2 millones de jóvenes, dirigidos por 7.000 jefes.

En la actualidad, tan sólo para la Juventud Hitleriana se están construyendo 1.400 viviendas y gran número de escuelas.

La organización de albergues para la juventud disponía en 1937 más de 2.000 albergues con, en cifra redonda, 8 millones de alojamientos. Esta cifra supone más de ocho veces tantos alojamientos como los de todos los albergues del mundo.

Para la asistencia de esta juventud en la organización de la Juventud Hitleriana están ocupados más de 4.000 médicos, 800 dentistas de ambos sexos, en cifra redonda, 500 farmacéuticos, a quienes asisten 40.000 jóvenes ayudantes y 35.000 enfermeras. El cuidado de los distintos jóvenes y niñas está a cargo de 30.000 médicos proporcionados por el Departamento de Beneficencia. Todos los años la juventud alemana es sometida a un reconocimiento facultativo. El número de éstos llega en la actualidad todos los años a 1 millón.

En grandes organizaciones sociales ocupa el primer lugar el Auxilio Alemán de Invierno. Las sumas recaudadas fueron:

- 1) En 1933: 350 millones de marcos.
- 2) En 1934/35: 360 millones de marcos.

- 3) En 1935/36: 371 millones de marcos.
- 4) En 1936/37: 408 millones de marcos.

Por lo tanto, en total, en cifras redondas, tenemos a este respecto unos 1.490 millones de marcos.

Esta enorme cifra supone más de 300 millones de marcos de donativos voluntarios más que en los años 1912/13, en que se cobró el célebre impuesto de defensa nacional. Esta enorme obra benéfica social es ampliada con donativos de más de 10 millones de marcos procedentes de los subsidios del Departamento Donativo del Trabajo.

A esto hay que agregar el donativo llamado Agradecimiento a los Artistas de más de 3,5 millones de marcos y el subsidio llamado Goebbels-Stiftung, de más de 1 millón de marcos.

Antes de hacerme cargo del poder, no existía nada que se pudiera comparar con estos enormes resultados, gracias al nacionalsocialismo.

La participación entusiasta del pueblo alemán en su desenvolvimiento total se pone de manifiesto con el aumento continuo de concurrencia a las representaciones públicas, de teatros y cines, así como con el enorme crecimiento del número de radioyentes.

Tan sólo en el año 1937 se celebraron quince exposiciones políticas, que fueron visitadas por más de 18 millones de personas. El número de radioyentes aumentó en el año 1932 de 4.200.000 a 9.087.000 del año 1937 y los ingresos por tal concepto pasaron de 93 a 204 millones.

El número de receptores de radio fabricados llegó:

- 1) En 1932 a 1.011.000.
- 2) En 1937 a 1.681.000 más.
- 3) En 1937 a 475.000 receptores populares.

En total, desde que llegué al poder, se suministraron más de 10,5 millones de receptores.

El número de teatros alemanes abiertos era en 1932 de 199 y en 1937 de 263.

El número de actores ocupados aumentó de 22.000 a 30.730.

Indico todo esto para desmentir aquellas afirmaciones de una prensa extranjera con mala intención, que pretende afirmar que en Alemania desde mi advenimiento al poder la vida cultural se halla en mala situación.

El cuadro general del desarrollo cultural alemán se pone de manifiesto también por el valor que le conceden otros países. Numerosos grandes premios, diplomas de honor y medallas de oro evidencian el mérito del desarrollo cultural alemán.

El número total de revistas editadas aumentó de 9,5 millones que llegó hasta 15 millones en 1937. Incluso los periodistas extranjeros que visitaron Alemania, que fueron 872 en 1932, subieron nada menos que a 2.973 en 1937.

El turismo registró en el año 1932 unos 14.305.000 viajeros y 49 millones de plazas de alojamiento. Dichas cifras aumentaron en 1937 a 27 millones y 103 millones respectivamente.

El número de extranjeros que visitaron Alemania en el año de 1932 fue de 1.114.000 y en 1937 pasó a 2.400.000. El número de plazas de alojamiento aumentó de 2.673.000 a más de 7 millones.

Las recaudaciones de cine importaban en 1932 176 millones de marcos, mientras que

en el año 1937 fueron de 290 millones de marcos.

Sí, por lo tanto, termino este cuadro acreditativo del gigantesco desenvolvimiento de la vida alemana, que yo expongo por medio de algunas cifras y datos, tomados del gran número de gigantescas estadísticas existentes, no puedo encontrar otro testimonio concluyente más elocuente que la cifra relativa al aumento de nacimientos.

Porque en el año de 1932 nacieron en Alemania 970.000 niños. Esta cifra aumentó todos los años y en 1937 alcanzó la de 1,27 millones.

En suma, gracias al nacionalsocialismo, desde que me hice cargo del poder, en el pueblo alemán nacieron más de 1,16 millones de niños.

Esto constituye no solamente un motivo de orgullo para nuestras madres alemanas, sino también de agradecimiento a nuestra previsión.

Para su labor pacífica, sin igual, nacieron en la nación durante los cinco últimos años 1,16 millones de varones y mujeres, alemanes, quienes constituyen una prueba evidente de la enorme labor realizada por el movimiento nacionalsocialista de nuestro pueblo y de la bendición de Dios.

¡Señores diputados del parlamento!

He procurado presentar a ustedes y al pueblo alemán con la escueta relación numérica expuesta, una prueba documental de la labor constructiva realizada que es, en magnitud y efecto, sin precedentes.

Yo y todos mis colaboradores y con nosotros todo el pueblo alemán, podemos estar orgullosos de estos cinco años, durante los cuales, en todos los ramos de nuestra vida económica, se ha llegado a resultados tan gigantescos.

¡Qué ridícula resulta en cambio la crítica de todos aquellos que no oponen a la labor nacionalsocialista de desenvolvimiento otra cosa que las murmuraciones suscitadas por su ignorancia y su mala fe! Sabemos también que, aparte de los holgazanes profesionales y los intrigantes, todo el pueblo alemán reconoce esta magnífica labor. Pero, mientras se tratara de una prensa extranjera realmente corrompida, a nosotros, alemanes, no nos importaría nada lo que expusieran a su público creyente si esta propaganda nefasta no amenazara la paz de los pueblos.

No por esto han de disminuir nuestras cifras de producción; siempre se mantienen, no pueden discutirse, ni negarse. Pero, que a estos agitadores subversivos y difamadores internacionales les falle el resultado también en otro sentido, esto lo hemos previsto y asegurado.

Así, pues, señores diputados, les he expuesto el desarrollo alemán económico, social y cultural. Yo sé que esto les ha hecho a ustedes y a los millones de alemanes una viva impresión. Pero este trabajo he de ampliarlo aún por aquella labor que para la Historia tiene mucha más importancia.

En estos últimos cinco años hemos creado del pueblo más humillado y débil, porque en su interior estaba desmoronado e inseguro, un país de la mayor confianza en sí mismo y con los sentimientos nacionales más arraigados.

Y ante todo: hemos dado a esta nación alemana un arma que nos ofrece la garantía debida contra las conocidas malas intenciones de la propaganda agitadora de una prensa internacional, que encontrará en las fronteras del *Reich* una resistencia férrea.

Yo considero estos resultados mucho mayores que los alcanzados en el ramo económico porque los prejuicios que en esta ocasión se tenían que aclarar a menudo, parecían mucho más arraigados que todos los entorpecimientos y dificultades

económicos.

Cuán grande es el éxito de la educación y formación nacionalsocialista de nuestro pueblo, pueden ustedes deducirlo ante todo por el hecho de que precisamente este fenómeno es incomprensible para la mayor parte de las personas extranjeras que nos juzgan y por los críticos.

En estas últimas semanas ustedes habrán oído hablar del rumor para nosotros completamente incomprensible de ciertos periodistas extranjeros que en el año 1938 hablan de que el nacionalsocialismo acaba de apoderarse del ministerio de Asuntos Extranjeros o de que actualmente hay una lucha entre la *Reichswehr*, habiendo olvidado estos pobres hombres que entre tanto hay un ejército alemán y el partido o que el *ala* nacionalsocialista está a punto de supeditar la economía a sus órdenes y otras tonterías análogas.

¡Qué mal conciben nuestra revolución nacionalsocialista!

Cuando hace cinco años me hice cargo del poder yo era ya entonces el *Führer* del partido alemán más importante bajo todos los conceptos.

Tampoco hoy en día hay en alguno de los países llamados democráticos, un movimiento político que cuente con un número superior de votos de los que obtuve en su día y esto a pesar del continuo terror y de la opresión ejercidos por un régimen que nos odia hasta la muerte.

No fue entonces nuestra misión la de imbuir por la fuerza al pueblo alemán nuestro mundo de ideas, sino que fue nuestra intención unirlo por esta ideología, es decir, suprimir todas aquellas instituciones de tiempos pasados que podían considerarse únicamente símbolos del quebrantamiento alemán y con ello de su debilidad.

Pereza e inconsciencia por un lado y mala intención por otro, luchaban entre sí para convencer al pueblo alemán de que su anárquica vida política interior o sea, que su lamentable desmoronamiento político era señal inconfundible de la esencia y carácter alemanes. Para ellas una Alemania democrática despedazada y débil ante todo el mundo, era un representante más digno del pueblo alemán que un pueblo bajo una dirección y con una voluntad, unido, glorioso y considerado. Ellas hablaban de *características* políticas y culturales eternizando con ello la división de la nación alemana, el desamparo de nuestro *Reich* y su consecuencia, la falta de derechos de todos los alemanes. Luchar contra esta conspiración e implantar la nueva concepción de una comunidad nacionalsocialista, fue quizás la empresa más difícil. Yo no creo que alguien pueda discutir el resultado de este gran comienzo.

Lo primero que me pareció necesario, fue que nuestro pueblo alemán recuperara su confianza en sí mismo, antes perdida. A este objeto tuve que exigir a menudo sacrificios que a ciertos alemanes les parecieron quizás incomprensibles.

Ante todo era conveniente destruir aquel espíritu que había sido fomentado por los gobiernos en el poder antes de nosotros y que llevaba no sólo a un desastre militar, sino sobre todo al derrotismo. ¡Cuántas veces pudimos oír a menudo en estos años que el pueblo alemán en sí es digno de consideración, pero en su condición, y sobre todo, también en la importancia de sus valores, no podía compararse con los pueblos de nuestras llamadas grandes democracias!

A nuestro pueblo se le había dicho muchas veces que su porvenir tenía que verlo en el homenaje de los éxitos de otros en lugar de ser él mismo capaz de realizar tales obras. Se recurría a la pereza espiritual y física para disculpar la pereza espiritual y física del gobierno de entonces. Se limitaban los problemas vitales de la nación porque se era demasiado débil para arrostrarlos. Y se destruía la fe del pueblo en sí mismo, para

que aprendiera a conformarse finalmente con este problema vital limitado artificialmente. En contraposición con ello, consideré que mi primera misión y la más importante era la de que el pueblo alemán recuperara su conciencia, para lo cual aproveché todo medio y ocasión que se me presentó; luego, sacarle de la maldita duda sobre sus buenas cualidades y hacerle de nuevo un pueblo orgulloso y consciente. Por esta razón he exigido tantas veces sacrificios que para su realización requerían los máximos esfuerzos. Yo quería y quiero también en lo futuro, que el pueblo alemán pueda mostrar con el ejemplo práctico de su capacidad, en los resultados de su trabajo que con respecto a otros pueblos no es de segundo orden, ni mucho menos inferior, sino que puede compararse a éstos en todos sus verdaderos valores y en el más elevado sentido de la palabra y que, por lo tanto, es digno de la misma consideración y con ello merece los mismos derechos.

Por esta razón he odiado y, por tal motivo, suprimido también aquellas instituciones que contribuían a educar al pueblo alemán dentro de un espíritu tan mezquino ¡únicamente nuestros politicastros cortos de alcance necesitaban los pequeños Estados individuales! ¡Sólo ellos inventaron el llamado *valor* de estos pueblos de antes, a fin de que su limitación propia no tuviese que traicionarles al tratarse de más arduas tareas! Aquel lamentable concepto de que es mejor ser primero en su pueblo que segundo en un gran imperio, se ha convertido en el credo de todos aquellos que son demasiado limitados para poder desempeñar el primer papel en una gran comunidad, pero demasiado ambiciosos o perniciosos, para contentarse con un papel secundario o de tercer lugar y que por esto hubiesen preferido despedazar la nación en pequeños fragmentos, para que el gran número de sus propias apreciaciones les hubiera puesto en un lugar representativo.

La revolución nacionalsocialista se habría quedado a medio camino si ella no hubiese puesto el interés de la nación como totalidad por encima de sus países de antaño y sobre todo por encima de los orígenes soberanos de éstos. No solamente los partidos tenían que desaparecer, sino que los parlamentos de nuestros países sobraban. En el *Reich* puede haber únicamente una soberanía. Esta surge de la totalidad del pueblo alemán y no de una parte del mismo. Al suprimir la autonomía de estos países con sus parlamentos como representantes de una soberanía propia, levantamos la base para la soberanía verdadera del pueblo alemán en su totalidad.

El porvenir del *Reich* está asegurado desde el momento en que el *Reich* pasó a ser la representación soberana y única de Alemania. El principio inalterable de que a un pueblo le pertenece también un *Reich*, ha librado a Alemania de las numerosas ataduras con sus diversos países componentes y como consecuencia ha llevado a un desarrollo de fuerza que hoy en día repercute en mayor provecho de los alemanes dentro de los distintos países, de lo que antes hubiese sido posible.

En todos los ramos de nuestra vida hemos conseguido por fin ahora, poder abarcar aquellos problemas verdaderamente grandes y, sobre todo, también asegurar aquellos medios materiales que son la condición para la realización de grandes obras.

Así, el nacionalsocialismo en pocos años ha recuperado lo que durante siglos se había dejado de hacer y reparado las faltas que numerosas generaciones antes habían cometido. Así, suprimiendo la división interior regional y de partidos políticos fue posible plantear siempre y resolver precisamente aquellos problemas, lo que ya ahora es un motivo de orgullo y con ello de consideración propia para todo el pueblo alemán.

Grandiosas vías de comunicación, construcciones industriales gigantescas, obras y proyectos urbanos, puentes enormes han sido proyectados, están para construirse y

también en parte han sido ya terminados.

Una vez que haya transcurrido el siguiente quinquenio, los alemanes podrán apreciar estos resultados en toda su grandeza que llenará del mayor orgullo a todo el pueblo.

Para estos resultados también es necesaria sobre todo la constitución de un gobierno y dirección del pueblo que esté tan lejos de una democracia parlamentaria como de una dictadura militar. El nacionalsocialismo ha dado al pueblo alemán aquella dirección, que como partido no sólo moviliza la nación, sino que ante todo la ha organizado, es decir, en tal manera, que a base del principio natural de la selección parece garantizada para siempre la continuidad de una dirección política segura. Y éste es quizás uno de los capítulos de más orgullo de la historia de los cinco años que nos precedieron.

El nacionalsocialismo no ha conquistado el ministerio de Negocios Exteriores de Alemania el 4 de febrero como quizás cree algún plumífero internacional, sino que está toda Alemania en su poder desde el día, en que hace hoy cinco años, el presidente Hindenburg me otorgó el cargo de canciller. No hay una institución en este Estado que no sea nacionalsocialista. Pero, sobre todo en estos cinco años el partido nacionalsocialista no sólo ha convertido la nación al nacionalsocialismo, sino que le ha dado aquella organización acabada que para lo futuro garantiza su mantenimiento y continuidad.

La mayor seguridad de esta revolución nacionalsocialista estriba en la inclusión total, interior y exterior del *Reich*, según su dirección, y en todas sus organizaciones e instituciones mediante el partido nacionalsocialista. Su defensa reside, de fronteras afuera, en el nuevo ejército nacionalsocialista.

¡Señores! En estos días hace dieciocho años proclamé por primera vez el programa del partido. Entonces, cuando Alemania tenía que soportar la mayor humillación y la mayor deshonra surgida en la desesperación más profunda, proclamé como ideal del partido nacionalsocialista, entre otras cosas, la supresión de nuestro ejército mercenario, impuesto por el Tratado de Versalles y la implantación de un ejército nacional, grande y fuerte.

Como soldado alemán desconocido, había yo enarbolado este programa audaz, luchado durante catorce años en la oposición contra un mundo de odiosos enemigos interiores y exteriores y ¡a los cinco años está ahora realizado! No tengo por qué entrar en detalles sobre estas grandes obras del nuevo *Reich*. Tan sólo voy a consignar lo siguiente: el ejército alemán de paz está implantado. Una aviación militar alemana protege nuestra patria. Una nueva marina de guerra, nuestras costas. En medio del aumento de nuestra producción general fue posible realizar un rearme sin igual.

Si hoy en día a eruditos extranjeros les sirve para tranquilizarse, pueden creer que en Alemania entre el ejército y el nacionalsocialismo sabe Dios cuántas diferencias existen. Gustosos les damos sin más esta interna satisfacción. Pero, si de ello quisieran llegar otro día a otras conclusiones, entonces sepan lo siguiente: no hay en Alemania ningún problema interior entre el Estado y el partido nacionalsocialista y ningún problema entre el partido y el ejército nacionalsocialista. ¡En este *Reich* es nacionalsocialista todo aquel que ocupa cualquier puesto de responsabilidad!

Todo soldado alemán ostenta el emblema nacionalsocialista. Toda institución de este *Reich* está bajo la dirección superior política, todas las instituciones de este *Reich* han jurado y están unidas en la voluntad y resolución a representar está Alemania nacionalsocialista y, de ser necesario, a defenderla hasta el último aliento.

No hay que hacer caso, no nos tenemos que dejar enseñar por aquellos elementos que ya en Alemania fueron los peores profetas. El partido lleva al *Reich* en su política y el

ejército defiende este *Reich* con las armas. Toda institución en este *Reich* tiene su misión y en este Estado no hay nadie en un puesto de responsabilidad que dude de que el *Führer* autorizado de este *Reich* no sea yo y que la nación con su confianza no me haya otorgado el mandato de representarla en todas partes y en cualquier sitio.

Y así como el ejército alemán está adicto en fidelidad y obediencia ciega a este Estado nacionalsocialista, de la misma manera este Estado nacionalsocialista y su partido que dirige, están orgullosos y satisfechos de su ejército.

En él apreciamos la cúspide de una educación nacionalsocialista del hombre alemán desde su juventud. Lo que él adquiere en sus organizaciones políticas, en su comportamiento político y espiritual es ampliado en este caso por su instrucción y educación como soldado.

Es para mí un deber ineludible en estos momentos, rendir homenaje a aquellos hombres que, fieles al ejército, a la armada, a la marina y a la aviación militar, me han ayudado a levantar este magnífico instrumento del Estado.

Correspondiendo al deseo del Mariscal von Blomberg, después de terminar la primera gran labor reconstructiva, tuve que atender a sus requerimientos y por motivos de salud, admitirle la dimisión. Pero en esta ocasión, quiero expresarle mi agradecimiento y el del pueblo alemán por la labor fiel y sincera que este soldado realizó por el nuevo *Reich* y su ejército. Esta labor irá siempre unida a la historia de la fundación del III *Reich*. Lo mismo puede afirmarse de la actividad y méritos del General von Fritsch y de todos aquellos que en pro del rejuvenecimiento de nuestro cuerpo de jóvenes jefes políticos y militares, ponen a la disposición sus puestos llevados de sentimientos nobles y patrióticos.

Todos sabemos muy bien los méritos de ese ejército de 100.000 hombres que nos proporcionó la firme base para el rearme rápido del ejército alemán actual. Pero también es cierto que para solucionar los nuevos y enormes problemas necesitamos que afluyan continuamente nuevos elementos jóvenes. Y todos sabemos, ante todo, que los problemas futuros requieren una colaboración mucho más intensa del poderío político y militar del *Reich*, de lo que antes quizás era necesario.

Por tal razón, si después de la dimisión del Mariscal von Blomberg me decidí a ejercer el mando directamente del ejército, la marina y la aviación y asumir la dirección general militar creo que con ello vendrá en breve aquel robustecimiento de nuestras fuerzas militares que las circunstancias generales actuales parecen indicar. Una seguridad deseo hoy dar al pueblo alemán, como su *Führer* elegido por él, a saber: de la misma manera que dependemos de la paz, tanto más dependemos de nuestro honor y de los derechos inalienables de nuestro pueblo.

Tanto como yo soy partidario de la paz, de la misma manera también procuraré que a nuestro pueblo nunca más le sea debilitado o incluso arrebatado el instrumento que, según mi convencimiento, es apropiado para guardar y garantizar la paz con éxito en épocas tan intranquilas.

Y así como puedo transmitir al mundo la seguridad del sincero y hondo amor a la paz del pueblo alemán, tanto menos quisiera poner en duda que este amor a la paz tenga algo que ver con la débil renuncia, ni con la cobardía deshonrosa. Pero, si alguna vez los agitadores y difamadores internacionales intentaran interrumpir la paz de nuestro *Reich*, acero y hierro serán los que defenderán al pueblo alemán y a Alemania.

Y entonces el mundo vería con la rapidez del rayo cómo este *Reich*, pueblo, partido y ejército están fanatizados por un espíritu y voluntad únicos.

Por lo demás, no es mi intención proteger especialmente al honorable cuerpo alemán

de oficiales ante las calumnias de una prensa internacional, ya que entre los periodistas hay dos clases de personas: los partidarios de la verdad y los que mienten, que son unos embusteros infames, engañadores de pueblos y agitadores subversivos.

Pero en cambio, hay una sola clase de oficiales alemanes.

Ustedes, señores, han visto antes el cuadro de un desenvolvimiento histórico gigantesco que hemos dado a Alemania por medio de la revolución nacionalsocialista y la dirección del partido. La grandeza de este éxito nos obliga, sin embargo, también a velar por el futuro.

El programa económico de este futuro os es conocido. No hay para nosotros otro camino que el de aumentar nuestro trabajo y con ello la producción y los ingresos. El pueblo alemán es un pueblo con un nivel de vida muy elevado. Si el resto del mundo en vez de estar influido por los periodistas, lo fuese sólo por gobernantes de categoría, tendría que estar agradecido por este hecho. Porque cuanto más elevado está el nivel de vida y cultural de un pueblo tanto más anhela la paz. Él sólo da la posibilidad de realizar aquellas obras capaces de responder a los requisitos de un nivel de vida tan elevado.

Nuestra situación económica es dura. No, de ningún modo, porque en Alemania rige el nacionalsocialismo, sino porque viven ciento cuarenta personas en cada kilómetro cuadrado, porque a nosotros la Providencia no nos ha dado las riquezas naturales y minerales de otros países, porque ante todo carecemos de una tierra fértil. Si hoy en día Gran Bretaña se deshiciera e Inglaterra estuviese únicamente supeditada a vivir de su propio país, entonces quizás se comprendería allí enseguida mejor lo duros de soportar que son los problemas económicos que nos abruman. Que Alemania resolviese estos problemas y cómo lo hizo, es en realidad un milagro y una razón para nosotros para estar realmente orgulloso de ello. Si un pueblo que no dispone de ninguna reserva de oro, ni de divisas y no porque aquí rige el nacionalsocialismo, sino porque el Estado no nacionalsocialista, sino democrático parlamentario de antes, durante quince años fue desvalijado por un mundo ambicioso; si, por lo tanto, un pueblo que tiene que alimentar a ciento cuarenta personas en cada kilómetro cuadrado y está desposeído de todo territorio colonial; si un pueblo que carece de numerosas materias primas y que tampoco tiene la posibilidad ni desea llevar una existencia fraudulenta por medio de créditos, si un pueblo en cinco años reduce a cero el número de los que están sin trabajo, no sólo mantiene el nivel elevado de vida, sino que lo mejora y todo esto de su propio esfuerzo; si un pueblo consigue realizar tamaño milagro, entonces cuando menos deberían callarse todos aquellos, que a pesar de disponer de las mayores condiciones económicas apenas llegan a resolver su propio problema de los desempleados.

También en lo sucesivo, será nuestra tarea preservar al pueblo alemán de toda ilusión. Pero la peor ilusión es siempre la de creer poder disfrutar algo de lo que no se haya creado antes o producido por medio del trabajo, en otras palabras: en lo futuro también será nuestra obligación imbuir a cada alemán, en la ciudad y en el campo, que el valor de su trabajo ha de ser siempre igual a su jornal. Eso quiere decir: el labrador puede recibir solamente por sus productos agrícolas lo que el ciudadano haya trabajado con su esfuerzo y el ciudadano puede ser retribuido solamente con el producto del trabajo del labrador y todos entre sí pueden hacer transacciones con lo que producen y que el dinero juegue en ellas el papel de mediador. El dinero no lleva en sí ningún contravalor. Todo nuevo marco que en Alemania se pague, supone nuevo trabajo por el valor de este marco. Por lo demás, es este marco una pieza insignificante que no posee ningún valor adquisitivo.

Pero queremos que el marco alemán quede como una moneda honrosa, sea un crédito

del producto del trabajo realizado el uno por el otro de la misma honrada forma.

Esta es la garantía real, porque es la única y positiva, de una moneda.

Así nos ha sido posible sin oro ni divisas mantener el valor del marco alemán y hemos garantizado también el valor de los fondos depositados en las cajas de ahorros en unos tiempos en que aquellos países donde rebosa el oro y las divisas, se ven obligados ellos mismos a desvalorizar su moneda.

Ya el aumento de los nacimientos nos obligará a asegurar el consumo elevado para la totalidad, mediante el aumento de la producción. En los años de 1933/34 nos vimos obligados a poner en juego, no raras veces, en forma primitiva, la fuerza alemana de trabajo, para que en sí diera por fin sus efectos. Palas y picos fueron en estos años las herramientas de muchos miles de hombres alemanes. Con el mejoramiento creciente de nuestra vida económica se transformaron también paulatinamente nuestros métodos de trabajo. Hoy en día, a Alemania le faltan obreros especializados. El desempleo forzoso en sí ha desaparecido casi en su totalidad. Entramos, ahora, en un nuevo proceso de nuestra producción nacional. Actualmente es nuestro cometido sustituir paulatinamente los métodos primitivos de trabajo por otros perfeccionados, sobre todo técnicamente. Debe ser nuestra misión la de apartar al hábil trabajador alemán, cada vez más de los trabajos primitivos y darle una ocupación de valor elevado. El trabajo más primitivo queremos dejarlo a las máquinas, debidas a los esfuerzos de nuestra valiosa técnica.

Pero con ello es necesario procurar que nuestro país llano en el cual ese cambio en la aplicación de trabajo mecánico agrícola es necesario y es posible realizar paulatinamente, no quede privado de trabajadores. Ante todo, esto se conseguirá mejorando de un modo general nuestros métodos de trabajo, solucionando así de una manera natural la falta de trabajadores y que disminuyan el número de trabajadores primitivos del campo llano.

En pocas frases está expuesto un programa que para su realización precisa sin embargo, muchos años. Este también, como todos los proyectos nacionalsocialistas encontrará finalmente su realización.

* * *

Pero lo que conseguimos siempre con tal aumento de la producción alemana, no puede bastar para compensar lo limitado del actual territorio alemán. Por tal razón, año por año, se hace más apremiante la posesión de colonias que nos arrebataron otras potencias en pasados tiempos y que para ellas hoy en día no significan nada, pero en cambio para nuestro pueblo son indispensables.

Aquí quisiera combatir la esperanza de que tal reivindicación pudiera compensarse con la concesión de créditos. No deseamos créditos sino bases para la existencia que nos hagan factible nuestra vida, o sea, la de la nación, por medio de nuestra propia actividad. Sobre todo no deseamos promesas pueriles de que nos es permitido comprar lo que necesitamos. Declinamos tales proposiciones por deshonrosas una vez para siempre. No hay ningún concepto mundialmente económico que pueda ofrecer una sustitución completa para la posibilidad de una economía intensiva dentro del propio alcance monetario.

Ustedes señores, no esperarán de mí que dé mi opinión respecto a los distintos planes internacionales que en la actualidad parecen excitar más o menos el gran interés de distintos gobiernos. Son demasiado inciertos y confusos para que yo pueda hablar de

ellos.

Pero, ante todo, cuenten ustedes con mi profundamente arraigada desconfianza respecto a todas las llamadas conferencias, que para sus participantes quizás les proporcionen horas de conversaciones amenas, pero para la humanidad crédula y confiada sólo proporcionan desengaños.

Ustedes me darán razón que si mi programa en el año de 1933 hubiese sido esperar hasta encontrar ayuda en una conferencia económica mundial, entonces Alemania tendría seguramente hoy 15 millones de desempleados, siempre y cuando no hubiésemos sucumbido ya bajo el caos bolchevique.

Tampoco puedo conceder que determinadas y lógicas exigencias estén ligadas con negocios políticos que con ellas no tienen nada que ver. En los últimos tiempos surgen siempre noticias que Alemania está dispuesta a someterse a una revisión para el ingreso eventual en la Liga de las Naciones. Asimismo, debido al temor, que el periodismo indolente e ignorante de nuestra prensa mundial democrática lo hubiese olvidado ya mañana, quiero indicar ahora lo siguiente: en el año 1919 fue impuesto a algunos pueblos un tratado de paz que constituyó la intromisión más forzada en las comunidades nacionales y en los derechos de posesión, que hasta entonces parecieron inconcebibles.

Esta violación de los destinos vitales nacionales y económicos y las comunidades vitales de los pueblos, tuvo lugar dentro de un ambiente infestado de frases moralistas que, quizás eran apropiadas para satisfacer la mala fe de sus actores, pero que para los interesados viene a ser una broma pesada. Después que por un solo acto de violencia se procedió a un cambio del mapa mundial en forma tan fundamental y profunda y en sentido territorial y político, fue fundada una Liga de las Naciones, cuya misión era fijar este proceder ridículo e irrazonable como una conclusión definitiva del desarrollo político y económico de los pueblos, y sus resultados, convertirlos en una base invariable para la vida y fronteras de los países de este mundo. ¡En lo sucesivo debía estar prohibido modificar por la fuerza lo que en el pasado había sido creado de la misma manera!

Pero, para aminorar esa horrible y espeluznante violación de la humanidad, se dejó abierta por lo menos una puerta por donde rectificar en lo futuro dicho estado creado por la fuerza de los siglos.

Este problema algo difícil fue confiado a la Liga de las Naciones, como problema muy de segundo orden.

Primeramente, Alemania en sí, no tenía en absoluto ningún derecho a entrar en esta comunidad poderosa, defensora moral de las violaciones cometidas antes, sino que aceptó este digno permiso cuando estaba en el poder el inolvidable canciller del *Reich* Gustav Stresemann. Ustedes saben señores cómo ha fracasado tantísimas veces esta institución. No era la Liga de las Naciones por faltar en ella desde un principio y por haberse retirado posteriormente dos de las potencias más grandes del mundo, ni era tampoco una institución como hoy se quiere afirmar de una manera indiscutible de los principios del derecho; ella era una institución para el mantenimiento de una injusticia de miles de años como resultado de la situación explicada, pues, o bien la fuerza es justa o injusta.

Pero si la fuerza es hoy en día una injusticia, también lo fue antes. Por lo tanto, si la situación mundial actual se ha formado, sin duda, por la actuación de la fuerza, este estado, pues, fue constituido por la injusticia. Por tal razón la Liga de las Naciones no defiende en absoluto una cuestión de derecho sino una situación surgida de la injusticia de miles de años. Oímos en efecto que eso ha de cambiar. Percibimos muy a menudo

que, por ejemplo, políticos ingleses desearían con satisfacción reintegrarnos nuestras posesiones coloniales si no sufrieran tanto con la idea de cometer una injusticia y que los indígenas serían perjudicados.

Antes del año 1918, cuando la Liga de las Naciones no existía todavía, estos territorios se podían someter prácticamente a la voluntad de esos nuevos dueños, sin el consentimiento de los indígenas y luego dejar ratificar moralmente este traspaso por la Liga de las Naciones.

Realmente se deseaba ampliar el noble principio de que una colonia sólo puede pertenecer a un país si sus indígenas indican expresamente su conformidad con la adquisición colonial en el pasado, en cuyo caso las posesiones coloniales de nuestras potencias mundiales se reducirían considerablemente.

Todos estos imperios coloniales no han sido formados precisamente por votaciones, sobre todo por votaciones democráticas de sus habitantes, sino por la mera fuerza bruta.

Ellos son hoy en día naturalmente partes de los países en cuestión y como tales forman un pedazo de la distribución mundial que por los políticos democráticos son consignados especialmente como *la distribución mundial del derecho*. Aquel derecho es el que la Liga de las Naciones está encomendada a defender. Yo tengo una verdadera comprensión para que los interesados en esta distribución de derecho vean en la Liga de las Naciones un foro agradable y moral para el mantenimiento y, si es posible, para la defensa de sus posesiones adquiridas por la fuerza. Lo que yo no comprendo es que a quien, por un acto de fuerza, le haya sido arrebatado algo, sea miembro en una ilustre sociedad de esta clase. Y contra ello he de justificarme de que, como consecuencia, no estemos dispuestos a defender los principios del derecho porque no figuramos en la Liga de las Naciones. Todo lo contrario: ¡no estamos en la Liga de las Naciones porque creemos que no es una institución de derecho sino antes una organización para defender la injusticia del Tratado de Versalles!

Sobre el particular he de hacer además una serie de reflexiones prácticas:

1) Nos retiramos de la Liga de las Naciones porque, a conciencia de los principios que la inspiran desde su fundación se nos negó el derecho a igualdad de armamento, y con ello la igualdad en la defensa.

2) No entraremos nunca más allí porque no tenemos la intención de enajenar nuestra libertad de acción y defender la injusticia en cualquier parte del mundo por deseo de la mayoría de la Liga de las Naciones.

3) Creemos con ello dispensar un favor a todos aquellos pueblos que la desgracia les induce a confiarse a la Liga de las Naciones, considerándola como factor eficaz. Porque nosotros consideramos justo, en el caso de la guerra de Abisinia, por ejemplo, primeramente comprender mejor las necesidades de vida italiana y en segundo lugar dar menos esperanza y sobre todo prometer menos a los abisinios. Esto sería quizás de este asunto solución sencilla y razonable para facilitar la solución de este asunto.

4) Pero en caso grave no pensamos en absoluto dejar que la nación alemana se inmiscuya en conflictos en los cuales no tiene ningún interés. No estamos inclinados a defender intereses económicos o territoriales de otros, sin que ello prometa el menor provecho para Alemania. Por lo demás, nosotros mismos no esperamos tamaña ayuda

de otros países. Alemania está resuelta a imponerse una prudente limitación a sus reivindicaciones e intereses. Pero si, por cualquier circunstancia los intereses alemanes estuviesen en peligro, nosotros no esperamos la ayuda de la Liga de las Naciones, sino que desde un principio nosotros mismos asumiremos la tarea de nuestra propia defensa. Y es oportuno hacerse una idea clara de ello porque esto implicará siempre aquella moderación de nuestros deseos y esperanzas, que por el lado de la defensa colectiva se olvida desgraciadamente tan a menudo.

Luego, finalmente:

5) No tenemos intención de dejarnos prescribir en lo futuro una actitud por una organización internacional, la cual no apruebe el reconocimiento oficial de hechos irrefutables y tiene menos analogía con actitudes de personas preparadas que con los procedimientos usados por cierta ave bien conocida. Si la Liga de las Naciones durase un siglo acabaría por llegar a una situación mundial cómica y grotesca, visto que se ha mostrado siempre incapaz de concebir las necesidades históricas o económicas y de cumplir las exigencias resultantes de aquellas. Por el contrario, los intereses de los pueblos tienen, en tanto que de ellos dependa existir o no, más fuerza que consideraciones de carácter formal. Porque en el año 2036 se habrían formado muy fácilmente nuevos Estados y desaparecido otros sin que el registro de esta nueva situación hubiese tenido lugar en Ginebra.

Alemania, por ser miembro de la Liga de las Naciones tuvo que tomar parte una vez en tales manejos poco razonables, y a Dios gracias, debido a haberse retirado de allí, en un segundo caso grave de justicia y de aprobación pudo obrar en consecuencia. Pero hoy, señores, quiero manifestarles que ahora me he decidido también en el precitado caso a llevar a cabo las rectificaciones históricas necesarias que exigen las circunstancias.

Alemania reconocerá Manchukuo.

Si yo me decido a tomar esta resolución, pues, será para poner fin definitivamente a una política fantástica de incomprensiones y otra del respeto verdadero a hechos realmente consumados.

Por lo tanto, en resumen, voy a repetir otra vez que Alemania, y con más razón después de que Italia se ha retirado de la Liga de las Naciones, no piensa en absoluto volver nunca más a dicha institución.

Eso no quiere decir que renuncia a una colaboración con otras potencias, todo lo contrario. Significa solamente la renuncia a las obligaciones imposibles de prever y, en la mayoría de los casos, irrealizables.

Para la colaboración con otras potencias, Alemania ha contribuido en mucho y como creemos ha dado ya pruebas. Al *Reich*, asimismo no hay que considerarlo aislado económica, ni políticamente. Al contrario, yo he procurado, desde que me hice cargo del poder en el *Reich*, establecer las mejores relaciones con la mayoría de los Estados. Con uno solo no hemos tenido interés en relacionarnos y tampoco deseamos estrechar la amistad: éste es la Unión Soviética. En el bolchevismo vemos más que nunca la encarnación del espíritu humano de destrucción.

Tampoco hacemos responsable de esta terrible ideología destructora al pueblo ruso en sí. Sabemos que se trata de un exiguo sector intelectual judío que ha llevado a un gran pueblo a tal estado de destrucción. Si esta doctrina la limitara territorialmente a Rusia,

se podría aún finalmente hablar de ello, porque Alemania no tiene la intención de imponer al pueblo ruso conceptos sobre nuestra vida. Pero, desgraciadamente, el bolchevismo judío internacional intenta desde su central matriz soviética agitar interiormente a los pueblos de todo el mundo, descomponer las organizaciones sociales y sustituirlas por el caos en lugar de la cultura.

No es que queramos establecer contacto con el bolchevismo sino que él intenta continuamente corromper otros pueblos con sus teorías e ideas y llevarlos a la desdicha más angustiosa. Y en esto somos enemigos implacables. Así como nosotros en el interior de Alemania hemos sofocado los intentos del comunismo moscovita, de la misma manera, no dejaremos que se destruya Alemania desde fuera por la fuerza material del bolchevismo.

Si Gran Bretaña muy a menudo deja proclamar verbalmente por sus gobernantes responsables que se interesan por el mantenimiento en el mundo del *statu quo*, entonces eso debería tomarse en consideración también en este caso.

Toda implantación del bolchevismo en un país europeo, supone un desequilibrio de este estado. Porque estos territorios en que rija el bolchevismo no son ya Estados independientes con soberanía nacional sino sucursales de la central revolucionaria de Moscú. Yo tengo conocimiento de que el señor Eden no opina lo mismo sobre el particular. El señor Stalin lo manifiesta y lo confiesa abiertamente y desde mi punto de vista continua siendo para mí el señor Stalin hoy en día personalmente un conocedor mucho más digno de crédito y mejor intérprete de los conceptos del bolchevismo y de sus intenciones que un ministro británico. Por esta razón, somos opuestos a todo intento de que se extienda el bolchevismo, sea donde fuera, y con repugnancia y donde nos amenace, le mostraremos hostilidad.

De ello resultan también nuestras relaciones con el Japón. Y no puedo compartir la opinión de aquellos políticos que creen hacer un bien a Europa, perjudicando al referido país. Yo temo que un desastre del Japón en Asia oriental nunca favorecería a Europa o América, sino exclusivamente a la Rusia soviética. Yo no considero a China un país lo suficientemente fuerte, espiritual y materialmente, para combatir por sí el ímpetu del bolchevismo. Creo, sin embargo, que la mayor victoria del Japón para la cultura y la paz general del mundo es infinitamente menos peligrosa de lo que sería la victoria del bolchevismo. Alemania ha concertado con el Japón un convenio para combatir las actividades del *Komintern*.⁽¹⁵⁾ Con China sostuvo siempre relaciones amistosas. Creo que nosotros somos los primeros quizás en poder considerarnos verdaderos espectadores neutrales de este drama. No es necesario asegurar que tuvimos y tenemos todos nosotros el deseo que entre ambos grandes pueblos orientales vuelva la tranquilidad y finalmente la paz. Ante todo creemos que ya hubiese venido quizás la paz allí, si ciertos elementos, lo mismo como en el caso de Abisinia, no hubieran ejercido sus influencias también en Asia oriental y quizás no hubiesen hecho caer la balanza por el lado interesado, prometiendo ayuda moral. A esta situación tal como las cosas están sólo se le puede atribuir una importancia puramente platónica. Sin embargo, quien va a ahogarse antes se agarrar a cualquier corcho. Hubiese sido mejor hacer ver a China la verdadera gravedad de su situación, en vez de dirigirla a la Liga de las Naciones, como seguro garante de la paz y de la seguridad. Es completamente indiferente cuándo y cómo se resolverán finalmente los acontecimientos en Asia. Alemania en su actitud de defensa contra el comunismo considerará y apreciará siempre al Japón como un elemento de seguridad. Es decir, de seguridad de la cultura humana.

Porque para nosotros no hay duda que incluso la mayor victoria japonesa no

perjudicaría en lo más mínimo la cultura de la raza blanca; pero igualmente no tenemos la menor duda en que una victoria del bolchevismo, precisamente después de la existencia milenaria de la cultura de la raza blanca, acabaría con ella.

Quisiera prevenirme muy enérgicamente contra todas aquellas agitaciones estúpidas que reprochan a Alemania que nosotros con nuestro proceder con respecto al conflicto asiático oriental somos contrarios a los intereses de la raza blanca. Tal cosa, leerla en periódicos franceses o ingleses, nos incita realmente a nuestra mayor sorpresa.

Que precisamente el Estado nacionalsocialista tan combatido, debido al punto de vista de la raza, tenga súbitamente el honor de criticar los ideales raciales, dígame más bien, intereses raciales, es una broma de la Historia Mundial. Alemania no tiene en Asia ningún interés territorial.

Le animan únicamente los deseos comprensibles de dedicarse allí a actividades comerciales e industriales. Esto no nos obliga para nada a inclinarnos a uno u otro lado. Pero nos obliga de verdad a reconocer que una victoria del bolchevismo, también en este caso, destruiría estas últimas posibilidades.

Por lo demás, en otros tiempos Alemania tenía posesiones en Asia. Esto no impide a ciertas potencias expulsar de allí a los alemanes mediante la coalición de pueblos de raza blanca y amarilla. Ahora ya verdaderamente no deseamos que nos inviten a volver a Asia.

Igualmente Alemania no tiene absolutamente intereses territoriales que puedan tener relación en alguna forma con la terrible subversión que actualmente azota España. La situación allí es análoga a la que tuvimos una vez nosotros mismos en Alemania. La agitación dirigida personal y materialmente por Moscú contra un Estado nacional independiente, trae consigo la resistencia de aquellos que no quieren dejarse matar. E igualmente como en Alemania, en este caso la democracia internacional está al lado de los revolucionarios bolcheviques. De caer España bajo las garras del bolchevismo, el gobierno alemán no sólo vería con ello un elemento para la intranquilidad de Europa, pues en cuanto este país fuese una sucursal de la central bolchevique, cabría el peligro de que se extendiera esa peste destructora con consecuencias que en ningún caso podrían sernos indiferentes. Por esta razón, estamos satisfechos, que esta opinión anti-bolchevique sea compartida asimismo por otro país.

Las relaciones germano-italianas se basan en la existencia de los mismos conceptos de vida para la nación y del Estado, así como en la defensa común de los peligros internacionales que nos amenazan.

Cómo este sentimiento ha arraigado tanto en Alemania en el seno del pueblo se puso de manifiesto de la manera más evidente en el entusiasmo arrebatador con que fue recibido en el *Reich* el creador del Estado fascista. El reconocimiento de esto debería ser común a todos los gobernantes europeos. Si, en cambio, Mussolini, en el año 1922 no hubiese conseguido conquistar Italia con su movimiento fascista, este país, indudablemente, hubiese caído bajo las garras del bolchevismo.

Las consecuencias de tal descalabro para la cultura de los países occidentales hubiesen sido en sí increíbles. Tan sólo la mera idea de esta posibilidad asusta a cualquier hombre con perspicacia histórica y consciente de su responsabilidad. La simpatía de que goza Benito Mussolini en Alemania se dirige a una personalidad gloria de su siglo.

La situación en que se encuentra Italia, es en ciertos puntos análoga a la de Alemania. En esas circunstancias era natural, que nosotros, quienes sufrimos igualmente un exceso de población, comprendiésemos la actitud de un hombre y de un régimen que no estaban dispuestos a dejar que sucumbiera un pueblo en pro de los fantásticos ideales

de la Liga de las Naciones, sino que por tal razón, tanto más estaban decididos a salvarlo. Esto, tanto más cuanto que sin duda alguna *estos ideales aparentes* de la Liga de las Naciones coinciden, y mucho, con los fines extraordinariamente prácticos de las principales potencias que la integran.

Asimismo, sobre el conflicto español, Alemania e Italia opinan lo mismo y por tal razón su actitud es idéntica. Su objetivo es asegurar una España nacional completamente independiente. La amistad germano-italiana poco a poco por determinadas causas se ha convertido en un elemento estabilizador de la paz europea. El convenio de ambos estados con el Japón, supone un poderoso obstáculo para la influencia ulterior del ímpetu destructor ruso bolchevique.

En los últimos años se ha hablado mucho y todavía se ha escrito más sobre antagonismos entre Francia e Inglaterra por una parte y entre Francia y Alemania por otra. Pero, detalladamente, no comprendo en qué puedan consistir esos antagonismos, porque Alemania, como más de una vez he dicho claramente, no tiene en Europa ninguna reivindicación territorial con Francia, pues con la reincorporación de la región del Sarre esperamos haya terminado definitivamente el período de disputas territoriales entre Alemania y Francia.

Tampoco con Inglaterra tiene Alemania ninguna desavenencia, si se exceptúan nuestras aspiraciones coloniales. Pero no existe ningún motivo para el menor conflicto y lo único que perturba la armonía entre estos países y pesa sobre ellos abrumadoramente es una propaganda de odio de la prensa, verdaderamente insoportable, que en esos países se realiza con el pretexto de *libertad de expresión* de la opinión personal.

Me es imposible comprender a los hombres de Estado y diplomáticos extranjeros cuando cada vez repiten que en sus países no existen medios legales para poner coto a las mentiras y calumnias, pues no se trata en este caso de asuntos particulares sino de problemas que se relacionan con la armonía entre pueblos y gobiernos. Y tengo que decir que, a la larga, no podremos ver con indiferencia tales proceder, ni podremos tampoco cerrar los ojos ante las consecuencias de semejante azuzamiento, porque fácilmente podría suceder que en ciertos países se desarrollara a causa de la ruindad de los fabricantes internacionales de mentiras un odio tan grande contra nuestro país que poco a poco podría resultar un espíritu de completa enemistad contra nosotros, enemistad contra la cual no podría oponer el pueblo alemán la resistencia necesaria porque le faltaría, gracias a nuestra política de prensa, todo sentimiento hostil contra esos países. Y esto, naturalmente, es un peligro para la paz. Por ese motivo estoy decidido a no tolerar más sin dar la debida contestación al desenfrenado prurito de desprestigiar e insultar continuamente nuestro país y nuestro pueblo.

De hoy en adelante contestaremos siempre, y naturalmente, con la claridad y eficacia con que acostumbra proceder el partido nacionalsocialista.

Es verdaderamente inaudito lo que en las últimas semanas se ha publicado contra Alemania haciendo afirmaciones verdaderamente estúpidas, insensatas y descaradas.

¿Qué se puede contestar a esas calumnias? Un diario inglés inventa atentados contra mi vida, y periódicos ingleses hablan de escandalosas prisiones en Alemania, de que se han cerrado las fronteras de Alemania con Suiza, Bélgica, Francia, etc. Otros periódicos dicen que el *Kronprinz* ⁽¹⁶⁾ ha huido de Alemania, que en Alemania ha tenido lugar una sublevación militar, que se ha encarcelado a generales alemanes y que también por otra parte generales alemanes han desfilado con regimientos delante de la cancillería del *Reich*, que entre Himmler y Göring ha surgido una disputa sobre la cuestión judía que me pone a mí en una situación difícil, que un general alemán se ha entendido por medio

de personas de confianza con Daladier, que en Stolp se ha sublevado un regimiento, que dos mil oficiales han sido expulsados del ejército, que toda la industria alemana acaba de recibir orden de movilizarse para la guerra, que entre el gobierno y la industria particular existen grandes antagonismos, que veinte oficiales alemanes y tres generales han huido a Salzburgo, que catorce generales huyeron a Praga con el cadáver de Ludendorff, y que yo he perdido la voz por lo cual nuestro astuto Goebbels se ocupa precisamente de buscar una persona que pueda imitar mi voz para hacerme hablar en el futuro por medio del fonógrafo. Temo que el mismo periodista ponga mañana en duda la identidad de mi persona aquí en este momento o afirme que sólo he movido las manos mientras detrás de mí hablaba un gramófono y qué sé yo qué otras invenciones más podrían ocurrírsele. El señor Eden ha elogiado recientemente en un discurso las diferentes libertades de que goza su país, pero se olvidó de mencionar una libertad especial, la libertad de los periodistas para insultar y calumniar impunemente sin la menor traba ni dificultad a otros pueblos, a sus instituciones, a sus hombres de Estado y a sus gobiernos. En realidad se podría decir que todo eso es demasiado estúpido para que se tome en serio, pues a fin de cuenta millones de extranjeros en Alemania pueden convencerse de que en todas esas calumnias no hay ni una sola palabra que diga la verdad.

Porque a diferencia de la Rusia soviética, miembro de la Liga de las Naciones, que no permite extranjeros en Rusia y cierra hasta los consulados, en Alemania todo el mundo puede con entera libertad hacer las observaciones que quiera en todo el país.

Sin embargo, a la larga esto significa una gran perturbación de las relaciones internacionales, pero es grato afirmar que una parte de la prensa extranjera no ha tomado parte en esos infames ataques contra el honor de otros pueblos; pero en todo caso el mal que con esa campaña de odio se hace es tan grande que desde ahora estamos decididos a no tolerarla sin protestar contra ella enérgicamente. Especialmente funesto es el crimen de esa propaganda cuando manifiestamente se tiene la intención de azuzar los pueblos a la guerra. En este sentido voy a mencionar aquí solamente algunos hechos.

Recuerden ustedes, señores diputados, que el año pasado repentinamente se lanzó la mentira de que Alemania había desembarcado 20.000 hombres en el Marruecos español. Por suerte esa infame calumnia se pudo desmentir inmediatamente, pero ¿qué habría sucedido si acaso la verdad no se hubiera podido probar en tan poco tiempo como era necesario?

En esta serie de grandes crímenes hay que incluir los informes de que Alemania e Italia se han puesto de acuerdo para repartirse España y también otra infame calumnia muy reciente de que Alemania y el Japón han convenido en repartirse las colonias holandesas. ¿Es posible en estos casos hablar de una profesión honrada o de una libertad de prensa que permite a tales criminales internacionales mantener al mundo en continua intranquilidad? ¿Acaso no son tales individuos los peores instigadores y provocadores de la guerra de la peor especie? El gobierno inglés desea la limitación de armamentos y que se prohíba arrojar bombas. Yo también he hecho la misma proposición, pero propuse entonces como lo más importante evitar que se envenene la opinión pública mundial con infames artículos de periódicos.

Si fuera posible aumentar nuestra simpatía por Italia, la aumentaría el hecho de que allá el gobierno y la política de la prensa siguen el mismo rumbo. En Italia el gobierno no habla de comprensión, mientras la prensa, excita en sentido contrario.

En este capítulo de perturbación de las relaciones internacionales hay que contar el

atrevimiento de escribir cartas a un jefe de Estado extranjero rogándole informe sobre sentencias judiciales. Recomiendo a los diputados de la Cámara de los Comunes de Inglaterra, se preocupen de las sentencias de los consejos de guerra ingleses en Jerusalén y no de las sentencias de los tribunales nacionales alemanes. Aunque comprendamos bien el interés por traidores alemanes a su patria, ese interés no puede contribuir a mejorar las relaciones entre Inglaterra y Alemania.

Por lo demás, es inútil imaginarse que con esas indiscretas intromisiones se pueda influir en la jurisdicción de la Justicia alemana o en la ejecución de sus sentencias. En todo caso yo nunca permitiría que diputados del parlamento se mezclaran en asuntos de la administración de Justicia de Inglaterra. Seguramente son muy grandes los intereses mundiales del Imperio británico y nosotros los reconocemos plenamente. Pero sobre los derechos o intereses del pueblo alemán y del *Reich* decide el parlamento y yo como representante del parlamento; jamás una delegación de ingleses que se ocupan de escribir cartas.

Creo se haría obra meritoria si se lograra no sólo impedir que se arrojen bombas con gases venenosos, con explosivos y con materias inflamables sobre las poblaciones firmando convenios internacionales, pero principalmente sería de la mayor utilidad suprimir la publicación de ciertos periódicos cuyo efecto es más funesto para las relaciones de los pueblos entre sí, que todo el daño que jamás pudieran causar las bombas incendiarias y de gases venenosos.

Como naturalmente la excitación internacional de cierta prensa no puede considerarse como elemento de tranquilidad, sino más bien como un peligro para la paz entre los pueblos, me he decidido a aumentar los efectivos del ejército alemán, lo bastante para darnos la seguridad de que las feroces amenazas de guerra contra Alemania no se conviertan un día en un sangriento atropello. Esas medidas de seguridad se han principiado a tomar desde el 4 de febrero del corriente año y se realizarán con la mayor decisión y rapidez.

Pero en todo caso Alemania desea sinceramente establecer la tranquilidad y la confianza tanto con las grandes potencias de Europa como con todos los demás Estados. Si esos propósitos no se realizan no dependerá de nosotros. Sin embargo, nos es imposible dejar de creer que con esa actitud de la prensa poco hay que esperar de conferencias y de negociaciones separadas entre los países, porque no es posible hacerse ilusiones sobre el hecho de que esa campaña internacional de la prensa contra la paz sabrá inutilizar en seguida todo esfuerzo de mutua comprensión entre los pueblos, hallará medios para interpretar mal toda discusión honrada, para desfigurarla y convertirla en todo lo contrario. Falseará todo arreglo, y en tales condiciones no es posible comprender qué utilidad se puede sacar de tales conversaciones o reuniones mientras los gobiernos en general no estén en condición de tomar medidas decisivas sin preocuparse de la opinión pública del país.

Por eso creemos que hasta ahora el único camino posible es el intercambio normal de notas diplomáticas para quitar por lo menos a las calumnias demasiado burdas de cierta prensa internacional toda base de verosimilitud.

Más si Alemania se ocupa ahora de limitar ella misma la esfera de sus intereses eso no quiere decir que nos desinterese de todo lo que pasa a nuestro alrededor. Nos sentimos dichosos de cultivar relaciones normales con la mayor parte de los Estados fronterizos de Alemania, y con algunos otros también relaciones muy amistosas. Y tenemos la impresión de que aquí se manifiesta en todas partes una sensación de alivio. La fuerte aspiración de una verdadera neutralidad que hemos observado con

varios Estados de Europa nos llena de profunda y sincera satisfacción, pues nos parece que esa aspiración es un factor que contribuye a la mayor tranquilidad y por lo mismo a la mayor seguridad. Por otra parte observamos las tristes consecuencias de la confusión que ha resultado del insensato Tratado de Versalles en el mapa de Europa, tanto en sentido económico como en cuanto a la situación política de la población.

En efecto, solamente dos de nuestros Estados limítrofes contienen una población de 10 millones de alemanes que hasta 1866 estaban todavía unidos a la masa total del pueblo alemán en una confederación reconocida por el derecho internacional. Y hasta 1918 combatieron durante la Gran Guerra como camaradas con los soldados del *Reich*.

Pero los tratados de paz les han impedido, contrariando su voluntad, unirse al *Reich*. Esto es francamente deplorable, pero según nuestro modo de ver no cabe la menor duda de que su separación del *Reich* según el derecho público no puede conducir a una supresión de los derechos políticos nacionales de esas poblaciones, es decir del derecho en general de una libre elección nacional propia, derecho que por lo demás nos fue acordado en los catorce puntos de Wilson como condición del armisticio. Esos derechos no pueden simplemente rechazarse solamente por tratarse en este caso de alemanes. Porque a la larga es insoportable para una potencia mundial consciente de su dignidad saber que cerca de ella viven compatriotas que por su vinculación con la nación alemana o por su simpatía por la misma tienen que sufrir continuamente en sus opiniones y en la realización de su destino. Sabemos perfectamente que apenas existe en Europa una limitación de fronteras que satisfaga a todo el mundo, pero por esa razón sería muy importante evitar inútiles persecuciones a las minorías nacionales para no agregar al dolor de la separación política el sufrimiento de la persecución sólo porque pertenecen a determinada nacionalidad. Y está demostrado que con buena voluntad es posible encontrar medios de conciliación en este sentido o por lo menos mitigar la dureza de una situación de por sí bastante desgraciada. Con seguridad, el que por la fuerza quisiera impedir que en Europa se realice la conciliación que conduciría al alivio de esa situación forzosamente desatará un día la violencia entre los pueblos, porque no se puede negar que mientras Alemania estaba indefensa y carecía de poder tenía que soportar muchas de esas persecuciones de alemanes en las regiones fronterizas.

Pero así como Inglaterra defiende sus intereses en una gran extensión del planeta así también Alemania sabrá defender sus más limitados intereses. Y entre los intereses del pueblo alemán hay que contar también la protección de aquellos compatriotas que en nuestras fronteras no están en condición de asegurarse ellos mismos el derecho a una libertad esencialmente humana y política así como sus opiniones y creencias.

Llenos de satisfacción podemos afirmar en el quinto año transcurrido desde que se firmó el primer convenio exterior del *Reich* que precisamente nuestras relaciones con el Estado con el cual teníamos tal vez los mayores antagonismos no sólo se han mejorado notablemente sino también se ha verificado en este año una aproximación cada día más amistosa. Y sé perfectamente que esto se debe en primer lugar a la circunstancia de que entonces no existía en Polonia un parlamentarismo occidental sino un mariscal de Polonia que, como eminente personalidad, comprendió bien la gran importancia europea de un arreglo germano-polaco. Ese convenio considerado entonces con escepticismo por muchos, ha resistido la prueba y bien puede decirse que desde que la Liga de las Naciones ha desistido por último definitivamente de sus procedimientos perturbadores en Danzig y ha nombrado como nuevo comisario a una persona de verdadera capacidad y prestigio, el lugar más peligroso para la paz de Europa ha perdido su amenazadora importancia.

El Estado polaco respeta las condiciones nacionales en Danzig y tanto Danzig como Alemania respetan los derechos de Polonia. Y se ha logrado preparar el camino para un arreglo que, iniciado por Danzig, garantiza hoy definitivamente la perfecta conciliación entre Alemania y Polonia y una mutua colaboración sinceramente amistosa.

Me siento dichoso, señores diputados, de poderos participar que en los últimos días se ha verificado otro arreglo con un país que por muchos motivos nos es especialmente estimado. Porque no sólo se trata de un país de la misma raza sino principalmente porque una larga historia y una cultura común unen a Austria con el *Reich*.

Las dificultades que se observaron en la realización del convenio del 11 de julio han obligado a hacer un ensayo para suprimir errores y estorbos que impedían una reconciliación definitiva. Porque era evidente que la continuación de una situación por sí misma insoportable tendría que desarrollar un día, voluntaria o involuntariamente, las condiciones previas para una tremenda catástrofe. Y entonces casi siempre la voluntad humana es incapaz de detener el desarrollo de acontecimientos que han principiado a realizarse por descuido o falta de prudencia. Me complazco en declarar que estas ideas corresponden también a la manera de pensar del canciller de Austria a quien rogué tuviera la bondad de visitarme con el fin de obtener una mejora de nuestras relaciones, dando a la población alemana de Austria, que por sus ideas y opiniones se ha declarado nacionalsocialista, los mismos derechos de que en el ámbito de la legislación vigente gozan los demás ciudadanos del país. Al mismo tiempo, se pensó iniciar un gran movimiento de conciliación con una amnistía general y establecer la mejor comprensión de ambos Estados con unas desde ahora más amistosas relaciones con todos los ramos de una posible colaboración política, personal y económica. Todo esto como ampliación y complemento del convenio del 11 de julio.

Quiero en esta ocasión, dar ante el pueblo alemán, mis más expresivas gracias al canciller de Austria por la gran comprensión y cordialidad con que aceptó mi invitación, por el esfuerzo hecho junto conmigo para encontrar una solución que tanto toma en cuenta los intereses de ambos países como los intereses todos del pueblo alemán, de ese pueblo de quien todos somos hijos cualquiera que sea la región de nuestra patria en donde se haya mecido nuestra cuna.

Y estoy convencido de que de esa manera hemos contribuido eficazmente a la conservación de la paz en Europa.

La prueba más evidente de la verdad de esta suposición, está en la rabia desenfrenada de aquellos cosmopolitas democráticos que, mientras siempre hablan de paz, no dejan pasar ninguna ocasión de azuzar para la guerra. Están furiosos y coléricos porque se ha realizado una obra de comprensión. Por tanto, se puede suponer que esa obra es buena y meritoria.

Tal vez este ejemplo contribuya a que, poco a poco, se ensanche y se realice en mayor escala la obra de conciliación en Europa. Alemania no omitirá ningún medio para lograr, apelando a sus amistades, salvar el tesoro de la paz que es condición previa indispensable para llevar a cabo también en el futuro los trabajos que nos proponemos realizar.

También puedo asegurar ahora a mis camaradas que nuestras relaciones con los demás Estados europeos y con los ubicados fuera de Europa son buenas y normales, o también muy amistosas.

En este sentido no tengo más que mencionar, por ejemplo, nuestras muy cordiales relaciones con Hungría, Bulgaria, Yugoslavia y muchos otros países. En cuanto a la importancia de nuestra colaboración económica con los demás países, la balanza de

nuestro comercio exterior ofrece un cuadro de elocuencia muy expresiva.

Pero, sobre todo, es importante nuestra colaboración con las dos grandes potencias que, lo mismo que Alemania, han comprendido que el bolchevismo es una amenaza para el mundo, y por lo tanto han decidido defenderse unidas contra el marxismo.

Y, naturalmente, deseo sinceramente que la colaboración con Italia y el Japón se intensifique cada día más. Por lo demás, vemos con gran satisfacción cualquier mejora que se verifique en la situación política general. Porque por grandes que sean los trabajos realizados por nuestro pueblo comprendemos muy bien que la utilidad para el bienestar general se podría todavía aumentar intensificando la colaboración internacional.

El pueblo alemán no es por su carácter un pueblo guerrero, pero sí un pueblo de soldados, es decir, no desea ninguna guerra, pero tampoco la teme. Quiere tanto la paz como desea su honra y libertad. Los quince horrorosos años transcurridos son una advertencia y una enseñanza que creo tendrá siempre en cuenta la nación alemana y nunca las olvidará.

Camaradas, diputados del parlamento, a vosotros, que al votar la ley confiriéndome el poder supremo habéis creado las condiciones previas indispensables para mi trabajo, os he dado cuenta sobre cinco años históricos en la vida de la nación alemana y no puedo terminar mi exposición sin aseguraros cuán grande es mi confianza en el porvenir de nuestro pueblo y del *Reich* para todos nosotros tan queridos. Lo que antes me impulsó a intentar, aunque soldado desconocido, la lucha por la reconstrucción de Alemania, ha sido mi confianza en el pueblo alemán. No era la fe en sus instituciones, en su organización social, en sus capas sociales, en sus partidos, en sus poderes políticos nacionales, sino la fe, la confianza en él y en el íntimo valor moral de ese pueblo.

Y ante todo me ha impulsado la fe y la confianza en el conjunto de millones de hombres y mujeres que, como yo antes, son los portadores anónimos de nuestra comunidad vital y nacional.

Por ellos me he tomado el trabajo de organizar este nuevo *Reich*, que no ha de representar a ninguna clase ni a ninguna categoría social, sino al propio pueblo alemán. El nuevo *Reich* le ayudará a cumplir con su misión en este mundo y a mejorar sus condiciones de existencia. Lo que he creado en este tiempo no puede tener la pretensión de existir por sí mismo. Todo puede ser y será transitorio, pero eterna para nosotros es la sustancia de carne y sangre que se llama pueblo alemán. Partido, Estado, ejército, economía, son instituciones y funciones que no tienen más valor que ser medios para un fin. Y la Historia los aquilata según los servicios que hayan prestado para realizar el fin. Pero su misión final es y será siempre para el pueblo.

Todas esas instituciones son manifestaciones pasajeras frente a la eterna duración del pueblo. Y servir a ese pueblo con toda mi energía ha sido y es la dicha de mi vida. Dar las gracias a mis eminentes colaboradores, sin los cuales no habría podido realizar con éxito esta obra, es para mí un deber que me colma de felicidad. También ruego a Dios en esta hora para que en los siguientes años de nuestra actividad y trabajo bendiga nuestra inteligencia y voluntad y nos preserve tanto de todo falso orgullo como de toda cobarde humildad, nos permita encontrar el camino que su providencia ha destinado al pueblo alemán y nos dé siempre el valor de realizar lo justo sin vacilar nunca y sin retroceder jamás ante ningún poder ni ante ningún peligro.

¡Viva Alemania! ¡Viva el pueblo alemán!

Ante el parlamento

Discurso pronunciado el 18 de marzo de 1938

Señores diputados:

Os he convocado a esta breve reunión de hoy para daros cuenta con el corazón profundamente emocionado de acontecimientos cuya importancia podréis apreciar.

Además de ello, tengo que poner en vuestro conocimiento algunas decisiones que afectan al pueblo alemán y al propio parlamento.

Cuando hace unas semanas me dirigía a vosotros, conocisteis el balance de cinco años de trabajo del Estado nacionalsocialista, que en sus resultados conjuntos debe considerarse como algo sin precedentes.

En el tiempo más breve posible, y partiendo de un estado de humillación moral y política de los más profundos, de una miseria económica y de un desgarramiento social, ha conocido nuestro pueblo un resurgimiento de tales proporciones y rapidez, que incluso los más entusiastas de nuestros partidarios juzgaban inverosímil, y que parecía sencillamente imposible a nuestros enemigos.

En ese balance al que me refiero, y al tratar de los problemas políticos, me ocupé de una cuestión, cuya gravedad sólo podría ser desdeñada por ciertos ignorantes europeos.

Ya en el siglo pasado, en el lugar de una concepción del Estado y de una estructuración de los pueblos, reducidas a consideraciones de linaje, confesionalmente condicionadas o dinásticamente establecidas, tenía representación un nuevo ideal que dominaba fuertemente a los hombres.

El principio de las nacionalidades impuso su misión en esta época de nuestra Historia Moderna.

Este principio, desdeñando las condiciones antes expuestas, y de acuerdo con el nuevo ideal, derriba las formas políticas existentes y crea los Estados nacionales europeos. Y a fines del siglo pasado, había logrado dar a una serie de pueblos la unidad nacional y su correspondiente expresión política. Otros pueblos conservaron ese ideal como un impulso determinante de su acción, a través de la guerra más fuerte de todos los tiempos, hasta su cumplimiento final.

El único pueblo de Europa, a quien se negó bien pronto ese derecho natural a sus destinos, que debido a los nuevos acontecimientos debía de ser definitivamente impugnado, fue el alemán.

Diferencias de linaje, desgarramientos confesionales y egoísmos dinásticos, habían impedido hasta ahora, que el pueblo alemán lograra la unidad política por la que suspiraba desde hacía varias generaciones.

La Gran Guerra y su liquidación, aumentaron el desconcierto alemán y añadieron a otras desgracias el dolor de eternizar la separación de la madre patria, de elementos valiosísimos de la nación. En lugar del derecho *wilsoniano* de los pueblos a disponer libremente de sus destinos; que debíamos lograr gracias al armisticio, se impuso la violación más brutal de la conciencia nacional de varios millones de compatriotas alemanes. Los derechos que como cosa natural se conceden a las tribus coloniales más primitivas, fueron regateados a una vieja nación civilizada, basándose en razones tan insostenibles como ofensivas.

Ya expuse en mi discurso del 20 de febrero, que apenas podría darse en Europa una

regulación pacífica en todos sentidos de las relaciones nacionales y territoriales, es decir, que nuestro punto de vista no es que el fin de una política nacional ha de ser la realización, contra viento y marea, bien por medio de protestas o de actos, de demandas territoriales, que aunque motivadas por necesidades nacionales, no pueden conducir al fin, al establecimiento de una justicia nacional para todo. Los incontables enclaves étnicos que existen en Europa, hacen en parte imposible el hallar una fijación de fronteras, en la que los intereses de pueblo y Estado sean reconocidos de un modo justo y por igual.

Solamente existen construcciones políticas, con tan marcado carácter de agravio nacional consciente y querido, que sólo es posible mantener la duración de su sostenimiento por la fuerza brutal. Así fue, por ejemplo, la formación del nuevo Estado incompleto austriaco, una medida condicionada a la coacción de los derechos de 6,5 millones de alemanes a vincularse en un pueblo. Esta coacción se hizo con una publicidad cínica. Pues para el conocido inventor del derecho de los pueblos a disponer de sus destinos, de su independencia y de su libertad, así como para los píos gobernantes del mundo que por todo se interesan y que pretenden ocuparse tanto de la justicia, no significaba nada la libre voluntad de 6,5 millones de hombres, simplemente estrangulados por los llamados tratados de paz. Y tampoco tuvieron el menor escrúpulo en obligarles por la violencia a aceptar el que se les arrebatase su derecho de autodeterminación y que se vieran reducidos a esta artificiosa separación de la gran patria común.

Pero cuando en otro tiempo, no obstante, se decidió en Austria someter a plebiscito la cuestión del Anschluss - y quisiera recordar especialmente a los demócratas de Londres y París que aquello ocurrió en un tiempo en que ni en Austria ni en Alemania existía el nacionalsocialismo - y este plebiscito arrojó un resultado de más del 95 % de los votos en favor de la unión, los apóstoles del nuevo derecho de gentes, decidieron impedir, sencillamente por la fuerza bruta, que se expresase la pacífica demostración de la voluntad sincera de aquellos infelices seres desgajados de su pueblo. Y en esto consistía la tragedia: que el Estado austriaco presentaba el aspecto de un pueblo completamente muerto.

La miseria económica era por tanto horrible; la mortandad aumentaba de año en año de una manera alarmante. Tan sólo en una ciudad como Viena, tuvieron lugar en el último año, sólo 10.000 nacimientos y en cambio, 24.000 defunciones. Y esto no lo digo con la intención de impresionar a esos infelices demócratas cosmopolitas, pues bien sé que tales cosas no conmueven sus corazones y pueden contemplar tranquilos que en Europa se haya asesinado a más de medio millón de seres humanos, sin experimentar por ello la más mínima conmoción.

Pero en cambio pueden, sin avergonzarse, fingir la más profunda indignación, cuando en Berlín o en Viena se le despoja del negocio a un agente provocador judío.

Solamente menciono todo esto con el fin de demostrar fríamente, como, por medio del acto de fuerza de un tratado de paz, se dictó la sentencia de muerte que paulatinamente se iba cumpliendo, contra millones de seres, simplemente por el hecho de haber creado un Estado sin vitalidad alguna.

El hecho de que después encontraran cómplices en el interior, que, mediante su ayuda personal estaban dispuestos a favorecer a un tal Estado, desde fuera aparentemente soberano, para asegurarse así una posición política a costa de su desgraciado pueblo, no ha de extrañar a aquel que haya observado la deficiencia espiritual y moral del ser humano. Igualmente no debe maravillarnos, el que poco a poco se fuera levantando en

la masa, entre la que había muchos hombres animados de ideas nacionales, una profunda exasperación y que naciera una fanática decisión de acabar algún día con tal perverso e indignante ultraje y en lugar de la presión del pueblo, falsamente democrática, establecer la sagrada justicia de la eterna existencia del pueblo.

Pero mientras estos hombres oprimidos intentaban variar este destino que les había sido impuesto por la fuerza, se extendía un creciente terror en contra de ellos. Pues solamente mediante el régimen de terror pueden ser doblegados sentimientos y esperanzas tan naturales y humanas. Claro está, que un tal estado de cosas había de producir una constante oscilación entre sublevaciones y actos de opresión. Y para todo aquel que tenga una ligera idea de la Historia, no le cabrá duda alguna de que a la larga terminan por ser más potentes las tenaces fuerzas que mantienen al pueblo, que toda acción de opresión.

A todo esto hay que añadir el hecho incontestable, aún para el más recalcitrante, de que no se puede hablar de derecho cuando se cometen actos de una tan terrible como palpable injusticia. Sobre todo, no puede defenderse que sea justo un proceder, cuando sólo conviene a determinados intereses y que, aunque a veces parezca un justo fundamento para la vida de los pueblos, otros, sin embargo, se muestran como el más endemoniado intento de perturbar la paz nacional. Un plebiscito internacionalmente controlado, demostró que el territorio del Sarre está exclusivamente poblado por alemanes, a excepción de unas dos mil personas que son de nacionalidad francesa.

El hecho de que bastase ese exiguo porcentaje del 2 % para que se obligase a aquel territorio a aceptar un plebiscito antes de reincorporarse al *Reich*, contrasta de la manera más patente con la actitud que se adopta internacionalmente cuando se trata de millones y millones de alemanes.

En este segundo caso, en el que se trata de cumplir el deseo de volver a la patria, las democracias lo consideran inoportuno y lo rechazan.

Simplemente el hecho de que una tal esperanza sea más o menos patente, es ya calificado de crimen. Pero a la larga, un tal estado de violencia, no puede encubrirse con las fórmulas de determinadas instituciones internacionales, de dudosa moralidad. La justicia ha de ser justa en todo momento, aún cuando se trate de alemanes y, por lo tanto, ¿quién puede extrañarse de que esos pueblos a quienes constantemente se les priva de todo derecho no vayan un día a tomarse la justicia por su mano? Las naciones han sido creadas por la voluntad de Dios y por lo tanto son eternas: la Sociedad de Naciones, sin embargo, es a lo sumo una dudosa construcción sujeta a las deficiencias humanas y destinada a satisfacer la codicia y los bajos instintos de los hombres.

Y una cosa es verdaderamente cierta: que lo mismo que las naciones han existido durante miles de años sin que hubiera una Sociedad de Naciones, así también en lo futuro seguirán existiendo durante milenios, aún cuando haya desaparecido la institución ginebrina. Por lo tanto, esta institución sólo tendría razón de ser, si estuviera animada por un espíritu que lograra identificarla con ese más alto ideal que responde a una justicia mejor e igual para todos.

Por la violencia se pretendió impedir que un simulacro de Estado como era Austria, también creado por la violencia, se uniese a la patria común, pero claro está que esto tenía que producir la muerte económica de aquel Estado, el cual, además, tan sólo mediante la violencia podía ser mantenido en contra de los verdaderos deseos de su pueblo.

Mientras Alemania misma estuvo hundida en la mayor de las miserias, fue escasa su fuerza de atracción sobre los millones de alemanes que vivían allende de nuestras

fronteras, a pesar de que éstos deseaban la unión, no obstante la ruina. Pero, naturalmente, a medida que el *Reich* alemán se iba reconstruyendo, a medida que el pueblo iba sabiendo de una nueva creencia popular y que una nueva convicción se abría camino, nuestros oprimidos camaradas que sufrían más allá de las fronteras, ansiosamente y cada vez con mayor anhelo, iban volviendo sus ojos hacia la patria y cuando al fin también lograba Alemania ir asegurando de año en año su reconstrucción económica, fue propagándose cada vez más entre aquellos la idea de unirse a un Estado que, a pesar de todas las dificultades, iba venciendo también la miseria económica. Por otra parte, y aún dentro del mismo *Reich*, iba en aumento progresivo la indignación del pueblo al conocer la persecución ininterrumpida de que eran víctimas los alemanes que vivían fuera de nuestras fronteras.

Pero, ahora, Alemania ha vuelto a ser una potencia mundial, y ¿qué otra potencia en el mundo hubiera tolerado durante tiempo y tiempo que a sus mismas puertas fueran sacrificados en masa millones de hombres de la misma raza que los de su comunidad estatal? Hay un momento en el que una nación consciente de sí misma no puede seguir contemplando tranquilamente hechos semejantes.

Por estas razones he decidido hablaros también de la entrevista que celebré en Berchtesgaden con el entonces canciller federal austriaco, el señor Schuschnigg, y que ya conocéis.

Con toda honradez y seriedad hice saber en aquel momento al señor Schuschnigg que un régimen absolutamente ilegal y que en último término sólo gobierna mediante la fuerza, tarde o temprano abocaría en un serio conflicto, ya que además sus tendencias eran diametralmente opuestas a la voluntad del pueblo.

Hice todo cuanto pude por demostrarle que debía encauzar esta evolución, que de una parte implicaba una cada vez más aguda recusación y de otra, una cada vez más fuerte violencia. Pero que precisamente, teniendo en cuenta el resurgimiento de la gran potencia del *Reich* alemán, con el tiempo no sería nada imposible que tuviera lugar un levantamiento revolucionario. Y en esta circunstancia, las consecuencias podrían ser un mayor recrudecimiento del terror. Pero, a lo último, se negaría a una situación - intolerable para una gran potencia con sentimiento del honor nacional -, de contemplar esto pacientemente o de desinteresarse de ello. He demostrado al señor Schuschnigg que no existe ni un solo austriaco de sangre alemana, con decoro y sentimiento del honor nacional, que en lo más profundo de su corazón no lleve el anhelo y el ansia de la unión con el pueblo alemán.

Le supliqué que evitara a Austria, a Alemania y a sí mismo, una situación que pronto o tarde conduciría a la más seria enemistad. En este sentido le ofrecí un camino a seguir, que hubiera podido conducir a un paulatino mejoramiento de la situación y, por consiguiente, a una lenta reconciliación, no sólo entre las personas en Austria misma, sino también entre ambos Estados alemanes.

Pero recalqué bien claro al señor Schuschnigg que ese sería el último intento por mi parte y que estaba decidido, en caso de que éste fracasase, a hacer valer en mi patria el derecho del pueblo alemán con aquellos medios que en este mundo siempre nos han quedado como únicos posibles cuando la comprensión humana se opone a los preceptos de la justicia. Pues hasta ahora, no se ha dado el caso de que haya muerto ningún pueblo digno por entregarse a formalidades democráticas. Por lo demás, piénsese al menos en aquellas democracias, en la mayor parte de las cuales no se hace más que hablar.

El 20 de febrero, ante vosotros, señores diputados, he tendido la mano al entonces canciller Schuschnigg. Pero él, como primera respuesta, ha rechazado mi ofrecimiento y

mientras vacilaba en poner en práctica las obligaciones a que se había comprometido, otros determinados Estados propagaban abiertamente una actitud negativa. Pero en contra de esto estamos hoy en día en situación de poder afirmar que parte de la gran campaña de mentiras hechas contra Alemania estaba directamente inspirada por la oficina de prensa del señor Schuschnigg. No podía haber ya duda alguna de que el señor Schuschnigg, que no podía basar su poder en ningún fundamento legal, y que por lo demás, apoyándose en el terror tenía oprimida a la desaparecida minoría que constituía la Austria alemana, estaba decidido a romper este tratado.

El martes 8 de marzo, llegaron los primeros informes sobre la preparación de un plebiscito hecho a propósito. Parecían tan fantásticos e increíbles que fueron tenidos por simples rumores. El miércoles por la noche, después de un discurso verdaderamente extraño, supimos que se preparaba un atentado, no sólo contra los compromisos con nosotros adquiridos, sino sobre todo, contra la mayoría del pueblo austriaco. En un país en el que desde hace muchos años no ha tenido lugar elección alguna, en el que no existen ni registro ni listas electorales, se dispuso la celebración de un plebiscito, que tendría lugar a los tres días justos de su convocatoria. La consulta electoral estaba de tal modo formulada, que una negativa era motivo de castigo según las leyes entonces vigentes en Austria. No había censo de votantes, un examen de tales listas era desde luego imposible, las reclamaciones estaban excluidas, el secreto del sufragio ni garantizado ni deseado, los que votaran que no, eran de antemano censurados, y a los que votaran que sí, se les daba ciertas garantías para el caso de una falsificación electoral. En otras palabras: el señor Schuschnigg, sabía muy bien, que tras él sólo estaba la minoría del pueblo austriaco, y con una ficción electoral sin ejemplo, intentó proporcionarse una justificación moral de la violación descarada de las obligaciones o compromisos por él contraídos. Quería un mandato que le permitiera continuar una opresión más brutal aún, de la abrumadora mayoría del pueblo alemán de Austria.

Este perjurio y estas medidas sólo podían conducir a una revolución.

Solamente un obcecado frenético se atrevería a creer que con esto podía sencillamente taponar la boca a la mayoría del pueblo, para consolidar así un régimen de ilegalidad, presentándolo ante el mundo con una base jurídica. Pero esta revolución, de cuyo estallido no podía dudarse, y cuyos primeros síntomas ya se anunciaban, hubiese conducido a un nuevo derramamiento de sangre más terrible aún en esta ocasión. Pues una vez que el fuego de las pasiones comienza a inflamarse, en vista de la pervivencia de la injusticia, sólo puede extinguirse con sangre, según enseña la experiencia. Así lo confirman de manera suficiente numerosos ejemplos históricos.

Entonces me decidí a poner fin a esta continuada opresión de mi patria.

Para ello, tomé rápidamente ciertas medidas necesarias, las más apropiadas para evitar a Austria un destino análogo al de España.

El ultimátum, de que el mundo comenzó de pronto a quejarse, no era otra cosa que la seguridad concreta de que Alemania no toleraría que continuara la opresión de los alemanes austriacos, y llamando al mismo tiempo la atención, de que si se seguía por ese camino se llegaría, de un modo inevitable, a un derramamiento de sangre.

Que esta postura era justa, lo demostró el hecho de que al llevar a cabo una intervención que se había hecho necesaria, toda la patria salió a mi encuentro en el plazo de tres días, sin que sonara un solo tiro, ni cayera una sola víctima, a mi parecer, muy a pesar de nuestros pacifistas internacionales. Si yo no hubiese correspondido a los deseos del pueblo austriaco ya los de su nuevo gobierno nacionalsocialista, con toda seguridad habrían surgido situaciones tales, que hubiesen hecho necesaria más tarde nuestra

intervención. Yo quería evitar a esta hermosa tierra una desgracia y un dolor interminables, pues cuando el odio comienza a inflamarse, la razón se oscurece y entonces no hay lugar para una ponderación justa entre la culpa y la expiación. El encono nacional, los rencores personales y los más bajos instintos del egoísmo, empuñan la tea incendiaria, y en su furor buscan las víctimas sin preguntar la causa ni pensar en las consecuencias.

El señor Schuschnigg no ha creído tal vez posible, que yo pudiese decidirme a intervenir. Él y sus partidarios pueden dar las gracias a Dios por ello. Pues solamente mi energía ha salvado su vida y la de otros diez mil, una vida que hace mucho que no merecen, por su complicidad en la muerte de numerosas víctimas austriacas del movimiento, pero que el Estado nacionalsocialista como dueño y vencedor les regala. Por lo demás estoy satisfecho, y más aún por haber sido el ejecutor de este hecho histórico, el más importante de todos.

¡Qué mayor satisfacción puede haber en este mundo para un hombre que el haber conducido a sus compatriotas a esta gran comunidad de pueblos! Y vosotros todos apreciáis lo profundo de mi alegría porque no he precisado conquistar el *Reich* alemán con muertos y con ruinas, sino que quise ofrendarle un país intacto, con hombres felices.

He obrado de tal manera, que sólo como alemán puedo ser responsable ante la historia de nuestro pueblo, ante los testimonios pasados y presentes de nuestra comunidad étnica, ante el bendito *Reich* alemán y ante mi querida patria. Pero tras esta decisión mía ya realizada, hay ahora 75 millones de personas y ante ellas está desde hoy el ejército alemán.

Es casi trágico que un proceso que en el fondo sólo alejaba una tensión centroeuropea que se había hecho insoportable por su duración, haya mantenido precisamente a nuestras democracias en un estado de incompreensión realmente inexplicable. Sus reacciones eran en parte incomprensibles y en parte ofensivas. Una serie de Estados se habían manifestado realmente desinteresados de la cuestión desde un principio o expresaron también su asentimiento entusiasta. Estos no son sólo la mayoría de los pequeños países europeos, sino también un gran número de grandes potencias. Sólo hago mención entre ellos de la actitud noble y comprensiva de Polonia, del asentimiento amistoso y cordial de Hungría, de las explicaciones dadas por Yugoslavia, así como de las seguridades de la fundación de un gran *Reich* alemán. El día 10 de abril, millones de alemanes-austriacos expresarán su opinión ante la Historia, sobre la gran comunidad alemana de sus pueblos y de sus destinos. Ya en estos primeros pasos comunes del nuevo *Reich* alemán, sus elementos no pueden permanecer separados.

A partir de ahora, toda Alemania los acompañará. Pues desde el 13 de marzo de este año, su camino es el mismo de todos los hombres y todas las mujeres de nuestro pueblo. Para ello, el día 10 de abril, por vez primera en la Historia, la totalidad de la nación alemana hará acto de presencia para emitir su voto, tal como se halla en el actual *Reich*. No se consultará a 6,5 millones de habitantes, sino a 75 millones.

Y, en segundo lugar: disuelto al mismo tiempo el parlamento del viejo *Reich* alemán, y dispongo la elección de los representantes de la gran Alemania. Como plazo para ello señalo también el mes de abril.

Convoco a casi 50 millones de electores de nuestro pueblo, a los que pido me ofrezcan un parlamento, con el cual, y con la ayuda de Dios, sea posible llevar a cabo la gran tarea nueva. El pueblo alemán tendrá ocasión de examinar, una vez más en estos días, lo que mis colaboradores y yo hemos hecho en estos cinco años, desde la primera elección

del parlamento en marzo de 1933.

Tendrán que comprobar un resultado único en la Historia.

Espero de mi pueblo que, unánime en la intención y en la fuerza, llegue a una decisión tan digna y acorde.

Así como en 1933, a la vista del trabajo monstruoso que teníamos por delante, pedí al pueblo alemán la concesión de cuatro años de plazo para el cumplimiento de la gran labor, ahora por segunda vez le pido lo siguiente: *“Pueblo alemán, concédeme de nuevo cuatro años para que pueda realizar la feliz unión de todos en el exterior y en lo íntimo.”*

Después del transcurso de este tiempo, el nuevo *Reich* alemán se convertirá en una unidad indestructible, afirmada en la voluntad del pueblo, gobernado políticamente por el partido nacionalsocialista, protegido por sus jóvenes y por su ejército nacionalsocialista y rico en la savia de su vida económica.

Cuando hoy vemos cómo se han cumplido los sueños audaces de tantas generaciones, sentimos un agradecimiento sin límites hacia la sincera neutralidad por parte de un gran número de otras naciones.

Pero yo no puedo terminar la enumeración de estas voces amigas, sin hacer mención especial de la actitud de la Italia fascista. Me he considerado obligado a explicar personalmente en una carta al *Duce* del gran Estado fascista, con quien nos une una gran amistad, las razones de mi intervención, asegurándole de un modo expreso que la posición de Alemania respecto a Italia después de estos acontecimientos, no sólo no cambiará en nada, sino que lo mismo que con Francia, Alemania considera como fijas las fronteras existentes.

Y desde este lugar quisiera expresar al gran estadista italiano, en nombre del pueblo alemán y en el mío propio, nuestro sincero agradecimiento. Sabemos muy bien lo que ha significado para Alemania la actitud de Mussolini en estos momentos. Y si fuese posible una consolidación mayor de las relaciones entre Italia y Alemania, habría llegado el momento de ello. Partiendo de una gran comunidad nacida del modo de ver las cosas y de unos intereses análogos, se ha llegado para los alemanes a una amistad indestructible. La tierra y las fronteras de este país amigo son para nosotros inviolables. Repito una vez más que nunca olvidaré esta actitud de Mussolini. Pero el pueblo italiano debe de saber, además, que detrás de mis palabras está la nación alemana.

Así también esta vez el eje que une a nuestros dos pueblos, ha prestado el mejor servicio para la paz del mundo. Pues Alemania sólo desea la paz. No quiere irrogar perjuicio alguno a los demás pueblos. Pero tampoco puede permitir bajo ningún concepto ofensa alguna y, ante todo, está dispuesta a llegar hasta el fin en la defensa de su honor y de su existencia. Que nadie crea que se trata sólo de una frase, y que se entienda también que un gran pueblo dotado del sentido del honor, no puede permanecer ocioso ante la persistencia de una opresión reiterada de grandes masas humanas que tienen su propia sangre.

Señores diputados:

Creo que en este gran momento histórico, en que gracias a la fuerza del ideal nacional socialista y al fortalecimiento del *Reich* que ella le ha deparado, se ha convertido en realidad el viejo sueño de los alemanes, ni una sola parte de nuestro pueblo puede dejar de ser llamada, para prestar su asentimiento al gran hecho del que todos aquellos que

con su esfuerzo y, sobre todo, con sus víctimas, han colaborado en el logro de esta gran finalidad. Todo linaje alemán e incluso su paisaje, han realizado una dolorosa aportación para la consecución de esta obra.

Pero como últimas víctimas de la unidad alemana, deben estar presentes ante nosotros en este momento, los numerosos luchadores, que en la vieja Marca Oriental, en Austria, ahora más que nunca vuelta al *Reich*, fueron los heraldos creyentes de la unidad ya conseguida y que, como mártires, con el último aliento de su voz, aún pudieron pronunciar las palabras que para todos nosotros deben ser las más sagradas: “*¡Un pueblo! ¡Un Reich! ¡Una Alemania!*”

Discurso de Adolf Hitler en la inauguración de la Segunda Exposición Alemana de Arquitectura y Artes Aplicadas

Discurso pronunciado en 1938

Al igual que en otros países, también en Alemania las exposiciones de arte eran antes un fenómeno muy frecuente, pero se trataba, sobre todo, de muestras dedicadas a las obras plásticas y pictóricas. Muy raramente se visitaban muestras en las que se expusieran proyectos arquitectónicos. Solían ser proyectos para concursos que, generalmente, nada tenían que ver con objetos efectivamente proyectados para la realización.

A partir de este año, exponemos en Alemania obras de arquitectura y de artes aplicadas. Pero estos trabajos no son expuestos con la intención de deducir del juicio del público elementos útiles respecto a la oportunidad de su ejecución; pretenden en cambio, mostrar al pueblo, es decir, al artista, al comitente y a las masas en general, las obras cuyo proyecto está ya en fase ejecutiva.

El éxito del público de la primera exposición que tuvo lugar este mismo año fue extraordinario. Sin embargo, no es esto lo más importante.

En primer lugar, el pueblo debe ver qué se construye y cómo se construye. Esperamos con ello que también el ojo del pueblo llegue a comprender qué infinita diligencia e inmenso trabajo se despliegan en estas construcciones.

Con anterioridad, muchas personas se sentían en mayor o menor medida autorizadas a ejercer ante tales obras una crítica que puedo sin más calificar de apresurada y superficial. Esta crítica ha atormentado a muchos grandes e importantes arquitectos y, en algún caso, les ha llevado incluso a la muerte.

Esto se halla en estrecha relación con el hecho de que a las masas sólo en una mínima proporción les es permitido volver la mirada hacia la desmesurada cantidad de trabajo que tales construcciones entrañan, con el hecho de que estas masas azuzadas por pedantes críticos profesionales, caen con demasiada facilidad en el error de criticar, sin reparar en la inmensa carga de trabajo, de esfuerzos y penalidades que pesan sobre aquellos a quienes debemos estas obras.

El pueblo debe ver con sus propios ojos, a través del desarrollo de estas obras, qué inmensa diligencia se requiere para proyectar obras tan poderosas y llevarlas a término con escrúpulo y cuidado hasta en los más mínimos detalles. Entonces él se detendrá con devoción y reverencia ante estas monumentales creaciones colectivas y será además educado en nuestras específicas concepciones artísticas.

Pero el segundo motivo es el de permitir a los propios artistas aprender, puesto que generalmente el artista tiene una idea sólo de lo que está ya construido.

Si se quiere imprimir a una determinada época una impronta estilística unitaria, es importante que los artistas puedan conocer recíprocamente las obras ya *in fieri*,⁽¹⁷⁾ para así aprender los unos de los otros. Porque en el campo artístico no pueden existir patentes. Obviamente, debe constituir un motivo de orgullo para todo artista lograr enriquecer el contexto cultural con elementos propios. Sin embargo, es importante que esto no suponga una confusión, sino que resulte un conjunto coordinado, del mismo modo que el cuerpo de la nación puede y debe representar una estructura unitaria.

El arte de nuestro nuevo *Reich* debe caracterizarse por una homogeneidad tal que en los siglos por venir se pueda reconocer sin la menor vacilación que se trata de una obra del pueblo alemán y de esta nuestra época. Pero para que esto ocurra es necesario que

los artistas se dejen influenciar y enriquecer por las obras de los demás ya desde la concepción de las mismas, de forma que su visión se ensanche y alcancen a calibrar la grandeza de las tareas que esta época exigen en base a las soluciones ya existentes y al modo con que los demás las han afrontado.

En tercer lugar, ¡incluso el comitente sacará sus enseñanzas! También él podrá extraer una orientación y podrá sin duda verse enriquecido, gracias a estas exposiciones podrá hacerse una idea de cómo pueden ser concebidos y llevados a término grandes objetivos.

A este respecto alguien podría objetar: “¿Pero es verdaderamente posible construir hoy?” Ciertamente, queridos compatriotas, es indudable que nuestra actividad constructiva, como todo lo que realizamos en nuestro *Reich*, no está sólo determinada por la oportunidad específica, sino que está sometida también a ineluctables exigencias generales.

Este año, por ejemplo, para asegurar la paz en nuestro *Reich*, ha sido necesario sustraer muchos centenares de miles de trabajadores de las canteras del interior del *Reich* para emplearlos en la construcción de nuestras fortificaciones del oeste. Ello ha comportado ciertas dificultades en algún caso. Pero se trató de un hecho transitorio. La fuerza de trabajo actualmente empleada en las grandes construcciones militares, cuarteles y fortificaciones refluirá y quedará totalmente disponible para los demás trabajos.

Lo que en verdad importa es que nuestra actividad constructiva y el desarrollo de nuestras ciudades sean, antes que nada, escrupulosamente meditadas y planificadas. En las obras aquí expuestas no debéis ver el resultado del trabajo realizado entre la exposición precedente y la actual; en ellas se concreta el trabajo de muchos, muchos años, proyectos que, en lo que a mí respecta, pueden incluso remontarse a decenios de actividad y, en lo que concierne a su concreta elaboración, pueden abarcar años de cuidadísimo trabajo.

Puede ocurrir que los modelos expuestos deban sufrir ciertas modificaciones que apenas se podrán realizar a escala 1/1, o bien que sea necesario introducir correcciones en la fase final de los trabajos.

Lo que estáis viendo aquí no es, pues, el fruto de un día de trabajo, sino de un año de plena dedicación, en el que se han estudiado los problemas hasta el más mínimo detalle. Debemos decírselo abiertamente a los supercríticos que, sin conocimiento de causa, pretenden emitir apresurados juicios.

Cuán necesario es elaborar en profundidad los grandes objetivos urbanísticos es algo que deberían tener muy presente ciertas administraciones locales y ciertas empresas privadas que declaran poder elaborar unos planos, pero que no están en condiciones de iniciar las obras correspondientes. Hay que responderles: “*Vuestros planos no están todavía en condiciones de ser iniciados, debéis elaborarlos primero durante dos o tres años. Haced antes los modelos oportunos y no penséis que vuestros primeros modelos bastan para pasar a la ejecución. Ni siquiera las obras de los más grandes maestros nacen en un día.*”

Si nuestras autoridades públicas y nuestras empresas privadas estudian en profundidad los problemas constructivos, y si el tráfico urbano es analizado y resuelto correctamente transcurren años antes de que se concreten en proyectos verdaderamente dignos de ser realizados. Creedme: una vez estos proyectos sean considerados dignos de ser realizados podéis estar seguros de que no faltará ni mano de obra ni materiales para su ejecución.

¡También nosotros hemos trabajado en ello! Deseo citar sólo un proyecto: el del nuevo Teatro de la Ópera de Múnich. Durante muchos años se ha trabajado en él y ahora va adquiriendo gradualmente forma y estructura. Más todavía falta mucho hasta que esté definitivamente listo para su ejecución. Y esto es igualmente válido para los grandes edificios de Berlín y para los proyectos de las restantes zonas del *Reich*.

¡No olvidemos jamás que nosotros no construimos para el presente, sino para el futuro!

Por ello, hay que construir de una manera que sea grande, sólida y duradera y, consecuentemente, digna y bella. El cliente o el arquitecto a los que en un momento dado, una tontería arquitectónica les pueda parecer sobresaliente o interesante, deben pensar si su proyecto puede resistir la crítica de los siglos. ¡Esto es lo importante!

Decirlo es fácil, pero de hecho existen innumerables ejemplos de trabajos en los que no se ha pensado en ello, trabajos que no corresponden al fin asignado y que, por lo tanto, no satisfacen el objetivo propuesto ni mucho menos lo podrán satisfacer en un futuro lejano.

También ahora voy a limitarme a un solo ejemplo. En Alemania hay aproximadamente 40 millones de protestantes. Estos protestantes han construido en Berlín una catedral que sirve de iglesia central en la capital del *Reich* alemán para los 3,5 millones de practicantes que allí residen.

La catedral tiene una capacidad de 2.450 asientos, numerados, para las más eminentes familias protestantes.

¡Compatriotas! Y esto sucede en la época del llamado desarrollo democrático. ¡Tanto más democráticos tendrían que ser las iglesias que se ocupan de las almas y no de corporaciones o clases! Resulta muy difícil comprender cómo una iglesia central con 2.450 asientos puede atender las necesidades espirituales de 3,5 millones de personas. Las dimensiones de este edificio, compatriotas, no están condicionadas por la técnica constructiva. Este edificio es el resultado de una concepción arquitectónica tan mezquina como irreflexiva. En realidad esta catedral debería poder acoger a 100.000 personas.

Seguramente se me objetará: “¿*Creéis que se llegarían a congregarse en ella 100.000 personas?*”

Contestar a esto no es una cuestión mía, sino de la Iglesia. Pero comprenderéis que nosotros, que constituimos un auténtico movimiento popular, debemos tener en cuenta al pueblo en nuestros edificios, debemos construir salas que puedan albergar a 150.000 ó 200.000 personas. Es decir: debemos construir edificios tan grandes cuanto las posibilidades técnicas actuales lo consientan, y debemos construirlos para la eternidad.

Otro ejemplo, esta vez referido al teatro. Una pequeña ciudad de 15.000 ó 20.000 habitantes, erige hacia el año 1800 un teatro con capacidad para 1.200 personas. Posteriormente, interviene la policía encargada de la seguridad de los edificios y comienza a limitar, por motivos de seguridad, el número de espectadores. Pero en el mismo período el número de habitantes se eleva a 100.000 ó 150.000, con lo que el espacio hábil para los espectadores disminuye mientras que el número de habitantes crece incesantemente. En un determinado momento surge la necesidad de construir un nuevo teatro y he aquí que el nuevo teatro para esta ciudad de 130.000 habitantes tiene una vez más capacidad para 1.000 ó 1.200 personas, exactamente la misma cantidad que hace cien años podía albergar el viejo teatro.

Pero se olvida que entretanto nuestros compositores - citemos por ejemplo a Richard

Wagner - han aumentado el número de instrumentos de quince a sesenta, que con coro y comparsas han crecido también, y sobre todo que los dispositivos técnicos requieren muchas más personas, de modo que hoy este teatro cuenta con cuatrocientas cincuenta ó quinientas personas entre mayoristas, coristas, solistas, bailarines y bailarinas, en total cuatrocientos cincuenta ó quinientos trabajadores, ¡y mil personas para ver el espectáculo! Esto significa que, ¡cada dos espectadores deben costear a un ejecutante! Una cosa así quizá fuera concebible en una época capitalista. Entre nosotros, esto no es posible, porque debemos mantener nuestros teatros con los medios del pueblo.

Si es, pues, necesario que nuestras masas entren en nuestros teatros, éstos deben tener una dimensión adecuada.

“¿Cómo - se puede objetar - *queréis construir un teatro de la ópera con 3.000 asientos?*” Ciertamente, podremos aumentar esta capacidad porque queremos que la participación popular pueda expresarse a través de miles y miles de personas.

Esto mismo es válido para otros edificios. Hoy oímos decir a menudo a propósito de edificios estatales, edificios comunales, etc., que apenas el edificio esté terminado, ya será demasiado pequeño. Señores, es necesario reflexionar sobre este punto, reflexionar desde el principio sobre las necesidades que se presentarán en un futuro humanamente previsible para así adoptar medidas justas.

A este propósito quisiera recordar que una actividad constructiva verdaderamente monumental comporta una sagaz y útil limitación del crecimiento de las instituciones públicas, que de otra forma provocaría en breve una proliferación cancerosa. Cuanto más monumentales son los edificios, cuanto más grandiosa es su concepción, tanto más imponen por sí mismos un límite a la extensión de la administración.

No hay nada peor que la competencia entre las administraciones a propósito del número de despachos. Así una administración declara: “*¡Nosotros tenemos 2.300 en nuestro ministerio!*”, y en seguida, la vecina afirma: “*¡No podemos de ningún modo tener menos de 2.600!*” Esto depende del hecho de que se confunde el significado de estas instituciones, que asumen, estoy seguro, una función espiritual central, con el de sedes administrativas primitivas que no tienen nada que ver con la función de guía.

Es, pues, necesario que en el momento del proyecto se reflexione a fondo, sobre todo esto, que en nuestras ciudades no se trabaje sin planificación y en la confusión, sino que todos los problemas sean examinados unitariamente y así, lógicamente resueltos, es decir, que no se permita construir aquí y allá en el espacio urbano sin una planificación previa y sin finalidad, sino que todos los proyectos constructivos estén dispuestos según un orden.

Porque se puede construir de dos modos: en base al primero, cada uno construye como quiere y donde cree oportuno, en base al segundo, se procede según una planificación, y este segundo modo de proceder proporciona soluciones arquitectónicas grandiosas y admirables.

Otra objeción es: “*¿Precisamente ahora debemos construir tanto?*”

¡Ciertamente! Debemos construir ahora más que nunca, porque antes de nosotros no se ha construido nada en absoluto, o se ha construido a un nivel verdaderamente indecoroso.

Y no olvidemos que nos encontramos hoy en una época de una gran renovación del pueblo alemán. Incluso quien no quería convencerse de ello, se ve obligado a admitirlo. Así es, en efecto. Para la posteridad, los años 1933, 1934, 1935, 1936, 1937 y 1938 tendrán un valor muy superior al que hoy les es atribuido por algunos

contemporáneos retrógrados.

Esta época será designada como la de más grande resurrección del pueblo alemán, la de la fundación de un potente, grande, fuerte, *Reich*.

Estos años serán un día designados como los años de la exaltación de un movimiento al que se asignará el mérito de haber fundido ese conglomerado de partidos, categorías y confesiones que constituían el pueblo alemán, en una unidad de espíritu y de voluntad.

Una época semejante tiene no sólo el derecho, sino también el deber de perpetuarse en tales obras.

Si alguno pregunta: “¿*Por qué construís hoy más que ayer?*” yo sólo puedo responderle: “*Construimos más porque somos más de los que éramos ayer.*”

El *Reich* actual es algo distinto del que hemos dejado atrás. No será un fenómeno efímero, porque no estará gobernado por individualidades, pocas personas o determinados intereses. Por primera vez en su historia este *Reich* alemán será gobernado por la conciencia y la voluntad del pueblo alemán.

Por ello merece plenamente que se le erijan esos monumentos que un día hablarán aunque los hombres callaran.

Además, esta arquitectura fecunda también a las demás artes, escultura y pintura. La verdad de esta afirmación la podéis sencillamente constatar en dos maravillosas esculturas aquí expuestas.

Representan al partido y al ejército, y pertenecen, sin duda, a cuanto de más bello se haya creado nunca en Alemania.

También las artes aplicadas reciben de ella un gran impulso; por ello hemos asociado a la Exposición de Arquitectura Alemana la Exposición de las Artes Aplicadas Alemanas.

Hoy quisiera dar las gracias en particular a aquellos artistas que, aunque no es posible citarlos individualmente, se han dedicado con infinita aplicación y con fervor inigualable a estas tareas. Existen innumerables personas que tienen una jornada laboral de ocho o diez horas, que cada día producen un determinado trabajo en un determinado tiempo.

Esto le es imposible al artista. El trabajo del que está preso no le abandona nunca, le persigue hasta el sueño. Está poseído por su trabajo y no se puede separar de él.

No podemos juzgar aisladamente todo lo que estos innumerables artistas alemanes han producido con una aplicación verdaderamente infatigable y con una fanática dedicación. Pero si el pueblo alemán no puede agradecerles uno a uno todo esto, yo, como portavoz del pueblo, quiero expresar esta gratitud.

Naturalmente, la gratitud eterna reside en la obra misma. De este modo el artista se asegura el camino a la inmortalidad. Muchos artistas se encuentran hoy en este camino, que un día lo encontraron y que prosiguen en él, os lo mostrará la exposición que yo ahora tengo el honor de abrir.

Discurso a los antiguos combatientes en la Bürgerbräukeller en Múnich, con motivo del aniversario del Putsch de Múnich

Discurso pronunciado el 8 de noviembre de 1938

Viejos compañeros y compañeras:

Las reuniones de los días 8 y 9 de noviembre significan infinitamente mucho para quienes hemos labrado el camino histórico del movimiento y, por consiguiente, configurado a Alemania. Hoy celebramos con particular emoción el recuerdo de aquella época. El año 1938 quedará grabado en la historia alemana como el año de los acontecimientos históricos más grandes y de los más grandes éxitos históricos. Hace veinte años que por estas fechas se consumaba la catástrofe alemana; hace quince que por primera vez intentamos levantarnos de ella. Por consiguiente, puede considerarse con fundamento el hecho de que este año nos mostremos particularmente pensativos. En 1918, hace veinte años, como he dicho antes, se consumó el derrumbamiento alemán. Se consumó porque sólo un ciego podía creer que aquellos días de noviembre fueran la causa y consumación del destino de Alemania. La causa venía ya de atrás, de muy atrás, y la consumación había dado comienzo años antes; el año 1918 fue tan sólo la culminación del proceso catastrófico.

Presentaremos tan sólo un par de ejemplos - los más notables - de entre la cantidad innumerable de acontecimientos aislados a los que hemos de achacar este derrumbamiento.

Decisivo para el derrumbamiento de Alemania fue la descomposición interna del pueblo alemán, la división de la sociedad en clases. Un fenómeno tampoco nuevo, pues ya había tenido precedentes en el pasado, pero que esta vez adquirió una importancia particular y única a través de los impulsores de tal división. Los parásitos judíos internacionales enquistados en el pueblo alemán aprovecharon de manera hábil y taimada determinadas circunstancias sociales para, por medio de unas doctrinas especiales, desarrollar y convertir en una enfermedad incurable problemas existentes ya en otros pueblos y que tenían cura. Ciertamente que esta división en burguesía y proletariado fue aparentemente superada en 1914, pero sólo en apariencia. Sabemos que a las pocas semanas o meses de haberse disipado la primera embriaguez del entusiasmo volvió a abrirse de nuevo el antiguo abismo, y que ciertos sectores no ocultaron en modo alguno en aquella época sus intenciones de que Alemania perdiera esta guerra. No me refiero a sectores del extranjero, sino a los de nuestro propio cuerpo nacional. Lo que ocurrió en el período comprendido entre 1914 y 1919 ó 1918, no fue otra cosa que una repercusión lenta de los manejos de estos sectores. De año en año podía apreciarse cómo aumentaba esta tendencia de desviar al pueblo alemán cada vez más de su lucha exterior para inclinarle hacia la interior, y cómo, en 1918, esta idea había prendido en extensos sectores alemanes: no se trataba en definitiva de una guerra defensiva de la nación alemana frente a un mundo deseoso de agresión y, sobre todo, envidioso, sino única y exclusivamente de una lucha del proletariado contra la burguesía, o de la burguesía contra el proletariado. Se había dejado ya de creer que el mundo tuviera en realidad malas intenciones respecto a Alemania. No, el resto del mundo no quería en realidad nada con Alemania. No era verdad que este otro mundo pretendiera quizá robar a Alemania, que tuviera intenciones de arrebatarse a Alemania sus colonias, o echados los ojos al comercio alemán, y mucho menos a territorios alemanes. Esto eran sólo mentiras

que contaban al pueblo los alemanes que incitaban a la guerra, porque lo que realmente quería el resto del mundo no era otra cosa que comprensión, una paz sin vencedores ni vencidos. Sobre todo cuando Woodrow Wilson, el gran americano y apóstol (risas) de una nueva moral internacional se presentó con sus catorce puntos, diciendo poco más o menos todo esto en hermosas frases, la gente no se cansó de decir una y otra vez que ahora tenía pruebas convincentes de ello. El hecho real fue que la nación alemana fue perdiendo rápidamente sus fuerzas para luchar frente al extranjero en la misma medida en que las desvió hacia el teatro de batalla interior.

A pesar de ello, el derrumbamiento no se habría producido en 1918 ni, en mi opinión, habría sucedido jamás si el pueblo alemán, arrastrado por su desatinada ceguera, no hubiera terminado finalmente por convertir en guerra civil lo que fue, en sus comienzos, una disputa interna. Pero así tenía que llegar el derrumbamiento. He dicho que tengo el convencimiento de que ni en 1918 ni más tarde se habría producido derrumbamiento alguno; y creo tener razón para expresarme así porque estoy convencido de que si el destino me hubiera puesto o tenido en aquella época en el sitio que hoy ocupo, el derrumbamiento no habría llegado jamás (ensordecedores aplausos) Ciertamente que habría habido un derrumbamiento de nuestros perniciosos e infames partidos; ese habría sido.

¡Los habría eliminado entonces en la misma forma que los eliminé en 1933! (aplausos) y lo mismo que Alemania empezó a resurgir rápidamente, tampoco se habría hundido en aquella época. El extranjero sabe a la perfección por qué vierte lágrimas por el ideal democrático alemán (risas) Hoy, al oír una y otra vez que un jefe de la oposición inglesa dice que los alemanes hemos de demostrar nuestra amistad con el mundo poniendo en libertad a los enemigos del Estado que se encuentran en prisión, lo único que puedo decir (risas) es que yo fui también antaño uno de tales *enemigos del Estado*; ¡pero que jamás supe que jefe alguno de la oposición británica tomara la palabra para defenderme! (delirantes aplausos) y fue mejor así, pues de lo contrario quizá ahora no viviera ya; posiblemente me habría comprado una soga y me habría ahorcado con ella (risas y aplausos) Saben ustedes perfectamente por qué defienden a estos enemigos alemanes del Estado: porque fueron entonces, y lo continúan siendo hoy, los aliados del extranjero.

Naturalmente, esta división de la sociedad alemana en clases no se ha producido espontáneamente, sino que tuvo sus causas, y quizás una de las más decisivas fuera el fallo social, en todos sus aspectos, de nuestra burguesía. Comprendo muy bien que en los largos años que precedieron a la guerra le resultara muy fácil a un obrero equivocarse al hacer la elección de su puesto, pues en realidad apenas había puesto para él. El mundo burgués no tenía comprensión para el trabajador, ni siquiera intención de atraérsele.

Los únicos que los aceptaron fueron los que esperaban poder hacer saltar en pedazos la comunidad nacional alemana con ayuda del proletariado alemán y han logrado su objetivo. También era insoportable esta división en el aspecto de la consideración social. La soberbia y los prejuicios de casta dominaban entonces de tal manera en una parte del país, que no era de extrañar que, como reacción, apareciera finalmente en la otra, conciencia de clase. De todos modos, la escisión interior de nuestra comunidad nacional ha sido la gran causa del derrumbamiento alemán. Y la segunda gran causa fue el fallo de los estratos dirigentes de nuestro pueblo en los campos militar y político, un fallo lamentable frente a los elementos de la destrucción, el desorden y la revuelta. En aquella época, en todas las decisiones se demostró cobardía, inconsistencia y una actuación incoherente. Con toda seguridad fueron muchos los que se dieron cuenta del

peligro y trataron de ponerse a la defensiva: el más fuerte de estos exponentes fue desposeído de su cargo, un puesto de responsabilidad. Fue el hombre que después marchó junto a nosotros en nuestras filas (fuertes aplausos)

La razón del fallo de toda la jefatura política radicó en la equivocada forma de seleccionar este mando. En el transcurso de decenios, nuestra llamada burguesía ha ido formando una especie de jefatura en lo económico; pero al hacerlo ha olvidado que esta capacidad económica no tiene por qué coincidir lo más mínimo con la capacidad para dirigir en lo político, e incluso ambas capacidades se encontraban generalmente en abierta oposición. Esta postura fue cultivada en aquella época por aquel intelectualismo subjetivo que, dejando a un lado la firmeza del carácter y la virilidad en la conducta, ponía en primer plano únicamente un supuesto saber, sin que, al proceder así, este saber estuviera fundamentado en la experiencia, sino que tan sólo trataba de dar valor a lo que habían aprendido de memoria. Estos dirigentes de antaño fracasaron completamente en la hora crítica; eso no se puede negar. Si la catástrofe hubiera ocurrido sólo en un lugar de Alemania, si sólo en un lugar hubiera aparecido uno de tales individuos, entonces podría haberse dicho: *“Señor, precisamente ha ido a mandar en este lugar la persona que no debía.”* Pero que la jefatura haya fracasado en toda Alemania, lo mismo en Berlín que en Múnich, lo mismo aquí que en Dresde, allí lo mismo que en Stuttgart, en Stuttgart lo mismo que en Viena, y en Viena lo mismo que en Hamburgo, demuestra que toda la jefatura no servía para nada (aplausos)

Por ello, mi pensamiento básico en las semanas del derrumbamiento de noviembre y diciembre de 1918 fue éste: con esta jefatura no hay forma de hacer nada. En este sentido, toda la selección nacional está completamente equivocada; si, en definitiva, se pretende salvar todavía a la nación, habrá que iniciar el fatigoso proceso de la reconstrucción con la selección de un nuevo mando, para lo cual será necesario comenzar por un movimiento que permita realizar en Alemania las reformas que necesita. Saben ustedes muy bien, mis viejos compañeros, que, en aquella época, se me hacía con frecuencia, sobre todo por los burgueses, el siguiente reproche: *“¿Por qué funda usted otro partido nuevo? ¿Pero si ya tenemos los partidos nacionalistas, y son, en verdad, más que suficientes! ¿Por qué un nuevo movimiento? ¿Eso supone únicamente división en banderías! Si usted cree realmente valer para algo, ¿por qué no ingresa en uno de nuestros partidos?”* También esta postura revela el completo desconocimiento que tales hombres tenían del problema. La jefatura y los que la siguen han de ser todos de la misma madera. El más enérgico de los jefes no podrá hacer nada con unos partidarios movidos por, digamos, principios fundamentales equivocados. Es ya una vieja experiencia que la consigna utilizada para la creación de un movimiento resulta más tarde decisiva para el completo desarrollo posterior de la actividad de tal movimiento. Por consiguiente, el que en los comienzos establece la consigna del bienestar burgués, de la llamada tranquilidad y orden, o sea, por lo tanto, de la adaptación a las circunstancias, que no espere luego poder realizar de repente hechos heroicos con los partidarios de esta consigna, en la que se ha fundado su movimiento.

Estos partidarios no le comprenderán, sencillamente. También es evidente que estos hombres no me han comprendido siquiera después de diez años de un éxito tras otro. ¡Quién iba a suponer antaño que quizás un partido - digamos un partido burgués -, el partido popular alemán, o el partido nacionalista alemán, fuera a prestar oídos a mis ideas! Se habría dicho como explicación que lo mío era un delirio juvenil. Nosotros somos espíritus serenos y esclarecidos que juzgamos las cosas con objetividad y no nos dejamos arrastrar a una psicosis idealista; estas cosas tienen que ser contempladas de

forma práctica. En aquella época, se dijo que sería precisamente la economía la encargada de reconstruir Alemania. La economía no es capaz de alzarse por sí misma y mucho menos de reconstruir la nación (aclamaciones) Todo lo que se ofrecía antaño a nuestra vista era inmensamente ridículo, insensato y necio; pero al mismo tiempo la prueba de cuna imposible habría sido pretender hacer historia alemana con esta organización.

Esta gente tenía que ser barrida y, además, barrida sin dejar rastro.

Tenía que entrar en funciones una nueva selección, un mando que se rigiera por otros principios, unos principios más duros. Ciertamente, se me podrá decir: *“Pero usted tendría que saber perfectamente de antemano que para llevar esto a cabo quizá se necesitarían decenios.”*

Absolutamente cierto. A pesar de ello, es comprensible que el soldado alemán de entonces intentara en todo momento dar la vuelta al destino.

Yo habría considerado un crimen no haber aprovechado *cualquier ocasión* para salvar al pueblo alemán en la medida que ello fuera posible.

La lucha del movimiento nacionalsocialista fue, en esencia, la lucha por una nueva comunidad del pueblo alemán, en la que el partido tenía que constituir el núcleo de esta comunidad del pueblo. Esto significa que al ir agrupando trabajosamente en derredor mío, durante esta lucha, la primera docena, la segunda y luego las cincuenta, cien, etc., primeras personas, agrupé precisamente a los que estaban dispuestos a sacrificar por un ideal todo lo que pudiera ser opuesto a esta comunidad. Hay algo que no nos ofrece duda: en la vida burguesa hay muchas cosas que distancian y tienen que distanciar necesariamente a los seres humanos; es precisamente la economía la que distancia a las personas. Si existen ciertos sectores sociales que pretenden en todo momento defender la postura de que la economía es la que hace entrar en razón a los hombres, esto es la mayor de las equivocaciones, es engañarse a sí mismo. La economía destruye a las personas, las divide en grupos de intereses. Tenemos por un lado al empresario y por el otro a los obreros; aquí tenemos al ingeniero y allá tenemos al empleado, al funcionario, al artesano, al maestro de taller, al jornalero, al peón, etc., y la economía los separa a todos. A esta postura se le ha de oponer un idealismo elevado que una a los seres humanos, y éste sólo puede ser un conocimiento político de carácter general y nacional. En realidad, la vida normal se produce con un sinfín de acontecimientos que separan entre sí a las personas; por ello es tanto más importante proclamar el conocimiento de la necesidad de una existencia en común como camino para restablecer la unidad. Y esto es lo que el partido está acometiendo. Y, por ello, los idealistas que antaño se agruparon renunciando a sus pensamientos de índole económica han sido realmente los soportes de esta nueva comunidad del pueblo.

Compañeros, lo que entonces se reunió en esta ciudad y en este país y fuera de él fue Alemania sin lugar a dudas; el resto no era nada, el resto eran burgueses, proletarios, hombres de distintos partidos y confesiones, y vaya usted a saber; sólo en este partido era donde Alemania estaba en su casa (aclamaciones y aplausos)

Y fue comprensible que este partido no encontrara fundamentalmente adeptos entre los favorecidos por la fortuna, sino entre las capas de la gran masa nacional. Y ello es lógico, pues es mucho mayor el instinto existente en el pueblo, y del instinto nace la fe, en tanto que la crema de nuestra sociedad, debido a su intelectualismo, siempre lo examina todo con mirada crítica. Por lo general no se les puede utilizar en parte para formar los sillares de una comunidad nacional, incluso hoy tampoco (aplausos atronadores) No me engaño en modo alguno al respecto: la comunidad nacional, sí, lo

sois vosotros y todos los millones que, animados por la misma fe, están sentados ahora unos junto a otros, con el corazón recogido, mientras escuchan esto; eso es lo que constituye la comunidad del pueblo alemán. El intelectualismo que revolotea por las cabezas de las *diez familias* se siente a veces un poco interesado, acaso también estimulado; pero, por lo demás, adopta siempre, frente a los problemas, una postura crítica de reserva. Nadie puede saber si esto cambiará alguna vez. El sacrificarse por un ideal, luchar por un ideal, es completamente extraño a esta gente, no saben lo que significa (aplausos atronadores) Y tampoco les gusta. Las excepciones no hacen sino confirmar la regla. Por consiguiente, carecen de valor para ser utilizados como sillares para la construcción de una tal comunidad nacional. Pues no son portadores de ninguna fe, no son inmovibles y, sobre todo, no son resistentes en los momentos de miseria y peligro (aplausos) Luego, cuando la sana masa del pueblo, guiada por el instinto, se agrupa de pronto en un *rebaño* y en una comunidad, entonces empiezan a correr y se desperdigan como gallinas en un corral. Por eso, con ellos no se puede hacer Historia, y por eso les he atribuido desde el principio muy poco valor (risas y aplausos) Son inutilizables como elementos de sostén para la formación de una comunidad creadora de Historia. Ciertamente que son también completamente inofensivos como elementos de destrucción. Así pues, estos sectores han manifestado siempre el más abierto desprecio al movimiento, mostrando hacia él la incompreensión más absoluta y haciéndole con frecuencia objeto de las más duras críticas, especialmente durante los días que hoy conmemoramos. Y esta postura no ha sido aún modificada. Me han contado que un individuo dijo hace poco tiempo: *“Bueno, ¿sabe usted?, el Führer puede también equivocarse; ya se equivocó en 1923; en aquella ocasión naufragó.”* A estos hombres de bien sólo puedo decirles una cosa: *“No me equivoqué entonces ni sufrí naufragio alguno, únicamente recibí un golpe muy fuerte. Pero el golpe sirvió para endurecer al partido, y por consiguiente, a Alemania.”* (ensordecedores aplausos)

¿Cuál era la situación en 1923? Yo era el jefe de un partido pequeño, si bien fuerte en cuanto a decisión y valor; acaso fuera yo el único jefe de partido que pudiera decir: *“Detrás de mí hay una agrupación de tantos y tantos hombres dispuestos a emprender la marcha en caso de necesidad.”* (aclamaciones y aplausos) Los otros tenían detrás de ellos únicamente agrupaciones decididas a ganar dinero (risas) y hacer negocios. Y ustedes saben muy bien cuál era antaño la situación de Alemania: un derrumbamiento terrible, cuya expresión más acentuada y ostensible era la inflación. Había que contemplar con los brazos cruzados cómo las infames truhanerías de los judíos privaban de sus últimos ahorros a millones de personas; había que contemplar, además, cómo partes de Alemania estaban ocupadas exactamente igual que al principio de la guerra, y cómo otras eran asimismo ocupadas después.

Había que contemplar cómo la dirección de un Estado, una dirección incapaz, cobarde y ruin, no tenía intención de aprovechar de algún modo las energías y los valores de la nación. ¿Qué cosa, pues, más natural que al final tomara uno la resolución de derribar este régimen inútil? ¿Qué se intentara pasar de las palabras a los hechos? Ciertamente que los hechos fracasaron entonces; pero también es verdad que aquel fracaso nos reportó más beneficios de los que hoy podamos suponer. De no haber actuado entonces, no sé qué derroteros seguiría hoy el destino de Alemania. Sólo podemos estar seguros de una cosa: si el señor Kahr y sus secuaces hubieran logrado aquí una escisión, probablemente habría sido confirmada pocos días después por los países extranjeros, y no sabemos cuáles hubieran podido ser las consecuencias ulteriores.

Ustedes, mis viejos compañeros de lucha, recordarán con cuánta frecuencia, durante

las reuniones que celebrábamos en aquella época, les leía las palabras de un hombre que, en una época triste y amarga, se rebeló asimismo contra la cobardía y la mezquindad de sus contemporáneos, de los contemporáneos gobernantes; del hombre que antaño se revolvió contra la cobardía y la sumisión de un estrato social dirigente que creía, con una conducta así, poder acaso ganarse la buena voluntad de un enemigo irreconciliable; del hombre que dijo al calificar a los diversos estamentos sociales: *“Los altos estamentos nobles están corrompidos; los funcionarios del Estado y de palacio lo están aún más”* y que, además, sigue escribiendo en su época: *“No desean simplemente, como los demás, tranquilidad y seguridad; no sólo es ya ajeno a ellos el pensamiento de cumplir con su deber afrontando cualquier riesgo, sino que persiguen con odio irreconciliable a todo el que no desespera. ¿Pues qué otra cosa sino desesperar es preferir nuestra situación, y una mucho peor que habrá de venir, a ofrecer toda resistencia? Así pues, el que no desespere en que el Estado marche por el camino del deber y del honor, quien no crea que el deber consiste únicamente en una vergonzosa e incondicional sumisión, y que el honor no sirve de nada, ese es un traidor al Estado. Puede contar con la seguridad de que será odiado y perseguido por todos los funcionarios públicos olvidados de su verdadero deber y de que el público le difamará.”*

Y este hombre sigue escribiendo: *“Pero miremos más allá de estos tristes tiempos de corrupción nacional que, semejante a tumores, son las señales externas de una grave enfermedad que con demasiada facilidad puede minar, envenenar y desintegrar el cuerpo nacional. Todos aquellos a quienes la perversión del corazón y de los principios no hayan hecho llegar a sentir el miedo y el desánimo actualmente en boga no están perdidos para siempre, sino que podrían elevarse a una existencia más noble si para ello se les tendiese la mano. Por mucho apego que se le tenga al régimen, nadie puede ignorar que la causa general del desánimo es la falta de confianza en él, el cual, a su vez, tiene la misma falta de confianza en sus súbditos e incluso en sí mismo. Esta carencia absoluta de confianza en sí mismo y en los demás es la causa general del estado actual de nuestra opinión pública. La influencia continua de la debilidad, la corrupción y el olvido del cumplimiento del deber es la causa del estado de la opinión pública. Me aparto solemnemente de esta opinión y de este ambiente del que se hace gala entre nosotros como si hubiera sido engendrado por sentimientos puros y para el bien de todos y estuviera identificado con ellos. Renuncio solemnemente a la insensata esperanza de una salvación por la mano de la casualidad; a la confusa esperanza en el futuro, que un sentido obtuso no quiere reconocer; a la esperanza infantil de aplacar la cólera de un tirano mediante un desarme voluntario, de ganar su confianza mediante la adulación y una abyecta sumisión; a la equivocada resignación de un acervo espiritual reprimido y de la insensata desconfianza en las fuerzas que Dios nos ha dado; al pecaminoso olvido de los deberes en beneficio del bien común; al vergonzoso sacrificio del honor estatal y nacional, de la dignidad humana y personal. Creo y afirmo que un pueblo ha de apreciar por encima de todo la dignidad y la libertad de su existencia, las cuales debe defender hasta derramar las últimas gotas de su sangre; que no tiene otro deber más alto que cumplir; que no tiene otra ley más alta que obedecer; que el baldón ignominioso de una sumisión cobarde no puede ser borrado jamás; que esta gota de veneno vertida en la sangre de un pueblo se transmite a la descendencia y minará y paralizará la fuerza de las generaciones venideras; que, en la mayoría de las ocasiones, un pueblo es invencible cuando lucha animosamente en defensa de su libertad; que incluso la pérdida de esta libertad después de una lucha honrosa y*

encarnizada asegura el resurgimiento de un pueblo y constituye la base de la vida, la semilla de donde brotará un día un nuevo árbol de fuertes raíces. Manifiesto y afirmo ante el mundo de hoy y el mundo futuro que la prudencia equivocada que pretende escapar al peligro es para mí lo más pernicioso que pueden motivar el miedo y el temor.”

Sí, compañeros, en 1923 obré siguiendo estas afirmaciones (aplausos)

Y del antiguo derrumbamiento ha nacido realmente el árbol que hoy denominamos la gran Alemania (aplausos) Ese fue el comienzo del resurgimiento alemán, y sólo los débiles o los prudentes estigmatizados aquí por Clausewitz aún hoy no lo comprenden. El intento de revolución y alzamiento que en aquella época fracasó tuvo como causa (sic) el proceso, un proceso en el que, quizá por vez primera en la Historia, fuimos acusadores en lugar de acusados. No eludimos en aquellos días la responsabilidad de nuestros actos, sino que respondió de ellas todo el que en aquella época fue acusado. Es más, todos se esforzaron en tomar sobre sus hombros la responsabilidad de los demás. Y el pueblo alemán conoció por vez primera el movimiento nacionalsocialista. Fueron amplios sectores los que lo conocieron, incluso fuera de este país. El resultado fue la obtención de 2 millones de votos en unas elecciones posteriores. Antes de la marcha sobre la *Feldherrnhalle*, tenía yo unos 70.000 u 80.000 partidarios.

Después de esta marcha tuve 2 millones. Bien es verdad que, a los ojos de los partidos burgueses, esto no tenía ninguna importancia. Ellos sólo veían un final sangriento. También es verdad que no comprendieron que, en la historia del mundo, las realizaciones más grandes han tenido con mucha frecuencia un principio sangriento. No lo comprendieron en aquella época, y acaso haya quien todavía no lo comprenda hoy. Pero ese fue el destino de nuestro movimiento: ya desde el principio no se nos comprendió. Cuando comencé aquí a hacer propaganda, me tuvieron por un necio, un iluso, un ideólogo. No podían suponer que el hombre idealista alguna vez hubiera de lograr el éxito. No podían comprenderlo porque no conocían al pueblo. Estaban convencidos de que cualquier matemático o cualquier calculador, lo que se conoce como inteligencia fría, arrastraría un día detrás de él a la nación. No comprendieron jamás que la nación ha de ser despertada por algo más sagrado que por la denominada comprensión del exterior.

Quizás haya todavía algunos que no comprendan, algunos que todavía no han aprendido a valorar estas fuerzas interiores de un pueblo y a estimar al pueblo en razón de esas fuerzas. Aún así, nosotros iniciamos aquí nuestro camino y lo hemos recorrido a través de infinitas luchas y batallas por locales cerrados, luego en las calles, más tarde por los lugares públicos, y finalmente, por regiones enteras.

¡Así se fue haciendo grande hasta 1923 el partido nacionalsocialista, y así es como conquistó definitivamente a toda Alemania después de 1923!

Hoy, al volver la vista atrás, vemos frente a nuestros ojos un gran acontecimiento histórico. Se da muy raras veces, mis viejos compañeros de lucha, que *una* generación esté destinada a iniciar una lucha de tal índole y verla coronada por el éxito (aplausos) Esto ha sido para todos nosotros una recompensa especial de la Providencia, y hoy, con la mirada puesta en el pasado, adoptemos más que nunca la decisión de no apartarnos jamás de nuestros viejos conocimientos, de nuestros principios y, también, de nuestras virtudes. Ello significa: ¡estemos siempre despiertos y atentos! (aclamaciones y aplausos) ¡Tenemos una experiencia demasiado amarga, hemos vivido demasiados trances dolorosos como para que prestemos alocadamente oídos a

cualesquiera cantos de sirena que nos vengan de otro mundo que no sea el nuestro! (aclamaciones y aplausos) ¡Antes que nada creo en el derecho que estamos dispuestos a tomar bajo nuestra protección y que estamos capacitados para defender! (fuertes aplausos) ¡y en segundo lugar, creo únicamente en que cada uno tiene el premio que se merece! Ningún pueblo recibe en este mundo nada regalado. Sabemos que, precisamente ahora, se intenta de nuevo por todas partes especular con la credulidad y la bondad del pueblo alemán, en la esperanza de encontrar todavía en nuestro pueblo ciertos impulsos sentimentales.

Ustedes, mis viejos compañeros de lucha, me comprenderán perfectamente si observo una conducta completamente fría y reservada frente a tales intentos (aclamaciones y aplausos) Sería muy hermoso que el mundo quisiera abandonar sus ideas actuales y comenzara un nuevo camino, el de una justicia general y pacífica. Nos sentiríamos dichosos si observáramos indicios de un tal cambio de pensamientos.

Pero de momento veo sólo una cosa, a saber: un mundo que se arma hasta los dientes y un mundo que amenaza por doquier. Se dice: *“De ahora en adelante tenemos sentadas nuevas bases para una evolución pacífica y por ello tenemos que armarnos.”* No acabo de comprenderlo; ahora bien, no protesto. Que nadie me interprete mal. Estoy leyendo todos los días en los periódicos extranjeros que nuestro rearme estremece hondamente al mundo que nos rodea. Sólo puedo asegurar una cosa: ¡lo único que me estremecería a mí sería la inexistencia del rearme en la nación alemana; el rearme de los demás me estremece! (vivos aplausos) Pues no puede haber duda alguna sobre este particular: si el *mundo entero* se arma, el pueblo alemán no caminará por esta Tierra armado únicamente con una palma de la paz (risas y aplausos) En este caso haremos todo lo que sea necesario para asegurarnos la paz (aclamaciones y aplausos)

Pero si el mundo se lamenta de que nosotros tengamos tan poca fe en las seguridades de paz, entonces tendré que referirme de nuevo a mis dos últimos discursos. Nosotros no pretendemos en modo alguno inferirnos en las constituciones de los demás. En realidad, no tengo el menor deseo de que otros hagan uso de los principios fundamentales nacionalistas. Que los demás sigan con sus democracias; nosotros seguiremos con nuestro nacionalsocialismo (aplausos atronadores)

Sólo que estoy obligado, como estadista alemán, a estudiar, en interés de mi pueblo, los problemas del mundo que nos rodea, a revisar las cuestiones y a considerar los peligros. ¡Y en este sentido no voy a dejarme guiar por ningún miembro del parlamento británico! (aclamaciones y aplausos) Si ahora oigo decir: *“Ciertamente, hemos opinado que las dictaduras han de ser aniquiladas; pero no, naturalmente, el pueblo alemán o el italiano”*, mi respuesta sólo puede ser ésta: *“Eso se podía decir únicamente antes de noviembre de 1918; pero en modo alguno después de noviembre de 1918.”* (aplausos) Los mismos sectores manifestaron entonces que se trataba únicamente de la eliminación de las dinastías, sólo de la desaparición de la Casa Hohenzollern; pero en modo alguno del pueblo alemán, sino únicamente de acabar con el militarismo y precisamente, para que el pueblo alemán, una vez libre, pudiera vivir feliz con las fuerzas demócratas internacionales. Hemos conocido a estos hipócritas (aclamaciones y aplausos) ¡El pueblo alemán ha aprendido, y en los próximos mil años no se volverá a producir un derrumbamiento como el sufrido por Alemania a causa de su buena fe! (fuertes aplausos) Puedo asegurar esto a todos los caballeros que creen poder incitar a la guerra contra Alemania. Ya nunca más se podrá vencer a Alemania por medio de frases, pues con las armas se nos ha vencido (aclamaciones y aplausos)

Así, pues, como jefe responsable de la nación estoy obligado a llamar la atención de ustedes sobre toda clase de peligros. Y veo que uno de los peligros es la continua incitación que existe en otros países a una guerra contra Alemania. Si no se quiere advertir esto, si se pretende ocultarlo ahora de repente con frases, basta tan sólo con examinar ciertas explicaciones sumamente significativas. No hace mucho tiempo que en la Cámara de los Comunes fue tratada la cuestión de la navegación aérea civil, y con tal motivo se habló de un nuevo tipo de avión civil considerado como particularmente útil y apto para el servicio. Pues bien, un miembro de esta oposición preguntó entonces: “¿Puede transportar también ese avión bombas hasta Berlín?” (gritos de “¡Fuera!”) Sabemos lo que eso significa. Sin duda se alegará sobre el particular: “Bueno, pero se trata únicamente de la oposición.” Yo no puedo modificar la constitución de las democracias ni tampoco pretendemos modificarla en modo alguno. Pero, según la constitución aludida, la oposición de hoy puede ser el gobierno de mañana.

Sí, es lo que acostumbra a suceder con arreglo a lo que es habitual.

Nosotros nos sentiríamos muy agradecidos si los hombres que gobiernan Inglaterra o Francia se opusieran a tales pensamientos y tuvieran la intención de convivir realmente con Alemania a base de una igualdad de derechos. La palabra entendimiento es para nosotros casi incomprensible, pues, ¿sobre qué nos vamos a entender? Hemos declarado repetidas veces que no exigimos nada de esas naciones, salvo que nos devuelvan nuestras colonias, que nos fueron arrebatadas bajo pretextos contrarios a toda justicia (aclamaciones, aplausos delirantes y prolongados) Ahora bien, siempre he asegurado que ello, naturalmente, no es en realidad motivo alguno para una guerra; es solamente cuestión, digamos, de justicia y del propósito verdadero de lograr que sea posible la coexistencia de los pueblos. Fuera de esto, no tenemos nada que exigir de esas naciones, no les pedimos absolutamente nada; al contrario, lo único que quisiéramos es hacer negocios con ellas, es decir lo que queremos es comerciar con esas naciones. Comprar y vender, ambas cosas en la misma medida. Y esto es, de todas formas, lo que las democracias quieren, según han estado afirmando siempre (risas)

No hace todavía mucho tiempo que el ministro, el señor Eden, quien todavía gobernaba por entonces, aseguró que sólo tenía un deseo: impedir la autarquía de Alemania con objeto de que participáramos más intensamente en las relaciones comerciales mundiales, en la economía internacional. Tal es también nuestro deseo.

Bien es verdad que actualmente leo en muchas ocasiones en periódicos de la oposición opiniones según las cuales no parece ser muy grande el entusiasmo por una participación activa nuestra en el comercio mundial (risas) Ya tuve mis dudas sobre la sinceridad de esta declaración del señor Eden, y parece ser que, posteriormente, mi escepticismo ha encontrado razones para justificarse y fortalecerse. Por consiguiente, cuando se habla de comprensión ignoramos en absoluto sobre qué nos tenemos que entender, aunque nosotros estamos dispuestos a lo que sea. Sólo he de tener presente una cosa: de seguro que los hombres que actualmente llevan en Francia e Inglaterra el timón de la política tienen deseos de paz; pero hay otros hombres que no ocultan - y el señor Churchill puede inventar todos los pretextos que le vengan en gana -, que no ocultan en absoluto su deseo de una guerra contra Alemania (gritos de “¡Fuera!”) Estoy obligado a decir esto desapasionadamente a la nación para que nadie se llame a engaño a este respecto y también estoy obligado a extraer las consecuencias oportunas, pues, como antes he dicho, el señor Churchill, en virtud de la constitución de tales Estados, puede llegar mañana o pasado mañana a presidente del

consejo de ministros. Cabe perfectamente dentro de lo posible. Y si el señor Churchill declara que no odia a los alemanes, sino que únicamente ve un peligro en ellos, ambas cosas vienen a significar exactamente lo mismo. Y si un jefe británico de la oposición dice ahora: *“No queremos destruir al pueblo alemán, sino únicamente al régimen alemán”*, tanto da lo uno como lo otro. Pues nadie destruirá al régimen a menos que antes no destruya también al pueblo alemán (vivos aplausos) Y si alguien manifestara que, al unirse a los enemigos del régimen, pretende librar de este régimen a Alemania, a ese sólo podría contestarle: *“Señor mío, a usted no le toca entender en las cuestiones del pueblo alemán (aclamaciones y aplausos) Si hay en definitiva algún hombre a quien le toque entender en las cuestiones del pueblo, señores del parlamento británico, ese hombre soy yo.”* (delirantes y prolongados aplausos) El señor Churchill tendrá quizá quince, dieciocho o veinte mil votos, no sé exactamente la cantidad (risas); pero yo tengo detrás de mí a algo más de 40 millones de personas (vivos y prolongados aplausos)

O sea, que no hay duda alguna de que somos nosotros los únicos que podemos decidir sobre el gobierno alemán. Es un asunto interno del pueblo alemán y no toleraremos supervisión alguna por maestros de escuela o institutrices (vivos aplausos) Además, me figuro que tanto yo como todos nosotros hemos dado más rendimiento que estos caballeros (aplausos) y que hemos implantado el orden en nuestro Estado, cosa que no se puede afirmar de todos los países del mundo (risas) Así, pues, estoy obligado a considerar la mentalidad de quienes todavía no gobiernan en estos países, pero que pueden gobernar el día de mañana y que no nos dejan la menor duda sobre sus pensamientos más íntimos. Por consiguiente, la nación alemana comprenderá la razón de mis advertencias y de que esté decidido a tomar todas las precauciones para evitar cualquier sorpresa (aclamaciones y aplausos) Al referirme a esto, puedo asegurar que no lo hacemos de una forma que pudiera, de pronto, hacer sentir al pueblo alemán miedo de sufrir una invasión procedente de la Luna o de Marte (risas y aplausos) También en este aspecto haremos las cosas a estilo alemán (risas) Ahora bien, estoy decidido a garantizar al máximo la seguridad del *Reich*, y sé que todo el pueblo estará conmigo en tal empresa.

No cabe duda de que esto exige sacrificios; pero es que antaño descuidamos esta seguridad y hubimos de cargar sobre nuestras espaldas sacrificios mayores. Es preferible realizar sacrificios entre nosotros que hacerlos un día en beneficio del extranjero en forma de contribuciones o, como se denominó, en calidad de reparaciones (aplausos) Por ello sólo puede haber para nosotros una resolución, la que ya anuncié en Sarrebruck: *“¡Deseamos la paz y tampoco la hemos quebrantado. Sin embargo, estamos también dispuestos a defendemos y, ciertamente, a defendemos de una forma viril y decidida.”*

Si ahora se me dijera: *“La Historia que usted pretende hacer no es por el camino del derecho, sino por el camino de la violencia”*, sólo podría contestar una cosa: *“¡La Alemania de hoy no ha rechazado la idea de emplear el camino de la negociación para reclamar sus derechos!”* Año tras año hemos intentado que se nos reconozcan nuestros derechos por el camino de las negociaciones y particularmente los diputados del parlamento inglés son los que no tienen razón alguna para dudarlo, pues a través de la vía parlamentaria hemos cerrado un acuerdo con Inglaterra. Si los demás no colaboraron, nosotros no podemos hacer nada; pero que tengan en cuenta una cosa: la Alemania nacionalsocialista no irá jamás a Canossa, ¡no tenemos por qué! Si otros se obstinan en cerrar los ojos al intento, a la necesidad de resolver las cuestiones de

derecho por vía de negociaciones, que no se asombren entonces de que llegue finalmente la hora en que el Estado nacionalsocialista declare: *“Como no conseguimos nuestros derechos a través de la vía normal de las negociaciones, exigiremos ahora estos derechos y, si fuera necesario, nos aseguraremos por otro camino.”* (aclamaciones y aplausos) Ahora bien, si estos ingleses, estos abogados de la democracia mundial, vienen ahora diciendo que hemos destruido este año dos democracias (risas), sólo puedo contestarles una cosa: *“¿Qué es, en realidad, eso de las democracias? ¿Quién tiene, en definitiva, derecho a hablar en nombre de la democracia? ¿Quizás el Señor ha entregado las llaves de la democracia al señor Churchill o al señor Duff Cooper?”* (risas) *¿Está escrito en las Tablas de la Ley que estas llaves hayan de estar en poder de esta oposición británica?”* (risas y aplausos) Desde nuestro punto de vista, la democracia es un régimen fundado en la voluntad del pueblo. Cuando fui designado canciller de Alemania, lo fui según las reglas de la democracia parlamentaria (aplausos) y, además, como jefe del partido más fuerte, con mucho, que cualquier otro. También según las reglas de la democracia parlamentaria obtuve la mayoría absoluta, y, hoy - el señor Churchill puede dudarlo, si quiere -, aprobación unánime de la nación alemana (vivos aplausos) Y no he destruido este año dos democracias, sino que yo - casi diría: el archidemócrata - he acabado con dos dictaduras (vivos aplausos), a saber: la dictadura del señor Schuschnigg y la dictadura del señor Benes (vivos aplausos) He intentado acabar con ambas dictaduras a través de la democracia; o sea, tratando de establecer el derecho de autodeterminación para los afectados. Eso ha fracasado.

Después, ciertamente, he utilizado la fuerza del gran pueblo alemán; pero en realidad para restablecer la democracia en estos países, es decir, para devolver la libertad a las personas oprimidas (vivos aplausos)

Seguramente que los señores diputados del parlamento inglés puede que se encuentren en el Imperio mundial británico como en su propia casa; pero eso no sucede en Europa central (risas) A este respecto carecen de todo conocimiento de la situación, de las circunstancias, las relaciones, etc. Ahora bien, ni ellos ni nosotros podemos considerar tal cosa como ofensiva. Tampoco nosotros entendemos del todo los asuntos de la India (risas), de Egipto o de Palestina (vivos aplausos) Sin embargo, consideraría acertado que estos caballeros hicieran partícipes, digamos a Palestina, en estos momentos, de los enormes conocimientos que poseen y de la infalible sabiduría que les es peculiar (aplausos) En esta zona, su actuación podría resultar beneficiosa, pues lo que está ocurriendo en tal sitio huele fuertemente a violencia y muy poco a democracia (vivos aplausos) Pero esto lo digo sólo en plan de ejemplo y en modo alguno como crítica (risas), pues no soy más que el representante de mi pueblo alemán, no el abogado de los demás. En ello me diferencio del señor Churchill, del señor Cooper, del señor Eden, etc., que son los abogados del mundo entero (risas)

Yo soy solamente el representante de mi pueblo alemán. Ciertamente que en este sentido hago todo lo que considero necesario. Y si el señor Churchill me dice: *“¿Cómo puede un jefe de Estado cruzar el acero siquiera con un diputado británico?”* sólo me queda por responder: *“¡Señor Churchill, considérese muy honrado de ello!”* (vivos y prolongados aplausos) Podrá deducir de ello cuán alta es la estimación de que el parlamento inglés goza entre el pueblo alemán (risas), que incluso un jefe de Estado no vacila en cruzar el acero con un miembro del parlamento inglés (risas) Por lo demás, yo no soy un jefe de Estado en el sentido en que pueda serlo un dictador o un monarca, sino únicamente el conductor del pueblo alemán (fuertes aplausos y

aclamaciones) Pueden estar seguros de que podría haberme atribuido otros títulos completamente distintos (risas) Pero me he quedado y me quedaré con el de siempre y seguiré con él mientras viva, pues no quiero en absoluto ser otra cosa (aclamaciones), ni pienso jamás en que pueda cambiar. Eso me satisface. El señor Churchill y estos caballeros son diputados, son diputados del pueblo inglés, y yo soy diputado del pueblo alemán (gritos de “¡Viva!” y aplausos)

La diferencia estriba únicamente en que el señor Churchill cuenta sólo con una fracción de los votos ingleses, en tanto que yo, puedo decirlo, tengo un pueblo que se ha juramentado para seguirme (vivos aplausos)

Me asiste un sagrado derecho, viejos compañeros de lucha, al recomendarles - y con ustedes, por consiguiente, a todo el pueblo alemán - que tengan los ojos bien abiertos. En estos pocos años he conseguido grandes éxitos para la nación. Tienen que comprender que me preocupa su seguridad. No quisiera, cuando llegara el fin de mis días, tener que cerrar los ojos con unas perspectivas tristes, en forma semejante a lo ocurrido antaño a Bismarck. Quisiera que lo conseguido con tanto esfuerzo quedara mantenido para siempre y eternamente por la fuerza aunada de la nación alemana entera.

Así se habrá cumplido también la misión que antaño nos encargaron nuestros muertos. También ellos, en su tiempo, marcharon a nuestro lado en la lucha por esta Alemania, y también lo hicieron animados de la misma confianza y la misma fe que nosotros. Y son también otros muchos los que han caído por Alemania. Si los destacamos especialmente es sólo porque en cualquier caso todos fueron antes soldados, porque todos ellos pelearon en la Gran Guerra, porque, en parte, formaron en los cuerpos de voluntarios y de esta manera volvieron a luchar de nuevo realmente por Alemania. Su sacrificio lo sentimos nosotros en aquella época como una obligación, y hoy, quince años después, creo que tenemos derecho a alzar la cabeza y decir delante de sus ataúdes: *“Queridos camaradas, ahora se ha convertido en realidad todo lo que antaño anhelabais y esperabais; incluso se ha convertido en realidad lo que en aquella época nos parecía todavía imposible. No sólo la Alemania de aquella época se ha transformado en una gran potencia regenerada, sino que toda Alemania está ahora delante de vuestras mortajas, toda Alemania está ahora completamente unida, se ha fusionado en un gran Reich. Y vosotros, vosotros habéis ayudado a que pudiera realizarse esta obra. Siendo los primeros mártires, escogisteis el camino que más tarde podríamos recorrer gracias a vosotros; me hicisteis posible seguir el camino legal y nos habéis hecho posible a todos que el pueblo alemán nos mire como a un movimiento viril. Vosotros comenzasteis la serie de mártires que honramos como a combatientes nacionalsocialistas, luchadores que han caído en el combate por la comunidad nacional y de los cuales sabemos que hicieron posible con su muerte la existencia del Reich actual.”*

Por ello sólo puedo pedir a ustedes que continúen creyendo fervorosamente en la lucha por nuestro Reich y nuestro pueblo, en la eterna masa de la nación alemana. Fue antaño el soporte de nuestra lucha; hoy es el soporte del Reich actual y será también la que sostenga a Alemania en el futuro.

¡Viva nuestra Alemania! ¡Viva! ¡Viva!

A los representantes de la prensa alemana, en Múnich

Discurso pronunciado el 10 de noviembre de 1938

Este año de 1938 tiene que agradecer sus éxitos, en primer lugar, naturalmente, al tremendo esfuerzo de educación que el nacionalsocialismo ha emprendido en el pueblo alemán. Los frutos de este esfuerzo de educación comienzan a madurar lentamente: el pueblo alemán ha superado con brillantez la prueba a que ha sido sometido su ánimo durante los meses pasados, e incluso podemos decir que la ha superado mejor que cualquier otro pueblo de Europa. Naturalmente, estos éxitos se han de atribuir también a la energía del mundo.

Créanme, señores, que no siempre resultó fácil tomar, primero, las decisiones, y mantener después estas decisiones, pues no vayan a pensar que la nación entera, particularmente las capas intelectuales, apoyara en bloque tales decisiones. No, por ley de la naturaleza hubo muchos hombres sagaces - al menos se figuran que lo son -, cuya conducta frente a estas decisiones consistió más en poner reparos que en manifestar aprobación. Por ello revestía gran importancia actuar con férrea energía para mantener e imponer, en contra de todas las resistencias, las resoluciones adoptadas en mayo. Otra premisa para el logro de lo previsto en estas decisiones y, por consiguiente, otra causa del éxito fueron los preparativos que hemos efectuado en muchos campos, fundamentalmente, como es natural, en el de los pertrechos militares. En esta primavera ha sido tomada una serie de medidas que debían y tenían que resultar eficaces en un momento determinado, y que al llegar tal momento han demostrado su eficacia. A la cabeza de estas medidas están las grandes obras de fortificación en el oeste. Y la razón final para la obtención de este éxito, quizá la más importante de todas, fue el aprovechamiento de las circunstancias. La situación mundial general me pareció más propicia que nunca para imponer nuestras exigencias. Pero con todo esto no se debe pasar por alto algo que también fue decisivo: la *propaganda*. Y, ciertamente, no sólo la propaganda hacia el *exterior*. Si, como antes he recalcado, el pueblo alemán adoptó en esta ocasión una postura distinta a la que habrían adoptado otros pueblos, e incluso nuestro mismo pueblo hace poco tiempo, ello se ha de atribuir a la incesante labor docente realizada, o sea a la propaganda con que nos hemos captado al pueblo alemán. Y la prensa tiene en esto una gran parte.

Este año nos hemos propuesto unas tareas que pretendemos llevar a cabo a través de nuestra propaganda, y en este sentido he de poner a la prensa actual a la cabeza de los instrumentos de aquella. Primero, la lenta preparación del pueblo mismo. Las circunstancias me han obligado a hablar durante decenios casi únicamente de paz. Sólo insistiendo continuamente en el afán de paz y en las intenciones pacíficas del pueblo alemán me fue posible conquistar, trozo a trozo, la libertad del pueblo alemán y pertrecharle con lo necesario, una y otra vez, para el próximo paso. Es comprensible que un trabajo de propaganda realizado durante decenios tenga también su lado negativo, pues con demasiada facilidad puede inducir a que en los cerebros de mucha gente se grabe la idea de que el régimen actual está *en sí* identificado con la decisión y la voluntad de mantener la paz a *todo trance*. Pero ello no sólo podría inducir a una apreciación errónea de los objetivos perseguidos por este sistema, sino que, sobre todo, ocasionaría que la nación alemana, en lugar de acorazarse frente a los acontecimientos, estaría impregnada de un espíritu derrotista que a la larga tendría necesariamente que acabar con los éxitos obtenidos por el régimen actual. Ha sido la coacción la causa de

que yo haya estado durante decenios hablando únicamente de paz pero luego ha sido necesario ir cambiando poco a poco la psicología del pueblo alemán, haciéndole ver paulatinamente que hay cosas que *exigen* el empleo de la violencia cuando no se pueden lograr por medios pacíficos. Ahora bien, ello hizo necesario, no, quizás, hacer propaganda de la violencia como tal, sino presentar al pueblo alemán determinados acontecimientos de política exterior bajo una luz que hiciera que nuestro pueblo comenzara poco a poco a clamar por el empleo de la violencia. O sea, presentar determinados acontecimientos bajo una luz que, poco a poco, hiciera brotar automáticamente en el cerebro de la gran masa nacional este convencimiento: si no se puede solucionar por las buenas, pues entonces habrá de recurrirse a la violencia; pero así no podemos seguir de ningún modo.

Este trabajo ha requerido meses; fue comenzado sistemáticamente, proseguido y reforzado sistemáticamente. Muchos no lo han comprendido, señores; muchos sostenían la opinión de que todo esto era demasiado exagerado. Se trataba precisamente de los refinados intelectuales, los cuales no tienen idea alguna de cómo, al fin y al cabo, se ha de manejar a un pueblo para que se manifieste dispuesto a no humillar la cabeza aunque comience a tronar.

En segundo lugar, fue también necesario realizar la propaganda de cara a los países extranjeros y considerándola, para ello, desde una serie de puntos de vista. Primero, fue necesario presentar al mundo como graves e imperiosos los problemas que nos afectan; segundo, fue necesario hacer ver al resto del mundo que la nación alemana iba llegando poco a poco a una posición que ya no sería posible seguir jugando con ella.

Había que llevar esto a la conciencia de los demás, tratando estos problemas de la forma adecuada. Y, finalmente, tenía que adquirirse el convencimiento de la *unidad* de la nación alemana. También la prensa tuvo que ser utilizada a fondo en este sentido. Pero también era necesario el empleo de esta prensa y los restantes medios de propaganda para influir sobre el enemigo del momento, o sea Checoslovaquia.

Posiblemente habrán sido muchos los que no hayan comprendido las numerosas medidas tomadas estos años. ¡Señores, desde el 21 de mayo se veía con claridad que este problema tenía que ser solucionado de una manera u otra! Cualquier dilación serviría únicamente para agravar el problema y, por lo tanto, para una solución más sangrienta. Hoy sabemos - quisiera decir - que aquel era ya el último momento para solucionar el problema de la manera que pudo ser solucionado. Hay una cosa segura, señores: un retraso de sólo uno o dos años nos habría puesto militarmente en una situación extraordinariamente grave.

Nuestros enemigos del resto del mundo seguirían siéndolo. El portaaviones metido en el corazón de Alemania se habría ido reforzando y acorazando cada vez más, y todas las posteriores armas de nuestro rearme se irían paulatinamente consumiendo a consecuencia de, en cada lucha, tener que resolver primero militarmente estos problemas.

Por lo tanto, este año hubo que buscar a todo trance una solución al problema. Ya no era posible demorarla más. Los preparativos que sobre este particular hubo que realizar por vez primera, llegando hasta sus últimas consecuencias, eran de un volumen tan tremendo que ya no parecía posible ocultarlos ni disimularlos. Pero sobre todo, ya no se podía seguir admitiendo que, dadas las circunstancias, el mundo creyera, en definitiva, en nuestras propuestas de paz. Creo que este disco, este disco pacifista nuestro, en cierto modo se ha gastado. Quizá no se oyera ya su melodía, o posiblemente no se tuviera ya fe en su letra. Yo tenía el convencimiento de que ya no quedaba más que el otro camino,

o sea el de decir la verdad *brutalmente y sin miramientos*, ni más ni menos. Según *mi* convencimiento, ello, a la larga tendría que actuar paralizadoramente, sobre todo en el Estado más afectado por las medidas. Se me ha preguntado con frecuencia: “¿*Lo considera usted acertado? En todos los campos de tiro que hay alrededor de Checoslovaquia se realizan prácticas, desde hace meses, día y noche, sin interrupción, se dispara sin interrupción contra las casamatas checas, se dispara sin interrupción con munición real. Está usted haciendo que todo el mundo se dé cuenta de lo que ocurre.*” Pero yo tenía el convencimiento de que con esta actividad iría destruyendo de una manera lenta, pero segura, los *nervios* de los caballeros de Praga.

Y en esto tuvo que colaborar la prensa. Tuvo que colaborar en la obra de arruinar poco a poco el sistema nervioso de esa gente, que realmente luego no pudo resistir. En el momento de la última y decisiva prueba, fallaron los nervios de los otros sin que tuviéramos que emplear las armas. Ese fue uno de los cometidos más fundamentales de nuestra campaña de prensa, no comprendida por muchos, como es lógico.

Dijeron: “*Esto es una exageración. Además, no resulta elegante, pues en fin de cuentas se trata de un Estado pequeño.*” Eran sólo los intelectuales quienes hablaban así; el pueblo, naturalmente, no. En este sentido, el pueblo quiere un manjar concreto y sobre todo, sustancioso.

Pero ciertos intelectuales que se han considerado siempre en Alemania guardianes de una moral distinta y que, sobre todo, se sienten responsables de la llamada justicia, etc., que abogan por el comedimiento en todo y por todo, muchas personas de esta clase no lo han comprendido. Créanme que era, sin embargo, necesario. Y en fin de cuentas, lo decisivo es el éxito.

Quisiera hacer constar ahora que esta propaganda ha trabajado durante estos años de manera sobresaliente, y que también la prensa se ha incorporado de lleno a esta tarea. He ojeado diariamente, con gran alegría, muchos periódicos alemanes y he tenido realmente que decirme que, primero, ello tendría que repercutir a la larga en el pueblo alemán; segundo, que tendría que producir también efecto en el extranjero; tercero, que, sobre todo, no podrían soportarlo los nervios de los caballeros responsables, y especialmente los de los caballeros de Praga.

A Dios gracias, todos conocen el alemán y leen nuestros periódicos. Yo tenía el convencimiento de que, a la larga, no resistirían. Y tengo pruebas de ello. Como todas las comunicaciones telefónicas con París y Londres, por ejemplo, únicamente podían establecerlas a través de territorio alemán, y nosotros fuimos, digamos, lo bastante frescos o indecentes, o como quiera llamársenos, para escuchar, lógicamente, estas conversaciones, pudimos comprobar día tras día cuál era la repercusión de nuestra campaña de prensa. Y se podía comprobar todos los días, cuando el señor Masaryk, por ejemplo, reunía a los representantes de la prensa para decirles: “*Ya no se puede hacer nada... Los alemanes, naturalmente, con su insensata propaganda... Ya no hay quien nos crea... Realmente, está todo perdido... Ya podemos decir lo que digamos... Digamos lo que queramos, todo es en balde... Todo es en vano, etc. Lo encubren todo, etc.*”

He podido comprobar casi cada día el efecto real de nuestra propaganda, particularmente el de nuestra propaganda a través de la prensa. Como he dicho, lo decisivo es el éxito, ¡y el éxito obtenido, señores, ha sido gigantesco! Un éxito de ensueño, tan grande, que el presente apenas puede en realidad apreciarlo en lo que significa. La magnitud del éxito se me hizo patente en el momento de encontrarme por primera vez en medio de las líneas fortificadas checas. Entonces tuve conciencia de lo que significa haber conquistado una línea de fortalezas de casi 2.000 kilómetros sin

necesidad de disparar un solo tiro. Señores, con la propaganda al servicio de una idea hemos conseguido esta vez 10 millones de personas y un territorio de más de 100.000 kilómetros cuadrados. Ello es algo grandioso.

Esto nos ayuda a comprender las victorias de Napoleón, quien no venció únicamente como estratega o mariscal genial, sino que siempre le precedía por todas partes *La Marsellesa*, las ideas de la revolución francesa. Napoleón cosechaba en parte lo que la revolución había sembrado anteriormente. De todo esto, señores, debemos deducir una experiencia fundamental: la prensa, señores, puede alcanzar cosas tremendas, y producir un efecto tremendo cuando es un medio para alcanzar un fin. Vivimos en una época en la que de manera absoluta está siendo demostrado lo contrario. Si en una nación existen 2.400 periódicos y cada uno de ellos hace su propia política basándose en sus ideas sobre el periodismo, entonces estos 2.400 periódicos se tienen que contradecir. El resultado no puede ser sino un caos, un caos que, por ejemplo, estamos viendo actualmente en la prensa francesa. Un periódico desmiente al otro, y no pasará mucho tiempo sin que los periódicos todos se desmientan a ellos mismos. Si seguimos la política periodística francesa durante, digamos, seis años, no podemos negar que esta política de prensa ha contribuido al derrumbamiento de Francia. Y, ciertamente, por la confusión absoluta de esta prensa. Cada periódico escribe con arreglo a sus impresiones del momento. Un periódico sostenía la opinión de que era un crimen negociar con Alemania sobre la base de un ejército de 200.000 hombres; otro decía igualmente ser un crimen la negociación sobre la base de 300.000 hombres. Pues bien, estos mismos periódicos tuvieron que preguntar tres años después: “¿*Por qué no aceptasteis la oferta de los 300.000 hombres?*” Es un continuo desmentirse a sí mismo el que tiene lugar, una demostración de que, en esta época moderna, en la que se libran las más grandes batallas, no puede ser obtenido ningún éxito cuando las espadas mejores que se pueden emplear son manejadas de una forma autocrática en lugar de obedecer a un mando que les señala una dirección concreta. Cuando es un medio para alcanzar un fin, la prensa es un instrumento extraordinario. Es entonces cuando alcanza su valor, pues no necesita contradecirse, ya que el periódico *A* no puede desmentir al *B*, ni el *B* y el *C* pueden desmentir al *A*. En el momento en que la prensa se aparta de esto, en la época actual, en que están sometidos a discusión tan tremendos problemas, desciende, quisiera decir, a una absoluta insignificancia, que es lo que estamos viendo que ocurre en los otros países.

Esto lo he vivido en mi juventud, señores. Cuando, todavía muy joven, viví por vez primera la configuración de la historia de un país, en Viena, los periódicos de esta ciudad eran exclusivamente de tendencia liberal demócrata o marxista, es decir, todos los grandes periódicos: el *Neue Freie Presse*, el *Wiener Journal*, incluso el *Die Zeit*, el *Wiener Tageblatt*, el *Extrablatt*, etc. Estos eran los grandes periódicos y los periódicos de los trabajadores. Frente a ellos, como órgano antisemita, había en realidad sólo uno: el *Deutsche Volksblatt*... corriente; un periódico de una tirada de 20.000 a 25.000 ejemplares. Y de ciento cuarenta y ocho concejales del ayuntamiento de Viena, ciento treinta y seis eran antisemitas (los social-cristianos) Tan escasa era la influencia de la prensa. En realidad no se le hacía caso alguno: los periódicos escribían, la gente los leía; pero sin que ejercieran influencia alguna. Es parecido a lo que ocurre actualmente en otros países, donde, diría yo, la opinión popular comienza a cristalizarse de una forma concreta y marcha por caminos completamente distintos a los que la prensa pretende tener por verdaderos o pretende que lo sean. Sí, nuestro propio camino es el mismo. Cuando conquisté el poder en Alemania, teníamos quizás en nuestras manos un

5 % de la prensa alemana, si es que llegaba al 5 %. O sea, menos del 5 % a nuestro favor y un 95 % en contra. ¡Pero yo he conquistado el poder y tengo al pueblo detrás de mí! Esto demuestra cuán gigantesco puede ser el poder de una prensa que sirva de instrumento a una jefatura, y cuán poca importancia tendrá una prensa que, quisiera decirlo, pretenda hacer Historia por su cuenta y, por consiguiente, en última instancia, política.

Nosotros, en Alemania, hemos intentado hacer de la prensa un arma eficaz. Y ahora que estamos a punto de concluir el año, creo poder decirles que estoy más que satisfecho del intento. La efectividad ha quedado demostrada de una manera brillante. Ahora tenemos de nuevo delante de nosotros otros grandes cometidos que realizar, pero, señores, hay uno de ellos por encima de todos los demás: ¡utilizar todos los medios para fortalecer paso a paso la confianza del pueblo alemán en sí mismo! Sé que éste es un cometido que no podrá ser realizado en uno o dos años. Lo que necesitamos es una fuerte opinión pública fortalecida en sí que llegue, en lo posible, hasta dentro de nuestras esferas intelectuales (conmoción y risas) Sólo de esta forma, ¿saben ustedes?, podrá hacerse a la larga una política que se traduzca en éxitos. Y al decir a la larga, no me refiero a la primavera de 1939 o al verano, sino que me refiero a los años siguientes y, sobre todo, naturalmente, a los que tenemos en puertas. Nuestro pueblo ha de ser imbuido de aquella profunda conciencia de su propio valer que en una época feliz acaso llenó el alma del soldado alemán, poco más o menos desde la terminación de la guerra franco-alemana de 1871 hasta mediada la Guerra Mundial. La segura convicción de que, primero, el pueblo representa en Alemania un factor de valor, y, segundo, que la jefatura de este pueblo es una jefatura acertada. Al proceder a esta educación, es necesario luchar especialmente contra todo aquello que se oponga al resurgimiento nacional y que he tenido suficientes ocasiones de conocer: la histeria de las masas y, particularmente en este sentido, la histeria de nuestras esferas intelectuales. En este sentido, pues, hay que apoyarse en la gran masa del pueblo para hacer frente a esta capa refinada, intelectual e histórica (risas) Citaré un ejemplo al respecto:

En los primeros días de febrero de este año, el convencimiento de estas esferas intelectuales era: *“La cosa no marcha bien en el aspecto de la política exterior, no marcha bien en absoluto.”* En los últimos días de febrero era: *“¡Se avecinan catástrofes! ¡Una política catastrófica en el aspecto exterior, una política auténticamente catastrófica!”* A mediados de marzo: *“¡Gigantesca victoria! ¡Se ha ganado todo con nuestra valentía y firmeza! ¡Todo arreglado! ¡Alemania es invencible, es una potencia mundial!, etc. Las colonias... jese será, naturalmente, el próximo paso en nuestros rápidos logros! ¡Lástima que el mando no continuó avanzando sin detenerse; el mando no estuvo esta vez a la altura de las circunstancias! (risas y aplausos atronadores) Tendría que haber girado a la izquierda y, sin detenerse, continuar arrollando lo que saliera al paso. Entonces todo hubiera sido posible.”*

Dos meses más tarde surge el problema de Checoslovaquia. *“Ya tenemos bastante por este año, ¿no? ¡No vamos ahora a comenzar con otro problema!”* Un mes después: *“¡Esto conducirá a una catástrofe! ¡Alemania se hundirá económicamente, se hundirá en el aspecto financiero! ¡Ni esto se puede costear, ni hay ser humano que lo aguante!”* Una semana más tarde: *“¡El mundo entero en contra nuestra! ¡Estamos a las puertas de una guerra mundial!”* Y de nuevo otra semana después: *“¡La catástrofe está en puertas, ha llegado el derrumbamiento!”* y una semana después: *“¡Triunfo! ¡Por qué el mando no tomó inmediatamente Checoslovaquia entera...?, ¿por qué seguir*

todavía negociando?” ¡Créanme ustedes, he recibido escritos...! (risas y vivos aplausos)

En una ocasión - soy testigo de ello -, un hombre que ocupaba un cargo oficial en Berlín dijo a raíz de las negociaciones sobre la flota: *“Esta exigencia del 35 % es una verdadera locura. Pensar que los ingleses accederán jamás, significa no conocer en absoluto a los ingleses. No lo pueden hacer en modo alguno, no lo harán jamás. Esto ocasionará la ruptura de las relaciones germano-inglesas, llevará al aislamiento de Alemania. El entendimiento germano-inglés que tanto ha costado conseguir - esto se decía en el ministerio de Asuntos Exteriores (conmoción) -, este entendimiento sufrirá un gravísimo quebranto.”*

Bueno, pues entonces se llevan a efecto las negociaciones y se accede al 35 %, llegando incluso al 45 % en cuanto a los submarinos; si lo hubiéramos pretendido, incluso hasta el 100 %. Aproximadamente tres o cuatro meses después, tuve que echar definitivamente a ese señor del ministerio de Asuntos Exteriores, pues el mismo hombre había manifestado de repente: *“No sé de qué presume el señor Joachim von Ribbentrop. Si hubiera conseguido el 50 %, se podría hablar; pero, ¿qué significa un 35 %?”* Por lo tanto, puse de patitas en la calle a este caballero (aplausos) al acordarme casualmente de sus manifestaciones anteriores. Era un consejero de legación.

Pero también en estos momentos estoy pasando por lo mismo.

He recibido memorias en las que se me demostraba de una manera irrefutable que todo esto era imposible, que tendría que conducir a una catástrofe, etc. Y he recibido también escritos probándome que entre nuestras posiciones más meridionales en... y las más septentrionales en la Baja Austria no había sino una distancia de 60 kilómetros, preguntándome al mismo tiempo por qué no me apoderaba de esos pocos kilómetros (risas) Según me indicaban, en esta zona había incluso islotes lingüísticos, y hasta me llamaron la atención sobre que allí todo es alemán, caso de que yo no lo supiera (risas) Sí, señores, sépanlo ustedes: ¡tal es la histeria de la crema de nuestra sociedad! Y tenemos que esforzarnos de manera especial para que esa histeria no se infiltre en el pueblo, a fin de que nuestro pueblo, y como antes he dicho, incluso ciertas esferas intelectuales, siempre que sea posible, sea educado en el aspecto de una auténtica confianza y seguridad en sí mismo. Y ésta es una tarea en la que ha de colaborar la prensa, que ha de fortalecer sistemáticamente la confianza de la nación en su propio valer, dejando todo lo que de algún modo pudiera, digamos, roer, destruir o debilitar esta confianza.

Sé perfectamente que unos u otros me dirán que también existen problemas que han de ser objeto de crítica. Señores, hay dos metas.

La primera: recorro toda Alemania para ver si no encuentro algo que pueda criticar. Si comenzara ahora el trabajo, señores, tardaría muy poco tiempo en ser un auténtico puerco (risas) Porque continuamente me encontraría con cosas en las que tendría que hozar cada vez más hondo. Esta es una manera de actuar, pero una actividad que en mi opinión no es satisfactoria.

La segunda: existe otra forma de actuar, consistente en reconocer las misiones que nos han sido encomendadas. No puedo superar las pequeñeces corriendo tras ellas, sino agrupando todas las fuerzas de la nación para acometer una gran empresa y realizando esta gran empresa. Pues en la misma medida en que solucione las grandes áreas, disminuirá la importancia de las pequeñas hasta adquirir proporciones ridículas. Ya no habrá quien se ocupe de ellas. Y también es una manera de superarlas. Nadie les presta atención, nadie las mira.

Y, finalmente, hemos de tener en cuenta la imperfección humana. Hasta ahora, nadie ha sido capaz de eliminarla en este mundo. La prensa de los países liberales no lo ha conseguido, y nosotros tampoco lo conseguiremos. Siempre habrá personas imperfectas en cuanto a energía, disposiciones de ánimo, carácter, etc. Siempre las ha habido, y no podremos hacer que desaparezcan de este mundo. Ahora bien, lo importante estriba no en guiar la opinión pública hacia estos momentos de debilidad, sino en señalar la gran corriente de fuerza de la nación, una fuerza que se ve brotar a lo largo de siglos y milenios. Hubo una vez un hombre que me dijo: *“Escuche, si hace esto, Alemania se hundirá en un mes y medio.”* Le respondí: *“¿Qué entiende usted por ello?”* Me respondió: *“Pues que Alemania se derrumbará.”* Y volví a preguntar: *“¿Qué entiende usted por ello?”* Y volvió a contestarme: *“Pues que Alemania dejará de existir...”* El pueblo alemán ha sobrevivido antiguamente a las guerras contra Roma; el pueblo alemán ha sobrevivido después a la migración de los pueblos; el pueblo alemán ha sobrevivido posteriormente a las grandes luchas de principios y finales de la Edad Media; el pueblo alemán ha sobrevivido a las luchas religiosas de la Edad Moderna; el pueblo alemán ha sobrevivido luego a una guerra de treinta años; el pueblo alemán ha sobrevivido después a las guerras contra Napoleón, las guerras de la libertad, ha sobrevivido incluso a una Guerra Mundial, hasta a una revolución... ¡incluso me sobrevivirá a mí! (risas y aplausos atronadores)

Partiendo de nuestra historia y utilizando nuestra propia fe, tenemos que conseguir inculcar en el pueblo la confianza que se necesita para poder llevar a cabo más tarde las grandes tareas políticas. Pues, señores, un caudillo de una nación no puede hacer más de lo que la nación le ofrezca. Es una ley de indiscutible acierto e importancia, pues, si tengo detrás de mí a un pueblo de fe débil, ¿cómo podré lanzarme a la realización de las grandes tareas que nos esperan en el futuro? No basta con que yo crea, sino que es necesario tener detrás de mí una nación plena de fe, firmemente unida, segura de sí misma y consciente de su valer. Conseguir esto es nuestra tarea y nuestro trabajo común, una tarea enorme, pero maravillosa. Es algo distinto, ¿saben ustedes?, hacer Historia a... y hoy nos encontramos realmente dentro de la época maravillosa de la que podemos decir que se ha hecho realmente Historia en ella; que no hemos dilapidado el tiempo; que no nos hemos puesto al servicio de cosas que carecen de todo valor; que no lo hemos hecho simplemente con el fin de que se escriba o hable de ello, sólo para poder decir que se habló de ello. Todo esto ha conducido a un resultado. Y un resultado que podemos calificar de histórico, un resultado que podemos ofrecer, señores, a las precedentes generaciones. Y esta obra lo es de todos, no únicamente mía, sino el resultado del esfuerzo de los cientos de miles que están detrás de mí y marchan conmigo, y que, a fin de cuentas, representan al pueblo... influyen. Por ello es necesario que nos esforcemos por despertar la fuerza del pueblo alemán fortaleciendo la confianza de esta fuerza, y que también así logremos crear una estabilidad en la apreciación de los problemas políticos.

He de decirles que he tenido con frecuencia un solo pensamiento, y este pensamiento es el siguiente: al mirar las esferas intelectuales que hay entre nosotros, pienso que, por desgracia, se las necesita, pues de lo contrario llegaría un día en que, no sé cómo, se las podría exterminar o algo por el estilo (conmoción) Pero, por desgracia, se las necesita. Así, pues, cuando miro a estas esferas intelectuales y examino su comportamiento y lo comparo con los resultados debidos a nuestro trabajo, entonces siento casi miedo. Se debe a que, desde que comencé a actuar en la vida política, y sobre todo desde que estoy al frente del *Reich*, no he tenido otra cosa que éxitos. Y a pesar de

ello, esta masa anda dando vueltas de una manera que produce realmente asco. ¿Qué ocurrirá si tuviéramos algún fracaso? Porque también pudiera suceder, señores. ¿Cómo se comportaría entonces esta colección de gallinas?

Porque no se puede confiar en ellas ni siquiera ahora, cuando en realidad no tenemos sino éxitos y, además, unos éxitos únicos en la historia del mundo. ¿Cuál sería el comportamiento de esta gente en el momento en que sufriéramos un descalabro? Señores, el mayor de mis orgullos fue siempre el de haber formado un partido que también me seguía con fanatismo cuando sufriáramos descalabros, que precisamente me seguía con fanatismo en tales momentos. Este era el más grande de mis orgullos y significaba para mí una tremenda tranquilidad. Pues a eso hemos de llevar al pueblo alemán entero. Ha de aprender a creer con tanto fanatismo en la victoria final que, aunque en alguna ocasión suframos alguna derrota, la nación estime, quisiera yo decir, únicamente desde un elevado punto de vista, o sea en este sentido: ¡esto es momentáneo, la victoria será el final para nosotros! Fue un generalísimo prusiano el que con mayor fuerza mostró este rasgo de carácter: Blücher, el hombre que quizá sufriera el mayor número de derrotas, pero un hombre que tenía una fe fanática en la victoria final.

Y eso fue lo decisivo. Así hemos de educar a nuestro pueblo. Ha de ser educado en una fe absoluta, tenaz, llena de confianza y naturalidad: al final lograremos todo lo que es necesario. Esto sólo se puede conseguir, esto sólo se puede lograr mediante un continuo llamamiento a la energía de la nación, destacando los valores positivos de un pueblo y omitiendo en lo posible referirse a las páginas llamadas negativas.

Para ello es también necesario que precisamente la prensa abrace ciegamente este principio fundamental: ¡el mando obra siempre con acierto! Señores, hemos de reclamar para todos nosotros el derecho a cometer errores. Tampoco los periodistas están exentos de este riesgo.

Pero sólo podremos existir todos si delante del mundo no nos echamos unos a otros los defectos en cara, sino que únicamente saquemos a la luz lo positivo. En otras palabras, esto significa que, sin negar en modo alguno la posibilidad de que se cometan errores o de que se produzcan discusiones, es necesario recalcar siempre por sistema el acierto del mando en su gestión. Esto es decisivo. Esto es, ante todo, necesario por el pueblo, ¿saben?; pues incluso hoy siempre hay recaídas liberales. Y escucho con frecuencia esta pregunta: *“Bueno, ¿no se podría ahora dejar que el pueblo se pronuncie sobre el particular?”* Sí, señores, me figuro que he dado algún resultado, ¿saben?, de todos modos, he hecho más que muchos zapateros y muchas vaqueras. No obstante ello, puede ser completamente lógico que, al enjuiciar un problema, yo no esté de acuerdo con otros señores que también han dado gran rendimiento.

Ahora bien, hay una cosa segura, y es que se ha de adoptar una decisión, y es completamente imposible que yo deje esta decisión, sobre la que no hemos llegado a ponernos todos de acuerdo, en las manos de vaqueras alpinas, campesinos lecheros y zapateros. Eso es imposible.

Por consiguiente, no tiene ninguna importancia el hecho de que tal decisión sea, al fin y al cabo, acertada o no: eso carece por entero de interés. Lo decisivo es que la nación entera, esté detrás de tal decisión como una formación cerrada. La nación entera ha de formar un frente.

Y si la decisión no fuera acertada del todo, el error se verá compensado por la firmeza con que la nación entera apoya la decisión.

¡Esto, señores, será importante en los años futuros! Quiero decir que sólo de esta

forma libreremos al pueblo de una duda que le hace desgraciado. La gran masa no quiere tener esa preocupación; la gran masa no tiene más que un solo deseo: que se le gobierne bien y que pueda confiar en la jefatura, y que la jefatura no dispute entre ella, sino que esta jefatura aparezca en cerrada formación a los ojos del pueblo.

Créanme ustedes una cosa que sé a la perfección: para el pueblo alemán no existe mayor alegría que cuando, por ejemplo, en un día como el 9 de noviembre, me ve en la calle rodeado de mis colaboradores y pueda decir: *“Ese es Fulano y aquel es Mengano y el otro es Zutano.”*

La gente se siente segura al pensar: *“Están todos unidos, todos siguen al Führer, y el Führer se apoya en todos estos hombres que son nuestros ídolos.”* Quizás haya muchos intelectuales que no lo comprendan en absoluto. Pero la humilde gente de la calle ve en todas las personas que aparecen ante ellas el objeto de su confianza. Y sienten afecto hacia ellas. Al ver frente a ellos la imagen del *Führer* con todos los que le rodean, las gentes se sienten sobremanera tranquilas y felices. Es eso precisamente lo que quieren. También fue lo que sucedió antaño en la historia alemana. El pueblo se siente siempre feliz cuando los de arriba permanecen unidos; ello ayuda a mantener también la unión abajo. Y lo que tenemos que comprender es que hemos de hacer todo lo necesario para despertar y mantener en el pueblo esta impresión. El pueblo ha de tener el convencimiento de que el mando actúa acertadamente y que todos secundan las decisiones de esta jefatura. Entonces le resulta también fácil al mando enfrentarse psicológicamente con el mundo que le rodea e imponerse en situaciones críticas.

Resumiendo, señores, quisiera decir sólo una cosa: el cometido de la prensa en los países liberales se estima de esta manera: prensa más pueblo contra jefatura. Pero entre nosotros ha de ser de esta otra: jefatura más propaganda y prensa, etc., con el pueblo. Todo esto es gobierno del pueblo. En este sentido, cada uno es un miembro dirigente del pueblo y se ha de sentir responsable de ello. Cada uno ha de aceptar por sistema este elevado conocimiento de lo que significa el mando. Sea lo que sea lo que pueda ser discutido entre el mando, este mando, cuando aparece delante del pueblo, lo ha de hacer como un solo bloque, como una unidad cerrada, lo mismo si el uno se ocupa en la propaganda, como si el otro actúa en la prensa, como si el tercero se encarga de reuniones, como si un cuarto actúa de jefe, por mí, de organizaciones políticas, que si un quinto actúa también de jefe de cualquier cuerpo de tropas, como si un sexto desempeña un cargo en una dependencia oficial, o representa a la nación en el extranjero. Todo esto es la jefatura del pueblo alemán, y esta jefatura ha de aparecer ante el pueblo como una comunidad juramentada. Puede haber intercambio de opiniones entre el mando, pero ante el pueblo no existe sino una sola opinión. ¡Señores, éste es un principio evidente! Si conseguimos imponerlo del todo, el pueblo alemán será grande y poderoso con esta jefatura. Y entonces, el año 1938 no será el final de una época histórica, sino que seguramente estemos en el comienzo de una gran época histórica de nuestro pueblo. Creo en el futuro del pueblo alemán, señores, y quizás hayan sido muchos los que antaño se hicieron esta pregunta: *“¿El Führer es un iluso! ¿Cómo se le ocurrirá creer en tales posibilidades?”* Muy sencillo, señores: porque la Historia Mundial la hacen los hombres. Fue hecha antiguamente por los hombres, y son los hombres quienes la hacen hoy. Lo decisivo es el valor de estas personas. Y después se ha de cantar también, en cierto modo, junto al valor el número de las personas. El valor del pueblo alemán es incomparable. ¡Nadie podrá convencerme jamás de que algún otro pueblo pueda valer más! Tengo el convencimiento de que nuestro pueblo, especialmente hoy, representa, en la mejora gradual de su raza, el valor máximo que actualmente puede

darse en esta Tierra. Pero consideramos una cosa desde el punto de vista numérico: la Unión Americana tiene 126 ó 127 millones de personas; pero si descontamos los alemanes, los irlandeses, los italianos, los negros, los judíos, etc., no quedan siquiera 60 millones de personas consideradas de raza anglosajona. El Imperio ruso no tiene siquiera 55 ó 56 millones de verdaderos rusos. El Imperio británico no llega a los 46 millones de habitantes en la metrópoli. El Imperio mundial francés no cuenta siquiera con 37 millones de franceses verdaderos. Italia tiene poco más de 40 millones de italianos, Polonia cuenta únicamente con 17 millones de polacos.

Pero en Alemania, a partir de 1940, vivirán unas 80 millones de personas de una misma raza. Y alrededor de nosotros, casi otros 8 millones de personas que racialmente pertenecen de hecho a nuestro pueblo. Quien dude del futuro de este gran bloque humano, o no crea en este futuro, no puede ser otra cosa que un débil. Yo creo incondicionalmente en este futuro. Nosotros fuimos antaño el más grande de los imperios. Después nos quedamos sin fuerzas, desmayados, consumiéndose nuestras energías en un proceso interno de descomposición y hundiéndonos por ello frente al extranjero. Pero ahora se ha vuelto a iniciar la recuperación de nuestro pueblo después de una crisis de acaso trescientos o cuatrocientos años. Y sé a ciencia cierta que ahora estamos en los comienzos de nuestra vida alemana y, por consiguiente, en el de nuestro futuro alemán. Para todos nosotros ha de ser una satisfacción preparar el camino a este futuro, ayudar a darle forma, ayudar a que este futuro sea una realidad. Nos ha de llenar a todos de la más íntima alegría, frente a la cual ha de retroceder todo lo demás hasta quedar reducido a la nada. Esta convicción me sacó antaño de un hospital militar y me ha guiado hasta este momento en que me encuentro ante ustedes. Y esta convicción nos ha de llevar a todos en el ulterior camino de nuestro pueblo alemán, un camino del que tengo el convencimiento de que nos llevará a la grandeza, de que será el camino del gran futuro de nuestra nación alemana. Y ahora quisiera repetirles una vez más las gracias por su colaboración.

Discurso del 31 de diciembre de 1938

Hombres y mujeres nacionalsocialistas, camaradas:

Con profundo agradecimiento para el clemente obrar de la Providencia, abandona la Alemania nacionalsocialista, el año 1938.

Con él no solo fenece el sexto de la revolución nacionalsocialista y del régimen estatal y nacional por ella instaurado, sino que ante todo se cierra el año más rico en acontecimientos de la historia de nuestro pueblo desde hace muchos siglos.

Si la labor del movimiento nacionalsocialista y de nuestro partido se encaminó principalmente en los cinco primeros años, a partir de 1933, al lograr la superación de la penuria política, social, societaria y económica en que se hallaba nuestro pueblo, la misma ha logrado resolver en los últimos doce meses el mayor problema de nuestra situación política exterior.

¿Quién a la vista del gran *Reich* alemán que ante nosotros ha surgido no pensara con profunda emoción en la situación en que nos encontrábamos hace seis años? ¿Y quién querrá, después de una tan inaudita transformación operada en la vida de un pueblo, seguir discutiendo sobre la idoneidad tanto de las fuerzas como de los métodos aplicados? En Alemania, nadie que consciente no desease el infortunio de nuestro pueblo; en el mundo circundante, desde luego, todos aquellos que, sea por las causas que fueran, creían tener que oponerse al resurgimiento del *Reich*.

Cuando dirijo la mirada hacia el pasado, en el momento de concluirse el año de más rica cosecha de nuestra historia, se apodera de mi ánimo el sentimiento de gratitud hacia la Providencia y hacia el partido. El movimiento nacionalsocialista ha realizado este milagro.

Si el Altísimo permitió que se realizara esta obra, fue el partido su instrumento. Pronto se cumplirán dos decenios desde que con incommovible lealtad viene ayudándome el mismo cual valioso instrumento, siendo mi partido el que ha establecido las condiciones previas para que pudiera iniciarse y lograrse la nueva exaltación alemana. El mismo partido ha creado, en muchos años de una infatigable labor, la trabazón íntima de nuestro cuerpo nacional, que me ha permitido el poder representar, bien seguro de que tras de mí se encontraban agrupadas las fuerzas de toda la nación, el derecho a la vida de nuestro pueblo aún aceptando el peligro de las últimas y más graves consecuencias. Todos los jefes del partido y sus organizaciones combativas, lo mismo que las agrupaciones a las mismas incorporadas y los millones de conscientes y anónimos camaradas, todos estos nacionalsocialistas activos pueden con satisfacción y orgullo contemplar al final del año 1938 la creación del gran *Reich* alemán, logrado gracias a su labor.

El establecimiento de una nueva comunidad popular y de un incommovible régimen político, debido al nacionalsocialismo, me ha permitido igualmente el llevar a la práctica la reconstrucción del ejército alemán, que en el año transcurrido ha suministrado la primera gran prueba de la garantía que representa. Oficiales y soldados han rivalizado en sus servicios en pro del gran *Reich* nacionalsocialista. ¡El pueblo alemán se siente de nuevo orgulloso de sus soldados!

El propio Estado y su administración han cumplido brillantemente en este año una misión de importancia excepcional.

Pero sobre todo, se dirige mi agradecimiento a la totalidad del pueblo alemán que con su maravillosa conducta ha contribuido decisivamente a arrancar al mundo que

espiándonos nos rodea la última esperanza sobre la nueva irrupción de la antigua desgracia de los alemanes.

Ninguno de los llamados estadistas demócratas tuvo en este año ni remotamente el derecho a hablar en nombre de su pueblo como yo; lo que ha cooperado a que sin guerra se resolviese un problema europeo que, de un modo o de otro, por fuerza tenía que ser solucionado.

La actividad de nuestros labradores nos ha asegurado el sustento del pueblo, a la vez que el obrero ha logrado que la producción de nuestra economía se incrementase extraordinariamente. Un agradecimiento especial siento para con los cientos de miles que han rodeado la frontera occidental del *Reich* de una coraza de acero y cemento de la que sabemos que ninguna potencia del mundo podrá jamás forzarla. En este mismo tiempo la capacidad de organización de nuestro pueblo ha registrado nuevos triunfos. Al lado de la brillante actuación del ejército aparéjense las no menos brillantes logradadas en el campo de la economía y en el de nuestra administración en general. Llegará un día en que la Historia especialmente destaque que, a pesar de la extraordinaria tensión política y de los gigantescos esfuerzos y éxitos registrados, la vida cultural en ningún momento se paralizó sino que, por el contrario, logró alcanzar un maravilloso desarrollo.

Así es como la comunidad popular nacionalsocialista ha subsanado en todos los aspectos de su vida, tan rica en organizaciones, y en los últimos años, lo que en décadas e incluso centurias anteriores había faltado a nuestro pueblo. A todos aquellos que con fe en esta comunidad popular desde hace años y decenios tuvieron que padecer sufrimientos por la misma, y que quizás no llegaron a vivir el feliz momento del establecimiento del gran *Reich* alemán, ha de servirles de consuelo más allá del sepulcro el que gracias a sus padecimientos han recuperado la felicidad y la satisfacción incontables millones de sus compatriotas. No han pues ni sufrido ni caído en balde, ya que el año 1938 es también el año de la gran declaración de fe de un pueblo.

Dos veces durante el mismo fueron convocados los alemanes para elecciones. La primera los del antiguo *Reich* con los compatriotas de nuestra nueva Marca del Oeste alemana, y la segunda no hace mucho los sudeto-alemanes, igualmente acogidos por el *Reich*.

¡De esta manera y en este año, por primera vez en la historia de nuestro pueblo toda Alemania ha expresado solemnemente su voluntad de formar parte del gran *Reich* alemán nacionalsocialista y no separarse jamás del mismo, pase lo que pase!

Los objetivos para el futuro son los siguientes:

El primero es y continua siendo, lo mismo que en el pasado, la educación de nuestro pueblo para la comunidad nacionalsocialista.

El segundo, el mejoramiento y refuerzo de nuestras instituciones armadas.

El tercero lo vemos en la realización del Plan Cuatrienal, en la solución del problema de nuestra falta de brazos y especialmente en la incorporación económica de las nuevas regiones del *Reich*.

En política internacional la posición de Alemania hállese determinada y fijada. Las obligaciones que para nosotros se derivan de nuestra amistad con la Italia fascista son claras y irresolubles. Nuestra comprensión del papel histórico de Mussolini al servicio del mantenimiento de la paz en el último año, nos obliga a la más profunda gratitud. Agradecemos también a los restantes estadistas que en este año han emprendido con nosotros el camino para buscar y encontrar una solución pacífica a problemas inaplazables. En toda la amplitud de la Tierra, nuestra posición política encuéntrase determinada por el Pacto Anticomunista. Réstame manifestar una vez más

el deseo de que también en el próximo llegue a lograrse la cooperación para el logro de una pacificación general del mundo.

¡Que la gracia del Todopoderoso acompañe a nuestro pueblo!

Notas editoriales

- ⁽¹⁾ Ejército alemán de la postguerra.
- ⁽²⁾ Del latín: estado del momento actual. Referencia estado global de un asunto en un momento dado.
- ⁽³⁾ proyectiles desarrollados a finales del siglo XIX en la colonia inglesa Dum-Dum, en la India. Simplemente eran balas normales con una serie de cortes en la punta para facilitar su deformación al romperse la vaina, dejando así un saldo de esquirlas y heridas terribles.
- ⁽⁴⁾ Del italiano: hada Morgana. Es una expresión comúnmente utilizada para señalar un espejismo o una ilusión óptica, haciendo referencia a la hermanastra del rey Arturo, Morgan le Fay, que, según la literatura anglosajona, era un hada de aspecto cambiante.
- ⁽⁵⁾ Del latín: disminución de derecho.
- ⁽⁶⁾ Del francés: estridente.
- ⁽⁷⁾ Líderes distritales.
- ⁽⁸⁾ Líder zonal.
- ⁽⁹⁾ Siglas de la Oficina de Investigación y Ajuste (*Untersuchungs und Schlichtungsamt*)
- ⁽¹⁰⁾ Del francés: leva en masa. Nombre con el que se designó la decisión de reclutar levmas masivas y obligatorias a partir del año 1793, en Francia.
- ⁽¹¹⁾ Del francés: nuevo rico.
- ⁽¹²⁾ Derivación de la palabra alemana *volk* (que significa *pueblo*), es un vocablo de se podría traducir como *folklórico* o *populista*. Asimismo denota un marcado interés por el romanticismo conservador, por lo popular y lo natural.
- ⁽¹³⁾ Compañía nacional de ferrocarriles alemana creada en 1920 y que operó los ferrocarriles en Alemania durante la época de la república de Weimar y la Alemania nacionalsocialista.
- ⁽¹⁴⁾ Locución latina que significa: aproximadamente, más o menos, a grandes rasgos, etc.
- ⁽¹⁵⁾ La Internacional Comunista, también conocida como la III Internacional, fundada en Rusia en 1919, agrupaba a los partidos comunistas de los distintos países y veía como principal objetivo extender la revolución fuera de la Unión Soviética.
- ⁽¹⁶⁾ Del alemán: príncipe heredero. En referencia a Guillermo de Prusia (1882-1951), quien fuera el último príncipe heredero del Reino de Prusia y del Imperio alemán.
- ⁽¹⁷⁾ Del latín: en proceso de ejecución.

*“He aquí el sentido del 1 de mayo,
que a partir de hoy ha de ser
celebrado en Alemania a través de
los siglos, que en el día de hoy se
encuentren unos a otros cuantos
actúan en el gran engranaje de
nuestra labor creadora nacional, y
que una vez al año se estrechen las
manos convencidos de que nada
puede hacerse en tanto no
contribuyan todos a la realización de
esta labor. Y así hemos elegido como
lema de este día la máxima siguiente:
¡honrad el trabajo y respetad al
obrero!”*

*(Fragmento del discurso pronunciado por
Adolf Hitler ante dos millones de trabajadores
en el Día del Trabajo Nacional el
1 de mayo de 1933)*

